

IN LUCAE EVANGELIUM EXPOSITIO. (C)

EPISTOLA ADHORTATORIA ACCAE EPISCOPI AD BEDAM PRESBYTERUM.

Reverendísimo en Cristo hermano y sacerdote Beda presbítero Acca, perpetua en el Señor salud. A menudo, en verdad, a tu santa fraternidad, tanto ausente escribiendo, como presente conversando, he sugerido que, después de la exposición de los Hechos de los Apóstoles, te dignes también escribir sobre el Evangelio de Lucas. Lo cual hasta ahora has preferido diferir con una excusa modesta, en lugar de hacerlo, atestiguando que dos razones principalmente te han disuadido de intentar esta obra: porque, evidentemente, la obra es ardua, y ha sido ya abordada por el santísimo y doctísimo obispo Ambrosio. Y que no te has atrevido a asumir una tarea que excede tus fuerzas, ni crees necesario repetir una obra que ha sido completada de manera excelente por un gran ingenio, y que sería un trabajo superfluo, después de las fuertes palabras de un hombre tan grande, decir lo mismo de otra manera como un compilador, o querer añadir cosas menos doctas. Y temes mucho que se piense que al escribir cosas nuevas estás criticando el estudio de los antiguos, y se te diga aquel proverbio antiguo: ¿Por qué echas peces al mar, o aguas a los ríos? Derrama generosamente tus dones en lugares necesitados. Pero a esta objeción tuya respondo brevemente que, según el cómico: Nada se dice que no haya sido dicho antes: y que la caridad todo lo soporta, y nunca ha sido costumbre de los santos envidiarse mutuamente, sino provocarse mutuamente, y que cada uno ofrezca lo que pueda en la edificación de la casa del Señor según sus fuerzas. Pues ni el bienaventurado papa Gregorio temió ofender a los Padres de quienes él mismo revisó tantas lecturas del Evangelio en sus homilias; ni Agustín, ni ningún otro de los Padres anteriores, por respeto a los tratados, se abstuvo de exponer los salmos o cualquier otra cosa que se le pidiera, o de escribir lo que le parecía, por miedo a retraer su mano. Más aún (como dice el mismo Agustín), es necesario que se escriban muchos libros por muchos autores con estilo diverso, pero no con fe diversa, incluso sobre las mismas cuestiones, para que el asunto llegue a muchos, a unos de una manera, a otros de otra. Hay, sin embargo, algunas cosas en la exposición del bienaventurado Ambrosio sobre Lucas, tan elocuentes y elevadas (lo cual no dudo que tu santidad también haya visto), que solo pueden ser entendidas por los doctos, mientras que los lectores rudos o fastidiosos (de los cuales encontrarás muchos en la época presente) debido a la dificultad de alcanzar lo que es elocuente, o de captar lo que es elevado, ni siquiera piensan que deben buscar lo que parece estar por encima de ellos, ni investigar lo que parece más fuerte que ellos. No poco juicio mostró el doctísimo padre Agustín, quien escribiendo a la sierva de Dios Paulina sobre la visión de Dios, pensó que debía usar principalmente los testimonios del bienaventurado Ambrosio tomados de este opúsculo, y juzgó que no solo debían ser presentados simplemente, sino también expuestos, hasta el punto de que de unas pocas sentencias del mencionado tratadista, elaboró un volumen no pequeño mediante revisión. Lo cual he creído oportuno mencionar, para que tanto tu santa fraternidad como los lectores lo reconozcan. Pues quiero que, una vez completada por ti con la ayuda de Dios la obra que te pido, esta carta se coloque al principio, para que se sepa que no por otra razón que por la gracia de la condescendencia fraterna, se te ha pedido escribir sobre Lucas, para que aquellos que, debido a la debilidad de su ingenio, no pueden captar lo sublime o lo difícil de entender, puedan aprehender más fácilmente lo expuesto en un estilo más simple. Así que, querido, aplica diligentemente al mencionado trabajo, expón al bienaventurado Lucas con un discurso claro. Y porque el santo Ambrosio pasó por alto algunas cosas no discutidas, que a él, como hombre de suma erudición, le parecieron claras y no dignas de ser investigadas, cuida de explicar estas también, con la ayuda de los opúsculos de otros Padres, ya sea con tus propias palabras o con las de ellos. Creo también que con tu estudio vigilante, que en la meditación de la ley de Dios llevas días y noches en vela, el autor

de la luz te revelará en algunos lugares lo que debe ser entendido, que ellos han dejado sin tratar. Pues es justo y conforme al moderador de la piedad y equidad suprema, que tú, que has dejado por completo los negocios del mundo, persigues con mente incansable la luz eterna y verdadera de la sabiduría, y aquí alcances el fruto de una inteligencia más pura, y en el futuro contemples al mismo rey en su belleza, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia, con un corazón puro. He creído oportuno informar a tu santidad que algunos se preguntan por qué en la exposición del Apocalipsis, cuando se llega a los cuatro animales, has dicho que Mateo está designado en el león, y Marcos en el hombre, mientras que algunos asignan a Mateo al hombre, porque comienza a escribir sobre el Señor, y a Marcos al león, en el que se escucha la voz del que clama en el desierto. Te ruego que en esta obra insinúes más plenamente lo que te parece más verdadero sobre esto. Que el Dios del amor y la paz conserve a tu santa fraternidad, y siempre te ilumine para considerar las maravillas de su ley.

EPISTOLA RESPONSORIA VENERABILIS BEDAE AD ACCAM EPISCOPUM.

Al señor beatísimo y muy deseado Acca obispo, Beda humilde presbítero, en el Señor eterno salud.

Verdaderamente admirable, y admirablemente verdadera, es la sentencia del insigne doctor: porque la caridad todo lo cree, todo lo espera (I Cor. XIII). Pues al enviarme cartas para que te escriba algo, dices que me lo pides, y mientras lo pides, sin haber recibido aún mi respuesta de consentimiento, con las obras aún por buscar, como si ya estuvieran adquiridas y perfectamente completadas, compones el sello de la prefación. Sin haber echado aún los cimientos, sin haber traído siquiera el material, tú mismo, como si ya estuviera completado el edificio de tan gran labor, diriges las llaves con las que se asegura la entrada, de modo que me avergüenza no emprender pronto la obra que la fe amiga presume que debe emprenderse pronto y completarse más pronto aún. Ciertamente, esto no lo hace otra cosa que la indudable confianza del amor mutuo, que de un corazón amigo (como se ha dicho) cree todo lo que puede hacerse, todo lo espera. Por lo cual, tan pronto como leí las dulcísimas páginas de tu santidad, me apliqué al trabajo de la obra encomendada, en la que (para pasar por alto las innumerables ataduras de la servidumbre monástica) me convertí en mi propio dictador, notario y librero. Y reuniendo aquí y allá como los más insignes y dignos artífices de tan gran tarea, los opúsculos de los padres, me esforcé en examinar diligentemente qué pensaron y dijeron el bienaventurado Ambrosio, Agustín, y finalmente Gregorio el vigilante (según su nombre) apóstol de nuestra nación, Jerónimo el intérprete de la historia sagrada, y los demás padres sobre las palabras de Lucas: y como me pareció, lo edité en hojas, ya sea con sus mismas sílabas, o ciertamente con mis palabras por causa de la brevedad, como ordenaste. Y como era laborioso insertar los nombres en cada uno, y mostrar nominalmente qué fue dicho por cada autor, consideré conveniente imprimir las primeras letras de los nombres al margen, y por estas indicar individualmente dónde comienza y dónde termina el discurso que he trasladado de cada uno de los padres, cuidando en todo de no ser acusado de robar las palabras de los mayores y componerlas como si fueran propias. Y ruego mucho, y por el Señor exhorto a los lectores, que si alguno considera que estas nuestras obras, cualesquiera que sean, son dignas de ser transcritas, recuerden también añadir las mencionadas señales de los nombres, como las encuentran en nuestro ejemplar. También añadí algunas cosas que (como diría con las palabras de tu santidad) el autor de la luz me reveló, como indicios de mi propio esfuerzo donde parecía oportuno. Aunque no soy capaz de llevar días y noches en vela en la meditación de la ley divina (como tú mismo escribiste), no dudo que he dedicado no poco estudio a las Escrituras, y que solo he podido ver, es decir, discernir correctamente, lo que el autor de la luz se ha dignado revelar, no solo en esta obra, sino en toda lectura. En

cuanto a lo que dices que algunos se preguntan por qué en el Apocalipsis he asignado a Mateo al león y a Marcos al hombre con una nueva interpretación, debieron haber observado, quienesquiera que sean los que se preguntan esto, que no dije esto por mi propia nueva interpretación, sino que lo mencioné como una explicación antigua de los padres. Pues no me pareció así por mí mismo, sino que recordé que fue expuesto así por el bienaventurado Agustín, y también añadí brevemente de dónde lo afirmaba. No está fuera de lugar si también ponemos las mismas palabras, para mostrar qué pensó sobre los evangelistas o sus tipos animales, para que nuestra obra se salve de una injusta vituperación, y esto se fortalezca con la autoridad de tan gran doctor. Así, después de haber propuesto muchas cosas bellas y excelentes sobre los evangelistas en el primer libro sobre su consenso, añade entre otras cosas diciendo: Y aunque cada uno de ellos parece haber mantenido un cierto orden narrativo, no se encuentra que ninguno de ellos haya querido escribir como ignorante del precedente, o haya pasado por alto lo que otro se encuentra haber escrito, sino que, como fue inspirado a cada uno, añadió una cooperación no superflua de su trabajo. Pues se entiende que Mateo asumió la encarnación del Señor según la estirpe real, y muchas cosas según la vida presente de los hombres hechas y dichas por él. Marcos, en cambio, parece haberlo seguido como su asistente y abreviador. Pues con solo Juan no dijo nada, él solo muy pocas cosas, con solo Lucas menos, pero con Mateo muchas casi con las mismas palabras, ya sea solo o consonante con los demás. Lucas, sin embargo, parece más ocupado con la estirpe sacerdotal y la persona del Señor. Pues no sigue el linaje real hasta David, sino que asciende a través de aquellos que no fueron reyes, hasta Natán hijo de David, que tampoco fue rey. No como Mateo, que descendiendo a través del rey Salomón, persiguió también a los demás reyes en orden, manteniendo en ellos (de lo cual hablaremos después) un número místico. Pues el Señor Jesucristo, el único verdadero Rey y el único verdadero sacerdote, para gobernarnos, para expiarnos, estas dos personas en los padres individualmente recomendadas, declaró haber representado su figura. Y poco después: Según el hombre, Cristo (dice) fue hecho rey y sacerdote. A quien Dios dio el trono de David su padre, para que su reino no tuviera fin, y fuera mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, para interceder por nosotros. Sin embargo, Lucas no tuvo un abreviador unido a él, como Marcos a Mateo, y esto quizás no sin algún sacramento, porque es propio de los reyes no estar sin la compañía de asistentes. Por lo cual, aquel que asumió la narración de la persona real de Cristo, tuvo como compañero adjunto a quien de alguna manera siguiera sus pasos. Pero el sacerdote, porque entraba solo en el santo de los santos, por eso Lucas (cuya intención estaba en el sacerdocio de Cristo) no tuvo un compañero que de alguna manera abreviara su narración. Sin embargo, estos tres evangelistas se diversificaron principalmente en las cosas que Cristo realizó temporalmente a través de la carne humana. Pero Juan, en cambio, se centró principalmente en la divinidad del Señor, por la cual es igual al Padre, y se preocupó principalmente de recomendarla en su Evangelio tanto como creyó suficiente entre los hombres. Por lo tanto, se eleva mucho más alto que estos tres, de modo que ves a estos de alguna manera en la tierra conversando con Cristo hombre, pero a aquel trascendiendo la nube que cubre toda la tierra, y llegando al cielo claro, desde donde con la vista de la mente más aguda y firme vería en el principio el Verbo del Señor con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, y lo reconocería hecho carne para habitar entre nosotros. Y después de algunas cosas. Por lo cual me parece, dice, que aquellos que interpretaron los cuatro animales del Apocalipsis para entender a los cuatro evangelistas, atendieron algo más probable aquellos que entendieron al león en Mateo, al hombre en Marcos, al becerro en Lucas, al águila en Juan, que aquellos que asignaron al hombre a Mateo, al águila a Marcos, al león a Juan. Pues quisieron tomar una conjetura de los principios de los libros, no de toda la intención de los evangelistas, que más bien debía ser investigada. Pues mucho más congruentemente aquel que principalmente recomendó la persona real de Cristo, se entiende significada por el león. Por lo cual también

en el Apocalipsis con la misma tribu real se menciona al león, donde se dice: Venció el león de la tribu de Judá (Apoc. V). Pues según Mateo también se narra que los magos vinieron de Oriente a buscar y adorar al rey, que les apareció nacido por la estrella, y el mismo rey Herodes teme al rey Cristo niño, y para poder matarlo mata a tantos pequeños. Pero que Lucas fue significado por el becerro debido a la gran víctima del sacerdote, ninguno de los dos dudó. Pues allí comienza el discurso del narrador con el sacerdote Zacarías. Allí se menciona el parentesco de María y Elisabet. Allí se narran los sacramentos del primer sacerdocio cumplidos en el niño Cristo. Y cualquier otra cosa que pueda ser diligentemente observada, por la cual aparezca que Lucas tuvo la intención en la persona del sacerdote. Pero Marcos, que no quiso narrar ni la stirpe real, ni la sacerdotal, ni el parentesco ni la consagración, y sin embargo se muestra ocupado en las cosas que el hombre Cristo obró, parece haber significado solo la figura del hombre en aquellos cuatro animales. Estos tres animales, ya sea el león, el hombre o el becerro, caminan en la tierra. Por lo cual estos tres evangelistas se ocuparon principalmente en las cosas que Cristo obró en la carne, y en los preceptos de la vida mortal que entregó a los que llevan carne. Pero Juan, en cambio, vuela como un águila por encima de las nubes de la debilidad humana, y contempla con los ojos del corazón más agudos y firmes la luz de la verdad inmutable. Estos pocos testimonios del bienaventurado Agustín, extraídos de muchos, he insertado en la prefación de la carta para repeler la calumnia de los quejosos, que tanto proporcionen defensa a nuestra obra anterior (como se ha dicho), como pongan un no ignoble sello a la presente. Que la gracia del auxilio supremo conserve a vuestra santa paternidad, y siempre la fortalezca para la defensa de su santa Iglesia.

LIBRO PRIMERO.

El bienaventurado evangelista Lucas, al hablar de todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar, hasta el día en que fue llevado al cielo, primero se preocupó de refutar la audacia de aquellos que escribieron falsedades sobre él. Advirtiendo tácitamente al lector que no solo debe seguir lo que él mismo predica, sino también rechazar por completo la lectura de aquellos que escriben de manera diferente, para que no surja ocasión de error para los débiles. Pues no se puede decir de todos en general, sino de algunos dotados de especial virtud de fe o ciencia; Si bebieren algo mortífero, no les hará daño (Marcos XVI). Así comienza Lucas.

PRÓLOGO.

Por cuanto muchos han intentado ordenar una narración de las cosas que entre nosotros han sido cumplidas, tal como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, habiendo investigado diligentemente desde el principio todas las cosas, escribírtelas en orden, excelentísimo Teófilo, para que conozcas la verdad de las palabras en las que has sido instruido. Con este prólogo manifiestamente indica que la principal causa de escribir su Evangelio fue para que los pseudo-evangelistas no tuvieran la facultad de predicar falsedades, quienes, como atestiguan sus monumentos hasta el día de hoy, bajo el nombre de los apóstoles intentaron introducir sectas de perfidia. De hecho, algunos se encuentran haber titulado falsamente sus escritos con el nombre de Tomás, otros de Bartolomé, algunos de Matías, y algunos incluso con el título de los doce apóstoles. Pero también Basilides y Apeles, de los cuales uno enseñaba trescientos sesenta y cinco cielos, y el otro dos dioses contrarios entre otras doctrinas impías, dejaron Evangelios mancillados con el error de su nombre. Entre los cuales es notable que el Evangelio según los Hebreos no debe ser numerado entre los apócrifos, sino entre las historias eclesiásticas. Pues el mismo intérprete de la Sagrada Escritura, Jerónimo, se ve usar muchos testimonios de él, y lo tradujo al latín y al griego. Pero los falsos

Evangelios, Lucas los refuta inmediatamente en el primer prólogo. Por cuanto muchos (dice) han intentado ordenar una narración. Enumerando a muchos, no tanto por su número como por la diversidad de la herejía multifacética, que no dotados del don del Espíritu Santo, sino con un esfuerzo vano, intentaron más bien ordenar una narración que tejer la verdad de la historia, y por lo tanto dejaron a otros la tarea de completar la obra en la que sudaron en vano. A aquellos, evidentemente, que aunque son cuatro, no tanto cuatro Evangelios, sino uno consonante en una variedad bellísima, publicaron. Pues publicaron como les fue transmitido por aquellos que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra. Con esta sentencia no solo Lucas y Marcos, que no vieron al Señor en la carne, y por lo tanto debían aprender por oído lo que escribían, sino también Mateo y Juan apóstoles son designados. Pues ellos también en muchas cosas que escribieron necesitaban escuchar de aquellos que pudieron conocer su infancia, niñez y genealogía, y participar en sus hechos. Pero cuando dice que también le pareció a él escribir, no significa que le pareció por sí mismo, sino que, instigado por el Espíritu Santo, también le pareció a él. Según lo que dicen los apóstoles en su epístola: Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros. Por cuya gracia se lleva a cabo que lo que es bueno, también nos parezca bueno. Y dice que no ha investigado pocas cosas, sino todas. Pero le pareció escribir no todas, sino de todas aquellas que creía idóneas para confirmar la fe de los lectores, porque ni el mundo mismo podría contener los libros que se escribieran (Juan XXI). Por lo cual también deliberadamente omitió algunas cosas que fueron dichas por otros, para que la gracia multifacética resplandeciera en el Evangelio, y cada libro se destacara por sus propios misterios y milagros de hechos. Teófilo se interpreta como amante de Dios, o amado por Dios. Por lo tanto, cualquiera que ame a Dios, o desee ser amado por Dios, considere que el Evangelio está escrito para él, y conserve el don que se le ha dado y el depósito que se le ha confiado. Para que la moneda de la palabra recibida no sea devastada por la polilla de la dilaceración herética, o por el orín de la codicia sucia. No se le debe revelar a este Teófilo cualquier cosa nueva o desconocida, sino que se le promete expresar la verdad de las palabras en las que ha sido instruido. Para que pueda conocer el orden en que las cosas fueron hechas o dichas por el Señor o sobre el Señor. Pues quien desea ser perfecto, no solo debe creer en Cristo, sino también conocer la fe de su divinidad eterna y el orden de su dispensación temporal.

CAPÍTULO PRIMERO.

En los días de Herodes, rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías, y su esposa era de las hijas de Aarón, y su nombre era Isabel. La nobleza sagrada del precursor del Señor desciende gloriosamente no solo de sus padres, sino también de sus antepasados, para que la fe en su llegada no se conciba por una inspiración repentina, sino que se reciba más libremente por una propagación ancestral. Y puesto que la dignidad de Aarón, el primer sumo sacerdote en la ley, es conocida por todos, es necesario decir algo sobre Abías. Cuando el rey y profeta David pidió con gran devoción encontrar un tabernáculo para el Dios de Jacob, el Señor decidió que esto lo hiciera más bien Salomón, y por eso David preparó para Salomón todo lo necesario para los gastos de la casa, y también le dio las medidas y la descripción de la casa, para que, al crecer externamente el estado del culto, también aumentara el culmen de la devoción interior, distribuyó la división de los grados sacerdotales y levíticos en todas las obras de la casa del Señor. Había príncipes del santuario y príncipes de Dios, es decir, sumos sacerdotes, tanto de los hijos de Eleazar como de los hijos de Itamar. Dividió sus turnos según sus ministerios, para que entraran en la casa de Dios, en veinticuatro suertes, de las cuales la familia de Abías, de la cual Zacarías era descendiente, recibió la octava suerte. Dividió ambas familias entre sí por suertes, una casa que estaba por encima de las demás, Eleazar, y otra casa que tenía bajo sí a los demás, Itamar.

Lee las Palabras de los Días, y también el séptimo libro de las Antigüedades de Josefo, donde se refiere que se estableció que ambas generaciones ministraran a Dios según el orden de la suerte durante ocho días, de sábado a sábado. Donde también afirma que de la tribu de los levitas se hicieron veinticuatro partes, para que ellos también, sorteados de la misma manera, ministraran según la costumbre de los sacerdotes durante ocho días. No en vano el primer heraldo del Nuevo Testamento nace en el turno de la octava suerte, porque así como el número siete a menudo expresa el Antiguo Testamento por el sábado, así el Nuevo a veces se expresa por el número ocho por el sacramento, ya sea de la resurrección del Señor o de la nuestra. Por lo tanto, ya que no se penetra en el reino celestial de otra manera que por la observancia de ambos Testamentos, se narra correctamente que en el templo de Salomón hubo un ascenso místico de quince grados. Y aquel que clama al Señor en la tribulación es escuchado, y es llevado a lo alto por los mismos salmos de grados, para que finalmente, puesto en los atrios de la casa de Dios, pueda escuchar: "Bendígate el Señor desde Sion" (Salmo 133). También el tiempo de Herodes, el rey extranjero, atestigua la llegada del Señor. Porque había sido predicho que "no faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga aquel que ha de ser enviado" (Gén. 49). Desde que los padres salieron de Egipto, fueron gobernados por jueces de su pueblo hasta el profeta Samuel, y luego por reyes hasta la deportación a Babilonia. Después del regreso de Babilonia, el sumo poder fue llevado por los sumos sacerdotes hasta el rey Hircano, quien, acosado por la envidia de su hermano con muchas calamidades y finalmente asesinado por Herodes (cuyo padre él había elevado de un extranjero ignoble, es decir, de la raza idumea, a ciudadano), el reino de Judea fue entregado a Herodes para ser gobernado por orden de César Augusto. En el trigésimo primer año de su reinado, según la profecía mencionada, vino aquel que había de ser enviado.

Ambos eran justos ante Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin reproche. Bien justos ante Dios: no todo el que es justo ante el hombre es justo ante Dios. Los hombres ven de una manera, Dios ve de otra. Los hombres ven el rostro, Dios ve el corazón. Y por eso puede suceder que alguien, por una bondad afectada, parezca justo a mí, pero no sea justo ante Dios, si la justicia no se forma por la simplicidad de la mente, sino que se simula por adulación. Bienaventurado aquel que es justo ante Dios. Bienaventurado aquel de quien el Señor se digna decir: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Verdadero israelita es aquel que ve a Dios, y sabe que es visto por el Señor, y le muestra los secretos del corazón.

Caminando (dice) en todos los mandamientos y justificaciones del Señor. Primero el mandamiento, segundo la justificación. Porque cuando obedecemos los mandamientos celestiales, caminamos en los mandamientos del Señor. Cuando juzgamos, y juzgamos adecuadamente, parecemos mantener las justificaciones del Señor. Por lo tanto, es un elogio completo que comprende el linaje, las costumbres, el oficio, el hecho, el juicio. Linaje en los mayores, costumbres en la equidad, oficio en el sacerdocio, hecho en el mandamiento, en la justificación el juicio. Y lo que añadió: Sin reproche, es lo que dice el Apóstol: "Procurando lo bueno, no solo ante Dios, sino también ante los hombres" (Rom. 12). Y Eclesiastés: "No seas demasiado justo" (Ecl. 7). Porque a menudo la justicia más dura provoca la queja de los hombres. Pero la que está templada, por la gracia de su dulzura, evita incluso la queja de la envidia.

Y no tenían hijo, porque Isabel era estéril, y ambos eran avanzados en sus días. Fue divinamente dispuesto que Juan naciera de padres de avanzada edad y privados durante mucho tiempo del fruto del matrimonio, para que el inesperado nacimiento del hijo no solo les afectara a ellos con un don más grato, sino que también preparara a los demás para

escuchar con asombro el milagro del futuro profeta. De hecho, todos los que lo oyeron lo guardaron en su corazón, diciendo: "¿Qué piensas que será este niño?"

Y sucedió que mientras ejercía el sacerdocio en el orden de su turno ante Dios, según la costumbre del sacerdocio. Por Moisés, el Señor estableció un sumo sacerdote, al cual, muerto, uno debía suceder por orden, y esto se mantuvo hasta los tiempos de David, de quien se decretó, no obstante, por el Señor, que se hicieran más, quienes ministrando por turnos, en el tiempo de su turno, cada uno se dedicara a la castidad, y no tocara en absoluto su casa. Por lo tanto, ahora se afirma que Zacarías ejerció el sacerdocio en el orden de su turno.

Le tocó por suerte poner el incienso al entrar en el templo del Señor; y toda la multitud del pueblo estaba orando afuera, a la hora del incienso. No fue elegido ahora por nueva suerte, cuando se debía ofrecer el incienso, sino que fue preelegido por la antigua suerte, cuando primero en el orden de su pontificado sucedió en el turno de Abías. Y se ordenó que el incienso fuera llevado al santo de los santos por el sumo sacerdote, mientras todo el pueblo esperaba fuera del templo, el décimo día del séptimo mes. Y este día se llamó de expiación o propiciación, que entre nosotros, debido al variado curso de la luna, por la cual los hebreos cuentan los meses, a veces cae en el mes de septiembre, a veces en octubre; porque el mes en el que se celebra la Pascua, tanto por el orden de la creación como por el edicto de la ley, tiene el principio del año, diciendo el Señor a Moisés: "Este mes será para vosotros el principio de los meses, será el primero de los meses del año. El décimo día de este mes, cada uno tomará un cordero, etc." (Éxodo 12). De este día el Apóstol escribiendo a los Hebreos, así lo recuerda: "En el primer tabernáculo siempre entraban los sacerdotes, cumpliendo los oficios de los sacrificios; pero en el segundo, una vez al año, solo el sumo sacerdote, no sin sangre que ofrece, etc." (Hebreos 9). Revelando el misterio de este día, muestra que Jesús es el verdadero sumo sacerdote, quien, habiendo cumplido los días de su oficio, es decir, habiendo completado la dispensación de la carne en su propia sangre, entró en los secretos del cielo, para hacernos propicio al Padre, e interceder por los pecados de aquellos que aún esperan orando ante las puertas, y aman su venida. Por lo tanto, es apropiado que su descenso sea anunciado por un ángel en el día en que su ascenso por la ley era figurado. Porque "el que descendió, es el mismo que también ascendió" (Efesios 4): Y, como dice el Salmo, "de un extremo del cielo es su salida, y su curso hasta el otro extremo" (Salmo 18).

Y se le apareció un ángel de pie a la derecha del altar del incienso. Bien el ángel, y en el templo, y junto al altar, y a la derecha aparece, porque evidentemente anuncia tanto la venida del verdadero sacerdote, como el misterio del sacrificio universal, y la alegría del don celestial. Porque así como por la izquierda se anuncian a menudo las cosas presentes, así por la derecha se anuncian las cosas eternas. Según lo que se canta en la alabanza de la sabiduría: "Largura de días en su mano derecha; en su izquierda, riquezas y gloria".

Y Zacarías se turbó al verlo, y el temor cayó sobre él. Pero el ángel le dijo, etc. El ángel conforta a Zacarías tembloroso, porque así como es de la fragilidad humana turbarse por la visión de una criatura espiritual, así también es de la benignidad angelical consolar pronto a los mortales asustados por su presencia. En cambio, es de la ferocidad demoníaca sacudir siempre con mayor horror a aquellos que siente aterrados por su presencia, lo cual no se supera mejor que con una fe intrépida.

Y tu esposa Isabel te dará un hijo; y le pondrás por nombre Juan. Diciendo que la súplica ha sido escuchada, promete inmediatamente el parto de su esposa. No porque él, que había entrado para ofrecer por el pueblo, dejando los votos públicos, pudiera orar por recibir hijos, especialmente porque nadie ora por lo que desespera recibir. Pero él, ya consciente de su

edad y de la infertilidad de su esposa, desesperaba de tener hijos, de modo que ni siquiera creyó al ángel que se lo prometía, pero lo que dice, "tu súplica ha sido escuchada", significa por la redención del pueblo: "Y tu esposa te dará un hijo", revela el orden de esa redención, que el hijo nacido de Zacarías sería el precursor del redentor de ese pueblo. Se da una indicación de mérito singular cuando a los hombres se les impone o se les cambia el nombre por Dios. Así, Abram, porque iba a ser padre de muchas naciones, fue llamado Abraham. Así, Jacob, porque vio a Dios, mereció ser llamado Israel. Así, el rey Josías, por el culmen de su virtud eminente, fue nombrado por Dios mucho antes de nacer. Juan, por lo tanto, se interpreta como: en quien está la gracia, o la gracia del Señor. Con este nombre se declara, primero, que a sus padres se les ha dado la gracia de tener un hijo en su vejez; luego, a Juan mismo, que será grande ante el Señor, y aún desde el vientre de su madre será enriquecido con el don del Espíritu Santo; finalmente, también a los hijos de Israel, a quienes convertirá al Señor su Dios.

Y será gozo para ti y alegría, y muchos se alegrarán en su nacimiento. Con razón se alegra el padre de haber recibido un hijo, ya sea nacido en la vejez o de tal gracia. Y se alegran también otros a quienes predicará el inaudito ingreso al reino celestial. Y es de notar que al nacer el precursor muchos se alegran, pero al nacer el Señor el ángel anuncia un gran gozo que será para todo el pueblo. Porque evidentemente este vino a predicar la salvación a muchos, aquel vino a darla a todos los que quieran.

Porque será grande ante el Señor, y no beberá vino ni licor, y será lleno del Espíritu Santo aún desde el vientre de su madre. Es de gran virtud ante el Señor haber despreciado por completo las delicias terrenales mientras predicaba en el desierto las alegrías celestiales. Pero también esto es grande ante el Señor, aunque a los hombres les parezca despreciable, que aquel de quien no hay mayor entre los nacidos de mujer, fue decapitado por el capricho de una joven danzante. El ángel que propuso el orden de su grandeza, explicándolo subsecuentemente: "Y no beberá vino ni licor". Licor se interpreta como embriaguez, con lo cual los hebreos significan toda bebida que pueda embriagar, ya sea hecha de frutas, de granos, o de cualquier otra materia. Era propio en la ley de los nazarenos abstenerse de vino y licor durante el tiempo de su consagración. Por lo tanto, Juan, Sansón y Jeremías, y otros semejantes, para poder permanecer siempre nazarenos, es decir, santos, se esfuerzan por abstenerse siempre de estas cosas. Porque conviene que el vaso dedicado a la gracia celestial sea castigado por las seducciones del mundo, y no se embriague con vino, en el cual hay lujuria, aquel que desea ser lleno del mosto del Espíritu Santo. Por lo tanto, correctamente a quien se le quita la embriaguez del vino, se le colma de la gracia del Espíritu. Lo cual él mismo mostró que estaba lleno, como se había predicho, cuando al entrar la bienaventurada María exultó en el vientre de su madre, y reconociendo el oficio de su precursión, anunció el advenimiento del Señor tanto como pudo.

Y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios, y él mismo irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías. Cuando se dice que Juan, quien daba testimonio de Cristo, bautizando a los pueblos en su fe, convirtió a los hijos de Israel al Señor su Dios, se hace evidente que Cristo es el Señor Dios de Israel. Si Cristo es, o más bien porque Cristo es el Señor Dios de Israel, que los arrianos dejen de negar que Cristo es el Señor Dios. Que los fotinianos se avergüencen de dar a Cristo un principio desde la virgen. Que los maniqueos cesen de creer que hay un Dios de los israelitas y otro de los cristianos. Y porque se dice que Juan irá delante de él, vean al eterno Dios antes de los siglos nacido después del hombre en los siglos, y por eso a su precursor a veces se le llama hombre que vendrá después de él, a veces Hijo de Dios. Quien correctamente se dice que irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, porque así como aquel fue el heraldo del juez venidero, así este fue el heraldo

del Redentor. Por lo tanto, ambos, con una vida muy similar, siguieron los desiertos, con un alimento frugal, un vestido descuidado, un cinturón despreciado. Ambos soportan la vesania del rey y la reina. Aquel dividió el Jordán para ser llevado al cielo, este convirtió a los hombres al lavacro de salvación por el cual se puede llegar al cielo. Este está con el Señor en la tierra, aquel se manifiesta con él en la gloria.

Y convertirá los corazones de los padres a los hijos, y a los incrédulos, etc. Convertir los corazones de los padres a los hijos es infundir la ciencia espiritual de los santos antiguos a los pueblos predicando. La prudencia de los justos es no presumir de justicia por las obras de la ley, sino buscar la salvación por la fe. Para que, aunque estén en la ley, cumplan los mandatos de la ley, pero entiendan que han de ser salvados por la gracia de Dios a través de Cristo. Porque el justo vive por la fe (Rom. 1). Y Pedro dice del yugo de la ley: "Que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar, sino que creemos ser salvados por la gracia del Señor Jesús, de la misma manera que ellos" (Hechos 15). Esta prudencia, porque los incrédulos son instruidos por Juan y serán instruidos por Elías, correctamente esta sentencia que fue dicha por el ángel sobre Juan, es casi con las mismas palabras predicha sobre Elías por Malaquías. "Preparad", dice, "al Señor un pueblo perfecto". Porque dijo que Zacarías había sido escuchado por el pueblo suplicante, enseña en qué orden debe ser salvado y perfeccionado el mismo pueblo, a saber, por la predicación de Juan, arrepintiéndose y creyendo en Cristo.

Y Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo sabré esto? porque yo soy viejo, y mi esposa ha avanzado en sus días. Dudando por la grandeza de las promesas, pregunta por una señal en la que pueda creer, a quien solo la visión o el discurso del ángel debería haberle bastado como señal. Por lo cual paga la pena merecida de su incredulidad guardando silencio, en el cual el mismo silencio es tanto la señal de fe que buscó, como la pena de incredulidad que mereció.

Y respondiendo el ángel le dijo: Yo soy Gabriel que estoy delante de Dios, y he sido enviado a hablarte y a anunciarte estas buenas nuevas. Y he aquí que estarás mudo, y no podrás hablar, hasta el día en que esto se cumpla, por cuanto, etc. Quiere que se entienda que si un hombre prometiera tales cosas, sería lícito pedir una señal impunemente; pero cuando un ángel promete, ya no es apropiado dudar. Y da la señal que se pide, para que quien habló descreyendo, aprenda ahora a creer guardando silencio. Donde es de notar que el ángel testifica que está delante de Dios y que ha sido enviado a evangelizar a Zacarías. Porque cuando los ángeles vienen a nosotros, así cumplen exteriormente su ministerio, que sin embargo nunca dejan de estar interiormente por la contemplación. Y son enviados, por lo tanto, y asisten, porque aunque el espíritu angélico es circunscrito, el espíritu supremo que es Dios no es circunscrito. Por lo tanto, los ángeles, aunque enviados, están delante de él, porque a dondequiera que sean enviados, corren dentro de él.

Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se maravillaba de que él tardara en el templo. Pero al salir no podía hablarles. Y comprendieron que había visto una visión en el templo, y él les hacía señas, y permaneció mudo. Y sucedió que cuando se cumplieron los días de su ministerio, se fue a su casa. Esto es lo que dije, que en el tiempo de su turno, los sacerdotes, dedicados solo a los oficios del templo, se abstendrían no solo del contacto con sus esposas, sino también de entrar en sus propias casas. Donde se da un ejemplo a los sacerdotes de nuestro tiempo, a quienes se les ordena servir siempre al altar, de guardar perpetuamente la castidad. Porque entonces se buscaba la sucesión sacerdotal de la estirpe de Aarón, se procuraba necesariamente el tiempo para procrear descendencia. Pero porque ahora no se busca una sucesión carnal, sino una perfección espiritual, consecuentemente se ordena a los sacerdotes que, para poder asistir siempre al altar, se abstengan siempre de sus esposas, y se observe siempre la castidad.

Después de estos días concibió Isabel su esposa. Después de los días, es decir, del ministerio de Zacarías completado. De esta santísima concepción, Juan, obispo de la ciudad de Constantinopla, haciendo mención, dice: "Estas cosas sucedieron en el mes de septiembre, el octavo día antes de las calendas de octubre, comenzando la luna en el undécimo día, cuando los judíos debían celebrar el ayuno de la Fiesta de los Tabernáculos. Y se encontró que ese mismo día, el octavo día antes de las calendas de octubre, era el equinoccio, en el cual comienza la noche a ser mayor que la luz. A él le conviene crecer, dice, pero a mí disminuir" (Juan 3). Porque la luz había sido disminuida por las tinieblas, cuando los judíos ofrecían sacrificios a Dios según la ley y la profecía: en la cual también Juan fue concebido. Porque estas son las cosas que antes se ofrecían por los pecados del pueblo, que ya debían cesar, cuando Juan, es decir, el bautista, fue concebido. Y por eso Zacarías, su padre, sacerdote de los judíos, enmudeció, porque ya debían cesar y enmudecer sus sacrificios, que se ofrecían por los pecados del pueblo. Porque venía el único sacerdote, que de su propio cordero inmolido, ofrecería sacrificio a Dios por los pecados de todos. Con las palabras del bienaventurado Juan se nos enseña que, inmediatamente después del día de la expiación, se celebró entonces el cambio del turno sacerdotal, y por eso en este día se realiza la concepción del precursor del Señor. Que no en vano es predicho por el ángel como un día de ayuno y aflicción, porque por él debía ser predicada a los hombres la aflicción del arrepentimiento.

Y se ocultó durante cinco meses, diciendo: "Así me ha hecho el Señor en los días en que se dignó mirarme, para quitar mi oprobio entre los hombres". Cuánta es la preocupación de los santos para no cometer nada vergonzoso de lo que deban avergonzarse, lo muestra Isabel, quien incluso se avergüenza de los dones que deseaba recibir, y aunque se alegra de que se le haya quitado el oprobio de la esterilidad, se avergüenza del parto en su vejez. Pero la carga de la maternidad es vergonzosa mientras el honor de la prole permanece oculto. Pues la que se ocultaba porque había concebido un hijo, ya con la entrada de la bendita Madre de Dios exclamó con júbilo, porque iba a dar a luz a un profeta. Alegóricamente, a través de Zacarías se designa el sacerdocio de los judíos, y a través de Isabel, la misma ley, que ejercitada por las doctrinas de los sacerdotes, como sostenida por la ayuda viril, debía engendrar hijos espirituales para Dios, pero como si por la injuria de la esterilidad no pudiera hacerlo. No porque no haya habido muchos, tanto antes de la ley como en la ley, de vida perfectísima, sino porque la ley no llevó a nadie a la perfección, ya que no pudo abrir el reino de los cielos sin que Cristo la precediera. Bien se dice que ambos eran justos ante Dios, porque así como la ley es buena, y el mandamiento santo y justo, y bueno, así también el sacerdocio legal, por la dispensación de aquel tiempo, es santo, bueno y justo. Y lo que sigue, que ambos habían avanzado en sus días, puede explicarse de tal manera que la devoción legal floreció como la adolescencia o juventud desde los tiempos de Moisés en adelante: pero con la llegada del Salvador, la terrible vejez la encorvó, cuando también el orden del sacerdocio se confundió por las ambiciones y contiendas de los pontífices, y la misma ley, desgarrada por las tradiciones de los fariseos, se hizo menos apta para engendrar hijos para Dios. Entra, pues, Zacarías en el templo, porque es propio de los sacerdotes entrar en el santuario de Dios y entender los misterios celestiales en lo último. La multitud ora afuera, porque no pueden penetrar sublimemente los secretos y místicos, es necesario que atiendan humildemente a las enseñanzas de los más doctos. Mientras Zacarías pone incienso en el altar, reconoce que Juan va a nacer; porque mientras los doctores arden con mayor llama de la lectura divina, descubren que la gracia de Dios vendrá por Jesucristo, y que saldrá del interior de las letras, como del vientre de Isabel. Y esto bien por el ángel, porque la ley fue ordenada por ángeles en mano de un Mediador. Pero quien finge no creer lo que oye, es castigado con la pena del silencio, porque es mudo quien no entiende que las letras contienen un sentido espiritual. Ni

tal persona sabe ya dar palabras al pueblo como maestro, sino que, como carente de palabra y razón, indica con gestos mudos (por así decirlo). Tal era entonces el sacerdocio de los judíos, cuando no se preocupaban por conocer la razón de los sacrificios ni las palabras de los profetas. Permaneciendo mudo Zacarías, Isabel concibe a Juan, porque aunque los pontífices no entiendan la distinción de la fe, los fariseos y escribas la pierdan, de modo que ni ellos mismos entren, ni permitan a sus oyentes entrar, sin embargo, el interior de la ley abunda en los sacramentos de Cristo. Y bien oculta Isabel su concepción durante cinco meses, ya sea porque el mismo legislador Moisés designa los misterios de Cristo en cinco libros de manera parabólica, o porque toda la serie del Antiguo Testamento prefigura la misma dispensación de Cristo en cinco edades del mundo a través de los hechos o palabras de los santos. Y por eso, porque la encarnación de Cristo, o bien en la sexta edad del mundo iba a suceder, o bien iba a ser para la plenitud de la ley, correctamente en el sexto mes del concebido Juan, el ángel es enviado a María para anunciar el nacimiento del Salvador, como la siguiente lectura en orden demuestra.

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret. Por eso los ángeles son conocidos por nombres propios, para que se señale por los nombres también en la operación lo que pueden. Pues en aquella santa ciudad, que la plena ciencia de la visión del Dios omnipotente perfeccionó, no por eso obtienen nombres propios, ni sus personas pueden ser conocidas sin nombres: pero cuando vienen a nosotros a ministrar algo, también entre nosotros toman nombres de sus ministerios. A María, pues, virgen, es enviado Gabriel, que significa fortaleza de Dios. Venía a anunciar a aquel que se dignó aparecer humilde para derrotar a las potestades aéreas. De quien dice el salmista: "El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla" (Sal. XXIII). Y de nuevo, "El Señor de los ejércitos, él es el rey de la gloria" (Ibid.). Por lo tanto, debía ser anunciado por la fortaleza de Dios, quien, como Señor de las virtudes y poderoso en la batalla, venía a las guerras contra las potestades aéreas. Entiende el sexto mes como marzo, cuyo día veinticinco se dice que nuestro Señor fue concebido y padeció, así como el día veinticinco de diciembre nació. Lo cual, ya sea que creamos que hoy (como algunos piensan) ocurre el equinoccio de primavera, o en aquel el solsticio de invierno, conviene ciertamente que con el incremento de la luz sea concebido o nacido aquel que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Pero si alguien antes del tiempo de la natividad y concepción del Señor demuestra que la luz crece o supera las tinieblas, decimos también nosotros que Juan entonces, antes de la venida de él, predicaba el reino de los cielos, y ahora también se ordena a los predicadores: "Preparad el camino para el que asciende sobre el ocaso" (Sal. LXVII). ¿Por qué Juan fue concebido cerca del equinoccio de otoño y nació cerca del solsticio de verano? Lo enseña él mismo, quien habla ya sea de su persona o de la del Antiguo Testamento (como muchos piensan): "Es necesario que él crezca y que yo disminuya" (Juan III).

A una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Por muchas razones el Salvador quiso nacer no de una virgen simple, sino de una desposada. Primero, para que por la genealogía de José, con quien María estaba emparentada, se conociera también el origen de María. Pues no es costumbre de la Escritura trazar la genealogía de las mujeres. Porque de ambos puede entenderse lo que se dice de la casa de David. Luego, para que no fuera lapidada como adúltera por los judíos, prefiriendo que algunos dudaran de su origen que del pudor de su madre. Al mismo tiempo, quitando a las vírgenes impúdicas la ocasión de decir que también la madre del Salvador fue infamada por falsas sospechas. Tercero, para que huyendo a Egipto y regresando de allí tuviera el consuelo de un hombre, que fuera a la vez guardián y testigo de su integrísima virginidad. Cuarto, para que su parto no fuera conocido por el diablo; quien, si supiera que había nacido

de una virgen, tal vez temería entregarlo a la muerte como a los demás hombres eminentes. María, en hebreo, significa estrella del mar, y en siríaco, señora; y con razón, porque mereció engendrar al Señor de todo el mundo y la luz eterna para los siglos.

Y entrando el ángel a ella, dijo: "Salve, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres". Bien se le llama llena de gracia, quien ciertamente alcanza la gracia que ninguna otra mereció, para concebir y engendrar al mismo autor de la gracia.

Cuando ella oyó, se turbó por sus palabras, y pensaba qué clase de saludo sería este. Aprende de la virgen en sus costumbres, aprende de la virgen en su modestia, aprende de la virgen en el oráculo, aprende del misterio. Es propio de las vírgenes temblar y temer ante la entrada de cualquier hombre, y reverenciar las palabras de cualquier hombre. Aprendan las mujeres a imitar el propósito del pudor. Sola en sus aposentos, donde ningún hombre la veía, solo el ángel la encontró, sola sin compañía, sola sin testigo, para que no se corrompiera por ningún afecto degenerado, es saludada por el ángel. Aprende, virgen, a evitar la lascivia de las palabras. María también temía el saludo del ángel. Sin embargo, estaba pensando, dice, qué clase de saludo sería este. Y por eso con modestia, porque temía. Con prudencia, porque se maravillaba de la nueva fórmula de bendición, que nunca se había leído, nunca antes se había conocido.

Y el ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios". A quien había visto turbada por un saludo inusual, como el que se reservaba solo para ella, llamándola más familiarmente por su nombre, le ordena que no tema. Y porque la había llamado llena de gracia, afirma más plenamente esa misma gracia, y la explica más abundantemente, diciendo:

"He aquí que concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús". Jesús se interpreta como salvador o salutífero. El ángel, hablando a José, expuso el misterio de su nombre: "Porque él salvará a su pueblo de sus pecados". No dijo, el pueblo de Israel, sino "su pueblo", es decir, llamado a la unidad de la fe desde la incircuncisión y la circuncisión, para que, congregados desde diferentes partes, se hiciera un solo pastor y un solo rebaño.

"Él será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre". Se dijo también de Juan que "será grande", pero él como hombre grande, este como Dios grande. Porque aquel es grande ante el Señor, pero este "será grande", dice, "y será llamado Hijo del Altísimo". Por lo tanto, el mismo Hijo del Altísimo que fue concebido y nacido en el vientre virginal. El mismo hombre en el tiempo, creado de la madre, que es Dios antes de los tiempos nacido del Padre. Si, pues, el mismo hombre que es Dios, que Nestorio deje de decir que solo el hombre nació de la virgen, y que este no fue recibido en la unidad de la persona, sino en una sociedad inseparable con el Verbo de Dios. De lo contrario, no uno, Cristo, verdadero Dios y hombre, sino dos (lo cual es un sacrilegio decir) se afirma, y por lo tanto no se predica la Trinidad, sino la cuaternidad. Pero la fe católica, así como confiesa correctamente a cualquier hombre como carne y alma, así también al hombre y al Verbo, confiesa un solo Cristo, según lo que significan las palabras del ángel, que afirmaron que se le daría el trono de David, su padre. Porque quien tendría al mismo David como padre, a quien se proclama Hijo del Altísimo, demuestra en dos naturalezas una persona de Cristo. Recibió, pues, el trono de David, para que ciertamente llamara al pueblo, al que David y sus hijos una vez ofrecieron el gobierno del reino temporal, al reino eterno que les está preparado desde el origen del mundo.

"Y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin". Y dice Isaías: "Su imperio se multiplicará, y la paz no tendrá fin. Sobre el trono de David y sobre su reino, para afirmarlo y fortalecerlo en juicio y justicia" (Isa. IX). No dijo en la adquisición de gloria y riquezas terrenales, no en la victoria sobre muchas naciones y la conquista de ciudades soberbias, sino en juicio y justicia. Porque por estas cosas el reino de Cristo, tanto en cada uno de los fieles como en toda la Iglesia por el mundo, se multiplica y se confirma. Llama casa de Jacob a toda la Iglesia, que o bien nacida de buena raíz, o bien siendo olivo silvestre, sin embargo, por el mérito de la fe, es injertada en el buen olivo. A la cual, después del triunfo de la pasión, el Salvador dice: "Los que teméis al Señor, alabadlo; toda la descendencia de Jacob, magnificadlo" (Sal. XXI). Sin embargo, no por eso se dice que Jesús será grande en el futuro, llamado Altísimo, recibirá el cetro de David y reinará en la casa de Jacob, porque según lo que piensan los herejes y se desvían de la verdad, Cristo no existía antes de María, sino que el hombre asumido en Dios fue glorificado con aquella gloria que el Verbo de Dios tuvo antes de que el mundo existiera con el Padre, es decir, para que el mismo nombre de Hijo, la misma persona de Cristo, hombre con Dios lleno de gracia y verdad, lo obtuviera.

Pero María dijo al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" Expuso reverentemente el propósito de su mente, a saber, que había decidido llevar una vida virginal. Quien, porque fue la primera de las mujeres en dedicarse a tan gran virtud, mereció justamente sobresalir en beatitud singular sobre las demás mujeres. "¿Cómo", dice, "será esto?" No dijo: "¿Cómo sabré esto?", sino "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" Buscando, a saber, el orden del servicio al que se sometería, no pidiendo una señal en la que creer. Pues no convenía que la virgen elegida para engendrar a Dios fuera dudosa por desconfianza, sino cauta por prudencia, porque tampoco podía fácilmente el hombre conocer el misterio que en Dios permanecía oculto desde los siglos. Porque, pues, había leído: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo", pero no había leído cómo podría suceder esto, con razón, creyendo en lo que había leído, pregunta al ángel lo que no encuentra en el profeta (Isa. VII).

Y respondiendo el ángel, le dijo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra". No por semilla viril, que no conoces, sino por la obra del Espíritu Santo, de quien te llenas, concebirás. Habrá concepción en ti, no habrá lujuria. No habrá ardor de concupiscencia, donde el Espíritu Santo hará sombra. Pero en lo que dice, "Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra", también puede designarse la doble naturaleza del Salvador encarnado. Pues la sombra suele formarse por la luz y el cuerpo. Y a quien se le hace sombra, ciertamente se refresca con la luz o el calor del sol en la medida en que es suficiente, pero el mismo ardor del sol, para que no sea insoportable, se temple con la interposición de una nube ligera o cualquier otro cuerpo. A la bienaventurada Virgen, pues, porque como pura humana no podía contener toda la plenitud de la divinidad corporalmente, el poder del Altísimo la cubrió con su sombra, es decir, la luz incorpórea de la divinidad asumió en ella el cuerpo de la humanidad. De la cual el profeta dice bellamente: "He aquí que el Señor sube sobre una nube ligera y entrará en Egipto" (Isa. XIX), lo que es decir: He aquí que el Verbo de Dios, coeterno al Padre, y luz de luz nacido antes de los siglos, tomará carne en el fin de los siglos y un alma no gravada por el peso del pecado, y del vientre virginal, como el esposo de su tálamo, (Sal. XVIII) saldrá al mundo.

"Por eso, también lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios". Para distinguir nuestra santidad, Jesús es singularmente santo, se dice que nacerá. Pues nosotros, aunque nos hacemos santos, no nacemos santos, porque estamos constreñidos por la misma condición de la naturaleza corruptible. Con razón, pues, cada uno de nosotros, gimiendo con el profeta,

dice: "He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre" (Sal. L). Pero él solo es verdaderamente santo, quien, para vencer la misma condición de la naturaleza corruptible, no fue concebido por la mezcla de la unión carnal. "Santo", dice, "será llamado Hijo de Dios". ¿Qué dices aquí, nestoriano, que niegas que la bienaventurada María sea madre de Dios, y te esfuerzas por impugnar la verdad manifiesta? He aquí que dijo que Dios vendría, que nacería el Hijo de Dios. ¿Cómo, pues, o el Hijo de Dios no es Dios, o la que dio a luz a Dios, cómo no puede ser llamada Θεοτόκος, es decir, madre de Dios?

"Y he aquí que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez. Y este es el sexto mes para ella, que era llamada estéril, porque para Dios ninguna palabra será imposible". Para que la virgen no dude de que puede dar a luz, recibe el ejemplo de la anciana estéril que va a dar a luz, para que aprenda que todo es posible para Dios, incluso lo que parece contrario al orden de la naturaleza. Si a alguien le preocupa cómo llama parienta a Isabel de la bienaventurada María, cuando esta es de la casa de David y aquella de las hijas de Aarón, que considere que sus antepasados pudieron haber unido ambas tribus al dar sus hijos en matrimonio. Si esta explicación no satisface al que insiste más contenciosamente, como si esto no pudiera hacerse contra el mandato de la ley, que lea en Éxodo, donde está escrito: "Y Aarón tomó por esposa a Elisabet, hija de Aminadab, hermana de Naasón, y ella le dio a luz a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar" (Éxodo VI). Y vea que antes del edicto de la ley, por la providencia divina, ya se había unido la progenie sacerdotal con la real. Para que el Señor Jesucristo, que según la carne iba a ser verdadero Rey y sacerdote, tomara también la misma carne de ambas, de la estirpe de David y de Aarón. Por lo cual también en esta doble tribu se celebraba mística unción por la ley, presagio del nombre y generación de Cristo. Y el mismo David, entrando en la casa de Dios, tomó el pan sagrado y la espada como rey y sacerdote. Prefigurando, a saber, a aquel que vendría de su semilla, quien lucharía por nuestra libertad con el derecho del rey, y ofrecería por nuestra absolución el pan de su carne.

Pero María dijo: "He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra". ¡Cuánta devoción con humildad, que desea que se cumpla la promesa del ángel, y se llama a sí misma sierva, quien es elegida como madre! Insinuando claramente cuánto no se atribuye mérito en lo que obedece a los mandatos del Señor. "Hágase", dice, "sin semilla de varón, concebido en la virgen, nazca del Espíritu Santo en carne íntegra lo santo, que nacerá de una madre mujer sin padre hombre, sea llamado Hijo de Dios".

Y el ángel se apartó de ella. Levantándose María en aquellos días, fue a la región montañosa con prisa, a una ciudad de Judá. Con el consentimiento de la virgen, el ángel inmediatamente regresa a los cielos, ella se dirige a las montañas. Se apresura a visitar a Isabel, no como incrédula del oráculo, ni dudosa del ejemplo, sino como alegre por el deseo, religiosa por el deber. Dando también un ejemplo típico, que toda alma que concibe el Verbo de Dios en su mente, inmediatamente ascienda con paso de amor a las altas cumbres de las virtudes, para que pueda penetrar la ciudad de Judá, es decir, la fortaleza de la confesión y alabanza, y hasta la perfección de la fe, esperanza y caridad, como tres meses en ella pueda permanecer.

Y entró en la casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Aprende, virgen, la humildad de María, para que puedas ser casta de cuerpo y devota de corazón. La joven visita a la mayor, la virgen saluda a la esposa. Pues conviene que cuanto más casta sea la virgen, más humilde sea, y deferente a los mayores, recomiende el hábito de la castidad con el pregón de la humildad. De otra manera: María va a Isabel, el Señor viene a Juan, para que esta sea llena del Espíritu Santo, y aquel para que su bautismo sea consagrado. Y la humillación de los mayores es ciertamente la exaltación de los menores. De hecho, sigue:

Y sucedió que cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su vientre, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Observa la distinción y las propiedades de cada palabra. Isabel oyó primero la voz, pero Juan sintió primero la gracia. Ella oyó según el orden natural, él saltó por el misterio. Ella sintió la llegada de María, él la del Señor. Ellas hablan de la gracia, ellos actúan internamente, y el misterio de la piedad comienza con los progresos maternos, y las madres profetizan con el espíritu de los pequeños en un doble milagro. El niño saltó, y la madre quedó llena. No fue la madre llena antes que el hijo, sino que cuando el hijo fue lleno del Espíritu Santo, llenó también a la madre.

Y exclamó con gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Es de notar que la profecía sobre Cristo se cumple no solo en los milagros de las cosas, sino también en la propiedad de las palabras. Este es el fruto que se prometió bajo juramento al patriarca David: De tu fruto pondré sobre mi trono (Salmo 131). Y es de observar que María es bendecida por Isabel con la misma voz que por Gabriel, para que se muestre que es venerada tanto por los ángeles como por los hombres, y con razón preferida a todas las mujeres.

¿Y de dónde a mí esto, que la madre de mi Señor venga a mí? No pregunta como ignorante lo que sabe que es del Espíritu Santo, es decir, que la madre del Señor la saluda para el progreso de su hijo, pero, sorprendida por la novedad del milagro, confiesa que no es por su mérito, sino por un don divino.

Porque he aquí que cuando llegó la voz de tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre. Isabel se avergonzaba del peso de su embarazo, mientras no conocía el misterio de la religión. Pero la que se ocultaba porque había concebido un hijo, comenzó a jactarse porque estaba engendrando un profeta. Y la que antes se avergonzaba, bendice, y la que antes dudaba, se afirma. Porque he aquí (dice) que cuando llegó la voz de tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre. Así que clamó con gran voz cuando sintió la llegada del Señor, porque creyó en el parto religioso. No había causa de vergüenza, donde el nacimiento del profeta daba fe, no afectada.

Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirán las cosas que le fueron dichas por el Señor. Ves que María no dudó, sino que creyó, y por eso obtuvo el fruto de la fe. Bienaventurada (dice) la que creyó. Y verdaderamente bienaventurada, más que el sacerdote. Cuando el sacerdote negó, la virgen corrigió el error. Y no es de extrañar que el Señor, al redimir el mundo, comenzara su obra con la madre, para que por quien se preparaba la salvación para todos, ella misma fuera la primera en recibir el fruto de la salvación de la promesa. Y es de notar cuánta gracia enriqueció el alma de Isabel con la entrada de María, a quien iluminó al mismo tiempo sobre el pasado, el presente y el futuro, por el espíritu de profecía. Porque al decir, Bienaventurada la que creyó, indica claramente que reconoció por el espíritu las palabras del ángel que fueron dichas a María. Y al añadir: Se cumplirán las cosas que te fueron dichas por el Señor, previó también las que la seguirían en el futuro. Y al nombrarla madre de su Señor, porque entendió que llevaba en su vientre al Redentor del género humano.

Y dijo María: Mi alma magnifica al Señor. Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Tanto (dice) me ha elevado el Señor con un don tan inaudito, que no puede explicarse con ningún oficio de lengua, sino que apenas puede comprenderse con el afecto del corazón más íntimo, y por eso ofrezco todas las fuerzas de mi alma en alabanzas de acción de gracias, y todo lo que vivo, siento, discierno, lo dedico con gratitud a contemplar la grandeza de aquel

cuya fin no tiene fin, porque también mi espíritu se regocija en Jesús, es decir, en el Salvador, cuya carne mía se fecunda con la concepción temporal. Lo cual es similar a lo que dice el Salmista. Y mi alma se regocijará en el Señor, y se deleitará en su salvación (Salmo 34). Porque él también veneraba al Padre y al Hijo con igual amor.

Porque ha mirado la humildad de su sierva. He aquí que desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Cuya humildad es mirada, con razón se regocija de ser llamada bienaventurada por todos, así como, por el contrario, cuya soberbia es condenada con desprecio, se marchita con el nombre de Eva, es decir, de calamidad. Porque convenía que así como por la soberbia de nuestra primera madre la muerte entró en el mundo, así de nuevo por la humildad de María se abriera la entrada de la vida.

Porque ha hecho en mí grandes cosas el que es poderoso, y santo es su nombre. Se refiere al principio del cántico, donde se dijo: Mi alma magnifica al Señor. Pues el alma a la que el Señor se digna hacer grandes cosas, suele magnificarlo con dignos pregones, y puede exhortar a los compañeros del mismo voto y propósito diciendo: Magnificad al Señor conmigo, y exaltemos su nombre juntos (Salmo 33). Porque quien desprecia magnificar al Señor que ha conocido, en cuanto le es posible, y santificar su nombre, será llamado el menor en el reino de los cielos. Y su nombre es llamado santo, porque con la cumbre singular de su poder trasciende toda criatura, y se separa de todas las cosas que ha hecho. Lo cual se entiende mejor en la locución griega, en la que la misma palabra que se dice ἄγιος, significa como estar fuera de la tierra. Y también nosotros, por nuestra medida, somos mandados a separarnos de todos los que no son santos, ni dedicados a Dios. Diciendo el Señor: Sed santos, porque yo soy santo (Levítico 11). Porque quien se consagra, con razón será visto como fuera de la tierra y del mundo. Pues puede decir también, caminando sobre la tierra, tenemos nuestra conversación en los cielos.

Y su misericordia es de generación en generación para los que le temen. Pasando de los dones especiales a los juicios generales de Dios, describe el estado de todo el género humano, y explica en versos alternos qué merecen los soberbios, qué los humildes, qué los hijos de Adán por el libre albedrío, qué los hijos de Dios por la gracia. No solo, dice, me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, sino que en toda nación y generación quien le teme y obra justicia, le es acepto.

Hizo poder con su brazo, dispersó a los soberbios en el pensamiento de su corazón. En su brazo, significa en el mismo Hijo de Dios. No porque Dios Padre esté determinado por la figura de la carne humana, y el Hijo se adhiera a él como un miembro del cuerpo, sino porque todas las cosas fueron hechas por él, por eso es llamado el brazo del Señor. Porque así como tu brazo por el cual obras, así el brazo de Dios es llamado su Verbo, porque por el Verbo obró el mundo. Pues ¿por qué extiende el hombre su brazo para obrar algo, sino porque inmediatamente se hace lo que dice? Pero si prevaleciera con tanto poder que sin ningún movimiento de su cuerpo se hiciera lo que dijera, su brazo sería su palabra. Por tanto, cuando oímos que el brazo de Dios Padre es Dios Hijo, no nos impida la costumbre carnal, sino que, en cuanto podemos por su don, pensemos en el poder y la sabiduría de Dios, por la cual todas las cosas fueron hechas.

Derribó a los poderosos de sus tronos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos despidió vacíos. Lo que dijo en su brazo, y lo que prometió de generación en generación, debe añadirse a estos versículos por cada coma, porque evidentemente por todas las generaciones del mundo no cesan de perecer los soberbios, y de ser exaltados los humildes, por la piadosa y justa dispensación del poder divino.

Acogió a Israel su siervo, recordando su misericordia. Hermosamente llama siervo del Señor a Israel, que ha sido acogido por él para salvarlo, obediente y humilde, según dice Oseas: Porque Israel es niño, y lo amé (Oseas 11). Pues quien desprecia humillarse, no puede ciertamente ser salvado, ni decir con el Profeta: Porque he aquí que Dios me ayuda, y el Señor es el sustentador de mi alma (Salmo 54). Pero quien se humille como un niño, este es el mayor en el reino de los cielos (Mateo 18).

Como habló a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre. La descendencia de Abraham, no carnal, sino espiritual significa, es decir, no solo los nacidos de su carne, sino los que siguieron sus huellas de fe, ya sea en la circuncisión o en la incircuncisión. Pues él mismo, estando en la incircuncisión, creyó, y le fue contado por justicia. Y recibió la señal de la fe, la circuncisión, para que así fuera padre de ambos pueblos por la fe, según lo que el Apóstol a los Romanos ha discutido plenamente. Por tanto, la venida del Salvador fue prometida a Abraham y a su descendencia para siempre, es decir, a los hijos de la promesa a quienes se dice: Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Gálatas 3). Y bien que el nacimiento del Señor o de Juan es precedido por las madres profetizando, para que así como el pecado comenzó por las mujeres, también los bienes comiencen por las mujeres, y lo que pereció por el engaño de una, sea devuelto al mundo por la vida proclamada por dos.

Y María permaneció con ella como tres meses, y regresó a su casa. María permaneció tanto tiempo hasta que, cumplido el tiempo de parto de Isabel, viera el nacimiento del precursor de su Señor, por quien principalmente había venido. Se ha dicho antes que toda alma casta que haya concebido el deseo espiritual de la palabra, debe necesariamente someterse a los altos yugos del ejercicio celestial, y como si permaneciera allí los días de tres meses, no deje de perseverar hasta que sea iluminada por la luz perfecta de las virtudes principales. Los cuales, describiendo los meses de fulgor perfectísimo, dice el Apóstol: Ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad (1 Corintios 13).

Y se cumplió el tiempo de Isabel para dar a luz, y dio a luz un hijo. La palabra cumplimiento la Sagrada Escritura acostumbra a poner solo en el nacimiento, o en el hábito, o en el acto de los buenos, cuya vida significa la plenitud de la perfección. Por tanto, se cumplió el tiempo de Isabel para dar a luz. Se cumplieron los días de María para dar a luz (Lucas 2). Salomón completó la construcción de la casa del Señor (2 Crónicas 3). Murió Abraham, o algún otro de los padres, anciano y lleno de días. Y cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gálatas 4). Pero, por el contrario, los días de los impíos son vacíos y vanos. Porque los hombres de sangre y engaño no llegarán a la mitad de sus días (Salmo 55).

Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había engrandecido su misericordia con ella, y se regocijaron con ella. El nacimiento de los santos trae alegría a muchos, porque es un bien común. Pues la justicia es una virtud común. Y por eso en el nacimiento del justo se anticipa el signo de la vida futura, y la gracia de la virtud que seguirá se señala con la exultación de los vecinos.

Y sucedió que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y lo llamaban con el nombre de su padre Zacarías. Y respondiendo su madre, dijo: No, sino que se llamará Juan. Maravillosamente el santo evangelista consideró oportuno mencionar primero que muchos pensaban que el niño debía ser llamado con el nombre de su padre Zacarías, para que notes que a la madre no le desagradó el nombre de algún degenerado, sino que fue infundido por el Espíritu Santo lo que antes había sido anunciado por el ángel a Zacarías. Y ciertamente él,

mudo, no pudo comunicar el nombre del hijo a su esposa, pero Isabel aprendió la profecía que no había aprendido de su marido.

Y le dijeron: No hay nadie en tu parentela que se llame con este nombre. Hacían señas al padre, etc. Juan es (dice) su nombre, es decir, no le imponemos un nombre que ya ha recibido de Dios. Tiene su nombre que hemos reconocido, no que hemos elegido. Y no te maravilles si una mujer afirmó un nombre que no había oído, cuando el Espíritu Santo que lo había mandado al ángel se lo reveló, ni podía ignorar al precursor del Señor, quien había profetizado a Cristo. Y bien se añade que no hay nadie en su parentela que se llame con este nombre, para que entiendas que el nombre no es de la familia, sino del profeta.

Y al instante se abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. Y cayó temor sobre todos sus vecinos. Porque ha nacido la voz del que clama en el desierto, con razón se soltó la lengua del padre. Pues no convenía que el padre callara en las alabanzas, quien se alegraba de haberle nacido el pregonero del Verbo. Porque los labios que la incredulidad había atado, la fe ya los soltó. Pero estas cosas también, alegóricamente, si alguien desea investigarlas, la celebrada natividad de Juan, la sublimidad de la gracia del Nuevo Testamento comenzada. A quien los vecinos y parientes del padre preferían imponerle el nombre de Zacarías antes que el de Juan, porque los judíos, que estaban unidos a él por la observancia de la ley como por afinidad, deseaban más seguir la justicia que es de la ley que recibir la gracia de la fe. Pero el nombre de Juan, es decir, la gracia de Dios, la madre se esfuerza por manifestarlo con palabras, el padre con letras, porque tanto la ley misma como los salmos y los profetas proclaman abiertamente la gracia de Cristo, y el antiguo sacerdocio con las sombras figuradas de ceremonias y sacrificios dan testimonio de él. Y bellamente Zacarías habla el octavo día del nacimiento del hijo, porque por la resurrección del Señor, que fue el octavo día, es decir, después del séptimo del sábado, se revelaron los arcanos ocultos del sacerdocio legal, y la lengua de los pontífices judíos, que los lazos de la desconfianza habían atado, fue soltada con la voz de la inteligencia razonable.

Y en todas las montañas de Judea se divulgaban todas estas palabras. Y todos los que las oyeron, las guardaron en su corazón, diciendo: ¿Qué piensas que será este niño? Porque la mano del Señor estaba con él. Grandes son las obras del Señor, buscadas en todas sus voluntades (Salmo 110). He aquí que un solo silencio de Zacarías, no solo le aprovecha a él, cuando se le da como castigo de incredulidad y señal de creer, sino que cuando se quita, maravilla y asombra con temor a todos sus vecinos. Todas las montañas circundantes, la fama del profeta nacido las llena, a todos los que podían oír los incita a investigar más diligentemente el modo y estado del niño que ha nacido, para que, evidentemente, con estos y otros auspicios semejantes, el futuro profeta de Cristo sea recomendado, y el camino (por así decirlo) al precursor de la verdad le ofrezca signos que lo precedan. Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Cuán grande es la largueza del don celestial, si nuestra fe está pronta para recibirlo. He aquí que la elocuencia que sola fue quitada al incrédulo, con el espíritu de profecía es restituida al creyente. Pero el Señor visitó a su pueblo, como a uno que languidecía por larga enfermedad, y como vendido bajo el pecado, lo redimió con la sangre de su único Hijo. Lo cual, porque el bienaventurado Zacarías sabía que pronto se haría, lo narra al modo profético como si ya estuviera hecho. Y es de notar que se dice que visitó y redimió a su pueblo, no porque evidentemente lo encontró suyo al venir, sino porque al visitarlo lo hizo suyo. Lo cual es similar a lo que al final de los Proverbios se canta sobre el mismo pueblo: ¿Quién hallará una mujer fuerte? (Proverbios 31). Pues no encontró a la misma mujer, es decir, a la Iglesia fuerte, es decir, devota en la fe, sino que al desposarla la hizo fuerte, porque la perfeccionó con la sublimidad de su fe.

Y levantó un cuerno de salvación para nosotros, en la casa de David su siervo. Cuerno de salvación dice la firme altura de la salvación. Pues todos los huesos están envueltos en carne, el cuerno excede la carne, y por eso el cuerno de salvación se llama el reino del Salvador Cristo, por el cual se anuncia al mundo la altura espiritual que supera los gozos de la carne. En cuya figura David o Salomón fueron consagrados con cuerno de aceite en la gloria del reino.

Como habló por boca de sus santos profetas desde el siglo. Desde el siglo, dice, porque toda la Escritura del Antiguo Testamento, es profecía de Cristo. Ni solo Jeremías, Daniel, e Isaías, y otros tales, que también son llamados especialmente profetas, y hablaron manifiestamente de su venida, sino el mismo padre Adán, Abel, y Enoc, y los demás Padres, con sus hechos dan testimonio de su dispensación. Por lo cual el mismo Señor, reprendiendo la dureza de los judíos, dice: Si creyeráis a Moisés, creeríais también a mí. Porque de mí escribió él (Juan 5).

Salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos odian. Debe unirse al versículo anterior levantó para nosotros, es decir, levantó para nosotros salvación de nuestros enemigos. Pues cuando primero brevemente había dicho: Y levantó un cuerno de salvación para nosotros, inmediatamente como explicando más claramente lo que había dicho: Salvación (dice) de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos odian. Todos los que nos odian, significa o a los hombres perversos, o a los espíritus inmundos. De cuya mano, tanto ahora en esperanza somos salvos, como en el futuro seremos salvados en realidad.

Para hacer misericordia con nuestros padres, y recordar su pacto. El juramento que juró a Abraham nuestro padre, etc. Había dicho que el Señor, según las palabras de los profetas, nacería en la casa de David, dice que el mismo, para cumplir el pacto que dispuso con Abraham, nos liberará. Porque evidentemente a esos patriarcas principalmente se les prometió de su descendencia, o la congregación de las naciones, o la encarnación de Cristo. Lo cual también Mateo quiso insinuar brevemente, quien comenzó su Evangelio de este modo: Libro de la generación de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Donde es de notar que en ambos evangelistas, David se antepone a Abraham. Porque aunque en orden de tiempo es posterior, en el don de la promesa es mayor. Pues a Abraham, que aún en la incircuncisión dejó lo propio, conoció a Dios, mereció el testimonio de la fe, le fue prometida solo la fe de las naciones y el sagrado conjunto de la Iglesia, diciendo el Señor a él: Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra (Génesis 28). Pero a David, con un oráculo más sublime, se le dijo que de él nacería Cristo según la carne: Y cuando hayas cumplido (dice) tus días, para que vayas a tus padres, levantaré tu descendencia después de ti, que será de tus hijos, y estableceré su reino. Él me edificará una casa, y afirmaré su trono para siempre. Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo (1 Crónicas 17).

En santidad y justicia delante de Él, todos nuestros días. Designa abiertamente y brevemente cómo debe servirse al Señor, a saber, en santidad y justicia, y delante de Él, y todos los días. Pues quien antes de la muerte se aparta de su servicio, o con cualquier impureza o injusticia mancha la sinceridad de su fe, o se esfuerza por permanecer santo solo ante los hombres y no también ante el Señor; y justo, aún no liberado perfectamente de la mano de los enemigos espirituales, sirve al Señor, pero, al ejemplo de los antiguos samaritanos, intenta servir tanto a los dioses de las naciones como al Señor. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo. Porque irás delante del rostro del Señor, para preparar sus caminos. Hermosamente, cuando hablaba del Señor, de repente convierte sus palabras hacia el profeta, para indicar que este también es un beneficio del Señor. Pero se pregunta cómo se dirige a un niño de ocho días.

Pero, ¿cómo no habría de escuchar la voz del padre el nacido, quien aún encerrado en el vientre escuchó el saludo de María? A menos que se deba pensar que Zacarías, más bien para instruir a los presentes, quiso proclamar los futuros dones de su hijo, que había aprendido hace tiempo por el Ángel, tan pronto como pudo hablar. Que escuchen los arrianos, y se avergüencen: que escuchen los mansos, y se alegren, porque llama al Cristo Señor, a quien Juan precedía profetizando, el Altísimo. Según lo que también el salmista, alabando a Dios y al hombre perfecto en una sola persona, dice: Madre Sión dirá hombre, y hombre se hizo en ella, y Él la fundó el Altísimo (Salmo LXXXVI). Aquel que fue hecho, quien la fundó, el mismo hombre, a quien llama el Altísimo.

Para dar conocimiento de salvación a su pueblo para la remisión de sus pecados. Como deseando exponer y recomendar más diligentemente el nombre de Jesús, es decir, Salvador, menciona frecuentemente la salvación, cuando recuerda que se levantará el cuerno de salvación, que habrá salvación de los enemigos, que se dará conocimiento de salvación a su pueblo. Pero para que no pienses que se promete una salvación temporal y carnal, dice, para la remisión de sus pecados. Pero los judíos, por eso, no quieren recibir a Cristo Jesús, sino que prefieren esperar al Anticristo, porque desean ser salvados no internamente sino externamente, no del dominio del pecado, sino ser liberados del yugo de la servidumbre humana.

Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó el sol naciente desde lo alto. Y el profeta hablando del Señor: He aquí el hombre, dice, su nombre es Oriente (Zacarías VI). Quien con razón es llamado Oriente, porque abriendo para nosotros el nacimiento de la verdadera luz, hizo hijos de la luz a los hijos de la noche y de las tinieblas, según lo que el bienaventurado Zacarías expone a continuación diciendo:

Para iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para dirigir nuestros pies por el camino de la paz. Porque iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte es infundir los rayos de su conocimiento y amor a aquellos que vivieron en pecados y en la ceguera de la ignorancia. A quienes el Apóstol dice: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Y nuestros pies son dirigidos por el camino de la paz, cuando el camino de nuestras acciones en todo concuerda con la gracia de nuestro Redentor e iluminador. Con un orden adecuado, primero se iluminan los corazones, y luego se dirigen las obras, porque nadie puede obrar la paz si no la ha aprendido antes. Por lo cual el salmista dice correctamente: Busca la paz, y síguela (Salmo XXXIII). Lo que es decir: Ilumínate tú que estabas sentado en tinieblas, y entra en el camino de la paz del que estuviste exiliado por mucho tiempo.

El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estaba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel. Siendo futuro predicador de penitencia, es oportuno y justo que siga la aspereza de la soledad; y para que el joven pueda elevar más libremente a sus oyentes instruyéndolos sobre las seducciones del mundo, él mismo también pase su vida primitiva en los desiertos.

CAPÍTULO II.

Sucedió en aquellos días que salió un edicto de César Augusto, para que se empadronara todo el mundo. El Hijo de Dios, que iba a nacer en la carne, eligió para sí los padres que quiso, y el lugar de nacimiento que quiso, y los condujo a ese lugar antes de nacer como quiso, así también en el tiempo que quiso, más bien que Él mismo junto con el Padre y el Espíritu Santo había dispuesto desde los siglos, y había predicho por boca de los profetas, entró en el mundo

para salvarlo. Pues así como nacido de una madre virgen mostró que la gloria de la virginidad y la gracia de la castidad angélica le eran sumamente agradables, así también nacido en el tiempo más pacífico del mundo, enseñó que buscaba y amaba grandemente la paz, porque indicó que siempre se dignaría visitar a los seguidores de la paz y la caridad. Según lo que Él mismo prometiendo a los fieles dice: Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mateo XVIII). Pues, ¿qué mayor indicio de un reino tranquilísimo y de una paz bellísima, en cuanto a los hombres, pudo haber, que el hecho de que todo el mundo fuera incluido en un solo censo, que todos los confines del mundo, lejanos y extensos, fueran comprendidos en una misma moneda de censo? Cuyo autor y moderador, Augusto, según la fe de las historias, reinó doce años alrededor del tiempo del nacimiento del Señor con tal paz, que, con todas las guerras externas y civiles en todo el mundo apaciguadas, parece haber cumplido incluso literalmente la profecía espiritual del profeta. El cual profeta, cuando con voz mística predecía la dispensación de Cristo diciendo: Y acontecerá en los últimos días que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones (Miqueas IV). Poco después también se preocupó por describir el estado de aquel tiempo sacratísimo: Y forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces. No alzará nación contra nación la espada, ni se adiestrarán más para la guerra. Casa de Jacob, venid, y caminemos a la luz del Señor (Ibid.). No solo esta nueva descripción del mundo daba testimonio de la venida de aquel sumo rey, quien congregaría a sus elegidos de todos los confines del mundo para inscribirlos en el libro de la bienaventuranza eterna, sino que también ayudaba a los líderes de ese reino con la paz tranquila de su gobierno, porque ciertamente, con las naciones comprimidas por el torbellino de las guerras, la sombra temible del nombre romano en ese tiempo (por así decirlo) protegía a los discípulos de Cristo que iban a predicar al mundo, dondequiera que quisieran ir por la palabra, del fervor de las sediciones inminentes. Salió, pues, un edicto de César Augusto, para que se empadronara todo el mundo, porque se acercaba el edicto del Rey Cristo, por el cual todo el mundo alcanzaría la salvación. Quien cumpliendo perfectamente el nombre de Augusto, como deseando que los suyos crezcan y siendo él mismo suficiente para aumentar, ordena a los censores de su expedición, no con la sustracción de dinero a los súbditos, sino con la ofrenda de la fe. Yendo, dice, por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo (Marcos XVI).

Esta primera inscripción se hizo siendo gobernador de Siria Cirino. Y todos iban para empadronarse, cada uno a su ciudad. Este censo realizado en tiempos de Cirino también lo menciona el ilustre historiador de los hebreos, Josefo, en el libro dieciocho de las Antigüedades de esta manera: Cirino, un hombre que ascendió por consenso del senado romano a través de los magistrados hasta el grado de cónsul, honorable en otros aspectos, vino a Siria con pocos, enviado por César para administrar justicia a las naciones, y también sería censor de patrimonios. Así que lo que dice: Esta primera inscripción se hizo siendo gobernador de Siria Cirino, significa que esta inscripción, o es la primera de aquellas que incluyeron todo el mundo, porque se lee que muchas partes de la tierra ya habían sido descritas, o ciertamente comenzó entonces, cuando Cirino fue enviado a Siria. Así como entonces, bajo el imperio de Augusto y con Cirino como gobernador, todos iban para empadronarse, cada uno a su ciudad, así también ahora, bajo el imperio de los presidentes de la Iglesia, es decir, los doctores, más bien persuadiendo y prometiendo recompensas Cristo, vayamos todos, que nadie sea excluido del censo de la justicia. Vengamos a Él, que estamos cansados y cargados, y Él nos dará descanso. Tomemos su yugo sobre nosotros, y aprendamos de Él que es manso y humilde de corazón, y encontraremos descanso para nuestras almas (Mateo XI). Esta es nuestra ciudad y patria, el descanso bienaventurado y

celestial de las almas, a la que fuimos creados por Dios Cristo en el comienzo del mundo naciente, a la que fuimos recreados por el hombre Cristo en el fin de los siglos. A la cual ciertamente ir a la ciudad de paz y quietud, y llevar tesoros devotos a nuestro rey, es contemplar diariamente con los progresos crecientes de virtud y fe las alegrías eternas de la luz suprema, y para adquirirlas, despreciar tanto las cosas prósperas del mundo como las adversas, y habiéndolas adquirido, ofrecer a Dios como un don más precioso que el oro, purificados de toda contaminación de carne y espíritu (II Cor. VII). Si también examinamos más detenidamente el tipo de moneda que se pagaba a César, no probaremos poco nuestra devoción al purificarla, lo cual no podemos buscar y encontrar mejor que en el mismo Evangelio, donde, al ser tentado sobre el pago del tributo a César, el Señor dice: Mostradme la moneda del censo. Y ellos, dice, le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Le dicen, de César. Entonces Él les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios (Lucas XX). Donde primero se debe notar que a César se le pagaba un denario que tenía diez monedas, lo que también se revela por el nombre, titulado con su imagen e inscripción. Luego se debe inferir que, al ordenar el Señor que se dé a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios, también se nos indica diligentemente que, a semejanza del denario real, ofrezcamos a Dios nuestro rey el decálogo de la ley, es decir, el amor a Dios y al prójimo, de los cuales uno, al ser percibido, abarca los otros siete, con un corazón íntegro. En este denario de la Sagrada Escritura, marcado con diez mandamientos celestiales como si fueran tantas monedas de oro, quien sabe contemplar el rostro y el nombre del rey eterno, es decir, el conocimiento de la voluntad divina, lo encontrará. Lo que cada uno cree perfectamente, espera, ama, lo graba con el estilo de la corrección diligente en las tablas de su corazón. Y llevamos este denario con nosotros como si estuviera incluido en un saco en el camino, cuando sabiendo decir con el salmista: Sellada está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor, diste alegría en mi corazón (Salmo IV), sin embargo, hasta ahora guardamos el sello de la fe y la alegría de la esperanza y la caridad en la meditación oculta de nuestra conciencia, con Dios como testigo. Pero al llegar a la patria, a nuestro rey cuya visión anhelamos, a quien nos apresuramos a contemplar en su belleza con todo el esfuerzo de virtud, con toda la intención de la mente, presentaremos las ofrendas de nuestra buena conversación que estaban ocultas en la tierra para ser coronadas en el cielo, cuando lo que dijimos en las tinieblas será dicho en la luz, y lo que hablamos al oído en los aposentos, será proclamado en los tejados (Mateo X).

Subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, etc. Por disposición celestial, el censo fue descrito de tal manera que cada uno fue ordenado a ir a su patria. No solo por el misterio que hemos dicho, sino también para que el Señor, concebido en un lugar y nacido en otro, pudiera evadir más fácilmente la furia del insidioso Herodes. Si hubiera nacido de padres de Belén, el astuto investigador podría haber sospechado de su fuga repentina, especialmente cuando todos sabían que eran de la estirpe de David, de donde Cristo iba a venir. A quien David mismo, con su nombre, patria y oficio, da testimonio. David, de hecho, significa fuerte de mano o deseable. Tomando el nombre de allí, porque valientemente derribó al gigante y fue hermoso de aspecto y de rostro decoroso; pero prefigurando en un misterio más alto a aquel que nacería de su casa y familia, quien singularmente derrotaría al príncipe del mundo, hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo XLIV), y él mismo nacido en Belén y pastor de ovejas intelectuales, es decir, rector de almas simples. Cuyo no menos notable es observar tanta y tan benigna humildad, quien no solo se dignó encarnarse por nosotros, sino también en el tiempo en que pronto sería inscrito en el censo de César, y por nuestra liberación, él mismo se sometería al servicio. Lo cual también nos insinúa el camino de su humildad (pues no vino a cambiar las condiciones, sino los ánimos) Pedro: Sed sujetos, dice, a toda criatura humana por causa de

Dios, ya sea al rey, como preeminente, o a los gobernadores, como enviados por él (I Pedro II). Pero también su coapóstol Pablo: Pagad, dice, a todos lo que debéis. Al que tributo, tributo. Al que impuesto, impuesto. Al que temor, temor. Al que honor, honor. No debáis a nadie nada, sino que os améis unos a otros (Romanos XIII).

Y sucedió que, estando allí, se cumplieron los días para que diera a luz, etc. Bien, no solo por el indicio del linaje real, sino también por el sacramento del nombre, el Señor nace en Belén. Belén, de hecho, se interpreta como casa del pan. Él mismo es quien dice: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI). El lugar, por tanto, donde el Señor nacería fue llamado casa del pan antes, porque ciertamente iba a suceder que allí aparecería en la materia de la carne aquel que saciaría las mentes de los elegidos con una satisfacción interna. Pero hasta hoy, y hasta la consumación del siglo, el Señor no cesa de ser concebido en Nazaret, de nacer en Belén, cuando cualquiera de los oyentes, habiendo recibido la flor de la palabra, se convierte en casa del pan eterno. Diariamente es concebido en el vientre virginal, es decir, en el ánimo de los creyentes por la fe, es engendrado por el bautismo. Diariamente la Madre de Dios, la Iglesia, acompañada de su maestro, ascendiendo de la rueda de la conversación mundana, que significa Galilea, a la ciudad de Judá, de confesión y alabanza, paga el censo de su devoción al rey eterno. Que, a ejemplo de la siempre bienaventurada Virgen María, casada y al mismo tiempo inmaculada, nos concibe virgen del Espíritu, nos da a luz virgen sin gemido, y como desposada con uno, pero fecundada por otro, en cada una de sus partes que hacen una sola católica, se une visiblemente al Pontífice que le ha sido puesto, pero se llena de la virtud invisible del Espíritu Santo. Por lo cual también José se interpreta como aumentado. Indicando ciertamente con este nombre que la insistencia del maestro que habla no vale nada, si no ha recibido el aumento de la ayuda suprema para ser escuchado. Pero que se describe que María dio a luz a su hijo primogénito, no debe entenderse según los helvidianos, como si hubiera procreado otros hijos, como si no pudiera llamarse primogénito sino quien tiene hermanos, así como no se suele llamar unigénito sino quien carece de hermanos. Porque tanto el testimonio de la ley como la razón clara declaran que todos los unigénitos también pueden ser llamados primogénitos, pero no todos los primogénitos pueden ser llamados unigénitos. Esto es, no solo ser primogénito después del cual hay otros, sino todo lo que primero sale del vientre, debe ser consagrado como primogénito. De hecho, porque todo varón que abre el vientre, debe ser llamado santo para el Señor (Aquí, infra), lo que primero nace del vientre, ya sea que sigan hermanos o no, debe ser consagrado por derecho como primogénito. Pero en un sentido más alto, el Hijo de Dios apareciendo en la carne, y según la excelencia de la divinidad unigénito del Padre, y según la sociedad fraterna Primogénito de toda criatura. De esta se dice: Porque a los que conoció de antemano y predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos (Romanos VIII). De aquella: Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre (Juan I). Es, por tanto, Unigénito en la sustancia de la Deidad, Primogénito en la asunción de la humanidad. Primogénito en gracia, Unigénito en naturaleza. De ahí que se le llame hermano, y Señor. Hermano, porque es Primogénito; Señor, porque es Unigénito.

Y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.---¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha dado (Isaías IX)? Pues, ¿qué es mayor que toda alabanza: Un niño nos ha nacido, para que podamos ser hombres perfectos? Quien viste todo el mundo con variado ornato, es envuelto en humildes pañales, para que podamos recibir la primera estola. Por quien todas las cosas fueron hechas, sus manos y pies son atados en la cuna, para que nuestras manos estén extendidas para la obra buena, nuestros pies sean dirigidos por el camino de la paz. A quien el cielo es su asiento, es contenido en la estrechez de un duro pesebre, para que nos dilate con las alegrías del reino

celestial. Quien es el pan de los ángeles, es acostado en un pesebre, para que nos alimente como santos animales con el fruto de su carne. Quien se sienta a la derecha del Padre, carece de lugar en el mesón, para que nos prepare muchas mansiones en la casa de su Padre. Aunque esto que no nace en la casa de sus padres, sino en el mesón y en el camino, puede entenderse más profundamente por significación. Él mismo dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV). Quien, por tanto, permanece en la esencia de la divinidad como verdad y vida, por el misterio de la Encarnación se hizo camino, para llevarnos a la patria donde disfrutaríamos de la verdad y la vida.

Y había pastores en la misma región, vigilando y guardando las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, un ángel del Señor se presentó junto a ellos, y la gloria de Dios los rodeó de resplandor. Con la más hermosa razón, los pastores vigilan al Señor nacido, defendiendo a su rebaño de las asechanzas de la noche. Para que, por esto, se muestre que ha llegado el tiempo que el verdadero y único buen Pastor prometió diciendo: He aquí, yo mismo buscaré a mis ovejas y las visitaré, como visita el pastor a su rebaño, y las libraré de todos los lugares en los que fueron dispersadas en el día de la nube y la oscuridad. Y poco después: Y levantaré sobre ellas un solo pastor, que las apacentará, mi siervo David, y haré cesar las bestias malas de la tierra (Ezequiel XXXIV), etc. Lo que fue predicho maravillosamente por el profeta, lo vemos cumplido más maravillosamente por el Señor. También el profeta Miqueas recuerda este lugar y tiempo diciendo: Y tú, torre del Rebaño nebulosa, hija de Sion, hasta ti vendrán, y vendrá el poder primero, el reino de la hija de Sion (Miqueas IV). La torre del Rebaño, que en hebreo se llama torre Ader, dista aproximadamente mil pasos de la ciudad de Belén hacia el Oriente, mostrando mucho antes a estos pastores por la profecía de su nombre, hasta la cual las potestades angélicas, es decir, las hijas de Sion, vinieron apareciendo a los pastores. Por tanto, vigilen los pastores al Señor nacido sobre su rebaño de ovejas, significando que, con la manifestación de su dispensación, los pastores de almas castas vigilarán en la Iglesia. A quienes se les dice: Apacentad el rebaño de Dios que está entre vosotros (I Pedro V). Y bien, al aparecer el ángel a los pastores vigilantes, la gloria de Dios los rodea de resplandor, porque aquellos que saben presidir solícitamente sobre los fieles rebaños merecen ver las cosas sublimes más que los demás, y mientras ellos vigilan piadosamente sobre el rebaño, la gracia divina resplandece más abundantemente sobre ellos. De manera diferente, el ángel instruye a María, el ángel a José, el ángel a los pastores. Y el Señor concebido, y concebido, y nacido, los ciudadanos del cielo lo atestiguan, para que también instruyan suficientemente a los mortales, y presten incesantemente su servicio a su autor. Pues también en lo sucesivo, se dice que están presentes al tentado, al que va a sufrir, al resucitado y al que asciende a los cielos.

Y temieron con gran temor. Y el ángel les dijo: No temáis. He aquí que os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo. No para todo el pueblo de los judíos, de los cuales muchos se mostraron rebeldes, sino para todo el pueblo fiel de todas las tribus, naciones y lenguas congregado en una sola Iglesia de Cristo, se anuncia una alegría eterna y grande.

Porque os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David. Este es el poder primero, este es el reino de la hija de Sion, que fue prometido por el testimonio del profeta mencionado, que vendría en la torre del rebaño. Donde se debe notar que el ángel que habla a los pastores en las vigilias de la noche, no dice: Esta noche, sino Hoy os ha nacido un Salvador. No por otra razón, sino porque venía a anunciar una gran alegría. Pues donde se significan las tristezas que se realizan o se realizarán en tiempos nocturnos, allí a menudo se añade la noche, o incluso se nombra sola. Como es aquello: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche (Mateo XXVI). Y en otro lugar: En verdad te digo que tú

hoy, en esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces (Marcos XIV). Pues no en vano el ángel apareció rodeado de tanta luz, para que se diga que la gloria de Dios rodeó a los pastores, es decir, que los rayos de luz los rociaron por todas partes, lo cual nunca se añade tantas veces a los ángeles que aparecen en toda la serie del Antiguo Testamento. Pero mística y abiertamente advirtió lo que después el Apóstol advirtió diciendo: La noche ha pasado, el día se ha acercado. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz, como de día andemos honestamente (Romanos XIII).

Y esto os será por señal. Hallaréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. La infancia del Salvador y los anuncios de los ángeles, y los testimonios de los evangelistas, nos han sido inculcados frecuentemente, para que se imprima más profundamente en nuestros corazones lo que se ha hecho por nosotros. Porque fue herido por nuestras iniquidades, y debilitado por nuestros pecados (Isaías LIII). Y se debe notar con más atención que se da como señal del Salvador nacido, al niño no envuelto en púrpura de Tiro, sino en pañales humildes, no hallado en lechos adornados con oro, sino en pesebres. Esto es, que no solo asumió por nosotros el hábito de la humildad y la mortalidad, sino también de la pobreza. Porque siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que con su pobreza nos enriqueciera (II Corintios VIII). Siendo Señor de los cielos, se hizo pobre en la tierra, para enseñar a los terrenales que con la pobreza de espíritu pueden adquirir el reino de los cielos.

Y de repente apareció con el ángel una multitud del ejército celestial alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Con un solo mensajero anunciando a Dios nacido en la carne, de inmediato una multitud del ejército celestial volando, prorrumpen en alabanza al Creador con una voz unánime, para que, como siempre, ofrezca su devoción de servicio a Cristo, y nos instruya igualmente con su ejemplo, cada vez que alguno de los hermanos resuena con palabras de sagrada enseñanza, o nosotros mismos, al leer o escuchar lo que es de piedad, lo traigamos a la mente, y de inmediato rindamos alabanzas a Dios con la boca, el corazón y la obra. Y bien, el coro que llega recibe el nombre de ejército celestial de ángeles, que humildemente obedece a aquel poderoso en la batalla, que apareció para derrotar a las potestades aéreas, y él mismo repele con armas celestiales a esas mismas potestades contrarias, para que no puedan tentar a los mortales tanto como quisieran. Pues así como por la previsión del mejor emperador todos los lugares se fortifican con mano militar contra la llegada hostil, así también Dios, puesto que los espíritus inmundos se mueven por todas partes para la subversión de la paz, ha establecido ejércitos de ángeles para nuestra protección, cuya presencia rompe la audacia de los demonios, y nos ministra la gracia de la paz. Y puesto que Dios y hombre nace, con razón se canta paz a los hombres, y gloria a Dios. Los ángeles glorifican a Dios encarnado por nuestra redención, porque al vernos recibir, se alegran de que su número se complete. Desean paz a los hombres, porque a quienes antes despreciaban como débiles y rechazados, ahora veneran como compañeros al nacer el Señor en la carne, quienes al pedir paz para los hombres, exponen, y a quienes, es decir, a los de buena voluntad, esto es, a aquellos que reciben al Cristo nacido, no a Herodes, a los pontífices, y a los fariseos, y a los demás anticristos, que turbados por su nacimiento, lo persiguieron con espadas tanto como pudieron. Porque no hay paz para los impíos, dice el Señor. Pero mucha paz para los que aman tu nombre, Señor, y no hay en ellos tropiezo (Isaías XLVIII). A quienes también esto que sigue, les conviene muy bien. Esperaba tu salvación, Señor (Salmo CXVIII), esto es, suspiraba con larga espera de votos por la venida de Cristo.

Y sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se decían unos a otros. Pasemos hasta Belén y veamos esta palabra que ha sucedido, que el Señor ha hecho y nos ha mostrado. Observa cuidadosamente cuán razonables son las palabras de los pastores, y

dignas de los pastores de la Iglesia. Pues verdaderamente, como vigilantes, no dijeron: Veamos al niño, veamos qué se dice, sino: Veamos la palabra que ha sucedido: En el principio era el Verbo, y el Verbo se hizo carne (Juan I). Veamos cómo el Verbo que siempre era, se ha hecho por nosotros, lo que el Señor ha hecho y nos ha mostrado. Este Verbo, él mismo se hizo: pues este mismo Verbo es el Señor. Veamos, pues, cómo este mismo Verbo, esto es, el mismo Señor se ha hecho, y nos ha mostrado su carne. Porque lo que no podíamos ver mientras era Verbo, veamos hecho porque es carne. Lo cual es similar a lo que dice Juan: Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y nuestras manos han tocado del Verbo de vida, y la vida se manifestó, y hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre, y se nos apareció (I Juan I).

Y vinieron apresuradamente, y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre. Y al verlo, reconocieron la palabra que les había sido dicha acerca de este niño. Los pastores se apresuran a ver a Cristo, a quien han conocido, desean ver su venida con toda la intención de su mente. Pues no se debe buscar la presencia de Cristo con desidia. Y por eso, tal vez algunos que buscan no merecen encontrar, porque buscan a Cristo con desidia. Por eso estos pastores lo encontraron sin demora, porque corrían hacia él con fe no fingida, hacia quien ir apresuradamente es no acelerar los pasos de los pies, sino siempre progresar en fe y virtud. Encontraron, dice, a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Pero también los pastores del rebaño del Señor, cuanto más frecuentemente y con más dulzura se elevan por el oráculo celestial entre las tinieblas de esta vida, tanto más fervientemente contemplan la vida sublime de los padres precedentes, en la cual el pan de vida siempre se guarda y alimenta, como si entraran por las puertas de Belén, y no encuentran en esto otra cosa que la belleza virginal de la Iglesia católica, como María, la asamblea viril de doctores espirituales, como José, y la humilde venida del Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, insertado en las páginas de la Sagrada Escritura, como el niño acostado en el pesebre, Cristo en la primera visión. De quien, en verdad, en el pesebre de las Sagradas Escrituras se alimentaba aquel animal excelso y aptísimo para los sacrificios sagrados, que exclamaba con júbilo: El Señor es mi pastor, nada me faltará, en lugares de pastos me ha colocado (Salmo XXII). Y poco después: Preparaste una mesa delante de mí en presencia de mis enemigos (Ibid.). Y al verlo, dice, reconocieron la palabra que les había sido dicha acerca de este niño, porque ciertamente es de justo orden que, conocida, amada y celebrada con digno honor la encarnación del Verbo, se alcance alguna vez, con el agudo ejercicio de una mente más capacitada, la contemplación de la gloria del Verbo.

Y todos los que oyeron se maravillaron de lo que los pastores les decían. El pueblo es llevado a la reverencia de Dios por los pastores. No te parezca un ejemplo de fe mediocre, ni una persona vil la de los pastores. Ciertamente, cuanto más vil para la prudencia, más preciosa para la fe. No sabios sino simples, que no sabían disfrazar lo que oían, eligió el Señor como sus pregoneros; no retóricos, sino pescadores destinó para evangelizar. De hecho, también en el Antiguo Testamento, ordenó pastores como mensajeros principales de su dispensación. El protomártir Abel, que consagró con su propia sangre la inocente conversación del oficio pastoral, cuya sangre clama desde la tierra en figura de la pasión del Señor, como el más docto y primer pastor ofrecía devotamente las primicias de sus rebaños al Señor. Abraham, padre de la fe, que se regocijó al ver el día de Cristo, y lo vio, y se alegró, no se describe buscando metales de oro para adquirir ornamentos para su culto, sino cavando en las venas de la tierra para encontrar fuentes de agua con las que abrevaba a sus ganados. Jacob, padre de las doce tribus, ardía en calor y frío durante veinte años pastoreando ganados, de los cuales, en figura del verdadero pastor, mostraba la variedad de sus virtudes entre las aguas de la

doctrina salvadora, y se le otorgaba un estado más sublime. Moisés, el legislador, que primero en figura de la Iglesia septiforme defendió a las siete hermanas pastoras de la impropiedad de los pastores que irrumpían hasta que sus ovejas bebieran, después mereció ver y hablar con el Señor entre los pastos del desierto, y hacer señales con la vara pastoral y liberar al pueblo de Dios. El mismo David, de cuya descendencia y ciudad el Señor nuestro se dignó ser llamado y ser hijo, rescatando el carnero de su padre de la mano del oso o del león, mostró que nacería de su linaje y ciudad aquel que no tiene igual, rescatando al pobre de la mano del más fuerte que él, al necesitado y al pobre de los que lo saquean. Y por eso no debe considerarse de poca importancia el testimonio de los pastores, que entonces merecieron vigilar y escuchar el himno de la exultación angélica, cuando, dejando en el desierto a las noventa y nueve ovejas, apareció el buen Pastor para buscar la oveja centésima. Cuyo advenimiento siempre desea implorando todo el rebaño fiel: Me he extraviado como oveja perdida, busca a tu siervo, Señor (Salmo CXVIII).

Pero María conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón. ¿Qué significa esto que dice, meditándolas? Debería decir, consideraba en su corazón, y conservaba en su corazón, pero porque había leído las Sagradas Escrituras, y conocía a los profetas, comparaba lo que le sucedía con el Señor con lo que sabía que los profetas habían escrito sobre el Señor, y al compararlos entre sí, reconoció la luz de su rostro en concordia como los querubines celestiales. Pues Gabriel había dicho: He aquí que concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo (Lucas I). Isaías había predicho: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo (Isaías VII). Miqueas había predicho que las hijas de Sion vendrían a la torre del rebaño, y que el poder primero vendría entonces. Los pastores decían que las cohortes de la ciudad celestial se les habían aparecido en la torre del rebaño, cantando al Cristo nacido. María había leído: El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Isaías I). Veía en el pesebre al Hijo de Dios llorando, que salva a los hombres y a los animales; y en cada una de estas cosas y en otras semejantes, comparaba lo que había leído, y lo comparaba con lo que oía y veía.

Y los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho. Los pastores glorifican y alaban a Dios por todas las cosas que habían oído de los ángeles, y visto en Belén, como se les había dicho, es decir, y en esto glorifican que no encontraron otra cosa al venir, que lo que se les había dicho; o como se les había dicho, rinden gloria y alabanzas a Dios. Y esto también se les dijo hacer por los ángeles, no ciertamente ordenándoles con palabras, sino ofreciéndoles la forma de su devoción, cuando resonaron con exultación unánime la gloria a Dios en las alturas. Pues también quien dice: Os anuncio una gran alegría que será para todo el pueblo (Aquí, arriba), ciertamente provoca a glorificar y alabar a Dios. Pero también los maestros de los rebaños espirituales, a veces suben contemplando las cosas celestiales mientras los demás duermen, a veces recorren los campamentos de los fieles buscando ejemplos de probidad, a veces regresan al público del oficio pastoral enseñando, para que la memoria de la abundancia de la suavidad de Dios, que aunque brevemente contemplando habían gustado, la proclamen predicando a los prójimos (Salmo CXLIV).

Y después de que se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, se le llamó Jesús, nombre que le fue dado por el ángel antes de ser concebido en el vientre. El rito y la religión de la circuncisión comenzaron con el bienaventurado patriarca Abraham. Quien, aunque aún no circuncidado, creyó perfectamente en Dios, y le fue contado como justicia, recibió la señal de la circuncisión, el sello de la justicia de la fe, que es en el prepucio. De él también surgió la costumbre de dar nombre a los niños el día de la circuncisión. Porque él mismo, al recibir

de Dios el pacto de la circuncisión, obtuvo el mismo día, junto con su esposa, un aumento de nombre, de modo que quien hasta entonces se llamaba Abram, es decir, padre excelso, en adelante, por el mérito de la fe, fue llamado Abraham, que significa padre de muchas naciones; y Sarai fue llamada Sara. La circuncisión era un tipo y figura multiforme. Era el sello de la justicia de la fe de Abraham y su descendencia, y una indicación de que aquellos que pertenecieran a esta descendencia y fe debían ser castigados por toda contaminación de carne y espíritu, y una profecía del Salvador que nacería de esta descendencia, quien nos limpiaría en el presente por el bautismo de toda contaminación de acciones mortales, y en el futuro nos liberaría para siempre de toda corrupción de la muerte misma por la resurrección, y especialmente el don del perdón, que nos liberaría del pecado de la transgresión de Adán, complació a la misma gracia y al dador de la ley ser ministrado en ese tiempo. Porque quien ahora dice: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III), él mismo decía entonces: "El varón cuyo prepucio no sea circuncidado, esa alma será cortada de su pueblo, porque ha invalidado mi pacto" (Gén. XVII). No el pacto de la circuncisión, que no el niño que aún no podía discernir, sino los mayores que sabían, podían y debían guardarlo, invalidaron; sino el pacto que Dios hizo con el primer hombre, que todo aquel que haya vivido un solo día en la tierra se demuestra transgresor, y por lo tanto no se ignora que necesita algún remedio de salvación. Porque aquellos que, ya sea antes de los tiempos de la circuncisión o incluso después de dada la circuncisión, de entre las naciones extranjeras fueron fieles, como el ejemplo de paciencia de Job y sus amigos e hijos, ya sea por sacrificios de víctimas, se salvaban a sí mismos y a los suyos del pecado original, o ciertamente solo por la fe, porque "el justo vivirá por la fe" (Rom. I), "y sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebr. XI). Pero estos y otros remedios similares necesitan aquellos que, propagados por la transmisión del pecado, fueron concebidos en iniquidades y nacidos en placeres. Sin embargo, nuestro Redentor, que vino al mundo sin pecado para quitar los pecados del mundo, así como por su bautismo nos procuró remedios, es decir, consagró las aguas para lavar nuestros crímenes, también por la circuncisión que recibió, no purgó sus propios pecados, que no tenía, sino que enseñó que la antigüedad de nuestra naturaleza en él debía ser renovada, y ahora evidentemente purgada por él de la mancha de los vicios, y en el último día significando que debía ser completamente restaurada de la plaga de la mortalidad y muerte multifacética. Por lo tanto, se dice adecuadamente que Jesús fue circuncidado al octavo día, lo cual no leemos fácilmente que se haya hecho en el Antiguo Testamento, aunque se ordenó muchas veces para todos, excepto solo para Isaac, quien como hijo de la promesa se dice que fue el primero en recibir la circuncisión al octavo día. Bien, digo, Jesús es circuncidado al octavo día. Porque evidentemente ambas renovaciones nuestras que hemos mencionado, es decir, tanto la moderna como la futura, tanto del Espíritu como de la carne, están prefiguradas en su resurrección, y en la nuestra se completarán algún día. Porque de nuestra primera resurrección, que mientras tanto se celebra con la enmienda de vida y fe, el Apóstol dice: "Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Rom. VI). Pero de la segunda que se espera al final, dice así: "Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con él a los que durmieron en Jesús" (I Tes. IV). El número ocho, además, se asocia claramente con la gloria de la resurrección para casi todos. Porque el Señor resucitó al octavo día, es decir, después del séptimo del sábado, y nosotros mismos, después de las seis edades de este mundo y el séptimo sábado de las almas, que ahora se lleva a cabo en otra vida, resurgiremos como en un octavo tiempo, entonces verdaderamente circuncidados, es decir, despojados de todos los vicios y corrupciones de la concupiscencia carnal, en los que principalmente reina la lujuria, verdaderamente cortado el prepucio. Porque como dice el Señor: "Los hijos de este siglo se casan y se dan en matrimonio. Pero aquellos que sean

considerados dignos de aquel siglo y de la resurrección de los muertos, ni se casarán ni se darán en matrimonio; porque ya no pueden morir, porque son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección" (Luc. XX).

Se le llamó, dice, su nombre Jesús, que fue llamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre. Jesús se interpreta como Salvador, nombre del cual también los fieles y elegidos se alegran de participar en ambas circuncisiones tuyas, de las cuales se ha dicho lo suficiente, para que así como de Cristo son llamados cristianos, también de Salvador sean llamados salvados, ahora de hecho hechos salvos por la esperanza a través de la fe, pero entonces en realidad por la visión de la gloria que está en Cristo Jesús nuestro Señor, nombre que les fue dado por Dios no solo antes de ser concebidos en el vientre de la Iglesia por la fe, sino también antes de los tiempos seculares. De cuyo sacrosanto nombre no solo la etimología, sino también el número que comprende en letras, exhala los misterios de nuestra salvación eterna. Porque con seis letras, en griego se escribe Ἰησοῦς, a saber, ι, η, σ, ο, υ, ζ, cuyos números son X, VIII, CC, LXX, CCCC, y CC, que suman en total DCCCLXXXVIII. Este número, porque se regocija en la figura de la resurrección, ha sido tratado suficientemente arriba. Porque lo que se significa simplemente con ocho, también se significa multiplicado por diez o cien. O ciertamente se debe creer que la acumulación de números perfectos es un indicio de firmeza. También podemos decir que el nombre del Salvador contiene ocho absolutos, porque al resucitar al octavo día proporcionó un ejemplo de resurrección a los mortales. Contiene también multiplicados por diez, porque el decálogo de la ley, cómo debe cumplirse, nos lo enseñó y ayudó con las figuras de su resurrección. Para que así como él resucitando de los muertos ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él, así también nosotros consideremos que estamos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús (Rom. VI). Contiene también multiplicados por cien, porque al mostrar la gloria de su resurrección, que nos seguirá en el futuro, ha mostrado la recompensa. Porque el número cien, que después de tantos en el curso de los números a la izquierda, es el primero en buscar la derecha, se adapta muy bien para figurar las alegrías de aquel siglo, cuando el último enemigo, la muerte, será destruido (I Cor. XV), cuando nosotros que vivimos, que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos que resucitaron, en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (Tes. IV). Por lo tanto, en el tipo de todos los elegidos, el primer hijo de la promesa, nacido de un padre centenario y circuncidado, y según el dicho del Señor, Isaac, que significa risa o alegría, fue llamado, prefigurando en todo la felicidad de la derecha de aquel tiempo, de la cual el Señor dice: "Os volveré a ver, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo" (Juan XVI). Pero como el discurso es sobre la circuncisión, es conveniente investigar por qué Moisés, quien refiere que la ley de la circuncisión fue dada por Dios a los padres y repetidamente inculcada a él, durante todo el tiempo de su liderazgo no quiso que nadie fuera circuncidado, excepto solo a su hijo, a quien la madre, tomando una piedra afilada, circuncidó para que no fuera herido por el Señor, pero dejó que todos los nacidos en el desierto fueran circuncidados por Josué, interrumpiendo durante cuarenta años la costumbre divinamente ordenada, observada durante cuatrocientos seis años y transmitida por sucesión ancestral. No creo que esto se haya hecho en vano, sino con gran misterio. Sobre lo cual, con el entendimiento de los mayores a salvo, diré brevemente lo que siento. Moisés predica la circuncisión, pero Josué la perfecciona, porque "la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo" (Juan I). Y de nada sirve la letra que manda, si no está presente la gracia que ayuda. Mientras Moisés predica, el prepucio crece, porque, como dice el Apóstol, "por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él. Porque por la ley es el conocimiento del pecado" (Rom. III). Y en otro lugar: "Porque hasta la ley, el pecado estaba en el mundo. Pero el pecado no se imputa cuando no hay ley" (Rom. V). Y de nuevo: "La ley se introdujo para que abundara el

delito. Porque no conocía la concupiscencia, si la ley no dijera: No codiciarás. Pero el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia" (Rom. VII). Pero Josué, habiendo introducido al pueblo en la tierra de la promesa, corta el prepucio que había crecido mientras Moisés vivía, con cuchillos de piedra. Porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V). Porque quien lee entiende por qué Josué usa cuchillos de piedra para circuncidar, porque "la roca era Cristo" (I Cor. X), y "sobre esta roca edificaré mi Iglesia" (Mat. XVI). Porque lo que era imposible para la ley, en lo que era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu (Rom. VIII). Esta gracia de Cristo no solo justifica a los fieles del Nuevo Testamento, sino que todos los que fueron perfectos en la ley, no por las obras de la ley, sino por la misma gracia de Cristo que había de venir en la carne, fueron salvos por la fe. Y este pueblo circuncidado por Josué, aquellos designan al hijo de Moisés, quienes, obligados por la severidad de la ley, aprendieron a clamar por la gracia de Cristo, como si evitaran la circuncisión de la piedra ante la espada del Señor inminente, atestiguando Pedro, quien hablando del yugo de la ley dice: "Que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar, sino que creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de la misma manera que ellos" (Hech. XV). Y el salmista, quien como encerrado en la custodia carcelaria de la ley, y no encontrando camino de escape sino en la gracia de Cristo, exclama: "Cuando mi corazón estaba ansioso, me exaltaste en la roca. Me guiaste, porque te hiciste mi esperanza, torre de fortaleza ante el enemigo" (Sal. LX). Nadie, ciertamente, al oír que se predica la circuncisión, piense que solo se ordena la continencia de un solo miembro, como si fuera suficiente estar a salvo de la fornicación, o usar el matrimonio lícito con templanza, o ser glorioso en la virginidad, sin la adición de otras virtudes, y no más bien se ordena la castidad de todos los sentidos que llevamos en el corazón o el cuerpo. Porque Moisés, al recibir las palabras más puras de Dios, se quejaba de que era incircunciso de labios, y Esteban, a los judíos incrédulos, dice: "Incircuncisos de corazón y de oídos, siempre resistís al Espíritu Santo" (Hech. VII). Por lo tanto, aquel que está verdaderamente purificado por la circuncisión es quien cierra sus oídos para no oír sangre (Is. XXXIII), y cierra sus ojos para no ver el mal, quien guarda sus caminos para no pecar con su lengua (Sal. XXXVIII), y se cuida para que su corazón no se sobrecargue con glotonería y embriaguez (Luc. XXI), quien, mientras le quede aliento, y el Espíritu de Dios en sus narices (Job XXVII), no habla iniquidad con sus labios (Ibid.), quien lava sus manos entre los inocentes (Sal. XXV), y prohíbe sus pies de todo mal camino (Sal. CXVIII), quien sobre todo castiga su cuerpo y lo somete a servidumbre (I Cor. IX), y guarda su corazón con toda diligencia, porque de él mana la vida (Prov. IV). Aquel que después de la circuncisión es llevado a Jerusalén y presentado al Señor, quien según aquel que dice: "Apártate del mal y haz el bien" (I Ped. III), después de haber cesado de pecar, comienza a abundar en buenas obras. Quien puede decir: "Mis ojos están siempre hacia el Señor, y rodearé tu altar, Señor, para oír la voz de tu alabanza" (Sal. XXV). Quien dice: "Somos el buen olor de Cristo para Dios" (II Cor. II), y, "Levanté mis manos a tus mandamientos, y volví mis pies a tus testimonios" (Sal. CXVIII). Quien ya sea que coma, beba, o haga cualquier otra cosa, todo lo hace para la gloria de Dios (I Cor. X), y dice: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!" (Sal. CXVIII); y al final: "Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo" (Sal. LXXXIII). Pero incluso su buena acción que está en secreto no menos necesita circuncisión, para que cuando ayuno, oro, hago limosna, busque la gloria interiormente. Porque si me paro en las esquinas de las calles, desfiguro mi rostro, toco la trompeta delante de mí para ser visto y alabado por los hombres (Mat. VI), aunque parezca circuncidado por fuera, permaneciendo impuro en el corazón, incurro además en el castigo de la santidad simulada. A semejanza de los sicheimitas que, al parecer imitar la circuncisión de los patriarcas, porque no lo hicieron por el pacto del Señor, sino por causa de

la lujuria, no solo no obtuvieron recompensa, sino que al tercer día, cuando el dolor de las heridas es más grave, perecieron entre las ruinas de su ciudad. Tales, olvidando la advertencia profética: "Circuncidaos al Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones" (Jer. IV), cuando llegue el tiempo de la resurrección, despojados de las virtudes en las que confiaban, serán enviados a la muerte eterna. Por lo tanto, el Apóstol recomienda diligentemente la circuncisión oculta en el corazón, "cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios" (Rom. II).

Y después de que se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor. El decreto de la ley era que el niño, después del trigésimo tercer día de la circuncisión, fuera llevado al templo del Señor y se ofreciera un sacrificio por él; y que el primogénito varón fuera hecho santo para el Señor. Místicamente, como hemos dicho, insinuando que nadie, a menos que esté circuncidado de vicios, es digno de la presencia del Señor, nadie, a menos que esté libre de los lazos de la mortalidad, puede entrar perfectamente en las alegrías de la ciudad celestial. Porque "no habitará junto a ti el maligno, ni permanecerán los injustos ante tus ojos" (Sal. V). Y el Apóstol: "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción" (I Cor. XV). Pero si examinas más detenidamente las palabras de la misma ley, ciertamente encontrarás que no solo el Señor encarnado, tanto por estar libre del contagio del pecado como de la condición de la ley, que por esto más bien se dignó a asumirla, para probar que es santa, justa y buena, y para liberarnos del yugo y temor de la ley por la gracia de la fe, sino también la misma Madre de Dios, así como estuvo libre de la mezcla viril, así también está libre del derecho legal. Porque Moisés dice: "Si una mujer concibe y da a luz un varón, será inmunda siete días, como en los días de su separación menstrual, y al octavo día se circuncidará el niño. Ella misma permanecerá treinta y tres días en la sangre de su purificación. No tocará cosa santa, ni entrará en el santuario, hasta que se cumplan los días de su purificación" etc. (Lev. XII), que siguen pertenecientes al rito de la parturienta. Nota, por lo tanto, que no toda mujer que da a luz, sino aquella que concibe y da a luz, se designa como inmunda, y se le enseña a ser purificada según el rito de la ley, en distinción de aquella que "la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emmanuel, que se interpreta Dios con nosotros" (Isa. VI). Por lo tanto, ni el Hijo que es Dios con el hombre, ni la Madre que dio a luz por obra del Espíritu Santo, necesitaban de sacrificios de víctimas para purificarse, sino que para que fuéramos liberados del vínculo de la ley, tanto el Señor Cristo como la siempre bienaventurada Virgen María se sometieron voluntariamente a la ley.

Como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abra el seno materno será llamado santo para el Señor. Esto significa que todo primogénito, tanto de hombre como de animal, será llamado santo para el Señor, y por lo tanto, se ordena que sea del sacerdote. Sin embargo, por el primogénito humano se debe recibir un precio, y todo animal impuro debe ser redimido. Su redención será después de un mes por cinco siclos de plata (Levítico XXVII). Aquí, sin un análisis más detallado, se debe indicar brevemente que todos esos primogénitos fueron una figura de aquel que, siendo el unigénito Hijo de Dios, se dignó a ser el primogénito de toda criatura, verdaderamente y singularmente santo para el Señor, porque no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (Isaías LIII), o ciertamente fueron un indicio de nuestra devoción, que debemos atribuir a la gracia del Señor todos los inicios de buenas acciones que como si fueran engendrados en el corazón, y redimir las malas acciones, ofreciendo frutos dignos de penitencia por cada uno de los cinco sentidos del cuerpo o del alma. Así que lo que dice, "que abre el seno materno", habla según la costumbre de la natividad. No se debe creer que nuestro Señor, al salir del vientre sagrado que había santificado al entrar, lo desvirginó, según los herejes que dicen que la bienaventurada María

no fue virgen después del parto, sino según la fe católica, que con el útero de la virgen cerrado, como un esposo, salió de su cámara nupcial. De lo cual el Profeta dice bellamente: Y me volvió hacia el camino de la puerta del santuario exterior, que miraba al oriente, y estaba cerrada, y el Señor me dijo: Esta puerta estará cerrada, no se abrirá, y ningún hombre pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado por ella, y estará cerrada para el príncipe, el príncipe se sentará en ella para comer pan delante del Señor (Ezequiel XLIV). Aunque también puede designarse místicamente que nadie, excepto el Señor, puede abrir el útero de la Iglesia virgen por el agua y el Espíritu Santo para engendrar hijos para Dios, y por eso este varón es llamado santo para el Señor con incomparable dignidad. Y para ofrecer un sacrificio, según lo dicho en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones de paloma. Se dice en la ley que por el niño, si es varón, como he dicho, en el día cuarenta, si es mujer, en el día ochenta de su nacimiento, se ofrecerá un cordero de un año sin defecto en holocausto, y una tórtola o un pichón de paloma por el pecado: Si no encuentra su mano, ni puede ofrecer un cordero, tomará dos tórtolas o dos pichones de paloma, uno en holocausto y otro por el pecado (Levítico XII). El Señor Cristo Jesús, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, quiso que se ofreciera un sacrificio pobre por él. Para que con su única pobreza nos hiciera ricos en fe aquí, y herederos del reino allá, que Dios ha prometido a los que le aman. Moralmente, ya sea que alguien haya creado obras fuertes o débiles, que se distinguen con el nombre de varón y mujer, para que puedan ser consagradas legítimamente al Señor, es necesario ofrecer una oveja de inocencia, y una tórtola o una paloma de compunción. Porque estas aves tienen gemidos en lugar de canto, no sin razón designan las lágrimas de los humildes, de las cuales necesitamos mucho incluso en las buenas obras. Porque aunque sepamos que lo que hacemos es bueno, no sabemos con qué severidad debe ser examinado por el Señor, ni con qué perseverancia debe ser completado por nosotros. Quien no tiene las riquezas de las virtudes, de las cuales el Apóstol dice a los Corintios: Porque en todo habéis sido enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia (I Cor. I), si no encuentra en el rebaño de sus actos el cordero de una vida inocente, al menos ofrezca dos tórtolas o dos pichones de paloma, es decir, recurra a pedir el auxilio de las lágrimas. Y bien dos, uno por el pecado y otro en holocausto (Levítico XII). Porque el holocausto se llama todo quemado; porque hay dos tipos de compunción. El alma que anhela a Dios primero se compunge por temor, luego por amor. Primero se aflige con lágrimas, porque al recordar sus males, teme sufrir por ellos castigos eternos. Pero cuando el miedo ha sido consumido por la larga ansiedad del dolor, nace una cierta seguridad de la presunción del perdón, y el alma se inflama en el amor de los gozos celestiales. Contempla entonces la mente quiénes son esos coros de ángeles, cuál es la misma sociedad de los espíritus bienaventurados, cuál es la majestad de la visión eterna de Dios, y llora más porque carece de los bienes eternos, que antes lloraba cuando temía los males eternos. Quien primero lloraba para no ser llevado al suplicio, ofrecía una tórtola por el pecado, hace un holocausto del otro, cuando después comienza a llorar amargamente porque se le difiere del reino. Ofrece una paloma por el pecado, quien trabaja en su gemido, lava cada noche su lecho, es decir, no cesa de lavar con lágrimas sus buenas obras, en las que debe descansar, por cada oscuridad de culpa que golpea. Llevan pichones de paloma en holocausto, quienes lamentando la ausencia de la patria celestial dicen: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion (Salmo CXXXVI). Porque así como a las palomas les gusta posarse sobre las aguas, para prever y escapar del ataque del halcón con el reflejo en las aguas: así, de hecho, así las almas de los pobres en espíritu, trascendiendo con la mente las olas del mundo, cuanto más en esta Babilonia se alimentan con sus gemidos, más ejemplos del enemigo maligno contemplan, más frecuentemente elevan sus alas hacia los eternos deseos de su alma. Esto ciertamente distingue el significado de la tórtola y la paloma, que la paloma que acostumbra a vivir, volar y gemir en grupo, demuestra la frecuencia de la vida activa: De la cual se dice: La multitud de los creyentes era un solo

corazón y una sola alma, y ninguno de ellos decía que algo de lo que poseía era suyo, sino que tenían todas las cosas en común (Hechos IV). La tórtola, que se deleita en la soledad, tanto que si pierde a su pareja por casualidad, permanece sola desde entonces, anuncia las cumbres de la vida contemplativa, porque esta virtud es de pocos, y se les atribuye individualmente. Solo Isaías ve al Señor de los ejércitos, contempla las alabanzas de los Serafines, y porque ha callado mal, gime como una tórtola solitaria. Moisés, con el pueblo temeroso a lo lejos, sube solo al Señor, y para que el mismo pueblo no sea herido, obtiene con lágrimas de oración. Solo, con sus compañeros huyendo, Daniel permanece entre los ángeles. Solo Ezequiel admira los carros de los Querubines y los altos edificios de la ciudad celestial. Solo Pablo es arrebatado a las delicias del paraíso y a ver los secretos del tercer cielo. Asimismo, cuando entro en mi habitación y oro al Padre en secreto con la puerta cerrada, ofrezco una tórtola. Pero cuando busco compañeros de la misma obra, cantando con el Profeta: Venid, adoremos y postrémonos ante Dios, lloremos ante el Señor que nos hizo (Salmo XCIV), llevo palomas al altar. Y porque ambos sacrificios son igualmente aceptos al Creador, Lucas sabiamente no dijo si se ofrecieron tórtolas o pichones de paloma por el Señor, para no preferir un orden de vida sobre el otro, sino enseñar que ambos deben ser seguidos, ambos ofrecidos en los cultos divinos. Por lo tanto, porque el discurso sobre la purificación se ha extendido más, el misterio que contiene el número de días de purificación, y por qué se ordenó que se duplicara en la purificación de la madre de una niña en Levítico, se explicará más adecuadamente.

Y he aquí que había un hombre en Jerusalén, cuyo nombre era Simeón, y este hombre era justo y temeroso, esperando la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Nacido en la carne el Señor, no solo los ángeles del cielo, sino también toda edad de mortales, y ambos sexos dan testimonio. Porque convenía que el Salvador de todos, así como había sido anunciado que vendría en la carne, fuera también proclamado con la alabanza común de todos al venir, cumpliéndose la profecía que dice: Alabad al Señor desde los cielos (Salmo CXLVIII), etc., hasta que dice: Jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes alaben el nombre del Señor, porque su nombre es exaltado solo. Su alabanza sobre el cielo y la tierra. Justo, dice, y temeroso (Ibid.), porque es difícil guardar la justicia sin temor. No digo ese temor que bajo la ley penal teme que se le quiten los bienes temporales, que el amor perfecto suele echar fuera, sino el temor del Señor santo que permanece para siempre, por el cual el justo ama a su Dios con más ardor, y tanto más cuidadosamente evita ofenderle.

Y había recibido respuesta del Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor; y vino en el Espíritu al templo. Observa las expresiones de las Escrituras, dijo que la muerte se ve. ¿Cómo se ve y con qué ojos, si al venir cierra esos mismos ojos para que no vean nada? Pero ver la muerte significa experimentarla. Y mucho más feliz verá la muerte de la carne, quien primero se esfuerce por ver al Cristo del Señor con los ojos del corazón, teniendo su conversación en la Jerusalén celestial, frecuentando los umbrales del templo de Dios, es decir, siguiendo los piadosos ejemplos de los santos en los que habita el Señor, suspirando con el Salmista: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver la voluntad del Señor (Salmo XXVI). Así también él merecerá recibir el Verbo de Dios en sus manos, y abrazarlo con los brazos de su fe y caridad. Lo que dice: Y vino en el Espíritu al templo, significa que por la misma gracia del Espíritu, con la que había previsto que vendría, también ahora reconoció al Salvador que venía y que pronto vería.

Y cuando los padres del niño Jesús lo llevaron para hacer por él conforme a la costumbre de la ley, él también lo tomó en sus brazos. Grande es el poder del Señor, pero no menos resplandece su humildad, que quien no es contenido por el cielo y la tierra, sea llevado en los

brazos de un anciano. Pero también simbólicamente Simeón toma a Cristo, el anciano al niño, para enseñarnos a despojarnos del hombre viejo que se corrompe con sus actos, y renovados en el espíritu de nuestra mente, vestírnos de él, que según Dios es creado en justicia y santidad y verdad (Efesios IV), es decir, dejando la mentira, hablar la verdad, y completar con la boca, el corazón y la obra lo que pertenece al estado del hombre nuevo. El anciano justo según la ley y temeroso toma al niño Jesús en sus brazos, para significar que la justicia de las obras que era según la ley (¿Quién no sabe que las obras suelen ser figuradas por las manos y los brazos?), debe ser cambiada por la humilde pero salvadora gracia de la fe evangélica. El anciano toma al niño Cristo, para insinuar que este mundo, ya cansado por la vejez y la larga edad, volverá a la inocencia y (por así decirlo) a la infancia de la vida cristiana, y como el águila, su juventud será renovada.

Y bendijo a Dios, y dijo: Ahora despides a tu siervo, Señor, según tu palabra en paz. Ves que no solo los justos del Nuevo, sino también del Antiguo Testamento, tenían el deseo de la vida futura, consideraban la disolución del cuerpo, o más bien el camino de la paz, como una carga terrenal que se deposita, como quienes no dudaban que tendrían descanso perpetuo en el seno de Abraham. De hecho, también Idithun, es decir, el que salta sobre las codicias seculares, después de haber contemplado en silencio durante mucho tiempo los males del mundo, y haber ardido en su corazón con la meditación interna, finalmente habló con su lengua, y revelando lo que había hecho en su interior: Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, para que sepa qué me falta. He aquí, has puesto mis días antiguos (Salmo XXXVIII). Con estas palabras, sin duda, revela cuánto espera obtener el mayor consuelo de los males presentes en el fin, que tanto desea que llegue.

Porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos. Bienaventurados los ojos que ven lo que vio Simeón: bienaventurados los que no vieron, y creyeron (Juan XX). Eso mismo, dice, que has preparado para que todas las naciones, pueblos y lenguas lo vean con la mente y la fe, lo busquen con esperanza y amor, ahora contemplo tu salvación, tan deseada, con los ojos de la carne y del corazón.

Luz para revelación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel. Luz ciertamente para ambos pueblos es la salvación de Dios, es decir, Cristo es preparado por Dios Padre. Que es tanto más gloria de Israel, a quien vino esperado durante mucho tiempo, y más anunciado, se dice que es revelación de los gentiles, cuyos ojos mentales sumidos en profunda ceguera, y sin ninguna esperanza del advenimiento del Señor, él se dignó visitar, revelar e iluminar. Y bien se prefiere la revelación de los gentiles a la gloria de Israel, porque cuando la plenitud de los gentiles haya entrado, entonces todo Israel será salvo. Como también el Salmista cuando dijo: El Señor ha hecho conocida su salvación, ante la vista de los gentiles ha revelado su justicia (Salmo LXXXIX); añadió y dijo: Se acordó de su misericordia con Jacob, y de su verdad con la casa de Israel (Salmo XCVII).

Y su padre y su madre estaban maravillados de lo que se decía de él, y Simeón los bendijo. Llama padre del Salvador a José, no porque realmente según los fotinianos fuera su padre, sino porque para conservar la fama de María fue considerado padre por todos. Porque el Evangelista no ha olvidado que narró que ella concibió del Espíritu Santo y dio a luz siendo virgen, sino que expresando la opinión del vulgo, que es la verdadera ley de la historia, llama a José padre de Cristo. Aunque también puede llamarse padre de él en el sentido en que se entiende que es esposo de María sin mezcla de carne, por la misma unión del matrimonio, mucho más unido que si hubiera sido adoptado de otra manera. Porque no por eso no debía llamarse José padre de Cristo, porque nadie lo había engendrado por concubito, ya que

correctamente sería padre incluso de aquel que no hubiera procreado de su esposa, si lo hubiera adoptado en algún lugar.

Y dijo a María su madre: He aquí, este está puesto para caída y para resurrección de muchos en Israel, y para señal que será contradicha. Bien para resurrección porque es luz, porque es gloria del pueblo de Israel, porque dice: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente (Juan XI). ¿Cómo para caída, sino porque es piedra de tropiezo y roca de escándalo? es decir, caída para aquellos que tropiezan con la palabra, y no creen. De los cuales él mismo dice: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; ahora, sin embargo, no tienen excusa por su pecado (Juan XXII). Que no solo en sí mismo, sino también en sus predicadores está puesto para caída, y resurrección de muchos, testificando el Apóstol que dice: Porque somos para Dios buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden (II Cor. II). Porque quien al escuchar al Apóstol predicar la palabra que oye, la sigue amando, resucita con buen olor y se salva. Quien la persigue odiando, con ese mismo olor cae y muere. Toma la fe de la cruz del Señor como señal que será contradicha. De la cual el apóstol Pablo dice a los judíos: Porque de esta secta sabemos que en todas partes se contradice (Hechos XXVIII). Y el mismo Apóstol: Porque nosotros predicamos a Jesucristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles locura (I Cor. I).

Y a ti misma una espada te atravesará el alma. Ninguna historia enseña que la bienaventurada María haya migrado de esta vida por la muerte de una espada, especialmente cuando no es el alma, sino el cuerpo el que suele ser muerto por el hierro. Por lo tanto, queda entender que esa espada de la que se dice: Y la espada está en sus labios (Salmo LVIII), es decir, el dolor de la pasión del Señor, atravesó su alma. Que aunque no dudaba que Cristo, como Hijo de Dios, moriría por su propia voluntad, y que esa misma muerte no sería evitada, como carne suya procreada no pudo ver sin afecto de dolor su crucifixión. Porque también el hierro que se canta que atravesó el alma de José, no se entiende mejor que como la dura tribulación de la mente.

Para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Era incierto en otro tiempo, quiénes de los judíos recibirían la gracia de Cristo, que sabían que vendría, y quiénes preferirían rechazarla. Pero al oír de su nacimiento, revelados inmediatamente los pensamientos de los corazones, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Los pastores con temor y gozo resuenan alabanzas a Dios, anuncian a los hombres el mensaje de paz. Difundida su doctrina y virtud, unos acuden a él como maestro de verdad, otros huyen de él como seductor. Al erigirse la señal de su cruz, unos blasfemando se burlan como si fueran dados justamente a la muerte, otros lamentan amargamente como si el autor de la vida muriera. Pero incluso hasta hoy, y hasta la consumación de este siglo presente, el alma de la Iglesia no cesa de ser atravesada por la espada de la tribulación más dura, cuando se contradice la señal de la fe por los impíos, cuando al oír la palabra de Dios muchos resucitan con Cristo, pero más caen de la fe, gimiendo se lleva a cabo. Cuando se revelan los pensamientos de muchos corazones, donde se siembra la mejor semilla del Evangelio, allí se ve que las cizañas de los vicios prevalecen más de lo debido, o incluso, lo que es grave de decir, solo germinan y reinan.

Y había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser; esta había avanzado en muchos días, etc. Según la historia de su devota conversación y venerable edad, y digna en todo de dar testimonio al Señor encarnado, se enseña que Ana fue así. Según el entendimiento místico, porque significa a la Iglesia, que en el presente está como viuda por la

muerte de su esposo y Señor, el número de años de su viudez también designa el tiempo de la Iglesia, que, constituida en el cuerpo, peregrina lejos del Señor, y con gran devoción guarda los umbrales del templo celestial, esperando el advenimiento diario del Señor. De lo cual dice: Vendremos y haremos morada con él (Juan XIV). Siete veces doce hacen ochenta y cuatro. Y siete, en efecto, se refiere al curso de este siglo, que se desarrolla en siete días. Doce, por otro lado, pertenece a la perfección de la doctrina apostólica. Por lo tanto, ya sea la Iglesia universal, o cualquier alma fiel que se esfuerza por dedicar todo el tiempo de su vida a las instituciones apostólicas, se alaba como multiplicando siete por doce, y sirviendo al Señor durante ochenta y cuatro años típicos. Así como también el tiempo de siete años, que permaneció con su esposo, se adapta muy bien al tiempo de la encarnación del Señor. Porque el número siete (como dije) suele indicar la perfección del tiempo. Pero allí, debido al privilegio de la majestad del Señor, que enseñó en la carne, se expresa un simple número de siete años. Aquí, debido a la dignidad del culmen apostólico, los siete años se multiplican por doce. Se adapta a los misterios de la Iglesia que Ana se interprete como gracia, y sea hija de Fanuel, que se dice rostro de Dios, cantando con el salmista: Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV). Y desciende de la tribu de Aser, es decir, de los bienaventurados, que entre los doce patriarcas es el octavo en orden de nacimiento. De este número, porque es sagrado para el Nuevo Testamento, se ha inculcado con frecuencia.

Y esta misma, llegando, daba gracias al Señor, y hablaba de él a todos los que esperaban el redentor de Jerusalén. [Simeón profetizó, profetizó la casada, profetizó la virgen, también debía profetizar la viuda, para que no faltara ninguna profesión o sexo. Y por eso Ana es presentada con los méritos de la viudez y de tal manera que se cree digna de anunciar que el Redentor había venido para todos.

Y cuando cumplieron todo según la ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Lucas omitió en este lugar lo que sabía que Mateo había expuesto suficientemente, a saber, que el Señor, después de esto, para no ser encontrado y asesinado por Herodes, fue llevado a Egipto por sus padres, y después de la muerte de Herodes, finalmente regresó a Galilea, comenzando a habitar en su ciudad de Nazaret. Pues los evangelistas suelen omitir algunas cosas que han visto mencionadas por otros, o que han previsto en espíritu que otros mencionarán, de modo que, con la continuidad de su propia narración, parecen no haber omitido nada. Sin embargo, un lector diligente, al considerar la escritura de otro evangelista, encontrará en qué lugar se han omitido.

El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. Se debe notar la distinción de las palabras, porque el Señor Jesucristo, en cuanto era niño, es decir, había asumido la condición de la fragilidad humana, tenía que crecer y fortalecerse. Pero en cuanto era también el Verbo de Dios y Dios eterno, no necesitaba fortalecerse ni tenía que aumentar. Por lo tanto, se dice con toda razón que estaba lleno de sabiduría y gracia. Sabiduría, porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente. Gracia, porque al mismo mediador entre Dios y los hombres, al hombre Jesucristo, se le concedió gran gracia, de modo que desde que comenzó a ser hombre, fuera perfecto y Dios. Lo cual es similar a lo que Juan escribe, que él estaba lleno de gracia y verdad, recomendando la misma excelencia de la divinidad con el nombre de sabiduría que Lucas.

Y sus padres iban todos los años a Jerusalén, en el día solemne de la Pascua. Ves a este evangelista comparado no en vano con el becerro entre los cuatro animales, que, como animal destinado a los sacrificios, se detiene principalmente en el templo y Jerusalén en el curso de su narración. Pues al principio coloca a un sacerdote orando en el altar, sitúa a la multitud del pueblo en los atrios del templo, envía a María a Jerusalén tan pronto como concibe al Señor,

la introduce en la casa del Sumo Sacerdote. Allí también relata el nacimiento del Bautista, y al Señor después de su nacimiento lo lleva inmediatamente con una ofrenda. Lo lleva allí cada año con sus padres, y lo inserta a los doce años en el coro de los doctores en el templo. Donde, entre otras cosas asombrosas para los sabios, dice: Porque en las cosas de mi Padre me es necesario estar (Lucas II). Y después de tales cosas, concluye a los discípulos alabando a Dios en el templo al final de su Evangelio.

Y cuando tuvo doce años, subiendo ellos a Jerusalén según la costumbre del día festivo, y habiendo terminado los días, al regresar, el niño Jesús permaneció en Jerusalén. Quien desde su nacimiento, o más bien desde su concepción humana, fue aprobado por las evidentes señales de los milagros como Dios, él mismo también, tan pronto como el tiempo de su edad lo permitía, comenzó a revelar reverentemente ambas sustancias suyas, y lo que debía a su Padre según la verdad de la majestad divina, y lo que debía a su madre según la fragilidad humana asumida. Y no sin providencia revelaba los primeros rudimentos de su fe a los doce años, que por el ministerio de los doce apóstoles debían ser revelados y esclarecidos por todo el mundo. También podemos decir esto, que así como el número siete, también el número doce, que consta de las partes del siete multiplicadas entre sí, designa la universalidad y perfección de las cosas o de los tiempos. Y por eso, donde conviene ocupar todos los lugares o tiempos, correctamente toma su inicio del número doce. No se dice, por lo tanto, que haya sido olvidado de sus padres sin razón, sino para instruirnos, porque no solo antes de que existieran sus padres, sino también antes de que Abraham existiera, él es, y en la ciudad y templo de Dios, como por derecho paterno, se deleita en residir.

Y no lo conocieron sus padres. Pero pensando que estaba en la comitiva, caminaron un día, y lo buscaban entre los parientes y conocidos, y no encontrándolo, regresaron a Jerusalén buscándolo. Alguien podría preguntar cómo el Hijo de Dios, criado con tanto cuidado por sus padres, pudo ser dejado atrás por olvido cuando ellos se iban. A lo cual se debe responder que era costumbre de los hijos de Israel, que en tiempos festivos, ya sea confluendo a Jerusalén o regresando a sus hogares, los hombres marcharan por separado, y las mujeres por separado, llevando coros, y los niños o jóvenes podían ir indistintamente con cualquiera de los padres. Por lo tanto, la bienaventurada María o José pensaron alternativamente que el niño Jesús, a quien no veían acompañándolos, había regresado con el otro padre.

Y sucedió que después de tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. Como fuente de sabiduría, se sienta en medio de los doctores, pero como ejemplo de humildad, busca primero escuchar y preguntar a los doctores antes de instruir a los ignorantes. Para que los pequeños no se avergüencen de aprender de los mayores, y él mismo, por la congruencia de la edad humana, no se avergüenza de escuchar a los hombres siendo Dios. Para que nadie se atreva a enseñar siendo débil, y aquel niño quiso ser enseñado preguntando, quien por el poder de la divinidad, ministró la palabra de ciencia a sus propios doctores.

Y todos los que lo oían se asombraban de su prudencia y de sus respuestas, y al verlo se maravillaron. Nota la distinción de las palabras, y contempla diligentemente los misterios de tu salvación y fe. Se asombraban los que lo oían, y al verlo se maravillaban. Y cuanto más se asombraban de la prudencia de sus respuestas, más despreciaban la escasez de sus años al verlo. La lengua divina manifestaba sabiduría, pero la edad mostraba la debilidad humana. En verdad, los doctores de los judíos se asombran de estas cosas como nuevas, y entre las cosas altas que oyen y las débiles que ven, se turban con una admiración dudosa: pero nosotros, sabiendo que este es de quien el Profeta exultante decía: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y su nombre será llamado, admirable, consejero, Dios fuerte (Isaías IX); de

ninguna manera nos maravillamos de aquel que se hizo niño de tal manera que, sin embargo, permaneció siempre lo que era, Dios y fuerte, dando a aquellos que deseaba instruir, a veces señales de su divinidad, a veces de su humanidad, pero con fe, esperanza y caridad, le damos gracias, porque quien era grande y muy digno de alabanza, pero no lo conocíamos. Un niño nos ha nacido, para que creciendo y avanzando entre los pequeños, poco a poco los lleve a alcanzar los secretos de su virtud y grandeza.

Y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí, tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre me es necesario estar? No José, que no prestó nada en su generación más que ministerio y afecto, por lo cual, por su fiel ministerio, es llamado padre tanto por el evangelista como por la misma María; ni el mismo Cristo niega que sea su padre, sino que simplemente y abiertamente nos insinúa a nosotros y a ellos quién es su verdadero padre. No reprende que lo busquen como hijo, sino que les hace levantar los ojos de la mente a lo que más debe a aquel a quien es Hijo eterno. Porque es Dios y hombre, a veces muestra las cosas excelsas de la deidad, a veces las bajas de la fragilidad humana. Como hombre interroga a los mayores, como Dios responde cosas que los mayores y doctos admiran. Como Hijo de Dios mora en el templo de Dios, y como hijo de hombre regresa con sus padres a donde le ordenan.

Y ellos no entendieron la palabra que les habló. Y descendió con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. ¡Cuánto ejemplo de piedad y humildad en el Señor! Sus padres no entienden la palabra que les habla de su divinidad, y sin embargo, él, no ingrato a su diligencia humana hacia él, desciende a donde le ordenan, y les está sujeto. ¿Qué haría el maestro de la virtud, sino cumplir el deber de la piedad? ¿Qué haría entre nosotros, sino lo que quisiera que hiciéramos? Se sometía al hombre, se sometía a la sierva. Pues ella misma dice: He aquí la sierva del Señor (Lucas I). Se sometía al padre simulado, se sometía al verdadero Padre Dios. Y ciertamente había conservado a su madre virgen y casta, ciertamente no se distanciaba del padre ni por voluntad, ni por obra, ni por tiempo. Para que, advertidos por sus ejemplos, reconozcamos lo que debemos a los padres que tanto sufren por nosotros. Los arrianos suelen decir que el Hijo es imperfecto, porque dijo, El Padre es mayor que yo (Juan XIV). Pero, ¿qué maravilla si por la asunción humana se declara menor que el Padre en el cielo, por la cual también estaba sujeto a sus padres en la tierra?

Y su madre conservaba todas estas palabras en su corazón. Ya sea que entendiera o no pudiera entender las palabras del Evangelio, las guardaba todas en su corazón como para rumiar y escudriñar más diligentemente. Aprendamos, por lo tanto, la castidad en todo de la santa virgen, que no menos casta de palabra que de cuerpo, conservaba en su corazón los argumentos de la fe. Y si ella antes de los preceptos apostólicos calla, ¿por qué tú después de los preceptos apostólicos deseas más enseñar que aprender?

Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y los hombres. Este lugar refuta tanto a los maniqueos como a los apolinaristas, mostrando que el Señor tiene verdadera carne y verdadera alma. Pues así como el crecimiento en edad es de la carne, así el crecimiento en sabiduría es del alma. Sin embargo, no crecería en sabiduría si no tuviera la inteligencia natural que se concede a los hombres por causa de la razón. No porque el Dios que lo asumió lo necesitara, especialmente cuando arriba se describe que el niño estaba lleno de sabiduría, sino porque eligió esto para el remedio de nuestra salvación, de modo que al ser asumida la carne y el alma racional por Dios, ambas fueran salvadas.

CAPÍTULO III.

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, Felipe su hermano tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene. Herodes, Felipe y Lisaniás, que gobernaban Judea con Pilato, el procurador romano, son hijos de aquel Herodes bajo el cual nació el Señor, entre los cuales y el mismo Herodes, Arquelao, su hermano, reinó durante diez años. Quien, acusado por los judíos ante Augusto por su intolerable ferocidad de ánimo, pereció en exilio eterno en Vienne. Augusto, para que el reino de Judea no se fortaleciera, se preocupó por dividirlo en tetrarquías. Por su parte, Pilato fue enviado a Judea en el duodécimo año de Tiberio César, y asumió la procuración del pueblo, y allí permaneció durante diez años continuos hasta casi el final de Tiberio.

Bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Ambos, a saber, Anás y Caifás, fueron sumos sacerdotes cuando Juan comenzó su predicación; pero Anás administraba ese año, y Caifás el año en que el Señor subió a la cruz, y aunque otros tres ejercieron el sumo sacerdocio en medio, el evangelista menciona principalmente a estos que se relacionan con la pasión del Señor. Pues entonces, cesando la fuerza de los preceptos legales y la ambición, el honor del sumo sacerdocio no se otorgaba a nadie por mérito de vida o linaje, sino que por el poder romano se concedía a unos y a otros el sumo sacerdocio. De hecho, Josefo relata de esta manera, diciendo: Valerio Grato, habiendo depuesto a Anás del sacerdocio, designó a Ismael, hijo de Bassi, como sumo sacerdote. Pero también a este, poco después, lo destituyó, y subrogó a Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananías, en el sumo sacerdocio. Pero después de un año, también lo aparta del cargo y entrega el ministerio del sumo sacerdocio a un tal Simón, hijo de Canas. Este, no más de un año, también lo desempeñó, y aceptó como sucesor a José, a quien también se llamó Caifás. Y por lo tanto, todo el tiempo en que se describe que nuestro Señor enseñó en la tierra, se reduce a un período de cuatro años. En el cual se describen estas cuatro sucesiones de sumos sacerdotes que Josefo menciona, apenas ministradas por un año cada una. Porque, por lo tanto, Juan venía a predicar a aquel que redimiría tanto a algunos de Judea como a muchos de los gentiles, los tiempos de su predicación se designan por el rey de los gentiles y los príncipes de los judíos. Porque la gentilidad debía ser reunida, y Judea dispersada por la culpa de la infidelidad, la misma descripción del principado terrenal lo muestra, ya que en la república romana se describe que uno solo presidía, y en el reino de Judea muchos gobernaban por cuarta parte. Pues la voz de nuestro Redentor dice: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado (Mateo XII). Por lo tanto, está claro que Judea había llegado al fin de su reino, que estaba sujeta a tantos reyes divididos. También se muestra adecuadamente no solo bajo qué reyes, sino también bajo qué sacerdotes sucedió. Para que, como Juan el Bautista predicara a aquel que sería a la vez rey y sacerdote, el evangelista Lucas designara los tiempos de su predicación por el reino y el sacerdocio.

Y vino a toda la región del Jordán, predicando el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados. Es claro para todos los que leen que Juan no solo predicó el bautismo de arrepentimiento, sino que también lo dio a algunos, pero sin embargo, no pudo dar su bautismo para la remisión de los pecados. Pues la remisión de los pecados se nos concede solo en el bautismo de Cristo. Por lo tanto, se debe notar lo que se dice, predicando el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados, porque no podía dar el bautismo que perdonara los pecados, lo predicaba. Así como el Verbo encarnado del Padre precedía con la palabra de predicación, así el bautismo de arrepentimiento, por el cual se perdonan los pecados, precedía a su bautismo, por el cual no se pueden perdonar los pecados.

Como está escrito en el libro de los sermones del profeta Isaías: Voz, etc. El mismo Juan el Bautista, preguntado quién era, respondió: Yo soy la voz del que clama en el desierto, que

por eso es llamado voz por el profeta, porque precedía al Verbo; que también clama en el desierto, porque anuncia el consuelo de la redención a la Judea abandonada y desolada. Pero lo que clamaba se revela cuando se añade: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo el que predica la fe recta y las buenas obras, ¿qué otra cosa hace sino preparar el camino al Señor que viene a los corazones de los oyentes? Para que esta fuerza de gracia penetre, y la luz de la verdad ilumine, para que haga rectas las sendas a Dios, mientras forma pensamientos puros en el alma a través del sermón de la buena predicación.

Todo valle será rellenado, y todo monte y colina será rebajado. ¿Qué se designa en este lugar con el nombre de valles, sino a los humildes; y con el de montes y colinas, sino a los hombres soberbios? En la venida del Redentor, los valles fueron llenados, y los montes y colinas fueron rebajados. Porque según su voz, todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado (Lucas XIV). Pues el valle lleno crece, pero el monte y la colina rebajados decrecen. Porque ciertamente en la fe del mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, la gentilidad recibió la plenitud de la gracia, y Judea, por el error de la infidelidad, perdió aquello de lo que se enorgullecía.

Lo torcido se convertirá en recto, y lo áspero en caminos llanos. Lo torcido se convierte en recto cuando los corazones de los malvados, torcidos por la injusticia, se dirigen a la regla de la justicia. Y lo áspero se transforma en caminos llanos cuando las mentes crueles e iracundas, por la infusión de la gracia celestial, regresan a la suavidad de la mansedumbre. Pues cuando la palabra de verdad no es recibida por una mente iracunda, es como si la aspereza del camino repeliera el paso del que avanza. Pero cuando la mente iracunda, por la gracia de la mansedumbre recibida, acepta la palabra de corrección o exhortación, allí el predicador encuentra un camino llano, donde antes, por la aspereza del camino, no podía avanzar, es decir, no podía poner el paso de la predicación.

Y toda carne verá la salvación de Dios. Porque toda carne se entiende como todo hombre, la salvación de Dios, a saber, Cristo, en esta vida no pudo ser visto por todo hombre. ¿Dónde, entonces, en esta sentencia, el profeta dirige el ojo de la profecía, sino al día del juicio final? Donde, cuando los cielos se abran, los ángeles ministren, los apóstoles se sienten, Cristo aparecerá en el trono de su majestad, todos, tanto los justos como los injustos, lo verán, para que los justos se regocijen sin fin por el don de la retribución, y los injustos giman eternamente en la venganza del castigo. Pues porque esta sentencia apunta a que en el juicio final será visto por toda carne, correctamente se añade.

Decía, pues, a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: "¡Raza de víboras, etc.!" Porque la ira venidera es la retribución de la venganza extrema. El pecador no puede escapar de ella entonces, si ahora no recurre a los lamentos de la penitencia. Y es de notar que las malas generaciones, que imitan las acciones de sus malos padres, son llamadas "raza de víboras". Porque al envidiar a los buenos y perseguirlos, al devolver mal por mal a algunos, al buscar dañar a sus prójimos, ya que en todo esto siguen los caminos de sus antecesores carnales, son como hijos venenosos nacidos de padres venenosos. Pero como ya hemos pecado, como estamos envueltos en el uso de malas costumbres, que nos diga qué debemos hacer para poder escapar de la ira venidera.

Haced, pues, frutos dignos de penitencia. En estas palabras se debe notar que no solo se nos exhorta a hacer frutos de penitencia, sino frutos dignos de penitencia. Porque una cosa es hacer fruto de penitencia, y otra es hacer fruto digno de penitencia. No debe ser igual el fruto de la buena obra del que ha pecado menos, y del que ha pecado más, o del que no ha caído en

nada, y del que ha caído en algunos crímenes. Por lo tanto, al decir: "Haced frutos dignos de penitencia", cada uno es llamado por su conciencia a buscar mayores ganancias de buenas obras por la penitencia, cuanto mayores daños se ha causado por la culpa. Pero los judíos, gloriándose de la nobleza de su linaje, no querían reconocerse como pecadores, porque descendían de la estirpe de Abraham. A quienes se les dice con razón:

Y no comencéis a decir: "Tenemos a Abraham por padre". Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. ¿Qué son las piedras, sino los corazones de los gentiles, insensibles al entendimiento del Dios omnipotente? Así como a algunos de los judíos se les dice: "Quitaré el corazón de piedra de vuestra carne" (Ezequiel XXXVI). No sin razón las naciones son significadas por el nombre de piedras, ya que adoraron piedras. De donde está escrito: "Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos" (Salmo CXIII). De estas piedras, sin duda, se levantaron hijos de Abraham. Porque cuando los duros corazones de los gentiles creyeron en la simiente de Abraham, es decir, en Cristo, se hicieron hijos de aquel a cuya simiente se unieron. Por eso, a las mismas naciones, a través del ilustre predicador, se les dice: "Si sois de Cristo, entonces sois simiente de Abraham" (Gálatas III). Si, pues, nosotros por la fe en Cristo ya somos simiente de Abraham, los judíos, por su infidelidad, dejaron de ser hijos de Abraham.

Ya está el hacha puesta a la raíz del árbol. El árbol de este mundo es todo el género humano. El hacha es nuestro Redentor, que, como si fuera de mango y hierro, se sostiene por la humanidad, pero corta por la divinidad. Este hacha ya está puesta a la raíz del árbol, porque aunque espera con paciencia, se ve, sin embargo, lo que hará.

Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Porque cada perverso encuentra rápidamente la quema preparada del infierno, quien aquí desprecia hacer fruto de buena obra. Y es de notar que no dice que el hacha está puesta junto a las ramas, sino a la raíz. Porque cuando se quitan los hijos de los malos, ¿qué otra cosa se hace sino cortar las ramas del árbol infructuoso? Pero cuando toda la progenie junto con el padre es quitada, el árbol infructuoso es cortado de raíz, para que ya no quede de dónde pueda crecer una mala descendencia. En estas palabras de Juan el Bautista, es evidente que los corazones de los oyentes se turbaron, cuando inmediatamente se añade:

Y las multitudes le preguntaban, diciendo: "¿Qué, pues, haremos?" Porque habían sido golpeadas por el terror, y buscaban consejo.

Respondiendo, les decía: "El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene, y el que tiene alimentos, haga lo mismo". Por el hecho de que la túnica es más necesaria para nuestro uso que el manto, pertenece al fruto digno de penitencia. Para que no solo debamos compartir con los prójimos las cosas exteriores y menos necesarias, sino también las que nos son muy necesarias, como el alimento con el que vivimos carnalmente, o la túnica con la que nos vestimos. Porque está escrito en la ley: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Marcos XII), se demuestra que ama menos al prójimo quien no comparte con él en su necesidad incluso lo que le es necesario. Por eso se da el precepto de compartir con el prójimo dos túnicas, porque esto no se podía decir de una, ya que si se divide una, nadie se viste. En media túnica, de hecho, queda desnudo tanto el que la recibe como el que la da. Entre estas cosas, se debe saber cuánto valen las obras de misericordia, ya que se ordenan antes que otras como frutos dignos de penitencia. De aquí también la Verdad misma dice: "Dad limosna, y he aquí todo os será limpio".

Vinieron también publicanos para ser bautizados, y le dijeron: "Maestro, ¿qué haremos?" Y él les dijo: "No hagáis más de lo que os está prescrito". Cuánta virtud tuvo el sermón del bienaventurado Bautista, y cuánto sacudió las mentes de los oyentes, se prueba aquí, cuando incluso a los publicanos y soldados los obligó a buscar consejo para su salvación. A quienes él, no de otra manera que a las multitudes, según su modo conveniente, les sugiere hacer misericordia. Por lo tanto, ordena a los publicanos que no exijan más de lo prescrito. Los publicanos, como su nombre lo indica, son aquellos que recaudan los impuestos públicos, o que son arrendatarios de los impuestos del fisco o de los bienes públicos. También aquellos que persiguen las ganancias de este mundo a través de negocios se consideran bajo el mismo nombre. A todos ellos, en su respectivo grado, los restringe de cometer fraude, para que, al abstenerse primero del deseo de lo ajeno, finalmente lleguen a compartir lo propio con los prójimos.

También le preguntaban los soldados, diciendo: "¿Y nosotros qué haremos?" Y él les dijo: "No hagáis extorsión a nadie, etc." El doctor excelso, con justísimo moderación, les advierte que no busquen botín mediante calumnias de aquellos a quienes deberían beneficiar con su servicio militar. Enseñando, por tanto, que los estipendios establecidos para el servicio militar no deben ser una excusa para que el saqueador se desplace en busca de ganancias. Ningún oficio, ningún género está exento de hacer misericordia, que es la plenitud de las virtudes, y solo ella libera de la muerte y confiere la vida eterna. Con el mismo juez atestiguando, quien prometió decir: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, etc."

Mientras el pueblo estaba en expectativa, y todos pensaban en sus corazones acerca de Juan, si acaso él sería el Cristo, Juan respondió a todos. ¿Cómo respondió a aquellos que pensaban de él, y en secreto en su corazón, que él era el Cristo? A menos que no solo lo pensarán, sino que, como otro evangelista declara, enviaron a él sacerdotes y levitas para preguntarle si él era el Cristo. De donde se evidencia que los judíos entonces sabían muy bien, según las Escrituras, que el tiempo de la encarnación del Señor estaba cerca. Pero es una ceguera admirable que lo que creían espontáneamente de Juan, no lo creyeran del Salvador, aprobado con tantos signos y virtudes, y con el mismo Juan atestiguando.

Yo os bautizo con agua. Pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Juan no bautiza con el Espíritu, sino con agua, porque no puede perdonar pecados, lava los cuerpos de los bautizados con agua, pero no lava la mente con el perdón. ¿Por qué, entonces, bautiza quien no puede perdonar pecados por el bautismo? Sino para mantener el orden de su precursoría, quien había precedido al que iba a nacer, naciendo él mismo, también precediera al Señor que iba a bautizar, bautizando él mismo, y quien predicando se hizo precursor de Cristo, también se hiciera precursor de él por la imitación del sacramento. Era costumbre entre los antiguos que si alguien no quería tomar por esposa a la que le correspondía, aquel que venía como esposo por derecho de parentesco le desataba la sandalia. ¿Qué es Cristo entre los hombres, sino el esposo de la santa Iglesia? De quien el mismo Juan dice: "El que tiene la esposa, es el esposo" (Juan III). Pero porque los hombres pensaron que Juan era el Cristo, lo que el mismo Juan niega, con razón declara que no es digno de desatar la correa de su sandalia. Como si dijera abiertamente: No puedo desnudar las huellas del Redentor, porque no usurpo el nombre de esposo, siendo indigno. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera: ¿Quién no sabe que las sandalias se hacen de animales muertos? El Señor encarnado, viniendo, apareció como calzado, quien en su divinidad asumió los cadáveres de nuestra corrupción. Pero el misterio de esta encarnación no puede ser penetrado por el ojo humano. No se puede investigar de ninguna manera cómo el Verbo se hace carne, cómo el supremo y vivificador Espíritu es

animado en el vientre de la madre, cómo aquel que no tiene principio existe y es concebido. Por lo tanto, la correa de la sandalia es el vínculo del misterio. Juan, por lo tanto, no puede desatar la correa de su sandalia, porque no puede investigar el misterio de la encarnación, aunque lo conoció por el espíritu de profecía.

Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego. Esto es, tanto con la purificación de la santificación como con la prueba de la tribulación. Sin embargo, el mismo Espíritu Santo puede ser entendido también bajo el nombre de fuego. Porque enciende por el amor, e ilumina los corazones que llena con sabiduría. De donde también a aquellos a quienes se les dijo que "Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo" (Hechos XI), perciben el mismo bautismo del Espíritu en la visión del fuego. Hay quienes lo interpretan así, que en el presente somos bautizados en el Espíritu, y en el futuro seremos bautizados en fuego. Para que, así como ahora renacemos en el agua y el Espíritu para la remisión de todos los pecados, también entonces seamos purificados de algunos pecados leves que nos hayan adherido al partir de aquí, por el bautismo del fuego del purgatorio antes del juicio final. Dice el Apóstol: "Si alguno edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno será probada por el fuego. Si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida. Él mismo, sin embargo, será salvo, pero como por fuego" (1 Corintios III). Lo cual, aunque también puede entenderse del fuego de la tribulación aplicado en esta vida, sin embargo, si alguien lo toma del fuego de la futura purificación, debe considerarse cuidadosamente, porque dijo que puede ser salvo por el fuego, no quien edifica sobre el fundamento de Cristo hierro, bronce o plomo, es decir, pecados mayores y más duros, y entonces ya insolubles, sino madera, heno, hojarasca, es decir, pecados mínimos y muy leves, que el fuego consume fácilmente. Sin embargo, se debe saber que allí al menos de los mínimos nadie obtendrá purificación, a menos que con buenas acciones en esta vida aún presente, merezca obtenerlo allí.

Su aventador está en su mano, y limpiará su era. Por el aventador, es decir, la pala, se figura la discreción del justo examen; por la era, se figura la Iglesia presente. En la cual, sin duda, lo que es bastante lamentable, muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mateo XX). Pocos granos serán recibidos en las mansiones celestiales, en comparación con las cizañas, que serán entregadas a las llamas perpetuas. La limpieza de esta era se lleva a cabo ahora individualmente, cuando cualquier perverso, ya sea por pecados manifiestos, es rechazado de la Iglesia por la corrección sacerdotal, o por pecados ocultos, después de la muerte, es condenado por la severidad divina, y universalmente se perfeccionará al final, cuando el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos. Por lo tanto, el Señor tiene el aventador en su mano, es decir, el discernimiento del juicio en su poder, porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo.

Y recogerá el trigo en su granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible. Y el mismo Señor terminó la parábola de la buena semilla, a la que el enemigo sembró cizaña, diciendo: "Y en el tiempo de la siega diré a mis segadores: Recoged primero la cizaña; y atadla en manojos para quemarla; pero el trigo recogedlo en mi granero" (Mateo XIII). Sin duda, enseñando que los impíos y pecadores serán entregados al fuego del infierno, y los santos serán coronados con gloria celestial. Sin embargo, hay una diferencia entre la paja y la cizaña, porque la paja no proviene de otra semilla que el trigo, aunque degenera de la nobleza de la buena raíz. La cizaña, sin embargo, no solo difiere en mérito de fruto, sino que también se procrea de un origen completamente diferente. Lo que la paja son aquellos que, imbuidos de los mismos misterios de fe que los elegidos, difieren de su sólida perfección, ya sea por la ligereza de sus obras o por la vacuidad de su fe. La cizaña, sin embargo, son aquellos que ni

siquiera se dignan escuchar las palabras de fe, y por lo tanto se separan de la suerte de los buenos, tanto en obra como en profesión. Y así, en el campo de este mundo, uno es de los elegidos, y dos son los frutos de los reprobados, porque todo lo que el enemigo siembra está sujeto a las llamas, y lo que es más grave, muchos de los que el buen sembrador siembra, ya sea arrebatados por las aves, o secados por el sol, o sofocados por las espinas, o ciertamente convertidos en paja, perecen. Solo el trigo de los elegidos, creado de buena tierra y probado con paciencia digna, será almacenado en el granero de la vida celestial. Como según otra parábola, no solo los peces que evitan las redes de la fe apostólica residen oscuros en las profundidades de los pecados, sino que muchos, hasta la orilla de la extrema discreción, atraídos entre los buenos, entonces, por el daño de su maldad, merecen ser enviados a las tinieblas exteriores. Sin embargo, llama al fuego del infierno inextinguible por dos razones, es decir, porque ni puede extinguirse perpetuamente, ni extinguirá nunca a aquellos a quienes atormenta, sino que los castigará con una muerte inmortal (si se me permite decirlo). En distinción, por supuesto, de aquel santísimo fuego, con el que había predicho que los elegidos de Cristo serían bautizados. De lo cual también el salmista dice: "Nos probaste con fuego, como se prueba la plata con fuego" (Salmo LXV). Y poco después: "No permanecemos para siempre, sino que pasamos por el fuego y el agua, y nos llevaste al refrigerio. Entraré en tu casa con holocaustos" (Ibid.), es decir, vencidos los angustiosos sufrimientos, penetraré en los atrios de tu reino celestial con acción de gracias.

Pero Herodes el tetrarca, siendo reprendido por él, por Herodías, la esposa de su hermano, y por todas las maldades que había hecho Herodes, añadió también esto sobre todo, y encerró a Juan en la cárcel. Esto se relata más plenamente por Mateo y Marcos, que Juan, por las insidias de Herodías, no solo fue encarcelado, sino también decapitado. Lo cual no ocurrió en estos días, sino que, según el Evangelio de Juan, después de que algunos signos ya habían sido realizados por el Señor, y su bautismo ya había sido difundido, se debe saber que esto ocurrió, pero fue mencionado anticipadamente por este evangelista para exagerar la maldad de Herodes. Porque mientras el pueblo ignorante acudía a la predicación de Juan, los soldados creían, los publicanos se arrepentían, todo el pueblo en común recibía el bautismo, él, por el contrario, no solo lo despreciaba, sino que no dudó en matarlo. Sin embargo, por una razón de misterio más profundo, porque Juan el evangelista, sobre la divinidad de Cristo, y los otros tres sobre su humanidad, asumieron el ministerio de escribir, y Juan el Bautista tiene el tipo de la ley antigua (que es precursor de la gracia), es apropiado que mientras Juan el evangelista aún predica y el precursor del Señor bautiza, el mismo Señor se dice que hace más discípulos y bautiza. Enseñando mística que él, antes de nacer en la carne, era eternamente Dios a través de los siglos, y el maestro de los pueblos fieles a través de la ley. Y es apropiado que los otros evangelistas, después de que Juan fue entregado a la cárcel, comiencen el relato de la predicación del Señor, cuyo oficio era, después de que la ley fue corrompida por los judíos y como si estuviera cegada por las tinieblas del encarcelamiento de la ignorancia y la tradición cruel, revelar la doctrina celestial del Señor que aparece en la carne y obra a través de la carne.

Y aconteció que cuando todo el pueblo fue bautizado, y Jesús fue bautizado y oraba, se abrió el cielo. El Señor fue bautizado, no porque él mismo necesitara ser purificado por las aguas, sino porque deseaba purificar las aguas, para que, lavadas por su carne, que ciertamente no conocía pecado, adquirieran el derecho del bautismo, y lo que tantos bautismos bajo la ley no podían contra el mal de la transgresión, adquirieran la fuerza de la santificación regenerativa. Por eso, cuando dice que todo el pueblo fue bautizado, no añade nada grande. Pero cuando Jesús fue bautizado y oraba, "se abrió el cielo", dice. Porque mientras el Señor, en la humildad de su cuerpo, se sumergía en las aguas del Jordán, con el poder de su divinidad nos

abre las puertas del cielo. Y mientras su carne inocente se sumerge en las aguas frías, se apaga la espada de fuego que una vez se oponía a los culpables. ¿Qué, pues, acaso se le abrió el cielo a él, cuyos ojos veían las interioridades de los cielos? Pero allí se muestra la virtud del bautismo, del cual cuando uno sale, se le declara la puerta del reino celestial. Así también, lo que Jesús, de quien son todas las cosas del Padre, se dice que oró después de ser bautizado, no se duda que fue hecho para instruirnos, a quienes después del baño del bautismo, para que se nos abra la puerta del cielo, no debemos vivir ociosamente, sino dedicarnos a ayunos, oraciones y limosnas. Porque aunque todos los pecados son perdonados en el bautismo, aún no se ha fortalecido la fragilidad de la carne. Porque, como después de cruzar el Mar Rojo, nos alegramos de que los egipcios hayan sido muertos, pero en el desierto de la conversación mundana nos encontramos con otros enemigos que, con la guía y la cooperación de la gracia de Cristo, deben ser vencidos por nuestro esfuerzo, hasta que lleguemos a la patria prometida de la vida eterna.

Y descendió el Espíritu Santo en forma corporal como una paloma sobre él. Bien en forma corporal, porque en la naturaleza de la divinidad no podía ser visto por los mortales. Bien como una paloma, porque el espíritu de disciplina huirá del engaño, ni habitará en un cuerpo sujeto a pecados. Y porque, a ejemplo de Simón, aquellos que permanecen en la amargura de la hiel y en la atadura de la iniquidad, no pueden tener parte ni suerte en él de ninguna manera. De donde, cuando los crímenes del mundo fueron purgados en figura del bautismo por el diluvio, no por el cuervo, sino por la boca de la paloma, se anunció la paz devuelta al mundo con el ramo de olivo. Enseñando mística que solo a aquellos que han sido bautizados en la simplicidad del corazón, la unción del Espíritu Santo estará presente. Nadie piense que el Señor, después del bautismo, fue ungido por primera vez con la gracia del Espíritu Santo, o que experimentó algún progreso de la naturaleza divina a través del tiempo, sino que sepa más bien que desde el primer momento de su concepción humana, él existió como verdadero hombre y verdadero Dios. Sin embargo, con la llegada de la paloma se demostró que en su cuerpo, es decir, en la Iglesia, los bautizados reciben principalmente el Espíritu Santo.

Y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco. Con razón Juan es el mayor entre los nacidos de mujer, a quien Cristo se presenta para ser bautizado, el Espíritu invisible se muestra para ser visto, y el Padre desde el cielo encomienda a su Hijo. No es que al Hijo se le revelara algo que ya conocía perfectamente, sino que se indicaba a Juan y a los demás presentes lo que debían conocer. Por eso es notable que el mismo Juan, quien hasta entonces había predicado a un hombre más fuerte que él, a Cristo, desde ese momento, advertido por la descendencia del Espíritu o por el testimonio del Padre, proclamó abiertamente al Hijo de Dios: Este es, dijo, de quien dije, después de mí viene un hombre que ha sido hecho antes que yo, porque era antes que yo, y yo no lo conocía (Juan I). Y también sobre la paloma: Y yo vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios (Ibid.). Así, el misterio de la Trinidad se muestra en el bautismo del Salvador, para que también nosotros aprendamos a ser bautizados en su nombre. Lo que dice: En ti me complazco, es como si dijera: En ti he establecido mi complacencia, es decir, a través de ti realizaré lo que me agrada. Lo que según Mateo se dice: En quien me complazco (Mat. III), se explica así: Que todo aquel que corrige algo que ha hecho mediante el arrepentimiento, al arrepentirse indica que se ha desagradado a sí mismo, quien enmienda lo que ha hecho. Y porque el Padre omnipotente, como podía ser entendido por los hombres, habló de manera humana sobre los pecadores diciendo: Me arrepiento de haber hecho al hombre sobre la tierra (Gén. VI), como si se hubiera desagradado a sí mismo en los pecadores que creó. Pero en su unigénito, nuestro Señor Jesucristo, se complació. Porque no se arrepintió de haber creado entre los hombres a

este hombre, en quien no encontró pecado alguno, así se dice de él por el salmista: Juró el Señor y no se arrepentirá; tú eres sacerdote para siempre (Sal. CIX).

Y el mismo Jesús comenzaba a tener como treinta años, como se suponía, hijo de José. Jesús es bautizado a los treinta años, y entonces comienza a hacer señales y a enseñar, mostrando el tiempo legítimo y maduro de la edad, para aquellos que creen que cualquier edad es adecuada para ser sacerdote o para enseñar. Quien también, como se leyó antes, a los doce años de su vida, sentado en medio de los doctores en el templo, quiso ser encontrado no enseñando, sino preguntando. Para que los hombres no se atrevieran a predicar en una edad inmadura, él pregunta a los hombres en la tierra a los doce años, quien por su divinidad siempre enseña a los ángeles en el cielo. Y no debe perturbar a nadie que Jeremías y Daniel recibieran el espíritu de profecía siendo niños, porque los milagros no deben ser tomados como ejemplo de operación. Porque el Dios omnipotente hace elocuentes las lenguas de los niños, y de la boca de los niños y lactantes perfeccionó la alabanza. Pero una cosa es lo que decimos por el uso de la doctrina, y otra lo que sabemos por el milagro. Sin embargo, la edad de treinta años del Salvador bautizado también puede insinuar el misterio de nuestro bautismo, por la fe, a saber, de la santa Trinidad y la operación del decálogo legal. Porque el decálogo, con la gracia de la fe revelada, cuanto más se entiende, más devotamente se cumple. Como si enseñara que los bautizados deben tener un tiempo sagrado de tres años, quien dijo: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII). Como si este mismo trienio se multiplicara por diez, cuando añadió: Enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado (Ibid.). En cuya figura también se narra que el mar de bronce, en el que se lavaban los sacerdotes que iban a entrar al templo, podía ser rodeado exteriormente por un cordón de treinta codos, y contener dentro tres mil medidas. Porque (se cree con el corazón para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación). A este sentido se adhiere que los apóstoles, habiendo recibido la gracia del Espíritu Santo, primero bautizan tres mil almas. Y porque se menciona el mar de bronce, es agradable investigar cómo las reglas del bautismo concuerdan en los demás aspectos. Desde el borde, dice, hasta el borde, diez codos (III Reg. VII), porque no debemos ser angustiados por la preocupación terrenal, sino ser ampliados por la expectativa del denario celestial. Su borde es como el borde de una copa o la hoja de un lirio extendido: de los cuales uno expresa el cáliz de la pasión del Señor, y el otro la claridad de su resurrección revelada. Pues lo que dice el Apóstol: Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte (Rom. VI), se refiere al borde del cáliz. Lo que añade: Para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida (Ibid.), se refiere a la flor del lirio extendido. Su grosor, de tres pulgadas, para que toda la fortaleza de los bautizados se solidifique en la perfección de la fe, la esperanza y la caridad. Tenía cinco codos de altura, porque todo lo que se delinque por la vista, el oído, el gusto, el olfato o el tacto, es lavado por el agua de la regeneración. Los bueyes que lo sostienen miran de tres en tres a cada punto cardinal, para que en la fe de la santa Trinidad, el mundo entero sea bautizado. Estaba en el lado derecho del atrio de los sacerdotes, mirando al Este hacia el Sur, porque estando en pie la gracia del Nuevo Testamento, fue dado por aquel que nos visitó el sol naciente desde lo alto (Luc. I). Pero también en innumerables lugares de la Sagrada Escritura, el número treinta se encuentra adaptado a los sacramentos de Cristo y de la Iglesia. Pues también José, quien en figura de la resurrección y del Nuevo Testamento defendió a los egipcios del hambre durante ochenta años, a los treinta años, habiendo lavado las impurezas del calabozo, asumió el gobierno del reino, y David a la misma edad comenzó el reino, que a los setenta años, es decir, digno de descanso perpetuo, completó, y Ezequiel a los treinta años, con los cielos abiertos, mereció los dones de la profecía. Y porque por la fe deben

soportarse con longanimidad las adversidades, y esperarse con sublimidad las recompensas, tanto la altura del arca como la longitud del tabernáculo se miden en treinta codos.

Como se suponía, dice, hijo de José. Esta expresión se coloca para aquellos que pensaban que él había sido engendrado de José como otros hombres. Por lo tanto, si a alguien le inquieta que, aunque María concibió a Cristo del Espíritu Santo, y José no es verdaderamente, sino supuestamente llamado su padre, por qué no se describe la genealogía de María en lugar de la de José, quien parecía no tener relación con él, debe saber primero que no es costumbre de las Escrituras que se teja el orden de las mujeres en las genealogías. Además, José y María eran de la misma tribu, por lo que la ley lo obligaba a tomarla como pariente. Y porque ambos fueron censados en Belén, como nacidos de la misma estirpe, y por eso a través de la genealogía de José, también se muestra el origen de María. Muy bellamente, Lucas, al narrar la genealogía de Cristo, precede con el mismo Padre hablando: Tú eres mi Hijo amado (Mar. I), para que con el testimonio divino se compruebe que es el verdadero Hijo de Dios, y con el orden de la sucesión humana, el verdadero hijo del hombre.

Que fue de Elí, que fue de Matat, que fue de Leví, que fue de Melquí, etc. Con razón se pregunta cómo pudo José tener dos padres provenientes de diferentes linajes de antepasados, uno mencionado por Lucas, y otro por Mateo. Pues Mateo dice: Matán engendró a Jacob. Jacob engendró a José, el esposo de María. Pero el nudo de esta cuestión, Africano, escribiendo sobre la consonancia de los Evangelios, lo resuelve clarísimamente. Matán, dice, y Matat en diferentes tiempos de una misma esposa llamada Esta, engendraron hijos. Porque Matán, quien descendía de Salomón, fue el primero en tomarla como esposa, y dejando un hijo llamado Jacob, murió. Después de su muerte, ya que la ley no prohíbe a la viuda casarse con otro hombre, Matat, quien descendía de Natán, siendo de la misma tribu pero no del mismo linaje, tomó a la viuda de Matán como esposa, de la cual también tuvo un hijo llamado Elí, por lo que de diferentes linajes de padres, Jacob y Elí se convierten en hermanos. De los cuales, uno, es decir, Jacob, tomando la esposa de su hermano Elí, quien murió sin hijos, según el mandato de la ley, engendró a José, su hijo por naturaleza, por lo que se escribe: Jacob engendró a José. Pero según el precepto de la ley, se convierte en hijo de Elí, porque Jacob, siendo su hermano, tomó a su esposa para levantar descendencia a su hermano. Y por esto se encuentra íntegra y completa la generación, tanto la que Mateo enumera diciendo: Jacob engendró a José, como la que Lucas designa con observación adecuada, diciendo: Que se suponía que era hijo de José, que fue de Elí. Y él mismo, con la misma distinción, se suponía que era hijo de Elí, quien fue de Matat, porque esta sucesión legal, que se establece como una especie de adopción hacia los difuntos, más que la verdad del linaje, la designó adecuadamente con este indicio, observando el evangelista, para que en tales sucesiones no se nombrara a alguien como engendrador, por lo que con digna distinción no descendiendo, sino ascendiendo, llegó hasta Adán y hasta Dios mismo. Estas cosas no fueron descubiertas por nosotros de repente, ni comentadas sin autores, sino que los mismos parientes de nuestro Salvador según la carne, ya sea por el interés de demostrar tan noble linaje, o de enseñar lo que realmente sucedió, las transmitieron. Estas cosas las presenta Africano con estas mismas palabras, excepto que en lugar de Matat, puso Melquí, porque tal vez su códice lo tenía así, o en la historia en la que aprendió estas cosas, encontró que Matat era un nombre doble. Porque Mateo asumió la persona real del Señor, y Lucas la sacerdotal, por lo que en el carro de los querubines, aquel es designado como el león, el más fuerte de las bestias, y este como el becerro, la víctima de los sacerdotes, ambos mantuvieron la misma intención en la genealogía del Salvador. Agudamente se ha observado que Mateo, quien había establecido insinuar la persona real en Cristo, excepto el mismo Cristo, nombró a cuarenta hombres en la serie de generaciones. Este número significa el tiempo en el que en

este mundo y en esta tierra debemos ser gobernados por Cristo según la disciplina laboriosa, por la cual Dios castiga (como está escrito) a todo hijo que recibe (Heb. XII). Pues no son cuarenta y dos, que hacen tres veces cuatro y diez, sino que por un Jeconías contado dos veces, se hacen cuarenta y una generaciones, si también contamos a Cristo mismo, quien preside regularmente sobre esta vida temporal y terrenal nuestra, como un número cuadragenario. Pues porque el número es el sacramento de este tiempo laborioso, en el que bajo la disciplina del rey Cristo luchamos contra el diablo, también lo declara el ayuno de cuarenta días, es decir, la humillación del alma. Y la ley y los profetas por Moisés y Elías, quienes ayunaron cuarenta días, y el Evangelio por el ayuno del mismo Señor, quien durante cuarenta días también fue tentado por el diablo, ¿qué otra cosa prefiguran sino nuestra tentación en este siglo, en la carne que de nuestra mortalidad se dignó asumir? Por eso este número significa esta vida temporal y terrenal, porque los tiempos de los años corren en ciclos de cuatro partes, y el mundo mismo se termina en cuatro partes. Cuarenta tienen cuatro veces diez. Además, el mismo diez se completa progresando el número de uno a cuatro. Por lo tanto, porque Mateo quiso significar a Cristo descendiendo para participar con nosotros en esta mortalidad, enumeró las generaciones desde Abraham hasta José, y hasta el nacimiento de Cristo mismo, descendiendo desde el principio de su Evangelio. Pero Lucas no desde el principio de su Evangelio, sino desde el bautismo de Cristo narra las generaciones, no descendiendo sino ascendiendo, asignándolo más como sacerdote en la expiación de los pecados, donde la voz del cielo lo declaró, donde Juan mismo dio testimonio, diciendo: He aquí el que quita los pecados del mundo. Ascendiendo, pasa a Abraham, y llega a Dios, a quien reconciliados y expiados nos unimos. Con razón asumió el origen de la adopción, porque por adopción nos convertimos en hijos de Dios creyendo en el Hijo de Dios. Pero por la generación carnal, el Hijo de Dios se hizo más bien hijo del hombre. Sin embargo, demostró suficientemente que no dijo que José era de Elí porque fue engendrado de él, sino porque fue adoptado por él, cuando también dijo que Adán era hijo de Dios, aunque fue hecho por Dios, pero por la gracia que después perdió al pecar, fue constituido como hijo en el paraíso. Por lo tanto, en las generaciones de Mateo, se significa la asunción de nuestros pecados por el Señor Cristo: en las generaciones de Lucas, se significa la abolición de nuestros pecados por el Señor Cristo. Por eso aquel las narra descendiendo, este ascendiendo. Pues lo que dice el Apóstol: Envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII), esta es la asunción de los pecados. Pero lo que añade: Para condenar el pecado en la carne, esta es la expiación de los pecados. Por lo tanto, Mateo desciende desde David a través de Salomón, en cuya madre pecó. Lucas, sin embargo, asciende a David a través de Natán, por cuyo nombre el profeta Dios expió su pecado.

Que fue de Matán, que fue de David, que fue de Jesé. Este número que Lucas sigue, ciertamente indica la abolición de los pecados, como verás en su lugar. No te sorprendas si Lucas desde David hasta Cristo pone más sucesiones, y Mateo menos: es decir, este cuarenta y tres, aquel veintiocho, cuando admites que la generación ha transcurrido a través de otras personas. Puede suceder que algunos hayan vivido una vida longeva, mientras que los hombres de otra generación hayan fallecido en edad inmadura, ya que vemos a muchos ancianos vivir con sus nietos, mientras que otros hombres mueren inmediatamente después de tener hijos.

Que fue de Sala, que fue de Cainán, que fue de Arfaxad. El nombre y la generación de Cainán según la verdad hebrea, ni en Génesis ni en las Crónicas se encuentra; sino que se dice que Arfaxad engendró a Sala, o Sale, sin intermedio; así lo tienes: Arfaxad vivió treinta años y engendró a Sale (Gén. XI). Y también en Crónicas: Arfaxad engendró a Sala, quien también engendró a Heber (I Crón. I). Sepas, pues, que el bienaventurado Lucas tomó esta

generación de la edición de los Setenta intérpretes, donde está escrito que Arfaxad, a los ciento treinta y cinco años, engendró a Cainán, y este Cainán, cuando tenía ciento treinta años, engendró a Sala. Pero qué de esto es más verdadero, o si ambos pueden ser verdaderos, Dios lo sabe. Nosotros simplemente advertimos al lector que hay tal discrepancia entre ambos códices en la serie de tiempos, que desde el diluvio hasta el nacimiento de Abraham en la verdad hebrea se encuentran doscientos noventa y dos años, y en la traducción de los Setenta intérpretes mil setecientos setenta y siete. Y que algunos cronógrafos, caminando en medio de estos, eliminando solo la generación de Cainán, y sin corregir los demás años al ejemplar hebreo, describen novecientos cuarenta y dos años de la misma edad.

Que fue de Matusalén, que fue de Enoc. Bellamente el orden de las generaciones desde el Hijo de Dios bautizado hasta Dios Padre ascendiendo, en el septuagésimo grado tiene a Enoc, quien, dilatada la muerte, fue trasladado al paraíso, para significar que aquellos que son regenerados en la gracia de la adopción de hijos por el agua y el Espíritu Santo, después de la absolución del cuerpo, serán recibidos en el descanso eterno (pues el número setenta, debido al séptimo del sábado, para significar el descanso de aquellos que, con la ayuda de la gracia de Cristo, han cumplido el decálogo de la ley, se adapta muy bien) y en el tiempo de la resurrección, se muestra que serán unidos a la contemplación de la sabiduría inmutable de Dios por los siglos.

Quien fue Set, quien fue Adán, quien fue de Dios. Porque alguna iniquidad de Cristo, quien no tuvo ninguna, no está unida a las iniquidades de los hombres, las cuales asumió en su carne; por eso el número según Mateo, excepto Cristo, es cuarenta. Pero como nos une a su justicia y a la del Padre, expiados de todo pecado y purificados, para que se cumpla lo que dice el Apóstol: "Pero el que se une al Señor, un espíritu es" (I Cor. VI), por eso en ese número que está según Lucas, tanto Cristo mismo, de quien comienza la enumeración, como Dios a quien se llega, son contados, y se hace el número setenta y ocho, que significa la remisión y abolición de todos los pecados. Pues el Señor también hizo mención de este número, cuando Pedro le preguntó sobre perdonar los pecados del hermano. Dijo: "no solo siete veces, sino setenta veces siete" (Mat. XVIII). Por lo cual se cree correctamente que con la mención de este número ordenó perdonar todos los pecados. No fue en vano que el Señor vino en la septuagésima y séptima generación para abolir todos los pecados, sino porque en ese número hay algo oculto que se refiere a la significación de todos los pecados. Esto debe considerarse en el número once y siete. Estos números multiplicados entre sí llegan a tanto. Pues once veces siete, o siete veces once, hacen setenta y siete. Pero once significa la transgresión del diez. Y si en el diez se significa la perfección de la bienaventuranza, de donde también es aquello, que todos los contratados en la viña son remunerados con un denario (Mat. XX), lo cual sucede cuando la criatura séptuple se une a la trinidad del Creador, es evidente que la transgresión del diez significa pecado, por la soberbia de quien desea tener algo más, y pierde la integridad y perfección. Esto se multiplica por siete, para que se signifique que esa transgresión fue hecha por el movimiento del hombre. Pues el número tres significa la parte incorpórea del hombre. De donde es que se nos manda amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente (Marc. XII). Pero el número cuatro significa el cuerpo; pues de muchas maneras se encuentra la naturaleza del cuerpo dividida en cuatro partes. Por lo tanto, el hombre, compuesto de estas partes, no absurdamente se significa por el número siete. Pero el movimiento no se expresa en los números cuando decimos uno, dos, tres, cuatro, etc., sino cuando decimos, una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces. Por lo tanto (como dije) no se significa la transgresión por siete y once, sino por siete veces once, que fue hecha por el movimiento del hombre pecador, es decir, por la codicia de tener más, transgrediendo la estabilidad de su perfección. Por lo

tanto, convenientemente multiplicado el once por siete, se llega al número setenta y siete, que abarca todos los pecados. En este número también se hace la plena remisión de los pecados, expiándonos la carne de nuestro sacerdote, de quien ahora comienza este número, y reconciliándonos con Dios, a quien ahora llega este número, por el Espíritu Santo que apareció en forma de paloma en este bautismo, donde se menciona este número. Sin embargo, a la exposición anterior, si alguien quisiera objetar, diciendo que Mateo no puso cuarenta y una, sino cuarenta y dos generaciones, porque, según la fe de los Paralipómenos, Joaquín debe contarse por dos personas, a saber, padre e hijo, entienda que el mismo número no obstante indica el tiempo presente de la Iglesia, que con la ayuda del Señor trabaja en la esperanza del futuro Sábado. Pues siete veces seis hacen cuarenta y dos. Y pocos dudan que seis se refiere a las obras, y siete a la significación del descanso. Por lo cual el pueblo salvado de la tierra de Egipto mora cuarenta años en el desierto, pero porque se ejercita diligentemente bajo la esperanza de entrar en el descanso, acampa en cuarenta y dos caminos muy estrechos. En el último de los cuales, cuando recibe a Jesús como guía, inmediatamente, con el Jordán abierto, accede a las sedes prometidas desde hace tiempo, vencidos los enemigos. Así también el Señor Jesús, en la cuadragésima segunda generación, desde que el mundo dispuso las tinieblas de la antigua ceguera con la fe de Abraham, viniendo en la carne, nos abre las puertas del cielo con el lavacro del bautismo. Y nosotros, con el curso perfecto de las virtudes, en el cual esperamos con paciencia lo que no vemos (Rom. VIII), bajo el sacramento del mismo número (como se ha dicho), después de haber cruzado el río con Cristo como guía, llegaremos alegres al reino prometido de la patria celestial. Y como él, con el bautismo que comenzó en el trigésimo, va a expiar las impurezas de toda la Iglesia, también la relación mística de esos mismos números lo declara. Porque, evidentemente, treinta computados con sus partes iguales producen más de doce, que es el número de los patriarcas y apóstoles, y hacen cuarenta y dos. Pues tienen partes, la trigésima, uno; la decimoquinta, dos; la décima, tres; la sexta, cinco; la quinta, seis; la tercera, diez; la mitad, quince. Que juntas, completan cuarenta y dos. Donde mística (como dijimos) se insinúa que toda la perfección de la Iglesia consiste en la fe y gracia de Cristo, que primero fue reconocida por los patriarcas, y más ampliamente proclamada por la voz de los apóstoles. Y no hay otro nombre bajo el cielo en el cual debamos ser salvos (Hech. IV), así como en cuarenta y dos no hay ninguna parte que no esté contenida en las partes iguales del número treinta. Por lo tanto, el número treinta con sus partes completa el cuadragésimo segundo, porque el Señor, con los sacramentos de su bautismo, ahora protege temporalmente a la Iglesia que trabaja, y después de los trabajos la lleva a la eternidad del descanso.

CAPÍTULO IV.

Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto durante cuarenta días. Esto, hecho inmediatamente después del bautismo del Señor, lo designan Mateo y Marcos. Uno de ellos, después de describir su bautismo, añadió: "Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo" (Mat. IV). El otro así: "Y enseguida el Espíritu lo expulsó al desierto, y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches, y fue tentado por Satanás" (Marc. I). Pero para que no surgiera duda sobre por qué espíritu fue llevado o expulsado al desierto, Lucas prudentemente primero puso que "Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán", y luego añadió, "y fue llevado por el Espíritu al desierto", para que no se pensara que el espíritu inmundo había prevalecido contra él, quien lleno del Espíritu Santo, hacía lo que quería y actuaba como deseaba. Pues incluso más adelante, donde se afirma claramente que fue llevado o colocado por el diablo, no se acusa su debilidad, sino la soberbia del enemigo que considera la voluntad del Salvador como necesidad. Por lo tanto, Jesús no es llevado al desierto por la fuerza del espíritu maligno, sino

por la voluntad de su buen espíritu, seguro de la victoria, entra al lugar de la lucha para derrotar al adversario. Donde también nos muestra el orden correcto de vivir, para que después de recibir en el bautismo la remisión de los pecados y la gracia del Espíritu Santo, nos preparemos más firmemente contra las nuevas insidias del antiguo enemigo, abandonemos el mundo con la mente, y como el maná del desierto, aprendamos a desear solo las alegrías de la vida eterna.

Y no comió nada en aquellos días, y al final de ellos, tuvo hambre. La Cuaresma tiene autoridad, tanto en los libros antiguos por el ayuno de Moisés y Elías, como en el Evangelio, porque el Señor ayunó el mismo número de días, demostrando que el Evangelio no disiente de la ley y los profetas. Pues en la persona de Moisés se entiende la ley; en la persona de Elías, los profetas. Entre quienes apareció glorioso en el monte, para que resplandeciera más evidentemente lo que dice el Apóstol de él: "Teniendo testimonio de la ley y los profetas" (Rom. III). ¿En qué parte del año se establecería más adecuadamente la observancia de la Cuaresma, sino cercana y contigua a la pasión del Señor, porque en ella se significa esta vida laboriosa, que necesita continencia, para ayunar de la amistad misma del mundo? De otra manera: El Señor ayunó cuando fue tentado antes de la muerte, aún necesitando alimento. Pero comió y bebió cuando fue glorificado después de la resurrección, ya no necesitando alimento. Aquí mostraba en sí nuestro trabajo, allí en nosotros su consuelo, definiendo ambos en cuarenta días. Con este número parece significarse el curso de esta vida en los que son llamados por la gracia, hacia aquel que no vino a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V). Pues son diez los mandamientos de la ley, ya la gracia de Cristo difundida por el mundo, y el mundo está dividido en cuatro partes, y diez multiplicado por cuatro hace cuarenta. Porque los redimidos por el Señor, los reunió de las regiones. Del Oriente, y Occidente, y del Norte, y del mar. Ayunando, pues, cuarenta días antes de la muerte de la carne, clamaba: "Absteneos de los deseos de este mundo" (I Ped. II). Pero comiendo y bebiendo cuarenta días después de la resurrección de la carne, clamaba: "He aquí yo estoy con vosotros, hasta la consumación del siglo" (Mat. XXVIII). Pues el ayuno es en la tribulación del combate, porque quien está en la lucha, se abstiene de todo. Pero el alimento es en la esperanza de la paz, que no será perfecta hasta que nuestro cuerpo, cuya redención esperamos, se revista de inmortalidad, lo cual aún no alcanzamos, pero ya nos alimentamos con esperanza. El Apóstol nos muestra que hacemos ambas cosas a la vez, diciendo: "Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación" (Rom. XII). Como si aquello fuera en el alimento, esto en el ayuno. Pues mientras recorremos el camino del Señor, ayunamos de la vanidad de este mundo presente, y nos alimentamos con la promesa del futuro, aquí no poniendo el corazón, allí alimentando el corazón hacia arriba. Pero el hecho de que el Señor, al final de los días de ayuno, tuvo hambre, cuando de Moisés o Elías ayunando no se escribe nada similar, se hizo para que el tentador, temeroso, no huyera triste, al ver a quien, proclamado con tantos signos celestiales, también igualado en abstinencia a hombres excelentísimos. Pues tuvo hambre el humilde Dios hombre, para que el enemigo no conociera al sublime hombre Dios.

Y el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. El antiguo enemigo reconoció que el redentor del género humano, su vencedor, había venido al mundo, por lo cual también a través de un hombre poseído dijo: "¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo a atormentarnos?" (Mat. VIII). Sin embargo, cuando lo vio pasible, cuando vio que podía sufrir cosas mortales por la humanidad, todo lo que sospechó de su divinidad, le vino a duda por el orgullo de su soberbia. Pues nada sabiendo sino lo soberbio, al ver que era humilde, dudó que fuera Dios. Por lo cual se volvió a los argumentos de las tentaciones. Pero no como nosotros, que somos puros hombres, nos sacudimos a menudo por la tentación que irrumpe, así el alma de nuestro Redentor fue

turbada por la necesidad de la tentación. Pues nuestro enemigo, aunque fue permitido llevarlo a un monte alto, aunque dijo que le daría los reinos del mundo, aunque mostró que las piedras se convertirían en pan, no pudo sacudir la mente del Mediador de Dios y los hombres con la tentación. Pues así se dignó recibir todas estas cosas exteriormente, que sin embargo su mente interiormente permaneció incommovible, adherida a su divinidad. Y aunque a veces se dice que se turbó en espíritu, él mismo dispuso divinamente cuánto se turbó humanamente.

Y Jesús le respondió: Está escrito que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios. Así respondió el Señor, porque tenía el propósito de vencer al diablo con humildad, no con poder. Y al mismo tiempo se debe notar que si el Señor no hubiera comenzado a ayunar, no habría habido ocasión para que el diablo lo tentara. Según aquello: "Hijo, al acercarte al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación" (Ecli. II). Pero la misma respuesta del Salvador indica que fue un hombre quien fue tentado: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios". Si alguien, por lo tanto, no se alimenta de la palabra de Dios, no vive. De otra manera: Nuestro enemigo, mientras aún estamos en esta vida, cuanto más ve que le resistimos, tanto más se esfuerza por atacarnos. Pues descuida golpear a aquellos que siente que posee con derecho tranquilo. Pero contra nosotros se incita más vehementemente, cuanto más es expulsado de nuestro corazón como de un derecho de habitación propio. Esto mismo el Señor lo figuró en sí mismo bajo cierta dispensación, quien no permitió que el diablo lo tentara sino después del bautismo, para insinuarnos un signo de la futura conversación, que sus miembros, después de progresar hacia Dios, entonces soportarían más agudas insidias de tentaciones.

Y lo llevó el diablo, y le mostró todos los reinos del mundo en un momento de tiempo. Cuando se narra que Dios hombre fue llevado por el diablo, la mente se rehúsa, los oídos humanos temen escuchar esto. Sin embargo, no consideramos que estas cosas sean increíbles, si en él también ponderamos otras cosas hechas. Ciertamente el diablo es la cabeza de todos los inicuos, y los miembros de esta cabeza son todos los inicuos. ¿Qué, pues, es de extrañar si se permitió ser llevado por él al monte, quien también soportó ser crucificado por sus miembros? No es, por lo tanto, indigno de nuestro Redentor, que quiso ser tentado, quien vino a ser muerto. Pues era justo que así venciera nuestras tentaciones con sus tentaciones, como vino a superar nuestra muerte con su muerte. Pero bien se muestran las cosas seculares y temporales en un momento de tiempo. Pues no se indica tanto la rapidez de la visión, como se expresa la fragilidad caduca del poder. Pues en un momento todas esas cosas pasan, y a menudo el honor del mundo se va antes de que llegue. ¿Qué puede ser duradero en el mundo, cuando los mismos siglos no son duraderos?

Y dijo: Te daré todo este poder y la gloria de ellos, porque a mí me han sido entregados, y a quien quiero, se los doy. Tú, pues, si postrado me adoras, todo será tuyo. Arrogante y soberbio, habla esto por jactancia, no porque tenga poder en todo el mundo para que el diablo pueda dar todos los reinos, cuando sabemos que muchos hombres santos fueron hechos reyes por Dios. Si, dijo, postrado me adoras. Por lo tanto, quien va a adorar al diablo, antes cae.

Y respondiendo Jesús le dijo: Está escrito, al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. Diciendo el diablo al Salvador: "Si postrado me adoras", escucha lo contrario, que él más bien debe adorarle a él, al Señor y su Dios. Quizás alguien se pregunte cómo concuerda lo que aquí se ordena, servir solo al Señor, con la palabra del Apóstol que dice: "Sino que por amor servíos los unos a los otros" (Gál. V). Pero a esto fácilmente satisface el origen de la lengua griega de la cual se tradujo la Escritura, en la cual el servicio se suele llamar de dos maneras y con diferente significado. Se dice λατρεία, y se dice δουλεία. Pero dulia se entiende como el servicio común, es decir, ya sea a Dios o a cualquier cosa en la naturaleza.

De la cual también el siervo, es decir, δοῦλος, toma su nombre en griego. Latria, sin embargo, se llama el servicio que solo se debe al culto de la Divinidad, y no debe compartirse con ninguna criatura. Por lo cual también se llaman ídólatras aquellos que ofrecen votos, oraciones y sacrificios, que debían solo a Dios, a los ídolos. Por lo tanto, se nos ordena servirnos unos a otros por amor, que es en griego δουλεύειν. Se nos ordena servir a un solo Dios, que es en griego λατρεύειν. Por lo cual se dice: "Y a él solo servirás", que es en griego λατρεύσεις. Y de nuevo: "Porque no somos la circuncisión, sirviendo al Espíritu de Dios" (Filip. III), que es en griego λατρεύοντες.

Y lo llevó a Jerusalén, y lo puso sobre el pináculo del templo. Para que a quien no podía superar con la gula o la avaricia, lo tienta también con la vanagloria, si acaso puede derribarlo con la jactancia de su victoria.

Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, lánzate de aquí abajo. En todas las tentaciones el diablo hace esto, para entender si es Hijo de Dios, pero el Señor modera la respuesta de tal manera que lo deja en duda. Lánzate abajo. Voz del diablo, que siempre desea que todos caigan abajo. Lánzate, dijo: puede persuadir, no puede precipitar.

Porque está escrito que a sus ángeles mandará acerca de ti, para que te guarden, y que en sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Esto lo leemos en el salmo noventa. Pero allí no es profecía sobre Cristo, sino sobre un hombre santo. Por lo tanto, el diablo interpreta mal las Escrituras. Ciertamente, si sabía que verdaderamente estaba escrito sobre el Salvador, debió decir también lo que sigue en el mismo salmo contra él: "Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y pisotearás al león y al dragón" (Sal. XC). Del auxilio de los ángeles habla como a un débil, de su propia pisoteo calla como tergiversador.

Y respondiendo Jesús, le dijo: Está dicho: No tentarás al Señor tu Dios. Las falsas flechas del diablo de las Escrituras, las rompe con los verdaderos escudos de las Escrituras. Y se debe notar que los testimonios necesarios los sacó solo del Deuteronomio, para mostrar los sacramentos de la segunda ley. No tentarás, dijo, al Señor tu Dios. Se sugería como a un hombre, que con alguna señal explorara él mismo cuán grande era, es decir, cuánto podía ante Dios. Lo cual se hace viciosamente, cuando se hace. Pertenece a la sana doctrina, cuando el hombre tiene algo que hacer, no tentar al Señor su Dios. Pues el mismo Salvador no podía proteger a sus discípulos, a quienes sin embargo dijo: "Si os persiguen en una ciudad, huid a otra" (Mat. X). De lo cual él mismo dio ejemplo primero. Pues aunque tenía poder para poner su vida, y no la ponía sino cuando quería, sin embargo, siendo niño, huyó a Egipto llevado por sus padres. Y al día de la fiesta no subió abiertamente, sino en secreto, aunque en otras ocasiones hablaba abiertamente a los judíos enojados, y de ánimo muy hostil escuchando, y sin embargo no podían ponerle las manos, porque aún no había llegado su hora. Por lo tanto, quien enseñaba abiertamente y reprendía, y sin embargo no permitía que la rabia de los enemigos prevaleciera en él, demostraba el poder de Dios, pero al mismo tiempo, huyendo y ocultándose, instruía la debilidad del hombre, para que no se atreva a tentar a Dios, cuando tiene algo que hacer, para evitar lo que debe evitar.

Y después de haber terminado toda tentación, el diablo se apartó de él hasta un tiempo. Ves que el mismo diablo no es persistente en su empeño, sino que suele ceder ante la virtud. Y aunque no deja de envidiar, sin embargo, teme insistir, porque frecuentemente huye de ser derrotado. Al oír el nombre de Dios, se apartó (dice) hasta un tiempo. Pues después no vendría a tentar, sino a luchar abiertamente. Aunque muchas veces el antiguo enemigo, después de haber infligido a nuestra mente la lucha de las tentaciones, se aparta de su propia

contienda por un tiempo, no para poner fin a la malicia infligida, sino para que los corazones que ha devuelto a la seguridad por la tranquilidad, al regresar de repente, irrumpa más fácilmente de manera inesperada. Sin embargo, es de notar que, expuestas solo tres artimañas del tentador, se dice que toda tentación ha sido consumada. Porque evidentemente en estas se abarcan los orígenes y fuentes de todos los vicios. Juan atestigua diciendo: Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida (1 Juan 2). Y en la parábola evangélica, solo por tres negocios reprobables, son excluidos de los banquetes de la vida eterna. El primero dijo: Compré una finca, y necesito salir y verla. Y otro dijo: Compré cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas. Y otro dijo: Me casé, por eso no puedo ir. El deseo de la esposa, al igual que la gula, pertenece a la concupiscencia de la carne. La compra de la finca, que no carece de avaricia, se refiere a la soberbia de la vida. La prueba de las cinco yuntas, es decir, la curiosidad por las cosas corporales, que es vanagloria, se refiere a la concupiscencia de los ojos. Pues a través de los ojos prevalece principalmente la curiosidad, y en estos el Señor es tentado cara a cara como más fuerte. Nosotros, cuando, habiendo recibido la gracia del bautismo, nos adentramos en el desierto de las virtudes, cuando asumimos el ayuno cuaresmal, es decir, cuando disponemos abstenernos de las seducciones mundanas durante todo el tiempo de nuestra vida, o somos atacados por insidias silenciosas, o a veces incluso por las más cercanas. Cuando el que halaga dice: Eres un hombre fuerte, come y bebe, y permanece igual, hay que ver que no nos ofrezca el veneno el antiguo serpiente sin que lo sepamos. Y hay que decir: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios. Sin embargo, muchos, vencida la concupiscencia de la carne, pronto son atacados por la avaricia, y a veces incluso son superados, hasta el punto de que no temen adorar al diablo por los dones ofrecidos. De los cuales, cuando muchos alaban la continencia, incluso las personas de mayor rango los honran, les dan regalos, sucede que los vencedores de los placeres son vencidos por la avaricia, y con el tiempo creciendo la locura, a los ricos que reconocen llenos de demonios por sus crímenes manifiestos, no solo no los execran y reprenden, sino que incluso con la cabeza inclinada los adoran y reciben. De donde el Apóstol dice que la avaricia es idolatría. Si también triunfan sobre esto siguiendo el ejemplo del Salvador, adorando al Señor, su Dios, y sirviéndole solo a él por los gozos eternos, vendrá también la tercera plaga de la vanagloria, que exalta a los vencedores de los vicios precedentes por sus propias fuerzas, para que, como si estuvieran en la cima de las virtudes, presuman que ya no pueden caer. Y esto claramente es tentar a Dios con ojos curiosos, gloriarse de sus propios méritos. Contra esto, él mismo, aumentando la fe de los discípulos, dijo: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer (Lucas 17). Cuando en otro lugar ordenó que no hagamos nuestra justicia delante de los hombres, en la misma definición solo añadió el ayuno, la limosna y la oración, oponiendo a las tres flechas del enemigo tres armas de defensa, para que con el ayuno se expulse la concupiscencia de la carne, con las limosnas la avaricia, y con las oraciones la jactancia de los méritos. Esto sobre los principios de la dispensación evangélica basta haber dicho en un solo librito, pero los hechos o dichos del Salvador que siguen, no solo consultando nuestra tranquilidad, sino también la conveniencia de los lectores, consideremos más bien desde otro comienzo. Pues de alguna manera, como dice Agustín, así como al final del libro se renueva la atención del lector, como el cansancio del viajero en el hospedaje.

LIBRO SEGUNDO.

La historia eclesiástica narra que el beatísimo apóstol Juan, hasta casi el final de su vida, predicó el Evangelio sin indicios de ninguna Escritura. Pero cuando, dice, le llegó el conocimiento de los tres Evangelios, se dice que aprobó la fe y la verdad de lo dicho, pero vio

que faltaban algunas cosas, especialmente aquellas que el Señor había hecho al principio de su predicación. Pues es cierto que en los tres Evangelistas anteriores parece que solo se contienen aquellas cosas que ocurrieron en el año en que Juan el Bautista fue encarcelado o castigado. Por lo tanto, si observas, inmediatamente en los inicios de las narraciones, después de que Mateo relata el ayuno de cuarenta días y su tentación, inmediatamente añadió diciendo: Al oír que Juan el Bautista había sido entregado, se retiró de Judea y vino a Galilea (Mateo 3). Pero también Marcos de manera similar: Después de que Juan fue entregado, Jesús vino a Galilea (Marcos 1). Lucas, incluso antes de comenzar a referir algo de los actos de Jesús, dice que Herodes añadió sobre todos los males que había hecho, y encerró a Juan en la cárcel (Lucas 3). Porque, digo, estas cosas parecían omitidas por ellos, se dice que el apóstol Juan fue solicitado para que describiera aquellas cosas que habían sido hechas por el Salvador antes de la entrega de Juan. Y por eso dice en el Evangelio: Esto hizo Jesús al principio de sus señales (Juan 2). Y de nuevo en otro lugar indica diciendo: Pues Juan aún no había sido encarcelado (Juan 3). Y con esto consta que describe aquellas cosas que fueron hechas por Jesús antes de que Juan fuera entregado. Con estas palabras de la historia mencionada, hemos procurado preparar el inicio de este, es decir, de nuestro segundo librito sobre Lucas, para que ninguno de los lectores piense que las cosas que deben exponerse en orden fueron hechas inmediatamente después del ayuno de cuarenta días, sino que, después de algunos milagros realizados por el Señor, ya sea en Judea o en Galilea, se observara que siguieron.

Y Jesús entró en Galilea en el poder del espíritu, y su fama se extendió por toda la región; y él enseñaba en sus sinagogas, y era glorificado por todos. Llama poder del espíritu a las señales de los milagros. Como también en otro lugar los judíos admirados. ¿De dónde le vienen a este estas sabidurías y poderes? (Mateo 13). Refiriendo la sabiduría a la doctrina, y el poder a las obras. Ambas cosas se juntan igualmente en este lugar, mientras se dice que Jesús entró en el poder del espíritu, y enseñó en sus sinagogas. Por lo cual con razón se afirma que fue glorificado por los presentes, y su fama se difundió entre los ausentes. Lo cual no podría suceder sino por los indicios de los hechos o palabras presentes. Pero quienquiera que busque el tiempo y el orden de estos en el Evangelio de Juan, lo encontrará. De cuyo testimonio, dejando de lado los demás, solo pondré uno. Cuando vino a Galilea, dice, los galileos lo recibieron, habiendo visto todo lo que hizo en Jerusalén en el día de la fiesta (Juan 4). Es de notar ciertamente que primero Jesús demostró el poder del espíritu, y después ministró la gracia de la doctrina, primero salió la fama de las virtudes, y así se magnificó la doctrina. Según el orden, evidentemente, que también en los Hechos de los Apóstoles procuró brevemente recomendar: Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar (Hechos 1). Pues primero puso hacer, y después enseñar, para que ningún maestro presuma mandar a sus oyentes lo que él mismo aún no ha hecho.

Y vino a Nazaret, donde había sido criado, y entró según su costumbre en la sinagoga el día de sábado. Sinagoga en griego, en latín se dice congregación, nombre con el que solían llamar no solo a la reunión de multitudes afluentes, sino también a la casa donde los judíos se reunían para escuchar o decir la palabra de Dios. De donde el Señor al sumo sacerdote Anás: Yo siempre, dice, enseñé en la sinagoga, y en el templo, donde todos los judíos se reúnen. Así como nosotros llamamos iglesias de los fieles, tanto a los lugares como a los coros. Pero hay una diferencia entre sinagoga, que es congregación, y iglesia, que es convocatoria, porque el pueblo del Antiguo Testamento es llamado con ambos nombres, pero el del Nuevo solo iglesia. Porque evidentemente también las bestias y las cosas inanimadas pueden ser congregadas en uno, pero solo las que usan razón pueden ser convocadas. Por lo tanto, al pueblo de la nueva gracia, como dotado de mayor dignidad, los escritores y doctores

apostólicos consideraron más correcto llamarlo convocado a la unidad de la fe, es decir, iglesia, que sinagoga. Sin embargo, se reunían el día de sábado en las sinagogas, para que, según lo que el Señor mandó: Descansad y ved que yo soy Dios (Salmo 45), libres de los negocios del mundo, se sentaran con el corazón tranquilo para meditar las enseñanzas de la ley. De cuya devoción a realizarse ese día, hasta ahora perdura en la iglesia la indicación, que en memoria de la religión antigua, el cántico del Deuteronomio, en el que se contiene todo el estado del pueblo antiguo, lo que mereció con Dios ofendido o propicio, en algunos lugares se acostumbra a decir el sábado. De lo contrario, sería inapropiado que en los primeros días de la semana se dijera los cánticos de los profetas, y el último de Moisés. Entró, pues, Jesús el día de sábado en la sinagoga, para cumplir el rito de la ley mosaica con la plenitud de la gracia celestial.

Y se levantó para leer, y le fue entregado el libro del profeta Isaías. Es indicio de la humildísima dispensación, por la cual Dios vino entre los hombres a servir, no a ser servido, que no desdeñó asumir también el oficio de lector. Pero Lucas, al comenzar a escribir los hechos del Señor desde la lectura y explicación del profeta, lo hizo con una providencia más alta, porque evidentemente toda la Escritura profética, llegando hasta él, debía sernos abierta por él y cumplida en él. Por lo cual también explica esto más claramente al final de su Evangelio, cuando, puesto antes el dicho del Salvador: Porque es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos acerca de mí (Lucas 24); inmediatamente añadió él mismo: Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras (Ibid.). Se levantó, pues, Jesús para leer, para que a quienes no había convertido con la nueva operación de señales, al menos corrigiera con el testimonio de la lectura profética.

Y al desenrollar el libro, encontró el lugar donde estaba escrito. Hermosamente toma el libro del profeta cerrado, pero lo lee desenrollado, porque el misterio de su Encarnación, prescrito por la voz de los profetas, primero lo asumió para exhibirlo, y después lo abrió para que los mortales lo entendieran.

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió para evangelizar a los pobres, etc. Hablando arriba sobre la vocación de los gentiles y la confirmación de la iglesia por el profeta, el Salvador, cuando entre otras cosas decía: Yo soy el Señor, en su tiempo haré esto de repente (Isaías 60), inmediatamente añadió esto que aquí se ha leído: El Espíritu del Señor está sobre mí. No porque el Señor Dios tenga un Señor Dios, sino porque según la dispensación de la carne asumida dice las cosas que son humildes. A quien ya el salmista había dicho: Has amado la justicia y odiado la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Salmo 44). Pues cuando se mencionan compañeros, entiende la naturaleza de la carne, por la cual Dios nos tiene como compañeros de su sustancia. Y porque era una unción espiritual, y de ninguna manera del cuerpo humano, como fue en los sacerdotes de los judíos, por eso se recuerda que fue ungió más que sus compañeros, es decir, que los demás santos. Cuya unción se cumplió en aquel tiempo, cuando fue bautizado en el Jordán, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, y permaneció en él. Fue ungió, pues, con el óleo espiritual y con la virtud celestial, para que regara la pobreza de la condición humana con el tesoro de la resurrección eterna, quitara la cautividad de la mente, iluminara la ceguera de las almas. Bienaventurados, dice, los pobres, porque vuestro es el reino de Dios (Lucas 6). Y de nuevo: Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres (Juan 8). Y de nuevo: El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Ibid.).

Para liberar a los quebrantados en remisión. Para predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución. El sacrificio, dice, a Dios, es un espíritu quebrantado, un corazón contrito y humillado Dios no desprecia (Salmo 50). Y por eso se dice enviado o ungido para sanar a los quebrantados o contritos de corazón; según lo que también el salmista dice de él: El que sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas (Salmo 146). O ciertamente liberar a los quebrantados en remisión a aquellos que habían sido oprimidos por el pesado e insoportable yugo de la ley, y admitirlos en la remisión de la gracia espiritual. Y esto mismo es predicar el año aceptable del Señor. Entonces, en verdad, el verdadero año del Jubileo, es decir, el tiempo de la libertad, el tiempo, evidentemente, de la iglesia, que en el cuerpo peregrina lejos del Señor. De lo cual el salmista canta: Bendecirás la corona del año de tu bondad (Salmo 64). Pues no solo aquel en el que el Señor predicaba fue aceptable, sino también este en el que predica el Apóstol diciendo: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (2 Corintios 6). Después del año aceptable del Señor, también predica el día de la retribución final, diciendo: Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según sus obras (Mateo 16). Para anunciar, pues, todas estas cosas, dice que ha sido enviado, porque el Espíritu del Señor está sobre él.

Y cuando enrolló el libro, lo devolvió al ministro, y se sentó. El Señor leyó el libro a todos los que estaban presentes escuchando, pero lo devolvió enrollado al ministro. Porque como él mismo testimonia en otro lugar, cuando estaba en el mundo, habló abiertamente al mundo, enseñando siempre en la sinagoga y en el templo, donde todos los judíos solían reunirse. Pero al regresar a las cosas celestiales, a aquellos que desde el principio lo vieron, y fueron ministros de la palabra, les entregó el oficio de evangelizar. Y bien, de pie leyó, pero después de devolver el libro se sentó. Porque estar de pie es de quien obra; sentarse, de quien descansa o juzga. Porque el Señor Jesucristo, para abrirnos el camino del conocimiento que estaba escrito sobre él, se dignó obrar en la carne por un tiempo. Pero cumplido el oficio de la piadosa dispensación, eligió discípulos seguidores de su doctrina, y se restituyó al trono de la quietud celestial, desde donde ahora dispensa todas las cosas con juicio oculto, y al final de los tiempos aparecerá manifiestamente como juez. Al mismo tiempo proponiendo mística enseñanza, para que cada predicador de la palabra sea también su ejecutor. Levántese, lea, y siéntese: esto es, obre, predique, y así espere las recompensas del descanso. Y es de notar que él mismo leyó el libro desenrollado, pero lo devolvió enrollado al ministro. Porque también a su iglesia, enviado por el Padre el espíritu de verdad, la enseñó en toda verdad, y sin embargo advertía con su ejemplo que no todas las cosas deben decirse a todos, sino que el doctor debe dispensar la palabra según la capacidad de los oyentes, cuando dice: Muchas cosas tengo que decir, pero no las podéis llevar ahora.

Y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos. En verdad se ha cumplido, porque, como había predicho: Y el Señor hacía grandes cosas, y mayores evangelizaba. ¿Qué mayor testimonio buscamos, que el que él mismo, que habló en los profetas, lo confirmó con su propia voz? Removiendo los sacrilegios de los infieles, que dicen que hay un Dios del Antiguo Testamento y otro del Nuevo, o que dicen que el principio de Cristo es de la Virgen. ¿Cómo comenzó de la Virgen, quien antes de la Virgen hablaba?

Y todos daban testimonio de él, y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca. Le daban testimonio, atestiguando que verdaderamente, como había dicho, él era de quien cantaron los profetas, verdaderamente ungido con la gracia del Espíritu Santo, verdaderamente ellos, pobres, ciegos, cautivos, y quebrantados, necesitaban en todo de sus dones.

Y decían: ¿No es este el hijo de José? ¡Cuánta ceguera de los nazarenos, que a quien en palabras y hechos reconocen como Cristo, lo desprecian solo por el conocimiento de su linaje! Sin embargo, su error es nuestra salvación, y la condenación de los herejes. Pues tanto veían al hombre Jesucristo, que lo llamaban hijo de José, y según otros evangelistas, carpintero, o hijo de carpintero. Entre lo cual hay que observar por qué Cristo, apareciendo en la carne, quiso ser llamado hijo de carpintero, o incluso carpintero. Y con sano entendimiento hay que sentir que también por esto enseñó que él es hijo de aquel que antes de los siglos, como creador de todo, en el principio creó Dios el cielo y la tierra. Pues aunque las cosas humanas no deben compararse con las divinas, el tipo es completo, porque el padre de Cristo obra con fuego y espíritu. De donde también de él, como hijo de carpintero, su precursor dice: Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Lucas 2). Quien en la gran casa de este mundo fabrica vasos de diverso género. Más bien, los vasos de ira, ablandándolos con el fuego del espíritu, los convierte en vasos de misericordia. De donde bien Malaquías, cuando decía de parte del Padre: He aquí que envío a mi ángel, y preparará el camino delante de mí, y de repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, después de unas pocas palabras añadió y dijo: Y se sentará fundiendo y purificando la plata, y purificará a los hijos de Leví, y los refinará como oro y como plata. Pero los judíos, ignorantes de este sacramento, desprecian las obras de la virtud divina por la contemplación de la prosapia carnal, como no solo aparece por sus palabras precedentes, sino también por las palabras del Señor que siguen cuando se añade:

Y les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo: cuántas, etc. La insana perfidia de ellos, aunque sin saberlo, confiesa la sana fe, que llama al Señor Cristo carpintero y médico. Porque verdaderamente es carpintero, ya que todo fue hecho por Él. Es médico, porque todo fue restaurado por Él en los cielos y en la tierra. Y como Él mismo testifica de sí: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Marcos II). Y ya que hemos dicho con qué instrumento fabrica, digamos también con qué género de medicina usa. Al pasar vio a un ciego de nacimiento, escupió en la tierra, e hizo lodo con la saliva, lo untó sobre sus ojos, y le dijo: Ve, lávate en el estanque de Siloé, que se interpreta ENVIADO. Fue, pues, y se lavó, y regresó viendo (Juan IX). Reconoce, pues, el modo de la gran medicina, y alégrate porque por ella mereciste ser iluminado. El lodo de la tierra es la carne de Cristo. La saliva de la boca es su divinidad, porque la cabeza de Cristo es Dios. La saliva mezclada con el lodo nos ilumina en el estanque de Siloé, bautizados, porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria (Juan I), la cual antes, al ser rechazados por las tinieblas, no podíamos comprender. Por el carpintero Cristo fuiste creado, para que existieras. Por el médico Cristo fuiste recreado, para que después de las heridas estuvieras sano. Quien, por los ciudadanos que se burlan, es advertido de curarse a sí mismo, es decir, de hacer virtudes en su patria, pero no sin razón es excusado por otro evangelista, porque no podía hacer allí ninguna virtud, salvo que curó a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos. Y se maravillaba por la incredulidad de ellos. No sea que alguien piense que el afecto por la patria debe sernos más vil. Amaba, pues, a los ciudadanos, pero ellos se privaban de la caridad patria por envidia.

Dijo además: En verdad os digo que ningún profeta es acepto en su patria. Que el Señor Cristo es llamado profeta en las Escrituras, lo testifica Moisés, quien dice: Profeta os levantará vuestro Dios de entre vuestros hermanos como a mí (Deut. XVIII). No solo Él, que es la cabeza y Señor de los profetas, sino también Elías, Jeremías, y los demás profetas, fueron considerados de menor importancia en su patria que en las ciudades lejanas. Porque es casi natural que los ciudadanos siempre envidien a sus conciudadanos. No consideran las obras presentes del hombre, sino que recuerdan su frágil infancia, como si ellos mismos no hubieran llegado a la madurez a través de los mismos grados de edad.

En verdad os digo, muchas viudas había en los días de Elías en Israel cuando se cerró el cielo por tres años, etc. No (dice) que al retirar los beneficios divinos de los ciudadanos fastidiosos, se opongá a las gestas de los profetas. Porque así como, cuando el hambre oprimía toda la tierra, no se encontró en Judea a nadie digno de hospedar a Elías, sino que se buscó a una viuda de una nación extranjera, que por la gracia de la fe debía ser visitada por tan gran profeta, y así como entre muchos leprosos allí, solo Naamán el sirio, porque lo buscó devotamente, mereció ser curado por el profeta Eliseo, aquí también vosotros, no por otra causa que por envidia y perfidia, seréis privados del don supremo. Si examinas las obras de los profetas, y ya alegóricamente, encontrarás que el Señor en la perfidia de su patria, que no lo recibió, señaló la soberbia de los judíos. Y con el nombre de Cafarnaúm, que se interpreta campo de consolación, predijo la salvación de las naciones, donde diariamente se realizan mayores signos por los apóstoles y los sucesores de los apóstoles, no tanto en la sanación de cuerpos como de almas. Por lo tanto, la viuda a la que fue enviado Elías, designa a la Iglesia de las naciones, que, abandonada por su Creador durante mucho tiempo, nutría al pueblo ignorante de la fe recta, como a un hijo pobre, con una escasa limosna, es decir, enseñaba con la palabra sin fruto, hasta que llegó la palabra profética, que, con el vellón de Israel seco, ya que la puerta del cielo estaba cerrada, se encontraba en peligro de hambre en Judea, se alimentaba allí y alimentaba, y era recibido por los creyentes, y alimentaba a los creyentes. Por lo cual, bien se dice que esta misma viuda estaba en Sarepta de Sidón. Sidón, en efecto, significa caza inútil; Sarepta, incendio o angustia de pan. Porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V). Donde se dedicaba el cuidado a adquirir cosas superfluas, como si se tratara de una caza, donde el incendio de la sed terrible y la angustia del pan espiritual se hacían antes, allí se bendice con la boca profética la harina y el aceite, es decir, el fruto y la alegría de la caridad, o la gracia del cuerpo del Señor y la unción del crisma, se fecundaban con el don inagotable de la palabra celestial. En cuyos vasos hasta ahora no falta el aceite de la alegría espiritual y la harina de la bendición, mientras que las demás naciones que no creen, miserables por la falta de pan divino, se dedican a una caza inútil. Pues también ella, bellamente, antes de morir, testifica que quiere recoger dos leños para hacer el pan místico, no solo con el nombre de leño, sino también con el número de leños expresando el signo de la cruz, por el cual se nos ha preparado el pan de la vida eterna.

Y muchos leprosos había en Israel bajo el profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio. Como la historia es conocida, es necesario que brevemente indiquemos el misterio. Y este Naamán el sirio, que se interpreta como hermoso, demuestra al pueblo de las naciones, antes manchado por la lepra de la perfidia y los crímenes, pero purificado de toda inmundicia de mente y cuerpo por el sacramento del bautismo. Quien, aconsejado por la joven cautiva, es decir, por la gracia de la inspiración suprema, que las naciones arrebataron a los judíos que no podían conservarla, es advertido de esperar la salvación, se le ordena lavarse siete veces. Porque ciertamente solo el género de bautismo, que regenera por el Espíritu Santo, salva. Por lo cual, con razón se recuerda que su carne, después del baño, apareció como la carne de un niño pequeño. Ya sea porque la gracia materna engendra a todos los bautizados en Cristo en una sola infancia, o más bien se entiende que ese niño es aquel de quien se ha dicho: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado (Isaías IX). Al cuyo cuerpo, por el bautismo, toda la descendencia de los creyentes se une. Y para que supieras que aquí se prefiguraron todos los sacramentos del bautismo, en el cual se nos ordena renunciar a Satanás, confesar la fe, Naamán niega que ofrecerá sacrificios a dioses ajenos, sirviendo en todo solo al Señor. También se alegra de llevar consigo una parte de la tierra santa, porque los bautizados deben ser confirmados también con la participación del cuerpo del Señor. Con razón, pues, Naamán, cuyo cuerpo es lavado con agua, y su pecho con

fe, es decir, el pueblo de las naciones, se antepone a los judíos, que están cubiertos de la lepra de la contumacia. Con razón, la viuda de Sarepta, es decir, la Iglesia, deseando ser alimentada con el leño de la cruz, mientras los judíos perecen de hambre de la palabra, es recreada con el pan del cuerpo sacrosanto y la unción del Espíritu vivificante. Y se prueba que el Señor no negó los dones de las virtudes a los ciudadanos por su impotencia, sino por la envidia de ellos, y con este ejemplo, finalmente, toda la nación, no porque no fuera amada, sino porque ella misma no amaba ser amada, fue abandonada por Él, dispersando a los doctores de allí por todo el mundo para la salvación de las naciones. Pero lo que el Señor dijo de los judíos, ellos mismos lo testifican de sí mismos con sus hechos. Pues sigue:

Y todos en la sinagoga se llenaron de ira al oír estas cosas, y se levantaron, y lo echaron fuera de la ciudad. Los sacrilegios de los judíos, que mucho antes el Señor había predicho por el profeta, diciendo: Me pagaban mal por bien (Salmo XXXIV), enseña que se han cumplido en el Evangelio. Pues mientras Él difundía beneficios entre los pueblos, ellos le infligían injurias. No es de extrañar que perdieran la salvación, quienes echaron al Salvador de sus fronteras. Porque el Señor, que enseñó con su ejemplo a sus apóstoles a ser todo para todos, no rechaza a los que no quieren, ni ata a los que no quieren, ni se resiste a los que lo echan, ni falta a los que lo ruegan. Así, en otro lugar, dejó a los gerasenos cuando no podían soportar sus virtudes, como a enfermos e ingratos. Al mismo tiempo, entiende que no fue por necesidad, sino por voluntad propia la pasión del cuerpo; ni fue capturado por los judíos, sino ofrecido por sí mismo. Porque cuando quiere, es capturado, cuando quiere, escapa, cuando quiere, es colgado, cuando quiere, no es retenido.

Y lo llevaron, dice, hasta el borde del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarlo. Pero Él, pasando por en medio de ellos, se fue. ¡Oh herencia peor que la del maestro de los discípulos! El diablo tienta al Señor con la palabra, los judíos con el hecho. Aquel dice, Lánzate; estos intentan lanzarlo. Y ciertamente el Señor había subido al borde del monte para ser despeñado, pero pasando por en medio de ellos, con la mente de los furiosos cambiada o aturdida de repente, descendió, prefiriendo aún sanarlos que perderlos, para que, viendo frustrados los comienzos de su maldad, desistieran de pedir su muerte en adelante. Pues aún no había llegado la hora de la pasión, que no sería en cualquier sábado, sino en la víspera de la Pascua. Aún no había llegado al lugar de la pasión, que no sería en Nazaret, sino en Jerusalén, figurado por la sangre de las víctimas. Ni había elegido el género de muerte, que desde el principio del mundo se había proclamado que sería crucificado. No quiso, pues, ser despeñado por los nazarenos, ni ser apedreado por los de Jerusalén, ni ser asesinado entre los niños de Belén por Herodes, ni ser consumado por otra muerte. Porque, ¿qué indicio de potestad real habría en tal muerte, con el cual se armara la frente de los fieles? Pero solo se esperó el estandarte de la cruz, cuya figura, tanto con el rápido movimiento de la mano derecha contra las tentaciones del maligno enemigo, como con la misma figura, podría tener el tipo de la monarquía singular. Para que, como el Apóstol exponiendo el triunfo de la cruz, dice: En el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Filipenses II). Esto es porque las cimas de esa misma cruz se extienden hacia los cielos, sus partes inferiores alcanzan los infiernos, y sus brazos cubren la tierra.

Y descendió a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, y allí les enseñaba en sábado. Mira la clemencia del Señor Salvador: ni movido por la indignación, ni ofendido por el crimen, ni violado por la injuria, abandona Judea; más aún, olvidando la injuria, pero recordando la clemencia, ahora enseñando, ahora liberando, ahora sanando, acaricia los corazones del pueblo en la fe. Pero que en los sábados frecuentemente otorga los dones de su medicina y enseñanza, enseña que no está bajo la ley, sino sobre la ley, quien también vino a cumplir la misma ley, no a abolirla, ni a elegir el sábado judío, en el cual no se permite encender fuego, ni mover la

mano o el pie, sino el verdadero sábado y el descanso amado por el Señor, si, dedicándonos a la salvación de las almas, nos abstenemos de la obra servil, es decir, de todas las cosas ilícitas.

Y se asombraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad. La palabra del maestro se hace con autoridad cuando realiza lo que enseña. Pues quien con sus actos destruye sus propias palabras, es despreciado. Contra lo cual el Apóstol instruyendo al maestro dice: Que nadie desprecie tu juventud (I Tim. IV). Singularmente, el Señor y principalmente solo habló con buena autoridad, porque no cometió ninguna mala debilidad. De la potencia de la divinidad tuvo lo que nos ministró por la inocencia de su humanidad. De otra manera, su palabra era con autoridad, o como dice otro evangelista, enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Porque los escribas daban al pueblo los preceptos que habían aprendido por la ley. Pero Él, como autor y cumplidor de la ley, libremente sustituyó, ya sea cambiando o aumentando lo que parecía menos.

Y en la sinagoga había un hombre que tenía un demonio inmundo. Bien en la sinagoga había un hombre que tenía un espíritu inmundo, porque había perdido el Espíritu Santo. Pues el diablo había entrado de donde Cristo había salido. Así como también ahora algunos dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás.

Y exclamó con gran voz diciendo: Déjanos, ¿qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno? Un poco (dice) deja de atormentarme, con quien no hay sociedad con nuestro engaño. Y verdaderamente: ¿Qué participación tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué comunión tiene Cristo con Belial? (II Cor. VI.)

¿Has venido a destruirnos? Sé que tú eres el Santo de Dios. Esta no es una confesión de voluntad, que sigue con la recompensa de confesar, sino una extorsión de necesidad que obliga a los no dispuestos. Y como si los siervos fugitivos, después de mucho tiempo, vieran a su señor, no piden otra cosa que no sean azotes, así también los demonios, al ver al Señor de repente en la tierra, creían que había venido a juzgarlos. La presencia del Salvador es tormento para los demonios.

Y Jesús lo reprendió diciendo: Cállate, y sal de él. Porque por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sab. II), por eso contra el mismo autor de la muerte primero debía operar la medicina de la salvación: primero cerrar la lengua serpentina, para que no esparciera más veneno; y luego curar a la mujer que fue la primera seducida, de la fiebre de la concupiscencia carnal; tercero, al hombre, que escuchó las palabras de su esposa que mal aconsejaba, ser castigado por la lepra de su error. Para que el mismo orden de restauración que había sido de caída, estuviera en este evangelista.

Y cuando el demonio lo arrojó en medio, salió de él, y no le hizo daño. Por permiso divino, el hombre que iba a ser liberado del demonio es arrojado en medio, para que la virtud del Salvador manifestada invite a más a la fe y al camino de la salvación. Pero lo que se dice, Y no le hizo daño, parece contradecir a Marcos, quien dice: Y el espíritu inmundo, desgarrándolo, y clamando con gran voz, salió de él (Marcos I). A menos que entendamos que Marcos dijo, Desgarrándolo, lo que Lucas dijo: Y cuando lo arrojó en medio, para que lo que siguió diciendo: Y no le hizo daño, se entienda que esa agitación de los miembros y esa vexación no lo debilitó, como suelen salir los demonios incluso con algunos miembros amputados o arrancados. Por lo cual, con razón, por tan íntegra restitución de la salud, los que estaban presentes, aunque aún no creyentes, decían entre sí:

Porque con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen. Porque expulsar demonios también los hombres santos pueden, pero en la palabra de Dios, pero el mismo Verbo de Dios opera virtudes con su propia autoridad.

Levantándose de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba enferma con grandes fiebres. Si decimos que el hombre liberado del demonio significa moralmente el alma purgada de la inmunda cogitación, consecuentemente la mujer afligida por las fiebres, pero curada al mandato del Señor, muestra la carne frenada del fervor de la concupiscencia por los preceptos de la continencia. Porque toda amargura, ira, indignación, clamor y blasfemia, es el furor del espíritu inmundo. Pero la fornicación, inmundicia, lujuria, mala concupiscencia y avaricia, que es idolatría (Efesios IV), entiende como la fiebre de la carne seductora.

Y le rogaron por ella. Y estando sobre ella, reprendió a la fiebre, y la dejó. A veces el Salvador, rogando, a veces cura a los enfermos espontáneamente, mostrando que también contra las pasiones de los pecados siempre concede a las súplicas de los fieles, y da a entender lo que ellos mismos no entienden en sí, o da a entender lo que no entienden, o incluso lo que no entienden, lo deja. Según lo que el salmista pide: ¿Quién entiende sus propios errores? Límpiame de mis ocultos, Señor (Salmo XVIII).

Y al instante, levantándose, les servía. Es natural que los que tienen fiebre, al comenzar la salud, se sientan débiles, y sientan la molestia de la enfermedad, pero la salud que se confiere por el mandato del Señor, regresa toda a la vez. No solo regresa, sino que también con tanta fuerza acompañante, que inmediatamente puede servir a quienes la ayudaron, y, según las leyes de la tropología, los miembros que sirvieron a la inmundicia para iniquidad, para que fructificaran para muerte, sirvan a la justicia para vida eterna (Rom. VI).

Cuando el sol se puso, todos los que tenían enfermos con diversas enfermedades, los llevaban a Él. Y Él, imponiendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba. La puesta del sol significa la pasión y muerte de aquel que dijo: Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Y al ponerse el sol, más endemoniados que antes, más enfermos son sanados. Porque quien temporalmente viviendo en la carne enseñó a pocos judíos, al pisar el reino de la muerte, transmitió a todas las naciones del mundo los dones de la fe y la salvación. A cuyos ministros, como heraldos de vida y luz, el salmista canta: Preparad camino al que asciende sobre el ocaso (Salmo LXVII). Porque el Señor asciende sobre el ocaso, porque de donde cayó en la pasión, de allí manifestó mayor su gloria resucitando.

También salían demonios de muchos, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y reprendiéndolos, no les permitía hablar, porque sabían que Él era el Cristo. Los demonios confesaban al Hijo de Dios, y atestiguando el evangelista, sabían que Él era el Cristo. Porque a quien el diablo conoció como hombre, fatigado por el ayuno de cuarenta días, y no podía tentar, si también era el Hijo de Dios, ahora por el poder de los signos, o lo entendió, o más bien sospechó que era el Hijo de Dios. No persuadió, pues, a los judíos a crucificarlo porque pensó que no era el Cristo o el Hijo de Dios, sino porque no previó que por su muerte sería condenado. Verdaderamente, sobre este misterio oculto desde los siglos, dice el Apóstol: Que ninguno de los príncipes de este siglo lo conoció; porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II). ¿Por qué, pues, el Señor prohíbe a los demonios hablar de Él? El salmista lo manifiesta, quien dice: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras mis justicias? (Salmo XLIX) y lo demás: para que nadie, al oír al que predica, siga al que yerra. Porque el diablo es un maestro improbo, que a menudo mezcla lo falso con lo verdadero, para que con la apariencia de verdad cubra el testimonio del fraude. De otra

manera, no solo los demonios que confesaban a la fuerza son mandados a callar sobre Cristo, sino también aquellos que sanados por Él querían confesarlo voluntariamente. Incluso los mismos apóstoles, que después de la resurrección lo iban a predicar por todo el mundo, antes de su pasión se les ordena callar completamente sobre Él, para que, al ser predicada su majestad divina, no se difiriera la dispensación de la pasión, y, al diferirse la pasión, se negara la salvación del mundo que por esta iba a ser.

Hecho el día, salió y fue a un lugar desierto, y las multitudes lo buscaban, y llegaron hasta Él. Si con el ocaso del sol se expresa la muerte del Señor, ¿por qué no con el regreso del día se indica su resurrección? Cuya luz manifestada es buscada por las multitudes de creyentes, y hallado en el desierto de las naciones, es retenido para que no se vaya. Máxime cuando esta primera salida, búsqueda e invención del sábado, en el cual se celebró la resurrección, ocurrió.

CAPÍTULO V.

Factum est autem, cuando las multitudes se agolpaban sobre él para escuchar la palabra de Dios, que él estaba junto al lago de Genesaret. El lago de Genesaret es lo mismo que el mar de Galilea o el mar de Tiberíades. El mar de Galilea se llama así por la provincia adyacente, y el mar de Tiberíades por la ciudad cercana, que antes se llamaba Chennereth, pero que fue restaurada por Herodes el tetrarca y llamada Tiberíades en honor a Tiberio César. Además, Genesaret se dice por la naturaleza del lago mismo, que con sus aguas ondulantes se dice que genera una brisa para sí mismo, en griego, como si generara una brisa para sí mismo. Pues el agua no se extiende como en un estanque, sino que es agitada por frecuentes brisas, es dulce al gusto y apta para beber. Pero, según la costumbre de la lengua hebrea, toda congregación de aguas, ya sea dulce o salada, se llama mar. Este lago, con el Jordán fluyendo a través de él, se extiende ciento cuarenta estadios de largo y cuarenta de ancho. Por lo tanto, el estanque o mar representa el presente siglo, y el Señor está junto al mar, después de haber vencido la mortalidad de la vida pasajera, alcanzando en la carne en la que sufrió la estabilidad de la paz perpetua. La reunión de multitudes hacia él es un tipo de las naciones que concurren en la fe. De las cuales Isaías dice: "Y fluirán hacia él todas las naciones, y muchos pueblos irán y dirán: Venid y subamos al monte del Señor" (Isaías II).

Y vio dos barcas junto al lago. Las dos barcas junto al lago representan la circuncisión y el prepucio. Se dice que Jesús las vio bien, porque en ambos pueblos el Señor conoce a los que son suyos. Y lleva sus corazones de las olas de este siglo a la tranquilidad de la vida futura, como a la solidez de la orilla, viviendo, es decir, evitando misericordiosamente.

Los pescadores habían descendido y lavaban las redes. Los pescadores son los doctores de la Iglesia, que nos atrapan en la red de la fe y nos elevan del abismo a la luna, como los peces a la orilla, así nos llevan a la tierra de los vivos. Pues así como las redes de los pescadores están entrelazadas, así las palabras de los predicadores no dejan escapar a aquellos que han capturado en la fe. Por eso las redes se llaman así, como reteniendo. Pero estas redes a veces se lanzan para la captura, a veces se lavan y se pliegan, porque no todo tiempo es apto para la doctrina, sino que a veces la lengua del doctor debe ejercitarse, a veces debe ocuparse de sí mismo.

Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que la apartara un poco de la tierra. Y sentado, enseñaba a las multitudes desde la barca. La barca de Simón es la Iglesia primitiva, de la cual Pablo dice: "Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la

circuncisión, obró también en mí entre los gentiles" (Gálatas II). Bien llamada una, porque "la multitud de los creyentes era un solo corazón y una sola alma" (Hechos IV). Desde la cual enseñaba a las multitudes, porque desde la autoridad de la Iglesia enseña hasta hoy a las naciones.

Cuando cesó de hablar, dijo a Simón: "Lleva mar adentro y echad vuestras redes para pescar". Lo que primero rogó a Simón que apartara la barca un poco de la tierra, significa o bien que se debe usar moderadamente la palabra con las multitudes, para que no se les enseñen cosas terrenales, ni se alejen tanto de las cosas terrenales hacia las profundidades de los sacramentos que no las entiendan en absoluto, o bien que primero se debe predicar a las naciones de las regiones cercanas, para que lo que dice nuevamente a Pedro: "Lleva mar adentro y echad vuestras redes para pescar", se refiera a las naciones más remotas a las que después se predicó.

Y respondiendo Simón, le dijo: "Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada. Pero en tu palabra echaré la red".—"Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican" (Salmo CXXVI). Si el Señor no ilumina el corazón de los oyentes, el doctor trabaja en la noche. Si en la palabra de la gracia suprema no se lanzan los instrumentos de las disputas, en vano lanza el predicador el dardo de su voz. Porque la fe de los pueblos no proviene de la sabiduría de la palabra compuesta, sino del don de la vocación divina.

Y habiéndolo hecho, encerraron una gran cantidad de peces. Pero se rompía la red de ellos. La red se rompía por la multitud de peces, porque ahora, en la confesión de la fe, incluso con los elegidos entran tantos reprobos, que incluso desgarran la misma Iglesia con herejías. Pero la red se rompe, pero el pez no se escapa, porque el Señor guarda a los suyos incluso entre los escándalos de los perseguidores.

E hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que vinieran y les ayudaran. La otra barca (como dijimos antes) es la Iglesia de los gentiles, que también se llena de elegidos, porque el Señor conoce a los que son suyos, y con él está seguro el número de sus elegidos. Y como no encontró tantos en Judea que creyeran, como sabía que estaban predestinados a la fe y a la vida eterna, buscando como si fuera otro receptáculo para sus peces, también llena los corazones de los gentiles con la gracia de la fe. Y bien se llama a la barca compañera cuando se rompe la red, porque antes Judas el traidor, antes Simón el Mago, peces malísimos, fueron capturados, antes Ananías y Safira intentaban entrar subrepticamente en la red de la fe, antes, como testimonia Juan, "muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él" (Juan VI). Y después Bernabé y Pablo fueron separados para el apostolado de los gentiles (Hechos XIII).

Y vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. La plenitud de estas barcas crece hasta el fin del siglo. Pero que llenas se hundan, es decir, son presionadas en el hundimiento (no sumergidas, pero sí en peligro), el Apóstol lo explica, diciendo: "En los últimos días habrá tiempos peligrosos, y los hombres serán amadores de sí mismos", etc. (II Tim. III). Pues hundirse las barcas es que los hombres, en el siglo, de donde fueron elevados por la fe, recaen por la depravación de las costumbres. Así como el mismo Pedro, aún en su debilidad, lo demuestra en este lugar. De donde sigue:

Cuando lo vio Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador". Porque los carnales en la Iglesia de alguna manera rechazan el gobierno de los espirituales, en quienes principalmente se manifiesta la persona de Cristo. No es que con la voz de la lengua digan a los buenos ministros de Dios que se aparten de

ellos, sino que con la voz de sus costumbres y acciones les persuaden a retirarse, para no ser gobernados por los buenos, y cuanto más les rinden honor, sin embargo, con sus hechos les advierten que se aparten, como Pedro significó la honorabilidad de ellos, cayendo a los pies del Señor; pero sus costumbres en lo que dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador". Pero como el Señor no lo hizo, no se apartó de ellos, sino que los llevó a la orilla con las barcas, significa que en los hombres buenos y espirituales no debe haber esta voluntad, de que, movidos por los pecados de las multitudes, para vivir más seguros y tranquilos, abandonen el oficio eclesiástico.

Y Jesús dijo a Simón: "No temas". El Señor conforta el temor de los carnales y levanta los ánimos de los frágiles. Consolando los eleva, para que nadie, temblando por la conciencia de su culpa o asombrado por la inocencia de otros, tema emprender el camino de la santidad. Lo que sigue,

"Y desde ahora serás pescador de hombres", se refiere especialmente a Pedro. Pues el Señor le explica qué significa esta captura de peces. Que él, así como ahora con las redes pesca peces, así alguna vez con las palabras capturará hombres. Y todo el orden de este hecho muestra lo que diariamente se lleva a cabo en la Iglesia, de la cual él tiene el tipo. Lo que se añade:

Y llevando las barcas a tierra, dejándolo todo, le siguieron, puede significar el fin del tiempo, cuando de este tipo de oleaje los que se adhieran a Cristo se retirarán completamente. Pero se debe saber que esta no es la misma lección que Mateo y Marcos narran, cuando cuentan que el Señor llamó primero a Pedro y Andrés, luego a los hijos de Zebedeo, desde las barcas de pescadores. Pues Lucas no insinúa que ahora fueron llamados por el Señor, sino que solo a Pedro se le predijo que sería pescador de hombres. Lo cual no se dijo como si ya nunca más fuera a pescar peces. Pues incluso después de la resurrección del Señor leemos que pescaron. De donde se entiende que volvieron a la pesca de peces como de costumbre, para que después sucediera lo que narran Mateo y Marcos, cuando los llamó de dos en dos. Entonces, no llevando las barcas a tierra como si tuvieran cuidado de regresar, sino que le siguieron como a quien llama y manda que le sigan.

Y sucedió que, estando en una de las ciudades, he aquí un hombre lleno de lepra. Y viendo a Jesús, postrándose sobre su rostro, le rogó diciendo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Bien, donde se limpia al leproso, no se expresa un lugar específico, para mostrar que no fue un solo pueblo de alguna ciudad especial, sino que todos los pueblos fueron sanados. Y porque el Señor dice: "No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla" (Mateo V), aquel que era excluido por la ley, presumiendo ser purificado por el poder del Señor, juzgaba que la gracia estaba por encima de la ley, que podía lavar la mancha del leproso. Pero así como en el Señor se declara la autoridad del poder, así en él se declara la constancia de la fe. Él se postra sobre su rostro, lo cual es de humildad y vergüenza, para que cada uno se avergüence de las manchas de su vida. Pero la confesión no fue reprimida por la vergüenza, mostró la herida, pidió el remedio. Y esta misma confesión está llena de religión y fe. "Si quieres", dice, "puedes limpiarme". En la voluntad del Señor atribuye el poder. Pero de la voluntad del Señor no dudó como incrédulo de la piedad, sino que, consciente de su suciedad, no presumió.

Y extendiendo la mano, lo tocó diciendo: "Quiero, sé limpio". Y al instante la lepra se fue de él. No hay nada intermedio entre la obra de Dios y el mandato, porque en el mandato está la obra. En efecto, "dijo, y fueron hechas". Ves, por lo tanto, que no se puede dudar de que la voluntad de Dios es poder. Si, pues, su voluntad es poder, quienes afirman una sola voluntad,

afirman ciertamente un solo poder. Así que, como teniendo el poder de sanar, y la autoridad de mandar, no rehuyó el testimonio de obrar. Dice "Quiero", por Fotino; manda, por Arrio; toca, por Maniqueo. Y la ley prohíbe tocar a los leprosos, pero quien es Señor de la ley, no obedece a la ley, sino que hace la ley. No, pues, lo tocó porque no pudiera limpiarlo sin tocarlo, sino para probar que no estaba sujeto a la ley, ni temía el contagio como los hombres, sino que, como no podía ser contaminado quien liberaba a otros, la lepra huía al toque del Señor, que solía contaminar al que tocaba. Y al mismo tiempo, lo admirable es que sanó de la misma manera en que fue suplicado: "Si quieres, puedes limpiarme". "Quiero", dice, "sé limpio". Tienes la voluntad, tienes también el efecto de la piedad.

Y él le mandó que no lo dijera a nadie. ¿Por qué se le manda no decirlo a nadie, sino para enseñar que no debemos divulgar nuestros beneficios, sino ocultarlos? para que no solo nos abstengamos de la recompensa del dinero, sino también de la gracia.

Y ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación, como mandó Moisés, en testimonio para ellos, etc. Se le manda mostrarse al sacerdote, para que el sacerdote entienda que no fue curado por el orden de la ley, sino por la gracia de Dios por encima de la ley; pero ofrecer sacrificio, para mostrar que el Señor no abolía la ley, sino que la cumplía: quien caminando según la ley, sanaba por encima de la ley a aquellos que los remedios de la ley no habían sanado. Y bien añadió "En testimonio para ellos", es decir, si creen en Dios, si la lepra de la impiedad se aleja. Si a alguien le preocupa cómo el Señor parece aprobar el sacrificio mosaico, cuando la Iglesia no lo ha recibido, recuerde que aún no había comenzado el sacrificio santo de los santos, que es su cuerpo. Pues aún no había ofrecido en la pasión su holocausto. No convenía, pues, quitar los sacrificios significativos antes de que lo que se significaba fuera confirmado por el testimonio de los apóstoles predicando y la fe de los pueblos creyentes. Pero como este hombre tipifica a la humanidad enferma por los pecados, correctamente no solo se describe como leproso, sino lleno de lepra. Pues todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos III). Aquella, para que, extendida la mano del Salvador, es decir, encarnado el Verbo de Dios, tocando la naturaleza humana, sean limpiados de la variedad del error antiguo, y puedan escuchar con los apóstoles: "Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan XV); y que, habiendo sido abominables por mucho tiempo, separados de los campamentos del pueblo de Dios, puedan ya ser devueltos al templo y ofrecidos al sacerdote, a aquel a quien se dice: "Tú eres sacerdote para siempre" (Salmo CIX), escuchando del Apóstol: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo" (I Corintios III); y ofrezcan por su purificación como mandó Moisés, es decir, "presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Romanos XII).

Pero más se divulgaba la fama de él, y se reunían grandes multitudes para oírle y ser curadas de sus enfermedades. La perfecta salvación de uno lleva a muchas multitudes al Señor. Pues para que él mismo se mostrara exterior e interiormente sanado, no calla el beneficio recibido ni siquiera por mandato de aquel de quien lo recibió. Más bien, como narra Marcos, cumpliendo el oficio de evangelista, "inmediatamente salió y comenzó a proclamar y difundir la palabra, de modo que ya no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que estaba fuera en lugares desiertos, y venían a él de todas partes" (Marcos I). Por lo cual se pregunta con razón qué significa que el Señor mandó ocultar algunas cosas que hizo, y no pudieron ocultarse ni por un momento. ¿Acaso el Hijo unigénito, coeterno con el Padre y el Espíritu Santo, tuvo en esto una voluntad que no pudo cumplir? Pero se debe notar que nuestro Redentor, a través de su cuerpo mortal, todo lo que hizo, nos lo ofreció como ejemplo de acción. Pues haciendo un milagro y mandando que se callara, y sin embargo no pudo callarse. Para que sus elegidos, siguiendo los ejemplos de su doctrina, en las grandes cosas que hacen tengan la voluntad de permanecer ocultos, pero para que beneficien a otros, sean revelados a

pesar de sí mismos: de modo que sea de gran humildad que deseen que sus obras se callen, y de gran sublimidad que sus obras no puedan callarse. No, pues, el Señor quiso que algo se hiciera y no pudo, sino que dio ejemplo de doctrina sobre lo que sus miembros deben querer, y lo que de ellos se hará incluso en contra de su voluntad.

Pero él se retiraba a lugares desiertos y oraba. Que se retire a orar, no lo atribuyas a la naturaleza que dice, "Quiero, sé limpio", y curaba de las enfermedades, sino a la que extendiendo la mano tocó al leproso: no porque, según Nestorio, haya una doble persona del Hijo, sino porque de la misma persona, así como hay dos naturalezas, así también hay dos operaciones. De otra manera: que haga milagros en la ciudad, pero en el desierto o en el monte (como se lee más adelante) pase la noche orando, nos muestra los documentos de ambas vidas, la activa y la contemplativa, para que ni por el estudio de la contemplación alguien descuide el cuidado de los prójimos, ni por el cuidado de los prójimos, excesivamente obligado, abandone los estudios de la contemplación: para que ni el amor de Dios sea impedido por el amor del prójimo, ni el amor del prójimo, porque lo trasciende, sea rechazado por el amor de Dios. Pues orar en el monte es, dejando las preocupaciones de las cogitaciones débiles, apresurarse con toda la mente a los gozos eternos de la contemplación suprema. Retirarse al desierto y orar es reprimir el ruido que surge internamente de los deseos terrenales, y buscar un cierto secreto con el Señor dentro de uno mismo, donde con el tumulto exterior cesando, hable silenciosamente a través de los deseos internos.

Y sucedió en uno de los días, y él estaba sentado enseñando, y estaban sentados los fariseos, etc. Donde el Señor enseñó sentado cuando, estando los escribas y fariseos sentados, curó al paralítico, Lucas lo omite por brevedad, pero Mateo y Marcos que lo narran parecen plantear una cuestión. Pues Mateo testimonia que lo hizo en su ciudad, y Marcos en Capernaum. Lo cual sería más difícil de resolver si Mateo también nombrara Nazaret. Ahora bien, o la misma Galilea en la que estaba Nazaret debe entenderse como la ciudad de Cristo, para distinguirla de la región transmarina de los Gerasenos, de donde, cruzando, como escribe Mateo, había venido a Galilea. O ciertamente la misma Capernaum es llamada ciudad de Cristo, que no por nacimiento, sino por ilustrarla con virtudes, él mismo la hizo suya.

Y he aquí unos hombres que llevaban en una camilla a un hombre que estaba paralítico, y buscaban introducirlo y ponerlo delante de él. La curación de este paralítico indica la salvación del alma que, después de una larga inercia de la carne, suspira por Cristo. Que primero de todo necesita ministros que la levanten y la lleven a Cristo, es decir, buenos doctores que sugieran la esperanza de sanación y la ayuda de la intercesión. Que bien, según narra Marcos, se encuentran que eran cuatro, ya sea porque toda la virtud de los predicadores, toda palabra, se fundamenta en los cuatro libros del Evangelio, o porque hay cuatro virtudes por las cuales la confianza de la mente se eleva para merecer la salvación. De las cuales se dice en la alabanza de la sabiduría eterna: "Porque enseña la sobriedad y la sabiduría, y la justicia y la virtud, de las cuales nada es más útil en la vida de los hombres" (Sabiduría VIII). Que algunos llaman con nombres cambiados, prudencia, fortaleza, templanza y justicia.

Y no encontrando por dónde introducirlo a causa de la multitud, subieron al techo por las tejas. Desean ofrecer al paralítico a Cristo, pero la multitud interpuesta los cierra por todas partes. Porque a menudo el alma, después de la desidia del cuerpo inferior, volviendo a Dios y deseando ser renovada por el remedio de la gracia suprema, es retardada por el obstáculo de la costumbre antigua. A menudo, entre las mismas dulzuras de la oración secreta, y como un suave coloquio con el Señor, la multitud de pensamientos interviene y corta la visión de la mente, para que Cristo no sea visto. ¿Y qué se debe hacer entre esto? No permanecer en lo bajo exteriormente donde la multitud bulle, sino subir al techo de la casa donde Cristo

enseña, es decir, se debe buscar la sublimidad de la Sagrada Escritura, y meditar la ley del Señor con el salmista día y noche. ¿En qué corrige el joven su camino? "En guardar", dice, "tus palabras" (Salmo CXVIII).

Y lo bajaron con la camilla al medio, delante de Jesús. El enfermo es bajado ante Jesús al abrirse el techo, porque al desvelarse los misterios de las Escrituras se llega al conocimiento de Cristo, es decir, se desciende a su humildad con la piedad de la fe. Y bien se describe la casa de Jesús cubierta de tejas, porque bajo el despreciable velo de las letras, si hay un doctor que lo desvele, se encontrará la divina virtud de la gracia espiritual. Que sea bajado con la camilla significa que Cristo debe ser conocido por el hombre aún constituido en esta carne.

Al ver su fe, dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. El Señor, al curar al hombre de la parálisis, primero disuelve las ataduras de los pecados, para mostrar que debido a los lazos de las culpas, es condenado a la disolución de los miembros, y que no puede ser sanado con la recuperación de los miembros a menos que estos sean liberados. Así también al paralítico que junto a la piscina probática esperaba en vano el movimiento del agua, el Señor le dice, una vez sanado: Mira, has sido sanado, no peques más, para que no te suceda algo peor (Juan V). Y bien se llama hombre a aquel a quien se le perdonan los pecados, porque por el hecho de ser hombre, no podría decir: No he pecado, y al mismo tiempo para que se entienda que quien perdonaba al hombre era Dios. Es digno de observar cuánto vale la fe propia de cada uno ante Dios, donde tanto valió la ajena, que todo el hombre, es decir, exterior e interiormente ya salvado, se levantó de repente, y por el mérito de otros, a otros se les perdonaron los errores.

Y comenzaron a pensar los escribas y fariseos, diciendo: ¿Quién es este que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios? Dicen bien los escribas, porque nadie puede perdonar pecados sino Dios, quien también perdona a través de aquellos a quienes otorga el poder de perdonar. Y por eso Cristo es probado verdaderamente como Dios, porque puede perdonar pecados como Dios. Dan testimonio verdadero de Dios, pero al negar la persona de Cristo, se equivocan. Así erran los judíos, que aunque creen que Cristo es Dios y puede perdonar pecados, no creen que Jesús sea el Cristo. Pero mucho más erran los arrianos, que aunque, vencidos por las palabras del Evangelio, no se atreven a negar que Jesús es el Cristo y puede perdonar pecados, sin embargo, no temen negar que es Dios. Pero él, deseando salvar a los infieles, se manifiesta como Dios tanto por el conocimiento de lo oculto como por la virtud de sus obras.

Respondiendo, les dijo: ¿Qué pensáis en vuestros corazones? Al mismo Dios que dice: Yo soy, yo soy el que borra tus iniquidades (Isaías XLIII), el orador más sabio dice: Porque tú solo conoces los corazones de todos los hijos de los hombres (III Reyes VIII). Por tanto, dice, con la misma majestad y poder con que observo vuestros pensamientos, puedo también perdonar los delitos a los hombres. Entended, pues, vosotros, qué obtiene el paralítico.

¿Qué es más fácil decir, Tus pecados te son perdonados, o decir, Levántate y anda? Si los pecados del paralítico han sido perdonados, solo lo sabía quien los perdonaba. Pero Levántate y anda, tanto el que se levantaba como los que lo veían levantarse podían aprobarlo. Se hace, por tanto, un signo carnal para probar lo espiritual.

Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados. Si es Dios, según el testimonio mencionado de Isaías, que borra nuestras iniquidades (Salmo L), y el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados (Mateo IX), entonces él mismo es tanto Dios como Hijo del Hombre, para que Cristo, siendo hombre, pueda perdonar

pecados por el poder de su divinidad, y el mismo Dios, Cristo, pueda morir por los pecadores por la fragilidad de su humanidad.

Dijo al paralítico: A ti te digo, levántate; toma tu camilla y vete a tu casa. Espiritualmente, levantarse de la camilla es apartar el alma de los deseos carnales, donde yacía enferma. Tomar la camilla es privar a la carne misma, corregida por las riendas de la continencia, de los placeres terrenales con la esperanza de las recompensas celestiales. Pues la misma camilla que cada noche es lavada por David, es decir, castigada con el digno río de penitencia por las manchas de cada culpa. Pero al tomar la camilla y regresar a casa, es volver al paraíso. Esa es la verdadera casa, que primero acogió al hombre, no perdida por derecho, sino por fraude, y finalmente restaurada por aquel que no debía nada al enemigo fraudulento. De otra manera. El que estaba enfermo y ahora está sano lleva la camilla a casa, cuando el alma, habiendo recibido el perdón de los pecados, se refiere a la custodia interna de sí misma con el mismo cuerpo, para que después del perdón no cometa algo por lo que nuevamente sea justamente herida.

Y al instante, levantándose delante de ellos, tomó la camilla en la que yacía, y se fue a su casa glorificando a Dios, etc. Maravillosa es la virtud del poder divino, donde sin ninguna demora de tiempo, la salvación acompaña rápidamente la orden del Salvador. Con razón, los que estaban presentes, condenando los dardos de la blasfemia, convierten sus corazones asombrados en alabanza de tan gran majestad.

Y después de esto salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado en el telonio, y le dijo: Sígueme. El mismo Leví que es Mateo, pero Lucas y Marcos, por respeto y honor al evangelista, no quisieron poner el nombre común. Pero Mateo, según lo que está escrito, El justo es acusador de sí mismo (Proverbios XVIII), al principio de su discurso se llama a sí mismo Mateo y publicano: para mostrar a los lectores que nadie debe desconfiar de la salvación una vez convertido, ya que él mismo fue transformado de publicano a apóstol, de recaudador de impuestos a evangelista de repente. Y dejando todo, se levantó y lo siguió. Mateo, entendiendo lo que es seguir verdaderamente al Señor, lo sigue dejando todo. Seguir es imitar. Por eso, para poder seguir a Cristo pobre no tanto con el paso como con el afecto, dejó lo propio quien solía tomar lo ajeno, y dándonos la forma perfecta de renunciar al mundo, no solo dejó las ganancias de los impuestos, sino que también despreció el peligro que podría venir de los príncipes del mundo, porque dejó las cuentas de los impuestos incompletas y desordenadas. Pues fue llevado por tal deseo de seguir al Señor, que en nada en absoluto de esta vida se reservó para sí mismo ni consideración ni pensamiento. Por lo cual, con justa recompensa, mientras diligentemente abandona los negocios humanos, mereció ser fiel dispensador de los talentos del Señor.

Y Leví le hizo un gran banquete en su casa. Quien recibe a Cristo en su morada interior, se alimenta con las máximas delicias de placeres superiores. Así que el Señor entra con gusto, y se recuesta en el afecto de quien ha creído, y este es el banquete espiritual de buenas obras, del cual el pueblo rico carece, y el pobre se deleita.

Y había una gran multitud de publicanos y otros que estaban con ellos reclinados. Habían visto al publicano convertido de los pecados a mejores cosas, encontrar lugar para la penitencia, y por eso ellos mismos no desesperan de la salvación.

Y murmuraban los fariseos y sus escribas, diciendo a sus discípulos: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Mientras los publicanos conviven con el Señor, los fariseos murmurando se glorían en el ayuno. Aquí primero se declara cuánta es la distancia

entre la ley y la gracia. Porque los que siguen la ley, padecen el hambre de una mente ayuna eternamente. Pero los que han recibido la palabra en el interior del alma, recreados con los alimentos celestiales y la abundancia de la fuente, no pueden tener hambre ni sed. Luego se prefigura la especie de la futura retribución, cuando los elegidos que banquetean con Cristo, la perfidia de los soberbios será atormentada con ayuno. A quienes se les dice, Las prostitutas y los publicanos os precederán en el reino de Dios (Mateo XXI). Que si por la elección de Mateo se expresa la fe de los gentiles que antes anhelaban las ganancias del mundo, pero ahora con devota diligencia alimentan el cuerpo de Cristo, ciertamente la altivez de los fariseos insinúa la envidia de los judíos, que se atormentan por la salvación de los gentiles.

Y respondiendo Jesús, les dijo: No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Reprende a los escribas y fariseos, que creyéndose justos, evitaban la compañía de los pecadores. Pues él mismo se llama médico, quien con un maravilloso modo de curar, fue herido por nuestras iniquidades, y por su llaga fuimos sanados (Isaías LIII). Llama sanos y justos a aquellos que, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se someten a la justicia de Dios, que presumiendo de la ley, no buscan la gracia del Evangelio. Por otro lado, llama enfermos y pecadores a aquellos que, vencidos por la conciencia de su fragilidad, y viendo que no pueden ser justificados por la ley, se someten a la gracia de Cristo arrepintiéndose. Donde al mismo tiempo se muestra que los publicanos no vinieron a Jesús permaneciendo en sus antiguos vicios, como murmuraban los fariseos y escribas, sino haciendo penitencia: y el mismo Jesús se dignó asistir a los banquetes de los pecadores para tener ocasión de enseñar, y ofrecer a sus anfitriones alimentos espirituales. Finalmente, aunque frecuentemente se describe que va a un banquete, no se refiere a otra cosa, sino a lo que hizo allí, lo que enseñó, para que se muestre tanto la humildad del Señor al ir a los pecadores, como el poder de su doctrina en la conversión de los penitentes.

Pero ellos le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan frecuentemente, y hacen oraciones, y de igual manera los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben? Mateo relata que los mismos discípulos de Juan dijeron esto al Salvador, de donde se evidencia que ambos, unidos, lo cuestionaron con esta pregunta. Donde los discípulos de Juan son especialmente reprobables no solo por la jactancia de su ayuno, sino porque calumniaban lo que sabían que había sido predicado por su maestro, y se unían a los fariseos que sabían que habían sido condenados por él. Espiritualmente, los discípulos de Juan y de los fariseos ayunan, pero los de Cristo comen y beben, porque ya sea que alguien siga las obras de la ley o las tradiciones de los hombres, o incluso el mismo anuncio de Cristo, percibiéndolo solo con el oído del cuerpo, absteniéndose de los bienes espirituales, se marchita con un corazón ayuno. Pero quien se incorpora con amor fiel a los miembros de Cristo, no puede ayunar, porque se alimenta de su carne y sangre. De otra manera: Juan no bebía vino ni licor, el Señor come y bebe con publicanos y pecadores, porque aquel aumenta su mérito con la abstinencia, a quien no le falta el poder de la naturaleza: pero el Señor, a quien naturalmente le correspondía perdonar los delitos, ¿por qué habría de evitar a aquellos a quienes podía hacer más puros que los abstinentes? Pero Cristo también ayunó, para que no te apartaras del precepto. Comió con los pecadores, para que vieras la gracia, reconocieras el poder.

A los cuales él mismo dijo: ¿Podéis hacer ayunar a los hijos del esposo mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán días, y cuando el esposo les sea quitado, entonces ayunarán en aquellos días. El esposo es Cristo, la esposa es la Iglesia. De este santo y espiritual matrimonio, los apóstoles son creados. Por eso bien el evangelista Marcos los llama hijos de las bodas, no solo del esposo, sino también de la esposa, queriendo dar a entender que por el lavacro de la regeneración, han sido asumidos al derecho de la generación divina. Quienes no

pueden ayunar ni llorar mientras ven al esposo en el tálamo, y saben que él está con la esposa. Pero cuando pasen las bodas, y llegue el tiempo de la pasión y resurrección, entonces los hijos del esposo ayunarán. Pero Lucas no dice como los demás: ¿Pueden los hijos del esposo o de las bodas ayunar o llorar, sino que dice: ¿Podéis hacer ayunar a los hijos del esposo (Lucas V)? elegantemente insinuó que los mismos que hablaban serían los que harían que los hijos del esposo ayunaran llorando, porque ellos serían los que matarían al esposo. Es de notar que este luto por la ausencia del esposo no solo se celebra ahora, es decir, después de la muerte y resurrección del mismo esposo, sino también antes de su encarnación durante todo el tiempo de este siglo. Pues los primeros tiempos de la Iglesia antes del parto de la Virgen tuvieron santos que deseaban la venida de la encarnación de Cristo. Estos tiempos, desde que ascendió al cielo, tienen santos que desean su manifestación para juzgar a vivos y muertos. Ni aquí el deseable luto de la Iglesia ha descansado en algún momento, sino mientras estuvo aquí con sus discípulos en la carne. Según las leyes de la tropología, se debe saber que mientras el esposo está con nosotros, y estamos en alegría, no podemos ayunar ni llorar. Pero cuando él se haya alejado y volado de nosotros por los pecados, entonces se debe imponer el ayuno, entonces se debe recibir el luto.

Decía también una parábola a ellos: Nadie pone un remiendo de vestido nuevo en vestido viejo. De lo contrario, el nuevo lo rompe, y al viejo no le conviene el remiendo del nuevo. Cuando el Señor fue preguntado por qué sus discípulos no ayunaban, respondió que aquellos que aún son carnales, y no están fortalecidos en la fe de su pasión y resurrección, no pueden soportar los preceptos más severos de ayuno y continencia, para que por una excesiva austeridad, no pierdan incluso la fe que parecen tener. Por tanto, aún llama a sus discípulos como vestiduras viejas, a las que inadecuadamente se les cose un remiendo nuevo, es decir, alguna parte de la doctrina que pertenece a la templanza de la nueva vida. Porque si esto se hace, también la misma doctrina de alguna manera se rasga, cuya parte que vale para el ayuno de los alimentos se transmite inoportunamente. Cuando enseña el ayuno general no solo de la concupiscencia de los alimentos, sino de toda alegría de las delectaciones temporales, cuyo remiendo, es decir, alguna parte que se refiere a los alimentos, dice que no debe ser impartida a los hombres aún dados a la antigua costumbre. Porque también de allí parece hacerse una rasgadura, y no conviene a la misma vejez.

Y nadie pone vino nuevo en odres viejos, de lo contrario el vino nuevo rompe los odres, y se derrama, y los odres se pierden. Pero el vino nuevo debe ser puesto en odres nuevos, y ambos se conservan. También los compara a odres viejos, que dice que se romperían más fácilmente con el vino nuevo, es decir, con los preceptos espirituales, que poder contenerlo. Pero serán ya odres nuevos, cuando después de la ascensión del Señor, renovados por el deseo de su consuelo orando y esperando. Entonces recibieron el Espíritu Santo, con el cual llenos, cuando hablaban en todas las lenguas, fue dicho por los judíos que no sabían, pero sin embargo atestiguaban verdaderamente, que estos están llenos de mosto. Pues ya conocía el vino nuevo en odres nuevos, es decir, el fervor del Espíritu Santo había llenado los corazones espirituales. De otra manera. Se debe tener cuidado el doctor, de no confiar los secretos de los nuevos misterios a un alma aún no renovada, sino que permanece en la vejez de la malicia.

Y nadie que bebe el viejo, quiere enseguida el nuevo, porque dice, El viejo es mejor. Significa a los judíos, a quienes, imbuidos con la saliva de la vida vieja, los preceptos de la nueva gracia les resultaban insípidos. Porque ciertamente manchados por las tradiciones de los mayores, no podían percibir la dulzura de las palabras espirituales.

CAPÍTULO VI.

Algunos de los fariseos les decían: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado? Otros evangelistas narran que esto fue más bien objetado al mismo Señor. Pero ya sea que se dijera a ellos, a sus discípulos, o a ambos por varios acusadores (pues ningún evangelista pudo escribir falsedades), sin embargo, porque cualquier cosa que hagan los discípulos se refiere a aquel cuyo magisterio siguen en sus acciones, inmediatamente él, según lo que dice Isaías: "Y juzgará con equidad por los mansos de la tierra" (Isa. XI), vence a los falsos defensores de la ley con verdaderos ejemplos de los santos. Pues dice:

¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que estaban con él, cómo entró en la casa de Dios y tomó los panes de la proposición, y comió, y dio a los que estaban con él, los cuales no es lícito comer sino solo a los sacerdotes? La historia de los Reyes narra que el bienaventurado David, evitando las insidias de Saúl, vino a Abimelec, el sacerdote, en Nob, y pidió alimentos para él y los suyos. Pero el sacerdote, al no tener panes comunes, al saber primero que los jóvenes habían estado limpios de mujeres desde ayer y anteayer, no dudó en darle los panes consagrados, considerando mejor, como dice el profeta: "Misericordia quiero y no sacrificio" (Mat. IX), liberar a los hombres del peligro del hambre que ofrecer sacrificio a Dios. Pues la ofrenda que agrada a Dios es la salvación de los hombres. Por lo tanto, el Señor se opone a los fariseos calumniadores y dice: Si tanto David, el santo, como Abimelec, el pontífice, no son reprendidos por vosotros, pero ambos transgredieron el mandato de la ley con una excusa razonable, y el hambre es la causa, ¿por qué no aprobáis la misma hambre en los apóstoles que aprobáis en los demás? Aunque en esto hay mucha diferencia, estos frotan espigas en sábado con la mano, aquellos comieron panes levíticos, y se acercaban a la solemnidad del sábado. Pues los panes de la proposición se cocían antes del sábado, y el sábado por la mañana se ofrecían y se colocaban sobre la mesa sagrada, doce en total, enfrentados entre sí, con dos copas de oro llenas de incienso encima. Permanecían hasta el siguiente sábado, y entonces se llevaban otros en su lugar, y aquellos se entregaban a los sacerdotes. Y al quemarse el incienso en el fuego sagrado en el que solían hacerse todos los holocaustos, se añadía otro incienso sobre los otros doce panes. En la hora en que David llegó, tomando los panes consagrados, mostró figurativamente que el alimento sacerdotal pasaría al uso de los pueblos. Ya sea porque todos debemos imitar la vida sacerdotal, o porque todos los hijos de la Iglesia son sacerdotes. Pues somos ungidos en un sacerdocio santo, ofreciéndonos a nosotros mismos a Dios como sacrificios espirituales.

Y les decía, que el Hijo del Hombre es Señor incluso del sábado. Si, dice, David, el rey, alimentado con comida sacerdotal, es excusable, y según la fe de otro Evangelio, los sacerdotes que violan el sábado por el ministerio del templo están libres de culpa, cuánto más el Hijo del Hombre, que es el verdadero rey y verdadero sacerdote, y por lo tanto es Señor del sábado, no está sujeto a la culpa de arrancar espigas en sábado.

Sucedió también en otro sábado, que entró en la sinagoga y enseñaba, y había allí un hombre cuya mano derecha estaba seca. En los sábados, especialmente, el Señor enseña en la sinagoga y realiza milagros, no solo para insinuar el sábado espiritual, sino también por la más concurrida reunión del pueblo en ese día. A quien entonces, según la antigua institución de los Padres, era costumbre, quien era mandado por la ley a descansar del trabajo, dedicarse a leer y escuchar las Escrituras. Según lo que en los Hechos de los Apóstoles habla Santiago. Pues Moisés desde tiempos antiguos tiene quienes lo prediquen en las sinagogas, donde se lee cada sábado. Pues así como aquellos cuya arte es cazar, donde han aprendido que abundan las fieras, los peces y las aves, allí tienden principalmente sus redes: así también el Señor siempre enseñó en la sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se reunían, queriendo que todos se salvaran y llegaran al conocimiento de la verdad. El hombre que tenía la mano seca indica al género humano marchito por la infertilidad de las buenas obras, pero curado

por la misericordia del Señor. Su mano derecha, que en el primer padre, mientras arrancaba el fruto del árbol prohibido, se secó, por la gracia del Redentor, mientras extendía sus manos inocentes en el árbol de la cruz, fue restaurada a la salud con el jugo de las buenas obras. Y bien estaba la mano seca en la sinagoga, porque donde el don de la ciencia es mayor, allí es más grave el peligro de la culpa inexcusable.

Pero los escribas y fariseos lo observaban para ver si curaría en sábado, para encontrar de qué acusarlo. Porque la destrucción del sábado que argüían en los discípulos, el maestro la había excusado con un ejemplo razonable, ahora quieren calumniar al mismo maestro observándolo, para que si cura en sábado, lo acusen de transgresión, si no cura, de crueldad o debilidad.

Pero él conocía sus pensamientos, etc. Esto es lo que leemos: "El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos" (Sal. XCIII). Y lo que sigue: "Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y de tu ley le enseñas" (Ibid.). Se dice de aquellos que aprendieron que la ley cumplida por Cristo no nos prescribe un sábado carnal, sino espiritual.

Jesús les dijo: Os pregunto, ¿es lícito en sábado hacer el bien o el mal? El Señor, previniendo la calumnia de los judíos que con mente pérfida le preparaban, los reprende porque violaron los preceptos de la ley con una interpretación torcida, pensando que en sábado incluso de las buenas obras se debía descansar, cuando la ley manda abstenerse de las malas diciendo: "No haréis en él obra servil" (Lev. XXIII), es decir, pecado: "Porque todo el que hace pecado, es esclavo del pecado" (Juan VIII). Con el mismo precepto, al mismo tiempo, prefigurando la forma del siglo futuro en el presente, donde los que hicieron el bien durante las seis edades de este siglo, en el séptimo descanso solo de los males, no tendrán también descanso de los bienes. Pues aunque las obras seculares cesen, no es ocioso el acto de la buena obra en descansar en la alabanza de Dios.

Salvar un alma, o perderla. Esto es, curar a un hombre, o no. Es lo mismo que había dicho antes: Hacer el bien, o el mal. No que Dios, sumamente bueno, pueda ser autor de mal o perdición para nosotros, sino que su no salvar, según la costumbre de la Escritura, se dice perder. Así como se dice que endureció el corazón de Faraón, no porque lo blando lo endureciera, sino porque, por méritos precedentes, endurecido, no quiso misericordiosamente ablandarlo. Y nosotros cuando rogamos, "no nos dejes caer en la tentación" (Mat. VI), añadiendo inmediatamente: "mas líbranos del mal" (Ibid.), claramente se nos enseña que su no inducir en tentación no es otra cosa que librar del mal; su perder un alma es no hacerla salva de la perdición. Si a alguien le mueve por qué el Señor, cuando iba a curar el cuerpo, preguntó sobre la salvación del alma, entienda que el alma, según el uso de las Escrituras, se pone por el hombre, como se dice: "Estas son las almas que salieron del muslo de Jacob" (Éx. I); o que hacía esos milagros por la salvación del alma, o que la misma sanación de la mano significaba la salvación del alma, que cesando de las buenas obras (como dije antes), parecía tener de algún modo la mano derecha seca.

Y mirando a todos, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió, y su mano fue restaurada. Se ordena extender la mano seca para ser sanada, porque la debilidad infructuosa del alma no se cura mejor que con la largueza de las limosnas. De donde Juan el Bautista, a las turbas que le preguntaban qué debían hacer para no ser echadas al fuego como árboles secos, solo les mandó esto: "El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene, y el que tiene comida, haga lo mismo" (Luc. III). Y en el Eclesiástico se dice: "Hijo, no sea tu mano extendida para recibir, y cerrada para dar" (Eclo. IV). Pues en vano extiende la mano a Dios para rogar por los pecados, quien no la extiende para dar beneficio a la viuda que lo pide.

Pero ellos se llenaron de insensatez, y hablaban entre sí qué harían a Jesús. Gran insensatez, ciertamente, que aquellos que más necesitaban salvación, tomaran consejo sobre la muerte del Salvador. Se muestra cuánto se esfuerzan en la maldad, cuando incluso esto consideran un crimen, que a su palabra el que estaba enfermo extendiera la mano sana. Como si alguno de ellos no hubiera hecho mayores cosas en sábado, llevando alimentos, ofreciendo el cáliz, y ejecutando otras cosas necesarias para el sustento. Pues quien "dijo y fueron hechas", no podía ser convencido de haber trabajado en sábado.

Sucedió en aquellos días que salió al monte a orar. No todo el que ora sube al monte. Pues hay una oración que hace pecado. Pero quien ora bien, quien busca a Dios orando, este, progresando de lo terrenal a lo superior, asciende a la cumbre de una preocupación más elevada. Pero quien preocupado por las riquezas, o por el honor del siglo, o ciertamente por la muerte de un enemigo, suplica, este, yaciendo en lo más bajo, envía a Dios oraciones viles. Pero el Señor ora, no para suplicar por sí mismo, sino para obtener por mí. Pues aunque el Padre ha puesto todo en poder del Hijo, el Hijo, sin embargo, para cumplir la forma del hombre, considera que debe suplicar al Padre por nosotros, porque es nuestro abogado: "Tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo" (I Juan II). Si es abogado, debe interceder por mis pecados. No ora, pues, como débil, sino como piadoso. ¿Quieres saber cuánto puede hacer todo lo que quiere? Es tanto abogado como juez. En uno, es el oficio de la piedad; en el otro, es el signo del poder.

Y pasaba la noche en oración a Dios. Se te prescribe una forma que debes emular. ¿Qué debes hacer por tu salvación, cuando por ti Cristo pasa la noche en oración? ¿Qué te conviene hacer cuando quieres emprender alguna obra de piedad, cuando Cristo, antes de enviar a los apóstoles, primero se preocupó por orar? ¿Quieres saber que oró por mí, no por sí mismo?

Y cuando se hizo de día, dice, llamó a sus discípulos, y eligió a doce de ellos. Donde se debe notar que la Escritura evangélica y apostólica no solo llama discípulos de Cristo a esos doce, sino también a todos los que, creyendo en él, eran instruidos por su magisterio para el reino de los cielos. Pues discípulos se llaman de "aprender", de cuya multitud eligió a quienes él quiso.

A quienes también llamó apóstoles. Apóstoles en griego, en latín se dice enviados. Cuyo sacramento exponiendo con el nombre el evangelista Marcos, dice: "E hizo que fueran doce con él, y para enviarlos a predicar el Evangelio". Y el mismo Señor dice: "Como el Padre me envió, yo os envío". Bien son elegidos doce, para que la salvación del mundo que predicarían con la palabra, también la encomendaran mística con su número. Pues tres veces cuatro, es el decoro del dipondio (sic). De aquí es lo que también dije antes, cuando en el tipo de la Iglesia Salomón, al construir el templo al Señor, hizo también el mar de bronce, en el que se lavaban los sacerdotes, y lo puso sobre doce bueyes, de los cuales tres miraban al norte, tres al occidente, tres al sur, y tres al oriente, insinuando figurativamente que los apóstoles y los sucesores de los apóstoles, con la fe y confesión de la santa Trinidad, purgarían de la mancha del pecado todas las regiones del mundo cuadrado.

A Simón, a quien llamó Pedro, y a Andrés su hermano. No ahora por primera vez le dio a Simón el sobrenombre de Pedro, sino mucho antes, cuando llevado a él por su hermano Andrés, al mirarlo dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás, tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro" (Juan I). Pero cuando Lucas, queriendo enumerar los nombres de los doce apóstoles, tenía que decir Pedro, quiso brevemente insinuar que no se llamaba así antes, sino que el Señor lo había llamado así, aunque no entonces, sino cuando Juan puso las mismas

palabras del Señor, haciendo atentos a los oyentes. Pues si se llamara así antes, no verías el misterio de la piedra, pensando que se llamaba así por casualidad, no por la providencia de Dios. Por eso quiso que primero se llamara de otro modo, para que de la misma mudanza del nombre, se recomendara la vivacidad del Sacramento. Así pues, Pedro en latín, lo que en siríaco es Cefas, y en ambas lenguas el nombre deriva de piedra, sin duda de aquella de la que Pablo dice: "La piedra era Cristo" (I Cor. X). Pues así como la verdadera luz, Cristo, concedió a los apóstoles que se llamaran luz del mundo, así también a Simón, que creía en la piedra, Cristo, le otorgó el nombre de Pedro. A cuya etimología aludiendo en otro lugar dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mat. XVI). Violentamente, pues, algunos buscando una etimología hebrea para un nombre latino o griego, dicen que Pedro se interpreta como disolviendo, o descalzando, o reconociendo: cuando tanto la exposición del Evangelio de Juan que mencioné, como la misma lengua hebrea, que no suena en absoluto la letra P, testifican que este nombre no es hebreo. Pues abusivamente escribiendo Fetrum por Petrum, como también Faulum por Paulum, y Filatum por Pilatum, añaden violentamente una falsa interpretación a un nombre ficticio. Simón, sin embargo, se interpreta obediente. Por su parte, Andrés es un nombre griego, ἀνδρῶν, esto es, de varón, se llama varonil. Con los cuales nombres, los primeros de los apóstoles son decorados, quienes pronto, al conocer al cordero de Dios por Juan, se preocuparon por verlo y escucharlo. Lo que Simón se interpreta poniendo tristeza o escuchando tristeza, se refiere a aquel tiempo cuando, después de la resurrección, al ver al Señor, dejó la tristeza de su muerte o de su negación, pero escuchó inmediatamente la tristeza de su propia muerte, diciendo el Señor: "Pero cuando envejecas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras" (Juan XXI).

A Jacobo, y a Juan, a Felipe, y a Bartolomé, a Mateo y a Tomás. Lucas, con acierto y reverencia, en el catálogo de los apóstoles llama a Mateo por su nombre usual, pero en la primera vocación del telonio, como advertí antes, prefirió llamarlo Leví. El mismo Mateo, según está escrito: "Di tus iniquidades, para que seas justificado"; y manifiestamente se llama a sí mismo Mateo, llamado del telonio, y en el orden de los apóstoles se nombra publicano, pero también se pone a sí mismo después de su compañero Tomás, aunque los otros evangelistas lo ponen antes. Jacobo y Juan, que por su eminente virtud y ánimo fueron llamados por el Señor hijos del trueno, esto es, βρονταῖς, o como se escribe más correctamente, banereem. Y no en vano. Uno de ellos, tronando desde lo celestial, emitió aquella voz teológica que nadie antes sabía pronunciar: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios", etc. (Juan I). Que dejó tan preñada de fuerza, y si hubiera querido tronar un poco más, ni el mundo mismo podría contenerlo. Pero ambos merecieron ser llevados a menudo aparte por el Señor, y a veces percibir un sonido terrible desde la nube: "Este es mi hijo amado". También llevaron nombres antiguos muy apropiados a sus méritos. Jacobo significa suplantador. Juan, en quien está la gracia, o gracia del Señor. Pues aquel se alegró de suplantar el cuidado de la carne cuando el Señor lo llamó, y de despreciar la misma carne cuando Herodes lo decapitó. Este, por la gracia de un amor especial que había merecido por su gloria virginal, recostó sobre el pecho de su redentor en la cena. Felipe se interpreta boca de lámpara. Y con razón, porque llamado por el Señor, pronto al encontrar a Natanael, predicó la luz que había reconocido diciendo: "Aquel de quien escribié Moisés en la ley y los profetas, hemos hallado a Jesús, hijo de José de Nazaret" (Juan I). Y después, lo que sentía que sabía menos de la luz, lo preguntó suplicante: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta" (Juan XIV). Bartolomé es siríaco, no hebreo, y se interpreta hijo del que suspende las aguas, esto es, Hijo de Dios. Que suspende las mentes de sus predicadores a contemplar lo celestial, para que cuanto más libremente vuelen a lo alto, tanto más fértilmente embriaguen los corazones terrenales con las gotas de sus dichos. De donde

bien Moisés, hablando mística de la Iglesia, dice: "Porque la tierra a la que entras para poseerla no es como la tierra de Egipto, de la cual saliste, donde sembrado el grano, se conducen las aguas como en un huerto, sino que espera lluvias del cielo, la cual Dios visita en todo tiempo". Pues la sabiduría secular, como una serpiente, se arrastra por el suelo, pero la divina truena desde lo celestial. Mateo se dice donado, evidentemente, porque por un gran don del Señor fue delegado del telonario publicano al oficio de apóstol y evangelista. Tomás, abismo o gemelo. De donde también en griego se llama Dídimo, porque cuanto más tiempo dudó que los demás, tanto más profundamente aprendió la verdad de la resurrección del Señor. De quien bellamente cantó Paulino, obispo de Nola: "Este, dudoso con mente temerosa, por nuestra fe permitió que dudara, para que nosotros, fortalecidos por este guía, temblando confesemos que Jesús vive después de la muerte, mostrando en su verdadero cuerpo las heridas de su carne viva".

Jacobum Alphaei, y Simón, llamado el Zelote. Los nombró con un añadido para distinguirlos de Jacobo Zebedeo y Simón Pedro, o incluso de Judas el traidor. Pues Juan muestra que también a este Simón se le llamaba así, cuando dice: "Y después de mojar el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote". Y Jacobo, hijo de Alfeo, es el que en el Evangelio se llama hermano del Señor, porque María, esposa de Alfeo, era hermana de María, madre del Señor, a quien Juan el evangelista llama María de Cleofás. Tal vez porque el mismo Alfeo también fue llamado Cleofás, o porque María, tras la muerte de Alfeo después de haber nacido Jacobo, se casó con Cleofás. La historia eclesiástica relata que Simeón, hijo de este matrimonio, siendo primo del Señor, ya que Cleofás era hermano de José, gobernó la Iglesia de Jerusalén después de Jacobo, ya fuera este apóstol Simón o cualquier otro Simeón. Y porque Jacobo, hijo de Alfeo, fue llamado con razón "hijo del docto", los apóstoles lo ordenaron obispo de Jerusalén inmediatamente después de la pasión del Señor. Hegesipo, historiador cercano a los tiempos de los apóstoles, testifica que él, diciendo: "Jacobo, hermano del Señor, llamado el Justo, asumió la Iglesia de Jerusalén después de los apóstoles". Muchos se llaman Jacobo, pero este fue llamado santo desde el vientre de su madre, no bebió vino ni licor, no comió carne, nunca fue afeitado ni ungido con aceite, ni usó baño. Solía entrar en el Santo de los Santos. No usaba vestiduras de lana, sino de lino, y entraba solo en el templo, y con las rodillas fijas oraba por el pueblo. Tanto que se creía que sus rodillas habían adquirido la dureza de los camellos. Simón el Zelote es también Simón el Cananeo del pueblo de Caná de Galilea, donde el Señor convirtió el agua en vino. Pues Caná significa celo, y Cananeo se interpreta como Zelote.

Judas de Jacobo, y Judas Iscariote, que fue el traidor. Y para distinguirlos, duplicó los nombres. Uno de ellos, como él mismo escribe en la Epístola católica, es hermano de Jacobo, y también fue llamado Tadeo. El otro, ya sea por el pueblo donde nació o por la tribu de Isacar, tomó el nombre que presagiaba su condenación. Pues Isacar, que significa "recompensa", insinúa el precio de la traición. Iscariote, que se interpreta como "memoria de la muerte", lo acusa de no haber sido persuadido repentinamente, sino de haber meditado durante mucho tiempo el crimen de la traición al Señor. No fue elegido entre los apóstoles por imprudencia, sino por providencia. ¡Cuánta es la verdad, que ni siquiera un adversario como ministro la debilita! ¡Cuánta es la moralidad del Señor, que prefirió que su juicio se pusiera en peligro entre nosotros antes que su afecto! Pues asumió la fragilidad humana, y por eso no rechazó estas partes de la debilidad humana. Quiso ser abandonado, quiso ser traicionado, quiso ser entregado por su apóstol, para que tú, abandonado por un compañero, traicionado por un compañero, soportes moderadamente haber errado en tu juicio, haber perdido un beneficio.

Y descendiendo con ellos, se detuvo en un lugar llano, y una multitud de sus discípulos, y una gran multitud de gente. El Señor, al elegir a los apóstoles, subió a las montañas, pero al enseñar a las multitudes, regresó a las llanuras, porque las multitudes solo pueden ver a Cristo en la humildad. Pues esta es la norma que siguió el Apóstol cuando dijo: "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo, os di leche para beber, no alimento. Porque aún no podíais, y ni siquiera ahora podéis" (1 Cor. III). Los apóstoles, según Mateo, se narran como más perfectos, y fueron enseñados en la montaña con la boca abierta del Salvador. Si alguien quiere investigar más diligentemente a ambos evangelistas, puede entender que cuando en la montaña eligió a doce discípulos de entre muchos, a quienes también llamó apóstoles, lo que Mateo omitió, entonces tuvo el discurso que Mateo intercaló y Lucas calló, es decir, en la montaña. Y luego, cuando descendió, en el lugar llano tuvo otro discurso similar, del cual Mateo calla, Lucas no calla, y ambos discursos se concluyen de la misma manera.

De toda Judea y Jerusalén y la costa, y Tiro y Sidón, etc. Creo que la multitud costera no se refiere al mar cercano de Galilea (pues no lo pondría como un lugar de milagro), sino que se llama así por el gran mar, en el cual también podrían incluirse Tiro y Sidón. Sin embargo, como son ciudades de gentiles, dadas por suerte a los judíos, pero no poseídas por ellos, ya que no pudieron exterminar a los enemigos, se mencionan deliberadamente por nombre, para insinuar cuán grande es la fama y el poder del Salvador, que incluso atrae a ciudades extranjeras para obtener salud y doctrina. Donde se debe notar que el Señor, aunque tuvo misericordia de los gentiles que venían a él, por lo cual curó al siervo del centurión y a la hija de la cananea, aprobando la fe de los que pedían, no se encuentra que haya entrado en sus ciudades, para no dar ocasión de queja a los judíos calumniadores, sino que reservó la salvación perfecta de los gentiles para el tiempo de su pasión y resurrección. Cuando ese tiempo se acercaba, dijo a los gentiles que querían verlo: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Juan XII).

Y toda la multitud buscaba tocarlo, porque de él salía poder, y sanaba a todos. Y antes, el leproso fue limpiado al tocarlo el Señor, y aquí toda la multitud que pudo tocarlo fue sanada por el poder de su espíritu. El toque del Salvador, por lo tanto, es una obra de salvación. Tocar a él es creer fielmente en él. Ser tocado por él es ser fortalecido por su don. Pero cada uno abunda en su propio sentido. Las multitudes que se reúnen de lejos para escuchar son curadas por el toque del Señor que desciende al llano. Los discípulos que ya están instruidos en cosas menores son llevados a cosas mayores en la cima de la montaña. De entre ellos se eligen aquellos que lo contemplan transfigurado en secreto en la montaña. Uno, sobre todos, como para ser embriagado por la fuente de una sabiduría más sublime, se recuesta en el pecho del maestro. Rara vez encontrarás a las multitudes siguiendo al Señor a lugares más altos, o a alguien débil siendo curado en la montaña, sino que, con la fiebre de las pasiones extinguida y la luz del conocimiento encendida, cada uno asciende gradualmente a la cumbre de las virtudes. Pues en el Antiguo Testamento, Moisés, solo con Josué, subió al monte de Dios; para gobernar al pueblo en el llano hasta que regresaran, ordenó a Aarón y Hur. Aarón, que se interpreta como "monte de fortaleza", representa la singular excelencia de la Encarnación del Señor. Hur, que significa "fuego", insinúa el don del Espíritu Santo. Porque muchos en la Iglesia son pequeños, y aunque no pueden acompañar a los maestros para penetrar los arcanos de la Divinidad suprema, pueden ser redimidos por los sacramentos de la Encarnación del Señor y ser marcados por el ardor del Espíritu Santo.

Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Y aunque habla en general a todos, sin embargo, el Salvador alza los ojos especialmente hacia los discípulos, para que a aquellos que perciben la palabra con el oído

atento del corazón, les abra más ampliamente la luz del sabor íntimo. Algo similar dice Mateo: "Y cuando se sentó, se acercaron a él sus discípulos, y abriendo su boca, les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu" (Mat. V). Pues a quienes abre la boca en la montaña sentado, para que escuchen cosas grandes de manera sublime, a ellos dirige los ojos estando de pie en el llano, para que entiendan claramente lo que han oído. Bienaventurados, por tanto, los pobres. No todos, ciertamente, sino solo aquellos que consideran como nada toda la cumbre de este mundo presente, aunque parezca alta. Que con razón se dice que son dignos del don del reino celestial, porque se demuestra que están despojados de la codicia de la delectación humana. Como el rey David, declarando haber soportado tal pobreza, dice: "Yo, en verdad, soy pobre y necesitado". Y en otro lugar, no solo despreciando las cosas terrenales, sino incluso las supercelestiales por el Señor, dice: "¿Qué me queda en el cielo, y qué he deseado de ti sobre la tierra?" (Sal. LXXII). Inmediatamente, habiendo fijado el ancla de su esperanza, manifiesta añadiendo: "Pero para mí, adherirme a Dios es bueno, poner mi esperanza en el Señor Dios". De lo contrario, algunos, en la condición más miserable de pobreza, carecen aquí de los gozos del mundo por la falta de bienes, y allí del reino de Dios por la maldad de sus méritos.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. ¿Qué significa tener hambre bienaventurados, que deberían tener sed, como explica Mateo, a saber, de justicia, enseñándonos claramente que nunca debemos considerarnos suficientemente justos, sino que siempre debemos amar, o más bien arder, en el progreso diario de la justicia? El salmista, deseando con ansia los deseos celestiales, muestra que la saciedad perfecta de esto no puede ocurrir en este mundo, sino en el futuro, cuando dice: "Pero yo, con justicia, apareceré ante tu presencia, me saciaré cuando se manifieste tu gloria" (Sal. XVI). También puede entenderse simplemente: "Bienaventurados los que ahora tenéis hambre", que castigáis vuestro cuerpo y lo sometéis a servidumbre (1 Cor. IX), que en hambre y sed os dedicáis a la palabra (2 Cor. XI), porque entonces disfrutaréis de la abundancia de los gozos celestiales.

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. No los que lloran por las pérdidas de bienes temporales, sino los que lloran por las pérdidas de virtudes espirituales, serán consolados con la bienaventuranza eterna. Donde no solo se nos manda llorar por nuestras propias faltas, sino también por las del prójimo. Si lo amamos como a nosotros mismos, consecuentemente debemos alegrarnos por su progreso y afligirnos por su defecto; no solo afligirnos, sino encendernos hasta las lágrimas. Así Samuel y David lloran por el pecado y la muerte de Saúl. Así el mismo Señor lloró por la ciudad, y compadecido de las hermanas afligidas, lloró por Lázaro, a quien iba a resucitar con su majestad divina, pero primero lo lloró con compasión humana. Significando místicamente que aquellos que están dormidos en la muerte del pecado deben ser llorados por sus prójimos para que puedan revivir. Pero lo que ahora promete que los que lloran reirán, no debe entenderse puerilmente, sino que, según el estilo de la Escritura, el nombre de risa designa la exultación del alma y un cierto afecto más alegre. Como Sara: "Dios me ha hecho reír" (Gén. XXI). Y en Job se dice: "La boca de los veraces se llenará de risa". Por estos nombres (como dije), se figura el gozo interior del alma.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, y cuando os separen y os reprochen. Quien, por las riquezas de la herencia de Cristo en los santos, por el pan de vida eterna, y por la esperanza de los gozos celestiales, desea sufrir llanto, hambre y pobreza, es bienaventurado. Mucho más bienaventurado es quien no teme mantener estas virtudes entre las adversidades. Porque aunque los hombres odien con corazón malvado, no pueden herir el corazón amado por Cristo. Aunque separen y expulsen de la sinagoga, Cristo encuentra y confirma. Aunque reprochen el nombre del Crucificado, él, co-muertos con él, los resucita y los hace sentar en los cielos (Efes. II).

Y os expulsan vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. El nombre vuestro que dice, significa el nombre de los cristianos, que a menudo, tanto por los gentiles como por los judíos, ha sido borrado de la memoria y expulsado por los hombres, no existiendo ya causa de odio, sino por el Hijo del Hombre, porque, evidentemente, los creyentes quisieron hacer del nombre de Cristo su propio apellido; y por eso, los perseguidores del nombre supremo, no sin razón, son llamados con el nombre de hombres. Bienaventurados (dice) seréis cuando los hombres os odien, enseñándoos que serán perseguidos por los hombres, pero serán bienaventurados más allá de los hombres.

Regocijaos en aquel día y saltad de gozo. He aquí que vuestra recompensa es grande en el cielo. Esto no puede ser cumplido por cualquiera que sufre, sino por aquel que sufre solo por la perspectiva de una recompensa celestial tan grande. Para que, entre los odios de los corazones, entre los reproches de las lenguas, entre las mismas manos de los perseguidores, se mantenga con un corazón igual, o incluso más alegre, no para que los que son como nosotros puedan hacerlo, sino aquellos que iban gozosos desde la presencia del consejo, porque fueron considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hechos V). Por lo tanto, quien soporta muchas adversidades en la tierra por Cristo, recibirá muchos dones en el cielo de Cristo. Sin embargo, cuántos dardos de palabras soportaron los falsos profetas de Elías, a quienes, burlándose, decía: "Clamad con voz más fuerte: porque Baal es un dios, y tal vez está hablando, o está en la posada, o en el camino, o tal vez duerme, para que se despierte" (1 Reyes XVIII). ¿Cuánta matanza dieron, que ochocientos cincuenta fueron muertos a la vez? Pero porque Baal y no Cristo estaba en la causa, ni los burlados se alegraban, ni los muertos merecían la palma, sino el castigo eterno.

Porque así hacían sus padres con los profetas. Bien exhortó con el ejemplo, porque los que dicen la verdad suelen sufrir persecución. Sin embargo, los antiguos profetas no dejaron de predicar la verdad por temor a la persecución. Es digno de notar que, así como Mateo, a través de las ocho bienaventuranzas que puso, insinúa la perfección octava de nuestra esperanza, que se dedica a la gloria de la resurrección, así Lucas abarca las cuatro virtudes cardinales. Bienaventurados los pobres, que por la templanza se refrenan de las seducciones del mundo. Bienaventurados los hambrientos, que, advertidos por su hambre, se compadecen de los hambrientos y, por justicia, se compadecen como pueden. Pues la limosna, por la cual no damos lo nuestro a Cristo, sino que le devolvemos lo suyo, el salmista testifica que se llama justicia, diciendo: "Reparte a los pobres, su justicia permanece para siempre" (Sal. CXI). Es justicia, pues, cuando damos a cada uno lo suyo, no debiendo nada a nadie, sino amándonos unos a otros. Bienaventurados los que, por prudencia, distinguiendo entre el bien y el mal, saben llorar por lo percedero y anhelar lo eterno. Bienaventurados los que, por la fortaleza de la fe, pueden soportar todas las molestias. Por lo tanto, los que aún no pueden ascender a la cima de la virtud consumada, deben ser consolados por la bienaventuranza de la perfección general. Para que, progresando poco a poco de lo bueno a lo mejor, mientras escuchan voluntariamente al Señor que está en la llanura, asciendan algún día al que está sentado en la montaña de manera sublime. Pues a aquellos cuyos corazones aún se esfuerza por domar e instruir, los dirige como si estuviera de pie, que es la postura del que trabaja. Pero a aquellos que encuentra ya dispuestos y dóciles por el largo ejercicio del estudio espiritual, a estos, con la libertad y dignidad del maestro, como Salvador en reposo, les revela los misterios de lo alto. Esta diferencia de progresos espirituales está bellamente expresada en las figuras del hábito del pueblo israelita. Donde todo el pueblo, usando cualquier vestimenta, se les ordena hacer flecos de color azul en los cuatro bordes de sus mantos. Los sacerdotes tienen cuatro vestiduras, adornadas con la maravillosa variedad de los mismos colores místicos. Los sumos sacerdotes tienen tanto lo que los sacerdotes como otros cuatro tipos de

vestimenta, de los mismos colores, pero con la gracia de una dignidad más sublime, y resplandecientes con oro intercalado, y adornados con el nombre de los patriarcas y del mismo Señor. Explicar o simplemente proponer cada uno de estos detalles corresponde a la industria de una obra propia.

Sin embargo, ¡ay de vosotros, ricos, que tenéis vuestra consolación! Que el ay será para los ricos se entiende mejor por el contrario, donde se dice que el reino de Dios es de los pobres. De este reino se alienan por completo aquellos que buscan consolarse aquí, escuchando del justo juez: "Hijos, recordad que recibisteis vuestros bienes en vuestra vida" (Luc. XVI). Donde se debe notar que no es tanto la riqueza como el amor a la riqueza lo que está en culpa. No todos los que tienen riquezas, sino como dice el Eclesiastés: "Los que aman las riquezas no disfrutarán de sus frutos" (Ecl. V), porque quien no sabe despreciar las cosas temporales con el alma o darlas al pobre, disfruta de ellas en el presente, pero carecerá del fruto que podría haber adquirido al dar. Y en otro lugar leemos: "Bienaventurado el rico que fue hallado sin mancha, que no siguió el oro, ni puso su esperanza en el dinero y los tesoros" (Eclo. XXXI).

¡Ay de vosotros, que estáis saciados, porque tendréis hambre! (Luc. XVI). Estaba saciado aquel rico vestido de púrpura cuando banqueteaba espléndidamente cada día, pero sufría el terrible ay cuando, hambriento, buscaba una gota de agua del dedo de Lázaro, a quien había despreciado. De otra manera. Si son bienaventurados aquellos que siempre tienen hambre de las obras de justicia, los que se complacen en sus deseos, sin sufrir hambre de lo verdadero y bueno, deben ser considerados infelices, creyéndose suficientemente bienaventurados si no se les priva de su placer por un tiempo.

¡Ay de vosotros que ahora reís, porque lloraréis y os lamentaréis! Y Salomón dice: "La risa se mezclará con el dolor, y el final del gozo es el luto" (Prov. XIV). Y de nuevo: "El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios, donde hay alegría" (Ecl. VII). Enseñando claramente que la necesidad se atribuye a los que ríen, y la prudencia, como enseñamos antes, a los que lloran.

¡Ay de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Esto es lo que el salmista lamenta, porque "el pecador es alabado en los deseos de su alma, y el que hace iniquidad es bendecido" (Sal. Hebr. X). Para quien no es la menor parte del castigo que sus crímenes no solo no sean reprendidos, sino que además sean alabados como bien hechos. Por eso, el Señor no dice: ¡Ay, porque los hombres hablan bien de vosotros!, como si la culpa siguiera tardíamente al castigo después de un tiempo, sino que dice: ¡Ay de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque la adulación, que es la nodriza del pecado, como el aceite a las llamas, suele proporcionar alimento a los que arden en culpa, y es, sin duda, el mayor castigo de los pecadores. Pues así como conviene que los pobres, hambrientos y llorosos sean probados por la maldad de los malos, así los que se dedican a las riquezas, banquetes y risas, por la ira del juez estricto, son fomentados por la clientela de los que les sirven mal para un mayor castigo.

Porque así hacían sus padres con los profetas. Se refiere a los falsos profetas, que también en la Sagrada Escritura suelen ser llamados profetas, porque, para captar el favor del pueblo, intentan predecir el futuro, es decir, hablar de antemano. Por eso dice Ezequiel: "¡Ay de los profetas insensatos, que siguen su propio espíritu y no ven nada! Como zorros en el desierto, tus profetas, Israel, eran" (Ezeq. XIII). Así que el Señor en la montaña describe solo las bienaventuranzas de los buenos, pero en el llano también describe los ayes de los malos.

Porque los oyentes aún rudos deben ser compelidos a lo bueno con amenazas y terrores, mientras que a los perfectos basta con invitarlos con recompensas.

Pero a vosotros os digo, que escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian. Porque había dicho antes lo que podían sufrir de los enemigos, ahora muestra cómo deben actuar con esos mismos enemigos. Muchos piensan que es suficiente para las virtudes no odiar a los enemigos, pero amar se considera un mandato más allá de lo que la naturaleza humana puede soportar, sin darse cuenta de que Moisés, Samuel y Esteban oraron por sus enemigos, y David lloró a sus enemigos muertos. Porque el Señor no ordenaría cosas imposibles, sino perfectas. No desfallezcamos, pues, mientras hay tiempo, hagamos el bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe. Bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Y el Apóstol testifica que él y los suyos hicieron esto, diciendo: Somos maldecidos, y bendecimos. Somos blasfemados, y rogamos (I Cor. IV). Pero aquí surge con razón la pregunta de cómo este mandato del Señor no está en contra de las muchas imprecaciones contra los enemigos que se encuentran en los profetas, que se consideran maldiciones, como aquello: Que su mesa se convierta en trampa ante ellos, y otras cosas que se dicen allí. El apóstol Juan dice: Si alguno ve a su hermano pecar un pecado que no es de muerte, pedirá, y se le dará vida al que peca no de muerte. Hay un pecado de muerte, no digo que se ore por él. Primero, debemos ver que los profetas, a través de la imprecación, cantaron lo que iba a suceder, no por deseo de quien lo desea, sino por el espíritu de quien lo prevé, que suelen predecir el futuro en forma de imprecación, como a menudo cantaron lo que iba a suceder en forma de tiempo pasado. Luego, en las palabras del Apóstol, se debe entender que hay ciertos hermanos por los que no se nos manda orar, cuando el Señor nos manda orar incluso por nuestros perseguidores. Esta cuestión no puede resolverse a menos que admitamos que hay algunos pecados en los hermanos más graves que la persecución de los enemigos. Que se refiera a los hermanos cristianos puede probarse con muchos documentos de las Escrituras divinas. Por lo tanto, creo que el pecado del hermano que lleva a la muerte es cuando, después de conocer a Dios por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, alguien ataca a la fraternidad y es agitado por las llamas de la envidia contra esa misma gracia por la cual fue reconciliado con Dios. Pero el pecado que no lleva a la muerte es si alguien no ha alejado el amor de su hermano, sino que no ha mostrado los deberes de la fraternidad debido a alguna debilidad del alma. Por eso el Señor en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII). Pues aún no habían participado de la gracia del Espíritu Santo, ni habían entrado en la sociedad de la santa fraternidad. Y el bienaventurado Esteban ora por aquellos que lo apedrean, porque aún no habían creído en Cristo, ni luchaban contra esa gracia común. Y el apóstol Pablo, creo, no ora por Alejandro, porque ya era hermano, y al pecar contra la fraternidad con envidia, había pecado de muerte. Pero por aquellos que no habían roto el amor, sino que habían sucumbido por miedo, ora para que se les perdone. Así dice: Alejandro el herrero me ha causado muchos males, el Señor le pagará según sus obras; tú también evítalo, porque se ha opuesto mucho a nuestras palabras (II Tim. IV). Luego añade por quienes ora, diciendo: En mi primera defensa nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron: no se les impute (Ibid.). Esta diferencia de pecados distingue a Judas que traiciona de Pedro que niega.

Si alguien te golpea en la mejilla, ofrécele también la otra. No dice, al que te golpea no lo golpees tú, aunque esto también sea un gran mandato, sino que dice: Prepárate para ser golpeado de nuevo. Esto lo sienten especialmente aquellos que sirven a los que aman mucho, como a hijos, o a cualquier ser querido que esté enfermo, o a niños pequeños, o a personas frenéticas, de quienes a menudo sufren mucho. Y si la salud de ellos lo requiere, se ofrecen incluso a sufrir más, hasta que pase la debilidad de la edad o de la enfermedad. Por lo tanto,

el Señor, médico de las almas, instruía a los que curaban a los prójimos, ¿qué más podría enseñarles sino a soportar con ánimo sereno las debilidades de aquellos cuya salud querían cuidar? Porque toda maldad proviene de la debilidad del alma, ya que nada es más inocente que aquel que es perfecto en virtud. Muchos saben ofrecer la otra mejilla, pero no saben amar a quien los golpea. Pero el mismo Señor, que ciertamente fue el primero en cumplir los mandatos que enseñó, no ofreció la otra mejilla al ministro del sacerdote que lo golpeó, sino que además dijo: Si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas? (Juan XVIII). Sin embargo, no por eso no estaba preparado de corazón, no solo para ser golpeado en la otra mejilla por la salvación de todos, sino también para ser crucificado con todo su cuerpo.

Y al que te quite el manto, no le impidas llevarse también la túnica. Lo que se ha dicho del manto y la túnica, no solo se aplica a ellos, sino a todo lo que temporalmente decimos que es nuestro por algún derecho. Porque si esto se ha mandado respecto a lo necesario, cuánto más conviene despreciar lo superfluo.

A todo el que te pida, dale. A todo el que te pida, dice, no todo lo que pida, para que des lo que puedes dar honesta y justamente. ¿Qué si pide dinero para oprimir a un inocente? ¿Qué si finalmente pide un acto impuro? Pero para no extenderme en lo que es innumerable, ciertamente se debe dar lo que no dañe ni a ti ni a otro, tanto como se pueda saber o creer por el hombre. Y a quien justamente le niegues lo que pide, se le debe indicar la misma justicia, para que no lo dejes vacío. Así, a todo el que te pida, le darás, aunque no siempre lo que pide. Y a veces le darás algo mejor, cuando corrijas al que pide cosas injustas.

Y al que te quite lo que es tuyo, no se lo reclames. Habla de la ropa, la casa, el terreno, el animal, y en general de todo el dinero. Pero si se debe aplicar a los siervos, es una gran cuestión. Porque no es propio de un cristiano poseer un siervo como se posee un caballo o plata. Aunque puede suceder que un caballo valga más que un siervo, y mucho más algo de oro o plata. Pero si ese siervo es educado o gobernado por ti, su señor, de manera más recta y honesta, y más adecuada para adorar a Dios, que por aquel que desea llevárselo, no sé si alguien se atrevería a decir que debe ser despreciado como una prenda. Porque el hombre debe amar al hombre como a sí mismo, a quien el Señor de todos también le manda amar a los enemigos.

Y como queréis que os hagan los hombres, hacedles vosotros de igual manera. Porque la caridad es paciente, es benigna, no solo soporta con fortaleza las injurias del enemigo, sino que también anticipa con benignidad la gracia del amigo. Pues amar al que ama, la naturaleza enseña a todos. Pero solo la doctrina perfecta de Cristo enseña a obligar al que no ama a amar mediante beneficios. Y cuando nos mandó hacer a otros lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros, inmediatamente afirmó ese mismo sentido de manera más amplia, diciendo:

Y si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman, etc. Si incluso los pecadores, publicanos y gentiles, guiados por la naturaleza, saben ser benévolos con sus amantes, ¿cuánto más vosotros (dice) que, como el grado de vuestra profesión es más elevado, así es necesario que vuestra dedicación a la virtud sea más abundante, debéis abrazar con un amor más amplio incluso a los que no os aman? Por lo tanto, parece digno de preguntar cómo, cuando el Señor testifica que aquellos que solo aman a los que los aman, hacen bien a los que les hacen bien, prestan a los amigos, no solo no tienen perfecta caridad, sino que son comparados con los pecadores, aquel que se recostaba en el pecho del Señor, al completar su Epístola sobre el amor de Dios y del prójimo, no en ninguna parte exhortó a amar a los enemigos, sino que dijo absolutamente: Porque si nos

amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor es perfecto en nosotros (I Juan IV). Si esto mueve a alguien, sepa que no guardó silencio sobre el amor a los enemigos, sino que también los incluyó bajo el nombre de hermanos y mandó que se les amara con la mirada del amor fraternal, y que se orara por ellos. Es decir, para que no siempre permanezcan enemigos, sino que se arrepientan de los lazos del diablo y se unan a nosotros con un vínculo genuino. Y no parezca duro que digamos que los que aún no creen, por la esperanza de creer, pueden ser llamados hermanos. Porque el mismo Juan se lee que también los llama hijos de Dios. Porque Jesús, dice, iba a morir por la nación, y no solo por la nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Juan XI). Pues mientras están dispersos, aún no son hijos de Dios, pero al reunirse en uno, ya se convierten en hijos.

Sin embargo, amad a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, sin esperar nada a cambio. Porque la mutua caridad y beneficio de los pecadores, lo reprueba como infructuoso, ahora muestra cómo deben hacerse fructuosamente por los fieles. Todo el que recibe, aunque no sea él quien lo devuelva, toma prestado. Porque cuando Dios devuelve más a los misericordiosos, todo el que hace un beneficio presta. O si no se quiere entender que toma prestado, sino aquel que recibe para devolver, se debe entender que el Señor abarca esos dos tipos de dar. Porque o damos lo que damos de buena voluntad, o prestamos a quien va a devolver. Porque muchos (como está escrito) consideraron el préstamo como una invención, y causaron molestia a aquellos que ayudaron, muchos no prestaron por maldad, sino que temieron ser defraudados gratuitamente. A esta debilidad también la autoridad divina cura, diciendo: Y prestad, sin esperar nada a cambio (Luc VI). Es decir, no fijando la esperanza de la recompensa en el hombre. Que ya sea que devuelva lo que prestasteis, Dios devolverá lo que hicisteis por su mandato, o si no lo devuelve, vuestra herencia será eterna. Porque el pecador toma prestado y no paga, pero el justo se compadece y presta (Sal. CXI). Porque los que lo bendicen poseerán la tierra (Sal. XXXVI). Y en otro lugar, cuando decía: Dichoso el hombre que se compadece y presta, inmediatamente añadió: En memoria eterna será el justo (Sal. CXI).

Y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo. No puede haber mayor recompensa que los hijos de los hombres terrenales se conviertan en hijos del Altísimo, que está en los cielos. Así que lo que dice: Y seréis hijos del Altísimo, debe entenderse según esa regla en la que Juan dice: Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Porque hay un solo hijo por naturaleza, que no sabe pecar en absoluto. Pero nosotros, al recibir el poder, nos convertimos en hijos, en la medida en que cumplimos lo que se nos manda. Por eso la disciplina apostólica llama adopción, por la cual somos llamados a la herencia eterna, para que podamos ser coherederos. Por lo tanto, no dice: Haced esto porque sois hijos, sino haced esto, y seréis hijos. Y cuando nos llama a esto por el mismo Unigénito, nos llama a su semejanza.

Porque él es benigno (dice) con los ingratos y malos, etc. Dios es benigno con los ingratos y malos, ya sea por su múltiple misericordia, que también salva a los animales, otorgando bienes temporales, o por los dones celestiales con una gracia singular, que solo glorifica a los elegidos, inspirando. Pero ya sea esto, o aquello, o ambos, se hace por la gran bondad de Dios, que se nos manda imitar si queremos ser hijos de Dios.

No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. En este lugar no creo que se nos mande otra cosa que interpretar en mejor sentido aquellos hechos que es dudoso con qué ánimo se hacen. Porque lo que está escrito: Por sus frutos los conoceréis, se dice de cosas manifiestas, que no pueden hacerse con buen ánimo, como son los adulterios, blasfemias, robos, embriaguez, y si hay cosas tales, sobre las cuales se nos permite juzgar. Pero sobre el género de alimentos, porque pueden ser consumidos con buen ánimo y corazón

simple sin el vicio de la concupiscencia, el Apóstol prohíbe juzgar a aquellos que comían carne y bebían vino, por aquellos que se abstendían de tales alimentos. El que come, dice, no desprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come (Rom. XIV). A esto también se refiere lo que dice en otro lugar: No juzguéis nada antes de tiempo hasta que venga el Señor, quien iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones del corazón (I Cor. IV). Por lo tanto, hay ciertos hechos medios, que ignoramos con qué ánimo se hacen, que pueden hacerse con buen o mal ánimo, sobre los cuales es temerario juzgar, especialmente para condenar. Pero vendrá el tiempo de que sean juzgados, cuando el Señor ilumine lo oculto de las tinieblas y manifieste las intenciones del corazón (Ibid.). Hay dos cosas, pues, en las que debemos evitar el juicio temerario, cuando es incierto con qué ánimo se ha hecho algo, o cuando es incierto cómo será en el futuro quien ahora parece malo o bueno.

Perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará. Nos manda perdonar las injurias, dar beneficios, para que también a nosotros se nos perdonen los pecados y se nos dé la vida eterna. Con esta sentencia breve, pero excelente, resume y concluye todo lo que había mandado extensamente sobre cómo comportarse con los enemigos.

Medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo. Esto es similar a lo que dice en otro lugar: Para que ellos también os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI). Porque no serán los pobres mismos, sino Cristo quien devolverá la recompensa a aquellos que hicieron limosna. Sin embargo, se dice que la dan en el regazo, porque dieron ocasión de merecerla, cuando, ya sea necesitados o cruelmente violentos, fueron soportados con paciencia y sostenidos con benevolencia por los más fuertes, y a menudo provocados a la fe con dulce gracia.

Porque con la misma medida con que medís, se os medirá. Y el Apóstol, exhortando a los corintios a la limosna, entre otras cosas dice: Esto digo: El que siembra escasamente, escasamente también segará. Y el que siembra en bendiciones, de bendiciones también segará (II Cor. IX). Pero puede aplicarse a todo lo que hacemos con mente, mano, lengua. Porque tú pagarás a cada uno, dice, según sus obras.

Les decía también una parábola: ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? El sentido de esta sentencia depende de lo anterior, donde se manda dar limosna y perdonar la injuria. Si la ira contra el violento, y la avaricia contra el que pide, te han cegado, ¿podrás curar su defecto con tu mente viciada? ¿O solo él, que cometió la injuria, y no tú también, que no supiste soportar, serás considerado culpable? Pero si su maldad te encuentra manso y de corazón tranquilo, él también se moverá al arrepentimiento, y tú serás recompensado con el premio de la paciencia, porque intentabas guiar al ciego con un ojo que ve, es decir, con un corazón sereno, hacia la luz.

No es el discípulo superior al maestro. Pero todo el que sea perfecto será como su maestro. Si el maestro, que ciertamente como Dios pudo, no quiso vengar sus injurias, sino que prefirió hacer más suaves a sus perseguidores soportando, es necesario que los discípulos, que son meros hombres, sigan la misma regla de perfección.

¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, pero no consideras la viga que está en tu propio ojo? Y esto se refiere a lo anterior, donde se advierte que un ciego no puede guiar a otro ciego, es decir, un pecador no puede corregir a otro pecador. Muchos, prevenidos por la soberbia, el odio, la avaricia, o cualquier otro crimen, juzgando estas cosas leves o nulas, reprenden con dureza a aquellos que ven turbados por una ira repentina, que han cambiado el

ojo de la mente de su estado habitual de pureza, como si una paja hubiera caído, y olvidando el mandato del Señor, que dice: No condenéis, y no seréis condenados (Luc. VI), prefieren vituperar y condenar, que corregir y enmendar.

¿Y cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja de tu ojo, no viendo tú mismo la viga en tu ojo? Esto haces con tu hermano, si (por ejemplo), lo que él pecó por ira, tú lo reprendes por odio. Y así como hay una diferencia entre la paja y la viga, así hay una diferencia entre la ira y el odio. Porque el odio es ira envejecida, como si por la misma vejez hubiera crecido tanto que con razón se llama viga. Pero puede suceder que si te enojas con un hombre, quieras que se corrija. Pero si odias a un hombre, no puedes querer que se corrija. Y por eso se dice que es imposible que quite la paja del ojo de su hermano quien lleva una viga en su propio ojo.

Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano. Es decir, primero expulsa de ti el odio, y luego podrás corregir a aquel a quien amas. Y es verdaderamente necesario y molesto el género de los hipócritas, es decir, de los simuladores, que, aunque asumen las acusaciones de todos los vicios con odio y envidia, también quieren parecer consejeros. Y por eso es necesario vigilar piadosa y cautelosamente para que cuando la necesidad comience a reprender o amonestar a alguien, primero pensemos si es un vicio que nunca hemos tenido, o del que ya nos hemos librado. Y si nunca lo hemos tenido, pensemos que también somos hombres, y que podríamos haberlo tenido. Si lo hemos tenido y ya no lo tenemos, que la memoria de la debilidad común toque nuestro corazón, para que esa reprensión o amonestación no sea precedida por el odio, sino por la misericordia. Para que, ya sea que valga para la corrección de aquel por quien lo hacemos, o para la perversión (pues el resultado es incierto), nosotros, sin embargo, estemos seguros de la simplicidad de nuestro ojo. Pero si al reflexionar sobre nosotros mismos encontramos que estamos en el mismo vicio en el que está aquel a quien íbamos a reprender, no lo reprendamos ni amonestemos, sino que gemamos juntos, y no lo invitemos a obedecernos, sino a esforzarnos juntos. Por lo tanto, las amonestaciones deben usarse rara vez y con gran necesidad. Pero de tal manera que incluso en ellas mismas, insistamos en servir no a nosotros, sino a Dios; porque él es el fin, para que no hagamos nada con doblez de corazón, quitando la viga de nuestro ojo de envidia, malicia o simulación, para que veamos sacar la paja del ojo de nuestro hermano.

No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Contra el hipócrita prosigue lo que había comenzado. Si deseas tener una justicia verdadera (dice) y no fingida, que muestras con palabras, procura también compensarla con hechos, para que siendo buen árbol, te adornes con buenos frutos. Porque aunque el hipócrita se finja, no es bueno quien hace malas obras. Y si reprende al inocente, no por eso es malo quien hace buenas obras.

Porque cada árbol se conoce por su fruto. El Apóstol muestra cuál es el fruto por el que debe distinguirse el árbol bueno o malo, diciendo: "Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, comilonas, y cosas semejantes a estas, de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas V). Sin embargo, la limosna, la oración o el ayuno son propiamente fruto de los buenos, pero a veces también son simulados por los malos. De los cuales el Señor dice: "Ya recibieron su recompensa" (Mateo VI). Y en otro

lugar: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces" (Mateo VII). Pero no por eso deben las ovejas odiar su vestimenta, porque a menudo los lobos se ocultan con ella, mostrando una cosa para engañar y otra para depredar o matar a aquellos que no pueden ver a los lobos bajo ese disfraz de oveja. Por tanto, no es este el fruto por el que se debe conocer al árbol, sino aquel que se ha mostrado arriba.

Porque no se recogen higos de los espinos, ni se vendimian uvas de las zarzas. Creo que los espinos y las zarzas son las preocupaciones del mundo y las punzadas de los vicios, de los cuales se dijo al hombre pecador: "La tierra te producirá espinas y cardos" (Génesis III). Los higos y las uvas, en cambio, son la dulzura de la nueva vida que el Señor ha deseado en nosotros, y el fervor del amor que alegra el corazón del hombre. De los cuales, con el resplandor del Evangelio, la voz de la tórtola resuena en la tierra de lejos y de cerca, la higuera ha dado sus brotes, las viñas en flor han dado su fragancia (Cantar de los Cantares II). Pero no se recogen higos de los espinos, ni uvas de las zarzas. Porque la mente aún oprimida por la costumbre del hombre viejo puede simular, pero no puede dar los frutos del hombre nuevo. Y si alguien quisiera objetar, diciendo que Moisés vendimió uvas de la zarza cuando recibió un consejo útil de su pariente gentil, y que recogieron higos de los espinos aquellos a quienes se dijo de los fariseos: "Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen" (Mateo XXIII); sepa que así como a veces una vid verdadera se recuesta envuelta en una cerca, llevando su fruto, pero la espina no lo guarda para el uso humano, así las palabras o acciones de los malos, si alguna vez benefician a los buenos, no lo hacen los malos, sino que se hace de ellos por la providencia divina.

El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo, de lo malo saca lo malo. El mismo tesoro del corazón es la raíz del árbol. Y lo que se saca del corazón es lo mismo que el fruto del árbol. Por tanto, quien tiene en su corazón el tesoro de la paciencia y del amor perfecto, derramando ciertamente los mejores frutos, ama al enemigo, hace el bien al que lo odia, bendice al que lo maldice, ora por el que lo calumnia, no se resiste al que lo golpea o despoja, da a todo el que pide, no reclama lo que le han quitado, no desea juzgar ni condenar, corrige pacientemente y con amor al que yerra, y las demás cosas que el Salvador enseñó arriba. Pero quien guarda un tesoro malo en su corazón, odia al amigo, maldice al que lo ama, maldice al que bendice, y realiza las demás cosas que el discurso del Señor reprueba, contrarias al buen tesoro. Para que no se engañe a sí mismo en vano por lo que sigue:

Porque de la abundancia del corazón habla la boca. Como si no se buscaran los frutos del árbol, sino solo las hojas, es decir, solo las palabras, y no más bien las obras, ya sea del verdadero cristiano o del hipócrita, el Señor añade consecuentemente:

¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? Como si dijera con otras palabras: ¿Por qué os jactáis de producir las hojas de la confesión recta, si no mostráis ningún fruto de buena obra? De donde el Apóstol, separando lo precioso de lo vil, es decir, el buen tesoro del malo, el buen árbol del malo, el discípulo perfecto del buen maestro del hipócrita, el guía vidente del ciego, dice: "Iré a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré no el discurso de los que están inflados, sino el poder. Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder" (I Corintios IV). Por tanto, por la locución de la boca, el Señor insinúa todo lo que sacamos del corazón, ya sea en acto, palabra o pensamiento, que más que a los hombres, está desnudo y abierto a sus ojos. Pues es costumbre de las Escrituras poner palabras por cosas. De donde el salmista dice: "Di a mi alma: Yo soy tu salvación" (Salmo XXXIV). Y Ezequías: "No hubo palabra que no les mostrara" (Isaías XXXIX). Que ciertamente reveló a los caldeos los secretos de las cosas y no de las palabras. Asimismo, el Apóstol: "Nadie puede decir que

Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo" (I Corintios XII). En lugar de decir que nadie ve al Señor Jesús con el entendimiento, nadie lo abraza con la voluntad, sino por la gracia del Espíritu Santo.

Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las hace, os mostraré a quién es semejante. Es semejante a un hombre que edifica una casa. Habiendo el Señor discutido mucho arriba sobre los buenos y malos abiertamente, mucho sobre los buenos verdaderos y simulados, en las cuales tres personas creo que se comprende todo el género humano, concluye todo su discurso con una parábola a la vez terrible y amable, por la cual asemeja a algunos oyentes de la palabra al diablo, y a otros a Cristo, quien no cesa de edificar su casa en la sujeción de los hombres durante todo el tiempo de este siglo. Por tanto, quien oye las palabras de Cristo y las hace, será comparado a Cristo. Porque así como Cristo construye, instruye y gobierna una sola Iglesia católica para sí mismo con diversas personas humanas, para dedicarla algún día a la vida eterna, así también el oyente útil, según su propio modo, avanzando en los diversos estudios de las virtudes hacia lo alto, edifica para sí una morada de permanencia eterna, en la cual en el presente se esfuerza en cuadrar, pulir y unir con el pegamento de la caridad las piedras, pero en el futuro se alegrará con Cristo en la dedicación.

Quien cava profundo y pone los cimientos sobre la roca. Los cimientos, cuando se ponen en plural en el misterio de la Iglesia, significan a los doctores, de los cuales se dice: "Sus cimientos están en los montes santos" (Salmo LXXXVI). Pero cuando se menciona el fundamento en singular, se expresa al doctor de los doctores y fundamento de los fundamentos, Cristo. De quien se dice: "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo" (I Corintios III). Por tanto, estos cimientos no los colocó el sabio arquitecto sobre la tierra, sino sobre la roca, porque Cristo no estableció las mentes de los hombres sublimes en deseos terrenales, sino en su fe, esperanza y caridad insuperables. "La roca era Cristo" (I Corintios X). Quien cava profundo, porque con los preceptos de la humildad arranca de los corazones de los fieles todas las cosas terrenales, para que no sirvan a Dios por algo bajo o por un beneficio temporal. Moralmente, los cimientos de la casa son las intenciones de la buena conducta, que el oyente perfecto de la palabra, habiendo eliminado con humildad cristiana los escombros de pensamientos superfluos y frágiles, inserta firmemente en el cumplimiento de los mandamientos de Cristo, haciendo esto en sí mismo con la cooperación especial de Cristo, lo que Cristo hace generalmente en la Iglesia universal. Y se regocija con el salmista: "Me sacó del pozo de la miseria y del lodo del fango. Y puso mis pies sobre la roca" (Salmo XXXIX).

Pero cuando vino una inundación, el río golpeó aquella casa y no pudo moverla. Porque estaba fundada sobre la roca. La inundación del río, que en otro lugar llama las puertas del infierno, diciendo: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mateo XVI); es la misma de la que menciona arriba: "Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, y cuando os separen, y os reprochen, y desechen vuestro nombre como malo" (Lucas VI). Que aunque intentó derribar los ángulos firmes de la Iglesia, no pudo destruirlos. Porque se regocijaban en aquel día y exultaban, animándose mutuamente contra la furia de las olas: "He aquí, bienaventuramos a los que soportaron. Habéis oído de la paciencia de Job y habéis visto el fin del Señor" (Santiago V). Y de nuevo: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios, el Altísimo santificó su tabernáculo. Dios está en medio de ella, no será conmovida" (Salmo XLV). Pero también según las leyes de la tropología, nuestras casas individuales son golpeadas diariamente por espíritus inmundos, hombres malvados, o por la inquietud de su propia mente o carne, y se inclinan tanto como confían en sus propias fuerzas. Pero cuanto más se adhieren a aquella roca invencible, no pueden ser sacudidas.

Pero el que oyó y no hizo, es semejante a un hombre que edificó su casa sobre la tierra sin fundamento. La casa del diablo, el mundo que está en el maligno, no se llama así por la dignidad del Creador, sino por la magnitud del delincuente. La edifica sobre la tierra, porque arrastra a los que le obedecen de las cosas celestiales a las terrenales. La edifica sin fundamento, porque todo pecado no tiene fundamento, ya que no subsiste por su propia naturaleza. El mal, en efecto, es sin sustancia, que sin embargo, en cuanto existe, se une en la naturaleza del bien. Pero porque el fundamento se dice de la base, podemos también tomar el fundamento por la base sin inconveniente. Así como el oído se dice de la oreja, y sin embargo, a menudo la misma oreja se designa con el nombre de oído. Así como quien se sumerge en un pozo es retenido por el fondo del pozo, así el alma que cae, como si estuviera en un lugar del fondo, si una vez caída, se retuviera en alguna medida del pecado. Pero como no puede estar contenta con el pecado en el que cae, mientras diariamente se precipita a cosas peores, es como si no encontrara el fondo del pozo en el que cayó, lo que se figura. De donde bien se dice en otro lugar: "El pecador, cuando llega al fondo de los males, desprecia" (Proverbios XVIII). Pues disimula regresar, porque desespera de poder ser compadecido. Pero cuando peca más por desesperación, es como si le quitara el fondo a su pozo, para que no encuentre donde pueda ser retenido. Por tanto, quien oye las palabras de Cristo y no las hace, ya sea iniciado en los misterios de Cristo, o totalmente ajeno a Cristo, porque se edifica mal a sí mismo, es semejante al hombre necio, de quien se dice: "Esto lo hizo el enemigo" (Mateo XIII).

En la que el río golpeó, y al instante cayó. Y fue grande la ruina de aquella casa. Es evidente que, al sobrevenir cualquier tentación, pronto tanto los verdaderamente malos como los buenos fingidos se vuelven peores, hasta que finalmente caen en el castigo perpetuo. Además, moralmente se debe decir que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, siendo atraído y seducido. Luego, la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado. Y el pecado, cuando ha sido consumado, engendra la muerte. También se puede entender por el ímpetu del río el peligro del juicio final, cuando, habiendo sido completada cada casa, todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado; y los impíos irán, no solo los hombres, sino también los ángeles que pertenecían a la casa del diablo, al suplicio eterno, pero los justos a la vida eterna (Mateo XXV).

CAPÍTULO VII.

Cuando hubo terminado todas sus palabras al oído del pueblo, entró en Cafarnaúm. Aquí se debe entender que, cuando hubo terminado todas sus palabras al oído del pueblo, Cristo entró en Cafarnaúm, es decir, que no entró antes de haber terminado estas palabras, pero no se expresa después de cuánto tiempo, una vez terminados estos discursos, entró en Cafarnaúm. Pues en ese intervalo fue sanado aquel leproso, que Mateo interpone en su lugar, pero que este anticipa.

El siervo de cierto centurión, que estaba enfermo, iba a morir, y era muy querido por él. Quizás alguien pregunte, ya sea piadosamente para encontrar, o impiamente para reprochar: ¿por qué razón el evangelista dice que el siervo, que no murió sino que fue sanado, estaba a punto de morir? A lo cual se debe responder brevemente que en verdad iba a morir, si no hubiera sido devuelto a la vida por la fe del amo que intercedía y la piedad de Cristo que se compadecía. Así también el rey Ezequías, según cierto modo de la naturaleza humana, iba a morir, cuando escuchó las palabras del profeta veraz: "Pon en orden tu casa, porque morirás y no vivirás" (IV Reyes XX); pero por el oculto juicio de la providencia divina, que dispuso

todas las cosas en medida, número y peso, iba a obtener aún quince años de vida con lágrimas y oraciones.

Y cuando oyó hablar de Jesús, envió a él a los ancianos de los judíos, rogándole que viniera y sanara a su siervo. Por disposición celestial se hizo que se enviaran a los ancianos de los judíos al Señor, y que estando ellos presentes, se sanara al que estaba enfermo, para que fueran inexcusables si, creyendo un gentil, no creyeran ellos. Pero se pregunta cómo concuerda que Lucas narre que el centurión envió mensajeros, mientras que Mateo dice que él mismo se acercó al Señor. Pero a los que buscan piadosamente, les es fácil ver que Mateo, por brevedad, dijo que él mismo se acercó, cuyo deseo y voluntad fueron verdaderamente llevados al Señor, aunque otros lo llevaran, enseñándonos también místicamente lo que está escrito: "Acercaos a él y seréis iluminados" (Salmo XXXIII). Pues como el mismo Señor alabó la fe del centurión, diciendo: "No he hallado tanta fe en Israel" (Mateo VIII), el prudente evangelista quiso decir que él mismo se acercó a Cristo, más que aquellos por quienes envió sus palabras. Por otro lado, Lucas reveló todo tal como sucedió, para que nos viéramos obligados a entender cómo otro, que no podía mentir, dijo que se acercó. Porque así como aquella mujer que padecía flujo de sangre, aunque tocó el borde de su manto, más bien porque creyó, tocó al Señor, que aquellas multitudes que lo apretaban, así también el centurión, cuanto más creyó, más se acercó al Señor.

Porque ama a nuestra nación, y él mismo nos edificó una sinagoga. Los que narran que el centurión les edificó una sinagoga, muestran claramente que así como nosotros llamamos Iglesia, así también ellos solían llamar sinagoga, no solo al conjunto de fieles, sino también al lugar donde se reunían, como también enseñamos arriba.

Jesús iba con ellos. Gran es la sublimidad del Señor, que podía curar solo con su palabra, pero no menor es su humildad, que se dignó visitar al siervo enfermo. Pues como poderoso y benigno, y rogando salvar, iba, y en medio del camino, rogando, salvó con su palabra, para que no se pensara que iba corporalmente por impotencia de fuerzas, y no por ejemplo de humildad. En otro lugar, quiso ir a sanar al hijo del noble, para que no pareciera honrar las riquezas. Aquí, para que no pareciera despreciar la condición servil, accedió a ir de inmediato al siervo del centurión.

Y cuando ya no estaba lejos de la casa, el centurión envió a él amigos, diciendo: Señor, no te molestes. No soy digno de que entres bajo mi techo. Por la conciencia de su vida gentil, pensó que más bien se agravaría con la dignación del Señor que se beneficiaría, y que no podía tener a Cristo como huésped, aunque dotado de fe, aún no estaba instruido en los sacramentos. Pero porque lo que nuestra debilidad no presume, la gracia divina sabe dar; y otro centurión, que, como este, prefigura al pueblo creyente de entre los gentiles, por el mérito de su gran fe y justicia, recibió el don del Espíritu Santo antes de ser bautizado, y este, aún no catequizado, mereció que su fe fuera alabada por el Señor y que su siervo fuera salvado. De quien se dice bellamente por alegoría que Jesús no estaba lejos de la casa, aunque no se atreviera a invitarlo bajo su techo, porque "cerca está su salvación para los que le temen". Y quien usa rectamente la ley natural, cuanto más opera los bienes que conoce, tanto más se acerca a aquel que es verdaderamente bueno. Pero a quienes unieron crímenes al error del paganismo, se les puede aplicar lo que el Señor dijo en otro lugar a las multitudes que acudían a él: "Porque algunos de ellos han venido de lejos".

Por lo cual tampoco me consideré digno de venir a ti. Y nosotros, que creemos de entre los gentiles, no podemos venir al Señor, a quien ahora no podemos ver en la carne, pero cualquiera que reconozca las pasiones de nuestra servidumbre, ya debe acercarse por la fe al

que está sentado a la derecha del Padre, ya debe enviar a los ancianos de los judíos, es decir, a los hombres eminentes de la Iglesia, que nos precedieron al Señor, suplicando humildemente adquirir patronos, que dando testimonio de que amamos a la Iglesia, y en cuanto nos es posible, nos esforzamos por edificarla, intercedan ante el Señor por nuestros pecados y los de los nuestros.

Pero di la palabra, y mi siervo será sanado. Gran fe del centurión, que confiesa la obra de la palabra en Cristo, y adecuada a los misterios de nuestra sanación, que aunque conocíamos a Cristo según la carne, pero ya no lo conocemos (II Corintios V).

Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, teniendo soldados bajo mi mando. Se dice hombre y sujeto a la autoridad, ya sea de un tribuno o de un gobernador, pero puede mandar a los menores, para que se entienda que mucho más él, que es Dios y poderoso sobre todo, tiene un ejército innumerable de la virtud angélica que obedece a sus órdenes.

Y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Quiere mostrar que el Señor también puede cumplir lo que quiere, no solo por la venida de su cuerpo, sino por el ministerio de los ángeles. Porque las enfermedades del cuerpo o las fuerzas contrarias, a las que el hombre a menudo se concede a la debilidad, deben ser repelidas tanto por la palabra del Señor como por el ministerio de los ángeles. De otra manera. Los soldados y siervos que obedecen al centurión son las virtudes naturales. De las cuales muchos, al venir al Señor, llevan consigo no poca cantidad. De las cuales se dice en alabanza del centurión Cornelio: "Porque era un hombre justo y temeroso de Dios con toda su casa, que hacía muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios siempre" (Hechos X).

Cuando Jesús oyó esto, se maravilló. Se maravilló al ver que el centurión comprendía su majestad. Pero, ¿quién había hecho en él esa fe o inteligencia, sino Él mismo, quien se maravillaba de ella? Si otro la hubiera hecho, ¿por qué se maravillaría Él, que todo lo sabe de antemano? Por lo tanto, debemos notar que lo que el Señor se maravilla, nos indica que nosotros también debemos maravillarnos, ya que aún necesitamos ser instruidos de esta manera. Todos estos movimientos, cuando se dicen de Dios, no son signos de un ánimo perturbado, sino de un maestro que enseña.

Y volviéndose, dijo a las multitudes que le seguían: En verdad os digo, no he encontrado tanta fe en Israel. No habla de todos los patriarcas y profetas del pasado, sino de los hombres de la era presente. Por eso, la fe del centurión se antepone a la de ellos, porque ellos fueron instruidos por las enseñanzas de la ley y los profetas, mientras que él creyó espontáneamente, sin que nadie le enseñara.

Y al regresar a casa los que habían sido enviados, encontraron al siervo que había estado enfermo, sano. Se prueba la fe del señor, y se fortalece la salud del siervo. Por lo tanto, el mérito del Señor puede también beneficiar a los siervos, no solo por el mérito de la fe, sino también por el esfuerzo de la disciplina. Mateo explica esto más plenamente al decir que el Señor le dijo al centurión: Ve, y como has creído, así se te haga (Mateo VIII), y el muchacho fue sanado en esa misma hora. Pero el bienaventurado Lucas tiene la costumbre de abreviar lo que ha visto explicado plenamente por otros evangelistas, o incluso de omitirlo deliberadamente; mientras que lo que ha sabido que ellos omitieron o tocaron brevemente, lo aclara con mayor diligencia. Místicamente, como dije, el centurión, cuya fe se prefiere a la de Israel, muestra a los elegidos de entre los gentiles, quienes, como soldados centenarios, están rodeados de la perfección de las virtudes espirituales, y no buscan del Señor nada terrenal,

sino solo las alegrías de la salvación eterna para ellos y los suyos. Pues el número cien, que se transfiere de la izquierda a la derecha, se suele poner en el significado de la vida celestial. De ahí que el arca de Noé se construya en cien años, Abraham reciba al hijo de la promesa a los cien años; Isaac siembra y encuentra en ese año el ciento por uno; el atrio del tabernáculo tiene cien codos de largo; en el salmo centésimo se canta la misericordia y el juicio al Señor, y otras cosas por el estilo. Por lo tanto, es necesario que hombres de tal mérito supliquen al Señor por aquellos que aún están oprimidos por el espíritu de servidumbre en el temor, para que, a medida que sean gradualmente llevados a cosas más sublimes, el amor perfecto expulse el temor (I Juan IV).

Y sucedió que después, iba a una ciudad llamada Naín. Naín es una ciudad de Galilea en el segundo millar del monte Tabor hacia el sur, cerca de Endor, que es una gran aldea en el cuarto millar del mismo monte hacia el sur.

Y con él iban sus discípulos y una gran multitud. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre. Este difunto, que es llevado fuera de la puerta de la ciudad ante la mirada de muchos, significa al hombre adormecido por la muerte letal de los crímenes, y además esa misma muerte del alma, que no cubre aún el lecho del corazón, sino que, por la indicación de su habla o acción, como por las puertas de su ciudad, la proclama al conocimiento de muchos. Se dice bien que era hijo único de su madre, porque aunque compuesta de muchas personas, la madre Iglesia es una virgen perfecta e inmaculada, y sin embargo, cada uno de los fieles se confiesa con toda razón hijo de la Iglesia universal. Pues también cualquier elegido, cuando es instruido en la fe, es hijo. Cuando instruye a otros, es madre. ¿No actuaba con afecto maternal hacia los pequeños quien dijo: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros? Creo que la puerta de la ciudad por la que se llevaba al difunto es alguno de los sentidos corporales. Porque quien siembra discordias entre hermanos, quien habla iniquidad en lo alto, es sacado muerto por la puerta de la boca. Quien mira a una mujer para codiciarla (Mateo V), por la puerta de los ojos manifiesta las señales de su muerte. Quien abre con gusto el oído a fábulas ociosas, canciones obscenas o detracciones, hace de esta puerta de su alma una puerta de muerte, y quien no guarda sus sentidos, se convierte en un acceso a la muerte para sí mismo. Te ruego, Señor Jesús, que hagas justas todas las puertas de mi ciudad, para que al entrar en ellas confiese tu nombre (Salmo CXVII), y que a tu majestad, cuando la visites frecuentemente con los ministros celestiales, no le salga al encuentro el hedor de un cadáver levantado, sino que la salvación ocupe sus muros, y la alabanza sus puertas.

Y esta era viuda, y mucha gente de la ciudad estaba con ella. Que la Iglesia sea viuda, lo reconoce toda alma que recuerda que fue redimida por la muerte de su esposo y Señor. Por disposición divina, mucha gente acompañaba al Señor, y mucha a la viuda, para que al ver tan gran milagro, muchos fueran testigos, muchos se convirtieran en alabadores de Dios.

Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: No llores. Deja de llorar, le dice, como si el que lloras muerto pronto lo verás resucitar vivo. Aquí se confunde misticamente la doctrina de Novato, quien, gloriándose orgullosamente de su pureza, intenta invalidar la humilde purificación de los penitentes, y niega que la verdadera madre Iglesia, llorando por la extinción espiritual de sus renacidos, deba ser consolada con la esperanza de la vida que se les devolverá. Y el evangelista testifica bellamente que el Señor primero se conmovió con misericordia por la madre, y luego resucitó al hijo, para mostrarnos en uno el ejemplo de la piedad a imitar; en el otro, la fe en el poder admirable.

Y se acercó y tocó el féretro. Y los que lo llevaban se detuvieron. El féretro en el que se lleva al muerto es la conciencia insegura del pecador desesperado. Los que lo llevan a enterrar son o los deseos impuros que arrastran al hombre a la perdición, o las lisonjas venenosas de los compañeros aduladores, que alabarán los pecados con favores, los acumulan, y a los pecadores, con desprecio, los sepultan como con un montón de tierra. De los cuales se dice en otro lugar: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mateo VIII). Los muertos entierran a los muertos cuando los pecadores halagan a otros semejantes a ellos con un favor dañino, y con el peso de una adulación pésima, los oprimen para que no puedan obtener alguna vez la esperanza de resucitar. Por lo tanto, cuando el Señor toca el féretro, los portadores del funeral se detienen, porque al ser tocada la conciencia por el temor del juicio supremo, a menudo refrena tanto la abundancia de placeres carnales como la multitud de los que injustamente alaban, y vuelve a sí misma, respondiendo rápidamente al Salvador que la llama a la vida. Por lo tanto, correctamente sigue:

Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Y el que estaba muerto se sentó y comenzó a hablar, y lo dio a su madre. Se sienta el que estaba muerto cuando el pecador revive con compunción interna. Comienza a hablar cuando muestra a todos los que lloraron su pecado las señales de la vida recuperada. Se devuelve a su madre cuando, por el decreto del juicio sacerdotal, se asocia a la comunión de la Iglesia.

Y todos se llenaron de temor y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Cuanto más desesperada es la muerte del alma que se devuelve a la vida, tanto más se corrigen muchos con el mismo ejemplo. Mira al profeta David, mira al apóstol Pedro. Cuanto más alto es su grado, más grave es su caída. Pero cuanto más grave es la caída, más agradecida es la piedad del que levanta. Cuanto más evidente es la piedad del Señor en ellos, más segura es la esperanza de salvación para todos los penitentes, para que con razón todos los que oyen digan:

Porque Dios ha visitado a su pueblo. No solo incorporando una vez su palabra, sino también enviándola siempre a nuestros corazones para que debamos ser resucitados.

Y los discípulos de Juan le informaron de todas estas cosas. No con un corazón simple, creo, sino movidos por la envidia, los discípulos de Juan le cuentan las virtudes y milagros de Cristo. Pues en otro lugar se dice que se quejaron ante él de esta manera: Maestro, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien diste testimonio, he aquí que bautiza, y todos vienen a él (Juan III). A lo que entonces respondió Juan: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo, etc. Y les declara claramente que él es un hombre puro, y que Cristo es el Hijo de Dios. Pero como la envidia permaneció, y el rencor no pudo ser expulsado, observa lo que el mejor maestro hizo aún para corregirlos.

Y Juan llamó a dos de sus discípulos y los envió al Señor, diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Evidentemente, para que al menos por esta ocasión, viendo las señales que hacía, creyeran en él, y, al preguntar el maestro, aprendieran por sí mismos. Por lo tanto, no dijo: ¿Eres tú el que ha venido?, sino ¿Eres tú el que ha de venir? Y el sentido es: Mándame, porque estoy a punto de ser ejecutado por Herodes y de descender a los infiernos, si debo anunciarte allí también, como te anuncié a los de arriba, o si no conviene que el Hijo de Dios pruebe la muerte, y enviarás a otro para estos sacramentos.

En esa misma hora curó a muchos de enfermedades, plagas y espíritus malignos, y a muchos ciegos les dio la vista. Juan había preguntado por medio de sus discípulos: ¿Eres tú el que ha

de venir, o esperamos a otro? Cristo muestra señales, no respondiendo a lo que se le había preguntado, sino al escándalo de los mensajeros.

Id, les dice, y contad a Juan lo que habéis visto y oído, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y, lo que no es menos que esto, a los pobres se les anuncia el evangelio. O bien a los pobres de espíritu, o ciertamente a los pobres de bienes, para que no haya diferencia en la predicación entre nobles e ignobles, entre ricos y necesitados. Estas cosas prueban la severidad del maestro, estas cosas prueban la verdad del preceptor, cuando todos los que pueden ser salvados son iguales ante él. Pero lo que dice:

Y bienaventurado es el que no se escandalice de mí. Y reprende a los mensajeros de Juan, que no creyeron que él era el Cristo, por el escándalo de la incredulidad, y explica a Juan lo que buscaba, que Dios es el que salva, y el Señor es el que sale de la muerte (Salmo LXVII). Pues al ver tantas señales y tan grandes virtudes, cualquiera pudo no escandalizarse, sino maravillarse. Pero la mente de los infieles sufrió un grave escándalo en él, cuando lo vio morir después de tantos milagros. ¿Qué significa entonces decir: Bienaventurado el que no se escandalice de mí, sino señalar abiertamente la abyección de su muerte y su humildad? Como si dijera claramente: Hago cosas maravillosas, pero no me avergüenzo de sufrir cosas abyectas. Por lo tanto, ya que te sigo muriendo, es muy necesario que los hombres se cuiden de no despreciar mi muerte, quienes veneran las señales.

Y cuando los mensajeros de Juan se fueron, comenzó a hablar de Juan a las multitudes. Porque la multitud circundante no conocía el misterio de la pregunta, y pensaba que Juan dudaba de Cristo, a quien él mismo había señalado, para que entendieran que Juan no preguntó por sí mismo, sino por sus discípulos, lo colma de dignas alabanzas.

¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿una caña sacudida por el viento? Lo cual, evidentemente, no lo dijo afirmando, sino negando. Pues la caña se dobla en la dirección que el viento sopla. ¿Y qué se designa por la caña, sino el ánimo carnal, que tan pronto como es tocado por el favor o la detracción, se inclina en cualquier dirección? Porque si el viento del favor humano sopla desde la boca, se alegra, se exalta, y se inclina completamente como si fuera hacia la gracia. Pero si de allí surge el viento de la detracción, de donde venía el viento de la alabanza, inmediatamente lo inclina como a otra parte hacia la violencia de la furia. Pero Juan no era una caña sacudida por el viento, porque ni la gracia lo hacía blando, ni la ira de nadie lo hacía áspero, ni lo próspero lo conocía para elevarlo, ni lo adverso para inclinarlo.

¿Pero qué salisteis a ver? ¿a un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que están en vestiduras preciosas y en delicias, están en las casas de los reyes. Pues se describe que Juan estaba vestido con pelos de camello. Por lo tanto, no militan en el reino celestial, dice, sino en el terrenal, aquellos que huyen de sufrir cosas ásperas por Dios, sino que, entregados solo a las cosas exteriores, buscan la suavidad y el deleite de la vida presente. Nadie, por lo tanto, piense que en el lujo y el cuidado de las vestiduras no hay pecado, porque si esto no fuera culpa, de ninguna manera el Señor habría alabado a Juan por la aspereza de su vestimenta. Aunque esto, que Juan no estaba vestido con ropas delicadas, puede entenderse de otra manera por significación. Pues no estaba vestido con ropas delicadas, porque no alimentó la vida de los pecadores con halagos, sino que la increpó con el vigor de una invectiva áspera diciendo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Lucas III).

¿Pero qué salisteis a ver? ¿a un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Pues el ministerio del profeta es decir lo que ha de venir, no también mostrarlo. Por lo tanto, Juan es más que un profeta, porque a aquel a quien profetizó corriendo delante, también lo anunciaba mostrándolo.

Este es de quien está escrito: He aquí, envío mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti. Lo que en griego es ángel, en latín es mensajero. Por lo tanto, correctamente se llama ángel a quien se envía a anunciar al juez supremo, para que conserve la dignidad en el nombre que cumple en la obra. Es un nombre elevado, pero la vida no es inferior al nombre. Pero también todos los que son llamados por el nombre del sacerdocio son llamados ángeles, como atestigua el profeta, que dice: Los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca buscarán la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Malaquías II). Y también cada uno de los fieles, en cuanto puede, en cuanto recibe la inspiración de la gracia suprema, si aparta al prójimo de la maldad, si se preocupa por exhortar a obrar bien, si anuncia al errante el reino eterno o el castigo, cuando ofrece palabras de santa anunciación, ciertamente es un ángel.

Porque os digo: Entre los nacidos de mujer no hay mayor profeta que Juan el Bautista. Entre los nacidos de mujer, dice. Por lo tanto, se prefiere a los hombres que nacen de mujeres y de la unión con un hombre, y no a aquel que nació de una Virgen y del Espíritu Santo. Aunque en la sentencia no prefirió a Juan a los demás profetas y patriarcas, y a todos los hombres, sino que igualó a los demás con Juan. Pues no se sigue inmediatamente que si otros no son mayores que él, él sea mayor que los demás, sino que tenga igualdad con los demás santos.

Pero el que es menor en el reino de Dios, es mayor que él. Esta sentencia puede entenderse de dos maneras. O bien llamó reino de Dios a lo que aún no hemos recibido, y en lo que aún no estamos, de donde al final dirá: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino (Mateo XXV); y cuantos santos ángeles hay allí, cualquiera de ellos menor, es ciertamente mayor que cualquier santo y justo que lleva un cuerpo que se corrompe y agrava el alma (Sabiduría IX). O si quiso que se entendiera el reino de Dios como la Iglesia de este tiempo, cuyos hijos son todos desde la institución del género humano hasta ahora, cuantos pudieron ser justos y santos, ciertamente el Señor se significó a sí mismo, que en el tiempo de nacer era menor que Juan, pero mayor en la eternidad de la divinidad y en el poder del Señor. Por lo tanto, según la primera exposición, se distingue así: Pero el que es menor en el reino de Dios. Y luego se añade: es mayor que él. Según la segunda, así: Pero el que es menor, y luego se añade: en el reino de Dios, es mayor que él.

Y todo el pueblo que oyó, y los publicanos, justificaron a Dios siendo bautizados con el bautismo de Juan. Dios mismo se justifica por el bautismo, cuando los hombres se justifican confesando sus propios pecados, como está escrito: Di tus iniquidades, para que seas justificado. Y se justifica en él, porque no se rechaza por contumacia, sino que se reconoce el don de Dios por justicia. Porque justo es el Señor, y ama las justicias (Salmo X). Por lo tanto, la justificación de Dios es si no parece haber trasladado sus dones a indignos y nocivos, sino a inocentes hechos justos por la ablución. También David dice: A ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de ti, para que seas justificado en tus palabras y venzas cuando seas juzgado (Salmo L). Por lo tanto, el que peca y confiesa su pecado a Dios, justifica a Dios, cediendo a él que vence, y esperando de él la gracia. En el bautismo, por lo tanto, se justifica a Dios, en el que hay confesión y perdón de los pecados.

Pero los fariseos y los doctores de la ley rechazaron el consejo de Dios contra sí mismos, no siendo bautizados por él. Lo que dice contra sí mismos, o en sí mismos, significa que quien

rechaza la gracia de Dios actúa contra sí mismo, o que el consejo de Dios enviado a ellos se vitupera por necios e ingratos al no querer recibirlo. Por lo tanto, el consejo de Dios es que por la pasión y muerte del Señor Jesús decidió salvar al mundo. Pero esto los fariseos y los doctores de la ley lo rechazaron, despreciando el secreto y saludable misterio, cuyos auspicios precedieron en la predicación y bautismo de Juan, pero sin embargo sirviendo a ese consejo sin saberlo y sin quererlo, según lo que el apóstol Pedro les dice de Cristo: A este, entregado por el determinado consejo y presciencia de Dios, prendido por manos de inicuos, crucificasteis y matasteis (Hechos II).

¿A quién, pues, compararé a los hombres de esta generación, y a quién son semejantes? Son semejantes a los niños que se sientan en la plaza, y se hablan entre sí, diciendo: Os tocamos la flauta, y no bailasteis. Lamentamos, y no llorasteis. La generación de los judíos se compara a los niños sentados en la plaza, porque antaño recibían a los profetas como maestros. De los cuales se dice: "De la boca de los niños y de los lactantes perfeccionaste la alabanza" (Salmo VIII). Y en otro lugar, "La declaración de tus palabras me ilumina, y da entendimiento a los pequeños" (Salmo CXVIII), es decir, a los humildes de espíritu. La plaza del Señor, o la sinagoga, o la misma Jerusalén, es donde se establecían las leyes de los preceptos celestiales. Allí estos niños, o según Mateo, hablaban a sus iguales, porque solían reprochar diariamente con su voz a los pueblos de su raza y nación, que ni a los Salmos de David al principio, ni a los lamentos proféticos después quisieron prestar atención. Cuántas veces se anunciaba la victoria sobre el enemigo o se recordaba lo hecho, y no consentían levantarse a las obras de virtud. Pues con la palabra "bailar" no se designa el giro del cuerpo sinuoso de los actores, sino la devoción diligente del corazón y la agilidad religiosa de los miembros. Cuántas veces resonaban los lamentos de los profetas sobre las destrucciones hechas o por hacer por el enemigo, y ni así los oyentes se preocupaban por acudir a los remedios de la penitencia. Canta el salmista: "Exultad a Dios nuestro ayudador, aclamad al Dios de Jacob, tomad el salmo, y dad el tamboril" (Salmo LXXX), y lo demás. Pero, ¿qué sigue? "Y mi pueblo no escuchó mi voz, e Israel no me atendió" (Ibid.). Clama el profeta: "Así dice el Señor: Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y lamento, y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos" (Joel II). Y de nuevo: "Mi vientre, mi vientre me duele, los sentidos de mi corazón están turbados en mí. No callaré, porque mi alma oyó la voz de la trompeta, el clamor de la batalla" (Jeremías IV). Y poco después: "Porque mi pueblo es necio, no me conoció, son hijos insensatos y sin juicio" (Ibid.).

Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Tiene demonio. Vino el Hijo del hombre, comiendo y bebiendo, y decís: He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores. Como (dice) entonces, así tampoco ahora recibiréis ambos caminos de salvación. Pues lo que dice, "Lamentamos, y no llorasteis", se refiere a Juan, cuya abstinencia de comida y bebida significaba el luto de la penitencia. Pero lo que dice: "Os tocamos la flauta, y no bailasteis", se refiere al mismo Señor, que al usar con los demás la comida y la bebida, figuraba la alegría del reino. Pero ellos no quisieron ni humillarse con Juan, ni alegrarse con Cristo, diciendo que aquel tenía demonio, y este era glotón y bebedor, y amigo de publicanos y pecadores. Pero lo que añade:

Y la sabiduría fue justificada por todos sus hijos, muestra que los hijos de la sabiduría entienden que la justicia no está ni en abstenerse ni en comer, sino en la ecuanimidad de soportar la escasez, y en la templanza de no corromperse por la abundancia, y en tomar o no tomar oportunamente aquello cuya concupiscencia, no su uso, es censurable. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo. Y porque los hombres suelen alegrarse mucho con los banquetes carnales, añadió, "En el Espíritu Santo". De otro modo. La

sabiduría fue justificada por todos sus hijos, es decir, la dispensación y doctrina de Dios, que "resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Santiago IV), ha sido aprobada como justa por sus fieles. De cuyo número son también aquellos de los que se dice arriba: "Y todo el pueblo que lo oyó, y los publicanos justificaron a Dios". Amén.

LIBRO TERCERO.

La santísima historia de María penitente, que es el capítulo de nuestro tercer libro sobre Lucas, aunque para disminuir el trabajo de los lectores se inicia con un nuevo comienzo, sin embargo, en la conexión de los hechos mira al final del segundo libro. Pues porque anteriormente, ya sea en persona del evangelista, ya del Señor Salvador (como a algunos les pareció), se había dicho: "Y todo el pueblo que lo oyó, y los publicanos justificaron a Dios, bautizados con el bautismo de Juan". Si interpretas que fue dicho por el Señor, se entiende que el pueblo que oyó a Juan está designado. Si fue interpuesto por el evangelista, queda entender que oyó al mismo Señor, discutiendo sobre la grandeza de Juan. Pero los fariseos y los doctores de la ley despreciaron el consejo de Dios para sí mismos, no siendo bautizados por él. El mismo Evangelista prosigue demostrando con hechos lo que había propuesto con palabras, a saber, que la sabiduría fue justificada por todos sus hijos, es decir, tanto por los justos como por los que después de la injusticia se arrepienten, comprobándolo con un ejemplo muy adecuado.

CAPÍTULO XXVIII.

Le rogaba, dice, uno de los fariseos que comiera con él. Y entrando en la casa del fariseo, se reclinó. Y he aquí una mujer que era en la ciudad, pecadora, al saber que estaba reclinado en la casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con unguento. El alabastro es un tipo de mármol blanco, con vetas de varios colores, que suelen ahuecar para hacer vasijas de unguento, ya que se dice que conserva muy bien lo que contiene sin corromperse. Se encuentra cerca de Tebas en Egipto y Damasco en Siria, más blanco que los demás, pero el más apreciado es el de la India. Algunos dicen que esta no es la misma mujer que, cuando se acercaba la pasión del Señor, ungió su cabeza y pies con unguento, porque esta lavó con lágrimas y secó con su cabello los pies, y se la llama claramente pecadora; de aquella no se escribió nada similar, ni pudo ser digna de ungir la cabeza del Señor inmediatamente. Sin embargo, quienes investigan más diligentemente, encuentran que la misma mujer, María Magdalena, hermana de Lázaro, como narra Juan, realizó el mismo servicio dos veces. Una vez en este lugar, cuando primero acercándose con humildad y lágrimas, mereció el perdón de los pecados. Pues Juan, aunque no narra cómo sucedió como Lucas, sin embargo, al elogiar a María, la menciona cuando comenzó a hablar de su hermano resucitado. Había, dice, un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y Marta su hermana. (María era la que ungió al Señor con unguento, y secó sus pies con sus cabellos [Juan XI]). La segunda vez en Betania (pues primero sucedió en Galilea) ya no como pecadora, sino como mujer casta, santa y devota a Cristo, se encuentra que ungió no solo los pies, sino también la cabeza. Lo cual también concuerda bellamente con las reglas de la alegoría. Porque cada alma fiel, primero humillada a los pies del Señor y absuelta de pecados, se inclina; luego, con méritos que crecen con el tiempo, con el fervor de la fe alegre, perfuma la cabeza del Señor con el aroma de los unguentos. Y la misma Iglesia universal de Cristo, en el presente, celebrando los misterios de su encarnación, que se designa con el nombre de pies, rinde devotos servicios a su Redentor. En el futuro, tanto la gloria de su humanidad como la eternidad de su divinidad, porque la cabeza de Cristo es Dios, contemplando simultáneamente, con alabanzas perpetuas de confesión, como con nardo puro glorifica. Trajo, pues, dice, un frasco de alabastro con unguento.

Y estando detrás, junto a sus pies, comenzó a regar sus pies con lágrimas, y los secaba con los cabellos de su cabeza. Y besaba sus pies, y los ungía con unguento. Es evidente para todos que la mujer, antes dedicada a actos ilícitos, usaba el unguento para el olor de su carne. Lo que, pues, se había exhibido a sí misma de manera vergonzosa, ahora lo ofrecía a Dios de manera loable. Con sus ojos había codiciado cosas terrenales, pero ahora, quebrantándolos por la penitencia, lloraba. Había exhibido sus cabellos para la composición de su rostro, pero ahora con sus cabellos secaba las lágrimas. Con su boca había hablado con soberbia, pero besando los pies del Señor, fijaba esto en las huellas de su Redentor. Cuantos placeres tuvo en sí misma, tantos holocaustos encontró de sí misma. Convirtió en número de virtudes el número de crímenes, para que todo sirviera a Dios en penitencia, todo lo que de sí misma había despreciado a Dios en culpa.

Pero viendo el fariseo que lo había invitado, dijo para sí, diciendo: Si este fuera profeta, sabría ciertamente quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora. He aquí el fariseo verdaderamente soberbio en sí mismo, falsamente justo, reprende a la enferma por su enfermedad, al médico por su ayuda, quien también estaba enfermo de la herida de la soberbia, y no lo sabía. Por lo cual es siempre necesario que cuando vemos a algunos pecadores, primero nos lamentemos de nosotros mismos en su calamidad. Porque tal vez en cosas similares hemos caído, o podemos caer, si no hemos caído. Y si la censura del magisterio debe siempre perseguir los vicios con la virtud de la disciplina, sin embargo, es necesario que discernamos cuidadosamente, porque debemos severidad a los vicios, compasión a la naturaleza. Pero ya escuchemos con qué sentencia es convencido este soberbio y arrogante.

Dos, dice, deudores había a cierto prestamista. Uno debía quinientos denarios, el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. ¿Quién, pues, lo amará más? Respondiendo Simón, dijo: Estimo que aquel a quien más perdonó. En lo cual es de notar que mientras el fariseo es convencido por su propia sentencia, como un frenético lleva la cuerda con la que será atado. Se enumeran los bienes de la pecadora, se enumeran los males del falso justo, cuando se dice:

Entré en tu casa, no diste agua para mis pies. Esta, en cambio, ha regado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso. Esta, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite, esta, en cambio, ha ungido mis pies con unguento. Después de la enumeración, se añade la sentencia.

Por lo cual te digo, se le perdonan sus muchos pecados, porque amó mucho. ¿Qué creemos que es el amor, sino fuego? ¿Y qué son las culpas, sino herrumbre? Por lo cual se dice: "Se le perdonan sus muchos pecados, porque amó mucho". Como si claramente se dijera: Incendió completamente la herrumbre del pecado, porque arde intensamente por el fuego del amor. Pues cuanto más se consume la herrumbre del pecado, tanto más el corazón del pecador se quema con el gran fuego de la caridad. He aquí que la que había venido enferma al médico, ha sido sanada, pero de su salud aún otros enferman; pues sigue:

Y comenzaron los que estaban a la mesa a decir entre sí: ¿Quién es este que también perdona pecados? Pero el médico celestial no mira a los enfermos, a quienes ve que se hacen peores por el medicamento. A la que había sanado, la confirma con la sentencia de su piedad, diciendo:

Fides tua te salvam fecit, vade in pace. Fides etenim salvam fecit, quia hoc quod petiit posse se accipere non dubitavit, sed ipsam quoque spei certitudinem jam ab illo acceperat, a quo per spem etiam salutem quaerebat. In pace autem ire praecipitur, ut a veritatis itinere in viam scandali ulterius non derivetur. Haec historica expositione dicta sint, nunc mystici intellectus secreta videamus. Quem namque Pharisaeus de falsa justitia praesumens, nisi Judaicum populum? quem peccatrix mulier, sed ad vestigia Domini veniens et plorans, nisi conversam gentilitatem designat? Rogabat autem Pharisaeus Dominum, ut manducaret cum illo, quia populus idem quem venientem credere noluit venturum sperare non desiit, imo votis precatoriis, ut veniat, optare dicens: Excita potentiam tuam, et veni, ut salvos facias nos (Salmo LXXIX). Domino quippe cum Pharisaeo manducare est, de credentis populi devotione mentis gaudia suscipere. Unde ipse alibi creditura Samaria discipulis ait: Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis (Juan IV). Illisque haesitantibus quid diceret, exponens ait: Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui me misit, ut perficiam opus ejus (Ibid.). Et ingressus, inquit, domum Pharisaei, discubuit. Domus Pharisaei, ipsa legis prophetarumque custodia est, in qua se populus Judaeorum mansionem continuae conversationis habere gloriabatur. Quam Dominus ingressus est, quia temporaliter in carne apparens, non venit solvere legem aut prophetas, sed adimplere. Discubuit autem, quia qui in sublimitate suae majestatis intelligi non poterat, formae servilis humilitatem, qua videri posset, assumpsit. Cognovit itaque mulier quae erat in civitate, peccatrix, quod accubuit in domo Pharisaei, quia gentilitas immundis prius actibus in saeculi conversatione devincta, fama sermonis apostolici didicit, quod misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege, ut eos qui sub lege erant redimeret (Gálatas IV). Atque in domo Pharisaei, non Pharisaeus, sed illa justificatur, dum populus Judaeorum litteram tantum legis, nos autem et gratiam Spiritus in lege sequimur. Ille Jesum non esse prophetam, eo quod peccatores recipiat, aestimat; nos vero hunc etiam Deum verum, qui peccatores justificare possit, agnoscimus. Attulit autem mulier alabastrum unguenti. Quid in unguento nisi bonae odor opinionis exprimitur? Unde et Paulus dicit: Christi bonus odor sumus Deo in omni loco (II Corintios II). Si igitur recta opera agimus, quibus opinionis bonae odore Ecclesiam respergamus, quid in Domini corpore nisi unguentum fundimus? Sed secus pedes mulier stetit. Contra pedes enim Domini stetimus, cum in peccatis positi, ejus itineribus retinebamur. Sed si ad veram poenitentiam post peccata convertimur, jam retro secus pedes stamus, quia ejus vestigia sequimur quae impugnabamus. Lacrymis mulier pedes rigat, quod nos quoque veraciter agimus, si quibuslibet ultimis membris Domini per compassionis affectum inclinemur, si sanctis ejus in tribulatione compatimur, si eorum tristitiam nostram putamus. Capillis mulier pedes quos rigaverat tersit. Capilli quippe superfluunt corpori. Et quid abundans terrena substantia, nisi capillorum speciem tenet? Quae dum ad usum necessitatis superfluit, etiam abscissa non sentit. Capillis ergo pedes Domini tergimus, quando sanctis ejus, quibus ex charitate compatimur, etiam ex his quae nobis superfluunt miseremur, quatenus sic mens per compassionem doleat, ut etiam manus larga effectum doloris ostendat. Osculatur mulier pedes quos tergit. Quod nos quoque plene agimus, si studiose diligimus quos ex largitate continemus, ne gravis nobis sit necessitas proximi, ne ipsa ejus indigentia quae sustentatur fiat onerosa, et cum manus necessaria tribuit, animus a dilectione torpescat. Potest quoque per pedes ipsum mysterium incarnationis ejus intelligi, quo divinitas terram tetigit, quia carnem sumpsit. Verbum enim caro factum est, et habitavit in nobis (Juan I). Osculamur igitur pedes Redemptoris, cum mysterium incarnationis ejus ex toto corde diligimus. Unguento pedes unguimus, cum ipsam humanitatis ejus potentiam sacri eloquii bona opinione praedicamus. Sed hoc Pharisaeus videt, et invidet. Quia cum Judaicus populus gentilitatem Deum praedicare conspicit, sua apud se malitia tabescit. Sed Redemptor noster facta ei mulieris, quasi bona gentilitatis enumerat, ut in quo malo jaceat agnoscat. Intravi in domum tuam, aquam pedibus meis non dedisti. Haec autem lacrymis rigavit pedes meos.

Aqua quippe extra nos est, lacrymarum humor intra nos. Quia videlicet infidelis ille populus, nec ea quae extra se erant unquam pro Domino tribuit; conversa autem gentilitas pro ea non solum rerum substantiam, sed etiam sanguinem fudit. Osculum mihi non dedisti. Haec autem, ex quo intravit, non cessavit osculari pedes meos. Osculum quippe dilectionis est signum. Et infidelis ille populus, Deo osculum non dedit, quia ex charitate Deum amare noluit, cui ex timore servivit. Vocata autem gentilitas, Redemptoris sui vestigia osculari non cessat, quia in ejus amore continuo suspirat. Oleo caput meum non unxisti. Si pedes Domini mysterium incarnationis accipimus, congrue per caput illius ipsa Divinitas designatur. Unde et per Apostolum dicitur: Caput Christi Deus (I Corintios XI). In Deo quippe, et non se, quasi in homine credere Judaicus populus fatebatur. Sed Pharisaeo dicitur, Oleo caput meum non unxisti, quia ipsam quoque Divinitatis potentiam, in qua se Judaicus populus credere spondit, digna laude praedicare neglexit. Haec autem unguento unxit pedes meos. Quia dum incarnationis ejus mysterium gentilitas credidit, summa laude etiam ejus ima praedicavit. Duo quoque debitores, de quibus Simonis paradigma opponitur, utrumque populum, Judaeorum scilicet et gentium, designant, qui uno feneratori, id est, suo Creatori, non materialem pecuniam, sed propriae salutis nummum debebant. Conditor etenim noster, quos ad imaginem et similitudinem suam creavit, quasi commodato ad servandum sublimavit denario. Nam denarius solet regis imagine ac nomine formari. Omni autem cui multum datum est, multum quaeretur ab eo. Et cui multum commendaverunt, plus petunt ab eo. Et quidem utriusque populi debitum, per quinarium numerum multiplicatur. Quia videlicet quinque sunt sensus, quibus in hac vita utentes, imaginem quam accepimus nostri Conditoris excolere debemus: sed minus debet populus, cui legis decalogus per servum data est. Amplius autem, cui gratia vitae aeternae per filium commissa. Ideoque hujus per denarium, illius per centenarium numerum fenus accumulatur, quem ad regni coelestis, quod dextris dabitur, significationem pertinere nemo qui dubitet. Neque enim frustra eodem flexu digitorum, quo denarius in laeva, ipse figuratur in dextera. Nisi quia et nunc opera Decalogi, quae littera non poterat, fides perficit, et in futuro reddet unicuique secundum opera ejus, his quidem qui secundum patientiam boni operis gloriam, et honorem, et incorruptionem, quaerentibus vitam aeternam. Verum, quia neutri nostris viribus, sed illius gratia salvi facti sumus per fidem, recte dicitur: Non habentibus illis unde redderent, donavit utrisque. Et utique plus diligit, cui plus donatur. Cui autem minus dimittitur, minus diligit. Quia sive bona perficiendae, quam accepimus scientiae, seu vitandae quam incurrimus insipientiae, velis intelligere, multo utique plus Ecclesiae quam Synagogae donatur, quae et foediori quondam, ut pote quam nullus doctor prohibuit, idololatriae sorde corrupta est, sed ubi abundavit peccatum, superabundavit gratia (Romanos V), et majori nunc est perfectionis evangelicae sublimata praeconio. Cui dicitur: Quia multi prophetae et justii cupierunt videre quae vos videtis, et non viderunt; et audire quae auditis, et non audierunt (Mateo XIII). Congruit sane huic loco quod Numerorum historia refert, divisis aequaliter caesorum Madianitarum spoliis, eos quidem qui de pugna venerunt, quingentesimum de sua portione caput, caeteros vero quinquagesimum Domino dedisse. Quia et magna offert qui se in castris virtutem exercendo tutum ab incursione conservat hostili, sed majora utique qui gladium verbi vibrando, innumeras adversarii exercitus copias sternit.

CAPUT VIII.

Et factum est deinceps, et ipse iter faciebat per civitatem et castellum, praedicans et evangelizans regnum Dei, et duodecim cum illo. Videmus in Christi discipulis impletum quod de antiquo illo Hebraeorum populo legimus dictum. Nec mirum, quia unus utriusque Testamenti Deus ipse per filium benedictionem dabit, qui legem dedit per famulum. Sicut (inquit) aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans, expandit alas suas,

et assumpsit eum, et portavit in humeris suis (Deuteronomio XXXII). Nam sicut mox nati pulli, donec plumescant, aera volando superare non valent: ita quique fideles, ut ad coelestia pervolanda sufficiant, in nido prius fidei necesse est virtutum penna se vestiant. Ita ipsi fidelium doctores apostoli pedetentim ad sublimia, quatenus et aliis erudiendis praefici possint, ascendunt. Prius siquidem Dominus docet in synagogis, miracula facit, famam ubique dispergit, convenientes ad se turbas suscipit, curat, instruit. Hinc discipulos facit, in sponsi nuptiis reficit, per sata ducit, atque a calumniatoribus Pharisaeis, quasi teneros aquila pullos a serpentinis morsibus allato aetate defendit. Ex his duodecim, quos apostolos nominat, eligit, sed et hos primo praesente turba docet, comminante cum eis turba, solita miseris beneficia reddit. Postmodum vero, ut in praesenti lectum est, per civitates et castella praedicans, solos secum, qui eum familiariter audiant, retinet, solis mysteria regni Dei, quae caeteris parabolatim dixerat, exponit. Ac si demum virtutum suarum ostensione, quasi alarum protectione firmatis, dat et illis potestatem curandi, mittitque praedicare regnum Dei.

Et mulieres aliquae, quae erant curatae ab spiritibus malignis, et infirmitatibus. Maria quae vocatur Magdalene, de qua daemonia septem exierant. Maria Magdalene, ipsa est cujus tacito nomine proxima lectio poenitentiam narrat. Nam pulchre ac reverenter evangelista, ubi eam cum Domino iter facere, eique de facultatibus suis ministrare commemorat, noto hanc vocabulo manifestat. Ubi vero peccatricem, sed poenitentem describit, mulierem generaliter dicit; ne videlicet tantae nomen famae, quo per omnes hodie veneratur Ecclesias, prisca erroris nota fuscaret. De qua daemonia septem exisse referuntur, ut innumeris, imo universis vitiis plena fuisse monstretur. Nam quia septenis diebus saecula currunt, septenario saepe numero solet in Scripturis universitas intimari. Unde et sancti quoque Spiritus gratiam propheta septem virtutum distinctione complectitur.

Et Joanna, uxor Chuza, procuratoris Herodis. Si Maria mundatam a sorde vitiorum Ecclesiam de gentibus insinuat, cur non Joanna eadem designat Ecclesiam, quondam quidem idolorum cultui subditam, sed jam nunc Christi pietate redemptam? Nam quilibet malignus spiritus, ad deceptionem generis humani promptus, dum pro regno diaboli facit, quasi Herodis impiissimi procurator existit.

Et Susanna, et aliae multae, quae ministrabant ei de facultatibus suis. Consuetudinis Judaicae fuit, nec ducebatur in culpam, more gentis antiquo, ut mulieres de substantia sua victum atque vestitum praeceptoribus ministrarent. Hoc quia scandalum facere poterat in nationibus, Paulus se abjecisse memorat: Nunquid non habemus potestatem sorores mulieres circumducendi, sicut et caeteri apostoli faciunt (I Corintios IX)?---Ministrabant autem Domino de substantia sua, ut meteret earum carnalia, cujus illae metebant spiritualia. Non quod indigeret cibus Dominus creaturarum, sed ut typum ostenderet magistrorum, quod victu atque vestitu ex discipulis deberent esse contenti. Interpretatur autem Susanna lilius, aut gratia ejus. Sed melius, si femininum nomen figuretur a lilio, credo propter odoriferum coelestis fidei candorem, aurosumque internae dilectionis ardorem. Joanna, Dominus gratia ejus, vel Dominus misericors; videlicet quia ejus est omne quod vivimus. Maria, amarum mare, propter utique insitum poenitentiae rugitum, quo vel ipsa Maria, vel nos singuli, vitia prisca deflemus, ut ad gratiam splendoremque pervenire mereamur aeternum. Magdalene, turris; sed melius sicut a monte montanus, ita turrensis a turre dicatur. Illa scilicet cui Psalmista canit: Deduxisti me, quia factus es spes mea, turris fortitudinis a facie inimici (Salmo LX).

Cum autem turba plurima conveniret, et de civitatibus properarent ad eum, dixit per similitudinem: Exiit qui seminat seminare semen suum. Hanc parabolam Dominus ideo per seipsum exponere dignatus est, ut figurate se loqui innotesceret, rerumque significationes in

iis etiam quae per semetipsum noluit explanare, doceret esse quaerendas. Sed quia semen, quod verbum Dei sit, terramque variam, quod diversum cor auditorum significet, ipse Dominus aperuit, satorum quem nobis quaerendum reliquit, nullum melius quam Filium Dei intelligere possumus, qui exiit seminare semen suum, quia de sinu Patris, quo creaturae non erat accessus, egrediens, ad hoc venit in mundum ut testimonium perhiberet veritati. Unde bene juxta evangelistas alios hanc parabolam dicturus, de domo exisse, mare adisse, navem conscendisse perhibetur, ipsum nimirum situ corporis quod processu sermonis insinuans.

Et dum seminat, aliud cecidit secus viam, et conculcatum est, et volucres coeli comederunt illud. Quae Dominus exposuit, pia fide suscipienda sunt. Quae autem tacita nostrae intelligentiae dereliquit, perstringenda sunt breviter. Semen quod secus viam cecidit, duplici laesura disperiit, et a viantibus scilicet conculcatum, et a volucribus raptum. Via est ergo cor, sedulo malarum cogitationum transitu attritum atque arefactum, ne verbi semen excipere ac germinare sufficiat. Atque ideo quidquid boni seminis vicinia talis viae contingit, pessimae cogitationis meatu conculcatum, a daemonibus eripitur. Qui volucres coeli, sive quia coelestis spiritualisque sint naturae, seu quia per aera volitant, appellantur.

Et aliud cecidit super petram, et natum aruit, quia non habebat humorem. Petram hic recte dicit, durum et indomitum cor, ac nullo verae fidei vomere penetratum. Hoc est autem humor ad radicem seminis quod juxta aliam parabolam, oleum ad lampades virginum nutriendas, id est, amor et perseverantia virtutis.

Et aliud cecidit in terram bonam. Et ortum fecit fructum centuplum. Fructum centuplum, fructum perfectum dicit. Nam denarius numerus pro perfectione semper accipitur, quia in decem praeceptis legis custodia continetur. Activa enim et contemplativa vita, simul in decalogi mandatis conjuncta est, quia in eo et amor Dei, et amor servari proximi jubetur. Amor quippe Dei, ad contemplativam, amor vero proximi pertinet ad activam. Denarius autem numerus per semetipsum multiplicatus, in centenarium surgit. Unde recte per centenarium magna perfectio designatur, sicut de illo qui sua pro Domino terrena relinquit, dicitur: Centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit (Mateo XIX). Quia quisquis pro Dei nomine temporalia atque terrena contemnit, et hic perfectionem mentis recipit, ut jam ea non appetat quae contemnit, et in sequenti saeculo ad aeternam vitae gloriam pervenit. Terra ergo bona fructu centuplo fecundatur, quando cor docile virtutum spiritualium perfectione donatur.

Haec dicens, clamabat: Qui habet aures audiendi, audiat. Quoties haec admonitiuncula, vel in Evangelio, vel in Apocalypsi Joannis interponitur, mysticum esse quod dicitur, quaerendumque a nobis intentius ostenditur.

Interrogabant autem eum discipuli ejus quae esset haec parabola. Nemo putet finita mox parabola discipulos haec interrogasse Salvatorem, sed, ut Marcus ait, cum esset singularis, interrogaverunt eum ei qui cum eo erant duodecim, parabolas. Et dicebat eis: Vobis datum est nosse mysterium regni Dei.

Caeteris autem in parabolis, ut videntes non videant, et audientes non intelligant. Marcus ita dicit: Illis autem qui foris sunt, in parabolis omnia fiunt (Marcos IV). Ideoque et nos cum discipulis Christi intremus in sanctuarium Dei, ut intelligamus in novissima mysteriorum regni Dei. Nam qui appropinquant pedibus ejus, accipient de doctrina illius, dicentes cum Psalmista · Revela oculos nostros, et considerabimus mirabilia de lege tua (Salmo CXVIII). Recte itaque in parabolis audiunt, et in aenigmate, qui clausis sensibus cordis, neque intrare,

neque curant cognoscere veritatem, obliti dominicae praeceptionis: Qui habet aures audiendi, audiat (Mateo XI).

Quienes están junto al camino son aquellos que escuchan. Luego viene el diablo y quita la palabra de su corazón, para que no crean y se salven. Sobre esta semilla, Marcos escribe: Estos son los que están junto al camino, donde se siembra la palabra. Y cuando la oyen, inmediatamente viene Satanás y la quita. Mateo dice: Todo el que oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno y la arrebatada. De esto se enseña claramente que aquellos sembrados junto al camino son los que no se dignan recibir la palabra que oyen con fe, entendimiento, ni siquiera con una ocasión tentativa de utilidad. Además, sobre la roca y entre espinas (como el Señor explica) se siembran aquellos que, aunque prueban la utilidad de la palabra oída y saborean el deseo, no llegan a lo que prueban, ya que las adversidades de esta vida los asustan o las prosperidades los halagan y retrasan. Contra ambos daños, el que recibió la semilla se preocupaba por protegerla, quien dijo: Por las armas de la justicia, a diestra y a siniestra; por la gloria y la ignominia, por la infamia y la buena fama, como engañadores y veraces (II Cor. VI). Por lo tanto, en estos tres tipos de tierra, se designa a todos los que oyen la palabra y no la hacen. De todos estos, quien guarda la semilla recibida es buena tierra. Se exceptúan ciertamente los judíos y gentiles, que ni siquiera merecen escuchar.

Lo que cayó entre espinas son aquellos que escucharon, y yendo, son ahogados por las preocupaciones, riquezas y placeres de la vida, y no dan fruto. Es sorprendente cómo el Señor interpretó las espinas como riquezas, cuando aquellas pinchan y estas deleitan. Y sin embargo, son espinas porque con las punzadas de sus pensamientos laceran la mente, y cuando llevan al pecado, como si infligieran una herida, la hacen sangrar. Bien en este lugar, según otro evangelista, el Señor no llama a las riquezas simplemente riquezas, sino riquezas engañosas. Son engañosas porque no pueden permanecer con nosotros por mucho tiempo. Son engañosas porque no expulsan la pobreza de nuestra mente. Solo las verdaderas riquezas son las que nos hacen ricos en virtudes. Es de notar que al explicar, el Señor dice que las preocupaciones, placeres y riquezas ahogan. Ahogan porque con sus pensamientos importunos estrangulan la garganta de la mente: y mientras no permiten que el buen deseo entre al corazón, como si mataran la entrada del aliento vital. También es de notar que hay dos cosas que se unen a las riquezas, a saber, las preocupaciones y los placeres, porque ciertamente oprimen la mente por el cuidado y la relajan por la abundancia: en efecto, con cosas contrarias, hacen a sus poseedores tanto afligidos como resbaladizos. Pero como el placer no puede coincidir con la aflicción, en un momento los afligen por la preocupación de su custodia, y en otro los ablandan por la abundancia hacia los placeres.

Lo que cayó en buena tierra son aquellos que en un corazón bueno y óptimo oyen la palabra, la retienen y dan fruto con paciencia. La buena tierra (como hemos dicho antes) hace lo contrario a todas las tres variedades de tierra mala, y recibe con gusto la semilla de la palabra, y lo que recibe lo guarda pacientemente hasta el tiempo de los frutos, tanto en adversidades como en prosperidades. De otra manera. La buena tierra da fruto con paciencia, porque ciertamente no hay bienes que hagamos si no soportamos con ecuanimidad también los males de los prójimos. Cuanto más alto haya progresado alguien, tanto más encuentra en este mundo lo que más duramente soporta. Porque mientras el amor de nuestra mente se aleja del presente siglo, la adversidad del mismo siglo crece. De ahí que veamos a muchos hacer el bien, y sin embargo sudar bajo el pesado yugo de las tribulaciones. Pero según la voz del Señor, dan fruto con paciencia. Porque cuando humildemente reciben los azotes, después de los azotes son recibidos en el descanso de manera sublime. Lo que según Mateo se dice: Y da

fruto, y hace uno ciento, otro sesenta, y otro treinta, los treinta se refieren a los matrimonios. Pues la misma unión de los dedos, como un suave beso que se abraza y se une, representa al esposo y la esposa. Los sesenta a las viudas, porque están puestas en angustia y tribulación. Por eso también se deprimen en el dedo superior. Cuanto mayor es la dificultad de abstenerse de las tentaciones de los placeres experimentados, tanto mayor es la recompensa. Pero el número cien, por favor, lector, atiende diligentemente, se transfiere de la izquierda a la derecha, y con los mismos dedos, pero no con la misma mano, con los que en la mano izquierda se significan las casadas y las viudas, haciendo un círculo, expresa la corona de la virginidad. De otra manera. El fruto treinta lo produce la palabra que edifica la fe de la santa Trinidad. El sesenta, que enseña la perfección de la obra. Porque son seis días en los que se debe trabajar. El ciento, que predica la vida eterna a la derecha del reino.

Nadie enciende una lámpara y la cubre con un vaso, o la pone debajo de la cama, sino que la pone sobre el candelero, para que los que entren vean la luz. Porque había dicho antes a los apóstoles: A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los demás en parábolas, ahora muestra que por ellos en algún momento también a los demás el mismo misterio será revelado, y el pecho de todos los que entren en la casa de Dios será iluminado con las llamas de la fe. Con estas palabras también enseña típicamente la confianza en la predicación, para que nadie por temor a los inconvenientes carnales oculte la luz del conocimiento que conoce. Con el nombre de vaso y cama se designa la carne; con el nombre de lámpara, la palabra. Quien por miedo (como dije) a los inconvenientes carnales la oculta, ciertamente antepone la carne a la manifestación de la verdad, y así cubre la palabra que teme predicar. Pone la lámpara sobre el candelero quien somete su cuerpo al ministerio de Dios, para que la predicación de la verdad sea superior, y el servicio del cuerpo inferior, pero a través del mismo servicio del cuerpo brille más la doctrina, que a través de los oficios corporales, es decir, a través de la voz y la lengua y los demás movimientos del cuerpo; se insinúa en las buenas obras a los que aprenden. Por lo tanto, pone la lámpara sobre el candelero, cuando dice el Apóstol: No lucho como quien golpea el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea hallado reprobado (I Cor. IX).

No hay nada oculto que no se manifieste, ni escondido que no se conozca y salga a la luz. No os avergoncéis (dice) del Evangelio de Dios, sino que entre las tinieblas de los perseguidores, levantad la luz de la palabra sobre el candelero de vuestro cuerpo, reteniendo con mente fija aquel día de la retribución final, en el que Dios iluminará lo oculto de las tinieblas, y manifestará los pensamientos de los corazones (I Cor. IV). Entonces también a vosotros os espera alabanza de Dios, y al adversario de la verdad, castigo eterno.

Mirad, pues, cómo oís. Nos enseña insistentemente a escuchar la palabra, para que podamos rumiarla continuamente en nuestro pecho y eructarla para el oído ajeno.

Porque al que tiene, se le dará. Y a cualquiera que no tiene, aun lo que piensa tener, se le quitará. Con toda (dice) intención, dad atención a la palabra que oís. Porque al que tiene amor por la palabra, se le dará también el sentido para entender lo que ama. Pero al que no tiene amor por oír la palabra, aunque piense que es hábil por naturaleza o por ejercicio literario, no gozará de la dulzura de la verdadera sabiduría. Y aunque esto se diga especialmente de los apóstoles, a quienes, poseyendo caridad y fe, se les dio conocer el misterio del reino de Dios, y de los judíos infieles, que viendo en parábolas no veían, y oyendo no entendían, que ciertamente perderían la letra de la ley en la que se gloriaban, puede sin embargo también entenderse en general, porque a menudo el lector ingenioso se priva de la sabiduría por negligencia, que el simple pero estudioso degusta elaborando. Por eso a menudo también el

desidioso recibe ingenio, para que sea castigado más justamente por su negligencia, porque desprecia saber lo que pudo alcanzar sin esfuerzo. Y por eso a veces el estudioso es oprimido por la lentitud de la inteligencia, para que encuentre mayores premios de retribución, cuanto más se esfuerza en el estudio de la invención.

Vinieron a él su madre y sus hermanos, y no podían acercarse a él por la multitud. Los hermanos del Señor no deben ser considerados, según Helvidio, como hijos de la bienaventurada siempre virgen María, ni como hijos de José de otra esposa, según algunos, sino que deben entenderse más bien como sus parientes, como ya hemos discutido antes. Ciertamente, el hecho de que el Señor, al ser solicitado por su madre y hermanos, disimule salir del oficio de la palabra, no rechaza los deberes de la piedad materna, cuyo mandamiento es: Honra a tu padre y a tu madre (Éxodo XX); sino que demuestra que debe más a los misterios del Padre que a los afectos maternos, recomendándonos con su ejemplo lo mismo que con su palabra: El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí (Mateo X). No desprecia injuriosamente a los hermanos, sino que prefiriendo la obra espiritual a la relación carnal, enseña que el vínculo de los corazones es más religioso que el de los cuerpos. Místicamente, esta lectura concuerda con la anterior, donde se dice de los judíos que solo miran la letra de la ley: Y a cualquiera que no tiene, aun lo que piensa tener, se le quitará. Porque la madre y los hermanos de Jesús son la sinagoga, de cuya carne nació, y el pueblo de los judíos: que, mientras el Salvador enseña dentro, viniendo no pueden entrar, porque descuidan entender espiritualmente sus palabras. Pues la multitud que se adelanta entra en su casa, porque, mientras Judea difiere, la gentilidad acude a Cristo, y los misterios internos de la vida, cuanto más cercana por la fe, tanto más capacitada por la mente, los absorbe. Según lo que dice el salmo: Acercaos a él, y seréis iluminados (Salmo XXXIII).

Y se le anunció: Tu madre y tus hermanos están afuera, queriendo verte. Dentro está la palabra, dentro está la luz; de donde arriba: Para que los que entren (dice) vean la luz. Si, pues, los que están afuera ni siquiera son reconocidos como parientes, y tal vez no son reconocidos por nuestro ejemplo, ¿cómo seremos reconocidos nosotros si estamos afuera? Porque los que están afuera quieren ver al Señor, que no buscan el sentido espiritual en la ley, se han fijado afuera en la custodia de la letra, y como que obligan a Cristo a salir para enseñar cosas carnales, más que consentir en entrar para aprender las espirituales.

Él, respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son estos que oyen la palabra de Dios y la hacen. Toda la perfección de la vida celestial se comprende en estos dos, a saber, oír la palabra de Dios y hacerla. De donde arriba el Señor, exponiendo la parábola de la semilla, dice que aquellos que solo reciben la palabra por el oído son tierra reprobada; buena tierra son aquellos que en un corazón bueno y óptimo retienen la palabra que oyen, y dan fruto con paciencia. Los que son llamados madre del Señor, porque lo engendran diariamente en la mente de los prójimos, ya sea con su ejemplo o con su palabra. También son sus hermanos, cuando ellos mismos hacen la voluntad de su Padre que está en los cielos.

Aconteció un día que él entró en una barca con sus discípulos, y les dijo: Pasemos al otro lado del lago. Y subieron. En esta navegación, el Señor se digna mostrar ambas naturalezas de su única y misma persona, mientras el que como hombre duerme en la barca, como Dios con su palabra calma la furia del mar. Además, según la alegoría, el mar o lago que desea cruzar con los suyos, se entiende como el oscuro y amargo oleaje del siglo presente. La barca que suben no se entiende mejor que como el árbol de la pasión del Señor. Con cuyo beneficio, los fieles, ayudados, después de haber cruzado las olas del mundo, obtienen la morada de la patria celestial como la estabilidad de una orilla segura. Que el Salvador suba a una barca con sus discípulos, en otro lugar lo explica, cuando, habiendo anunciado el misterio

de su pasión y resurrección, enseguida decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame.

Mientras navegaban, él se durmió. Mientras los discípulos navegaban, Cristo se durmió, porque mientras los fieles pisan el mundo, y meditan en su mente el descanso del reino futuro, y ya sea por el segundo soplo del Espíritu Santo, o por el esfuerzo del propio remo, arrojan con empeño los infieles fastos del mundo tras de sí, de repente llega el tiempo de la pasión del Señor. Por eso bien dice Marcos que esto ocurrió al caer la noche, para que no solo el sueño del Señor, sino también la misma hora de la luz que se va, signifique la puesta del verdadero sol.

Y descendió una tormenta de viento en el lago, y se llenaban, y estaban en peligro. Cuando el Señor sube a la popa de la cruz, donde tomaría el sueño de la muerte, las olas de los blasfemos perseguidores, excitadas por los demonios, se levantan. Sin embargo, no se turba su paciencia, sino que la debilidad de los discípulos se sacude, tiembla, está en peligro.

Acercándose, lo despertaron, diciendo: Maestro, perecemos. Despiertan al Señor los discípulos, para que, mientras él duerme, no perezcan por la ferocidad de las olas, porque habiendo visto su muerte, buscaban con grandes deseos su resurrección, para que si él permanecía más tiempo dormido en la muerte de la carne, su mente no pereciera en la muerte espiritual para siempre. Por eso bien sigue:

Él, levantándose, reprendió al viento y a la tempestad del agua, y cesó, y se hizo bonanza. Reprendió al viento al levantarse, porque, celebrada la resurrección, abatió la soberbia del diablo, al destruir por la muerte a aquel que tenía el imperio de la muerte. También hizo cesar la tempestad del agua al levantarse, porque la rabia insensata de los judíos, que moviendo la cabeza clamaban: Si es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él, la debilitó al resurgir del sepulcro. Donde, según la letra, es de notar que todas las criaturas sienten al Creador. A quienes se les reprende e impera, sienten al que impera, no por error de los herejes, que piensan que todo es animado; sino por la majestad del Creador, que lo que para nosotros es insensible, para él es sensible.

Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? Con razón se les reprende a los que temían estando Cristo presente, pues ciertamente quien se adhiere a él no puede perecer. Lo cual es similar a lo que, después del sueño de la muerte, apareciendo a los discípulos, les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a los que lo habían visto resucitado. Y también les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y entrara así en su gloria? (Lucas XXIV). Como si dijera por la metáfora de la navegación: ¿No era necesario que Cristo se adormeciera, mientras las olas azotaban la nave en la que descansaba, y así, calmados de inmediato los hinchados montones de las olas, manifestara a todos el poder de su divinidad?

Ellos, temiendo, se maravillaron, diciendo unos a otros: ¿Quién es este, que aun a los vientos y al agua manda, y le obedecen? Mateo escribe así: Pero los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué clase de hombre es este? etc. No eran, pues, los discípulos, sino los marineros y otros que estaban en la nave los que se maravillaban. Pero si alguien quisiera argumentar que los que se maravillaban eran los discípulos, responderemos correctamente que fueron llamados hombres los que aún no conocían el poder del Salvador. Y también nosotros, cada uno cuando, imbuidos con el signo de la cruz del Señor, disponemos dejar el mundo, ciertamente subimos a la nave con Jesús, intentamos cruzar el lago. Pero el que no se adormeció ni dormirá, guardando siempre a Israel (Salmo CXX), aunque a menudo, mientras

navegamos, parece dormir entre los rugidos del mar, cuando, al aumentar entre los esfuerzos de las virtudes, ya sea por el impulso de los espíritus inmundos, o de los hombres perversos, o por el mismo ímpetu de nuestros pensamientos, el esplendor de la fe se oscurece, la altura de la esperanza se debilita, la llama del amor se enfría. Sin embargo, entre tales tempestades, es necesario que corramos al piloto, que lo despertemos diligentemente, para que no sirva, sino que mande a los vientos. Pronto calmará las tempestades, devolverá la tranquilidad, concederá el puerto de la salvación. Entre estas cosas, es agradable, habiendo discutido brevemente la variedad del apostólico navegar, observar cómo el secreto de los buenos ayuda, o la mezcla de los malos perturba. Pues bien, para comenzar con los más perfectos, después de celebradas las solemnidades de la resurrección del Señor, siete discípulos elegidos suben a la nave para pescar, y porque no estaban lejos de la tierra de la quietud perpetua, sino que estaban a unos doscientos codos, es decir, habían puesto tanto el ánimo en el mundo como lo requería el doble amor, porque Pedro se había despojado de los negocios seculares, ya merecen ver al Señor de pie en la orilla de la mortalidad, ya cenar con él, ya al amanecer de la luz celestial, con el número místico de grandes peces llenos sus redes, y sin embargo no rotas, recibirlas, y sacarlas de las bajas olas del mundo. En otro lugar, Pedro, como se lee arriba, a la orden del Señor, echa las redes para la captura, y atrapa una gran multitud de peces. Pero porque él mismo aún era de ánimo frágil, de modo que temblando decía a Cristo: Apártate de mí, porque soy hombre pecador, Señor (Lucas V), y las redes entonces se rompieron, y si no hubieran ayudado los compañeros, las naves también se habrían hundido. También en este lugar los discípulos suben a la nave con el Señor, se adentran en el mar, pero porque también estaba Judas, y se dice que el Señor dormía en la popa, que era el asiento del que gobernaba, y que el viento y el mar rugían afuera. Pues aunque muchos méritos de los discípulos navegaban allí, aún la perfidia del traidor agitaba la nave: y los que eran firmes por sus méritos, se turbaban por los ajenos. También Pablo, navegando con los hermanos a Jerusalén, y apresurándose a celebrar allí el día de Pentecostés y las alegrías del Espíritu Santo, recorre todo con curso recto. Pero relegado de Jerusalén a Roma, porque viaja con infieles, el mar se enfurece, los vientos se oponen, la lluvia amenaza, los fríos fatigan, las estrellas se oscurecen, la tierra se niega, el trigo se arroja al mar, se quitan los aparejos de la nave, finalmente la misma nave se deshace al chocar con las arenas, buscan nadando la tierra que no reconocen. Y los que habían afrontado las olas del mundo cargados de codicias, con el mismo mundo adverso apenas escapan desnudos. Según lo que dice el mismo apóstol: Pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego (I Cor. III).

Y navegaron a la región de los Gerasenos, que está frente a Galilea. Gerasa es una ciudad notable de Arabia, al otro lado del Jordán, junto al monte Galaad, que ocupó la tribu de Manasés, no lejos del lago de Tiberíades, en el que los cerdos fueron precipitados. Significa, pues, la nación de los gentiles, que después del sueño de la pasión y la gloria de su resurrección, el Salvador se dignó visitar enviando predicadores. Por eso bien Gerasa, o Gergesa (como algunos leen) se interpreta como expulsor de colonos, o advenedizo que se acerca. Es decir, insinuando que el pueblo de los gentiles, tanto expulsó de sus corazones al enemigo que lo habitaba maliciosamente, como el que estaba lejos se hizo cercano en la sangre de Cristo.

Y cuando salió a tierra, le salió al encuentro un hombre que tenía un demonio desde hacía mucho tiempo. Este hombre representa al pueblo gentil, que durante mucho tiempo, es decir, desde casi el comienzo del mundo, era atormentado por una furia demente. Y no se vestía con ropa, porque había perdido el manto de su naturaleza y virtud. Pues se lee que nuestros primeros padres, después de pecar, fueron despojados de este manto de fe y caridad. Con esta vestidura se viste el hijo pródigo cuando, arrepentido, regresa al padre.

Y no vivía en casa, sino en los sepulcros. Porque no descansaba en su conciencia, sino que se deleitaba en obras muertas, es decir, en pecados. ¿Qué son los cuerpos de los infieles, sino sepulcros de difuntos, en los que no habita la palabra de Dios, sino que el alma muerta por los pecados está encerrada?

Cuando vio a Jesús, cayó ante él. Y clamando con gran voz dijo: ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¿Cuánta es la locura de Arrio, al creer que Jesús es una criatura y no Dios, a quien los demonios creen Hijo del Dios Altísimo y tiemblan! ¿Qué impiedad de los judíos al decir que expulsaba demonios por el príncipe de los demonios, cuando los mismos demonios confiesan no tener nada en común con él! Y lo que entonces clamaron en su furia demoníaca, después en los templos de los ídolos no dejan de decir y confesar, que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios Altísimo, y que no tienen con él nada de paz o sociedad.

Te ruego que no me atormentes. Pues mandaba al espíritu inmundo que saliera del hombre. Porque muchas veces lo había tomado. El enemigo de la salvación humana considera un gran tormento para sí mismo dejar de dañar al hombre; y cuanto más tiempo lo había poseído, más difícilmente consentía en dejarlo. Por lo tanto, es necesario esforzarse al máximo para que, si alguna vez somos vencidos por el diablo, inmediatamente nos esforcemos por evitar sus lazos, no sea que si tardamos en resistir su dominio, sea más laborioso expulsarlo.

Y era atado con cadenas y guardado con grilletes. Las cadenas y grilletes significan las leyes graves y duras de las naciones, por las cuales se contienen los pecados en su república.

Y rompiendo las cadenas, era llevado por el demonio al desierto. Porque incluso transgrediendo esas leyes, era llevado por la codicia a aquellos crímenes que ya excedían la costumbre común.

Jesús le preguntó diciendo: ¿Cuál es tu nombre? Y él dijo: Legión, porque muchos demonios habían entrado en él. No pregunta su nombre como ignorante, sino para que, confesado ante un testigo el furor que soportaba, la virtud del que cura resplandezca más gratamente. Pero también los sacerdotes de nuestro tiempo, que saben expulsar demonios por la gracia del exorcismo, suelen decir que los pacientes no pueden ser curados de otra manera que confesando abiertamente todo lo que han soportado de los espíritus inmundos por la vista, el oído, el gusto, el tacto, y cualquier otro sentido del cuerpo o del alma, despiertos o dormidos. Y especialmente, cuando aparecen a hombres en forma femenina, o a mujeres en forma masculina, a quienes los demonios llaman Galli Dusios, fingiendo con un milagro infame que los espíritus incorpóreos buscan y realizan el coito humano. Y el nombre del demonio, por el cual se dice que se considera, y los modos de jurar, por los cuales han pactado su alianza de amor, se ordena que sean revelados. Lo cual es una cosa muy parecida a la mentira, pero tan verdadera y conocida por el testimonio de muchos, que un sacerdote vecino me contó que había comenzado a curar a una monja de un demonio, pero mientras el asunto permanecía oculto, no pudo lograr nada con ella. Pero confesado el fantasma que la molestaba, pronto lo expulsó con oraciones y otros tipos de purificaciones que eran necesarias, y curó el cuerpo de la misma mujer de las úlceras que había contraído por el contacto del demonio, con el estudio medicinal y la sal bendecida. Pero mientras no podía cubrir una de las úlceras, que había encontrado profundamente incrustada en el costado, sin que se abriera continuamente, recibió el consejo de la misma a quien quería sanar, sobre cómo podría ser sanada. Si, dijo, rocías el medicamento con el aceite consagrado para los enfermos, y así me unges, inmediatamente seré restaurada a la salud. Pues vi una vez en espíritu, en una ciudad lejana que nunca vi con

mis ojos corporales, a una joven que sufría de la misma calamidad, curada de esta manera por un sacerdote. Hizo lo que ella había sugerido, y de inmediato la úlcera consintió en recibir el remedio que antes había rechazado. He explicado estas cosas brevemente contra los fraudes de los demonios, para que entiendas por qué el Señor no preguntó en vano el nombre del espíritu que iba a expulsar. Lo que se recuerda que muchos demonios habían entrado en el hombre, significa que el pueblo de los gentiles no estaba sujeto a un solo culto idolátrico, sino a innumerables y diversos. Contra lo cual está escrito que la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma (Hechos IV). Por lo tanto, bien en Babilonia se dividió la unidad de las lenguas, y en Jerusalén se unió la variedad de las lenguas; y aquella confusión, esta visión de paz se interpreta: porque evidentemente los elegidos en muchas lenguas y naciones son confirmados por una fe y piedad pacificadora, mientras que los reprobos son confundidos por más sectas que lenguas.

Y le rogaban que no les mandara ir al abismo. Los demonios sabían que algún día serían enviados al abismo por la venida del Señor, no adivinando el futuro, sino recordando lo que los profetas habían dicho de ellos, y por eso la venida del Señor, cuya gloria admiraban, la consideraban dirigida a su perdición.

Había allí una piara de muchos cerdos, que pacían en el monte: y le rogaban que les permitiera entrar en ellos: y se lo permitió. Permitted a los demonios lo que pedían, para que a través de la destrucción de los cerdos se ofreciera a los hombres una ocasión de salvación. Pues los pastores al ver esto, inmediatamente lo anuncian a la ciudad. Que se avergüence el maniqueo. Si las almas de los hombres y de las bestias son de la misma sustancia y del mismo autor, ¿cómo es que por la salvación de un solo hombre se ahogan dos mil cerdos? En cuya destrucción, sin embargo, se indica figurativamente a los hombres inmundos, carentes de voz y razón, que pastan en el monte de la soberbia, deleitándose en actos lujuriosos. A tales pueden los demonios dominar a través del culto a los ídolos. Pues a menos que alguien viva como un cerdo, el diablo nunca tendrá poder sobre él, o lo tendrá solo para probarlo, no para destruirlo.

Salieron, pues, los demonios del hombre, y entraron en los cerdos, y la piara se precipitó por el despeñadero al lago, y se ahogó. Significa que, ya glorificada la Iglesia, y liberado el pueblo de los gentiles del dominio de los demonios, realizan en secreto sus ritos sacrílegos aquellos que no quisieron creer en Cristo, sumergidos en una curiosidad ciega y profunda. Y es de notar que los espíritus inmundos no habrían entrado en los cerdos, si el mismo Salvador benigno no se lo hubiera concedido a los que ciertamente podía relegar al abismo: queriendo enseñarnos algo necesario, a saber, que sepamos que ellos, mucho menos por su propio poder pueden dañar a los hombres, que no pudieron ni siquiera a los animales cualesquiera. Esta potestad, sin embargo, Dios bueno puede darnos con justicia oculta, no injusta.

Cuando vieron lo que había sucedido, los que los apacentaban huyeron y lo anunciaron en la ciudad y en las aldeas. Que los pastores de los cerdos huyendo lo anunciaron, significa que algunos incluso de los principales de los impíos, aunque huyen de la ley cristiana, sin embargo, predicán su poder entre las naciones, asombrados y maravillados.

Vinieron a Jesús, y encontraron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado, vestido y en su sano juicio, a sus pies, y tuvieron miedo, etc. Significa a la multitud deleitada con la antigua suavidad, que honra, pero no quiere soportar la ley cristiana, diciendo que no pueden cumplirla, admirando sin embargo al pueblo fiel sanado de su anterior vida perdida. Pues sentarse a los pies del Señor es, con un examen racional de la mente, contemplar las

huellas del Salvador que debe seguir. Volver a vestirse es adornarse con los estudios de las virtudes que había perdido por el engaño.

Y le rogaron toda la multitud de la región de los Gerasenos que se apartara de ellos, porque estaban poseídos de gran temor. Los gerasenos, conscientes de su fragilidad, se juzgaban indignos de la presencia del Señor, no pudiendo recibir la palabra de Dios, ni sostener con su mente aún débil el peso de la sabiduría. Lo cual también se lee que le sucedió al mismo Pedro, al ver el milagro de los peces, y a la viuda de Sarepta del bienaventurado Elías, quien, al sentir que su hospitalidad era bendecida, no obstante pensó que su presencia la agravaba. ¿Qué tengo yo contigo, hombre de Dios? has venido a mí para que se recuerden mis iniquidades, y mates a mi hijo (III Reyes XVII).

Pero él, subiendo a la barca, regresó. Se había dicho antes que el Señor, dejando a sus padres, había subido a la barca, y calmadas las olas junto con el viento, había salido y curado al endemoniado que le salió al encuentro. Con lo cual enseñamos que, dejando al pueblo de Judea, del cual tomó origen carnal, después de la tempestad de su pasión, procuró la salvación de los gentiles. Hechas estas cosas, regresa a su patria, porque la ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que entre la plenitud de los gentiles: y así todo Israel será salvo (Rom. XI). Subió a la barca, pero ni él es vencido por el sueño, ni la barca es golpeada por la tormenta, porque Cristo, resucitando de entre los muertos, ya no muere, la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI). Sin embargo, el trofeo de su pasión y la gloria de su resurrección será anunciado a las tribus de Judea que crean, y cuando el predicador de su muerte, con el estandarte con el que venció a la muerte, comience a ser creído por los hebreos, como si regresara a la barca en la que había dormido, regresará a su patria.

Y le rogaba el hombre de quien habían salido los demonios que estuviera con él. Pero Jesús lo despidió, diciendo: Vuelve a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios por ti. Estas palabras pueden entenderse correctamente a partir de aquella sentencia del Apóstol, cuando dice: Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor: pero permanecer en la carne es necesario por causa de vosotros (Filip. I). Para que así cada uno entienda que después de la remisión de los pecados debe volver a una buena conciencia, y servir al Evangelio, también por la salvación de otros, para que luego descansa con Cristo, no sea que, deseando apresuradamente estar ya con Cristo, descuide el ministerio de la predicación acomodado a la redención fraterna. Lo que Mateo dice que dos fueron curados de la legión de demonios, pero Marcos y Lucas mencionan uno, se entiende que uno de ellos era de una persona más clara y famosa, a quien aquella región lamentaba especialmente, y por cuya salud se esforzaba mucho. Queriendo significar esto, los dos evangelistas juzgaron que solo debía mencionarse a aquel de quien la fama de este hecho se había extendido más ampliamente y con más claridad. Pero también la suma de la alegoría concuerda, porque así como uno poseído por un demonio representa a los judíos, así también dos expresan no inconvenientemente el tipo del pueblo gentil. Pues aunque Noé engendró tres hijos, solo la familia de uno fue acogida en posesión de Dios: de los otros dos, nacieron los pueblos de diversas naciones que se entregaron a los ídolos.

Y sucedió que, cuando Jesús regresó, la multitud lo recibió. Porque todos lo esperaban. Y dije antes que al final de los tiempos el Señor volverá clementemente a los judíos, y será recibido por ellos con la confesión de fe. Pues que todos lo esperaban, es sin duda lo que el mismo sinagoga dice por el profeta: Muchos días me esperarás, y no fornicarás, y no estarás sujeta a varón (Oseas III). Pues ahora ni está sujeta al varón Cristo, ni fornicada con ídolos, con una larguísima espera del esposo anterior, es decir, del Señor Cristo, aguarda alguna vez el abrazo de su gracia.

Y he aquí, vino un hombre llamado Jairo, y él era príncipe de la sinagoga. A la lectura anterior, en la que interpretamos sobre el rechazo de la sinagoga y la fe de la Iglesia, y luego la restauración de la sinagoga, se añade consecuentemente la hija del jefe de la sinagoga que muere, a quien el Señor se apresura a resucitar, pero aquella mujer con flujo de sangre se adelanta, le arrebató la salud, y así la que llega primero obtiene la salvación. Porque Etiopía adelantará sus manos a Dios (Salmo LXVII). Y cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo. Por lo tanto, el príncipe de la sinagoga no puede entenderse mejor que Moisés mismo. Por lo cual bien se llama Jairo, es decir, iluminador o iluminado, porque quien recibe las palabras de vida para darnos, y por ellas ilumina a los demás, él mismo es iluminado por el Espíritu Santo, para que pueda escribir o enseñar los preceptos vitales.

Y cayó a los pies de Jesús, rogándole que entrara en su casa. Si la cabeza de Cristo es Dios, los pies deben entenderse como la encarnación, con la cual tocó la tierra de nuestra mortalidad. Por lo tanto, el jefe de la sinagoga cayó a los pies de Jesús, porque el legislador con toda la progenie de los padres reconoció que Cristo, apareciendo en la carne, debía ser preferido a sí mismo en gloria de dignidad, protestando con devoción diligente aquello del Apóstol: Porque lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I). Le rogó que entrara en su casa, porque con continuos votos de gozo deseaba ver su venida. Mi alma, dice el Profeta, se regocijará en el Señor, y se deleitará sobre su Jesús. Todos mis huesos dirán, Señor, ¿quién como tú? (Salmo XXXIV). Y esto es caer a los pies de Jesús, confesar con fe piadosa que él es singularmente grande sobre todos.

Porque tenía una hija única, de unos doce años, y esta se moría. La misma sinagoga, que sola estaba compuesta por la institución legal, como única hija de Moisés, casi en el duodécimo año de su edad, es decir, cuando se acercaba el tiempo de la pubertad, se moría; porque educada noblemente por los profetas, después de llegar a la edad de entender, después de que debía engendrar frutos espirituales para Dios, de repente consternada por la enfermedad de los errores, desesperadamente omitió entrar en los caminos de la vida espiritual. Y si no se le socorría por Cristo, habría caído en una muerte horrenda en todos los aspectos.

Y sucedió que, mientras iba, la multitud lo apretaba. El Señor, yendo a sanar a la niña, es apretado por la multitud, porque al ofrecer enseñanzas saludables al pueblo judío, con las cuales levantar la conciencia enferma por los vicios, fue gravado por la nociva costumbre de los pueblos carnales.

Y una mujer que tenía flujo de sangre desde hacía doce años. La mujer que fluye sangre es la Iglesia congregada de entre los gentiles, que contaminada por el flujo innato de las delectaciones carnales, y ya segregada del conjunto de los fieles, cuando el Verbo de Dios decidió salvar a Judea, le arrebató la salvación prometida y preparada para otros con esperanza cierta. Y es de notar que tanto la hija del jefe de la sinagoga tiene doce años, como esta mujer había tenido flujo de sangre durante doce años, es decir, en el mismo tiempo en que esta nació, aquella comenzó a enfermar. Pues casi en la misma edad de este siglo, la sinagoga comenzó a nacer en los patriarcas, y la nación de los gentiles comenzó a ser manchada por la inmundicia de la idolatría en el mundo. Pues el flujo de sangre puede entenderse doblemente, es decir, tanto sobre la prostitución de la idolatría, como sobre lo que se realiza por la delectación de la carne y la sangre. Por lo cual la historia sagrada relata bellamente que, en el tiempo en que David, aún joven, derribó al gigante Goliat, los filisteos estaban acampados en los confines de Dommim, es decir, de los sangres. Porque evidentemente el Señor, apareciendo humilde para derrotar al príncipe del mundo, encontró a

los pueblos gentiles entregados no solo a obras infructuosas, sino también a la religión más impura. Por lo tanto, mientras la sinagoga prosperó, la Iglesia sufrió. La decadencia de aquella es la virtud de esta, porque por la falta de ellos, la salvación vino a los gentiles.

Que había gastado toda su sustancia en médicos, y no pudo ser curada por ninguno. Los médicos significan ya sea a los falsos teólogos, o a los filósofos, y a los doctores de las leyes seculares, que discutiendo sutilmente sobre las virtudes y los vicios, prometían dar a los mortales útiles preceptos de ver y creer, o ciertamente a los mismos espíritus inmundos que, como si consultaran a los hombres, se imponían ya para ser adorados como Dios. A quienes, al escucharlos recíprocamente, la gentilidad cuanto más gastaba las fuerzas de su industria natural, tanto menos podía ser curada de la inmundicia de su iniquidad. Por lo cual bien escribe Marcos sobre esta mujer, diciendo: Y había sufrido mucho de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía, y no había aprovechado nada, sino que iba peor. Pero esta, cuando conoció que el pueblo judío estaba enfermo, y que el verdadero médico había venido del cielo, comenzó también a esperar y buscar el remedio de su enfermedad.

Se acercó por detrás, y tocó el borde de su manto, y al instante se detuvo el flujo de su sangre. La Iglesia se acerca y toca al Señor, quien se le acerca por la verdad de la fe. Se acerca por detrás, ya sea según lo que él mismo dice: Si alguno me sirve, sígame (Juan XII); y en otro lugar se ordena: Caminarás tras el Señor tu Dios; o porque no viendo al Señor presente en la carne, después de cumplidos los sacramentos de la dispensación temporal, comenzó ya a seguir sus huellas por la fe. Toca el borde de su manto, y restringe el flujo de sangre, porque bienaventurado y verdaderamente purificado es quien toca con la mano de la fe al menos la parte extrema de la palabra. Pues es muy raro quien merezca recostarse en su pecho, o unguir su cabeza con nardo puro, cuando aquel grande se consideraba indigno de llevar sus sandalias; grande también aquella que mereció unguir sus pies y secarlos con sus cabellos.

Y Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado? No para que él sea enseñado de lo que no sabe, sino para que se declare la virtud de la fe, que conocía, más bien que él mismo había dado, en la mujer, pregunta.

Negando todos, dijo Pedro y los que estaban con él: Maestro, las multitudes te aprietan y te oprimen, y dices, ¿Quién me ha tocado? A quien las multitudes acompañantes oprimen por todas partes, una sola mujer creyente toca al Señor. Porque quien es afligido por las diversas herejías que se aglomeran desordenadamente, solo es buscado con corazón fiel por la Iglesia católica. Pues así como algunos viendo no ven, y oyendo no oyen, así también tocando no tocan, quienes no tocan a Cristo fielmente. Por lo cual a uno que ama, pero aún no cree plenamente, le dice: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre (Juan XX); enseñando abiertamente qué es tocarlo verdaderamente, creer que es igual al Padre.

Y Jesús dijo: Alguien me ha tocado. Porque yo he conocido que ha salido virtud de mí, etc. Que diga Pelagio, si le place, que se salva por su propio esfuerzo. Pero digamos nosotros, porque vana es la salvación del hombre, en Dios haremos virtud. Pues él mismo conoce que la virtud que propicia todas nuestras iniquidades, y sana todas nuestras enfermedades, no sale de nosotros mismos, sino de él. Por lo tanto, no le pasa desapercibido a quien ha tocado el borde, es decir, los misterios de la encarnación, hasta que llegue a alcanzar cosas mayores, creyendo perfectamente con amor.

Pero él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz. Por eso, hija, porque tu fe te ha salvado. No dijo, tu fe te salvará, sino te ha salvado. Pues en el hecho de que creíste, ya has sido salvada.

Mientras él aún hablaba, vino uno al jefe de la sinagoga, diciéndole: tu hija ha muerto, no molestes más al Maestro. Salvada la mujer del flujo de sangre, enseguida se anuncia la muerte de la hija del jefe, porque mientras la Iglesia es limpiada de la mancha de los vicios, y por el mérito de la fe es llamada hija, al mismo tiempo la sinagoga es liberada de la ley de la perfidia y la envidia. De la perfidia, porque no quiso creer en Cristo; de la envidia, porque le dolió que la Iglesia creyera. Pues está escrito en los Hechos de los Apóstoles: El sábado siguiente, casi toda la ciudad se reunió para oír la palabra del Señor. Pero al ver las multitudes, los judíos se llenaron de celos y contradecían lo que Pablo decía, maldiciendo el camino delante de la multitud (Hech. XIII).

No molestes más al Maestro, se dice hoy por aquellos que ven el estado tan desolado de la sinagoga, que no creen que pueda ser restaurada, y por eso no consideran necesario suplicar por su resurrección. Pero lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Luc. XVIII). De donde sigue:

Jesús, al oír esto, respondió al padre de la niña: No temas. Cree solamente, y será salva. El padre de la niña se entiende como el grupo de doctores de la ley, de los cuales el Señor dijo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos (Mat. XXIII). Que si él mismo quisiera creer, también la sinagoga sujeta a él será salva.

Y cuando llegó a la casa, no permitió que nadie entrara con él, sino Pedro, Santiago y Juan, y el padre y la madre de la niña. Antes, públicamente se resucita al hijo de la viuda, aquí se apartan muchos testigos. Creo, por tanto, que también en esto se declara la piedad del Señor, porque la madre viuda del único no soportaba demoras, y por eso, para que no se afligiera más, se añade prontitud. Es también una forma de sabiduría, en el hijo de la viuda la Iglesia creará pronto, en la hija del jefe de la sinagoga creerán los judíos, pero de entre muchos, menos.

Lloraban todos y la lamentaban. ¿Acaso pueden (dice) los hijos del esposo llorar mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán. Por tanto, la sinagoga, porque perdió la alegría del esposo, con la que podía vivir, yace como muerta entre los que lloran, sin entender siquiera por qué se llora.

Pero él dijo: No lloren. No está muerta, sino que duerme. Para los hombres estaba muerta, quienes no podían resucitarla, pero para Dios dormía, en cuyo dominio el alma recibida vivía, y la carne que había de resucitar descansaba. De donde la costumbre cristiana ha prevalecido, que los muertos, de quienes no se duda que resucitarán, sean llamados durmientes, como el Apóstol: No queremos (dice) que ignoren, hermanos, acerca de los que duermen, para que no se entristezcan, como los demás que no tienen esperanza (I Tes. IV). Pero también en parte alegórica, cuando el alma que pecare, esa morirá, sin embargo, la que mereció ser resucitada por Cristo, puede decirse que para nosotros estaba muerta, pero para él dormía.

Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. Porque preferían burlarse de la palabra del que resucita antes que creer, con razón son excluidos, indignos de ver el milagro del que resucita.

Pero él, tomando su mano, clamó diciendo: Niña, levántate. En Marcos está escrito: Le dijo: Talitha cumi, que se interpreta, Niña, a ti te digo, levántate; y al instante se levantó (Hech. IX). Donde el lector diligente debe investigar por qué el veraz Evangelista, exponiendo lo dicho por el Salvador, interpusiera de su parte, a ti te digo, cuando en el idioma siríaco que puso, no se dice más que Niña, levántate. Tomando, pues, la mano de la niña, Jesús la sanó, porque a menos que primero sean purificadas las manos de los judíos, que están llenas de sangre, su sinagoga muerta no se levantará.

Y su espíritu regresó, y se levantó al instante. Marcos dice así: Y al instante se levantó la niña y caminó. Y espiritualmente insinuando, que cualquiera que resucita de la muerte del alma con Cristo fortaleciendo su mano, no solo debe levantarse de las inmundicias de los vicios, sino que debe progresar inmediatamente en buenas obras.

Y mandó que le dieran de comer. Para testimonio de vida, mandó que la resucitada comiera, para que no se creyera un fantasma, sino la verdad. Pero también si alguien resucitó de la muerte espiritual, es necesario que pronto se sacie con el pan celestial, y se haga partícipe del divino verbo y del altar sacrosanto. Pues según la interpretación moral, esos tres muertos que el Salvador resucitó en sus cuerpos, significan tres tipos de resurrección de las almas. Pues algunos, al consentir en la mala delectación, solo con el pensamiento oculto del pecado, se causan la muerte a sí mismos. Pero significando que tales el Salvador los vivifica, resucitó a la hija del jefe de la sinagoga, aún no llevada fuera, sino muerta en casa, como quien oculta el vicio en secreto en el corazón. Otros, no solo consintiendo en la delectación nociva, sino también haciendo el mal mismo que les deleita, llevan su muerto como fuera de las puertas. Y mostrando que estos se arrepientan y resuciten, resucitó al joven hijo de la viuda llevado fuera de las puertas, y lo devolvió a su madre. Porque el alma que se arrepiente de las tinieblas del pecado, la restituye a la unidad de la Iglesia, como enseñamos antes. Algunos, sin embargo, no solo pensando o haciendo ilícitos, sino también con la misma costumbre de pecar, se corrompen como sepultándose. Pero ni para levantar a estos es menor la virtud y gracia del Salvador, si al menos hay pensamientos solícitos, que sobre su salvación vigilen como devotas hermanas de Cristo. Pues para insinuar esto, resucitó a Lázaro que ya tenía cuatro días en el sepulcro, y con la hermana atestiguando que ya hedía. Porque la fama suele acompañar a los actos nocivos. Sin embargo, es de notar que cuanto más grave es la muerte del alma que se avecina, tanto más fervor del penitente es necesario para que merezca resucitar. Queriendo mostrar esto ocultamente el Señor, resucita a la que yace muerta en el aposento con voz modesta y suave, diciendo: Niña, levántate. A quien, por la facilidad de resucitarla, ya había negado que estuviera muerta. Pero al joven llevado fuera, con más palabras lo corrobora para que reviva, cuando dice: Joven, a ti te digo, levántate. Pero el muerto de cuatro días, para que pudiera dejar las largas ataduras del sepulcro que lo oprimían, Jesús gimió en espíritu, se turbó a sí mismo, derramó lágrimas, volvió a gemir, y clamó con gran voz: Lázaro, ven fuera (Juan XI). Y así finalmente, el que estaba desesperado, liberado del peso de las tinieblas, es devuelto a la vida y a la luz. Pero también es de notar que porque la culpa pública requiere remedio público, pero los pecados leves pueden ser borrados con penitencia leve y secreta, la niña que yace en casa, se levanta con pocos testigos, y a estos mismos se les ordena que no divulguen el milagro.

Y se maravillaron, dice, sus padres, a quienes mandó que no dijeran a nadie lo que había sucedido. El joven fuera de la puerta, con gran multitud acompañando y mirando, es resucitado. Lázaro llamado del sepulcro, se hizo tan conocido entre los pueblos, que por el testimonio de los que lo vieron, muchas multitudes salieron al encuentro del Señor con palmas, y muchos por él se fueron de entre los judíos, y creyeron en Jesús. Pero el cuarto muerto, el Señor lo reconoce por el anuncio del discípulo; pero porque faltaron los que vivos

suplicaran al Señor por su liberación: Deja, dice, que los muertos entierren a sus muertos (Mat. XIII); es decir, que los malos agraven a los malos con alabanzas nocivas, y porque no hay justo que los corrija con misericordia, el aceite del pecador unja su cabeza.

CAPÍTULO IX.

Convocando Jesús a los doce apóstoles, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para curar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos. Concedido primero el poder de los signos, los envió a predicar el reino de Dios para que la grandeza de las promesas fuera atestiguada también por la grandeza de los hechos, y la fe en las palabras fuera dada por la virtud mostrada, y que hicieran cosas nuevas, quienes predicaban cosas nuevas. De donde ahora también, cuando la multitud de fieles ha crecido, dentro de la santa Iglesia hay muchos que mantienen la vida de las virtudes, y no tienen signos de virtudes. Porque en vano se muestra el milagro afuera, si falta lo que opere dentro. Pues, según la voz del maestro de las naciones, las lenguas son señal no para los fieles, sino para los infieles.

Y les dijo: No lleven nada para el camino, ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero, ni tengan dos túnicas. Suele preguntarse cómo Mateo y Lucas mencionan que el Señor dijo a los discípulos que no llevaran bastón, cuando Marcos dice, y les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solo bastón. Esto se resuelve entendiendo que el bastón que según Marcos debe llevarse, y el que según Mateo y Lucas no debe llevarse, se dice bajo diferente significado. Así como se entiende bajo diferente significado la tentación, de la que se dice: Dios no tienta a nadie, y de la que se dice: El Señor vuestro Dios os tienta, para saber si lo amáis. Aquella es de seducción, esta de prueba. Por tanto, debe entenderse que el Señor dijo a los apóstoles tanto que no llevaran bastón, como que no llevaran sino bastón. Pues cuando según Mateo les decía: No posean oro ni plata (Mat. X), y demás, inmediatamente añadió: Porque el obrero es digno de su alimento (Ibid). De donde mostró suficientemente por qué no quiso que poseyeran ni llevaran estas cosas. No porque no sean necesarias para el sustento de esta vida, sino porque así los enviaba para mostrar que estas cosas les eran debidas por aquellos a quienes anunciaban el Evangelio creyendo. Pero está claro que el Señor no mandó esto, como si los evangelistas no debieran vivir de otra cosa que de lo que les proporcionaran aquellos a quienes anunciaban el Evangelio. De lo contrario, el Apóstol habría actuado contra este mandato, quien pasaba su sustento con el trabajo de sus manos, para no ser gravoso a nadie, sino que dio potestad, en la que supieran que estas cosas les eran debidas. Pero cuando el Señor manda algo, si no se hace, es culpa de desobediencia. Pero cuando se da potestad, es lícito a cualquiera no usarla, y como ceder de su derecho. Ordenando, pues, esto el Señor, lo que el Apóstol dice que ordenó, que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio, hablaba a los apóstoles para que seguros no poseyeran ni llevaran las cosas necesarias para esta vida, ni grandes ni pequeñas. Por eso puso, Ni bastón, mostrando que de sus fieles, todo se debe a sus ministros, no requiriendo nada superfluo. Y por tanto, añadiendo: Porque el obrero es digno de su alimento (Mat. X), abrió y esclareció completamente de qué hablaba. Esta potestad, pues, significó con el nombre de bastón, cuando dice, que no llevaran nada para el camino, sino solo bastón. Para que se entienda que por la potestad recibida del Señor, que se significó con el nombre de bastón, también lo que no se lleva, no faltará. Esto también debe entenderse de las dos túnicas, para que ninguno de ellos, además de la que estaba vestido, pensara en llevar otra, preocupado de que fuera necesaria, cuando de esa potestad podía recibir. Pero lo que según Marcos no llevar ni tener dos túnicas, sino más expresamente prohíbe vestirse, diciendo: Y no se vistan con dos túnicas (Marc. VI): ¿qué les aconseja, sino no andar doblemente, sino simplemente? De otra manera. En las dos túnicas, me parece que muestran un doble vestido. No que en los lugares de Escitia y helados por la nieve glacial uno

deba contentarse con una sola túnica, sino que en la túnica entendamos el vestido, para que no, vestidos de otra cosa, guardemos otra por temor al futuro.

Y en cualquier casa en que entren, quédense allí, y de allí no salgan. Da un mandato general de constancia, para que guarden los derechos de la hospitalidad, mostrando que es ajeno al predicador del reino celestial andar de casa en casa, y cambiar los derechos de la hospitalidad inviolable. Ni ociosamente según Mateo se decreta que se elija la casa en la que entren los apóstoles, para que no haya motivo de cambiar la hospitalidad y la relación.

Y cualquiera que no los reciba, al salir de aquella ciudad, sacudan el polvo de sus pies en testimonio contra ellos. Se sacude el polvo de los pies en testimonio de su trabajo, que entraron en la ciudad, y la predicación apostólica llegó hasta ellos. O se sacude el polvo, para que no reciban nada de ellos, ni siquiera lo necesario para el sustento, quienes despreciaron el Evangelio. Alegóricamente, sin embargo, quienes atienden humildemente a la palabra, si por alguna razón, como hombres, están oscurecidos por las manchas de la ligereza terrenal, por lo que reciben de las huellas de la predicación evangélica, son purificados. Pero quienes por perfidia, negligencia, o incluso por estudio desprecian, se considera que su comunión debe evitarse, la sinagoga debe ser evitada, el polvo de los pies debe ser sacudido, para que las manos que se levantan y se comparan con el polvo, no contaminen la huella de la mente casta.

Y saliendo, iban por las aldeas, evangelizando y curando por todas partes. Qué evangelizaban o cómo curaban los apóstoles, Marcos lo expone más plenamente. Predicaban, dice, que hicieran penitencia, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban. Dice también Santiago: ¿Está enfermo alguno entre ustedes? Llame a los presbíteros de la Iglesia, y oren sobre él ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor, y si está en pecados, le serán perdonados (Marc. VI). De donde se ve que este uso de la santa Iglesia fue transmitido por los mismos apóstoles, que los enfermos sean ungidos con aceite consagrado por la bendición pontifical. Pero predicaban que hicieran penitencia; y antes, Los envió, dice, a evangelizar el reino de Dios (I Cor. I). Porque evidentemente predicaban ambos, según el ejemplo de Juan el Bautista o del mismo Salvador: Hagan penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mat. III). Pues acercarse a las puertas del reino de los cielos es arrepentirse de aquellas cinco cosas de las que se había apartado.

Pero oyó Herodes el tetrarca todo lo que se hacía por él y estaba perplejo, porque se decía por algunos que Juan había resucitado de los muertos. Cuánta envidia de los judíos, qué furor de malicia contra el Señor se levantó, se nos enseña casi en todos los lugares del Evangelio. He aquí que a Juan, de quien se dijo que no hizo ningún signo, creían que podía resucitar de los muertos sin que nadie lo atestiguara; pero a Jesús, varón aprobado por Dios con virtudes y signos, cuya muerte hizo temblar a los elementos, y cuya resurrección y ascensión ángeles, apóstoles, hombres y mujeres proclamaban con entusiasmo, prefirieron creer que no resucitó, sino que fue robado en secreto. Ni debe pensarse que es contradictorio que Lucas diga que Herodes estaba perplejo porque se decía por algunos que Juan había resucitado de los muertos: cuando Mateo y Marcos refieren que el mismo Herodes, al oír la fama de Jesús, dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista, él ha resucitado de los muertos, y por eso las virtudes obran en él (Mat. XIV); sino que debe entenderse que después de esta perplejidad él confirmó en su ánimo lo que se decía por otros.

Y dijo Herodes: A Juan yo lo decapité. ¿Quién es, pues, este de quien oigo tales cosas? Y buscaba verlo. Estas son palabras del Herodes perplejo, de las que se mencionan antes. Porque a quien la fama encontró grande, también desea verlo, para poder reconocer si acaso

es Juan. Cuyo orden y causa de la decapitación, como los evangelistas lo describen plenamente, Lucas, según su costumbre, prefirió más bien insinuar por el estado del tiempo lo que veía que estaba abundantemente dicho, que repetirlo. Pero porque se menciona la decapitación de Juan, es de notar que tanto Juan como el Señor declaran su estado y orden en el tiempo de su nacimiento y en el orden de su pasión. Pues Juan fue decapitado, el Señor fue elevado en la cruz. Juan nació cuando los días comenzaban a disminuir, el Señor cuando comenzaban a crecer. Para que también por esto se viera qué significa, es necesario que él crezca, pero que yo disminuya (Juan III), es decir, que aquel que se pensaba que era profeta, debe ser reconocido como Cristo: y yo, que se pensaba que era Cristo, se entienda que soy su precursor.

Y regresaron los apóstoles, y le contaron todo lo que habían hecho. No solo lo que ellos mismos hicieron y enseñaron los apóstoles, lo cuentan al Señor, sino también lo que Juan sufrió mientras ellos estaban ocupados enseñando, o los discípulos de Cristo o del mismo Juan se lo anuncian, como insinúa Mateo. De donde sigue:

Y tomándolos, se retiró aparte a un lugar desierto, que es Betsaida. No actuó por temor a la muerte, como algunos piensan, sino cuidando de sus enemigos, para que no unieran homicidio con homicidio, y también esperando el tiempo oportuno para su pasión, pues quien lea diligentemente los Evangelios encontrará que las pasiones de Juan y del Señor distan más de un año. Pues el milagro de los panes el Señor lo realizó, según los tres evangelistas concordantes, después de la decapitación de Juan. Y Juan, al describir el milagro, preanunció que la Pascua, la fiesta de los judíos, estaba próxima, y después de esto, dice que Jesús subió a la fiesta de los Tabernáculos. Donde enseñando en el templo lo buscaban, dice, para prenderlo; y nadie puso manos sobre él, porque aún no había llegado su hora (Juan VII); y luego en el tiempo de la Pascua próxima consumó el trofeo de la cruz. Que después de la muerte de Juan, esperando el tiempo, se retiró aparte a un lugar desierto, que es Betsaida: enseñando mística que, dejando Judea, que al no creer en la profecía se había decapitado, en el desierto de la Iglesia, que no tenía marido, iba a dar el alimento de la palabra. De donde bellamente Betsaida se interpreta como casa de frutos. Es la misma de la que Isaías dice: Se alegrará el desierto y la soledad, y la soledad exultará, y florecerá como el lirio (Isa. XXXV); y poco después: Ellos verán la gloria del Señor, y la hermosura de nuestro Dios (Ibid). Pero Betsaida es en Galilea la ciudad de Andrés y Pedro y Felipe los apóstoles, cerca del lago de Genesaret, como encontramos en los libros de lugares.

Cuando las multitudes lo supieron, lo siguieron. Y él los recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban curación. El Señor pone a prueba la fe de las multitudes, y recompensa con un premio digno a los que han sido probados. Al buscar la soledad, explora si se preocupan por seguirlo. Ellos, al seguirlo, no en animales o vehículos diversos, sino, como relatan otros evangelistas, emprendiendo el camino del desierto con el esfuerzo de sus propios pies, muestran cuánta preocupación tienen por su salvación. Nuevamente, él, como poderoso y piadoso salvador y médico, al recibir a los fatigados, enseñar a los ignorantes, sanar a los enfermos, y alimentar a los hambrientos, insinúa cuánto se deleita en la devoción de los creyentes. Según las leyes de la alegoría, muchas multitudes de fieles, dejando las murallas de la antigua conversación y despreciando la defensa de varios dogmas, siguen a Cristo que busca los desiertos de las naciones. Y aquel que antes era conocido en Judea como Dios, después de que los dientes de los judíos se convirtieron en armas y flechas, y su lengua en una espada afilada contra él. "Exáltate," dice, "sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra sea tu gloria" (Salmo 56).

El día comenzaba a declinar, y acercándose los doce, le dijeron: "Despide a las multitudes, para que yendo a las aldeas y villas que están alrededor, se alojen y encuentren alimentos." Al declinar el día, el Salvador alimenta a las multitudes, porque ya sea con el fin de los tiempos acercándose, o cuando el Sol de justicia se puso por nosotros, somos salvados de la larga plaga de inanición espiritual.

Pero él les dijo: "Dadles vosotros de comer." Provoca a los apóstoles a la fracción del pan, para que al testificar ellos que no tienen, la magnitud del signo se haga más conocida, insinuando al mismo tiempo que por ellos nuestros corazones hambrientos deben ser alimentados diariamente. ¿Qué hace Pedro cuando habla a través de las Epístolas, sino saciar nuestros corazones malnutridos con el alimento de la palabra? ¿Qué hacen Pablo y Juan al hablar a través de las Epístolas, sino permitir que nuestras mentes reciban el alimento celestial y superen el hastío de su inanición, por el cual morían?

Pero ellos dijeron: "No tenemos más que cinco panes y dos peces." Aún no tenían los apóstoles más que cinco panes de la ley mosaica y dos peces de ambos Testamentos, que durante mucho tiempo, ocultos en el misterio de lo latente, estaban cubiertos y alimentados como por las olas del abismo. Bien, según el Evangelio de Juan, se refiere que los panes, que designan la ley, eran de cebada, que es el alimento principalmente de los animales y de los siervos rústicos: porque a los oyentes que comienzan y aún no son perfectos, se les deben encomendar preceptos más ásperos y casi más gruesos. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Cor. 2). Y por eso el Señor, otorgando dones a cada uno según sus fuerzas, y siempre provocando a cosas más perfectas, primero alimenta a cinco mil con cinco panes, luego a cuatro mil hombres con siete panes. En tercer lugar, confía a sus discípulos el misterio de su carne y sangre. Finalmente, da con gran don a los elegidos, para que coman y beban en su mesa en el reino.

Eran casi cinco mil hombres. Porque cinco son los sentidos del hombre exterior, los cinco mil hombres que siguieron al Señor designan a aquellos que, aún en el hábito secular, saben usar bien las cosas exteriores que poseen. Que correctamente son alimentados con cinco panes, porque tales deben ser instruidos aún con preceptos legales. Pues aquellos que renuncian completamente al mundo, y son cuatro mil, y son alimentados con siete panes, es decir, son sublimes con la alimentación evangélica y son enseñados con la gracia espiritual. Por causa de significar esta diferencia, creo mística la razón por la cual en la entrada del tabernáculo se ordenaron hacer cinco columnas doradas, y ante el oráculo, es decir, el Santo de los Santos, cuatro. Porque evidentemente los que comienzan son castigados por la ley para que no pequen, pero los perfectos son advertidos por la gracia para que vivan más devotamente para Dios.

Pero él dijo a sus discípulos: "Hacedlos recostarse en grupos de cincuenta, y así lo hicieron." Los diversos grupos de comensales designan las diversas congregaciones de Iglesias en el mundo, que hacen una sola católica. Que bien no solo se recostaron en grupos de cincuenta, sino, como atestigua Marcos, también en grupos de cien. Pues porque el salmo cincuenta es de penitencia, y el número cien pasa de la izquierda a la derecha, se recuestan en el banquete del Señor en grupos de cincuenta, aquellos que aún en penitencia por sus pecados reciben la audición de la palabra. Pero en grupos de cien, aquellos que ya con la esperanza de la venia asumida, suspiran solo por el deseo de la vida eterna.

Tomando los cinco panes y los dos peces, miró al cielo, los bendijo, los partió y los distribuyó a sus discípulos para que los pusieran ante las multitudes. A las multitudes hambrientas, el Salvador no crea nuevos alimentos, sino que bendice lo que los discípulos

tenían, porque al venir en carne, no predica otra cosa que lo que fue predicho, sino que demuestra las palabras de la profecía llenas de los misterios de la gracia. Mira al cielo, para enseñar que la mirada de la mente debe dirigirse allí, y que allí debe buscarse la luz del conocimiento. Parte y distribuye a los discípulos para que los pongan ante las multitudes, porque revela los sacramentos cerrados de la ley y los profetas a aquellos que predicán por el mundo.

Y se recogieron doce cestas de fragmentos que sobraron. Lo que sobra a las multitudes es recogido por los discípulos, porque los misterios más sagrados, que no pueden ser captados por los rudos, no deben ser descuidados, sino buscados por los perfectos. Pues por las doce cestas se figuran los apóstoles, y por los apóstoles todos los coros de doctores que los siguen, despreciados por los hombres externamente, pero internamente llenos de las sobras del alimento saludable para alimentar los corazones humildes. Pues es sabido que con cestas se suelen llevar trabajos serviles, pero él mismo llenó las cestas con fragmentos de pan, quien eligió lo débil de este mundo para confundir lo fuerte.

Y sucedió que, mientras él estaba solo orando, estaban con él los discípulos. Los discípulos estaban presentes con el Señor, y lo seguían en el camino, como indica Marcos, pero él oró solo al Padre, porque los santos pueden unirse al Señor en la sociedad de la fe y el amor; verlo separado de los demás mortales en la gloria de la majestad divina, y seguir el camino que enseñó en la carne con pasos de humildad: pero solo el Hijo conoce los arcanos incomprensibles de la disposición paterna. Pues en ninguna parte (si no me equivoco) se encuentra que haya orado con los discípulos, en todas partes ora solo, porque el consejo de Dios no puede ser captado por los deseos humanos, ni nadie puede ser partícipe de los interiores con Cristo.

Y les preguntó, diciendo: "¿Quién dicen las multitudes que soy yo?" Y ellos respondieron, diciendo: "Juan el Bautista; otros, Elías; otros, que uno de los antiguos profetas ha resucitado." El Señor, al explorar la fe de los discípulos, primero pregunta la opinión de las multitudes, para que la confesión de ellos no parezca probada por el reconocimiento de la verdad, sino firmada por la opinión del vulgo, ni se piense que creen sin haber comprobado, sino que dudan como Herodes de lo que han oído. Por eso, a Pedro que lo confiesa como Cristo, según Mateo, le dice: "Porque no te lo reveló carne ni sangre" (Mat. 16), es decir, la doctrina humana no te enseñó la verdad de la fe. Bien también, los que emiten una opinión diversa sobre el Señor son señalados con el nombre de multitudes, cuyo sentido y discurso siempre es dudoso, inestable y errante. De quienes, para distinguirlos, inmediatamente añade:

"Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Pues los discípulos de Cristo no son de la multitud, no son de la multitud los que caminan solos con el Señor, los que merecen verlo orando en secreto: pero si alguno de la multitud cree en Cristo, ya pronto dejará de ser de la multitud.

Respondiendo Simón Pedro dijo: "El Cristo de Dios." Aunque los demás apóstoles lo sepan, Pedro sin embargo responde antes que los demás. Así pues, abarcó todo, quien expresó tanto la naturaleza como el nombre, en el cual está la suma de las virtudes. ¿Acaso nosotros también planteamos cuestiones sobre la generación de Dios? Cuando Pablo juzgó que no sabía nada sino a Jesucristo, y a este crucificado (1 Cor. 2), ¿Pedro pensó que no debía confesarse más que al Hijo de Dios, y nosotros, cuándo y cómo nació, y cuán grande es, lo investigamos con la contemplación de la debilidad humana? El fin de mi fe es Cristo, el fin de mi fe es el Hijo de Dios. No me es lícito conocer la serie de la generación, pero no me es lícito ignorar la fe de la generación.

Pero él, increpándolos, les mandó que no dijeran esto a nadie, diciendo: "Porque es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y demás." Por eso no quiso ser predicado antes de la pasión y resurrección, para que, después de completado el sacramento de la sangre, más oportunamente dijera a los apóstoles: "Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mat. 28). Porque no sería útil que se le predicara públicamente, y se divulgara su majestad entre los pueblos, a quien poco después verían azotado y crucificado, padeciendo muchas cosas de los ancianos y escribas, y de los príncipes de los sacerdotes. Y es de notar que a quien debe padecer muchas cosas y ser muerto, y resucitar, lo llama Hijo del Hombre: porque en Cristo padeciendo en la carne, la divinidad permaneció impassible. También es de notar que él se confiesa Hijo del Hombre, pero Pedro lo confiesa como el Cristo, el Hijo de Dios, para que de ambos se pruebe que es verdadero Dios y hombre.

Decía además a todos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo." Bien puso, "a todos," porque las cosas anteriores, que pertenecen a la fe de la natividad o pasión del Señor, las trató solo con los discípulos aparte. Entonces nos negamos a nosotros mismos cuando evitamos lo que éramos por la antigüedad, y nos esforzamos por lo que somos llamados por la novedad. Diga pues la Verdad, diga: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo." Porque a menos que uno se aparte de sí mismo, no se acerca a aquel que está sobre él; ni puede alcanzar lo que está más allá de él, si no sabe mortificar lo que es. Pero ya, quien se niega a sí mismo de los vicios, debe buscar las virtudes en las que crecer. Pues inmediatamente se añade:

"Y tome su cruz cada día, y sígame." De dos maneras se toma la cruz, cuando o bien el cuerpo es afligido por la abstinencia, o bien el alma es afligida por la compasión del prójimo. Consideremos cómo de ambas maneras Pablo tomó su cruz, quien decía: "Castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado" (1 Cor. 9). He aquí que en la aflicción del cuerpo hemos oído la cruz de la carne, ahora en la compasión del prójimo oigamos la cruz de la mente. Dice: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó?" (2 Cor. 11). Pero en ambos casos de llevar la cruz, es de notar que se nos manda tomarla cada día, y con ella seguir al Señor.

Porque quien quiera salvar su vida, la perderá. Pues quien pierda su vida por mí, la salvará. Así se dice al fiel: "Quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien pierda su vida por mí, la salvará," como si se dijera al agricultor: Si guardas el grano, lo pierdes, si lo siembras, lo renuevas. Pues ¿quién no sabe que el grano, cuando se siembra, desaparece de la vista, se pierde en la tierra? Pero de donde se pudre en el polvo, de allí reverdece en renovación. Porque la santa Iglesia tiene un tiempo de persecución, y otro de paz, nuestro Redentor designó esos tiempos en los preceptos. Pues en tiempo de persecución se debe poner la vida, pero en tiempo de paz se deben quebrantar los deseos terrenales que pueden dominar más. Por eso ahora se dice:

"¿Qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, pero se pierde a sí mismo, y se causa detrimento?" Cuando falta la persecución de los adversarios, el corazón debe ser custodiado con mucha más vigilancia. Pues en tiempo de paz, porque se permite vivir, también se permite ambicionar. Sin embargo, a menudo despreciamos todas las cosas que pasan, pero aún nos vemos obstaculizados por el uso de la vergüenza humana, de modo que la rectitud que mantenemos en la mente, aún no podemos expresarla en la voz. Pero a esta herida también se le aplica un medicamento adecuado, cuando el Señor dice:

"Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del Hombre, cuando venga en su majestad, y la del Padre, y de los santos ángeles." Pero he aquí que ahora los hombres dicen entre sí: Ya no nos avergonzamos del Señor y de sus palabras, porque lo confesamos con voz abierta. A quienes yo respondo que en este pueblo cristiano hay algunos que confiesan a Cristo porque ven que todos son cristianos. Por lo tanto, no basta la voz de la profesión para la prueba de la fe, que es defendida por la vergüenza de la profesión general. Sin embargo, hay donde cada uno se interroga a sí mismo, para probarse verdaderamente en la confesión de Cristo. Ciertamente, en tiempo de persecución los fieles podían avergonzarse de ser despojados de sus bienes, de ser despojados de sus dignidades, de ser afligidos con azotes: pero en tiempo de paz, porque faltan las persecuciones de los nuestros, hay otro lugar donde mostrarnos a nosotros mismos. A menudo tememos ser despreciados por los prójimos, nos desdeñamos de tolerar las injurias de la palabra: si acaso ocurre una disputa con el prójimo, nos avergonzamos de ser los primeros en satisfacer. Pues el corazón carnal, mientras busca la gloria de esta vida, rechaza la humildad.

"Pero os digo en verdad, hay algunos aquí presentes que no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios." El reino de Dios en este lugar se llama la Iglesia presente; y porque algunos de los discípulos vivirían en el cuerpo hasta ver la Iglesia de Dios construida, y erigida contra la gloria de este mundo, se dice ahora con una promesa consoladora: "Hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios." Pero cuando el Señor daba tantos preceptos de la muerte que debía ser soportada, ¿qué necesidad había de que de repente llegara a esta promesa? sino porque a los discípulos rudos también se les debía prometer algo de la vida presente, para que pudieran ser más robustamente fortalecidos en la futura, a quienes promete ver el reino de Dios en la tierra, para que esto sea más fielmente presumido por ellos en el cielo. Pero si en esta sentencia queremos entender el reino de Dios como la futura bienaventuranza en los cielos, también algunos de los presentes lo vieron no muchos días después en el monte, para que con la contemplación del gozo perdurable, aunque brevemente saboreado, soportaran más moderadamente las adversidades del mundo presente que pasa. Con razón, ciertamente, testifica que los santos prueban la muerte, de quienes sin duda la muerte del cuerpo es probada al gustar, pero la vida del alma es poseída al tener.

Y sucedió que después de estas palabras, casi ocho días, y tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan. El octavo día el Señor manifiesta a los discípulos la gloria de la bienaventuranza futura que había prometido, para que, mostrando la dulzura de la vida celestial, reanime los corazones de todos los que puedan oír esto, y enseñe que el verdadero gozo del tiempo de la resurrección vendrá en el número octavo de los días. Pues él mismo resucitó de entre los muertos el octavo día, es decir, después del sexto del sábado, en el que subió a la cruz, y el séptimo del sábado, en el que descansó en el sepulcro. Y nosotros, después de las seis edades de este mundo, en las que nos alegramos de sufrir y trabajar por el Señor, y el séptimo descanso de las almas, que mientras tanto se lleva a cabo en otra vida, resucitaremos como en la octava edad. Pues lo que Mateo y Marcos dicen que el Señor fue transfigurado después de seis días, no resulta ni en el orden del tiempo ni en la razón del misterio. Porque ellos solo ponen los días intermedios, por lo que dicen absolutamente que sucedió después de seis días: este añade el primero y el último, y por eso más moderadamente menciona casi ocho días. Y aquel designa que después de seis edades del mundo los santos deben descansar del trabajo, este enseña que en el tiempo octavo deben resucitar. Por eso bien el sexto salmo se inscribe "Por la octava," cuyo inicio es, "Señor, no me reprendas en tu ira." Porque después de las seis edades en las que se permite trabajar, se debe insistir en las oraciones para que en el tiempo

octavo de la retribución no seamos reprendidos por el juez airado. Lo que el mismo Señor quiso enseñarnos en este lugar con el ejemplo de su oración mostrada, de lo cual se añade:

"Y subió al monte para orar." Pues subió al monte para orar, y así transfigurarse, para mostrar que aquellos que esperan el fruto de la resurrección, que desean ver al rey en su belleza, deben habitar con la mente en las alturas, e insistir en las oraciones continuas. Solo lleva consigo a tres discípulos, porque "muchos son llamados, pero pocos elegidos" (Mat. 20). Y quienes aquí guardan la fe con la que fueron imbuidos, de la santa Trinidad con mente incorrupta, allí merecen alegrarse con la visión eterna de ella.

Y sucedió que mientras oraba, la apariencia de su rostro se transformó, y su vestidura se volvió blanca y resplandeciente. El Salvador transfigurado no perdió la sustancia de la verdadera carne, sino que mostró la gloria de la futura resurrección, ya sea suya o nuestra. Tal como apareció entonces a los apóstoles, así aparecerá a todos los elegidos después del juicio. Pues en ese tiempo será visto en la forma de siervo tanto por los buenos como por los malos, para que los impíos puedan reconocer al juez a quien despreciaron, los judíos a quien negaron, los soldados a quien crucificaron, Pilato y Herodes a quien juzgaron. Pero la vestidura del Señor se toma como el coro de sus santos, que el Apóstol glorificando dice: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido" (Gál. 3). Que el hábito del Señor, mientras estaba en la tierra, parecía despreciado y similar al de los demás, pero cuando él sube al monte, resplandece con nuevo resplandor, porque ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3). Por eso bien Marcos, describiendo estas vestiduras, dice: "como ningún batanero en la tierra puede hacer tan blancas" (Marcos 3). Pues porque aquí se debe entender que el batanero es aquel a quien el salmista penitente suplica: "Lávame más y más de mi injusticia, y límpiame de mi pecado" (Salmo 50), no puede dar a sus fieles en la tierra la claridad que les está reservada en los cielos.

Y he aquí que dos hombres hablaban con él. Eran Moisés y Elías, de los cuales leemos que uno murió y el otro fue arrebatado al cielo, a menos que en majestad con el Señor signifiquen la futura gloria de todos los santos, quienes, en el tiempo del juicio, ya sea encontrados vivos en la carne o resucitados de la muerte que probaron hace tiempo, reinarán con él. Pues como testifica el Apóstol, los muertos en Cristo resucitarán primero, luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (I Tes. IV). De otra manera. Moisés y Elías, es decir, el legislador y el mayor de los profetas, aparecen y hablan con el Señor, para mostrar que él es aquel a quien todas las escrituras de la ley y los profetas prometieron. Aparecen, sin embargo, no en lo bajo, sino en el monte con él, porque solo aquellos que buscan con la mente elevada percibirán la majestad de la Sagrada Escritura, que se ha cumplido en el Señor. De hecho, los judíos también vieron a Moisés, pero no merecieron seguirlo cuando subía a Dios en las alturas. También lo ven cuando regresa a ellos, pero no sin un velo. Conocieron a Elías, pero solo Eliseo contempló el triunfo del que ascendía con los hijos de los profetas, porque muchos leemos las palabras de la Escritura aquí y allá, pero muy pocos entendemos cuán alto resplandece en los misterios de Cristo.

Y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén. Y hasta hoy, la ley y los profetas enseñan mutuamente el misterio de la dispensación del Señor a quienes encuentran en la cima de la verdadera fe.

Pero Pedro y los que estaban con él estaban cargados de sueño, y al despertar vieron su majestad y a los dos hombres que estaban con él. No por casualidad, sino por razón del misterio, los discípulos estaban cargados de sueño, para que vieran la apariencia de la resurrección después del descanso del cuerpo. Despertados a la gloria de los santos, verán más verdaderamente la majestad del Señor, cuanto más se regocijen en la inmortalidad de su carne, en la que vencieron la muerte. Entonces contemplarán a Moisés y Elías en gloria, porque entenderán mejor cómo ni una jota ni una tilde pasaron de la ley, ni el Señor vino a abolir la ley o los profetas, sino a cumplirlos (Mat. V).

Y sucedió que mientras se alejaban de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, es bueno que estemos aquí, y hagamos tres tiendas, una para ti, una para Moisés y una para Elías, sin saber lo que decía. ¡Oh, cuánta felicidad estar presente perpetuamente en la visión de la Deidad entre los coros de ángeles, si solo la humanidad transformada de Cristo y la compañía de dos santos, vista por un momento, deleita tanto que Pedro desea detenerlos con su servicio para que no se vayan! Y aunque por la condición humana no sabía lo que decía, sin embargo, da indicio del ardor que le es innato. No sabía lo que decía, quien olvidó que el reino prometido a los santos por el Señor no está en algún lugar de la tierra, sino en los cielos, y que él y sus coapóstoles, aún cargados de carne mortal, no pueden entrar en el estado de vida inmortal, y que en ese mundo no es necesaria una casa hecha por manos. Pero hasta ahora se nota la ignorancia de quien desea hacer tres tiendas para la ley, los profetas y el Evangelio, cuando estos no pueden separarse entre sí, teniendo una sola tienda, es decir, la Iglesia de Dios.

Mientras él hablaba, se formó una nube y los cubrió. Quien buscó una tienda material, recibe el refugio de la nube, para que aprenda que en la resurrección los santos no serán protegidos por el abrigo de casas, sino por la gloria del Espíritu Santo. De la cual el salmista dice: Los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas (Sal. LVI). Y en su Apocalipsis, Juan dice: Y no vi templo en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo (Apoc. XXI).

Y temieron al entrar ellos en la nube, y una voz salió de la nube, diciendo: Este es mi Hijo amado, a él escuchad. La fragilidad humana no puede soportar la visión de una gloria mayor, y temblando con todo el ánimo y el cuerpo, cae al suelo. Cuanto más busca uno cosas más elevadas, tanto más colapsa hacia lo inferior, si ignora su medida. Ciertamente, se escucha la voz del Padre hablando desde el cielo, que da testimonio del Hijo, y enseña la verdad a Pedro, quitando el error, y en Pedro a los demás apóstoles. Este es (dice) mi Hijo amado, a él se le debe hacer una tienda, a él se debe obedecer. Este es el Hijo, Moisés y Elías son siervos, y ellos también deben preparar con vosotros una tienda para el Señor en los recintos de su corazón. Y nota que, así como al ser bautizado el Señor en el Jordán, así también en el monte glorificado, se declara el misterio de toda la Trinidad, cuya gloria, que confesamos en el bautismo, veremos en la resurrección. No en vano el Espíritu Santo aparece aquí en una nube luminosa, y allí en una paloma, porque quien ahora guarda con corazón sencillo la fe que percibe, entonces contemplará con la luz de la visión abierta lo que había creído, y la misma gracia que lo iluminará, lo protegerá para siempre.

Y mientras se hacía la voz, Jesús fue hallado solo. Donde comenzó a designarse al Hijo, pronto los siervos se fueron, para que no se pensara que la voz del Padre se dirigía a ellos. De otra manera: cuando la voz se hizo sobre el Hijo, él fue hallado solo, porque cuando se manifieste a los elegidos, Dios será todo en todos (I Cor. XV), más bien él mismo con los suyos, uno en todo Cristo, es decir, la cabeza con el cuerpo resplandecerá. Por esta unidad decía en otro lugar: Y nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo (Juan III).

Y ellos callaron, y no dijeron a nadie en aquellos días nada de lo que habían visto. La premeditación del reino futuro y la gloria del triunfante habían sido mostradas en el monte. Por lo tanto, los discípulos callan, y por mandato del Señor, no cuentan la visión a nadie, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos, para que no sea increíble por la magnitud del hecho, y después de tanta gloria, la cruz siguiente no sea un escándalo para las mentes rudas.

Y sucedió que al día siguiente, cuando descendieron del monte, le salió al encuentro una gran multitud, y he aquí un hombre de la multitud clamó, diciendo: Maestro, te ruego que mires a mi hijo, porque es mi único hijo. Los lugares corresponden a los hechos, en el monte el Señor ora, se transfigura, revela a los discípulos los secretos de su majestad, descendiendo a lo bajo es recibido por la multitud, es conmovido por el llanto de los miserables. Arriba revela los misterios del reino a los discípulos, abajo reprocha a las multitudes por los pecados de incredulidad. Arriba revela la voz del Padre a aquellos que podían seguirlo, abajo expulsa los espíritus malignos de aquellos que eran atormentados. Quien también ahora, según la calidad de los méritos, no cesa de ascender para unos y descender para otros. Pues a los terrenales y principiantes, como buscando lo bajo, los conforta, enseña y corrige; pero a los perfectos, cuya conversación está en los cielos, los glorifica elevándolos más alto, los instruye más libremente sobre las cosas eternas, y a menudo enseña cosas que las multitudes ni siquiera pueden escuchar.

Y he aquí que un espíritu lo toma, y de repente clama, y lo sacude y lo despedaza con espuma, y apenas se aparta de él desgarrándolo. Este endemoniado, a quien el Señor sanó al descender del monte, Mateo lo describe como lunático, y Marcos como sordo y mudo. Significa, sin embargo, a aquellos de quienes está escrito: El necio cambia como la luna (Ecli. XXVII), que nunca permanecen en el mismo estado, ahora cambiados a estos, ahora a aquellos vicios, crecen y decrecen, mudos por no confesar la fe, sordos por no escuchar de ninguna manera la palabra de la fe.

Y rogué a tus discípulos que lo echaran fuera, y no pudieron. Con esta declaración acusa secretamente a los apóstoles, cuando la imposibilidad de curar a veces no se refiere a la debilidad de los que curan, sino a la fe de aquellos que deben ser curados, como dice el Señor: Hágase contigo según tu fe.

Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros y os soportaré? No porque el manso y humilde, que no abrió su boca como cordero ante el que lo trasquila (Is. LIII), haya sido vencido por el tedio, ni estalló en palabras de ira; sino porque, a semejanza de un médico, si ve al enfermo comportarse contra sus prescripciones, dice: ¿Hasta cuándo vendré a tu casa? ¿Hasta cuándo perderé la habilidad de mi arte, ordenando yo una cosa y tú haciendo otra? Sin embargo, no se enoja con el hombre, sino con el vicio, y a través de un hombre reprende a los judíos por su incredulidad, de modo que inmediatamente añadió:

Trae aquí a tu hijo. Y mientras se acercaba, el demonio lo sacudió y lo despedazó. Pues al acercarse Jesús, el demonio sacude al niño y lo despedaza, porque a menudo, cuando nos convertimos a Dios después de los pecados, somos atacados por mayores y nuevas insidias del antiguo enemigo, que actúa para infundir odio a la virtud o para vengar la injuria de su expulsión. De ahí que (para pasar de la especie al género) en los comienzos de la Iglesia, infligió tantas y tan graves luchas, porque dolió que su reino sufriera de repente una pérdida.

Y Jesús reprendió al espíritu inmundo, y sanó al niño, y lo devolvió a su padre. No reprende al niño, que sufría violencia, sino al demonio, que infligía, porque quien desea corregir al pecador debe ciertamente rechazar y odiar el vicio, pero debe restaurar al hombre amándolo, hasta que pueda ser devuelto sano a los padres espirituales de la Iglesia.

Y todos se maravillaban de todas las cosas que hacía, dijo a sus discípulos: Poned en vuestros corazones estas palabras. Porque el Hijo del Hombre ha de ser entregado en manos de los hombres. Entre las maravillas del poder divino, repite y recalca con frecuencia las humillaciones de la pasión humana, para que no aterrice viniendo de repente, sino que sea soportada con una mente premeditada. Ciertamente, lo que dice: Poned vosotros, debe leerse con más expresión e intención, vosotros, que os adherís más familiarmente a mi discipulado, a quienes he revelado más manifiestamente los secretos y ocultos de mi sabiduría (Sal. L), mientras los demás solo se maravillan de las obras divinas, guardad en la mente también el evento de la preciosa sangre, con la cual el mundo será redimido.

Pero ellos no entendían esta palabra. Esta ignorancia de los discípulos no surge tanto de la lentitud como del amor, que aún carnales e ignorantes del misterio de la cruz, no podían creer que aquel a quien conocían como el verdadero Dios, moriría. Y porque solían escucharlo hablar a menudo en figuras, también pensaban que lo que decía sobre su entrega significaba figuradamente otra cosa.

Y entró en ellos la discusión sobre quién de ellos sería el mayor. Porque vieron a Pedro, Santiago y Juan llevados aparte al monte, y creyeron que se les había confiado algún secreto allí, y también que a Pedro se le habían prometido anteriormente las llaves del reino de los cielos, y que la Iglesia sería edificada sobre él, pensaron que o bien esos tres eran superiores a los demás, o que Pedro era preeminente entre todos los apóstoles. Algunos piensan que esta discusión surgió entre ellos porque el Señor, según Mateo, dio el estatero tomado de la boca del pez a los que exigían tributo por él y por Pedro, como si fuera más eminente que los demás, ya que fue comparado con el mismo Señor en la entrega del tributo. Pero el lector diligente encontrará que esta cuestión se había planteado entre ellos incluso antes de la entrega del didracma. De hecho, Mateo menciona que esto ocurrió en Cafarnaúm. Pero Marcos dice: Y llegaron a Cafarnaúm, y cuando estaban en casa, les preguntó: ¿Qué discutíais en el camino? Pero ellos callaban, porque en el camino habían discutido entre sí quién de ellos era el mayor (Marcos IX). Sin embargo, ya sea por esta, aquella, o ambas ocasiones, viendo Jesús sus pensamientos y entendiendo las causas de su error, quiere sanar el deseo de gloria con la contención de la humildad.

Tomando, dice, a un niño, lo puso junto a él, y les dijo: Quien reciba a este niño en mi nombre, me recibe a mí. O bien enseña que los pobres de Cristo deben ser recibidos por aquellos que desean ser mayores, por su honor, o ciertamente sugiere que deben ser como niños en malicia, para que conserven la simplicidad sin arrogancia, la caridad sin envidia, la devoción sin ira. Por eso, cuando decía: Quien reciba a este niño, añadió. En mi nombre. Para que, en efecto, la forma de virtud que el niño observa por naturaleza, ellos la sigan por el nombre de Cristo, ayudados por la industria de la razón. Pero porque enseñaba que él mismo era recibido en el niño, ya que él mismo nació niño para nosotros, para que no se pensara que era solo lo que parecía, añadió y dijo:

Y quien me recibe a mí, recibe al que me envió. Deseando ser creído tal y tan grande como es el Padre. Pues tanto no hay diferencia (dice) entre él y yo, que quien me recibe a mí, recibe al que me envió.

Respondiendo Juan, dijo: Maestro, vimos a uno echando fuera demonios en tu nombre, y se lo prohibimos, porque no nos sigue. Juan, amando al Señor con devoción especial, y por lo tanto digno de ser amado, pensó que debía excluirse del beneficio a quien no usara el servicio. Pero se le enseña que no se debe impedir a nadie el bien que tiene en parte, sino que debe ser incitado a lo que aún no tiene.

Y Jesús le dijo: No se lo prohibáis. Porque el que no está contra vosotros, está a favor vuestro. Enseñado por esta sentencia, dice el Apóstol: Pero sea por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo, y me gozaré (Filip. I). Pero aunque él se goza incluso de aquellos que anuncian a Cristo no sinceramente, y tales a veces haciendo señales en el nombre de Cristo, se consideran no ser prohibidos por la salvación de otros, sin embargo, no se les asegura su conciencia por tales señales. Más bien, en aquel día cuando digan: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? recibirán la respuesta de que nunca os conocí, apartaos de mí, los que obráis iniquidad (Mat. VII). Por lo tanto, en los herejes y malos católicos no debemos detestar y prohibir los sacramentos comunes, que están con nosotros y no están contra nosotros, sino la división contraria a la paz y la verdad, que no está con nosotros y no sigue al Señor con nosotros.

Y sucedió que cuando se cumplían los días de su ascensión, él afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Llama día de su ascensión al tiempo de su pasión, al cual, acercándose, se dirige poco a poco a Jerusalén. Cesen, pues, los paganos de burlarse del crucificado como hombre, ya que se sabe que previó el tiempo de su crucifixión como Dios, y que buscó voluntariamente el lugar donde iba a ser crucificado con el rostro firme, es decir, con la mente obstinada e intrépida.

Y no lo recibieron, porque su rostro era como el de quien iba a Jerusalén. Porque ven que va a Jerusalén, los samaritanos no lo reciben. Pues los judíos no se comunican con los samaritanos, como muestra el evangelista Juan.

Cuando lo vieron sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los consuma? Y volviéndose, los reprendió, y dijo: No sabéis de qué espíritu sois. Grandes y santos hombres, que ya sabían muy bien que esta muerte, que disuelve el alma del cuerpo, no debe ser temida, sin embargo, según el ánimo de aquellos que la temían, castigaron algunos pecados con la muerte, para que se infundiera un útil temor a los vivos, y a aquellos que eran castigados con la muerte, no les dañara la misma muerte, sino el pecado, que juzgaban que podría aumentar si vivieran, no temerariamente, a quienes Dios había dado tal juicio. De ahí que Elías mató a muchos, tanto con su propia mano como con fuego divinamente obtenido. A semejanza de él, cuando los apóstoles quisieron pedir fuego del cielo para consumir a aquellos que no les ofrecían hospitalidad, el Señor los reprendió, no por el ejemplo del santo profeta, sino por la ignorancia de la venganza, que aún estaba en los rudos, observando que no deseaban la corrección por amor, sino la venganza por odio. Así que después de enseñarles que es amar al prójimo como a sí mismo, y con el Espíritu Santo infundido, no faltaron tales venganzas, aunque mucho más raramente que en el Antiguo Testamento. Pues allí, en su mayor parte, los siervos eran oprimidos por el temor, pero aquí, sobre todo, los libres eran nutridos por el amor. Pues con las palabras del apóstol Pedro, Ananías y su esposa cayeron muertos, y no fueron resucitados, sino sepultados, y Pablo dice de cierto pecador: A quien entregué a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Cor. V).

El Hijo del Hombre no vino a perder las almas, sino a salvarlas. Y vosotros, dice, de qué espíritu estáis sellados, seguid sus actos, ahora aconsejando piadosamente, pero juzgando justamente en la ira.

Y sucedió que mientras caminaban por el camino, alguien le dijo: Te seguiré a dondequiera que vayas, y demás. Admirable y temible a la vez es la secreta dispensación del justo juicio. Se pide a los samaritanos que reciban al Señor, y a los que no quieren se les prohíbe ser heridos. Este promete seguirlo y es rechazado, otro desea primero enterrar a su padre y es obligado a evangelizar. Otro, que iba a seguir al Señor, desea anunciarlo en casa, y no se le permite. Alguien que no sigue a Cristo, opera virtudes en el nombre de Cristo, y se le ordena no ser prohibido. Pero en cada uno de estos casos debemos decir con el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Rom. XI). Y con Samuel: El hombre ve lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón (I Sam. XVI).

Y Jesús les dijo: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza. De las palabras del Señor se muestra que este que promete servicio es rechazado porque, viendo la magnitud de las señales, quiso seguir al Salvador para buscar ganancias de las obras milagrosas, deseando lo mismo que Simón el Mago quiso comprar de Pedro. Por lo tanto, tal fe es justamente condenada por la sentencia del Señor, y se le dice: ¿Por qué me sigues por riquezas y ganancias mundanas, cuando soy de tal pobreza que ni siquiera tengo un pequeño albergue, y no uso mi propio techo? De otra manera, se entiende que, movido por los milagros del Señor, quiso seguirlo por vana jactancia, que significan las aves. Pero fingió el servicio de discípulo, y esa ficción se significó con el nombre de las zorras. Con la inclinación de la cabeza significó su humildad, que no tenía lugar en aquel simulador y soberbio.

Ait autem ad alterum: Sequere me. Ille autem dixit: Señor, permíteme primero ir y enterrar a mi padre. No rechaza el discipulado, sino que, habiendo cumplido primero con la piedad del funeral paterno, desea seguirlo más libremente, digno en todo, en quien el Hijo del Hombre reclina su cabeza, es decir, en cuyo humilde pecho la divinidad descansa con una morada familiar.

Y Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú ve y anuncia el reino de Dios. Es de notar en esta sentencia que a veces en nuestras acciones deben dejarse de lado los bienes menores por la utilidad de los mayores. Pues, ¿quién ignora que es meritorio de buena obra enterrar a un muerto? Y sin embargo, a quien pidió ser liberado para enterrar a su padre se le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú ve y anuncia el reino de Dios. Pues debía posponerse el servicio de este ministerio al oficio de la predicación. Porque aquel enterraría a los muertos en la carne en la tierra, pero este resucitaría a los muertos en el alma a la vida. ¿Y cómo pueden los muertos enterrar a los muertos, si no entiendes una doble muerte? Una de la naturaleza, otra de la culpa; una en la que el alma se separa de la carne, otra en la que Dios se separa del alma. O bien, llama muertos a los que no creen. Y muertos suyos, a los que igualmente sin fe salen del cuerpo.

Y otro dijo: Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los que están en casa. Si el discípulo que va a seguir al Señor es reprendido porque quiere despedirse en casa, ¿qué será de aquellos que, sin ninguna utilidad, sin ninguna gracia de edificación de la fe, no temen visitar frecuentemente las casas de los suyos que dejaron en el mundo?

Y Jesús le dijo: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios. Poner la mano en el arado es, como con un instrumento de compunción, desgastar la dureza de su corazón con la madera y el hierro de la pasión del Señor, y abrirlo para producir frutos de buenas obras. Si alguien que comienza a cultivarlo se deleita en mirar hacia los vicios que dejó, como la esposa de Lot, ya se priva del don del reino futuro.

CAPÍTULO X.

Después de esto, el Señor designó también a otros setenta y dos. Así como nadie duda que los doce apóstoles representan y prefiguran la forma de los obispos, así también se debe saber que estos setenta y dos representan la figura de los presbíteros, es decir, del segundo orden de sacerdotes. Aunque en los primeros tiempos de la Iglesia, como lo atestigua la Escritura Apostólica, ambos eran llamados presbíteros, ambos eran llamados obispos. Uno de ellos significa la madurez de la sabiduría, el otro la diligencia del cuidado pastoral. Bien se envían setenta y dos. O bien porque el Evangelio debía ser predicado a tantas naciones del mundo, para que así como las doce tribus de Israel, también estos fueran destinados para instruir a las naciones extranjeras. O porque con el mismo número de predicadores se insinuaba que todo el mundo sería iluminado por el Evangelio de la suma e indivisa Trinidad. Así como se sabe que este sol recorre el ámbito de su luz en el mundo durante setenta y dos horas. Pues el mismo Señor se llama día, y a sus apóstoles horas, diciendo: ¿No son doce las horas del día? Si alguien camina de día, no tropieza (Juan XI). Y en los Salmos se ordena bien: Anunciad de día en día su salvación (Salmo XCV), es decir, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero (Juan I). Pero en muchos lugares de la Sagrada Escritura se muestra el misterio de la Trinidad en tres días, especialmente porque el Señor resucitó de entre los muertos al tercer día. Y también en el Antiguo Testamento, el pueblo al llegar al monte Sinaí recibió la ley al tercer día. El mismo río Jordán, en el que se encomienda la gracia del bautismo, lo cruzó al tercer día desde que llegó.

Y los envió de dos en dos delante de su rostro a toda ciudad y lugar a donde él mismo había de ir. Porque hay dos preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y del prójimo, y la caridad no puede existir entre menos de dos (pues nadie se dice propiamente que tenga caridad hacia sí mismo, sino que se extiende en amor hacia otro para que pueda haber caridad), el Señor envía a sus discípulos de dos en dos a predicar, para que nos insinúe tácitamente que quien no tiene caridad hacia otro, de ninguna manera debe asumir el oficio de la predicación. Bien se dice que los envió delante de su rostro a toda ciudad y lugar a donde él mismo había de ir. El Señor sigue a sus predicadores, porque la predicación precede, y entonces el Señor viene a la morada de nuestra mente. Las palabras de exhortación preceden, y a través de ellas se recibe la verdad en la mente.

Y les decía: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. La mucha mies significa la multitud de los pueblos. Los pocos obreros, la escasez de maestros. Estos son los obreros de los que habla el salmista: Los que siembran con lágrimas cosecharán con gozo. Iban y lloraban llevando su semilla. Volviendo, vendrán con júbilo llevando sus gavillas (Salmo CXXV). Y para hablar más claramente, la mucha mies es toda la multitud de creyentes. Los pocos obreros, los apóstoles y sus imitadores que son enviados a la mies.

Id, he aquí que os envío como corderos en medio de lobos. Llama lobos a los escribas y fariseos, que son los clérigos de los judíos.

No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, y a nadie saludéis por el camino. Tal debe ser la confianza del predicador en Dios, que aunque no prevea los recursos de la vida presente, sin embargo, sepa con certeza que no le faltarán. Para que mientras su mente se ocupa en lo temporal, no prevea menos lo eterno para los demás. A quien también se le prohíbe saludar a nadie por el camino, para mostrar con cuánta prisa debe avanzar en el camino de la predicación. Si alguien quiere entender estas palabras también alegóricamente, en la bolsa está el dinero cerrado. El dinero cerrado es la sabiduría oculta. Quien tiene la palabra de sabiduría, pero descuida darla al prójimo, es como si tuviera el dinero atado en la bolsa. Y está escrito: Sabiduría escondida y tesoro oculto, ¿qué utilidad hay en ambos? ¿Qué se significa aquí por la alforja, sino las obras del mundo? ¿Y qué en este lugar por el calzado, sino los ejemplos de obras muertas? Quien asume el oficio de la predicación, no es digno de llevar la carga de los negocios seculares, para que mientras esto pesa sobre su cuello, no se eleve a predicar las cosas celestiales. Ni debe mirar los ejemplos de obras necias, para que no crea que sus obras están protegidas, como si fueran de pieles muertas. Y todo el que saluda en el camino, saluda por ocasión del viaje, no por el deseo de obtener la misma salvación. Quien, por tanto, no por amor a la patria eterna, sino por ambición de recompensas predica la salvación a los oyentes, es como si saludara en el camino, porque por ocasión, y no por intención, desea la salvación a los oyentes.

En cualquier casa en la que entréis, primero decid: Paz a esta casa. Y si allí hay un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él. Si no, volverá a vosotros. La paz que se ofrece de la boca del predicador, o reposa en la casa si hay en ella un hijo de paz, o vuelve al mismo predicador, porque o bien alguien está predestinado a la vida y sigue la palabra celestial que escucha; o si nadie quiere escuchar, el mismo predicador no quedará sin fruto, porque la paz vuelve a él, ya que le es recompensada por el Señor por el trabajo de su obra. He aquí que quien prohibió llevar bolsa y alforja, concede recursos y alimentos de la misma predicación. Pues sigue:

En esa misma casa permaneced, comiendo y bebiendo lo que tengan. Si nuestra paz es recibida, es digno que permanezcamos en esa misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, para que obtengamos de ellos los estipendios terrenales, a quienes ofrecemos las recompensas de la patria celestial. Por lo cual también Pablo, recibiendo esto mismo como lo menos, dice: Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos lo material vuestro? (I Cor. IX). Y es de notar lo que se añade:

Porque el obrero es digno de su salario. Porque ya de la recompensa de la obra, los mismos alimentos de sustento son, para que aquí comience la recompensa del trabajo de la predicación, que allí se perfecciona con la visión de la verdad. En lo cual se debe considerar que a una de nuestras obras se deben dos recompensas, una en el camino, otra en la patria: una que nos sostiene en el trabajo, otra que nos recompensa en la resurrección.

Y en cualquier ciudad en la que entréis y os reciban, comed lo que os pongan, etc. Describiendo la hospitalidad de diversas casas, enseña lo que también deben hacer en las ciudades, a saber, compartir en todo con los piadosos, y separarse en todo de la sociedad de los impíos.

En cualquier ciudad en la que entréis y no os reciban, saliendo a sus plazas, decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, lo sacudimos sobre vosotros. O bien para testimonio del trabajo terrenal que habrían asumido en vano por ellos, o para mostrar que no buscaban de ellos nada terrenal, hasta el punto de no permitir que el polvo de su tierra se les adhiriera. De otro modo: Los pies de los discípulos significan la misma obra y el camino de la

predicación. El polvo con el que se cubren es la ligereza de la cogitación terrenal, de la cual incluso los más altos doctores no pueden estar exentos, cuando se ocupan incesantemente en cuidados saludables por los oyentes, y como si por los caminos del mundo apenas recogen polvo de la tierra con un talón. Quienes reciben la palabra, convierten las aflicciones y cuidados de los doctores, que soportaban por ellos, en argumento de humildad para sí mismos. Pero quienes desprecian la doctrina, vuelven los trabajos y peligros de los maestros y el tedio de sus preocupaciones en testimonio de condenación. Y ese es el polvo que se sacude sobre los despreciadores del Evangelio, y del cual se ordena a los pies de los evangelistas ser lavados por los buenos oyentes, o más bien se narra que fueron lavados por el mismo Salvador.

Os digo que en aquel día será más tolerable para Sodoma que para esa ciudad. Los sodomitas, entre tantos crímenes de carne y alma, en los que ardían insaciablemente, también fueron inhospitalarios, como atestigua Ezequiel, pero no hubo entre ellos tales huéspedes como los profetas entre los judíos, ni como los apóstoles. Y Lot, aunque justo en vista y oído, no se dice que haya enseñado algo allí, ni que haya hecho señales. Y por eso, a quien mucho se le dio, mucho se le pedirá (Lucas XII), y los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sabiduría VI).

¡Ay de ti, Corozaim, ay de ti, Betsaida! Corozaim, Betsaida y Cafarnaúm, también Tiberíades, que Juan nombra, son ciudades de Galilea, situadas en la orilla del lago de Genesaret, que se forma por el río Jordán, y que los evangelistas también llaman mar de Galilea o mar de Tiberíades. Lamenta, pues, el Señor las ciudades que después de tantos milagros y virtudes no se arrepintieron. Y peores que los gentiles, que solo violaban la ley natural, después del desprecio de la ley escrita, no temieron pisotear también al Hijo de Dios y despreciar la gracia ingratos.

Porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las virtudes que se han hecho en vosotros, hace tiempo que, sentados en cilicio y ceniza, se habrían arrepentido. Vemos cumplido hoy el dicho del Salvador, que Corozaim y Betsaida no quisieron creer con el Señor presente. Pero Tiro y Sidón, que en otro tiempo fueron amigas de David y Salomón, y después creyeron a los discípulos de Cristo que les evangelizaron. Y recibieron la fe con tal devoción, que cuando Pablo el apóstol partía de Tiro, todos los ciudadanos con sus esposas e hijos lo acompañaron hasta fuera de la ciudad, y en un espectáculo hermoso, tanta multitud de personas despidió a tan pocos huéspedes, pero clarísimos por la fe de Cristo, hasta las naves. Pero por qué no se evangelizó antes a estos que pudieron creer, sino a los judíos que no quisieron creer, es saber de aquel cuyas vías son todas misericordia y verdad (Salmo XXIV). Ciertamente, lo que el Señor dice: Sentados en cilicio y ceniza se habrían arrepentido: en cilicio, que se teje de pelos de cabra, significa la áspera memoria del pecado punzante, con la que en el día del juicio la parte izquierda debe ser vestida; en ceniza, la consideración de la muerte, por la cual toda la masa del género humano es reducida a polvo, se demuestra. Por la sesión, se designa la humillación de la propia conciencia. De la cual el salmista: Levantaos después de haber estado sentados (Salmo CXXVI), que es decir: Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os exalte en el tiempo de la visitación (I Pedro V).

Y tú, Cafarnaúm, que has sido exaltada hasta el cielo, serás hundida hasta el infierno. Hay un doble sentido en esta sentencia. O bien serás hundida hasta el infierno porque te resististe con soberbia a mi predicación; o bien porque has sido exaltada hasta el cielo con mi hospedaje, teniendo tanto privilegio por mis señales y virtudes, serás castigada con mayores suplicios, ya que no quisiste creer. Y para que nadie piense que esta reprensión se dirige solo a aquellas

ciudades o personas que viendo al Señor en la carne lo despreciaban, y no a todos los que hoy desprecian las palabras del Evangelio, añadió consecuentemente diciendo:

Quien os escucha, me escucha, y quien os desprecia, me desprecia. Para que al escuchar o despreciar al predicador del Evangelio, no se piense que se desprecia a personas viles, sino al Señor Salvador, o más bien al mismo Padre. Pues sigue:

Quien me desprecia, desprecia a aquel que me envió. Porque sin duda en el discípulo se escucha al maestro, y en el hijo se honra al padre. También puede entenderse así: Quien os desprecia, me desprecia. Quien no hace misericordia a uno de mis hermanos más pequeños, tampoco me la hace a mí, porque yo mismo asumí la forma de siervo y el hábito de pobre por ellos. Quien me desprecia, no queriendo creer en Dios, y pisoteando al Hijo de Dios, desprecia a aquel que me envió, porque yo y el Padre somos uno.

Regresaron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. Bien confesaron, atribuyendo el honor al nombre de Cristo, pero porque aún con fe débil se alegraban en las virtudes, mira lo que oyen.

Y les dijo: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo. No solo lo veo ahora, sino que antes lo veía cuando cayó. Lo que dice: Como un rayo, o bien significa que cayó precipitadamente de las alturas a los abismos, o porque, aunque caído, aún se transfigura en ángel de luz. Porque vio a los discípulos envanecidos por la operación de señales, los aterra con su ejemplo y los llama a la humildad de aquel que primero cayó por soberbia, para que recordando que este fue expulsado del cielo por soberbia, reconozcan que mucho más ellos, sacados de la tierra, si se envanecen, serán humillados.

He aquí, os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará, es decir, de expulsar todo tipo de espíritus inmundos de los cuerpos poseídos, aunque también puede entenderse literalmente; pues Pablo, mordido por una víbora, no sufre daño. Y Juan, según la historia, al beber veneno, no es dañado. Ciertamente creo que entre las serpientes que dañan con el diente y los escorpiones que dañan con la cola, hay esta diferencia, que las serpientes representan a los hombres o demonios que abiertamente atacan, y los escorpiones a los que insidiosamente acechan, o bien a los hombres o demonios que lanzan veneno de persuasión maligna a las virtudes que se inician; los escorpiones, que intentan corromper las virtudes consumadas al final.

Sin embargo, no os alegréis de que los espíritus se os sometan. Se les prohíbe alegrarse de la sujeción de los espíritus, siendo ellos carne, porque expulsar espíritus, al igual que hacer otras virtudes, a veces no es mérito de quien lo hace, sino que la invocación del nombre de Cristo lo hace, se concede para condenación de quienes invocan, o por utilidad de quienes ven y oyen, para que aunque los hombres desprecien a quienes hacen señales, sin embargo, honren a Dios, a cuya invocación se hacen tantos milagros. Pues en los Hechos de los Apóstoles, los hijos de Esceva parecían expulsar demonios, y se narra que Judas el apóstol, con ánimo de traidor, hizo muchas señales entre los demás apóstoles.

Alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos. Si Satanás (dice) por soberbia perdió la sede del cielo con sus compañeros, no debéis alegraros de la humillación de ellos, sino de vuestra exaltación, para que donde ellos cayeron elevados, vosotros humildes ascendáis. No se debe pensar puerilmente, como si Dios escribiera a los buenos en los cielos y a los malos en la tierra para remediar el olvido, diciendo Jeremías: Todos los que te abandonan serán confundidos; los que se apartan, serán escritos en la tierra (Jeremías

XVII). Pero se debe entender saludablemente que, ya sea que alguien haya hecho obras celestiales o terrenales, por estas como si estuviera anotado con letras, está eternamente fijado en la memoria de Dios.

En esa misma hora se regocijó en el Espíritu Santo y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra. La confesión no siempre significa penitencia, sino también acción de gracias, como leemos muy a menudo en los Salmos. Que escuchen quienes calumnian al Salvador como no nacido, sino creado, que llama a su Padre Señor del cielo y de la tierra. Si él también es criatura, y una criatura puede llamar a su creador padre, fue insensato no llamar también a su propio Señor y Padre del cielo y de la tierra.

Porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. Da gracias, se regocija en el Padre, porque a los apóstoles les ha revelado los misterios de su venida, que ignoraron los escribas y fariseos, que se creen sabios, y en su propia vista prudentes, justificada la sabiduría por sus hijos (Lucas VII). Donde sabiamente no opuso a los sabios y prudentes a los insensatos y torpes, sino a los pequeños, es decir, a los humildes, para probar que condenó la soberbia, no la agudeza. Porque esta es la llave, de la que en otro lugar dice: Quitasteis la llave del conocimiento, es decir, la humildad de la fe de Cristo, con la que podíais llegar al conocimiento de su divinidad, preferisteis despreciarla y rechazarla.

Sí, Padre, porque así te agradó. Con estas palabras del Señor recibimos ejemplos de humildad, para no atrevernos a discutir temerariamente los designios divinos sobre la vocación de unos y el rechazo de otros. Pues, habiendo mencionado ambos, no dio inmediatamente una razón, sino que dijo que así agradó a Dios. Esto, evidentemente, mostrando que no puede ser injusto lo que agrada al justo. Por eso, al devolver el salario a los trabajadores en la viña, cuando igualó en la recompensa a algunos obreros desiguales en el trabajo, y buscó más en la recompensa quien más había trabajado, dijo: ¿No conviniste conmigo en un denario? Quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿O no me es lícito hacer lo que quiero? (Mateo XX). En todo lo que se dispone exteriormente, la causa de la razón es la justicia oculta de la voluntad.

Todo me ha sido entregado por mi Padre. Cuando lees todo, reconoces al omnipotente, no descolorido, no degenerado del Padre. Cuando lees entregado, confiesas al Hijo, a quien por naturaleza todo lo de una misma sustancia le pertenece por derecho, no otorgado por gracia. Pero todo lo que dice que le ha sido entregado, no se debe entender como los elementos del mundo, que él mismo creó, sino aquellos a quienes el Padre reveló los misterios del Hijo a los pequeños de espíritu, y sobre cuya salvación el mismo Hijo, al decir estas cosas, se regocijó en el Espíritu Santo. De todos estos, en otro lugar dice: Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí (Juan VI).

Y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo. No se debe entender como si el Hijo no pudiera ser conocido por nadie, excepto solo por el Padre, y el Padre no solo por el Hijo, sino también por aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado, sino que debe referirse a ambos lo que dice: Y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo, para que entendamos que tanto el Padre como el mismo Hijo son revelados por el Hijo.

Y volviéndose a sus discípulos, dijo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, etc. No los ojos de los escribas y fariseos, que solo ven el cuerpo del Señor, sino aquellos bienaventurados ojos que pueden conocer sus misterios, de los cuales se dice: Y lo revelaste a

los pequeños. Bienaventurados los ojos de los pequeños, a quienes el Hijo se digna revelar tanto a sí mismo como al Padre.

Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron. Abraham se regocijó al ver el día de Cristo, y lo vio, y se alegró. También Isaías, Miqueas y muchos otros profetas vieron la gloria del Señor, quienes por eso fueron llamados Videntes. Pero todos estos, mirando desde lejos y salvando a través de un espejo y en enigma, vieron (I Cor. XIII), mientras que los apóstoles, teniendo al Señor presente, cenando con él, y aprendiendo lo que quisieran preguntando, no necesitaban ser enseñados por ángeles o diversas formas de visiones. A quienes Lucas llama muchos profetas y reyes, Mateo más claramente los llama profetas y justos. Ellos son, de hecho, grandes reyes, porque supieron no sucumbir al consentimiento de los impulsos de sus tentaciones, sino gobernar y presidir.

Y he aquí, un doctor de la ley se levantó, tentándole, y diciendo: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? El doctor de la ley, que pregunta al Señor sobre la vida eterna tentándole, tomó la ocasión, creo, de tentar de las mismas palabras del Señor, donde dice: Regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos. Pero su misma tentación declara cuán verdadera es aquella confesión del Señor, cuando habla al Padre: Porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños.

Y él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Él, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo. Al responder al doctor de la ley, el Salvador nos muestra el camino perfecto de la vida celestial. A quien primero, proponiendo los escritos de la ley sobre el amor a Dios y al prójimo, dice:

Has respondido correctamente: Haz esto, y vivirás. Luego, después de introducir la parábola, respondiendo que fue prójimo del herido quien tuvo misericordia de él, añade: Ve, y haz tú lo mismo, es decir, recuerda amar y sostener a tu prójimo necesitado con tal dedicación de misericordia. Declarando muy claramente que solo el amor, y no mostrado solo de palabra, sino probado por la ejecución de la obra, es lo que conduce a la vida eterna.

Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? ¡Cuánta demencia de vana gloria! El doctor de la ley, para captar el favor del pueblo, para que se jactara de haber respondido sabiamente, primero confiesa ignorar el mandamiento de la ley, verdaderamente según la sentencia del Salvador, sabio y prudente en la ley, pero porque no desea humillarse con los pequeños de Cristo, sino justificarse a sí mismo, rechazando recibir los bienaventurados ojos de las palomas lavadas en leche de inocencia, con los que podría ver los secretos de Cristo. A quien ciertamente el Señor moderó su respuesta de tal manera que enseñó que cualquiera que hiciera misericordia a cualquiera era su prójimo, y sin embargo, esta misma parábola, especialmente designa al mismo Hijo de Dios, quien se dignó hacerse nuestro prójimo a través de la humanidad. Pues no debemos interpretar al prójimo, a quien se nos manda amar como a nosotros mismos, sobre Cristo de tal manera que intentemos debilitar y quitar las normas morales de la fraternidad mutua bajo las reglas de la alegoría.

Pero Jesús, mirando, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó. Este hombre se entiende como Adán en el género humano. Jerusalén, la ciudad de la paz, aquella celestial, de cuya bienaventuranza cayó a esta vida mortal y miserable. Qué bien Jericó, que se interpreta como luna, significa, siempre incierta por los diversos trabajos de defectos y errores.

Y cayó en manos de ladrones. Entiende por ladrones al diablo y sus ángeles, en quienes, porque descendía, cayó. Pues si no se hubiera hinchado primero por dentro, no habría caído tan fácilmente al ser tentado por fuera. Es ciertamente una sentencia muy verdadera la que dice: Antes de la ruina se exalta el corazón (Proverbios XVI).

Quienes también lo despojaron. Es decir, lo privaron de la gloria de la inmortalidad y de la vestidura de la inocencia. Esta es la primera túnica, con la que, según otra parábola, el hijo pródigo es adornado al regresar por penitencia, y que los primeros padres, al perderla, supieron que estaban desnudos, y vestidos con túnicas de piel de la naturaleza mortal.

Y después de haberle infligido heridas, se fueron, dejándolo medio muerto. Las heridas son los pecados, con los que, violando la integridad de la naturaleza humana, le impusieron una especie de semilla (por así decirlo) para aumentar la muerte, en las entrañas cansadas. Pero se fueron, no cesando de alguna manera de sus insidias, sino ocultando las mismas fraudes de sus insidias. Lo dejaron medio muerto, porque pudieron despojarlo de la bienaventuranza de la vida inmortal, pero no abolir el sentido de la razón. Pues en cuanto puede saber y conocer a Dios, el hombre está vivo. Pero en cuanto se consume por los pecados y desfallece en la miseria, el mismo está muerto y herido por una herida mortal.

Aconteció que un sacerdote descendía por el mismo camino, y al verlo, pasó de largo. De igual manera un levita, al llegar cerca del lugar y verlo, pasó de largo. El sacerdote y el levita, que al ver al herido pasaron de largo, representan el sacerdocio y el ministerio del Antiguo Testamento, donde por los decretos de la ley solo se podían mostrar las heridas del mundo enfermo, pero no curarlas, porque era imposible (como dice el Apóstol) que con la sangre de toros y machos cabríos se quitaran los pecados (Hebreos IX).

Pero un samaritano que iba de camino, llegó cerca de él, y al verlo, se compadeció. El samaritano, que se interpreta como guardián, significa al Señor, a quien el profeta suplica para no caer en manos de estos ladrones. Guárdame, dice, del lazo que me han tendido, y de los escándalos de los que obran iniquidad (Salmo CXL). Quien por nosotros los hombres, y por nuestra salvación descendió del cielo, emprendió el camino de la vida presente, y llegó cerca de aquel que se consumía por las heridas infligidas, es decir, hecho en semejanza de hombres, y hallado en forma de hombre (Filipenses II), cercano por la asunción de nuestra compasión, y se hizo vecino por la consolación de su misericordia.

Y acercándose, vendó sus heridas, vertiendo aceite y vino. Reprendiendo, contuvo los pecados que encontró en los hombres, infundiendo esperanza de perdón a los penitentes, y terror de castigo a los pecadores. Pues venda las heridas cuando ordena: Haced penitencia, infunde aceite cuando añade: Porque se acerca el reino de los cielos (Mateo III). Infunde también vino cuando dice: Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Ibid.).

Y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada, y cuidó de él. Su cabalgadura es la carne, en la que se dignó venir a nosotros. En la que puso al herido, porque él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (I Pedro II); y según otra parábola, la oveja que se había extraviado, encontrada, la llevó sobre sus hombros de vuelta al rebaño (Lucas XV). Así que ponerlo en la cabalgadura es creer en la misma Encarnación de Cristo, iniciarse en sus misterios, y al mismo tiempo ser protegido del ataque del enemigo. La posada es la Iglesia presente, donde se restauran los viajeros, regresando de este peregrinaje a la patria eterna. Y bien lo llevó a la posada puesto en la cabalgadura, porque

nadie, a menos que sea bautizado, a menos que esté unido al cuerpo de Cristo, entrará en la Iglesia.

Y al día siguiente sacó dos denarios, y los dio al posadero, y le dijo: Cuida de él. El día siguiente es después de la resurrección del Señor. Pues aunque antes ya había iluminado con la gracia de su Evangelio a aquellos que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte (Lucas I), pero con la resurrección celebrada, brilló más esplendor de luz perpetua. Los dos denarios son los dos Testamentos, en los que se contiene el nombre y la imagen del Rey eterno. Porque el fin de la ley es Cristo (Romanos X). Que al día siguiente se entregan al posadero: porque entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras (Lucas XXIV). Al día siguiente el posadero recibió los denarios, con cuyo precio curaría al herido, porque el Espíritu Santo, al venir, enseñó a los apóstoles toda la verdad (Juan XVI), para que pudieran dedicarse a instruir a las naciones y predicar el Evangelio.

Y todo lo que gastes de más, cuando regrese, te lo pagaré. El posadero gasta de más lo que no recibió en los dos denarios, cuando dice el Apóstol: En cuanto a las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor, pero doy mi consejo (I Cor. VII). Y también: Y el Señor ordenó a los que anuncian el Evangelio que vivan del Evangelio (I Cor. IX). Pero no hemos usado este derecho, para no ser una carga para vosotros (I Tes. II). A quien al regresar le pagará lo que prometió, porque viniendo en el juicio el Señor dice: Porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho. Entra en el gozo de tu Señor (Mateo XXV).

¿Quién de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Y él dijo: El que tuvo misericordia de él. Según la letra, la sentencia del Señor es manifiesta, que nadie es más prójimo para nosotros que quien tiene misericordia, si al ciudadano de Jerusalén, no el sacerdote, no el levita de la misma nación, sino un extranjero, porque tuvo más misericordia, se hizo prójimo. Pero en un sentido más sagrado, puesto que nadie es más prójimo que quien curó nuestras heridas, amémoslo como a nuestro Señor Dios, amémoslo como a nuestro prójimo. Pues nada es tan prójimo como la cabeza a los miembros. Amemos también a quien es imitador de Cristo. Esto es lo que sigue:

Y Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo. Es decir, para que verdaderamente manifiestes que amas a tu prójimo como a ti mismo, obra devotamente todo lo que puedas en aliviar su necesidad espiritual.

Aconteció que mientras iban, él entró en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Y tenía una hermana llamada María. Esta lectura se conecta bellamente con la anterior. Porque aquella designa el amor a Dios y al prójimo con palabras y parábolas, pero esta lo hace con hechos y verdad. Estas dos hermanas amadas por el Señor demuestran las dos vidas espirituales con las que la santa Iglesia se ejercita en el presente. Marta, en efecto, representa la vida activa, en la que nos unimos al prójimo en caridad; María, la contemplativa, en la que suspiramos por el amor de Dios. La vida activa es dar pan al hambriento, enseñar al ignorante con la palabra de sabiduría, corregir al errante, llamar al prójimo soberbio al camino de la humildad, cuidar del enfermo, dispensar lo que conviene a cada uno, y prever cómo pueden subsistir los que nos han sido confiados. La vida contemplativa es retener con toda la mente el amor de Dios y del prójimo, pero descansar de la acción exterior, adherirse solo al deseo del Creador, de modo que ya no se desee hacer nada, sino que, despreciando todas las preocupaciones, el alma arda en deseo de ver el rostro de su Creador, de modo que ya sepa llevar con tristeza el peso de la carne corruptible, y con todos sus deseos anhele estar entre los coros himnodistas de los ángeles, mezclarse con los ciudadanos celestiales, y regocijarse en la incorruptibilidad eterna en la presencia de Dios.

Quien también, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, mientras Marta se afanaba en el servicio. Nadie duda que esto se ajusta a ambas vidas. Y la perfección uniforme de la contemplativa es tener la mente despojada de todas las cosas terrenales, y unirse, en cuanto lo permite la debilidad humana, con Cristo; mientras que la activa, cuán frecuente es el servicio, lo enseña el Maestro de las naciones, quien en las frecuentes palabras de sus Epístolas, menciona sus trabajos por Cristo en tierra y mar, sus peligros. En los que también, al recomendar las visiones y revelaciones del Señor, no menos indica que fue consumado en la virtud especulativa, que es imitable por muy pocos. Por eso dice: Porque si nos excedemos en la mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros (II Cor. V).

Quien se levantó y dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude. Habla en persona de aquellos que, aún ignorantes de la contemplación divina, consideran que solo la obra de amor fraterno que han aprendido es agradable a Dios, y por eso creen que todos los que quieren ser devotos de Cristo están sujetos a esto. Y bien se describe que Marta se levantó, mientras que María se sentó a los pies del Señor, porque la vida activa suda en la lucha laboriosa, mientras que la contemplativa, con los tumultos de los vicios apaciguados, ya disfruta de la paz deseada en Cristo.

Y respondiendo, el Señor le dijo: Marta, Marta, te preocupas y te inquietas por muchas cosas, pero una sola es necesaria. Y el bienaventurado David, definiendo que solo esto es necesario para el hombre, desea adherirse continuamente a Dios, diciendo: Pero para mí, el bien es adherirme a Dios, poner mi esperanza en el Señor Dios (Salmo LXXII). Y en otro lugar: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver la voluntad del Señor, y visitar su santo templo (Salmo XXVI). Por lo tanto, una sola cosa es la teología, es decir, la contemplación de Dios, a la que con razón se posponen todos los méritos de las justificaciones, todos los estudios de las virtudes.

María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada. He aquí que la parte de Marta no es reprendida, sino que la de María es alabada. Pues no dice que María eligió una buena parte, sino la mejor, para que también se indicara que la parte de Marta es buena. Y por qué la parte de María es la mejor, se añade cuando se dice: Que no le será quitada. Pues la vida activa cesa con el cuerpo. ¿Quién, en la patria eterna, dará pan al hambriento, donde nadie tiene hambre? ¿Quién dará bebida al sediento, donde nadie tiene sed? ¿Quién sepultará al muerto, donde nadie muere? Por lo tanto, con el presente siglo, la vida activa se quita. Pero la vida contemplativa comienza aquí, para ser perfeccionada en la patria celestial. Porque el fuego del amor que aquí comienza a arder, cuando ve al mismo a quien ama, arde más en amor. Por lo tanto, la vida contemplativa no se quita, porque, retirada la luz del presente siglo, se perfecciona.

CAPÍTULO XI.

Y aconteció que estando en cierto lugar orando, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. Después de la historia de las hermanas que significaron las dos vidas de la Iglesia, no en vano se describe que el Señor mismo oró y enseñó a orar a los discípulos. Porque la oración que enseñó contiene en sí el misterio de ambas vidas, y la perfección de estas vidas no se obtiene por nuestras fuerzas, sino por oraciones. Y porque Lucas había descrito frecuentemente al Salvador orando, insinúa lo que logró al orar, quien ciertamente no suplicaba por sí mismo, sino por nosotros, cuando, terminada la oración, refiere que los discípulos preguntan cómo deben orar.

Y les dijo: Cuando oren, digan: Padre, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Danos hoy nuestro pan de cada día; y perdona nuestros pecados, pues también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos dejes caer en la tentación. Según el evangelista Mateo, la oración del Señor parece contener siete peticiones. De las cuales, en tres se piden cosas eternas, y en las otras cuatro, cosas temporales, que sin embargo son necesarias para alcanzar las eternas. Pues lo que decimos: Santificado sea tu nombre, venga tu reino; hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra; lo que algunos no absurdamente han entendido en espíritu y cuerpo, debe ser retenido sin fin, y aquí se inicia, y cuanto más progresamos, más se incrementa en nosotros: pero perfecto (lo que se espera en la otra vida) siempre se poseerá. Pero lo que decimos: Danos hoy nuestro pan de cada día; y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal; ¿quién no ve que pertenece a la necesidad de la vida presente? En esa vida eterna, donde siempre esperamos estar, tanto en la santificación del nombre de Dios, como en su reino, permanecerán perfecta e inmortalmente en nuestro espíritu y cuerpo. El pan de cada día se llama así porque es necesario aquí, tanto para el alma como para el cuerpo, ya sea que se entienda espiritualmente, corporalmente, o de ambas maneras. Aquí también pedimos el perdón, donde está toda la comisión de pecados. Aquí las tentaciones, que nos atraen o nos empujan a pecar. Aquí finalmente el mal, del cual deseamos ser liberados. Allí, sin embargo, no hay nada de esto. El evangelista Lucas en la oración del Señor no abarcó siete peticiones, sino cinco. Y no discrepó de este modo, sino que con su brevedad nos recordó cómo deben entenderse estas siete. El nombre de Dios se santifica en el espíritu, pero el reino de Dios vendrá en la resurrección de la carne. Por lo tanto, Lucas, mostrando que la tercera petición es de alguna manera una repetición de las dos anteriores, más bien al omitirla hizo que se entendiera. Luego añade aquellas tres, sobre el pan de cada día, sobre el perdón de los pecados, sobre evitar la tentación. Pero lo que él puso al final: Sino líbranos del mal, este no lo puso para que entendiéramos que pertenece a lo que se dijo antes sobre la tentación. Por eso dijo: sino líbranos; no dijo: Y líbranos, mostrando que es una sola petición, no esto, sino esto, para que cada uno sepa que se libera del mal al no ser llevado a la tentación.

Y les dijo: ¿Quién de ustedes tendrá un amigo, e irá a él a medianoche, y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido de viaje a mí, y no tengo qué poner delante de él? Rogado por los discípulos, el Salvador no solo les da la forma de la oración, sino también la insistencia y frecuencia de orar. El amigo al que se va a medianoche se entiende como Dios mismo. A quien en medio de la tribulación debemos suplicar, y pedir tres panes, es decir, la inteligencia de la Trinidad, con la cual se consuelan los trabajos de la vida presente. El amigo que viene de viaje es nuestro propio espíritu, que tantas veces se aleja de nosotros, cuantas veces vaga fuera para desear las cosas terrenales y temporales. Pero regresa, y desea ser alimentado con el alimento celestial, cuando al volver en sí comienza a meditar en las cosas celestiales y espirituales. De lo cual, quien pidió sabiamente añade, que no tiene qué poner delante de él. Porque al alma que suspira por Dios después de las tinieblas del mundo, no le gusta pensar, hablar, ni mirar nada más que lo que ha reconocido como el gozo supremo de la Trinidad, y se esfuerza por llegar a contemplarlo más plenamente.

Y él desde dentro dirá: No me molestes, ya está cerrada la puerta, y mis hijos están conmigo en la cama. No puedo levantarme y darte. La puerta del amigo divino es la inteligencia de la palabra, que el Apóstol ora para que se le abra para hablar el misterio de Cristo. Y está cerrada en el tiempo de hambre de la palabra, cuando no se da la inteligencia. Y aquellos que predicaron la sabiduría evangélica, como distribuyendo pan, por todo el mundo, ya son los hijos del padre de familia en el descanso secreto con el Señor. Y sin embargo, orando se logra

que el que desea reciba entendimiento de Dios mismo, incluso si falta el hombre por quien se predique la sabiduría.

Y si él persiste llamando, les digo que aunque no se levante a darle por ser su amigo, sin embargo, por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y yo les digo: Pidan, y se les dará. Busquen, y encontrarán. Llamen, y se les abrirá. Es una comparación menor. Si un amigo humano se levanta de la cama y da, no por amistad sino por molestia, ¿cuánto más dará Dios, que sin molestia da generosamente lo que se pide? Pero quiere que se le pida para que quienes piden se hagan capaces de recibir sus dones. No sea que el amigo que viene de viaje perezca de hambre, es decir, que el espíritu que recién se arrepiente de la vanidad de su error no languidezca más por la falta de deseo espiritual, pidamos las delicias de la palabra con las que se alimente, busquemos al amigo que dé, llamemos a la puerta donde se guardan los secretos. Porque ha dado y da gran esperanza aquel que prometiendo no engaña.

Porque todo el que pide recibe, y el que busca encuentra, y al que llama se le abrirá. Por lo tanto, según la parábola del amigo que pide, se necesita perseverancia para recibir lo que pedimos, encontrar lo que buscamos, y que se nos abra lo que llamamos. Pues si al que pide se le da, y el que busca encuentra, y al que llama se le abre, entonces a quien no se le da, y quien no encuentra, y a quien no se le abre, se ve que no ha pedido, buscado, ni llamado bien.

¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? El pan se entiende como la caridad por su mayor deseo, y tan necesario que sin ella las demás cosas no son nada, así como sin pan la mesa está vacía. Lo contrario es la dureza del corazón, que comparó con una piedra.

O si pide un pez, ¿le dará una serpiente en lugar del pez? El pez es la fe en lo invisible, ya sea por el agua del bautismo, o porque se captura en lugares invisibles. Y como la fe no se rompe por los oleajes de este mundo, se compara correctamente con un pez. Lo contrario es la serpiente por el veneno del engaño, que también sembró mal aconsejando al primer hombre.

O si pide un huevo, ¿le dará un escorpión? En el huevo se indica la esperanza. Pues el huevo aún no es un ser perfecto, pero se espera al incubarlo. Lo contrario es el escorpión, cuyo aguijón venenoso es temido por detrás, así como lo contrario de la esperanza es mirar hacia atrás, cuando la esperanza de lo futuro se extiende hacia lo que está adelante.

Si ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden? ¿Cómo dan los malos cosas buenas? Pero los llamó malos, amantes aún de este mundo y pecadores. Las cosas buenas que dan, según su sentido, deben llamarse buenas, porque las consideran tales, aunque en la naturaleza de las cosas son buenas, pero temporales, y pertenecen a esta vida débil, y quien las da siendo malo, no las da de lo suyo. Porque del Señor es la tierra y su plenitud, quien hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos (Salmo XXIII). ¿Cuánto más se debe esperar que Dios nos dé cosas buenas a los que se lo piden, y que no podamos ser engañados al recibir una cosa por otra cuando se lo pedimos a Él, cuando nosotros, siendo malos, sabemos dar lo que se nos pide? Porque no engañamos a nuestros hijos, y cualesquiera cosas buenas que damos, no las damos de lo nuestro, sino de lo suyo. De otra manera: Los apóstoles, que por el mérito de la elección superaron de muchas maneras la bondad del género humano, son llamados malos a la vista de la bondad suprema, porque nada es estable por sí mismo, nada inmutable, nada bueno, sino solo la Deidad. Todas las criaturas, para obtener la bienaventuranza de la eternidad o la inmutabilidad, no lo logran por su naturaleza, sino por la participación y gracia

de su Creador. Lo que se dice: ¿Cuánto más su Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden? por lo cual Mateo puso: Dará cosas buenas a los que se lo piden (Mateo VII), muestra que el Espíritu Santo es la plenitud de los bienes de Dios, y que las cosas que se administran divinamente no subsisten sin Él. Porque todas las utilidades que se reciben de la gracia de los dones de Dios, emanan de esta fuente.

LIBRO CUARTO.

PRÓLOGO.

Regocijándose en el Espíritu Santo el Señor (como se ha leído arriba): Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Esta sentencia, consciente del juicio secreto, no cesa de repetir el efecto de su virtud. Pues tanto en la caída general de los judíos, como en la elección de los gentiles, y en cada uno según la calidad alterna de las mentes, no cesa de manifestarse especialmente. Por lo tanto, para tocar un poco lo más cercano, el doctor de la ley, queriendo justificarse a sí mismo, se acercó al Señor para tentarlo, pero se fue confundido; mientras que María, humildemente inclinada a sus pies, eligió la mejor parte de la filosofía celestial. Asimismo, los pequeños de Cristo, que aprendieron a no presumir de su propia justicia, sino de la gracia de su Redentor, preguntan con qué modos de oración deben invocar esa misma gracia, y escuchan de inmediato con qué palabras orar, con qué insistencia perseverar, y por qué cosas principalmente suplicar, a saber, fe, esperanza y caridad, y que pidiendo perfectamente reciban del Padre el Espíritu bueno, dador de las mismas. En cambio, los sabios y entendidos, porque no solo no buscan, piden, llaman al Espíritu de gracia, sino que se esfuerzan por blasfemar, sufren aquí y en el futuro las penas irremisibles de su obstinación. Y hasta el final del Evangelio, quien lea, más bien hasta el fin del mundo, quien observe prudentemente, entenderá que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (I Pedro V).

INVOCACIÓN.

Por lo tanto, al comenzar el cuarto libro de la exposición evangélica desde la lectura en la que el espíritu de soberbia es expulsado por el dedo de Dios, suplicante imploro tu clemencia, Cristo, para que tu buen Espíritu me guíe por el camino recto, y aleje de mí al que es del Norte, para que, expulsados de mí los malignos, escudriñe los mandamientos de mi Dios, y con los ojos de la mente revelados, ingrese como lector devoto a considerar las maravillas de tu sagrada ley.

Y estaba Jesús expulsando un demonio, y este era mudo. Y cuando hubo expulsado el demonio, el mudo habló, y las multitudes se maravillaron. Este endemoniado, según Mateo, no solo era mudo, sino también ciego, y se dice que fue curado por el Señor, de modo que habló y vio. Por lo tanto, tres señales se realizaron simultáneamente en un hombre. El ciego ve, el mudo habla, el poseído por el demonio es liberado. Lo cual entonces se hizo carnalmente, pero también se completa diariamente en la conversión de los creyentes, para que, expulsado primero el demonio, vean la luz de la fe, y luego se abran las bocas que antes estaban calladas para alabar a Dios.

Pero algunos de ellos dijeron: En Beelzebub, príncipe de los demonios, expulsa demonios. No eran algunos de la multitud quienes calumniaban esto, sino los fariseos y escribas, como testifican otros evangelistas. Pues a las multitudes, que parecían menos instruidas, siempre les maravillaban las obras del Señor, mientras que aquellos, por el contrario, se esforzaban por

negar estas cosas, o lo que no podían negar, lo pervertían con una interpretación siniestra, como si no fueran obras de la divinidad, sino del espíritu inmundo, es decir, Beelzebub, que era el dios de Acarón. Pues Beel es Baal. Zebub significa mosca. Y no debe leerse la letra l o d al final del nombre según algunos ejemplares erróneos, sino b. Beelzebub, por lo tanto, significa Baal de las moscas, es decir, hombre de las moscas, o que tiene moscas, debido a las inmundicias del sacrificio de sangre, por cuyo rito o nombre llamaban al príncipe de los demonios.

Y otros, tentándolo, buscaban de él una señal del cielo. O querían que descendiera fuego del cielo al modo de Elías, o que en semejanza de Samuel, en tiempo de verano, tronaran los cielos, relampaguearan los rayos, cayeran lluvias, como si no pudieran también calumniar eso, y decir que sucedió por pasiones ocultas y varias del aire. Pero tú, que calumnias lo que ves con los ojos, lo que tocas con la mano, lo que sientes con la utilidad, ¿qué harás con lo que venga del cielo? Sin duda responderás que también los magos en Egipto hicieron muchas señales del cielo.

Pero él, al ver sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado, y casa sobre casa caerá. No respondió a las palabras, sino a los pensamientos, para que al menos así se vieran obligados a creer en su poder, quien veía los secretos del corazón. Si todo reino dividido contra sí mismo se desolará, entonces el reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo no está dividido, lo cual sin ninguna contradicción no será desolado por ningún impulso, sino que permanecerá con eterna estabilidad. Si el reino de la santa e indivisa Trinidad es indiviso, más bien porque permanece indiviso, que los arrianos dejen de decir que el Hijo es menor que el Padre, y el Espíritu menor que el Hijo. Porque aquellos cuyo reino es uno, también tienen una majestad.

Si Satanás también está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino, ya que dicen que en Beelzebub expulso demonios? Al decir esto, quería que se entendiera por su propia confesión que al no creer en él, habían elegido estar en el reino del diablo, que ciertamente no podría permanecer dividido contra sí mismo. Que elijan, pues, los fariseos lo que quieran. Si Satanás no puede expulsar a Satanás, no pudieron encontrar nada que decir contra el Señor. Pero si puede, mucho más deben cuidarse y salir de su reino, que no puede permanecer dividido contra sí mismo. En cuanto a cómo el Señor Cristo expulsa demonios, para que no piensen que es el príncipe de los demonios, presten atención a lo que sigue.

Si yo expulso demonios en Beelzebub, ¿en quién los expulsan sus hijos? Por eso ellos serán sus jueces. Dijo esto ciertamente de sus discípulos, hijos de ese pueblo, quienes ciertamente, siendo discípulos del Señor Jesucristo, estaban bien conscientes de que no habían aprendido malas artes del buen maestro, para expulsar demonios en el príncipe de los demonios. Por eso (dice) ellos serán sus jueces, ellos (dice) ellos, los humildes y despreciados de este mundo, en quienes no aparece la maliciosa astucia, sino la santa simplicidad de mi poder, ellos serán sus testigos, sus jueces. De otra manera: Se refiere a los hijos de los judíos, exorcistas de esa nación según la costumbre, que expulsaban demonios por invocación. Y los constriñe con una prudente pregunta, para que confiesen que es obra del Espíritu Santo. Porque si la expulsión (dice) de los demonios en sus hijos se atribuye a Dios, no a los demonios, ¿por qué en mí la misma obra no tiene la misma causa? Por lo tanto, sus propios jueces serán, no por poder, sino por comparación, mientras ellos atribuyen la expulsión de los demonios a Dios, ustedes a Beelzebub, príncipe de los demonios.

Pero si yo expulso demonios por el dedo de Dios, ciertamente ha llegado a ustedes el reino de Dios. Este es el dedo que también confiesan los magos, que hacían señales contra Moisés y

Aarón, diciendo: Este es el dedo de Dios (Éxodo VIII), con el cual también se escribieron las tablas de piedra en el monte Sinaí. Por lo tanto, la mano y el brazo de Dios es el Hijo, y su dedo es el Espíritu Santo. Del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una sola sustancia. No te escandalice la desigualdad de los miembros, cuando la unidad del cuerpo edifica. De otra manera: El Espíritu Santo es llamado el dedo de Dios, por la partición de los dones que se dan en él a cada uno de manera propia, ya sea de los hombres o de los ángeles. Pues en ninguno de nuestros miembros aparece más la partición que en los dedos. Pero lo que dijo, Ha llegado a ustedes el reino de Dios, se refiere al reino de Dios en el que los impíos son condenados, y se separan de los fieles que ahora hacen penitencia por sus pecados.

Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están sus posesiones. Llama fuerte al diablo; y su atrio, al mundo que está puesto en el maligno, en el cual hasta la venida del Salvador poseía un imperio mal pacificado, porque en los corazones de los infieles descansaba sin contradicción. Por lo cual también en otro lugar se le llama príncipe del mundo, diciendo el Señor: Porque viene el príncipe del mundo, y en mí no encontrará nada (Juan XIV). Y de nuevo: Ahora el príncipe del mundo será echado fuera (Juan XII), de lo cual también se añade aquí la expulsión.

Pero si uno más fuerte que él viene y lo vence, le quitará todas sus armas en las que confiaba, y repartirá sus despojos. Habla de sí mismo, que no con una operación engañosa como calumniaban, sino con un poder más fuerte, victorioso, liberaba a los hombres del demonio. Las armas en las que confiaba ese fuerte malvado son las astucias y engaños de la malicia espiritual. Pero sus despojos son los mismos hombres engañados por él. Que el victorioso Cristo distribuye, lo cual es un signo del triunfante, porque llevando cautiva la cautividad, dio dones a los hombres, ordenando a algunos como apóstoles, a otros como evangelistas, a estos como profetas, a aquellos como pastores y maestros (Efesios IV).

El que no está conmigo, está contra mí. Y el que no recoge conmigo, desparrama. No piense nadie que se dice de los herejes y cismáticos, aunque también de manera superflua pueda entenderse así, sino que según el contexto, el texto del discurso se refiere al diablo, y que las obras del Salvador no pueden compararse con las obras de Beelzebub. Aquel desea tener las almas de los hombres cautivas, el Señor liberarlas; aquel predica ídolos, este la noción de un solo Dios; aquel arrastra a los vicios, este llama a la virtud: ¿cómo pueden, pues, tener concordia entre sí, cuyas obras están divididas?

Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, vaga por lugares áridos. Aunque pueda entenderse de manera simple que el Señor añadió esto para distinguir sus obras de las de Satanás, ya que Él siempre purifica lo impuro, mientras que Satanás se apresura a manchar lo que está limpio con suciedades más graves, también puede aplicarse sin inconvenientes a cualquier hereje, cismático o incluso a un mal católico. Desde el momento del bautismo, el espíritu inmundo que antes habitaba en él es expulsado por la confesión de la fe católica y la renuncia a la vida mundana, y vaga por lugares áridos, es decir, explora astutamente los corazones de los fieles que han sido purgados de pensamientos inconstantes, para ver si puede establecer allí los pasos de su maldad. Pero se dice bien:

Buscando descanso y no encontrándolo, porque huyendo de las mentes castas, el diablo solo puede encontrar un descanso agradable en el corazón de los perversos. De ahí que el Señor diga de él: "Bajo la sombra duerme en el secreto del junco, y en lugares húmedos" (Job 40). En la sombra, es decir, en las conciencias oscuras; en el junco, que es brillante por fuera pero vacío por dentro, simulando; insinuándose en lugares húmedos, en mentes lascivas y blandas.

Dice: Volveré a mi casa de donde salí. Este versículo es temible, no debe ser expuesto, no sea que el pecado que creíamos extinguido en nosotros nos oprima por nuestra negligencia.

Y cuando llega, la encuentra barrida, es decir, purificada por la gracia del bautismo de la mancha del pecado, pero no acumulada con la industria de buenas obras. De ahí que Mateo diga bien que esta casa fue encontrada vacía, barrida y adornada: barrida de los vicios antiguos por el bautismo, vacía de buenas acciones por negligencia, adornada con virtudes simuladas por hipocresía.

Entonces va y toma consigo otros siete espíritus más malvados que él, y entrando, habitan allí. Los siete malos espíritus designan todos los vicios. Porque a quienquiera que después del bautismo lo atrape la depravación herética o la codicia mundana, pronto lo derribará en el abismo de los vicios. De ahí que se diga correctamente que entonces entraron en él espíritus más malvados. Porque no solo tendrá esos siete vicios, que son contrarios a las siete virtudes espirituales, sino que también, por hipocresía, fingirá tener esas mismas virtudes.

Y el último estado de ese hombre es peor que el primero. Pues le habría sido mejor no conocer el camino de la verdad, que después de conocerlo, volverse atrás. Lo cual leemos que se cumplió especialmente en Judas el traidor, o en Simón el mago, y en otros tales. Pero a donde esta parábola tiende en general, el mismo Salvador según Mateo lo expuso, donde, al terminarla, añadió diciendo: Así será también con esta generación perversa. Es decir, lo que he narrado que suele suceder en particular con uno cualquiera, esto no deja de suceder en general con toda esta gente. Pues el espíritu inmundo salió de los judíos cuando recibieron la ley. Y caminó por lugares áridos, buscando descanso para sí. Expulsado de los judíos, caminó por las soledades de las naciones. Y cuando después creyeron en el Señor, al no encontrar lugar en las naciones, dijo: Volveré a mi casa original, de donde salí. Tendré a los judíos, a quienes antes había dejado. Y al venir, la encontró vacía, barrida. Pues el templo de los judíos estaba vacío, y no tenía a Cristo como huésped, diciendo: Se os dejará vuestra casa desierta. Porque no tenían la protección de Dios y de los ángeles, y estaban adornados con las observancias superfluas de los fariseos, el diablo regresa a ellos, y añadiendo a su número siete demonios, habita la casa original y el estado posterior de ese pueblo es peor que el primero. Pues ahora son poseídos por un número mucho mayor de demonios blasfemando en sus sinagogas contra Cristo Jesús, que cuando fueron poseídos en Egipto antes del conocimiento de la ley. Porque es una cosa no creer en lo que ha de venir, y otra no haber recibido a quien ha venido. El número siete añadido al diablo, entiéndelo ya sea por el sábado, o por el número del Espíritu Santo. Así como en Isaías, sobre la vara de la raíz de Jesé, y la flor que sube de la raíz, se narra que descendieron siete espíritus de virtudes, así también, por el contrario, el número de vicios está consagrado en el diablo.

Y sucedió que mientras decía estas cosas, una mujer de la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Esta mujer se muestra de gran devoción y fe, que mientras los escribas y fariseos tentaban y blasfemaban al Señor, reconoce con tanta sinceridad su encarnación sobre todas las cosas, y lo confiesa con tanta confianza, que confunde tanto la calumnia de los presentes como la perfidia de los herejes futuros. Pues así como entonces los judíos blasfemando las obras del Espíritu Santo, negaban al verdadero Hijo de Dios consustancial al Padre, así los herejes después negando que María siempre virgen, por la virtud operante del Espíritu Santo, proporcionó la materia de su carne al unigénito Dios que iba a nacer de miembros humanos, dijeron que no debía confesarse al verdadero Hijo del hombre consustancial a la madre. Pero si la carne del Verbo de Dios naciente según la carne se declara ajena a la carne de la madre virgen, en vano se beatifican el

vientre que lo llevó y los pechos que lo amamantaron. ¿Con qué consecuencia se cree que fue nutrido con su leche, si se niega que fue concebido de su semilla? ya que de la misma fuente de origen, según los físicos, se prueba que ambos líquidos emanan. A menos que se deba pensar que la virgen pudo proporcionar al Hijo de Dios la materia seminal de su carne al nutrirlo en la carne, pero no pudo hacerlo al encarnarlo, como si fuera un milagro mayor e inusitado. Pero a esta opinión se opone el Apóstol diciendo: Porque Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley (Gál. IV). Pues no deben ser escuchados quienes piensan que debe leerse, nacido de mujer, hecho bajo la ley, sino, hecho de mujer. Porque concebido del útero virginal, no tomó carne de la nada, ni de otro lugar, sino que la extrajo de la carne materna. De lo contrario, no se diría verdaderamente Hijo del hombre, quien no tendría origen de hombre. Y nosotros, por tanto, con estas palabras contra Eutiques, elevemos la voz con la Iglesia católica, de la cual esta mujer fue tipo, elevemos también la mente de entre las multitudes, y digamos al Salvador: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste (Luc. XI). Pues verdaderamente bienaventurada la madre, que (como dice alguien) dio a luz al Rey. Quien sostiene el cielo y la tierra por los siglos, cuyo poder abarca todo en un giro eterno, cuyo imperio permanece sin fin; que con su vientre bienaventurado, teniendo las alegrías de madre con el honor de la virginidad, no se ha visto ni tendrá semejante.

Pero él dijo: Más bienaventurados son los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Hermosamente el Salvador asiente a la declaración de la mujer, afirmando que no solo es bienaventurada aquella que mereció engendrar corporalmente al Verbo de Dios, sino también todos aquellos que se esfuerzan por concebir espiritualmente el mismo Verbo con el oído de la fe, y dar a luz y alimentar en su propio corazón o en el de los demás con la custodia de buenas obras. Porque la misma Madre de Dios es bienaventurada, y bienaventurada por haber sido ministra temporal del Verbo encarnado, pero mucho más bienaventurada por haber permanecido siempre como guardiana eterna de su amor. Con esta sentencia, también hiere en secreto a los sabios de los judíos, que no buscaban oír y guardar la palabra de Dios, sino negarla y blasfemarla.

Y mientras las multitudes se reunían, comenzó a decir: Esta generación es una generación malvada: busca un signo, y no se le dará otro signo que el signo de Jonás. Fue cuestionado por dos cosas. Algunos lo calumniaban diciendo que expulsaba demonios por Beelzebub, a quienes hasta ahora ha respondido. Y otros, tentándolo, buscaban de él un signo del cielo, a quienes comienza a responder desde aquí, no dándoles un signo del cielo, que no eran dignos de ver, sino del profundo infierno, como el profeta Jonás, náufrago y tragado por un cetáceo, pero liberado del abismo y de las fauces de la muerte, recibió y dio, un signo de la encarnación, no de la divinidad, de la pasión, no de la glorificación. Pero a sus discípulos les dio un signo del cielo, a quienes mostró la gloria de la bienaventuranza eterna, primero figurativamente transformado en el monte, y después verdaderamente elevado al cielo.

Porque así como Jonás fue un signo para los ninivitas, así también será el Hijo del Hombre para esta generación. Muestra a los judíos envueltos en graves pecados como los ninivitas, y próximos a la subversión si no se arrepienten. Pero así como a los ninivitas se les anuncia el castigo y se les muestra el remedio, así también los judíos no deben desesperar de la indulgencia si quieren hacer penitencia. Pero mira lo que sigue:

La reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará. Los condenará, ciertamente no con el poder del juicio, sino por la comparación de un hecho mejor. Si la reina del Sur, que sin duda es elegida, se levantará en el juicio con los reprobos, se muestra que habrá una sola resurrección de todos los mortales, buenos y malos, y esto no según las fábulas de los judíos mil años antes del juicio, sino que será en el mismo juicio.

Porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí que aquí hay más que Salomón. Aquí, en este lugar, no significa un pronombre, sino un adverbio de lugar, es decir, que está presente entre vosotros, quien es incomparablemente superior a Salomón. La Escritura relata cómo la reina de Saba, dejando su gente e imperio, vino a Judea para oír la sabiduría de Salomón, y llevándole muchos regalos, recibió de él aún más. Ella condenará a los judíos en el juicio, porque ella buscó desde los confines de la tierra a quien, al recibir el don de la sabiduría, reconoció como famoso. Pero ellos, teniendo con ellos a quien no es sabio por otro, sino que es la misma sabiduría y poder de Dios, no solo no querían oír, sino que preferían blasfemar y conspirar contra él.

Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí que aquí hay más que Jonás. Jonás predicó pocos días, yo tanto tiempo. Él a los asirios, gente incrédula, yo a los judíos, pueblo de Dios. Él a extranjeros, yo a ciudadanos. Él habló con voz simple y sin hacer señales fue aceptado, yo haciendo tantas señales soporto la calumnia de Beelzebub. Por lo tanto, aquí hay más que Jonás, es decir, predicando en medio de vosotros. Y por eso, de la misma manera que la reina del Sur, también los hombres de Nínive condenarán a la generación de los judíos, es decir, los acusarán de infidelidad. De otra manera: En los ninivitas y la reina del Sur, la fe de la Iglesia se prefiere a Israel, que se concilia con el Señor no menos por la penitencia de la insensatez pasada, que por la industria de aprender sabiduría. Pues la unidad de la Iglesia se congrega de dos partes, de aquellos que no saben pecar, y de aquellos que dejan de pecar. Porque la penitencia borra el delito, la sabiduría lo previene.

Nadie enciende una lámpara y la pone en un lugar oculto, ni debajo de un celemín. El Señor habla de sí mismo, mostrando que aunque antes dijo que no se daría a la generación malvada otro signo que el de Jonás, sin embargo, la claridad de su luz no debe ocultarse a los fieles. Pues él enciende la lámpara, quien llena la vasija de la naturaleza humana con la llama de su divinidad. Y ciertamente no quiso ocultar esta lámpara a los creyentes, ni ponerla debajo de un celemín, es decir, no quiso incluirla bajo la medida de la ley, ni restringirla dentro de los límites de una sola nación judía.

Sino sobre el candelero, dice, para que los que entran vean la luz. Llama candelero a la Iglesia, sobre la cual puso la lámpara, porque fijó en nuestras frentes la fe de su encarnación, para que quienes quieran entrar fielmente en la Iglesia, puedan ver claramente la luz de la verdad. Con esta sentencia también condena a los líderes de los judíos, que buscando señales exteriores, no quisieron entrar por la puerta abierta de la luz creyendo. Finalmente, ordena que no solo las obras, sino también las intenciones del corazón y las mismas intenciones del corazón se recuerden de purificar y castigar; pues sigue:

La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. El cuerpo ciertamente dice las obras que aparecen abiertamente a todos, el ojo en cambio es la misma intención de la mente que obra, y por cuyo mérito se discierne si las mismas obras son obras de luz o de tinieblas, como él mismo explicó a continuación, diciendo:

Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz. Pero si es malo, también tu cuerpo estará en tinieblas. Si, dice, con pura y recta intención te esfuerzas por hacer el bien que puedes, ciertamente son obras de luz las que haces, aunque ante los hombres parezcan tener alguna imperfección. Porque a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, a los que son llamados según su propósito santo. Pero si la intención que precede es perversa, toda obra que sigue es pequeña, aunque parezca recta.

Mira, pues, que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Es decir, que la misma intención del corazón, que es la luz del alma, no se oscurezca con la niebla de los vicios, examínala con diligente discreción. Según lo que se ordena en otro lugar: Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él mana la vida (Prov. IV).

Si, pues, todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo ninguna parte de tinieblas, todo será luminoso, y como una lámpara de resplandor te iluminará. Todo nuestro cuerpo dice todas nuestras obras, porque también el Apóstol llama miembros nuestros a ciertas obras, que desapruera, y manda mortificar diciendo: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra, fornicación, impureza, lujuria (Col. III), y otras cosas semejantes. Si, pues, haces el bien con buena intención, no teniendo en tu conciencia ninguna parte de pensamiento oscuro, aunque suceda que alguno de tus prójimos sea perjudicado por tu buena acción, por ejemplo, o de la cantidad de dinero que un necesitado y pidiendo recibió de ti, haga o sufra algo malo, o de la palabra de exhortación con la que querías corregir al errante, tal vez erre más perniciosamente, tú, sin embargo, por tu corazón simple y luminoso, tanto aquí como en el futuro, serás dotado de la gracia de la luz. Estas cosas dichas especialmente contra la hipocresía de los fariseos que buscan señales con astucia, nos instruyan a nosotros en sentido moral de manera general.

Y mientras hablaba, un fariseo le rogó que comiera con él, y entrando se reclinó. Lucas no dice deliberadamente, Y mientras decía estas cosas, sino, Mientras hablaba, para mostrar que no fue inmediatamente después de terminar las palabras que había propuesto, sino después de interponer algunas, que fue invitado a comer por el fariseo. Pero Mateo explica cuáles son esas cosas, quien después de que el Señor terminó este discurso, que sin embargo Lucas relata en parte más brevemente, en parte más extensamente, inmediatamente añadió: Mientras él aún hablaba a las multitudes, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, queriendo hablar con él. Aún, dice, mientras él hablaba, para que entiendas, mientras decía estas cosas que indicaba anteriormente. Pero también Marcos, después de haber relatado lo que el Señor dijo sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo, dijo: Y vienen su madre y sus hermanos. Pero Lucas no siguió el orden de los hechos, sino que lo anticipó y lo narró recordándolo antes. De hecho, lo intercaló de tal manera que aparece desligado del nexo de lo anterior y lo posterior. Por lo tanto, después de que, al serle anunciados su madre y sus hermanos afuera, dijo: Porque quien haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre (Marcos III), se da a entender que, invitado, entró al banquete del fariseo.

Pero el fariseo comenzó a pensar dentro de sí por qué no se había lavado antes de comer. El evangelista Marcos reveló la causa del pensamiento del fariseo diciendo: Porque los fariseos y todos los judíos, si no se lavan las manos con frecuencia, no comen, manteniendo la tradición de los ancianos, y del mercado, si no se lavan, no comen (Marcos VII).

Y el Señor le dijo: Ahora vosotros, fariseos, limpiáis lo que está por fuera del vaso y del plato. Pero lo que está dentro de vosotros está lleno de robo e iniquidad. Y Marcos, de hecho, relata que solían observar los lavados de vasos y jarras, lechos y utensilios de bronce, pero más bien bajo el nombre de vasijas se les acusa de la simulación de la mentira, que muestran una cosa a los hombres por fuera, y otra hacen en casa, teniendo la forma de piedad por fuera, pero por dentro deformes por la suciedad de los vicios. Pues el Señor quiere explicar más ampliamente lo que antes había dicho brevemente sobre la limpieza del ojo del corazón.

Necios, ¿acaso el que hizo lo que está por fuera, no hizo también lo que está por dentro? Quien, dice, hizo ambas naturalezas del hombre, desea que ambas sean limpiadas. Esto contra

los maniqueos, que piensan que solo el alma es creada por Dios, pero la carne por el diablo. Esto contra aquellos que detestan como gravísimos solo los pecados corporales, es decir, la fornicación, la impureza, la lujuria, el robo, el saqueo y otras cosas semejantes; pero desprecian como leves los pecados espirituales que el Apóstol no menos condena, es decir, la amargura, la ira, la indignación, el clamor, la blasfemia, la soberbia, y la avaricia, que es idolatría (Colosenses III).

Sin embargo, lo que sobra, dadlo como limosna, y he aquí que todo será limpio para vosotros. Lo que sobra de lo necesario para el sustento y el vestido, dadlo a los pobres. Así como también Juan lo ordena: Quien tiene dos túnicas, dé una al que no tiene (Luc. III). Pues no se manda hacer limosna de tal manera que te consumas en la pobreza, sino que, una vez satisfechas tus necesidades corporales, sostengas al necesitado en la medida de tus posibilidades. O bien, se debe entender que lo que sobra, lo que queda como único remedio para aquellos que han cometido muchos pecados, dadlo como limosna. Esta enseñanza se aplica a todas las acciones que se realizan con misericordia útil. No solo da limosna quien da comida al hambriento, bebida al sediento, ropa al desnudo, hospedaje al peregrino, y cosas semejantes, sino también quien perdona al pecador, da limosna. Y quien corrige con castigo a aquel sobre quien tiene autoridad, o lo disciplina de alguna manera, y sin embargo perdona de corazón el pecado con el que fue ofendido o herido, o reza para que le sea perdonado, no solo en lo que perdona y reza, sino también en lo que corrige y castiga con alguna pena correctiva, da limosna, porque muestra misericordia. Hay, por tanto, muchos tipos de limosnas, que cuando las hacemos, nos ayudan a que se nos perdonen nuestros pecados, pero no hay nada mayor que perdonar de corazón lo que alguien ha pecado contra nosotros. ¿O acaso entenderemos lo que dice: Dad limosna, y he aquí que todo será limpio para vosotros, de tal manera que incluso los fariseos que no tienen fe en Cristo, aunque no crean en Él, ni hayan renacido del agua y del Espíritu Santo, todo les sea limpio, solo si dan limosnas, como algunos piensan que deben darse, cuando todos aquellos a quienes no limpia la fe en Cristo son impuros, de la cual está escrito: Purificando con la fe sus corazones? Y sin embargo, es verdad lo que oyeron: Dad limosna, y he aquí que todo será limpio para vosotros. Porque quien quiere dar limosna ordenadamente, debe comenzar por sí mismo, y dársela primero a sí mismo. Pues la limosna es una obra de misericordia, y verdaderamente se ha dicho: Ten misericordia de tu alma agradando a Dios (Ecli. XXX). Por esto renacemos, para agradar a Dios, a quien justamente desagrade lo que contrajimos al nacer. Esta es la primera limosna que nos damos a nosotros mismos, porque nos buscamos a nosotros mismos, miserables, por la misericordia del Dios misericordioso. Por este orden de amor se ha dicho: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Marc. XII). Por tanto, cuando los reprendió porque se lavaban por fuera, pero por dentro estaban llenos de robo e iniquidad, advirtiendo de una cierta limosna que el hombre debe darse primero a sí mismo, y limpiar su interior: Sin embargo, dijo, lo que sobra dadlo como limosna, y he aquí que todo será limpio. Luego, para mostrar qué había advertido, y qué ellos no se preocupaban por hacer, para que no pensaran que ignoraba sus limosnas.

Pero ¡ay de vosotros, fariseos! Como si dijera, ciertamente os advertí que debéis dar limosna, por la cual todo os sea limpio: pero ¡ay de vosotros,

Porque diezmáis la menta y la ruda y toda hortaliza; pues conozco estas vuestras limosnas, para que no penséis que os he advertido de ellas ahora.

Y pasáis por alto el juicio y el amor de Dios. Con esta limosna podríais ser limpiados de toda contaminación interior, para que os sean limpios también los cuerpos que laváis, pues esto es

todo, tanto lo interior como lo exterior, como se lee en otro lugar: Limpiad lo que está dentro, y lo que está fuera será limpio (Mat. XXIII). Pero para que no pareciera que rechazaba esas limosnas que se hacen de los frutos de la tierra, dijo:

Esto, sin embargo, debíais hacer. Es decir, el juicio y el amor de Dios, para que, juzgando verdaderamente nuestra miseria, y amando el amor de Dios que Él mismo nos ha dado, vivamos piadosa y rectamente, confesando su justo juicio, que dice el Apóstol, Juicio en verdad para condenación: y dando gracias por su gran amor (Rom. V), del cual el mismo predicador de la gracia dice: Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Ibid.).

Esto, sin embargo, debíais hacer, y no omitir aquello, es decir, las limosnas de los frutos terrenales. No se engañen, pues, aquellos que creen que por las limosnas, por más generosas que sean, de sus frutos, o de cualquier dinero, compran impunidad, permaneciendo en la enormidad de sus crímenes y la maldad de sus delitos.

¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis las primeras sillas en las sinagogas, y los saludos en las plazas! ¡Ay de nosotros, miserables, a quienes han pasado los vicios de los fariseos, que el breve e incierto curso de nuestra vida, en el que debíamos llorar humildemente nuestros pecados, no tememos cargarlo más con pecados, compitiendo orgullosamente por la preeminencia entre nosotros.

¡Ay de vosotros que sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que caminan sobre ellos no lo saben! Y esta sentencia reprende la superstición de los fariseos, que por fuera muestran la apariencia de una doctrina recta, pero ocultan lo que de fealdad llevan dentro, como los sepulcros, que aunque muestran la superficie de la tierra común, están llenos por dentro del hedor de cadáveres que se pudren. De los cuales el salmista, al decir: Sepulcro abierto es su garganta (Salmo V); enseguida explicó lo que había dicho añadiendo: Con sus lenguas engañaban.

Respondiendo uno de los doctores de la ley, le dijo: Maestro, diciendo esto también nos ofendes a nosotros. ¡Qué miserable conciencia, que al oír la palabra de Dios, piensa que se le ofende, y al recordar el castigo de los infieles, siempre se entiende a sí misma como condenada! Por lo cual a mí y a mis semejantes solo nos queda un refugio, suplicar al Señor con el profeta: Ojalá sean rectos mis caminos, para guardar tus estatutos. Entonces no seré confundido, cuando mire todos tus mandamientos (Salmo CXVIII).

Pero él dijo: Y a vosotros, doctores de la ley, ¡ay de vosotros, porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, y vosotros mismos no tocáis las cargas ni con un dedo! No se pueden llevar las cargas de la ley de la manera en que estos doctores de la ley las imponían a los hombres. Por lo cual escuchan con razón que no tocaban sus cargas ni con un dedo, es decir, ni siquiera cumplían las más mínimas, que presumían guardar y transmitir para ser guardadas, contra la costumbre de los padres, sin la fe y la gracia de Jesucristo, y por eso intentaban rechazar y exterminar el yugo suave de Cristo y su carga ligera, donde está el descanso de las almas, cuando está escrito: El justo vivirá por la fe (Rom. I). Y el apóstol Pedro, a aquellos que enseñaban que los creyentes de entre los gentiles debían ser circuncidados, les advierte y dice: ¿Por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? sino que creemos que seremos salvos por la gracia de nuestro Señor Jesús, de la misma manera que ellos (Hech. XV).

¡Ay de vosotros que edificáis los sepulcros de los profetas, y vuestros padres los mataron! No es un crimen adornar los sepulcros de los profetas, sino imitar a los asesinos de los profetas. Los judíos, por tanto, al edificar los sepulcros de los profetas, condenaban las acciones de sus padres que los mataron, pero al emular las fechorías de sus padres, al perseguir a Cristo y a sus apóstoles, volvían la sentencia sobre sí mismos, haciendo ellos mismos lo que condenaban en sus padres.

En verdad testificáis que consentís en las obras de vuestros padres. Porque ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros. Simulaban, en efecto, para captar el favor del pueblo, horrorizarse de la perfidia de sus padres, adornando magníficamente las memorias de los profetas que fueron asesinados por ellos, pero con sus obras testifican cuánto consienten en la maldad paterna, injuriando al Señor que fue anunciado por esos mismos profetas. Donde se declaran a sí mismos tanto hijos de homicidas como conscientes de pecar para su propia condenación. Por lo cual se añade con razón:

Por eso también la sabiduría de Dios dijo: Les enviaré profetas y apóstoles, y de ellos matarán y perseguirán. Se llama a sí mismo la sabiduría de Dios, pues Él es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, como enseña el Apóstol (I Cor. I). De hecho, en Mateo tienes así: Por eso, he aquí que yo os envío profetas, y sabios y escribas. Si la misma sabiduría de Dios envió tanto a los profetas como a los apóstoles, que los herejes dejen de dar a Cristo un principio desde la Virgen, omitan predicar a un Dios de la ley y los profetas, y a otro del Nuevo Testamento, aunque a menudo también la Escritura apostólica llama profetas no solo a aquellos que anunciaron la futura encarnación de Cristo, sino también a aquellos que predicaban las futuras alegrías del reino celestial. Profetas, dice, dos o tres hablen, y los demás juzguen. Pero no creo que estos deban ser preferidos a los apóstoles en el orden del catálogo.

Para que se requiera la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la fundación del mundo de esta generación. Se pregunta cómo se puede requerir la sangre de todos los profetas y justos de una sola generación de judíos, cuando muchos santos, tanto antes de la encarnación como después de la muerte y resurrección del Salvador, han sido asesinados por otras naciones, y el mismo Señor, aunque con el clamor de los judíos, fue crucificado por un gobernador romano y soldados romanos. Pero es costumbre de las Escrituras contar a menudo dos generaciones de hombres, es decir, los buenos y los malos, aquellos que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan I); y aquellos a quienes se les dice: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII). Y en otro lugar: Serpientes, generación de víboras (Mat. XXIII).

Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. No es extraño que se mencione desde la sangre de Abel, quien fue el primer mártir, pero se debe preguntar por qué hasta la sangre de Zacarías, cuando muchos después de él, hasta el nacimiento de Cristo, y poco después de su nacimiento, los niños inocentes en Belén fueron asesinados por esta generación, a menos que tal vez porque Abel fue pastor de ovejas, Zacarías fue sacerdote, y este fue asesinado en el campo, aquel en el atrio del templo, quiso insinuar bajo el nombre de ambos los mártires de ambos grados, tanto los laicos como los dedicados al oficio del altar.

¡Ay de vosotros, doctores de la ley, porque habéis quitado la llave del conocimiento, vosotros mismos no habéis entrado, y a los que entraban les habéis impedido! La llave del conocimiento es la humildad de Cristo, que los doctores de la ley no querían entender en la ley y los profetas, ni querían que otros la entendieran. Entrar es no contentarse con la superficie de la letra, sino penetrar hasta los arcanos de la inteligencia más sagrada. De otra

manera: Todo maestro que escandaliza a sus oyentes con su ejemplo, aunque los edifique con su palabra, ni él mismo entra en el reino de Dios, ni permite que entren aquellos que podrían hacerlo.

Mientras les decía estas cosas, comenzaron los fariseos y los doctores de la ley a insistir gravemente, y a oprimir su boca, acechándole en muchas cosas, y buscando atrapar algo de su boca, para acusarle. Ellos mismos testifican cuán verdaderos crímenes de perfidia, simulación e impiedad han escuchado, que, ante tal tempestad tronante, no se arrepienten, sino que intentan atacar al maestro de la verdad con insidias.

CAPÍTULO XII.

Mientras tanto, se reunieron tantas multitudes que se pisoteaban unas a otras, y comenzó a decir a sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. A esta levadura pertenecen todas las cosas que había discutido anteriormente mientras estaba reclinado en casa del fariseo. De la cual también el Apóstol ordena: Así que celebremos la fiesta, no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y maldad, sino con los panes ázimos de sinceridad y verdad (I Cor V). Pues así como un poco de levadura corrompe toda la masa de harina en la que se introduce, y pronto contamina toda la mezcla con su sabor, así ciertamente la simulación, una vez que ha impregnado el alma, la priva de toda sinceridad y verdad de las virtudes.

Nada hay encubierto que no haya de ser revelado, ni oculto que no haya de saberse. ¿Y cómo en el presente siglo la hipocresía de muchos permanece oculta por mucho tiempo? Por lo tanto, debe entenderse en el tiempo futuro, cuando Dios juzgará los secretos de los hombres. Pues como uno de los amigos del bienaventurado Job dijo muy verdaderamente: La alabanza de los impíos es breve, y el gozo del hipócrita es como un instante. Si su soberbia sube hasta el cielo, y su cabeza toca las nubes, como estiércol al final perecerá (Job XX). Al final, dice, perecerá, quien al principio parecía florecer. Por lo tanto, el sentido es: Guardaos de emular a los simuladores, porque ciertamente vendrá el tiempo en que se revelará tanto vuestra virtud a todos, como su hipocresía. Pero lo que sigue:

Porque lo que habéis dicho en las tinieblas, en la luz será dicho, y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, será proclamado en las azoteas, no solo en el futuro, cuando todos los secretos de los corazones se saquen a la luz, sino que también en el tiempo presente puede entenderse adecuadamente. Porque lo que los apóstoles dijeron o sufrieron en las sombras de las prisiones y las tinieblas de las presiones, ahora, con la Iglesia glorificada por todo el mundo, se proclama públicamente al leerse sus actos. Ciertamente, lo que dice, Será proclamado en las azoteas, habla según la costumbre de la provincia de Palestina, donde suelen residir en las azoteas. Pues no hacen los techos elevados como los nuestros, sino que los hacen planos. Por lo cual la ley ordenó que quien edificara una casa nueva, pusiera un muro alrededor del techo, para que no se derramara sangre inocente allí, si alguien resbalaba y caía. Y en la construcción del templo leemos: También cubrió la casa con techos de cedro, y edificó un piso sobre toda la casa de cinco codos de altura. Por lo tanto, será proclamado en las azoteas, se dirá públicamente para que todos lo oigan.

Os digo, amigos míos, no temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no tienen más que hacer. Si los perseguidores de los santos, una vez muertos los cuerpos, no tienen más que hacer contra ellos, entonces furiosamente se enfurecen en vano, quienes arrojan los cuerpos muertos de los mártires para que sean desgarrados por las fieras y las aves, o para que se disuelvan en el aire, o se disuelvan en las aguas, o se conviertan en cenizas a través de las

llamas, ya que no pueden oponerse a la omnipotencia de Dios para que los resucite vivificándolos.

Temed a aquel que después de haber matado, tiene poder para arrojar al infierno. Porque hay dos tipos de perseguidores, uno que ataca abiertamente con violencia, y otro que engaña con halagos fraudulentos: queriendo el Salvador protegernos e instruirnos contra ambos, nos ordena tanto que nos guardemos de la hipocresía de los fariseos, como que no temamos la muerte a manos de los verdugos, porque evidentemente ni la crueldad de estos ni la simulación de aquellos puede durar después de la muerte. Al Señor, que siempre ve, se debe agradecer, al Señor, que siempre puede castigar o liberar, se debe temer.

¿No se venden cinco pajarillos por dos ases, y ninguno de ellos está olvidado delante de Dios? Si los animales más pequeños, y los pájaros que vuelan por el aire, Dios no puede olvidarlos, vosotros que fuisteis hechos a imagen del Creador, no debéis temer a los que matan el cuerpo, porque quien gobierna a los irracionales, no deja de cuidar a los racionales. El dipondio por el que se venden cinco pajarillos, es decir, se venden, es un tipo de peso muy ligero, compuesto por dos ases. Tal vez alguien pregunte, ¿cómo dice el Apóstol: ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes? (I Cor. IX), cuando ciertamente el buey es más valioso que el pajarillo. Pero una cosa es el cuidado, y otra es el conocimiento. De hecho, el número de cabellos del que dice a continuación:

Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados, no se toma en el acto de contar, sino en la facultad de conocer. Pues Dios no dedica una vigilancia cuidadosa a contar, sino que a quien todo le es conocido, como si todo estuviera contado. Sin embargo, se dice que están contados, porque contamos lo que queremos conservar. Donde muestra la inmensa providencia de Dios hacia los hombres, y señala su inefable afecto, que nada nuestro escapa a Dios, y que incluso las palabras pequeñas y ociosas no escapan a su conocimiento. Se burlan de la inteligencia eclesiástica en este lugar, quienes niegan la resurrección de la carne, como si dijéramos que la misma materia terrenal que se convierte en cadáver al separarse el alma, debe ser restaurada en la resurrección, de modo que lo que se disuelve, y se transforma en otras y otras formas y especies de otras cosas, aunque regrese al cuerpo de donde se disolvió, también debe regresar a las mismas partes del cuerpo donde estaba. De lo contrario, si los cabellos regresan a los cabellos, lo que tantas veces ha quitado el corte frecuente, si las uñas lo que tantas veces ha quitado la extirpación, se presenta a los que piensan que la resurrección de la carne es una deformidad immoderada e indecente, y por eso no creen en ella. Pero así como si una estatua de cualquier metal soluble, ya sea que se derritiera en el fuego, o se pulverizara, o se fundiera en una masa, y el artífice quisiera restaurarla nuevamente con la cantidad de esa materia, no importaría para su integridad qué parte de la materia se devolviera a qué miembro de la estatua, siempre que recupere todo de lo que fue constituida: así Dios, artífice maravillosamente e inefablemente, de todo lo que nuestra carne consistía, la restaurará con una celeridad maravillosa e inefable, y no importará para su reintegración si los cabellos regresan a los cabellos, y las uñas a las uñas, o si lo que de ellos se perdió se transforma en carne, y se devuelve a otras partes del cuerpo, cuidando la providencia del artífice de que no se haga nada indecente.

No temáis, pues, valéis más que muchos pajarillos. No se debe leer sois más, que se refiere a la comparación de número, sino valéis más, es decir, sois de mayor mérito, dignidad y estima ante Dios que innumerables cuerpos o especies de pajarillos.

Os digo, pues, que todo aquel que me confiese delante de los hombres, también el Hijo del Hombre lo confesará delante de los ángeles de Dios. Pero el que me niegue delante de los

hombres, será negado delante de los ángeles de Dios. Se refiere a lo anterior, donde se dijo que cualquier cosa encubierta y oculta será revelada, concluyendo que esta revelación no se hará en cualquier asamblea vil, sino en la presencia de la ciudad celestial y del rey y juez eterno. Y para que no se pensara que la misma condición se aplicaba a todos, es decir, a aquellos que niegan por elección y a aquellos que niegan por debilidad o ignorancia, inmediatamente añadió:

Y a todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará. Pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará. Quien se escandaliza de mi carne, pensando que soy solo un hombre porque tengo un hijo y hermanos como Santiago, José y Judas, y que soy un hombre glotón y bebedor de vino, tal opinión y blasfemia, aunque no carece de culpa por error, sin embargo, tiene perdón por la utilidad del cuerpo. Pero quien, entendiendo claramente las obras de Dios, no puede negar su poder, y, movido por la envidia, calumnia y dice que Cristo y la obra del Espíritu Santo son de Beelzebub, a este no se le perdonará, ni en este siglo ni en el futuro. No porque neguemos que, si puede arrepentirse, pueda ser perdonado por aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, sino porque creemos que este blasfemo, por sus méritos, nunca llegará al perdón ni a los frutos de una penitencia digna. Según lo que el evangelista Juan escribió muy verdaderamente sobre algunos cegados por el mérito de su blasfemia: Por eso no podían creer, porque Isaías dijo de nuevo: Cegó sus ojos y endureció su corazón, para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, ni se conviertan, y yo los sane (Juan XII). Algunos ciertamente quieren decir que el que dice una palabra o blasfemia contra el Espíritu Santo es aquel que resiste con un corazón impenitente a la unidad de la Iglesia, donde en el Espíritu Santo se realiza la remisión de los pecados, diciendo que hay un refugio para que la blasfemia no sea imperdonable, que se evite el corazón impenitente. La opinión de muchos de ellos no parece firme, porque cualquiera que resista con un corazón impenitente a la unidad de la Iglesia, ya sea judío, gentil o incluso hereje, puede ciertamente tener la remisión de los pecados en el Espíritu Santo, si huye con un corazón penitente a la unidad de la Iglesia. Pero dicen que mientras alguien resista con un corazón impenitente al Espíritu de gracia, no tiene remisión. Pero ellos objetan que esta condición se aplica a todos los crímenes. Pues así como mientras alguien cometa fornicación, idolatría, adulterio, concubinato masculino, robo y otros delitos, no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios: pero una vez que estos crímenes son abandonados, puede ser lavado, santificado, justificado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios; así, dicen, también el impenitente mientras tenga un corazón impenitente, no puede tener perdón; pero tan pronto como se arrepienta, obtendrá el perdón. Y no se encuentra que la impenitencia sea más obligatoria o imperdonable que otros pecados, que permaneciendo hasta la penitencia, una vez realizada la penitencia, será borrada. Pero solo la blasfemia contra el Espíritu Santo, por la cual alguien, a semejanza del diablo y sus ángeles, no teme oponerse a la majestad de la Deidad contra su propia conciencia, no tiene perdón eterno, sino que será culpable de un delito eterno. Como el evangelista Marcos expone claramente, quien, después de poner este testimonio del Señor, añadió y dijo: Porque decían, tiene un espíritu inmundo. Pues ni aquellos que dicen que el Espíritu Santo no existe, ni aquellos que dicen que existe pero no es Dios, ni aquellos que dicen que es Dios pero menor que el Padre y el Hijo, porque lo hacen guiados no por envidia diabólica, sino por ignorancia humana, están sujetos a este crimen de blasfemia imperdonable. Por lo tanto, los príncipes de los judíos, y todos los que están corrompidos por una peste de envidia similar, blasfeman la majestad y perecerán sin fin. Lee el primer libro del sermón del Señor en el monte del bendito Agustín.

Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades. Pues antes había dicho: Enviaré a ellos profetas y apóstoles, y de ellos matarán y perseguirán.

No os preocupéis de cómo o qué responderéis, o qué diréis. Porque el Espíritu Santo os enseñará en esa misma hora lo que debéis decir. Así que cuando por causa de Cristo seamos llevados ante los jueces, solo debemos ofrecer nuestra voluntad por Cristo; además, Cristo mismo, que habita en nosotros, hablará por sí mismo, y la gracia del Espíritu Santo se ministrará en la respuesta.

Y uno de la multitud le dijo: Maestro, di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Pero él le dijo: Hombre, ¿quién me ha constituido juez o repartidor sobre vosotros? Con razón se rechaza a este hermano, que al maestro que recomienda las alegrías de la paz celestial y la unidad, quiere imponerle la molestia de la división terrenal. Con razón se le llama hombre. Pues cuando hay entre vosotros, dice, celos y contiendas, ¿no sois carnales, no sois hombres, y caminais según el hombre? Y el Señor niega ser el repartidor de los hombres, a quienes vino a pacificar consigo mismo y con los ángeles. Porque Dios no es de disensión, sino de paz. Y el corazón y el alma de la multitud de creyentes eran uno, y ninguno de ellos decía que algo de lo que poseían era suyo, sino que tenían todas las cosas en común (Hechos IV). Pero el único divisor de la fraternidad y autor de la disensión es aquel de quien se dice arriba: Y el que no recoge conmigo, desparrama. Y de sus miembros: Todo reino dividido contra sí mismo es desolado y casa sobre casa cae (Mateo XII).

Y les dijo: Mirad y guardaos de toda avaricia, porque la vida de uno no consiste en la abundancia de las cosas que posee. Así como antes el Señor había dicho muchas cosas contra los blasfemos e hipócritas, así también aquí, por ocasión de este peticionario necio, contra la peste de la avaricia, de la cual muchos mortales sufren en exceso, se esfuerza por armar tanto a las multitudes como a los discípulos con preceptos y ejemplos. Y es de notar que no dice, Guardaos de la avaricia, sino que añade, de toda, porque algunas cosas parecen ser hechas simplemente por los hombres, pero el juez interno, que ve con qué intención se hacen, juzga. Pues, ¿quién consideraría un crimen dividir una herencia con un hermano, o almacenar frutos maduros en su propio granero? Pero él es testigo y juez, como está escrito.

Y les dijo una parábola, diciendo: La tierra de un hombre rico produjo abundantemente, y pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde almacenar mis frutos? Y dijo: Esto haré, derribaré mis graneros, y edificaré otros más grandes, y allí almacenaré todos mis frutos y mis bienes. No se reprende a este rico por haber cultivado la tierra, ni por haber almacenado los frutos nacidos de ella en graneros, sino por haber puesto toda su confianza en la abundancia de las cosas, considerando los frutos que la tierra produjo más abundantemente de lo habitual como sus frutos y sus bienes, sin dar a los pobres, según el mandato del Señor que dice: Dad limosna de lo que os sobra, sino que, habiendo hecho receptáculos más grandes, se esforzó por reservarlos para su futura lujuria.

Alma, dice, tienes muchos bienes guardados para muchos años, descansa, come, bebe, regocíjate. Algo similar se lee en el Eclesiástico: Hay quien se enriquece con tacañería, y hay parte de su recompensa en lo que dice: He encontrado descanso para mí, y ahora comeré de mis bienes solo, y no sabe que el tiempo pasa, y dejará todo a otros (Eclesiástico XI).

Pero Dios le dijo: Necio, esta noche te pedirán tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién será? Tú, necio, que prometías muchos tiempos de delicias en la vida, arrebatado por la muerte esta noche próxima, dejarás a otros lo que has acumulado. Decir esto Dios al hombre es reprimir sus malas maquinaciones con una súbita advertencia. De otra manera: En la noche

se lleva el alma, que está en la oscuridad del corazón, y es miserable. En la noche se lleva, porque no quiso tener la luz de la consideración, para prever lo que podía sufrir. Por eso bien dice el apóstol Pablo a los discípulos que piensan en el futuro: Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas (I Tesalonicenses V). Porque el día de la salida sorprende como ladrón en la noche, cuando expulsa las almas de los necios que no meditan en el futuro.

Así es el que acumula tesoros para sí mismo, y no es rico para con Dios. Si el que acumula tesoros para sí mismo, y no es rico para con Dios, es necio y será arrebatado en la noche, entonces el que quiere ser rico para con Dios, no acumule tesoros para sí mismo, sino que distribuya sus posesiones a los pobres. Así merecerá ser sabio e hijo de la luz. Por eso bien el salmista, después de haber dicho del avaro rico: Pero en vano se turba, acumula y no sabe para quién los reunirá (Salmo XXXVIII), enseguida abrió dónde colocó el tesoro de su corazón, diciendo: Y ahora, ¿cuál es mi esperanza? ¿No es el Señor? y mi sustancia está contigo (Ibid.)?

Y dijo a sus discípulos: Por eso os digo, no os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por el cuerpo, qué vestiréis. Lo que dice, Por eso os digo, se refiere a lo anterior, es decir, por eso prohíbo la preocupación por las cosas temporales, para que no seáis convencidos de acumular tesoros con los ricos del mundo. Por lo tanto, lo que la naturaleza otorga a todos, y es común a los animales y a los hombres, de esta preocupación estamos completamente liberados, pero se nos ordena que no nos preocupemos por qué comeremos. Y porque preparamos nuestro pan con el sudor de nuestro rostro, el trabajo debe ejercerse, la preocupación debe eliminarse.

El alma es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Nos advierte que recordemos que Dios nos ha dado mucho más, al habernos hecho y compuesto de alma y cuerpo, que el alimento y el vestido, para que entendamos que quien dio el alma, mucho más fácilmente dará el alimento. De manera similar, quien dio el cuerpo, mucho más fácilmente dará el vestido. En este lugar se suele preguntar si este alimento llega al alma, ya que el alma es incorpórea, pero este alimento es corpóreo. Pero debemos saber que el alma aquí se toma por esta vida, cuyo sostén es este alimento corpóreo. Según este significado, también se dice aquello: Quien ama su alma, la perderá (Mateo X). Lo cual, a menos que lo entendamos de esta vida que debe perderse por el reino de Dios, como lo demostraron los mártires, será contrario a aquel precepto que dice: ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (Mateo XVI).

Considerad los cuervos, que no siembran ni cosechan. No tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta. Si las aves, sin cuidado ni trabajo, son alimentadas por la providencia de Dios, que hoy son y mañana no serán, cuya alma es mortal, y cuando dejen de existir, nunca más serán, ¡cuánto más los hombres, a quienes se les promete la eternidad, son gobernados por el mandato de Dios!

¡Cuánto más valéis vosotros que las aves! Es decir, valéis más. Porque así como el animal racional, que es el hombre, está ordenado más alto en la naturaleza de las cosas que los irracionales, que son las aves.

¿Quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir un codo a su estatura? Si, pues, no podéis hacer ni lo más pequeño, ¿por qué os preocupáis por lo demás? Es decir, aquel cuyo poder y dominio hizo que vuestro cuerpo alcanzara esta estatura, también puede vestirlo

por su providencia. Pero que no fue vuestro cuidado lo que hizo que vuestro cuerpo alcanzara esta estatura, se puede entender por el hecho de que si os preocupáis y queréis añadir un codo a esta estatura, no podéis. Por lo tanto, dejad también el cuidado del vestido del cuerpo a aquel cuya providencia veis que hizo que tuvierais un cuerpo de tal estatura. Si, pues, dice, ni lo que es mínimo podéis, lo mínimo es esto, pero para Dios, hacer cuerpos (así). Pero también se debía dar un ejemplo para el vestido, como se dio para el alimento. Así que sigue, y dice:

Considerad los lirios, cómo crecen, no trabajan, no hilan. Pero estos ejemplos no deben ser discutidos como alegóricos, buscando qué significan los cuervos o los lirios; se han puesto para que de cosas menores se persuadan las mayores.

Os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y en verdad, ¿qué seda, qué púrpura de reyes, qué pintura de tejedoras, puede compararse con las flores? ¿Qué ruboriza como la rosa? ¿Qué blanquea como el lirio? La púrpura de las violetas no es superada por ningún tinte, es más un testimonio de los ojos que de las palabras.

Si, pues, la hierba que hoy está en el campo, y mañana se echa al horno, Dios la viste así, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Mañana en las Escrituras se entiende como el tiempo futuro, como dice Jacob: Y me escuchará mañana mi justicia (Génesis XXX). Y en la aparición de Samuel, la pitonisa dice a Saúl: Mañana estarás conmigo (I Samuel XXVIII).

Y vosotros, no busquéis qué comeréis, ni qué beberéis. Es de notar que no dice, No busquéis o no os preocupéis por la comida, o la bebida, o el vestido, sino más expresamente, Qué, dice, comeréis, o qué beberéis. Y arriba, Ni al cuerpo, qué vestiréis. Donde me parece que se reprende a aquellos que, despreciando el sustento o el vestido común, buscan para sí mismos alimentos o vestimentas más lujosas o más austeras que aquellos con quienes viven.

Y no os elevéis. Prohibida la preocupación por los alimentos, enseguida se les advierte que no se enaltezcan. Primero, el hombre busca estas cosas para satisfacer la necesidad. Pero cuando estas abundan, comienza también a enorgullecerse de ellas. Es como si alguien herido se jactara de tener muchos emplastos en casa, cuando sería mejor para él no tener heridas y no necesitar ni un solo emplasto.

Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo. Pero vuestro Padre sabe que necesitáis estas cosas. Buscad, pues, el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. Aquí muestra claramente que estas cosas no deben ser buscadas como si fueran nuestros bienes, para que por ellas debamos hacer el bien si hacemos algo, pero sin embargo son necesarias. Porque, ¿qué diferencia hay entre el bien que debe ser buscado y lo necesario que debe ser tomado? Esta sentencia lo declara, cuando dice: Buscad, pues, el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. Por lo tanto, el reino de Dios es nuestro bien, y esto debe ser buscado, y allí debe establecerse el fin, por lo cual hacemos todo lo que hacemos. Pero como en esta vida militamos para poder llegar a ese reino, y esta vida no puede llevarse sin estas cosas necesarias, dice: Estas cosas os serán añadidas, pero vosotros buscad el reino de Dios. Porque quien no dice, Se os darán, sino se os añadirán, indica claramente que hay algo que se da principalmente, y algo que se añade. Porque nuestra intención debe ser la eternidad, y en el uso la temporalidad, y aquello se da, y esto ciertamente se añade de sobra.

No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Llama pequeño rebaño a los elegidos, ya sea en comparación con el mayor número de los reprobados, o más bien por la devoción de la humildad. Porque aunque su Iglesia ya se ha extendido en gran número, sin embargo, hasta el fin del mundo quiere que crezca, y que

llegue al reino prometido con humildad. Por eso, consolando suavemente sus trabajos, a los que solo manda buscar el reino de Dios, promete con benevolencia complacida que el Padre les dará el reino.

Vended lo que poseéis y dad limosna. No temáis, dice, que a los que militan por el reino de Dios les falten las necesidades de esta vida, sino que incluso vendan lo que poseen para dar limosna. Lo cual se hace dignamente cuando alguien, habiendo despreciado una vez todas sus posesiones por el Señor, sin embargo, después de esto, trabaja con sus manos para poder tanto pasar su vida como dar limosna. De lo cual se gloria el Apóstol, diciendo: Plata, oro o vestidura de nadie he codiciado, vosotros mismos sabéis que para lo que me era necesario, y a los que están conmigo, estas manos han servido. En todo os he mostrado que trabajando así, debemos socorrer a los débiles (Hechos XX).

Haced bolsas que no envejezcan. Es decir, haciendo limosnas, cuya recompensa permanezca eternamente. Donde no debe pensarse que este precepto es para que los santos no reserven nada de dinero, ya sea para sus propias necesidades o para las de los pobres: ya que el mismo Señor, a quien servían los ángeles, sin embargo, se lee que tenía una bolsa para instruir a su Iglesia, conservando lo que le ofrecían los fieles, y distribuyendo a las necesidades de los suyos y a otros necesitados: sino que no se sirva a Dios por estas cosas, y que no se abandone la justicia por temor a la pobreza.

Un tesoro inagotable en los cielos, donde el ladrón no se acerca, ni la polilla corrompe. Ya sea que se deba entender simplemente que el dinero guardado se agota, ya sea porque el ladrón lo roba de los tesoros, o porque en los tesoros se corrompe por su propia fragilidad, pero dado por Cristo, confiere un fruto perenne de misericordia en los cielos; o ciertamente debe entenderse que el tesoro de la buena obra, si se guarda por la ocasión de una ventaja terrenal, fácilmente se corrompe y perece, pero si se acumula solo con intención celestial, no puede ser manchado por el favor exterior de los hombres, ni por la mancha de la gloria vana interior. Porque el ladrón roba desde fuera, la polilla corrompe desde dentro. El ladrón quitó las riquezas de aquellos de quienes el Señor dice: Recibieron su recompensa (Mateo VI). La polilla corrompe las vestiduras de aquellos a quienes el salmista reprende diciendo: Porque Dios disipa los huesos de los hombres que se complacen en sí mismos (Salmo LII). Porque llama huesos a la fortaleza de las virtudes.

Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. Esto no solo debe entenderse del dinero, sino de todas las pasiones. El dios del glotón es su vientre. Allí, pues, tiene su corazón donde también tiene su tesoro. Los tesoros del lujurioso son los banquetes, los del lascivo los juegos, los del amante la lujuria, de ahí que cada uno sirve a lo que lo vence.

Sean ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas en vuestras manos: y sed semejantes a los que esperan a su señor. Porque había mostrado a muchos, ya sea completamente sometidos al mundo, o sirviendo al Señor por miras de conveniencia mundana, enseña bellamente y brevemente a los suyos a ceñir sus lomos por la continencia del amor a las cosas mundanas, y a tener lámparas encendidas, para que hagan esto con un verdadero fin y recta intención. De otro modo, ceñimos nuestros lomos cuando restringimos la lujuria de la carne mediante la continencia. Y tenemos lámparas encendidas en las manos cuando mostramos a nuestros prójimos ejemplos de luz a través de buenas obras. Porque a nuestro Redentor no le puede agradar uno sin el otro, si aquel que hace el bien aún no ha abandonado las manchas de la lujuria, o aquel que sobresale en castidad aún no se ejercita en buenas obras. Pero si se

hace ambos, queda que cualquiera que sea, tienda con esperanza hacia la patria celestial, no se contenga de los vicios por la honestidad de este mundo, sino que ponga toda su esperanza en la venida de su Redentor. Por lo cual añade inmediatamente:

Y vosotros sed semejantes a los hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas. Porque el Señor fue a las bodas, ya que resucitando de entre los muertos, ascendiendo al cielo, unió a sí mismo como nuevo hombre la multitud celestial de ángeles. Él regresa cuando ya se manifiesta a nosotros por el juicio. Bien se dice de los siervos que esperan:

Para que cuando venga y llame, inmediatamente le abran. Porque viene cuando se apresura al juicio, y llama cuando ya por las molestias de la enfermedad indica que la muerte está cercana. Le abrimos inmediatamente si lo recibimos con amor. Porque no quiere abrir al juez que llama aquel que teme salir del cuerpo; y teme ver al juez a quien recuerda haber despreciado. Pero aquel que está seguro de su esperanza y obra, abre inmediatamente al que llama, porque espera alegre al juez; cuando reconoce el tiempo de la muerte cercana, se regocija por la gloria de la retribución. Por lo cual añade inmediatamente:

Bienaventurados aquellos siervos a quienes el Señor, cuando venga, encuentre vigilantes. Vigila quien mantiene abiertos los ojos de la mente a la vista de la verdadera luz. Vigila quien guarda obrando lo que ha creído. Vigila quien aleja de sí las tinieblas de la pereza y la negligencia. Por esto dice Pablo: Despertad, justos, y no pequéis (I Cor. XV). Y de nuevo dice: Ya es hora de levantarnos del sueño (Rom. XIII). Pero viniendo el Señor, ¿qué ofrecerá a los siervos vigilantes? Escuchemos.

En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentarse a la mesa, y pasando les servirá. Se ceñirá, es decir, preparará la retribución; los hará sentarse, es decir, ser reconfortados en el descanso eterno. Porque nuestro sentarse es descansar en el reino. Por lo cual el Señor dice de nuevo: Ventrán y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob (Mat. VIII). Pero el Señor pasando sirve, porque nos sacia con la iluminación de su luz. Pasa, se dice, del juicio al reino. O ciertamente el Señor pasa para nosotros después del juicio, porque nos eleva de la forma de humanidad a la contemplación de su divinidad. Y su pasar es llevarnos a la contemplación de su claridad, cuando a quien vemos en la humanidad en el juicio, también lo vemos en la divinidad después del juicio.

Y si viene en la segunda vigilia, y si viene en la tercera vigilia, y así los encuentra, bienaventurados son aquellos siervos. La primera vigilia es el tiempo primitivo, es decir, la infancia. La segunda, la adolescencia o juventud. Que por la autoridad de la sagrada palabra son una, diciendo: Alégrate, joven, en tu juventud (Ecle. XI). La tercera, sin embargo, se toma como la vejez. Por tanto, quien no quiso vigilar en la primera vigilia, que al menos guarde la segunda, para que quien descuidó convertirse de sus maldades en la infancia, al menos despierte a los caminos de la vida en el tiempo de la juventud. Y quien no quiso vigilar en la segunda vigilia, que no pierda los remedios de la tercera vigilia, para que quien no despierta a los caminos de la vida en la juventud, al menos recapacite en la vejez. Para sacudir la pereza de nuestra mente, también se deducen daños exteriores por similitud, para que por estos el ánimo se despierte a su custodia; pues se dice:

Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera a qué hora viene el ladrón, ciertamente vigilaría, y no dejaría perforar su casa. De la cual similitud propuesta también se infiere la exhortación, cuando se dice:

Y vosotros estad preparados, porque a la hora que no pensáis, viene el Hijo del Hombre. Porque mientras el padre de familia no lo sabe, el ladrón perfora la casa: porque mientras el espíritu duerme en su custodia, la muerte imprevista viene, irrumpe en la morada de nuestra carne, y mata a quien encuentra dormido como señor de la casa, porque cuando el espíritu no prevé los daños venideros, la muerte lo arrebatara ignorante al suplicio. Pero resistiría al ladrón si vigilara, porque previendo la venida del juez que ocultamente arrebatara el alma, le saldría al encuentro arrepintiéndose, para no perecer impenitente. Nuestro Señor quiso que la última hora nos fuera desconocida, para que siempre pudiera ser sospechosa, para que mientras no podemos preverla, nos preparemos para ella sin interrupción.

Pero Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola para nosotros, o también para todos? En verdad el Señor había advertido con la parábola anterior, tanto que vendría de repente, como que ellos debían esperarlo preparados; pero sobre cuál de estas cosas, o sobre ambas, preguntó Pedro, y a quiénes se comparó a sí mismo y a sus compañeros, cuando dijo, ¿Dices para nosotros, o también para todos? no es fácil de entender. Y ciertamente en lo que dijo, nosotros y todos, no se debe pensar que se refiere a otros que no sean los apóstoles y los semejantes a los apóstoles, y los demás fieles, o aquellos que muriendo individualmente cada día reciben la venida de su juez, quieran o no, y aquellos que serán encontrados vivos en la carne cuando venga el juicio universal. Pero es extraño si el bienaventurado Pedro dudó, o si a todos los que quieran vivir sobria, justa y piadosamente, esperando la bienaventurada esperanza y la venida de la gloria del gran Dios, que quiere que todos los hombres se salven, o si el juicio inesperado y futuro será para cada uno y para todos, grandes y pequeños, fieles e infieles. Por lo cual queda entender que, ya bien conocidas estas cosas, más bien considero dignas de preguntar aquellas que quizás no sabía, a saber, si aquellas sublimes instituciones de la vida celestial, por las cuales se ordenó vender lo poseído, hacer bolsas que no envejezcan, almacenar tesoros en el cielo, vigilar con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas, y esperar al Señor, pertenecen solo a los apóstoles y a los semejantes a ellos, o también a todos los que han de ser salvados. Este sentido del que pregunta se declara por la misma (si no me equivoco) respuesta del Señor.

Pero el Señor dijo: ¿Quién piensas que es el mayordomo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia? Respondiendo a las preguntas, el Salvador primero enseña que el juicio vendrá para todos, y que cada uno recibirá premios o tormentos según el mérito de su obra y la capacidad de su entendimiento. Luego, lo que más había preguntado, muestra que la gracia de las virtudes que ha traído al mundo debe ser seguida por cada uno según su capacidad. Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que se encienda? Ciertamente, lo que dice, ¿quién piensas que es?, insinúa la dificultad, no la imposibilidad de realizar la virtud, como el salmista: ¿Quién es sabio, y guardará estas cosas? (Salmo CVI), no significa que nadie, sino que es raro. Pues en otro lugar usó la misma palabra no para lo difícil, sino para lo imposible. Dios, ¿quién será semejante a ti? (Salmo LXXXII), es decir, ninguno. Porque tú solo eres el Altísimo sobre toda la tierra (Ibid.).

Para darles en su tiempo la medida de trigo. Por la medida de trigo se expresa el modo de la palabra. Porque las cosas altas deben ser ocultadas a muchos oyentes, apenas reveladas a pocos, para que cuando se da algo incapaz a un corazón estrecho, no se derrame fuera. Aquí Moisés, saliendo del secreto de Dios, vela su rostro resplandeciente ante el pueblo, porque ciertamente no revela a las multitudes los secretos de la claridad íntima. Por la calidad de los oyentes debe formarse el discurso de los doctores, para que se ajuste a cada uno según su capacidad, y sin embargo nunca se aparte del arte de la edificación común.

Bienaventurado aquel siervo a quien, cuando venga el Señor, encuentre haciendo así. En verdad os digo que lo pondrá sobre todo lo que posee. Cuánta es la diferencia de méritos entre buenos oyentes y buenos doctores, tanta es también la de premios. Porque a estos, cuando venga y los encuentre vigilantes, los hará sentarse, y pasando les servirá. Pero a aquellos, cuando los encuentre dispensando fiel y prudentemente el alimento de la palabra a la familia que les ha sido confiada, los pondrá sobre todo lo que posee, es decir, sobre todos los gozos celestiales del reino, no para que solo ellos posean al Señor, sino para que disfruten de ellos en posesión eterna más abundantemente que los demás santos. Porque los que sean doctos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan a muchos la justicia como las estrellas por los siglos de los siglos (Dan. XII). Y el Apóstol dice: Los presbíteros que presiden bien, sean tenidos por dignos de doble honor, especialmente los que trabajan en la palabra y la doctrina (I Tim. V).

Pero si aquel siervo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a los siervos y a las siervas, y a comer y beber y embriagarse. Así como en un mayordomo fiel se enseña todo el orden de los buenos rectores, cómo viven y cómo son recompensados, así también en este siervo malvado se narra la obra y la condenación eterna de todos los malos preladados que, descuidando el temor del Señor, no solo se entregan a la lujuria, sino que también incitan a los subordinados con injurias. Aunque también puede entenderse típicamente que golpear a los siervos y a las siervas es corromper los corazones de los débiles, aún no fortalecidos en la fe, la esperanza y la caridad, mostrando el ejemplo de una mala obra o palabra. Comer, beber y embriagarse, es ocuparse en todos los crímenes y seducciones del mundo que enloquecen la mente y la hacen errar. Es notable que entre los vicios del siervo malo se cuente que pensó que su señor tardaba en regresar, pero no se cuenta entre las virtudes del bueno que esperara que viniera pronto, sino solo que dio a sus compañeros siervos, en el tiempo debido, la medida de trigo: esto es, mostró la regla del Señor o de su propio ejemplo. Incluso leemos que algunos buenos siervos fueron reprendidos por el Apóstol porque, temblando y ansiosos, creían que el día del Señor estaba cerca, el cual él prometió que vendría inesperadamente. Por lo cual se prueba que es mejor, aunque deseemos mucho, si es posible, saber cuándo vendrá el Deseado de todas las naciones, sin embargo, saber con ecuanimidad lo que no se nos permite saber, solo esperar y amar su venida preparados, como el buen siervo, ya sea que esté cerca o lejos.

Vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo cortará, y le dará su parte con los infieles. Lo cortará no con espada, sino separándolo de la compañía de los fieles, y asociándolo con aquellos que nunca pertenecieron a la fe: porque quien no cuida de los suyos, y especialmente de los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un infiel, como dice el Apóstol.

Pero aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, y no hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Muchos entienden mal esta sentencia, y no quieren saber qué hacer, y piensan que recibirán menos azotes si no saben lo que debieron haber hecho. Pero una cosa es no haber sabido, otra es no haber querido saber. Porque no sabe quien quiere aprender y no puede; pero quien aparta su oído de la voz de la verdad para no saber, este no es ignorante, sino despreciador.

Pero el que no conoció y hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos. A todo aquel a quien se le dio mucho, mucho se le pedirá; y a quien se le confió mucho, más se le pedirá. Por lo cual, después de haber dicho, A quien se le dio mucho, añadió, Y a quien se le confió mucho, entiéndase, los juicios divinos. A menos que quizás por esto quiso indicar ambos órdenes de fieles, tanto de los rectores como de los súbditos, porque a menudo se da mucho también a

algunos privados, a quienes se les otorga tanto el conocimiento de la voluntad del Señor como la facultad de ejecutar lo que conocen. Pero mucho se confía a aquel a quien se le encomienda, junto con su propia salvación, el cuidado de apacentar el rebaño del Señor. Por tanto, los poderosos sufrirán poderosos tormentos, y a los más fuertes les espera un castigo más fuerte, es decir, a los que han recibido mayor gracia, si pecan, les seguirá un mayor castigo. Pero la más leve de todas las penas será para aquellos que, además del pecado original que trajeron, no añadieron ninguno más; y en los demás, cuanto menor haya sido su iniquidad aquí, tanto más tolerable será su condenación allí.

Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que se encienda? Esta sentencia responde especialmente a la pregunta del bienaventurado Pedro, que preguntaba si el estado de vida más estricto debe ser buscado por todos. Porque llama fuego al fervor del Espíritu Santo, que iluminando el secreto del corazón, con continuos movimientos lo provoca hacia lo alto, quema los vicios de la concupiscencia carnal como espinas y abrojos, mejora probando los vasos de oro de la casa del Señor, y consume la madera, el heno y la paja, que pronto enviado a la tierra, fecundó con la íntima aspersion de su luz aquellas ciento veinte lámparas que encontró en la cima de Sion. De las cuales, cuando dijo arriba: Sean ceñidos vuestros lomos (Luc. XII), añadió: Y lámparas encendidas. Preguntas, pues (dice), si aconsejo a todos esperar la venida del Señor con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas: pero yo que por esto solo salí del seno del Padre y vine al mundo para encender a los hombres de las codicias terrenales en deseos celestiales, ¿qué piensas que quiero sino que el resplandor de este fuego ilumine todas las regiones del mundo, que la llama de esta devoción crezca siempre en el corazón de los fieles hasta el fin del mundo, y que no sea apagada por ningún ataque de los infieles, ya sea de olas o de vientos?

Pero tengo un bautismo con el que ser bautizado. Dice que primero debe ser bañado con la tintura de su propia sangre, y así inflamar los corazones de los creyentes con el fuego del espíritu, para que puedan despreciar, o más bien odiar, todas las cosas terrenales y su propia alma. Porque aún no se había dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Thess. III), es decir, por la victoria de la pasión. De la cual en otro lugar: ¿Podéis beber el cáliz que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? (Marc. X).

Y ¿cómo me angustio hasta que se cumpla? Algunos códigos tienen, Y ¿cómo me angustio? Por tanto, la dignación del Señor es tal que testimonia que tiene en sí mismo el fervor de la devoción que nos ha de infundir, y el deseo de la perfección que ha de consumarse en nosotros, y el afán de madurar la pasión por nosotros, quien aunque no tenía en sí mismo nada que doler, sin embargo, se angustiaba o se constreñía por nuestras miserias, y bajo el tiempo de la pasión mostraba tristeza, que no asumió por temor a su muerte, sino por la demora de nuestra redención. Según lo que dice: Y ¿cómo me angustio hasta que se cumpla? Ciertamente, quien se angustia hasta la perfección, está seguro de la perfección.

¿Pensáis que he venido a dar paz en la tierra? No, os digo, sino división. Cómo después del bautismo de su pasión, después de la venida del fuego espiritual, la tierra arderá, lo declara. Porque ciertamente por la fe de Cristo todo el mundo está dividido contra sí mismo, cada casa tuvo tanto infieles como creyentes, y por eso se envió una buena guerra, para romper una mala paz. Lo cual también Isaías bajo el tipo de Egipto profetizó diciendo: He aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y se moverán los ídolos de Egipto ante su rostro, y el corazón de Egipto se derretirá en medio de él, y haré que los egipcios se enfrenten unos a otros (Isa. XIX), estos luchando contra la fe, aquellos por la fe.

Porque de aquí en adelante habrá cinco en una casa divididos, tres contra dos, y dos contra tres se dividirán. En dos y en tres, contra dos y contra tres significa. Y es de notar cómo dice cinco divididos, cuando parece que ha mencionado seis personas, a saber, el padre y el hijo, la madre y la hija, la suegra y la nuera. Y se debe entender que la misma suegra, que está designada con el nombre de madre, porque la que es madre del hijo, es también suegra de su esposa, y por eso se dice que está dividida tanto en su hija como en su nuera. Si alguien busca interpretar también estas divisiones alegóricamente, tres se dividen en dos y dos en tres, porque los buenos sienten y actúan adversamente a los malos, y los malos a los buenos. Porque nadie duda que tres se refiere a aquellos que guardan la fe de la suma Trinidad. También se prueba que dos se ajusta a aquellos que disienten de la unidad de la fe, tanto en muchos lugares de las Escrituras, y especialmente allí donde se retienen los animales inmundos en el arca bajo este número, y solo en el Génesis no se dice que las obras del segundo día sean vistas por Dios como buenas.

El padre contra el hijo, y el hijo contra su padre. Aquí el padre es el diablo, de quien alguna vez éramos hijos, no porque él nos creara, sino porque lo imitábamos, diciendo el Señor: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII). Pero después de que escuchamos la voz del que amonesta, Olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre, vino aquel fuego, es decir, la gracia espiritual nos separó, nos mostró otro padre, a quien diríamos, Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI).

La madre contra la hija, y la hija contra la madre. La madre es la sinagoga, la hija es la Iglesia primitiva, que tanto sufrió persecución de fe de la sinagoga de la que descendió, como también contradijo a la misma sinagoga con la verdad de la fe.

La suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra. La suegra es la sinagoga, la nuera es la Iglesia de los gentiles, porque el esposo de la Iglesia, Cristo, es hijo de la sinagoga, diciendo el Apóstol: De quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne (Rom. IX). Por tanto, la suegra, es decir, la madre del esposo, está dividida tanto en su nuera como en su hija, porque la sinagoga carnal, ya sea de la circuncisión o de los creyentes del prepucio, no cesa de perseguir. Pero también ellas están divididas en su suegra y madre, no queriendo recibir la circuncisión carnal, como enseñan los Hechos de los Apóstoles.

Dicebat además a las multitudes: Cuando veis una nube levantarse por el poniente, decís enseguida: Viene una nube, y así sucede. Y cuando sopla el sur, decís que habrá calor, y así es. La nube que se levanta por el poniente significa su carne resucitando de la muerte. Pues desde entonces, la lluvia de la predicación evangélica se ha derramado sobre todas las tierras. El viento del sur antes del calor, tribulaciones más leves antes del juicio.

Hipócritas, sabéis discernir el aspecto de la tierra y del cielo. ¿Cómo no discernís este tiempo? Lo que se designa mística y anticipadamente con la nube y el viento del sur, lo hemos mencionado brevemente. Pero también el sentido literal es claro, porque quienes, por el cambio de los elementos, pudieron prever fácilmente el estado de los aires, si quisieran, podrían también entender este tiempo, es decir, el primer o el segundo advenimiento del Señor (pues de ambos había dicho algo) a partir de las palabras de los profetas, quienes señalaron ambos con indicios clarísimos, ya sea de hechos o de años. Y para que nadie de la multitud se halague a sí mismo por ignorancia, y se excuse diciendo que, siendo iletrados e ignorantes de la lectura profética, no pueden discernir el curso de los tiempos, añada vigilante.

¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? Mostrándoles que, como criaturas racionales, aunque no sepan leer, pueden discernir por su ingenio natural, ya sea que quien hizo en ellos obras que nadie más podría, debe ser entendido como superior al hombre, y por tanto, debe ser creído como Dios, o que, después de tantas injusticias de este siglo, el justo juicio del Creador vendrá. Nadie, pues, de lo que se ha dicho antes, presume que, al pecar, puede encontrar remedio en la ignorancia, ya que, por el mero hecho de ser humano, no puede ignorar los males que debe evitar ni los bienes que debe desear.

Cuando vayas con tu adversario al magistrado, en el camino, procura liberarte de él, no sea que te entregue al juez, y el juez te entregue al oficial, y el oficial te ponga en la cárcel. Y estas cosas, al igual que las anteriores, enseñan a despreciar las seducciones del mundo y a esperar continuamente la venida del temible juez. Nuestro adversario en el camino es la palabra de Dios contraria a nuestros deseos carnales en esta vida presente. Quien se libera de él es aquel que se somete humildemente a sus preceptos. De lo contrario, el adversario te entregará al juez, y el juez al oficial, porque, al despreciar la palabra del Señor, el pecador será retenido como culpable en el juicio del juez. El juez lo entregará al oficial, porque permitirá que el espíritu maligno lo lleve a la venganza, para que el alma, forzada, sea llevada al castigo del cuerpo, al que consintió voluntariamente en la culpa. El oficial lo pondrá en la cárcel, porque, por el espíritu maligno, será arrojado al infierno, hasta que venga el día del juicio, en el que será atormentado junto con él en los fuegos del infierno.

Te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo. Es decir, hasta que pagues incluso los pecados más pequeños. Y como siempre podrás pagar las penas sufriendo, pero nunca podrás obtener el perdón (pues allí no habrá lugar para el perdón), nunca saldrás de allí, donde sufrirás las penas eternas de tus obras.

CAPÍTULO XIII.

Estaban presentes algunos en ese mismo momento, informándole sobre los galileos, cuya sangre Pilato mezcló con sus sacrificios. Estos galileos, que fueron asesinados por el impío gobernador en medio de sus sacrificios, pagaron con una muerte impía y malvada por sus propios crímenes. Sin embargo, no fue la muerte en sí misma, pues también los buenos pudieron morir así, como lo demuestra la gloria de los mártires bienaventurados, sino la vida impía, por la cual serían enviados a la segunda muerte, lo que les perjudicó: en verdad, para la corrección de los vivos, para que el necio se hiciera más sabio al ver al flagelado; o ciertamente como ejemplo para aquellos que no quieren corregirse, y por eso perecerán de la peor manera, fueron castigados con tal muerte. De hecho, sigue:

Y respondiendo, les dijo: ¿Pensáis que esos galileos fueron más pecadores que todos los galileos, porque sufrieron tales cosas? No os digo, sino que si no os arrepentís, todos pereceréis de la misma manera. En verdad, quienes no se arrepintieron, perecieron de la misma manera, porque en el año cuarenta de la pasión del Señor, los romanos, a quienes Pilato designaba, ya que pertenecían a su nación y reino, y comenzando desde Galilea, donde también comenzó la predicación del Señor, destruyeron tan radicalmente a la impía nación, que no solo los atrios del templo, donde solían ofrecerse sacrificios, sino también el interior de la casa, donde no había acceso para los galileos, fueron manchados con sangre humana. Porque, en verdad, Pilato, que se interpreta como la boca del herrero, significa al diablo, siempre dispuesto a golpear, la sangre expresa el pecado, los sacrificios las buenas acciones, Pilato mezcla la sangre de los galileos con sus sacrificios, cuando el diablo contamina la limosna, las oraciones, el ayuno y otras buenas obras de los fieles, ya sea con la deleitación mortal de la carne y la sangre, o con la meditación del odio, o con la furia de la envidia, o con

la ambición de la alabanza humana, o con cualquier otra peste nefaria, de modo que, aunque parezcan ofrecidas al Señor, el astuto insidiador hace que no beneficien en nada a quienes las ofrecen, lo cual ojalá no supiéramos que nos sucede diariamente.

Así como aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató. ¿Pensáis que ellos fueron más deudores que todos los hombres que habitan en Jerusalén? No, os digo, sino que si no os arrepentís, todos pereceréis de la misma manera. Y estos habitantes de Jerusalén, al igual que aquellos galileos, no fueron los únicos pecadores, sino que fueron castigados para el terror de los demás. Los que fueron aplastados por la caída de la torre anuncian que todos los judíos que no quisieron arrepentirse perecerán con sus murallas. No en vano dieciocho, número que en griego se expresa con ι y η , es decir, las mismas letras con las que comienza el nombre de Jesús. Indican que merecieron ser condenados principalmente por esto, porque prefirieron despreciar el nombre del Salvador escuchado antes que recibirlo. Místicamente, la torre de Siloé es aquella a la que el salmista canta: Me has guiado porque te has convertido en mi esperanza, torre de fortaleza ante el enemigo (Salmo LX). Pues el mismo nombre de Siloé, que se interpreta como enviado, y donde el ciego de nacimiento recibió la vista, significa a aquel que dijo: Yo soy la luz que ha venido al mundo (Juan XII). Y de nuevo: Y el que me envió, está conmigo (Juan VIII). De cuya caída bajo la metáfora de la piedra se dice en otro lugar: Todo el que caiga sobre esta piedra será quebrantado. Y sobre quien caiga, lo triturará (Lucas XX). De otra manera: cada uno de nosotros debe construir una torre de virtudes, primero calculando los costos, para que no sea ridiculizado por los que pasan si no puede terminarla. Esta torre bien construida permanece. Pero si se erige en soberbia y no tiene fundamentos firmes, caerá sobre aquel que la construyó.

Decía además esta parábola. Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Esta higuera puede designar la naturaleza del género humano. Que bien plantada, es decir, creada a semejanza de su autor. Pero al buscar Dios fruto en ella durante tres años, se negó a darlo, porque antes de la ley, bajo la ley, y bajo la gracia, despreció obedecer. Sin embargo, si miras a lo anterior, notarás que, aunque en general lleva el tipo de todos, especialmente lleva el tipo de la sinagoga. Pues con aquella terrible y temible sentencia: Si no os arrepentís, todos pereceréis de la misma manera, inmediatamente añade la parábola de la higuera infecunda y a punto de ser erradicada, enseñando claramente que aquellos a quienes hablaba, si no se arrepentían, serían cortados como la higuera infructuosa. Por tanto, la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, como se nos enseña en el cántico de Isaías. La sinagoga, plantada en esa casa, es la higuera en la viña. Pero quien permitió que su viña fuera saqueada por los viajeros, también ordenó que la higuera fuera cortada.

Y vino buscando fruto en ella, y no lo encontró. Aquel que instituyó la sinagoga por medio de Moisés, el Señor, apareció nacido en la carne, y enseñando frecuentemente en la sinagoga, buscó el fruto de la fe, pero no lo encontró en la mente de los fariseos.

Dijo entonces al viñador: He aquí, tres años hace que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Por el viñador se expresa el orden de los apóstoles y doctores, cuyas oraciones y consejos sugieren continuamente el cuidado del pueblo de Dios. A estos, el Señor se quejaba frecuentemente de la infructuosa gente judía, que durante los tres años de su visita, es decir, en los edictos legales, en las protestas proféticas, y en la misma gracia resplandeciente del Evangelio, había sido negligente.

Córtala, ¿por qué ocupa también la tierra? No fue cortada por los apóstoles, sino por los romanos, la nación judía fue cortada y expulsada de la tierra de la promesa. Pero córtala (dice), proponle la calamidad de la futura corte, sugiriéndole el arrepentimiento. Que por

justo juicio perdió la tierra con el reino, por cuyo amor no temió perseguir a los ciudadanos del cielo, ni matar al mismo rey del cielo y de la tierra, diciendo por medio de sus pontífices y fariseos: Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y nación. También puede ser figurada por la tierra ocupada por la higuera estéril la multitud del pueblo judío, que, bajo la sombra nociva de sus líderes, fue oprimida para que no pudiera recibir la luz de la verdad, y para que no se calentara con el sol del amor celestial, impedida por el ejemplo de su perversidad. Según lo que el Salvador dice en otro lugar a los mismos: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos ante los hombres! Vosotros no entráis, ni dejáis entrar a los que quieren entrar (Mateo XXIII).

Pero él, respondiendo, le dijo: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella. Es la voz de los apóstoles, que después de la pasión del Señor, rogaban fervientemente por los judíos, para que no se pidiera venganza por la cruz del Señor sobre los impenitentes. Hasta que cave (dice) alrededor de ella, es decir, que con la azada de doble filo de la invectiva, infunda humildad en la raíz de la mente infructuosa, y, por supuesto, el horror de la condenación perpetua. Toda zanja, en efecto, está en lo profundo. Y ciertamente, la repreensión, al mostrarle a la mente su estado, la humilla.

Y pondré estiércol. Es decir, traeré a la mente la abominación de los males que ha hecho, y suscitaré la gracia de la compunción como de la podredumbre del estiércol.

Y si da fruto. Si no, en el futuro la cortarás. Cuando dijo, Y si da fruto, no añadió nada, sino que suspendió la sentencia. Pero cuando añadió, Si no, inmediatamente anexó el juicio de la futura condenación diciendo: En el futuro la cortarás; porque veía que la sinagoga era mucho más proclive a negar que a confesar a Dios. Por lo cual, en otro lugar, actuando con la misma figura que aquí con palabras, condenó a la higuera infecunda con la maldición de la esterilidad eterna, mostrando que, aunque los apóstoles la cavaran corrigiéndola, y aunque trajeran estiércol reprochándole sus pecados, no sería acumulada con el fruto del arrepentimiento, sino que sería eliminada por la severidad del hacha estricta.

Estaba enseñando en su sinagoga en sábado, y he aquí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años. Después de la parábola de la higuera, se narra que el Señor enseñaba en la sinagoga, para que se indique que la parábola no se dirige a otro lugar, sino que buscar fruto en la higuera y no encontrarlo es prestar la palabra a la sinagoga y no ser recibido. Sin embargo, para que no pienses que toda ella debe ser expiada completamente por la culpa de la esterilidad, sino que sepas que las reliquias serán salvadas por la elección de la gracia, inmediatamente allí sigue la sanación de la Iglesia primitiva bajo la figura de la mujer encorvada. Que bien estuvo encorvada durante dieciocho años, número que se completa multiplicando tres por seis, porque, en verdad, mostró que ella, que languidecía en el testimonio de la ley, en la profecía y en la revelación de la gracia por obras débiles. Pues el número seis, en el que se completó la creación del mundo, significa la perfección de las obras. Y son tres (como dije) los tiempos de la visita del Señor, en los cuales Judea, porque conocía más las cosas terrenales que las celestiales, estaba encorvada, como si durante dieciocho años, desde la rectitud de su mente.

Y estaba inclinada y no podía en absoluto mirar hacia arriba. Porque, siendo sabia en lo terrenal, buscando lo débil, aún no podía pensar en lo celestial, escuchando por el profeta: Si queréis y me escucháis, comeréis los bienes de la tierra. A quien, en cambio, el Apóstol dice a los miembros de la Iglesia: Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Colosenses III).

Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, estás libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos, y al instante fue liberada, y glorificaba a Dios. La vio predestinándola por gracia, la llamó iluminándola por la doctrina, le impuso las manos ayudándola con dones espirituales, la levantó para glorificar a Dios, llevándola firme en las buenas obras hasta el fin. A quienes (dice el Apóstol) predestinó, a esos también llamó; y a quienes llamó, a esos también justificó; y a quienes justificó, a esos también glorificó (Romanos VIII).

Pero el jefe de la sinagoga, respondiendo, indignado porque Jesús había sanado en sábado, decía a la multitud: Seis días hay en los que se debe trabajar, venid, pues, en esos días y sed sanados, y no en el día de sábado. Jesús sanó en sábado, mostrando que ya era tiempo de que, según la profecía del Cantar de los Cantares, el día amaneciera y las sombras se apartaran. Pero el jefe de la sinagoga no sabía, ni esto ni aquel sacramento mucho más excelente, que al sanar en sábado, el Señor indicaba que, después de las seis edades de este siglo, daría las alegrías de la vida inmortal perpetua. En cuya figura Moisés mandó descansar en sábado no de las buenas, sino de las serviles, es decir, de las acciones nocivas, prefigurando aquel tiempo en el que cesarían nuestras obras seculares, pero no las religiosas, es decir, las acciones de alabar a Dios. Por tanto, se engaña y engaña el jefe de la sinagoga, porque la ley en sábado no prohibió sanar al hombre, sino llevar cargas, es decir, ser agobiado por pecados.

Pero el Señor, respondiendo, le dijo: Hipócritas, ¿no desata cada uno de vosotros en sábado su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Reprende, en verdad, a los príncipes de la sinagoga por su infidelidad, y con razón los nota con el nombre de hipócritas, es decir, simuladores, a quienes, deseando parecer maestros del pueblo, no les avergonzaba anteponer el cuidado del ganado a la sanación del hombre: pero en un sentido más alto, con el nombre de buey y asno, significa al judío y al griego. De cuya vocación está escrito: El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor. Ambos, liberados de las ataduras del pecado, apagaron la sed y el calor de este mundo con el agua del Señor.

¿Y a esta hija de Abraham, a quien Satanás había atado, he aquí, durante dieciocho años, no debía ser liberada de este vínculo en el día de sábado? La hija de Abraham es cualquier alma fiel, la hija de Abraham es la Iglesia reunida de ambos pueblos en la unidad de la fe, que, al cumplirse el tiempo de la ley y de la resurrección del Señor, fue liberada por la gracia del Espíritu Santo de siete formas de las ataduras de la larga cautividad. Pues también de esta manera, quizás, el misterio del sábado y de los dieciocho años puede ser entendido no inconvenientemente. Es, pues, mística y verdaderamente lo mismo que el buey o el asno sean desatados del pesebre y llevados a beber, que la hija de Abraham sea levantada del vínculo de la inclinación nociva, es decir, que la Iglesia, congregada de judíos y gentiles, sea liberada de las ataduras de los pecados por el agua del bautismo, y elevada a la esperanza de las cosas celestiales. Es digno de notar, ciertamente, que la más infame herejía, a partir de lo que el Señor dijo, que la mujer estaba atada por Satanás, intenta afirmar que los vicios de los cuerpos humanos no pertenecen a Dios como autor, sino más bien al diablo, como si el diablo, aunque siempre tiene el deseo de hacer daño, pudiera dañar a alguien, a menos que reciba poder del Omnipotente. Pues, ¿qué otra cosa se declara no solo en el libro del bienaventurado Job, que la mencionada herejía, junto con los demás libros del Antiguo Testamento, y con el mismo Dios que los dio, sopla locamente como si fuera el príncipe maligno del mundo, sino también en el Evangelio, donde los demonios no podían ir a los cerdos, a menos que él mismo se lo concediera, como también enseñamos antes?

Y mientras decía estas cosas, todos sus adversarios se avergonzaban, y todo el pueblo se alegraba de todas las cosas gloriosas que se hacían por él. Quienes se avergüenzan de las palabras del Salvador, muestran que con razón deben ser comparados con la higuera estéril.

Quienes se alegran de sus milagros, declaran que pertenecen a la hija de Abraham, glorificando a Dios por su elevación, es decir, a la Iglesia por la piedad de la fe.

Decía, pues: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza. El reino de Dios es la predicación del Evangelio y el conocimiento de las Escrituras que conduce a la vida. Y de lo cual se dice a los judíos: El reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a una nación que produzca sus frutos (Mateo XXI). Es, pues, semejante este reino a un grano de mostaza, por el fervor de la fe, o porque se dice que expulsa los venenos. Por lo cual, en otro lugar leemos que la fe perfecta es comparada a un grano de mostaza, porque, en verdad, vence todos los dogmas de la perversidad con su simplicidad y humildad.

Que un hombre tomó y sembró en su huerto. El hombre es Cristo, el huerto es la Iglesia, siempre cultivada por sus disciplinas y dotada de dones. Que bien se dice que tomó el grano que sembró, porque, en verdad, los dones que nos otorgó con el Padre en su divinidad, los recibió con nosotros en su humanidad, de donde se dice: Recibió dones en los hombres. Y en otro lugar, Pedro dice: Y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, derramó esto que vosotros veis y oís.

Y creció, y se hizo árbol. Creció la predicación del Evangelio, diseminada por todo el mundo, crece también en la mente de cada creyente, porque nadie se hace perfecto de repente, sino que el ascenso (dice) en su corazón dispuso en el valle de lágrimas (Salmo LXXXIII): y más adelante: Irán de virtud en virtud, se verá al Dios de los dioses en Sion (Ibid.). Gradualmente, se asciende desde el valle de lágrimas, para que en el monte de los gozos celestiales se vea al Dios de los dioses. Al crecer, el grano de mostaza no se levanta como las hierbas, que se secan rápidamente, sino como un árbol, gozando de larga duración y abundante fertilidad. Y nota que mientras en la vieja viña se reprende a la higuera infecunda, en el huerto del Evangelio se produce inmediatamente el árbol de mostaza.

Y las aves del cielo reposaron en sus ramas. Las ramas de este árbol son las diversidades de los dogmas, en las cuales las almas castas que saben tender hacia lo alto con las alas de las virtudes, se alegran de anidar y descansar. ¿Quién me dará (dice) alas como de paloma, y volaré y descansaré (Salmo LIV)? En el grano de mostaza puede entenderse la humildad de la encarnación del Señor, que un hombre tomó y plantó en su huerto, porque José, tomando el cuerpo del Salvador crucificado, lo sepultó en un huerto. Creció y se hizo árbol, porque resucitó y ascendió al cielo. Extendió ramas en las que las aves del cielo reposaran, porque dispersó predicadores en el mundo, en cuyas palabras y consolaciones los fieles pudieran respirar del cansancio de esta vida.

Y nuevamente dijo: ¿A qué compararé el reino de Dios, y a qué es semejante? A la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado. La medida es una unidad de medida que, según la costumbre de la provincia de Palestina, contiene un modio y medio. La levadura, por tanto, significa el amor, que calienta y despierta la mente. Aquella mujer, a quien impuso las manos y enseguida se enderezó glorificando a Dios, significa la Iglesia, cuya harina somos nosotros, todos los que, mediante el ejercicio del temor y la esperanza, somos triturados como por una muela superior e inferior, para que, según el Apóstol, seamos un solo pan, un solo cuerpo en Cristo. La mujer escondió la levadura del amor en tres medidas de harina, porque la Iglesia manda que amemos al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza. A quien bajo la figura de Sara, por medio de Abraham, se le dice: Acelera tres medidas de flor de harina, mézclalas y haz panes

bajo la ceniza (Gén. XVIII). En las tres medidas de harina también pueden entenderse los tres frutos de la semilla del Señor: el treinta, el sesenta y el ciento por uno, es decir, los casados, los continentes y las vírgenes. Y dice bellamente que la levadura está escondida en la harina hasta que todo queda fermentado, porque la caridad, escondida en nuestra mente, debe crecer hasta que transforme toda la mente en su perfección, de modo que el alma no pueda amar, actuar o recordar nada más que el amor de su Creador. Lo cual aquí comienza, pero se perfecciona allí, donde, siendo Dios todo en todos, calienta a todos con el mismo fuego de su amor.

Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Él les dijo: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha. Por la puerta estrecha se entra al aula de la salvación, porque es necesario vencer las seducciones del mundo engañoso mediante trabajos y ayunos. Y dijo bien: Esforzaos por entrar, porque si no arde el esfuerzo de la mente, no se vence la ola del mundo, que siempre arrastra el alma hacia abajo.

Porque muchos, os digo, buscarán entrar y no podrán. Buscan entrar movidos por el amor a la salvación, y no podrán, disuadidos por la aspereza del camino. Buscan esto por la ambición de las recompensas, de las cuales pronto huyen por el temor a los trabajos. No porque el yugo del Señor sea áspero o la carga pesada, sino porque no quieren aprender de Él que es manso y humilde de corazón, para que encuentren descanso para sus almas: y así la puerta por la que se entra a la vida se hace estrecha.

Cuando el padre de familia haya entrado y cerrado la puerta, y comencéis a estar fuera y a llamar a la puerta diciendo: Señor, ábrenos. El padre de familia, es decir, Cristo, que está en todas partes por su divinidad, está dentro de aquellos a quienes en la patria celestial alegra con su visión presente, pero está como fuera de aquellos a quienes en esta peregrinación, luchando, ayuda como consolador oculto, según lo que Él mismo prometió: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII). Pero entrará y cerrará la puerta cuando, llevando a todo su cuerpo, que es la Iglesia, glorificado por la resurrección, al gozo de su contemplación, quite a los réprobos el lugar de penitencia, que ahora abre a todos los que llaman piadosamente. Porque estar fuera y llamar a la puerta es, estando separados de la suerte de los bienaventurados, pedir en vano misericordia a Dios, que antes habían despreciado.

Y respondiendo, os dirá: No sé de dónde sois. ¿Cómo no sabe de dónde son? cuando el Salmo dice: El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Salmo XCIII). Y en otro lugar está escrito: Él conoce al engañador y al que es engañado; a menos que el conocimiento de Dios a veces se diga conocer, a veces aprobar. Porque el Señor conoce el camino de los justos, pero el que ignora será ignorado (II Crón. XIII). Y así conoce a los réprobos a quienes juzga conociéndolos, pues no juzgaría a quienes no conociera, y sin embargo, de algún modo no sabe de dónde son, en quienes no aprueba el carácter de su fe y amor.

Entonces comenzaréis a decir: Comimos y bebimos delante de ti, y enseñaste en nuestras plazas. O simplemente debe entenderse que los judíos, despreciando los misterios de la fe, se consideran conocidos por el Señor si solo llevan víctimas al templo, banquetean delante del Señor, escuchan la lectura de los profetas, sin saber aquello del Apóstol: El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Rom. XIV); y en otro lugar: Cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su confusión (Fil. III), es decir, en la circuncisión carnal; o debe entenderse mística y espiritualmente que comen y beben delante del Señor, quienes reciben con digna avidéz el alimento de la palabra. Por lo cual, también

ellos que dicen esto, como explicando, añaden: Y enseñaste en nuestras plazas. La Escritura sagrada a veces es alimento para nosotros, a veces bebida. En los lugares más oscuros es alimento, porque se rompe como explicando y se traga masticando. Es bebida en los lugares más claros, porque se sorbe tal como se encuentra. Y así, testifican haber entendido tanto los mandamientos ocultos del sagrado discurso como los manifiestos, quienes se quejan ante el juez que los reprueba de haber comido y bebido delante de él. Pero es muy de temer lo que se añade.

Y os dirá: No sé de dónde sois. Apartaos de mí todos los obradores de iniquidad. No (dice) la celebración de las festividades legales ayuda, a quien la piedad de la fe no recomienda, ni el conocimiento de las Escrituras hace conocido a Dios, a quien la iniquidad de sus obras muestra indigno ante sus ojos.

Allí será el llanto y el crujir de dientes. El llanto suele ser provocado por el ardor, el crujir de dientes por el frío. Donde se muestra que el infierno es doble: es decir, de frío extremo y de calor intolerable. A lo cual consiente la sentencia del bienaventurado Job que dice: Pasarán del calor extremo a las aguas de la nieve (Job XXIV). O ciertamente el crujir de dientes revela el afecto del que se indigna, porque tarde se arrepiente cada uno, tarde gime, tarde se enoja consigo mismo, quien con tan obstinada maldad ha pecado.

Y he aquí que hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos. El sentido principal de esta sentencia se aclara por lo anterior, porque los pueblos gentiles, viviendo mucho tiempo sin fe, serían llamados a la fe, y los judíos, que durante tantos siglos habían sido la cabeza de la fe y la justicia, serían la cola: pero también puede entenderse así, que algunos despreciados en el mundo tendrán gran gloria en el futuro, y otros gloriosos entre los hombres serán condenados por el juez estricto. También puede entenderse así, que muchos que vienen tarde al servicio de Dios, sobresalgan por grandes méritos de vida, y otros que desde la primera edad ardían en el estudio espiritual, al final se debiliten por la pereza del ocio.

En ese mismo día se acercaron algunos de los fariseos diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte. Y él les dijo: Id y decid a esa zorra. Llama a Herodes zorro por sus engaños e insidias, porque es un animal lleno de fraude, que siempre desea esconderse en la madriguera, apestando con un olor fétido, y nunca corre por caminos rectos, sino por tortuosos desvíos. Todo lo cual conviene a los herejes, de quienes Herodes es tipo, que intentan matar a Cristo, es decir, arrebatar la humildad de la fe cristiana a los creyentes.

He aquí que expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. Místicamente estas palabras del Señor se entienden figuradamente, pues no sufrió al tercer día desde este día, ya que enseguida dice:

Sin embargo, es necesario que hoy y mañana, y al siguiente camine, porque no es posible que un profeta perezca fuera de Jerusalén. Por tanto, lo que dice: Expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado (Luc. XIII), refiérase a su cuerpo que es la Iglesia. Se expulsan demonios cuando, dejando las supersticiones paternas, las naciones creen en Él: y se realizan curaciones cuando se vive según sus preceptos, después de haber renunciado al diablo y a este mundo hasta el fin de la resurrección. Con la cual, como al tercer día, será consumada, es decir, la Iglesia será perfeccionada hasta la plenitud angélica, también por la inmortalidad del cuerpo.

Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos como el ave su nido bajo sus alas, y no quisiste. Jerusalén no llama a las piedras y edificios de la ciudad, sino a sus habitantes, a quienes lamenta con afecto paternal, como también en otro lugar leemos que al verla lloró. En lo que dice: Cuántas veces quise reunir a tus hijos, testimonia que todos los profetas anteriores fueron enviados por Él. También leemos en el cántico de Deuteronomio la semejanza del ave que reúne bajo sus alas su nido: Como el águila protege su nido, y sobre sus polluelos desea, extendiendo sus alas, los toma y los lleva sobre sus plumas (Deut. XXVIII). Y bellamente, quien había llamado a Herodes zorro por tratar de su muerte, se compara a sí mismo con un ave. Pues la zorra fraudulenta no cesa de tender insidias a las aves.

He aquí que vuestra casa os será dejada desierta. A la misma ciudad que había llamado su nido, ahora llama casa de los judíos. Que no sin razón, despojada de la ayuda del Señor, se le deja a su dominio, porque no solo despreció ser protegida por las alas de aquella ave omnipotente, que Mateo llama gallina, sino que también entregó a esa misma ave, que quería protegerla, para ser devorada por las zorras, es decir, para que Herodes y Pilato crucificaran a Cristo. Y no tardó en ser entregada a la misma rapacidad de esas zorras, es decir, al reino de la tierra. Pues, muerto el Señor, vinieron los romanos y, como nido vacío, saqueándolo, se llevaron su lugar, su pueblo y su reino.

Os digo, pues, que no me veréis hasta que llegue el momento en que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor. Estas palabras las dijo la multitud al Señor cuando entraba en Jerusalén, pero como Lucas no dice que el Señor se haya ido de allí para no venir sino en el momento en que ya se dijera eso (pues continúa en su camino hasta llegar a Jerusalén), ciertamente obliga a entender esto místicamente, es decir, de su venida en la que vendrá en gloria, especialmente cuando Mateo testimonia que el Señor dijo esto después de que la multitud le cantara alabanzas. De otro modo, lo que dice es: A menos que hagáis penitencia y confeséis que soy aquel de quien cantaron los profetas, el hijo del Padre omnipotente, no veréis mi rostro. Los judíos tienen dado un tiempo para la penitencia, confiesen al bendito que viene en el nombre del Señor, y verán el rostro de Cristo.

CAPÍTULO XIV.

Y aconteció que cuando entró en la casa de uno de los principales fariseos a comer pan en sábado, ellos le observaban, y he aquí que un hombre hidrópico estaba delante de él. La enfermedad de la hidropesía toma su nombre del humor acuoso. En griego, ὕδωρ se llama agua. Es un humor subcutáneo nacido del defecto de la vejiga, con hinchazón turgente y aliento fétido. Y es propio del hidrópico, cuanto más abunda en humor desordenado, tanto más sediento está. Y por eso se compara adecuadamente a quien el flujo de las voluptuosidades carnales exuberantes agobia. Se compara al rico avaro, que cuanto más abundante es en riquezas, de las cuales no hace buen uso, tanto más ardientemente las desea.

Y respondiendo Jesús, dijo a los doctores de la ley y a los fariseos: ¿Es lícito curar en sábado? Pero ellos callaron. Lo que se dice que Jesús respondió, se refiere a lo que se dijo antes: Y ellos le observaban. Pues el Señor conoce los pensamientos de los hombres. Pero con razón callan cuando se les pregunta, viendo que cualquier cosa que digan se vuelve contra ellos. Pues si es lícito curar en sábado, ¿por qué observan al Salvador para ver si cura? Si no es lícito, ¿por qué ellos mismos curan a los animales en sábado?

Él, tomando al hombre, lo sanó y lo despidió. Con providente disposición, el Señor cura al hidrópico ante los doctores de la ley y los fariseos, y enseguida discute contra la avaricia,

para que, por la enfermedad de este cuerpo, se exprese en ellos la enfermedad del corazón. De hecho, después de muchas exhortaciones de su discurso, se añade: Y oían todas estas cosas los fariseos que eran avaros, y se burlaban de él. Pues el hidrópico, cuanto más bebe, más sediento está. Y todo avaro multiplica su sed, quien, cuando ha obtenido lo que desea, anhela más ardientemente otras cosas.

Y respondiendo a ellos, dijo: ¿De quién de vosotros, si su asno o buey cae en un pozo, no lo sacará enseguida en sábado? Así convence a los fariseos que le observan, para también condenarlos por avaricia. Si vosotros, dice, en sábado os apresuráis a sacar un asno o un buey, o cualquier animal que caiga en un pozo, no por el animal, sino por vuestra avaricia, ¿cuánto más debo yo liberar a un hombre, que es mucho mejor que un animal? Y adecuadamente comparó al hidrópico con un animal que cayó en un pozo; pues sufría de humor. Así como comparó a aquella mujer, que había dicho que estaba atada por dieciocho años, y la desataba de esa atadura, con un animal que se desata para llevarlo al agua. Y en ambos lugares mencionó buey y asno, porque ya sea que entendamos que significan a los sabios y a los torpes, o como se dijo antes, a ambos pueblos, para que, en efecto, a quien el yugo de la ley ha oprimido el cuello, y a quien cualquier seductor ha encontrado, como un animal bruto y sin razón, lo ha llevado al error que quiso, todos los que el Salvador encontró atados con las cadenas de Satanás, todos sumergidos en el pozo de la concupiscencia, no hay distinción. Porque todos pecaron y carecen de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús (Rom. III).

Decía también una parábola a los invitados, observando cómo elegían los primeros asientos, diciéndoles: Cuando seas invitado a bodas, no te sientes en el primer lugar. Esta admonición del Salvador es clara a nivel literal, enseñando que la humildad no solo es loable ante Dios, sino también ante los hombres, pero como el evangelista no llama a esto parábola en vano, brevemente debe considerarse qué significa también místicamente. Llamar bodas a la unión de Cristo y la Iglesia se muestra en muchos lugares. De los cuales uno es: ¿Acaso pueden ayunar los hijos de las bodas mientras el esposo está con ellos? (Marcos II). Otro: El reino de los cielos es semejante a un hombre rey que hizo bodas para su hijo, y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas (Mateo XXII). Por tanto, quien sea invitado a estas bodas, es decir, quien se una a los miembros de la Iglesia por la gracia de la fe, no se siente en el primer lugar, es decir, no se exalte sobre los demás gloriándose de sus méritos. Y ciertamente debe esforzarse, según la parábola de otro lugar, en aparecer vestido con el vestido nupcial, es decir, resplandeciente con el brillo de las virtudes, pero debe adornar el hábito de esas virtudes con el lugar de la devota humildad.

No sea que haya sido invitado por él alguien más honorable que tú, y viniendo el que te invitó a ti y a él, te diga: Da lugar a este, y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Da lugar al más honorable invitado después, aquel que, confiando más seguro en la larga duración de su vida, es superado por la agilidad de aquellos que lo han seguido en Cristo. Y con vergüenza ocupa el último lugar, cuando, conociendo mejores cosas de otros, humilla lo que pensaba elevado de su propia obra, diciendo con el Profeta: Soy pobre y en trabajos desde mi juventud, pero exaltado fui humillado y confundido (Salmo LXXIII).

Pero cuando seas invitado, ve y siéntate en el último lugar. Cuanto más grande eres, dice, humíllate en todo (Eclesiástico III). Y el salmista se gloria: Me he humillado en todo, Señor, vivifícame según tu palabra (Salmo CXVIII). Manifestando claramente que puede ser vivificado por el Señor si él mismo siente humildemente acerca de sus virtudes.

Para que cuando venga el que te invitó, te diga: Amigo, sube más arriba. Viniendo el Señor, a quien encuentre humilde, lo bendecirá con el nombre de amigo y le mandará subir más arriba. Porque cualquiera que se humille como un niño, este es el mayor en el reino de los cielos.

Entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo. Bellamente se dice: Entonces tendrás gloria, para que no comiences a buscar ahora lo que se te reserva al final; porque, como dice Salomón, la herencia que se apresura al principio, al final carecerá de bendición. Pero también puede entenderse en esta vida, quien, sentado en el último lugar, es encontrado por el Señor al venir exaltado, porque diariamente el Señor entra en sus bodas, diariamente juzga las costumbres, los asientos, los hábitos de los comensales, y despreciando a los soberbios, a menudo otorga a los humildes tales dones de su espíritu, que con razón los glorifica con la admiración unánime de los que se sientan con ellos, es decir, de los que descansan en la fe, y asombrados, se lanzan a la alabanza de su Creador, diciendo: Para mí, en cambio, son muy honrados tus amigos, Dios, muy fortalecido es su principado.

Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Y de esta conclusión se desprende claramente que el discurso anterior del Señor debe entenderse de manera simbólica. Pues no es que inmediatamente todo el que se ensalza ante los hombres será humillado, ni el que se humilla ante los hombres será ensalzado por ellos, sino que, al contrario, a veces quien se eleva en la cima de la dignidad o en cualquier otra gloria adquirida, no deja de ser ensalzado hasta el final. De igual manera, cualquier humilde y modesto persevera en la mediocridad en la que está contento hasta el término de su vida. Y por eso, según la sentencia de la verdad, todo el que se eleva imprudentemente por sus méritos será humillado por el Señor, y el que se humilla prudentemente por sus buenas obras será ensalzado por Él, sin duda alguna, el discurso del Redentor que prohíbe buscar los primeros asientos en las bodas, concuerda con este mismo sentido. Decía también al que lo había invitado: Cuando hagas un almuerzo o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos. No prohíbe celebrar banquetes entre hermanos, amigos y ricos como si fuera un crimen, sino que, al igual que otros intercambios de necesidad humana, donde también los pecadores prestan a pecadores para recibir lo mismo, muestra que no vale nada para merecer las recompensas de la vida celestial. Finalmente, añade:

No sea que también ellos te inviten de nuevo, y se te haga retribución. No dice, Y se te haga pecado, sino, Y se te haga retribución. Lo cual es similar a lo que dice en otro lugar: Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? (Luc. VI). Tampoco aquí dice, Es pecado para vosotros, sino, ¿Qué mérito tenéis? Pues también los pecadores hacen esto. Aunque hay algunos banquetes mutuos de hermanos, amigos, parientes y vecinos ricos, que no solo reciben retribución en el presente, sino también condenación en el futuro. Finalmente, son enumerados por el Apóstol entre las obras de las tinieblas. Como en el día, dice, andemos honestamente, no en comilonas y borracheras (Rom. XIII). Las comilonas son banquetes lujuriosos, que se celebran con la contribución de todos, o suelen ser ofrecidos por turnos por los compañeros, de modo que a nadie le avergüenza decir o hacer algo deshonesto, porque se reúnen para que allí se realicen cosas vergonzosas, con abundancia de vino, y se incite la lujuria con diversos placeres.

Pero cuando hagas un banquete, invita a los pobres, a los débiles, a los cojos, a los ciegos, y serás bienaventurado, porque no tienen con qué retribuirte. Se te retribuirá en la resurrección de los justos. Llama resurrección de los justos, que aunque todos resuciten, no sin razón se denomina como propia de aquellos que no dudan en ser bienaventurados en el futuro. Por lo

tanto, quien invita a los pobres al banquete, recibirá su recompensa en el futuro. Quien invita a amigos, hermanos y ricos, recibe su recompensa. Pero si lo hace por Dios, a ejemplo de los hijos del bienaventurado Job, como los demás deberes de amor fraternal, el mismo que lo mandó lo recompensa. Quien invita a glotones y lujuriosos por lascivia, será castigado con pena eterna en el futuro.

Al oír esto, uno de los que estaban sentados a la mesa le dijo: Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios. El pan que se come en el reino de Dios no debe entenderse, según Cerinto, como alimento corporal, sino aquel que dijo: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre (Juan VI). Es decir, si alguno, incorporado perfectamente al sacramento de mi Encarnación, merece disfrutar de la visión de mi divina majestad, este gozará de la bienaventuranza de la vida inmortal perpetua. Pero como algunos perciben este pan solo con fe, como adorándolo, pero se niegan a saborear verdaderamente su dulzura, el Señor, con la parábola que sigue, reprueba la pereza de tales personas, que no son dignas de los banquetes celestiales. Pues sigue:

Pero él le dijo: Un hombre hizo una gran cena y llamó a muchos. ¿Quién es este hombre, sino aquel de quien se dice por el profeta: Y es hombre, y ¿quién lo conoce? Quien hizo una gran cena, porque nos preparó la saciedad de la dulzura interna. Porque llama a muchos, pero pocos vienen, porque a veces aquellos que le están sujetos por la fe contradicen su eterno banquete viviendo mal.

Y envió a su siervo a la hora de la cena a decir a los invitados que vinieran, porque ya todo está preparado. ¿Qué es la hora de la cena, sino el fin del mundo? en el cual ciertamente estamos, como ya hace tiempo Pablo testifica, diciendo: Nosotros somos aquellos a quienes han llegado los fines de los siglos (I Cor. X). Si ya es la hora de la cena, cuando somos llamados, tanto menos debemos excusarnos del banquete de Dios, cuanto más vemos que el fin del siglo se acerca. Por eso, este banquete de Dios no se llama almuerzo, sino cena, porque después del almuerzo queda la cena; después de la cena, no queda ningún banquete. Y porque el banquete eterno de Dios se nos preparará al final, fue correcto que no se llamara almuerzo, sino cena. Pero, ¿quién es este siervo que es enviado por el padre de familia a invitar, sino el orden de los predicadores? Para repeler nuestra pereza, ya todo está preparado, porque para limpiar la tibieza de nuestra mente en la cena de Dios, se nos ha dado el cordero singular que fue inmolado y que quitó los pecados del mundo.

Y comenzaron todos a excusarse. Dios ofrece lo que debía ser pedido, no solicitado, quiere dar lo que apenas se podía esperar. Porque se dignó concederlo cuando se le pidió, pero es despreciado cuando está preparado, anuncia las delicias de la eterna refección, y sin embargo, todos a una se excusan. Pero algunos dicen: No queremos excusarnos; nos alegramos de ser llamados y llegar a ese banquete de la refección celestial. Quienes dicen la verdad, si no aman más lo terrenal que lo celestial, si no están más ocupados en las cosas corporales que en las espirituales. Por eso aquí también se añade la misma causa de los que se excusan, cuando inmediatamente se añade:

El primero le dijo: He comprado una finca, y necesito salir a verla. Te ruego que me excuses. ¿Qué se designa por la finca sino la sustancia terrenal? Sale, pues, a ver la finca, quien solo piensa en lo exterior por la sustancia.

Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas. Te ruego que me excuses. ¿Qué entendemos por las cinco yuntas de bueyes sino los cinco sentidos del cuerpo? Que también se llaman yuntas con razón, porque se duplican en ambos sexos. Estos sentidos

corporales, porque no saben comprender lo interno, sino que solo conocen lo exterior, y dejando lo íntimo, tocan lo que está fuera, con razón se designa por ellos la curiosidad. Pues es un grave vicio de la curiosidad, que mientras lleva la mente de cualquiera a investigar la vida del prójimo exteriormente, siempre le oculta lo íntimo. Por eso también se dice de estas cinco yuntas de bueyes: Voy a probarlas, porque ciertamente a veces la prueba suele pertenecer a la curiosidad. Pero es de notar que tanto el que se excusa de la cena de su invitador por la finca, como el que lo hace por probar las yuntas de bueyes, mezcla palabras de humildad, diciendo:

Te ruego que me excuses. Pues al decir te ruego, y sin embargo desprecia venir, suena humildad en la voz, soberbia en la acción. Y he aquí que cualquier persona perversa juzga esto cuando lo oye, pero no deja de hacer lo que juzga. Pues cuando decimos a cualquiera que actúa perversamente: Conviértete, sigue a Dios, deja el mundo, ¿dónde lo llamamos sino al banquete del Señor? Pero cuando responde: Ora por mí, porque soy pecador, no puedo hacer esto, ¿qué otra cosa hace sino rogar y excusar? Pues al decir, Soy pecador, insinúa humildad, pero al añadir, No puedo convertirme, demuestra soberbia.

Y otro dijo: Me he casado, y por eso no puedo ir. ¿Qué se entiende por la esposa sino el placer de la carne? Pues aunque el matrimonio es bueno, y establecido por la Providencia divina para propagar la descendencia, sin embargo, algunos no buscan por esto la fecundidad de la prole, sino los deseos del placer. Y por eso, por una cosa justa puede significarse no incongruentemente una cosa injusta. Así que el sumo Padre de familia nos invita al banquete del eterno banquete, pero mientras uno está ocupado por el cuidado terrenal, otro es devastado por la sagaz consideración de los actos ajenos, y la mente de otro es manchada por el placer carnal, ningún fastidioso se apresura a las delicias de la vida eterna.

Y regresó el siervo y contó esto a su señor. Entonces, enojado, el padre de familia dijo a su siervo: Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad, y trae aquí a los pobres, a los débiles, a los ciegos y a los cojos. He aquí que quien se inclina más de lo justo a la sustancia terrenal, se niega a venir al banquete del Señor; quien se afana en el trabajo de la curiosidad, desprecia los alimentos de la vida preparados; quien se adhiere a los deseos carnales, rechaza las delicias espirituales del banquete. Porque, por tanto, los soberbios se niegan a venir, se eligen a los pobres. ¿Por qué esto? porque, según la voz de Pablo, Dios elige lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (I Cor. I). Se dice pobres y débiles, quienes en su propio juicio son débiles ante sí mismos. Pues hay pobres y como fuertes, que incluso en la pobreza son soberbios. Los ciegos son aquellos que no tienen ninguna luz de ingenio. También los cojos, que no tienen pasos rectos en la operación. Pero mientras los vicios de las costumbres se señalan en la debilidad de los miembros, ciertamente queda claro que así como aquellos fueron pecadores que, llamados, no quisieron venir, así también estos son pecadores que son invitados y vienen; pero los pecadores soberbios son rechazados, y los pecadores humildes son elegidos. Por lo tanto, elige a aquellos que el mundo desprecia, porque muchas veces ese mismo desprecio hace que el hombre vuelva a sí mismo. Se llama a los pobres y débiles, ciegos y cojos, porque vienen, ya que los débiles y despreciados en este mundo, muchas veces escuchan más rápidamente la voz de Dios, cuanto menos tienen en este mundo donde deleitarse. Pero, llevados los pobres al banquete, escuchemos lo que añade el siervo:

Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Muchos de estos fueron recogidos para el banquete del Señor desde Judea, pero la multitud que creyó del pueblo israelita no llenó el lugar del banquete celestial. Ya ha entrado la multitud de los judíos, pero aún queda lugar en el reino, donde debe ser recibida la multitud de las naciones. Por eso se dice al mismo siervo:

Sal a los caminos y cercas, y fuerza a entrar, para que se llene mi casa. Cuando el Señor invita al banquete desde las calles y plazas, designa a aquel pueblo que sabía guardar la ley bajo la conversación urbana. Pero cuando ordena recoger a sus comensales de los caminos y cercas, ciertamente busca recoger al pueblo rústico, es decir, al gentil. Es de notar que en esta tercera invitación, no se dice, Invita, sino Fuerza a entrar. Pues hay algunos que entienden que deben hacer el bien, pero dejan de hacerlo. A estos, como dijimos antes, les sucede a menudo que la adversidad de este mundo los golpea en sus deseos carnales. Muchas veces, de hecho, languidecen en una larga enfermedad, o caen afligidos por injurias, o son golpeados por pérdidas más graves, y reprendiéndose a sí mismos en sus deseos, convierten sus corazones al Señor. Por lo tanto, aquellos que, quebrantados por las adversidades de este mundo, regresan al amor de Dios, y son corregidos de los deseos de la vida presente, ¿qué hacen sino que son forzados a entrar? Pero es muy temible la sentencia que se añade inmediatamente. Pues dice:

Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena. He aquí que llama por sí mismo, llama por los ángeles, llama por los Padres, llama por los pastores, a menudo llama por milagros, a menudo llama por castigos, a veces llama por las cosas prósperas de este mundo, a veces por las adversas. Que nadie desprecie, no sea que, llamado, se excuse, y cuando quiera entrar, no pueda.

Iban con él grandes multitudes, y volviéndose les dijo: Si alguno viene a mí, y no odia a su padre, y a su madre, y a su esposa, y a sus hijos, y a sus hermanos, y a sus hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo; y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, tampoco puede ser mi discípulo. Nos gustaría preguntar cómo se nos manda odiar a los padres y parientes carnales, cuando se nos ordena amar incluso a los enemigos. Y ciertamente la Verdad dice de la esposa: Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre (Marc. X). Y Pablo dice: Maridos, amad a vuestras esposas, como Cristo amó a la Iglesia (Ephes. V). He aquí que el discípulo manda amar a la esposa, mientras el Maestro dice: Quien no odia a su esposa, no puede ser mi discípulo. ¿Acaso el juez anuncia una cosa y el heraldo proclama otra? ¿O podemos al mismo tiempo odiar y amar? Pero si consideramos la fuerza del precepto, podemos hacer ambas cosas con discreción, para que amemos a aquellos que nos son unidos por la carne, en cuanto los conocemos como prójimos, y en cuanto los sufrimos como adversarios en el camino de Dios, sepamos odiar y huir. Pero para que el Señor mostrara que este odio hacia los prójimos no procede de la falta de afecto, sino de la caridad, añadió inmediatamente, diciendo: Aun también su propia vida. Entonces, en efecto, odiamos bien nuestra vida, cuando no consentimos en sus deseos carnales, cuando quebrantamos su apetito, cuando nos oponemos a sus placeres. Por lo tanto, lo que se desprecia para llevarlo a mejor, se ama como por odio. Así, ciertamente, debemos mostrar la discreción del odio a nuestros prójimos, para que en ellos amemos lo que son, y tengamos odio a lo que nos obstaculiza en el camino de Dios. Pero este mismo odio a la vida, cómo debe ser mostrado, la Verdad lo manifiesta añadiendo:

Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Pues la cruz se llama así por el tormento. Y llevamos la cruz del Señor de dos maneras, cuando o afligimos la carne por la abstinencia, o consideramos la necesidad del prójimo como nuestra por compasión. Pues quien muestra dolor en la necesidad ajena, lleva la cruz en la mente. Pero es necesario saber que hay algunos que no muestran la abstinencia de la carne por Dios, sino por vana gloria; y hay muchos que no muestran compasión al prójimo espiritualmente, sino carnalmente, para que no favorezcan a la virtud, sino como compadeciéndose de las culpas. Por lo tanto, estos parecen llevar la cruz, pero no siguen al Señor. Por eso, esta misma Verdad dice con razón: Quien no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Pues

llevar la cruz y seguir al Señor es mostrar la abstinencia de la carne o la compasión al prójimo por el estudio de la intención eterna. Pues quien muestra estas cosas por intención temporal, lleva la cruz, pero se niega a seguir al Señor. Y porque se han dado preceptos sublimes, inmediatamente se añade la comparación de la construcción de la sublimidad, cuando se dice:

¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos necesarios, si tiene para acabarla? Pues en todas las cosas, el fin debe ser considerado. Todo lo que hacemos debe ser precedido por el estudio de la consideración. Pues, según la voz de la Verdad, quien edifica una torre, prepara los gastos del edificio. Si, por lo tanto, deseamos construir la torre de la humildad, primero debemos prepararnos para las adversidades de este siglo. Pues esto es lo que distingue al edificio terrenal del celestial, que el edificio terrenal se construye acumulando gastos, pero el edificio celestial se construye dispersando gastos. Para aquel hacemos gastos si acumulamos lo que no tenemos; para este hacemos gastos si dejamos lo que tenemos. Es de considerar lo que se dice:

No sea que después de haber puesto el fundamento, y no pueda acabarlo, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo que este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar. Pues, según la voz de Pablo, hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Y en todo lo que hacemos debemos considerar a nuestros adversarios ocultos, que siempre observan nuestras obras, siempre se alegran de nuestro defecto. A quienes el Profeta mirando dice: Dios mío, en ti confío, no seré avergonzado, ni se burlen de mí mis enemigos (Psal. XXIV). Pues, atentos a las buenas obras, si no vigilamos cuidadosamente contra los espíritus malignos, sufrimos a los mismos burladores que tenemos como persuadidores al mal. Pero porque se ha dado la comparación de la construcción del edificio, ahora se añade la similitud de menor a mayor, para que de las cosas menores se consideren las mayores. Pues sigue:

¿O qué rey, que va a hacer guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede con diez mil salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil? De lo contrario, cuando el otro aún está lejos, envía una embajada y pide condiciones de paz. Un rey viene contra otro rey en igualdad de condiciones a la batalla, y sin embargo, si se da cuenta de que no puede resistir, envía una embajada y pide condiciones de paz. ¿Con qué lágrimas, pues, debemos esperar el perdón, nosotros que no venimos en igualdad de condiciones con nuestro rey a ese tremendo juicio, a quienes ciertamente la condición, la debilidad y la causa nos muestran inferiores? Pero tal vez ya hemos cortado las culpas de las malas obras, ya hemos evitado exteriormente todas las cosas malas, ¿acaso somos suficientes para rendir cuenta de nuestro pensamiento? Pues cuando el ejército doble viene contra el simple, que nos encuentra apenas preparados en la obra, nos examina al mismo tiempo sobre la obra y el pensamiento. Y por eso, mientras aún está lejos, enviemos una embajada, pidamos las cosas que son de paz. Pues se dice que está lejos, porque aún no se ve presente por el juicio. Enviemos la embajada de nuestras lágrimas, enviemos las obras de misericordia, sacrifiquemos en su altar las ofrendas de propiciación. Esta es nuestra embajada, que aplaca al rey que viene.

Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. El Señor enseña claramente con esta conclusión qué significa construir una torre o hacer la paz con un rey más fuerte: ser su discípulo; preparar los recursos para completar la torre y enviar una delegación para obtener la paz no es otra cosa que renunciar a todo lo que poseemos. Entre todas estas cosas, el amor a los prójimos, del cual se ha hablado antes, y nuestra propia alma, que algunos creen que se refiere a esta vida temporal, deben entenderse de tal manera que la poseamos temporalmente, de modo que no nos impida alcanzar la vida

eterna, si alguien amenaza con quitárnosla. Hay una diferencia entre renunciar a todo y dejarlo todo; dejarlo todo es propio de unos pocos y de los perfectos, que posponen las preocupaciones del mundo y se dedican únicamente a los deseos eternos. Sin embargo, es deber de todos los fieles renunciar a todo lo que poseen, es decir, tener las cosas del mundo de tal manera que no se queden atrapados en el mundo por ellas; tener lo temporal en uso, lo eterno en deseo; manejar las cosas terrenales de tal manera que con toda la mente se dirijan a las celestiales.

La sal es buena: Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se sazonará? Se refiere a lo anterior, donde no solo se ordenó comenzar la torre de virtudes, sino también completarla. Es bueno escuchar la palabra de Dios, sazonar frecuentemente los secretos del corazón con la sal de la sabiduría espiritual, e incluso convertirse en la sal de la tierra con los apóstoles, es decir, ser suficiente para instruir las mentes de aquellos que aún piensan en cosas terrenales. Pero si alguien, una vez iluminado por el condimento de la verdad, vuelve a la apostasía, ¿con qué otro maestro será corregido, quien ha rechazado la dulzura de la sabiduría que él mismo ha probado, ya sea aterrorizado por las adversidades del mundo o atraído por las seducciones? Según lo que dice un sabio: ¿Quién curará al encantador mordido por la serpiente? (Eclo. XII). Con esta sentencia se cree, no sin razón, que se designa a Judas Iscariote y a sus compañeros, quien, vencido por la avaricia, no dudó en traicionar el grado de apóstol y entregar al Señor.

No es útil ni para la tierra ni para el estiércol, sino que será arrojado fuera. Así como la sal que ha perdido su sabor, cuando ya no sirve para sazonar alimentos ni para secar carnes, no es útil para nada (pues no es útil para la tierra, ya que su aplicación impide que germine, ni para el estiércol, que, aunque mezclado con terrones fértiles, no fecunda las semillas de los frutos, sino que las extingue), así todo aquel que, después de conocer la verdad, retrocede, no puede dar fruto de buenas obras ni cultivar a otros, sino que debe ser arrojado fuera, es decir, separado de la unidad de la Iglesia, para que, según la parábola anterior, sus enemigos se burlen de él y digan que este hombre comenzó a construir y no pudo terminar. Y por eso se añade una exhortación muy útil, cuando se dice:

El que tenga oídos para oír, que oiga. Es decir, quien tenga oídos de inteligencia para percibir la palabra de Dios, que no la desprecie, sino que la escuche, obedeciendo y haciendo lo que ha aprendido. No es el oyente olvidadizo, sino el hacedor de la obra quien será bienaventurado en su acción. Amén.

CAPÍTULO XV.

Se acercaban a él todos los publicanos y pecadores para oírle, y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo que este recibe a los pecadores y come con ellos. Porque no solo el justo puede pecar por inercia, sino también el pecador arrepentirse por diligencia, después de que se ha narrado que la sal que ha perdido su sabor debe ser arrojada fuera, inmediatamente se describe la admisión de la multitud de penitentes, quienes, acercándose a escuchar la palabra de Dios, no solo fueron recibidos para conversar, sino también para comer juntos. Al ver esto, los fariseos se indignaron, porque la verdadera justicia tiene compasión, y la falsa justicia indignación, aunque los justos también suelen indignarse correctamente con los pecadores. Pero una cosa es lo que se hace por soberbia, y otra lo que se hace por celo de disciplina. Pero aquellos que estaban enfermos, de tal manera que no sabían que estaban enfermos, para que reconocieran lo que eran, el médico celestial los cura con suaves remedios, les presenta un paradigma benigno y presiona el tumor de la herida en su corazón; pues dice:

¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? He aquí que la Verdad dio una semejanza con admirable disposición de piedad, que el hombre reconociera en sí mismo, y sin embargo, esta se refiere especialmente al mismo autor de los hombres. Porque el número cien es perfecto, él tuvo cien ovejas cuando creó la sustancia de los ángeles y de los hombres. Pero una oveja se perdió cuando el hombre, pecando, abandonó los pastos de la vida. Dejó las noventa y nueve ovejas en el desierto, porque dejó aquellos coros supremos de ángeles en el cielo. ¿Por qué se llama desierto al cielo, sino porque se dice desierto lo que se deja? Pero el hombre dejó el cielo cuando pecó. Las noventa y nueve ovejas permanecieron en el desierto cuando el Señor buscaba una en la tierra, porque el número de la criatura racional, es decir, de los ángeles y de los hombres, que había sido creada para ver a Dios, se había reducido con la pérdida del hombre, y para que se completara el número perfecto de ovejas en el cielo, el hombre perdido era buscado en la tierra.

Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso. Puso la oveja sobre sus hombros, porque al asumir la naturaleza humana, él mismo llevó nuestros pecados.

Y al llegar a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Al encontrar la oveja, regresó a casa, porque nuestro pastor, al restaurar al hombre, regresó al reino celestial. Allí encontró a sus amigos y vecinos, es decir, aquellos coros de ángeles. Que son sus amigos, porque guardan continuamente su voluntad en su estabilidad. También son sus vecinos, porque disfrutan continuamente de la claridad de su visión. Y es de notar que no dice: Alegraos con la oveja encontrada, sino Conmigo, porque su gozo es nuestra vida, y cuando somos llevados al cielo, llenamos la solemnidad de su alegría.

Os digo que así habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, más que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento. Habrá más gozo en el cielo por los pecadores convertidos que por los justos que permanecen, porque a menudo aquellos que no se sienten oprimidos por el peso de los pecados, permanecen en el camino de la justicia, no cometen nada ilícito, pero no anhelan ansiosamente la patria celestial, y se permiten a sí mismos tanto en las cosas lícitas, cuanto recuerdan que no han cometido nada ilícito, y a menudo permanecen perezosos para realizar los principales bienes, porque están muy seguros de que no han cometido males más graves. Por el contrario, a veces aquellos que recuerdan haber cometido algo ilícito, compungidos por su dolor, arden en amor a Dios y se ejercitan en grandes virtudes. Por lo tanto, hay más gozo en el cielo por un pecador convertido que por un justo que permanece, porque un líder en la batalla ama más a aquel soldado que, después de haber huido, regresa y ataca al enemigo con fuerza, que a aquel que nunca ha dado la espalda y nunca ha hecho nada valiente. Pero entre estas cosas, se debe saber que hay muchos justos, en cuya vida hay tanto gozo, que ninguna penitencia de pecadores puede ser preferida a ellos. Porque muchos no son conscientes de ningún mal en sí mismos, y sin embargo se ejercitan en tal aflicción de ardor, como si estuvieran angustiados por todos los pecados, rechazan incluso las cosas lícitas, se preparan sublimemente para el desprecio del mundo, se alegran en los lamentos, se humillan en todo; y así como algunos deploran los pecados de las obras, ellos deploran los pecados de los pensamientos. De aquí se puede deducir cuánto gozo causa a Dios cuando el justo llora humildemente, si causa gozo en el cielo cuando el injusto condena por penitencia lo que ha hecho mal.

¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una lámpara, barre la casa y busca diligentemente hasta encontrarla? Quien es representado por el pastor, es el

mismo que por la mujer. Él es Dios, él es la sabiduría de Dios. Y porque la imagen se expresa en la dracma, la mujer perdió la dracma cuando el hombre, que había sido creado a imagen de Dios, al pecar se apartó de la semejanza de su Creador. Pero la mujer enciende una lámpara, porque la sabiduría de Dios apareció en la humanidad. La lámpara es la luz en el recipiente. La luz en el recipiente es la divinidad en la carne. Encendida la lámpara, barre la casa, porque tan pronto como su divinidad brilló a través de la carne, toda nuestra conciencia se sacudió. La casa se barre cuando la conciencia humana se perturba al considerar su culpa, y una vez barrida la casa, se encuentra la dracma, porque cuando la conciencia del hombre se perturba, se restaura en el hombre la semejanza del Creador.

Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. ¿Qué amigas o vecinas sino aquellas potestades celestiales ya mencionadas? Que están tan cerca de la sabiduría suprema, cuanto se acercan a ella por la gracia de la visión continua. Pero es de considerar por qué se dice que esta mujer tenía diez dracmas. Porque el Señor creó la naturaleza de los ángeles y de los hombres para que lo conocieran, y cuando quiso que permanecieran para la eternidad, sin duda los creó a su semejanza. La mujer tenía diez dracmas, porque hay nueve órdenes de ángeles, pero para completar el número de los elegidos, el hombre fue creado como el décimo, quien no pereció ante su Creador ni siquiera después de la culpa, porque la Sabiduría eterna, resplandeciendo con milagros a través de la carne, lo restauró desde la luz del recipiente.

Así, os digo, habrá gozo ante los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente. Hacer penitencia es tanto lamentar los males cometidos como no cometer lo que debe lamentarse. Porque quien así lamenta unas cosas, pero comete otras, aún no sabe o no quiere hacer penitencia. ¿De qué sirve lamentar los pecados de la lujuria, si aún se anhela con los ardores de la avaricia? ¿O de qué sirve lamentar las culpas de la ira, si aún se consume con las llamas de la envidia? Pero es muy poco lo que decimos, que quien lamenta los pecados no cometa lo que debe lamentarse. Porque se debe considerar sumamente que quien recuerda haber cometido cosas ilícitas, debe abstenerse también de algunas lícitas, para que por esto satisfaga a su Creador, de modo que quien ha cometido lo prohibido, debe también cortarse a sí mismo lo que ha cometido.

Dijo además: Un hombre tenía dos hijos, y el más joven de ellos dijo al padre: Dame la parte de la herencia que me corresponde. Y les repartió la herencia. Murmurando los escribas y fariseos por la acogida de los pecadores, el Salvador propuso tres parábolas en orden, insinuando en las dos primeras cuánto él y sus ángeles se alegran por la salvación de los penitentes. La tercera, que sigue, no solo muestra su alegría y la de los suyos, sino que también reprende la murmuración de los envidiosos. Así pues, el hombre que se dice que tenía dos hijos, se entiende como Dios Padre, el generador de dos pueblos, y como el autor y creador de dos linajes de la humanidad. El hijo mayor representa a aquellos que permanecieron en el culto de un solo Dios; el menor, a aquellos que hasta llegar a adorar ídolos abandonaron a Dios. La parte de la herencia que corresponde al hijo menor es el mismo sentido racional en el hombre. Vivir, entender, recordar, sobresalir con ingenio ágil, es parte de la sustancia del don divino. Que el hijo menor pide al padre, cuando el hombre, deleitándose en su propio poder, busca gobernarse a sí mismo por libre albedrío y liberarse del dominio de su Creador. Y les repartió la herencia, impartiendo a los fieles la protección de su gracia, que deseaban, y concediendo a los infieles solo el beneficio del ingenio natural, con el cual estaban contentos.

Y no muchos días después, reuniendo todo, el hijo menor se fue a una región lejana, y allí desperdició su herencia viviendo disolutamente. Se fue lejos, no cambiando de lugar, sino de

ánimo. Porque cuanto más peca uno en una mala obra, tanto más se aleja de la gracia de Dios. Lo que dijo que sucedió no muchos días después, que reuniendo todo, se fue a una región lejana, porque no mucho después de la institución del género humano, el alma decidió, por libre albedrío, llevar consigo una especie de poder de su naturaleza, y abandonar a aquel por quien fue creada, confiando en sus propias fuerzas. Cuanto más rápido consume estas fuerzas, más se aleja de aquel por quien fueron dadas. Así que llama a esta vida pródiga, amante de derrochar y de vagar en pompas exteriores, vaciándose por dentro, cuando uno sigue lo que procede de ella y abandona a aquel que es interior a sí mismo.

Y después de haberlo desperdiciado todo, hubo una gran hambre en aquella región. Todo lo que desperdició significa los ornamentos de la naturaleza que consumió. El hambre en la región lejana es la indigencia de la palabra de verdad, en el olvido del Creador. De la cual se ha dicho en los profetas: Porque el Señor enviará hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios (Amós VIII).

Y él comenzó a pasar necesidad, y fue y se unió a uno de los ciudadanos de aquella región. Con razón comenzó a pasar necesidad, quien abandonó los tesoros de la sabiduría de Dios, la altura de las riquezas celestiales. Pero uno de los ciudadanos de aquella región a quien se unió en su necesidad, es sin duda aquel que, por su perversidad, está puesto sobre las concupiscencias terrenales, llamado por el Señor príncipe de este mundo. Y de quien el Apóstol dice: El dios de este siglo cegó las mentes de los incrédulos (II Cor. IV).

Y lo envió a su campo a apacentar cerdos. Ser enviado al campo es ser sometido por la codicia de la sustancia mundana. De la cual en otra parábola, alguien que despreciaba las comidas espirituales a las que era invitado, dijo: Compré un campo y necesito salir a verlo (Luc. XIV). Apacentar cerdos es hacer lo que agrada a los espíritus inmundos.

Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los cerdos. Las algarrobas con las que alimentaba a los cerdos son las doctrinas mundanas, resonantes con una estéril dulzura, de las cuales se difunden las alabanzas de los ídolos y las fábulas sobre los dioses de las naciones con diversos discursos y cánticos, que deleitan a los demonios. Por lo tanto, cuando este deseaba saciarse, buscaba encontrar algo sólido y recto que condujera a la vida bienaventurada en tales cosas, y no podía. Esto es lo que dice:

Y nadie le daba. Pero volviendo en sí mismo. Ya, es decir, apartando su intención de aquellas cosas que seducen y engañan exteriormente, hacia los interiores de la conciencia.

Dijo: ¿Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre? ¿Cómo podría saber esto, en quien había tal olvido de Dios, como lo hubo en todos los idólatras, si no porque esta reflexión ya es de alguien que se arrepiente, cuando se predicaba el Evangelio? Los jornaleros del Padre abundan en pan, porque quienes se esfuerzan por obrar dignamente con la vista puesta en la futura recompensa, son alimentados diariamente con los alimentos de la gracia celestial. Pero perecen de hambre quienes, estando fuera de las casas del Padre, desean llenar su vientre con algarrobas. Es decir, quienes, viviendo sin fin, buscan la vida bienaventurada en los estudios de la filosofía vana. Porque así como el pan, que fortalece el corazón del hombre, se asemeja a la palabra de Dios que alimenta la mente, así la algarroba, que es hueca por dentro, blanda por fuera, y no nutre el cuerpo, sino que lo llena, siendo más una carga que un beneficio, se compara no sin razón a la sabiduría secular, cuyo discurso resuena con el aplauso de la elocuencia, pero carece de la utilidad de la virtud.

Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Qué misericordioso y piadoso conocía al padre, quien ni siquiera ofendido por el hijo se niega a escuchar el nombre de padre. Me levantaré, pues, dice, porque he reconocido que estoy caído. E iré, porque me he alejado. A mi padre, porque bajo el príncipe de los cerdos me consumo en miserable indignancia: He pecado contra el cielo, ante los espíritus angélicos y las almas santas, en las cuales está la sede de Dios, significa. Ante ti, en el mismo recinto interior de la conciencia, donde solo los ojos de Dios pueden penetrar.

Y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Hazme como uno de tus jornaleros. No se atreve a aspirar al afecto de hijo, que no duda de que todo lo que es del padre es suyo, pero desea el estado de jornalero, ya dispuesto a servir por recompensa. Sin embargo, testimonia que no puede merecer esto sino por la dignación paterna. ¿Dónde están, pues, los pelagianos, que confían en poder salvarse por su propia virtud, contra la clarísima sentencia de la verdad que dice: Sin mí no podéis hacer nada?

Y levantándose, fue a su padre. Ir al padre es establecerse en la Iglesia por la fe, donde ya puede haber una confesión legítima y fructuosa de los pecados.

Pero cuando aún estaba lejos. Y antes de que entendiera a Dios, pero ya cuando lo buscaba piadosamente.

Su padre lo vio. Porque los impíos y soberbios convenientemente se dice que no los ve, como si no los tuviera ante sus ojos. Tener ante los ojos se dice solo de aquellos que son amados.

Y se compadeció, y corriendo, se echó sobre su cuello. Porque el Padre no abandonó al Hijo unigénito, en quien corrió y descendió hasta nuestra lejana peregrinación. Porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V). Y el mismo Señor dice: El Padre que mora en mí, él hace sus obras (Juan XIV). ¿Y qué es caer sobre su cuello, sino inclinar y humillar su brazo en su abrazo? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor (Juan XII), que es sin duda nuestro Señor Jesucristo?

Y lo besó. Consolar con la palabra de la gracia de Dios para la esperanza del perdón de los pecados, esto es, después de largos viajes, merecer el beso de caridad del padre.

Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Comienza ya a confesar sus pecados en la Iglesia, y no dice todo lo que había prometido decir, sino hasta aquello: No soy digno de ser llamado tu hijo. Pues desea que por gracia se haga lo que confiesa ser indigno por méritos. No añadió lo que había dicho en aquella meditación: Hazme como a uno de tus jornaleros. Pues cuando no tenía pan, deseaba ser al menos jornalero. Lo cual, después del beso del padre, ya desdeñosamente rechaza. Entiende, pues, que entre hijo, jornalero y siervo, no hay mínima distancia. Siervo, es decir, es aquel que aún por miedo al infierno, o por la presencia de las leyes, se abstiene de los vicios; jornalero, el que por esperanza y deseo del reino de los cielos; hijo, por afecto del bien mismo y amor a las virtudes. En la consumación de estas tres virtudes, el bienaventurado Apóstol concluyendo toda la suma de la salvación: Ahora, dice, permanecen la fe, la esperanza, la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad (I Cor. XIII). Pues la fe es la que por el temor del juicio futuro y de los castigos hace declinar las contaminaciones de los vicios. La esperanza, que apartando nuestra mente de las cosas presentes, desprecia todas las voluptuosidades del cuerpo por la expectativa de las recompensas celestiales. La caridad, que encendiendo con ardor de mente nos lleva a la muerte de Cristo y al fruto de las virtudes

espirituales, hace que detestemos con todo odio lo que es contrario a ellas. Por lo cual, este pródigo, después de haber vuelto en sí mismo, temía los castigos del hambre terrible, como si ya hecho siervo, incluso pensando en el estado de jornalero por la recompensa, lo desea. Pero el padre, al encontrarse con él, no contento con concederle cosas menores, habiendo pasado ambos grados sin dilación, lo restituye a la dignidad original de los hijos, y ya no lo hace pensar en la recompensa del contratista, sino en la herencia del padre.

Y el padre dijo a sus siervos: Pronto traed la mejor túnica, y vestidle. La mejor túnica es la vestidura de la inocencia, que el hombre bien creado recibió, pero mal persuadido perdió, cuando después de la culpa de la transgresión reconoció estar desnudo, y perdida la gloria de la inmortalidad, tomó la vestidura de piel, es decir, mortal. Los siervos que la traen son los predicadores de la reconciliación. Pues traen la mejor túnica, cuando aseguran que los hombres mortales y terrenales serán elevados, para que no solo sean ciudadanos de los ángeles, sino también herederos de Dios y coherederos de Cristo en el futuro.

Y poned un anillo en su mano, y sandalias en sus pies. El anillo es o el sello de la fe sincera, con el cual todas las promesas se sellan con impresión cierta en los corazones de los creyentes, o la prenda de aquellas bodas, con las cuales la Iglesia es desposada. Y bien se da el anillo en la mano, para que por las obras la fe resplandezca, y por la fe las obras se fortalezcan. Las sandalias en los pies anuncian el oficio de evangelizar, para que el curso de la mente, tendiendo a las cosas celestiales, se mantenga inviolado y limpio del contagio de las cosas terrenales, y armado con los ejemplos de los anteriores, avance seguro sobre serpientes y escorpiones. Por tanto, la mano y los pies, es decir, la obra se adorna y el curso. La obra para que vivamos rectamente; el curso, para que nos apresuremos a los gozos eternos. Pues no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII).

Y traed el becerro cebado y matadlo. El becerro cebado es también el Señor mismo, pero según la carne. Y bien cebado, porque su carne es tan rica en virtud espiritual, que basta para la salvación de todo el mundo enviar a Dios en olor de suavidad, es decir, el aroma de la inmolación, y rogar por todos. Traer el becerro y matarlo es predicar a Cristo, e insinuar su muerte. Entonces, en efecto, a cada uno de nosotros se le mata como si fuera reciente, cuando cree que fue muerto. Entonces se come su carne, cuando se recibe el sacramento de su pasión con la boca para la purificación, y se medita con el corazón para la imitación. Y comamos y celebremos, porque este mi hijo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado. No solo el hijo que ha revivido y ha sido hallado, sino también el padre y sus siervos, alimentados con la carne del sagrado becerro que había sido muerto por el hijo, celebran, porque el alimento del padre es nuestra salvación, y el gozo del padre es el perdón de nuestros pecados. No solo del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Porque así como hay una voluntad y operación en la divinidad, así también hay un deleite único de la santa e indivisa Trinidad. Por lo cual, el bienaventurado Abraham, recibiendo a tres ángeles en hospitalidad, se lee que mató un becerro tierno y excelente, y se lo ofreció para que comieran con leche, pan y mantequilla. Porque quien desea alegrar a la bienaventurada Trinidad con los oficios de la devoción recta, debe también celebrar con la sinceridad de una piadosa confesión la muerte del unigénito Hijo de Dios en la carne, que es una persona en la misma Trinidad. Y es de notar que antes se otorga la mejor túnica, antes el anillo, antes las sandalias, y así después se inmola el becerro, porque a menos que uno se vista con la esperanza de la primera inmortalidad, a menos que se arme con el anillo de la fe las obras, a menos que predique confesando piadosamente la misma fe, no puede participar en los Sacramentos celestiales.

Y comenzaron a celebrar. Estas celebraciones y festividades se celebran ahora, con la Iglesia extendida y difundida por todo el mundo. Pues aquel becerro en el cuerpo y sangre del Señor, se ofrece al Padre, y alimenta a toda la casa.

Pero su hijo mayor estaba en el campo. El hijo mayor es el pueblo de Israel, que aunque no se fue a tierras lejanas, no obstante se dice que permaneció no en casa, sino en el campo, porque el mismo pueblo ni hasta el punto de adorar ídolos abandonó al Creador, ni penetró en los interiores de la ley que había recibido, sino que, contento solo con la custodia de la letra, solía más bien operar y esperar cosas exteriores y terrenales, escuchando por el profeta: Si queréis y me escucháis, comeréis los bienes de la tierra (Isaías I).

Y cuando venía y se acercaba a la casa, oyó música y danzas. Se acerca el hijo a la casa, cuando aquel pueblo en algunos israelitas más considerados (pues muchos tales se encontraron entre ellos, y a menudo se encuentran) desaprobando el trabajo del servicio, considera la libertad de la Iglesia a partir de las mismas Escrituras. Oye música y danzas, es decir, a los llenos del espíritu predicar el Evangelio con voces concordantes, a quienes se les dijo: Os ruego, hermanos, que todos digáis lo mismo (I Cor. I), y que el alma y el corazón de los que viven en concordia sean uno en las alabanzas de Dios.

Y llamó a uno de los siervos, y le preguntó qué era aquello. Y él le dijo. Llama a uno de los siervos, cuando toma para leer a alguno de los profetas, y en él buscando, de algún modo pregunta de dónde se celebran estas cosas en la Iglesia, en las cuales no se ve a sí mismo. Que le responda el siervo del padre, el profeta:

Tu hermano ha venido, y tu padre ha matado el becerro cebado, porque lo ha recibido sano. Pues en los confines de la tierra estaba tu hermano, pero de allí mayor es la exultación de los que cantan al Señor un cántico nuevo, porque su alabanza es desde los confines de la tierra (Salmo XLVII). Y por aquel que estaba ausente fue muerto aquel a quien se le dijo: Y tu holocausto sea pingüe (Salmo XIX).

Pero él se indignó, y no quería entrar. Entonces su padre salió, y comenzó a rogarle. Se indigna también ahora, y aún no quiere entrar. Cuando, pues, haya entrado la plenitud de los gentiles, saldrá en el momento oportuno su padre, para que también todo Israel sea salvo, de cuya parte se hizo la ceguera, como una ausencia en el campo, hasta que la plenitud del hijo menor, constituido lejos en la idolatría de los gentiles, regresara para entrar a comer el becerro. Pues habrá alguna vez una llamada abierta de los judíos en la salvación del Evangelio. A esta manifestación de la llamada, la llama salida del padre para rogar al hijo mayor.

Pero él respondiendo, dijo a su padre: He aquí, tantos años te sirvo, y nunca he transgredido tu mandato. Se pregunta cómo se dice que aquel pueblo nunca transgredió el mandato de Dios. Pero fácilmente se advierte que no se dice de todo mandato, sino de uno principalmente necesario, por el cual se le ordenó no adorar a otro dios. Ni este hijo se entiende en todos los israelitas, sino en aquellos que nunca se convirtieron de un solo Dios a los ídolos. Pues aunque este hijo, como puesto en el campo, deseaba cosas terrenales, sin embargo, de un solo Dios deseaba esos bienes. Lo cual también se comprueba por el testimonio de su padre, cuando dice: Tú estás siempre conmigo. Pues no lo reprende como mentiroso, sino aprobando su perseverancia con él, lo invita a disfrutar de una exultación más excelente y más gozosa.

Y nunca me diste un cabrito para celebrar con mis amigos. Sin duda, el pecador suele ser significado con el nombre de cabrito, pero lejos esté que entienda al Anticristo. Pues es muy

absurdo que aquel a quien se le dice: Tú estás siempre conmigo, haya deseado esto del padre, para creer en el Anticristo. Ni en absoluto en aquellos judíos que van a creer en el Anticristo, es lícito entender a este hijo. ¿Cómo podría celebrar con aquel cabrito, si él es el Anticristo, quien no creería en él? O si esto es celebrar con la matanza del cabrito, lo que es alegrarse por la perdición del Anticristo, ¿cómo dice el hijo, a quien recibe el padre, que esto no le fue concedido, cuando todos los hijos de Dios se alegrarán por la condenación de aquel adversario? Sin duda, pues, se queja de que el mismo Señor le fue negado para unirse, mientras lo consideraba pecador. Pues cuando es cabrito para aquella gente, es decir, cuando lo considera violador del sábado y profanador de la ley, no mereció alegrarse con sus banquetes. Para que lo que dice: Nunca me diste un cabrito para celebrar con mis amigos, sea como si dijera, aquel que me parecía cabrito, nunca me lo diste para celebrar, no concediéndome a él mismo en cuanto me parecía cabrito. Pero lo que dice, Con mis amigos, o se entiende desde la persona de los príncipes, con el pueblo, o desde la persona del pueblo de Jerusalén, con los demás pueblos judíos.

Pero cuando vino este tu hijo, que devoró su sustancia con prostitutas, mataste para él el becerro cebado. Las prostitutas son las supersticiones de los gentiles, con las cuales disipar la sustancia es, dejando el único matrimonio de la palabra de Dios, fornicar con la turba de los demonios por la más vil codicia.

Pero él le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo, pero era necesario celebrar y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado. Lo que dice: Y todo lo mío es tuyo, no debe pensarse que se dice así como si no fueran también del hermano, para que no sufras angustias como en una herencia terrenal. ¿Cómo pueden ser todas del mayor, si el menor también tiene allí su parte? Pues así son tenidas todas las cosas por los hijos perfectos y purificados y ya inmortales, que son tanto de todos los individuos, como todas de cada uno. Pues así como la codicia no posee nada sin angustia, así la caridad no posee nada con angustia. Cuando, pues, hayamos obtenido aquella bienaventuranza, nuestras serán las cosas superiores para vivir, nuestras serán las iguales para convivir, nuestras serán las inferiores para dominar. Si a alguno le preocupa cómo la verdad suplicante dice al padre: Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, que parece sonar muy similar a lo que se dice a este hijo: Y todo lo mío es tuyo, sepa que del unigénito Hijo son todas las cosas que son del Padre, por el hecho de que también él es Dios, y nacido del Padre, es igual al Padre. Pues también aquello que hablando del Espíritu Santo dice: Todo lo que tiene el Padre es mío: por eso dije, que tomará de lo mío, y os lo anunciará, lo dijo de aquellas cosas que pertenecen a la misma divinidad del Padre, en las cuales le es igual teniendo todo lo que tiene el Padre. Pues el Espíritu Santo no iba a tomar de la criatura que está sujeta al Padre y al Hijo, lo que dice: Tomará de lo mío, sino ciertamente del Padre, de quien procede el Espíritu, de quien nació el Hijo. Por tanto, ya sea que quiera referir estos dos hijos a ambos pueblos, o como a algunos les place a dos cualesquiera hombres, a saber, al penitente y al justo, o al que se considera justo a sí mismo, que el hermano mayor se regocije, porque el hermano menor estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado.

LIBRO QUINTO. LEE FELIZ

PRÓLOGO.

Después de que, murmurando sobre la recepción de los pecadores, o más bien de los penitentes, aquellos que se consideraban justos fueron reprendidos por el Salvador con tres parábolas continuas, de las cuales se ha discutido anteriormente, enseñando que la salvación de los que se arrepienten es muy grata a Dios y a los ángeles, pero muy pesada para los

hombres envidiosos, añadiendo inmediatamente una cuarta y una quinta sobre dar limosna y seguir la parquedad, manifiesta con piadosa y justa discreción que aquellos que dispersan los bienes terrenales y los dan a los pobres, serán recibidos por ellos en las moradas eternas. Pero aquellos que desean disfrutar de ellos solos, serán sepultados en el infierno, y ni siquiera obtendrán una pequeña gota de agua, que pueda refrescar los ardientes tormentos perpetuos aunque sea por un momento. Porque, evidentemente, también el orden de predicar es muy adecuado, para que después del arrepentimiento se sugiera la limosna, es decir, la obra de misericordia. Pues aquel que pide justamente a Dios que tenga misericordia de sí mismo, es quien no tarda en mostrar misericordia a su prójimo necesitado en la medida en que puede. Pero quien aparta su oído para no escuchar al pobre, su oración será execrable. Por lo cual, también Juan el Bautista, cuando persuadía a las multitudes para que no fueran arrojadas al fuego por el mérito de su esterilidad, añadió inmediatamente a los que buscaban el consejo de su salvación, y dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo (Luc. III). Y los mismos fariseos y escribas, no menos enfermos de la peste de la avaricia que de la soberbia, negaban dar tanto el perdón a los penitentes como el dinero a los necesitados. Pero aquel que quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. II), ahora a ellos, ahora hablando a sus discípulos en su presencia, no cesa de impartir con generosidad los dones de su acostumbrada piedad. Pero vayamos al texto.

CAPÍTULO XVI.

Decía también a sus discípulos: Había un hombre rico, que tenía un administrador, y este fue acusado ante él de haber disipado sus bienes. Y lo llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? Da cuenta de tu administración, porque ya no podrás ser administrador. Pero el administrador dijo para sí: ¿Qué haré? porque mi señor me quita la administración. No puedo cavar, me da vergüenza mendigar. Sé lo que haré, para que cuando sea removido de la administración, me reciban en sus casas. En este administrador que el Señor echaba de la administración, y lo alabó porque se había previsto para el futuro, no debemos tomar todo para imitar. Pues no se debe hacer fraude al Señor nuestro en algo, para hacer limosnas de ese mismo fraude, ni es lícito entender que aquellos a quienes deseamos ser recibidos en las moradas eternas, sean deudores de Dios y de nuestro Señor, cuando se significan justos y santos en este lugar, quienes introducirán en las moradas eternas a aquellos que hayan compartido sus bienes terrenales con sus necesidades. De los cuales también dice que si alguien da a alguno de ellos un vaso de agua fría solo en nombre de discípulo, no perderá su recompensa (Mat. X). Pero también se dicen estas similitudes en sentido contrario, para que entendamos que si pudo ser alabado por el Señor aquel a quien hacía fraude, cuánto más agradarán al Señor Dios quienes hacen esas obras según su mandato. Así como también del juez de iniquidad que era interpelado por la viuda llevó una comparación al juez Dios, a quien en nada se puede comparar el juez de iniquidad. Con el nombre de administrador decimos que aquellos que tienen riquezas, no deben ser considerados ya dueños de lo suyo, sino más bien dispensadores de cosa ajena. Quienes si, según el ejemplo de este siervo, prevén diligentemente el tiempo de la finalización de la administración y de dar cuenta, fácilmente despojados de toda delectación y dilección de las cosas terrenales, se preocuparán más por adquirir amigos en el futuro que por acumular riquezas en el presente. Quien, meditando mucho consigo mismo, ¿qué haré? dice: No puedo cavar, me da vergüenza mendigar. Pues quitada la administración, no podemos cavar, porque, terminada esta vida, en la cual solo se permite obrar, ya no se puede buscar el fruto de la buena conversación con el azadón de la devota compunción. Mendigar es de confusión. De aquel pésimo género de mendigar del cual se refiere que mendigaron aquellas vírgenes necias, que, al llegar el tiempo

de las bodas, faltándoles el aceite de las virtudes, dijeron a las sabias: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan (Mat. XXV). Y de lo que Salomón dice: Por el frío el perezoso no quiso arar, mendigará, pues, en el verano, y no se le dará (Proverb. XX).

Convocando, pues, a cada uno de los deudores de su señor, decía al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? Y él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu recibo, y siéntate pronto, escribe cincuenta. Luego dijo a otro: ¿Y tú cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Y él le dijo: Toma tu recibo, y escribe ochenta. El barril es una ánfora griega, que contiene tres urnas. La medida abarca treinta modios. Pero lo que hizo escribir al deudor cincuenta de los cien barriles de aceite, y ochenta de los cien medidas de trigo, no creo que valga para otra cosa, sino para que lo que de manera similar se hace en los sacerdotes y en los levitas, cada judío lo opere en la Iglesia de Cristo, abundando su justicia sobre la de los escribas y fariseos, para que cuando aquellos daban diezmos, estos den la mitad, como hizo Zaqueo no de los frutos, sino de sus propios bienes. O ciertamente duplique los diezmos, para que dando dos diezmos, supere los gastos de los judíos. A menos que alguien piense que debe tomarse simplemente que todo aquel que alivie la indigencia de cualquier pobre de los santos, ya sea de la mitad, o ciertamente de la quinta parte; cuanto son veinte o cincuenta de cien, será recompensado con la cierta merced de su misericordia.

Y alabó el señor al mayordomo de la iniquidad, porque había actuado prudentemente. Porque los hijos de este siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. Que escuchen los sabios de este siglo, para que puedan abandonar la sabiduría necia y aprender la sabiduría de Dios, que parece necedad, cuánto ha valorado la equidad divina su sabiduría, a quienes no recuerda como verdaderamente prudentes, sino prudentes en su generación. Según lo que se dice en otro lugar: ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos! (Isaías V). Y también, al llamar hijos de la luz a los amantes de la vida eterna, no acusa a los que son sabios para hacer el mal, pero no supieron hacer el bien, de ser otra cosa que hijos de las tinieblas. Los hijos de la luz y los hijos de este siglo son llamados, como los hijos del reino y los hijos de la perdición. Porque de quien uno hace las obras, de ese es llamado hijo.

Y yo os digo: Hacedos amigos con el mamón de la iniquidad, para que cuando falléis, os reciban en las moradas eternas. Llama mamón de la iniquidad a este dinero que poseemos temporalmente, porque mamón significa riquezas. Y estas riquezas no son sino para los inicuos, que en ellas ponen su esperanza y abundancia de felicidad. Pero para los justos, cuando poseen estas cosas, es cierto dinero, pero no son riquezas para ellos, sino celestiales y espirituales. Supliendo espiritualmente su indigencia, excluyendo la pobreza de los miserables, se enriquecerán con la abundancia de la felicidad. Si aquellos que dan limosna con el mamón de la iniquidad se hacen amigos de quienes serán recibidos en las moradas eternas, ¿cuánto más aquellos que ofrecen banquetes espirituales, que dan a sus compañeros de servicio alimentos a su debido tiempo, deben ser elevados con la esperanza más segura de la suma retribución?

El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel. Y el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto. Hay quienes, ignorando las entrañas de piedad y las obras de misericordia que se deben al prójimo, sin embargo, se consideran verdaderamente fieles por el mérito de la castidad, las vigilias, la larga oración, la fe plena, los ayunos y otras virtudes que el amor de Dios suele engendrar; pero, con el mismo juez atestiguando, el que es fiel en lo poco, es decir, en compartir el dinero con el pobre, también es fiel en lo mucho, en aquel acto, por el cual desea adherirse especialmente al Creador y hacerse un solo espíritu con Él.

Pero el que disimula al dispensar correctamente los bienes temporales que posee, evacua para sí la gloria de los eternos de la que se enorgullece. Porque el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? (1 Juan IV). Y como dice el mismo: El que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano en necesidad, y cierra sus entrañas ante él, ¿cómo permanece el amor de Dios en él? (1 Juan XIII).

Si, pues, en el mamón de la iniquidad no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo que es vuestro? Ya se ha explicado arriba que el mamón de la iniquidad significa las riquezas de los malvados. De las cuales, al hacer mención, el Salvador dice en otro lugar que el engaño de las riquezas ahoga la palabra (Mateo XIII). Pero las verdaderas riquezas, o las mismas alegrías de la vida eterna, de las que está escrito: Cuáles son las riquezas de su herencia en los santos (Efesios I), o la abundancia de virtudes espirituales, por las cuales se llega a la vida, significa. De las cuales dice Isaías: Riquezas de salvación, sabiduría y conocimiento. El temor del Señor, ese es su tesoro (Isaías XXXIII).

Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? Las facultades de este siglo son ajenas a nosotros, es decir, situadas fuera de la naturaleza. Porque nada trajimos a este mundo, sin duda tampoco podemos llevarnos nada. Pero nuestra posesión es el reino de los cielos. Nuestra vida es Cristo. Nuestras riquezas son los frutos de las obras espirituales. De las cuales dice Salomón: La redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Proverbios XIII). Por tanto, acusa a los fariseos de fraude y avaricia, quienes, al no haber sido fieles en sus facultades, prefiriendo tener los bienes comunes del Creador en privado, no merecieron recibir a Cristo, a quien aquel publicano, de quien hace poco hice mención, Zaqueo, para poder adquirirlo, ofreció la mitad de sus bienes.

Ningún siervo puede servir a dos señores. Porque no puede amar al mismo tiempo lo transitorio y lo eterno. Si amamos la eternidad, poseemos todas las cosas temporales en uso, no en afecto.

Porque o aborrecerá a uno y amará al otro; o se adherirá a uno y despreciará al otro. Estas palabras deben ser consideradas cuidadosamente. Pues quiénes son los dos señores, lo expone consecuentemente diciendo:

No podéis servir a Dios y al mamón. Que lo escuche el avaro, que lo escuche quien es llamado con el nombre de cristiano, que no se puede servir al mismo tiempo al mamón, es decir, a las riquezas, y a Cristo. Y sin embargo, no dijo: Quien tiene riquezas, sino quien sirve a las riquezas. Porque el que es siervo de las riquezas, las guarda como siervo. Pero el que ha sacudido el yugo de la servidumbre, las distribuye como Señor. Pero el que sirve al mamón, ciertamente sirve a aquel que, por el mérito de su perversidad, está puesto sobre estas cosas terrenales, llamado por el Señor príncipe de este siglo. Por tanto, o aborrecerá a uno y amará al otro, como debe ser. Aborrecerá, a saber, al diablo, amará a Dios. O se adherirá a uno y despreciará al otro. Se adherirá, a saber, al diablo, cuando sigue como si fueran sus recompensas temporales. Pero despreciará a Dios, no dijo aborrecerá, sino que como suelen posponer sus amenazas a sus deseos, quienes se halagan a sí mismos con la bondad de Dios para su impunidad. A quienes se les dice por Salomón: Hijo, no añadas pecado sobre pecado, y digas, La misericordia de Dios es grande (Eclesiástico V).

Pero los fariseos, que eran avaros, escuchaban todas estas cosas y se burlaban de él. El Señor amonestaba a los escribas y fariseos, que no debían ser altivos, no debían presumir de su justicia, sino recibir también a los pecadores y publicanos arrepentidos, y redimir con limosnas los pecados que pudieran haber cometido; pero ellos se burlaban del maestro de la

misericordia, la humildad y la frugalidad, principalmente por dos razones. Porque o bien mandaba cosas menos útiles, que nunca debían hacerse como si fueran nocivas, o ciertamente útiles, pero ya hechas por ellos, las imponía superfluamente.

Y les dijo: Vosotros sois los que os justificáis ante los hombres. Pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es elevado para los hombres, es abominación ante Dios. Se justifican ante los hombres, quienes desprecian a los pecadores como si fueran débiles y desesperados, pero a sí mismos como si fueran perfectos en todo y no creen necesitar el remedio de las limosnas para toda fragilidad. Pero esta altura de tumor nocivo, cuán justamente debe ser condenada, la ve aquel que iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los consejos de los corazones.

La ley y los profetas hasta Juan, desde entonces se evangeliza el reino de Dios, y todos hacen violencia para entrar en él. Los fariseos se burlaban del Salvador que discutía contra la avaricia, como si mandara cosas contrarias a la ley y a los profetas, donde se leía que muchos eran muy ricos y, sin embargo, agradaban a Dios; pero también Moisés predijo que el pueblo que gobernaba, si seguía la ley, abundaría en todos los bienes que la tierra produce, pero si la descuidaba, sería castigado con peste, hambre, pobreza y todos los males. A lo cual él, respondiendo, mostró que entre la ley y el Evangelio, así como en las promesas, también debe haber una gran diferencia en los preceptos, y que se mandan cosas mayores por el reino de los cielos, y menores por el reino de la tierra, por el mismo único Dios que hizo el cielo y la tierra. Allí se dijo: Si queréis y me escucháis, comeréis los bienes de la tierra (Isaías I). Aquí, en cambio: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V). Por eso, correctamente, cuando decía que se evangeliza el reino de Dios, añadió: Y todos hacen violencia para entrar en él. Porque es una gran fuerza y una gran violencia que nosotros, nacidos de la tierra, busquemos la sede de los cielos, queramos poseer por virtud lo que no pudimos tener por naturaleza, y no solo despreciar las cosas terrenales, sino también las lenguas de los que nos desprecian por despreciar tales cosas. Esto añadió, cuando, hablando de despreciar las riquezas, fue burlado por los fariseos.

Pero es más fácil que pasen el cielo y la tierra, que caiga un ápice de la ley. Para que no pensarán que en lo que dijo: La ley y los profetas hasta Juan, se predicaba la destrucción de la ley o de los profetas, manifiestamente protesta, que es más fácil que pasen los grandes elementos del mundo que las mínimas palabras de la ley. Y en verdad: pasa la figura de este mundo (1 Corintios VII). Y en otro lugar: Pero esperamos cielos nuevos y tierra nueva, y las promesas de él, en las cuales habita la justicia (2 Pedro III). Pero de lejos, ni siquiera la cima de una letra, es decir, ni las cosas más pequeñas y que parecen leves o supersticiosas, están vacías de los sacramentos espirituales, sino que todo se recapitula en el Evangelio. Y sin embargo, la ley y los profetas hasta Juan, porque no pudo profetizarse más allá lo que ya claramente se anunciaba que había venido con la proclamación de Juan.

Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio, y el que se casa con la repudiada por su marido, comete adulterio. Lo que había predicho de la ley que no debe ser violada para siempre, lo confirma con un solo testimonio tomado de ella como ejemplo, para que de este uno aprendieran que él no había venido a disolver, sino a cumplir los decretos de la ley. Quien desee ver una exposición más completa de este testimonio, que no busque en nuestros escritos, sino en los monumentos de los mayores. Porque los beatísimos padres, Agustín en el primer libro sobre el Sermón del Señor en el monte. Jerónimo y Ambrosio en los comentarios de los evangelistas, Mateo y Lucas, y muchos otros en sus respectivos escritos han dicho sobre ello más que suficiente.

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día. La púrpura es el color del hábito real, teñida de conchas marinas, casi nadie lo duda. Pues las conchas, cortadas con hierro, emiten lágrimas de color púrpura, con las que se tiñe la lana. El lino fino, por su parte, es un tipo de lino muy blanco y suave, que los griegos llaman *πάπαιτιν*. El Señor había propuesto antes hacer amigos con el mamón de la iniquidad, para que cuando fallezcamos, nos reciban en las moradas eternas: lo cual, al oírlo, los fariseos se burlaban. Pero él, confirmando lo que había propuesto con ejemplos, mostró que por eso el rico vestido de púrpura, irremediablemente torturado en el infierno, porque había negado hacerse amigo del pobre Lázaro, quien podría recibirlo en las moradas de la vida. Algunos piensan que los preceptos del Antiguo Testamento son más estrictos que los del Nuevo, pero estos sin duda se equivocan por una consideración imprudente. Porque en aquel no se castiga la tenacidad, sino el robo, allí la cosa injustamente sustraída se castiga con la restitución cuádruple, pero aquí este rico no es reprendido por haber quitado lo ajeno, sino por no haber dado lo propio; ni se dice que haya oprimido a alguien, sino que se exaltó en las cosas recibidas. De aquí, pues, de aquí se debe deducir con suma atención con qué pena debe ser castigado quien roba lo ajeno, si es golpeado con la condenación del infierno quien no distribuye lo propio. Y hay algunos que no consideran que el uso de vestiduras sutiles y preciosas sea pecado; lo cual, si no fuera culpa, de ninguna manera la palabra de Dios expresaría tan vigilante que el rico que es atormentado en el infierno, estaba vestido de lino fino y púrpura. Nadie busca vestiduras destacadas, sino por vana gloria, para parecer más honorable que los demás. Esta culpa podemos deducirla mejor también por el contrario, porque si el rechazo de una vestimenta vil no fuera virtud, el evangelista no diría vigilante de Juan: Estaba vestido de pelos de camello (Mateo III). Pero debemos notar con gran atención, en la boca de la Verdad sobre el rico soberbio y el pobre humilde, cuán grande es el orden de la narración. He aquí que se dice: Había un hombre rico. Y enseguida se añade:

Y había un mendigo llamado Lázaro. Ciertamente, en el pueblo, más se suelen conocer los nombres de los ricos que de los pobres. ¿Qué es, pues, que el Señor, al hablar del pobre y del rico, dice el nombre del pobre, y no dice el nombre del rico, sino que Dios conoce y aprueba a los humildes, y desconoce a los soberbios? Por eso, a algunos que se enorgullecen de la virtud de los milagros, al final les dirá: No os conozco de dónde sois; apartaos de mí, todos los obradores de iniquidad (Lucas XIII). Pero a Moisés se le dice: Te conozco por tu nombre (Éxodo XXXIII). Dice, pues, del rico: Un hombre. Dice del pobre: Un mendigo llamado Lázaro. Como si dijera abiertamente: Conozco al pobre humilde, no conozco al rico soberbio. A este lo tengo conocido por aprobación, a aquel lo ignoro por juicio de reprobación.

Que yacía a su puerta lleno de llagas, deseando saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; pero también los perros venían y lamían sus llagas. El mendigo Lázaro, lleno de llagas, yace ante la puerta del rico. Por lo cual, el Señor cumplió dos juicios en uno. Pues el rico podría haber tenido alguna excusa si Lázaro, pobre y ulceroso, no hubiera yacido ante su puerta, si hubiera estado lejos, si su pobreza no hubiera sido importuna a sus ojos. Nuevamente, si el rico hubiera estado lejos de los ojos del pobre ulceroso, el pobre habría soportado menos tentación en su ánimo. Pero al poner al pobre necesitado y ulcerado ante la puerta del rico y abundante en delicias, en una misma cosa, el impío rico aumentó para sí la condenación, y nuevamente el pobre tentado creció para la remuneración. A quien ciertamente podría haberle bastado la pobreza como castigo, incluso si hubiera estado sano. Nuevamente, le habría bastado la enfermedad, incluso si hubiera tenido ayuda. Pero para que el pobre fuera probado más, al mismo tiempo lo consumió la pobreza y la enfermedad, y además veía al rico salir, sostenido por séquitos obsequiosos, y a él mismo en la enfermedad y la pobreza no ser visitado por nadie. Pues que nadie lo visitaba, lo atestiguan los perros, que

libremente lamían sus llagas. Por tanto, de una sola cosa, el Dios omnipotente exhibió dos juicios, al permitir que Lázaro el pobre yaciera ante la puerta del rico, para que el impío rico aumentara para sí la retribución de la condenación, y el pobre tentado creciera para la remuneración.

Y sucedió que murió el mendigo y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. El seno de Abraham es el descanso de los pobres bienaventurados, de quienes es el reino de los cielos, donde son recibidos después de esta vida. La sepultura del infierno, la profundidad de las penas, que devora a los soberbios e inmisericordes después de esta vida.

Y alzando sus ojos, estando en tormentos, veía a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno, y él clamando dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama. ¡Oh cuán grande es la sutileza de los juicios de Dios, oh cuán estrictamente se lleva a cabo la retribución de los actos buenos y malos! Ciertamente se dijo antes que en esta vida Lázaro buscaba las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie le daba; ahora se dice del castigo del rico, que desea que se destile agua de la punta del dedo de Lázaro en su boca. Por tanto, el que no quiso dar ni lo más mínimo de su mesa, en el infierno, llegó a buscar hasta lo más mínimo. Pero debemos notar con gran temor lo que sigue.

Y Abraham le dijo: Hijo, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males. Ahora, pues, él es consolado aquí, y tú atormentado. He aquí que al decir: Recibiste bienes en tu vida, se indica que este rico también tuvo algo bueno, por lo cual recibió bienes en esta vida. Y nuevamente, al decir de Lázaro que recibió males, ciertamente se muestra que también Lázaro tuvo algún mal que debía ser purgado. Pero los males de Lázaro los purgó el fuego de la pobreza, y los bienes del rico los recompensó la felicidad de la vida pasajera.

Y además de todo esto, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo establecido, para que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan, ni de allá pasar acá. En esta cuestión, es muy necesario preguntarse cómo se dice: Los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden. Porque no hay duda de que los que están en el infierno desean pasar a la suerte de los bienaventurados. Pero, ¿cómo se dice que los que ya han sido recibidos en la suerte de la bienaventuranza desean pasar a los que están en el infierno? Pero así como los reprobos desean pasar a los elegidos, es decir, migrar de la aflicción de sus tormentos, así es de los justos pasar a los afligidos y puestos en tormentos, ir con la mente por misericordia, y desear liberarlos. Pero los que desean pasar de la sede de los bienaventurados a los afligidos y puestos en tormentos, no pueden, porque las almas de los justos, aunque tienen misericordia en la bondad de su naturaleza, ya entonces unidas a la justicia de su autor, están tan constreñidas por la rectitud, que no se conmueven con ninguna compasión hacia los reprobos. Pero después de que se le quita la esperanza al rico ardiente sobre sí mismo, su ánimo recurre a los parientes que dejó, porque la mente de los reprobos a veces es instruida inútilmente por su propio castigo para la caridad, de modo que ya entonces también aman espiritualmente a los suyos, quienes aquí, mientras amaban los pecados, ni siquiera se amaban a sí mismos. De donde ahora sigue:

Y dijo: Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre; porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, no sea que ellos también vengán a este lugar de tormentos. En esto se debe notar cuán grande es el castigo acumulado para el rico ardiente. Pues para su pena, se le conserva tanto el conocimiento como la memoria. Reconoce a Lázaro, a quien

despreció, y también recuerda a sus hermanos, a quienes dejó. Porque la retribución perfecta del pobre no sería tal si no lo reconociera en la retribución. Y el castigo perfecto en el fuego no sería tal si no temiera que lo que él sufre también lo sufran los suyos. Para que los pecadores sean más castigados en el suplicio, ven la gloria de aquellos a quienes despreciaron, y también se atormentan por la pena de aquellos a quienes amaron inútilmente. Se debe creer que antes de la retribución del juicio final, los injustos en el descanso ven a algunos justos, para que al verlos en gozo, no solo se atormenten por su propio suplicio, sino también por el bien de ellos. Los justos, en cambio, siempre ven a los injustos en tormentos, para que su gozo crezca al ver el mal que misericordiosamente evitaron, y agradezcan más a su libertador al ver claramente en otros lo que ellos pudieron haber sufrido si hubieran sido descuidados. Porque quienes ven la claridad de su Creador, no hay nada en la creación que no puedan ver.

Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen. Pero el que había despreciado las palabras de Dios, pensaba que sus seguidores no podrían escuchar esto. Por lo cual el rico respondió:

No, padre Abraham, pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán. A lo cual se le dice con sentencia veraz:

Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán si alguno resucita de entre los muertos. Porque, sin duda, quienes desprecian las palabras de la ley, los preceptos del Redentor que resucitó de entre los muertos, cuanto más sutiles son, tanto más difícilmente los cumplirán. Y ciertamente está claro que quien se niega a cumplir sus palabras, sin duda se niega a creerle. ¿A quién, según la alegoría, representa este rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteara espléndidamente cada día, sino al pueblo judío, que tenía el culto de la vida exteriormente, que usó las delicias de la ley recibida para el brillo, no para la utilidad? ¿Y a quién representa Lázaro lleno de llagas, sino al pueblo gentil figurativamente? quien, al convertirse a Dios, no se avergonzó de confesar sus pecados, y esta fue su llaga en la piel. En la llaga de la piel, el veneno se extrae de las entrañas y estalla hacia afuera. ¿Qué es, pues, la confesión de los pecados, sino una especie de ruptura de llagas? porque el veneno del pecado se abre saludablemente en la confesión, lo que pestíferamente estaba oculto en la mente. Pero Lázaro, herido, deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie le daba, porque el pueblo orgulloso despreciaba admitir a cualquier gentil al conocimiento de la ley, que, al no tener la doctrina de la ley para la caridad, sino para la elevación, temía como de las riquezas recibidas, y porque las palabras fluían de su conocimiento, como migajas caían de la mesa. En cambio, los perros lamían las llagas del pobre que yacía. A veces, en el sagrado elocuente, los predicadores son entendidos por perros. La lengua del perro, al lamer la llaga, la cura, porque los doctores santos, al instruirnos en la confesión de nuestro pecado, tocan la llaga de la mente con la lengua. Y porque al hablar nos liberan de los pecados, al tocar las llagas nos conducen a la salud. Por lo cual, bien se interpreta que Lázaro es ayudado, porque ellos lo ayudan a la liberación, quienes curan sus llagas mediante la corrección de la lengua. Sucedió que ambos murieron: el rico, que se vestía de púrpura y lino fino, fue sepultado en el infierno, y Lázaro fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. ¿Qué significa el seno de Abraham, sino el descanso secreto del Padre? de lo cual la Verdad dice: Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores (Mateo VIII). Porque el que se dice vestido de púrpura, con razón se llama hijo del reino. El que desde lejos levanta los ojos para ver a Lázaro, porque mientras los infieles están en lo más bajo por los suplicios de su condenación, los fieles, antes del día del juicio final, los ven sobre ellos en el descanso, a quienes después no pueden contemplar en el gozo. Lo que ven está lejos, porque no alcanzan

allí por mérito. Se muestra que arde más en la lengua, cuando dice: Envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama. El pueblo infiel tenía las palabras de la ley en la boca, que despreciaba guardar con obras. Allí, pues, arderá más, donde se muestra saber lo que no quiso hacer. Desea ser tocado por la punta del dedo, porque, entregado a los suplicios eternos, desea participar al menos de la última obra de los justos. Se le responde que en esta vida recibió bienes, porque consideró toda su alegría como felicidad transitoria. Aquí también los justos pueden tener bienes, pero no los reciben como recompensa, porque mientras apetece los mejores, es decir, los eternos, cualquier bien que les llegue, con santos deseos, no les parece bien. Entre estas cosas, se debe notar que se le dice: Recuerda, hijo. He aquí que Abraham llama hijo a quien, sin embargo, no libera del tormento, porque los padres fieles de este pueblo infiel, al considerar que muchos se desviaron de su fe, no los liberan de los tormentos con ninguna compasión, aunque los reconozcan como hijos por la carne. En los tormentos, el rico dice tener cinco hermanos, porque el mismo pueblo judío orgulloso, que en gran parte ya está condenado, conoce a sus seguidores que dejó en la tierra, dedicados a los cinco sentidos del cuerpo. Por lo tanto, expresa a los hermanos que dejó en el número cinco, porque, estando en el infierno, se lamenta de que no asciendan a la inteligencia espiritual. Pide que se envíe a Lázaro a ellos, a quien se le dice que tienen a Moisés y a los profetas. Pero dice que no creen, a menos que alguien resucite de entre los muertos. A lo cual se le responde de inmediato: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán si alguien resucita de entre los muertos. Ciertamente, la verdad dice de Moisés: Si creyeráis a Moisés, creeríais también en mí. Porque de mí escribió él (Juan V). Se cumple, pues, lo que se dice por la respuesta de Abraham. Porque el Señor resucitó de entre los muertos, pero el pueblo judío, porque no quiso creer a Moisés, también despreció creer en quien resucitó de entre los muertos; y al negarse a entender espiritualmente las palabras de Moisés, no llegó a aquel de quien Moisés había hablado.

CAPÍTULO XVII.

Y dijo a sus discípulos: Es imposible que no vengan escándalos. Pero ¡ay de aquel por quien vienen! También dice el Apóstol: Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros. Es imposible, pues, en este mundo lleno de errores y miserias, que no vengan escándalos muy a menudo; pero ¡ay de aquel que, por su culpa, hace que lo que es imposible que no venga, venga por él! Aunque en esta sentencia general se pueda entender a algún falso hermano, o al mismo Judas que preparaba su ánimo para la traición; sin embargo, según la consecuencia del discurso, este lugar mira hacia lo anterior, donde el Señor, al hablar de dar limosna, es ridiculizado por los fariseos. Porque quien vitupera al que habla rectamente, ciertamente ofrece escándalo, es decir, tropiezo y ruina a los oyentes débiles, especialmente si también parece tener conocimiento de la ley como los fariseos. A quien el Apóstol increpa diciendo: Y perecerá el hermano débil en tu conocimiento, por quien Cristo murió (1 Cor. VIII).

Le sería mejor si se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños. Habla según la costumbre de la provincia, donde esta era la pena para los crímenes mayores entre los antiguos judíos, que fueran sumergidos en el mar con una piedra atada. Y en verdad, es mejor que un inocente termine su vida corporal con una pena por más atroz que sea, pero temporal, que merecer la muerte eterna del alma por dañar a un hermano. Con razón, quien puede escandalizarse es llamado pequeño. Porque quien es grande, cualquiera que sea lo que vea o sufra, no se aparta de la fe. Pero quien es pequeño de ánimo y débil, busca ocasiones para escandalizarse. Por eso, debemos cuidar especialmente a aquellos que son pequeños en la fe, para que no se ofendan por nuestra

causa, y se aparten de la fe, y caigan de la salvación. Es digno de notar que en nuestra buena obra a veces debemos evitar el escándalo del prójimo, y a veces debemos despreciarlo por completo. En cuanto podamos sin pecado, debemos evitar el escándalo del prójimo. Pero si el escándalo surge de la verdad, es mejor permitir que nazca el escándalo que abandonar la verdad.

Cuidaos a vosotros mismos; si tu hermano peca, repréndelo, y si se arrepiente, perdónale. Algo similar leemos en el Levítico: No odies a tu hermano en tu corazón, sino repréndelo públicamente, para que no tengas pecado por él (Lev. XIX). Por lo tanto, insinúa cómo podemos evitar los escándalos y el eterno ¡ay! Si, a saber, nos cuidamos a nosotros mismos para no dañar a nadie. Si corregimos al pecador con celo de justicia. Si abrimos las entrañas de la misericordia y la piedad al que se arrepiente de corazón. Donde se debe observar cuidadosamente que no se nos manda perdonar indiscriminadamente al pecador, sino al que se arrepiente, y primero reprender misericordiosamente al pecador, para que luego podamos perdonarle justamente. Quien, pues, viendo pecar a su hermano, calla, no es menos transgresor del precepto del Señor que quien se niega a perdonar al penitente. Porque quien dijo: si se arrepiente, perdona: precedió, si peca, repréndelo. Por lo tanto, el perdón al hermano debe ser otorgado después de la reprensión, pero ciertamente a aquel que se convierte de su error con arrepentimiento, para que ni el perdón sea difícil, ni la indulgencia sea remisa.

Y si siete veces al día peca contra ti, y siete veces al día se vuelve a ti, diciendo: Me arrepiento, perdónale. En el número siete no se pone un límite al perdón, sino que se manda perdonar todos los pecados, o siempre al que se arrepiente. Pues a menudo se indica la totalidad de cualquier cosa o tiempo por el número siete. Por lo cual, lo que se canta en el salmo: Siete veces al día te alabo (Sal. CXVIII), no es otra cosa que su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII). Pues en otro lugar, a Pedro que pregunta cuántas veces debe perdonar al hermano que peca contra él, si hasta siete veces, el Señor responde: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mateo XVIII), es decir, cuatrocientas noventa veces. Para que perdonara al hermano que peca tantas veces al día como él no pudiera pecar. Por lo tanto, al hermano que peca contra ti, si se arrepiente, tienes el poder, más bien la necesidad, de perdonarle, para que también a ti, que te arrepientes y pides perdón, el Padre que está en los cielos te perdone. Pero si, reprendido, se niega a convertirse y a hacer penitencia, observa lo que la sentencia de la verdad decreta sobre esto. Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo, y demás, hasta que dice: Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano. Y con razón, porque bajo el nombre de fiel, hizo obras de infieles. De otra manera, se nos manda dar el perdón al hermano que lo pide, de otra manera al enemigo que persigue. A este, para que, al recibir el perdón del pecado con el que nos dañó siendo inocentes, nos comunique con caridad fraterna; a aquel, para que, aunque nos quiera mal y, si puede, lo haga, siempre queramos el bien y hagamos lo que podamos; pues David no pudo otorgar el mismo modo de perdón a sus perseguidores privados del remedio del arrepentimiento, aunque los llorara misericordiosamente, que el que José, benevolente, mostró a sus hermanos castigados con saludable compunción.

Y dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe. El Señor había dicho antes: El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel. Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo que es vuestro? Y por eso los apóstoles, que ya fueron fieles en lo ajeno y en lo poco, es decir, en el desprecio de las cosas terrenales, piden que se les aumente la fe en lo suyo y en lo mucho. Pues nadie se hace perfecto de repente, sino que en la buena conversación cada uno comienza por lo mínimo, para llegar a lo grande. Porque son diferentes los comienzos de la

virtud, la perspectiva y la perfección. Buscando esto con gran empeño, dicen al Señor: Auméntanos la fe.

Y el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este árbol de morera: Desarráigate y plántate en el mar, y os obedecería. Compara la fe perfecta con un grano de mostaza, que es humilde a la vista y ardiente en el pecho, vil para los que la miran superficialmente, y sin aparentes fuerzas, pero, triturada por las presiones, muestra lo que lleva de perfección en su interior. Pero también se debe notar que el grano de mostaza es muy útil para purgar la cabeza. Pues si se tritura y se tamiza bien, y se mezcla con miel tibia y grasa, y se hace gárgaras en ayunas contra el sol caliente o en el baño, purga todo humor nocivo, incluso si es más espeso, de la cabeza, y también hace que se eviten los peligros de las enfermedades inminentes. Así, ciertamente, la fe probada por el mortero de las tentaciones, castigada por el tamiz de la discreción de toda superficie de pensamientos leves, y endulzada con la miel de la perfecta caridad, no solo extrae de corazón, que es la cabeza de nuestro hombre interior, todas las sentinas de los vicios, sino que también previene que puedan acumularse en el futuro. El árbol de morera que debe ser desarraigado y plantado en el mar, puesto de manera simple, puede entenderse como que es indicio de la fe consumada el mandar con la palabra a los elementos, para que lo que se dijo de uno en particular, se crea de todos en general. Pues en otro lugar el Señor, al secar con la palabra la higuera, dice a los discípulos que se maravillan: Si tenéis fe y no dudáis, no solo haréis lo de la higuera, sino que si decís a este monte: quítate y échate en el mar, se hará (Mateo XXI). O ciertamente, por la morera, cuyo fruto y ramas son de color sanguíneo, de donde también es llamada rubus por los latinos, se expresa el Evangelio de la cruz, que por la fe de los apóstoles, desarraigada de la gente de los judíos, en la que estaba como en la raíz del linaje, fue trasladada y plantada en el mar de las naciones. A esta sentencia también se adhiere la parábola que trata de los ministros de la palabra. Ayuda también el hecho de que las hojas de la morera, al ser puestas sobre la serpiente, le causan la muerte, porque la palabra de la cruz, así como confiere todos los bienes saludables, quita todos los males.

¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta? Esta parábola enseña que la fe, cuanto más excelente es en virtudes exteriores, tanto más humilde debe ser en la misma conciencia interior. Pues el siervo que ara o apacienta se entiende como cualquier doctor de la Iglesia. De quien el Señor dice: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios. Y a otro que testifica su amor, le responde por tercera vez: Apacienta mis ovejas.

¿Quién le dirá al regresar del campo: Pasa, siéntate a la mesa, y no le dirá: Prepara lo que he de cenar? El siervo regresa del campo cuando, dejando temporalmente la obra de predicar, el doctor vuelve a su conciencia, y, regresando de la locución pública a la corte del corazón, repasa en secreto sus propios actos o palabras. A quien el Señor no le dice de inmediato: Pasa, siéntate a la mesa, es decir, pasa de esta vida mortal y refréscate en la bienaventurada sede de la vida eterna. Esto lo dirá después, mientras tanto, después del pasto y la agricultura, le ordena en su casa preparar lo que ha de cenar, es decir, exhibir el trabajo de la locución abierta y la humildad de la consideración propia. Tal templo de conciencia el Señor se digna a entrar, tal cena desea ser alimentado con sumo gusto. He aquí que yo, dice, estoy a la puerta y llamo, si alguno se levanta y me abre, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Apoc. III).

Y cíñete y sírveme, hasta que coma y beba. Ceñirse es restringir la mente humillada de todos los confines de pensamientos fluctuantes, con los que suelen ser impedidos los pasos de las obras. Pues quien se ciñe las vestiduras, hace esto para no enredarse al caminar y caer. Servir a Dios es profesar ser el menor en todo y no tener fuerzas sin la ayuda de su gracia. Pues el

ministro toma su nombre de un estado menor, es decir, de la sujeción, así como el maestro del mayor. Sirve, pues, al Creador quien, considerando su naturaleza, temiendo sus juicios, se humilla por sus virtudes.

Y después de esto comerás y beberás. Después que, dice, yo haya sido deleitado con la obra de tu predicación, y alimentado con los manjares de tu compunción, entonces tú pasarás y te sentarás, y serás alimentado eternamente con los manjares de mi sabiduría.

¿Acaso tiene gratitud al siervo porque hizo lo que le fue mandado? No lo creo. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido mandado, decid: Somos siervos inútiles. Si el hombre, dice, exige de su siervo no un servicio uniforme, sino múltiple, y no le tiene gratitud, ¿cuánto más vosotros, que sin mí no podéis hacer nada? no debéis medir los méritos de los trabajos por la longitud de los tiempos, sino aumentar siempre los anteriores con nuevos estudios por amor y servicio espontáneo. Por lo tanto, decid: Somos siervos inútiles. Siervos, porque habéis sido comprados por precio. Inútiles, porque el Señor no necesita de vuestros bienes. Si es inútil quien hizo todo, ¿qué se dirá de aquel que no pudo cumplir lo que se le mandó, ya sea por debilidad o, lo que es peor, por desprecio soberbio? De otra manera: Somos siervos inútiles, porque las pasiones de este tiempo no son dignas de ser comparadas con la gloria venidera que se revelará en nosotros (Rom. VIII). Y en otro lugar: Quien me corona con misericordia y compasión (Sal. CII). No dice en tus méritos y obras, porque de quien somos prevenidos con misericordia para servir humildemente a Dios, por su don somos coronados para reinar sublimemente con él.

Lo que debíamos hacer, lo hicimos. En verdad debíamos, porque quien no vino para ser servido, sino para servir (Mateo XX), nos hizo deudores de sí mismo, para que no confiáramos en nuestras obras, sino que siempre temiéramos su juicio, diciendo con el profeta: ¿Qué le daremos al Señor por todos los beneficios que nos ha dado? (Salmo CXV). Para mostrar que tenía una fe semejante al grano de mostaza, humilde y ferviente, dijo: Creí, por eso hablé, yo, que estaba muy afligido (Ibid.). Para demostrar que no confiaba en sus propias fuerzas, añadió en éxtasis: Todo hombre es mentiroso (Ibid.), para significar que se consideraba un siervo inútil incluso al recibir el cáliz de la preciosa muerte, exclamó: Oh Señor, yo soy tu siervo, yo soy tu siervo, hijo de tu sierva, rompiste mis cadenas (Ibid.). No dijo: Yo rompí, yo me basto para salvarme, sino: Tú rompiste mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza (Ibid.). Esta es, por tanto, la única perfección de la fe en los hombres, si, habiendo cumplido todo lo que se les ha mandado, saben que son imperfectos, y mientras peregrinan lejos del Señor, siempre recuerdan que hay males en ellos que deben lamentar, y bienes que, con la ayuda de su gracia, deben alcanzar.

Y sucedió, etc., que le salieron al encuentro diez hombres leprosos. Los leprosos pueden entenderse, no sin razón, como aquellos que, al no tener el conocimiento de la verdadera fe, profesan diversas doctrinas de error. No ocultan su ignorancia, sino que la presentan como la máxima sabiduría, y muestran jactancia en su discurso. No hay doctrina falsa que no mezcle algo de verdad. Por lo tanto, las verdades desordenadamente mezcladas con falsedades, en una sola discusión o narración de un hombre, como en el color de un solo cuerpo, significan la lepra que varía y mancha los cuerpos humanos con los lugares de los colores verdaderos y falsos. Estos deben ser evitados por la Iglesia, de modo que, si es posible, alejados, clamen a Cristo con gran voz. Por eso se añade apropiadamente:

Se quedaron a lo lejos y levantaron la voz, diciendo: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Y bien, para ser salvados, llaman a Jesús Maestro. Porque al reconocer que han errado en sus

palabras, humildemente lo llaman Maestro para ser salvados, y cuando regresan al conocimiento del Maestro, pronto recurren a la forma de salvación. Pues sigue:

Cuando los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y sucedió que mientras iban, fueron limpiados. El Señor no se encuentra enviando a ninguno de aquellos a quienes otorgó estos beneficios corporales a los sacerdotes, excepto a los leprosos, porque el sacerdocio de los judíos era figura del futuro sacerdocio real, que está en la Iglesia, por el cual son consagrados todos los que pertenecen al cuerpo de Cristo, el sumo y verdadero príncipe de los sacerdotes. Y cualquiera que, por depravación herética, superstición gentil, perfidia judía, o incluso cisma fraterno, haya carecido, por la gracia del Señor, de un color variado, es necesario que venga a la Iglesia y muestre el verdadero color de la fe que ha recibido. Los demás vicios, como enfermedades y miembros del alma y los sentidos, el Señor los sana y corrige interiormente en la conciencia y el entendimiento. Finalmente, Pablo, al escuchar la voz del Señor: ¿Por qué me persigues? y, Yo soy Jesús a quien tú persigues (Hechos IX), fue enviado a Ananías, para que, por el sacerdocio establecido en la Iglesia, recibiera el sacramento de la doctrina de la fe, y se aprobara el verdadero color de ella. No porque el Señor no pueda hacer todo por sí mismo (pues, ¿quién más hace estas cosas incluso en la Iglesia?), sino para que la misma sociedad de fieles congregados, aprobando y comunicando la doctrina de la verdadera fe entre sí, en todo lo que se dice con palabras o se señala con sacramentos, como una sola especie de color verdadero, se extienda. También Cornelio, aunque sus limosnas fueron aceptadas y sus oraciones escuchadas, fue ordenado a enviar por Pedro, por la unidad de la doctrina y los sacramentos, como si se le dijera a él y a los suyos: Id, mostraos a los sacerdotes; pues mientras iban, fueron limpiados. Ya había llegado Pedro a ellos, pero aún no habían llegado espiritualmente a los sacerdotes, al no haber recibido el sacramento del bautismo, y sin embargo, su limpieza fue declarada por la infusión del Espíritu Santo y la admiración de las lenguas.

Pero uno de ellos, etc. Este uno, que regresó glorificando a Dios, significa la devota humildad de la única Iglesia hacia Cristo. Quien bien, cayendo ante los pies del Señor, dio gracias. Porque verdaderamente da gracias a Dios quien, reprimiendo los pensamientos de su presunción, ve humildemente cuán débil es en sí mismo, quien no se atribuye ninguna virtud, quien reconoce que los bienes que hace son por la misericordia del Creador. Por eso se añade correctamente:

Y este era samaritano. Samaritano se interpreta como guardián. Con este nombre se significa muy apropiadamente al pueblo que, dando gracias a quien recibió, atribuye todo lo que recibió, de alguna manera cantando aquello del salmo: Mi fortaleza la guardaré para ti, porque tú, Dios, eres mi protector; mi Dios, su misericordia me precederá (Salmo LVIII). Cae en su rostro, porque se avergüenza de los males que recuerda haber cometido. Porque el hombre cae donde se confunde. Por eso Pablo, como hablando a algunos que yacen en el rostro, decía: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Rom. VI). Pero al contrario, del que monta el caballo, es decir, del que se eleva en la gloria de este mundo, se dice: Caerá su jinete hacia atrás (Gén. XLIX). Y nuevamente, de los perseguidores del Señor está escrito: Se fueron hacia atrás y cayeron en tierra (Juan XVIII). ¿Qué significa esto, que los elegidos caen en el rostro y los reprobos hacia atrás, sino que todo el que cae hacia atrás, cae donde sin duda no ve; pero el que cae hacia adelante, cae donde ve? Los inicuos, porque caen en lo invisible, se dice que caen hacia atrás, porque caen donde no pueden ver lo que les sigue. Los justos, porque se derriban a sí mismos en estas cosas visibles para ser levantados en las invisibles, caen como en el rostro, porque, compungidos por el temor, se humillan viendo.

Respondiendo Jesús, dijo: ¿No fueron diez los que quedaron limpios? ¿Y los nueve dónde están? Si se añade uno a nueve, se completa una cierta figura de unidad. Lo que hace una tal plenitud, que el número no progresa más allá, a menos que vuelva a uno, para que esta regla se mantenga a través de la infinitud del número. Nueve, por tanto, necesitan uno, para que se unan en una forma de unidad, y sean diez. Pero uno no necesita de ellos para guardar la unidad. Por lo tanto, así como aquel uno que dio gracias fue aprobado y alabado por la significación de la única Iglesia, así aquellos nueve que no dieron gracias, hechos reprobos, fueron excluidos de la comunión de la unidad. Por eso tales permanecerán en el número nueve como imperfectos. Y con razón el Salvador los busca como desconocidos, preguntando dónde están. Porque conocer de Dios es elegir; no conocer, es reprobos.

No se halló quien volviera y diera gloria a Dios, sino este extranjero. Según el cuerpo, es fácil ver que un hombre no tiene lepra, y sin embargo, su ánimo no es bueno; según el significado de este milagro, perturba al que considera cómo puede ser llamado limpio el ingrato. Pero ya es fácil ver también aquello, que es posible que alguien en la sociedad de la Iglesia alcance la doctrina íntegra y verdadera, y discerna todo según la regla católica, distinga al Creador de la criatura, y así se manifieste que careció de la variedad de mentiras como de lepra, y sin embargo, sea ingrato a Dios y a su Señor limpiador, porque, elevado por la soberbia, no se postra con la piadosa humildad de dar gracias, y se hace semejante a aquellos de quienes dice el Apóstol: Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. Porque al decir que conocieron a Dios, muestra que fueron limpiados de la lepra, pero inmediatamente los acusa de ingratos.

Y le dijo: Levántate, vete, tu fe te ha salvado. Quien devotamente cayó ante el Señor, se le ordena levantarse e ir, porque quien, reconociendo sutilmente su debilidad, humildemente yace, por la consolación de la palabra divina se le ordena levantarse para obras fuertes, y con méritos crecientes cada día, avanzar ampliamente hacia cosas más perfectas. Si la fe salvó a aquel que se inclinó para dar gracias a su Salvador y limpiador, entonces la infidelidad perdió a aquellos que se negaron a dar gloria a Dios por los beneficios recibidos. Por lo tanto, esta lectura se une a la anterior en la razón de que allí se determina que la fe debe crecer por la humildad, y aquí se muestra más claramente por los hechos mismos, no solo la razón de la fe reconocida, sino la operación de la fe ejecutada, que salva al creyente y da gloria al Padre que está en los cielos.

Preguntado por los fariseos cuándo vendría el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con observación. Preguntan sobre el tiempo del reino de Dios, porque como Lucas más adelante aclaró, pensaban que, al venir el Señor a Jerusalén, el reino de Dios se manifestaría de inmediato, de modo que incluso los apóstoles, llevados por esta opinión, después de su resurrección le preguntaron diciendo: Señor, ¿restaurarás en este tiempo el reino a Israel? (Hechos I), y en otro lugar Cleofás: Pero nosotros esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel (Lucas XXIV). Pero el reino de Dios no vendrá con observación.

Ni dirán: He aquí, aquí está. Porque cuando venga, ni los ángeles ni los hombres podrán observarlo, así como el tiempo de la Encarnación del Señor, fijado por las más ciertas profecías de los profetas, y manifestado por los anuncios de los ángeles, de tal manera que su concepción, nacimiento, bautismo, predicación, y ya muriendo y resucitando, y ascendiendo a los cielos, fue declarado continuamente por los indicios de ángeles, hombres o ciertamente milagros.

Porque he aquí, el reino de Dios está entre vosotros. El reino de Dios se dice a sí mismo, puesto entre ellos, es decir, en sus corazones, donde creyeron que reinaba. Por eso está

escrito: Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, esta es la palabra de fe que predicamos (Rom. X).

Y dijo a los discípulos: Vendrán días cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Este es el reino de Dios, que esperamos que venga, ver el día de Cristo, y bien un día, porque en aquella gloria de bienaventuranza, de la que el profeta suspirando decía: Porque mejor es un día en tus atrios que mil (Salmo LXXXIII), no hay interrupción de tinieblas, ni siquiera memoria de miseria o dolor, que las primeras cosas pasaron, nubla la luz de la paz perpetua. Por lo tanto, es bueno desear la presencia de este día, pero no debemos, por la magnitud del deseo, fingirnos todo, como si el día del Señor estuviera cerca. Por eso, el Señor, prediciendo lo que vendrá, añadió apropiadamente:

Y os dirán: He aquí, allí. No vayáis, ni os apresuréis. Aunque esta sentencia no solo puede entenderse en cuanto al tiempo, sino también a la persona. Y en cuanto al tiempo, porque han existido algunos que, computando los ciclos de las edades, decían haber encontrado el año, día y hora ciertos de la consumación del siglo, contra la autoridad del Señor que dice: No os corresponde a vosotros saber los tiempos o las sazones (Hechos I). En cuanto a la persona, porque muchos han venido contra la Iglesia, muchos vendrán, herejes que se aseveran a sí mismos como cristos, de los cuales el primero fue Simón el Mago, y el último, mayor que todos los demás, será el Anticristo. Si, por tanto, dicen: He aquí, aquí, he aquí, allí, es decir, en esta o aquella persona, o en esta o aquella hora, que el reino de Dios viene o vendrá, no deben ser seguidos, quienes no temen buscar cosas más altas que ellos mismos, y decir cosas inefables.

Porque como el relámpago que resplandece de un extremo del cielo, así será el Hijo del Hombre en su día. Esto es lo que dice el salmo: Vendrá nuestro Dios, y no callará (Salmo XLIX), porque el segundo advenimiento del Salvador no será en humildad como antes, sino en gloria y majestad. Y bien dice: Resplandeciendo de un extremo del cielo, porque el juicio se llevará a cabo en el medio del aire, como testifica el Apóstol, que dice: Seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire (1 Tes. IV). Si, por tanto, el Señor aparecerá en el juicio como un relámpago, nadie entonces será permitido ocultarse en su mente, porque será penetrado por el mismo resplandor del juez. Por lo tanto, el tiempo o lugar de su venida no puede ser observado por los mortales, quien vendrá como un relámpago, visible y repentino para todos. Sin embargo, esta respuesta del Señor también puede ser entendida no incongruentemente sobre aquel su advenimiento, por el cual viene diariamente en la Iglesia. Porque el reino de Dios está dentro de nosotros, porque quien vendrá como juez de todos, ahora también presente, reina en el corazón de los fieles. En tanto que a menudo han turbado la Iglesia los herejes, diciendo cada uno en su propio dogma que permanece la fe de Cristo, que los fieles de aquellos tiempos desean que el Señor, si fuera posible, regrese a la tierra al menos un día, y por sí mismo, cómo se mantiene, la verdad de la fe declare. Y no veréis, dice, porque no es necesario, que el Señor devuelva esto con visión corporal, lo que una vez dispersó por todo el mundo con el resplandor de su Evangelio espiritualmente, y contra todas las venidas apócrifas lo ha afirmado con la luz indivisible de su caridad.

Pero primero es necesario que él sufra mucho y sea rechazado por esta generación. Hablando mucho el Señor de la gloria de su advenimiento, también se preocupó por insertar brevemente el terror de la pasión, para que cuando lo vieran morir, a quien habían oído que sería glorificado, mitigaran el dolor de la pasión con la esperanza de la prometida glorificación, y al mismo tiempo se prepararan a sí mismos, si amaban la gloria del reino, para no temer el peligro de la muerte. Llama generación no solo a los judíos, sino a todos los reprobos, de

quienes también ahora el Hijo del Hombre en su cuerpo, es decir, en la Iglesia, sufre mucho y es rechazado. Porque aunque la cabeza de este cuerpo, que somos nosotros, ya se eleva libre sobre todo, sin embargo, aún siente las heridas de los reprobos a través de su cuerpo, que retiene abajo.

Y como sucedió en los días de Noé, así será en los días del Hijo del Hombre. Afirma el día de su venida repentina con muchos ejemplos. Porque a quien había comparado con el relámpago que rápidamente atraviesa todo, lo equipara con los días de Noé o Lot, cuando un repentino exterminio sobrevino a los mortales.

Comían y bebían, se casaban y se daban en matrimonio. No se condenan aquí, según el insensato dogma de Marción, Maniqueo y Taciano, príncipe de los Encratitas, los matrimonios o los alimentos, ya que en estos están puestos los auxilios de la sucesión, en aquellos los de la naturaleza, sino que se reprende más bien el uso desmedido de las cosas lícitas. Porque no perecieron por estas cosas, entregándose totalmente a ellas, despreciando los juicios de Dios, por agua o fuego.

Hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Noé construye el arca, cuando el Señor edifica la Iglesia de hombres fieles, como maderas pulidas uniendo. La cual, perfectamente terminada, entra, cuando en el día del juicio, con la presencia de la visión de sí mismo, el eterno habitante la ilumina. Pero mientras se construye el arca, los inicuos se entregan a la lujuria: pero cuando se entra, perecen, porque quienes aquí insultan a los santos que luchan, allí, coronados, serán castigados con eterna condenación.

De igual manera, como sucedió en los días de Lot, comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban. El Señor, omitiendo aquel gran e infame crimen de los sodomitas, menciona solo aquellas cosas que podían considerarse leves o nulas delitos, para que entiendas qué castigo reciben las cosas ilícitas, si las lícitas y aquellas sin las cuales esta vida no se lleva a cabo, hechas de manera desmedida, son castigadas con fuego y azufre. Con razón, por tanto, el bienaventurado Agustín, viendo los atractivos de la costumbre nociva, y con justo dolor conmovido, exclama: «¡Ay de los pecados de los hombres, que solo nos horrorizan los inusitados, pero los acostumbrados, por los cuales se derramó la sangre del Hijo de Dios, aunque sean tan grandes que cierran completamente contra sí mismos el reino de Dios, a menudo viendo todo, toleramos, a menudo tolerando, nos vemos obligados a hacer algunas cosas. Y ojalá, oh Señor, no hagamos todo lo que no pudimos prohibir.»

El día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos. Hasta ahora Lot en Sodoma, es decir, el pueblo elegido entre los reprobos, mora como extranjero, y él mismo justo en vista y oído, y según la interpretación del nombre Lot, declinando sus crímenes, tanto como puede. Pero al salir Lot, Sodoma perecerá. Porque en la consumación del siglo, los ángeles saldrán y separarán a los malos de entre los justos y los echarán en el horno de fuego. Donde se debe notar que el fuego y el azufre, que recuerda haber llovido del cielo, no significan la misma llama del castigo eterno, sino la repentina venida de aquel día. Porque el fuego perpetuo no sobrevendrá para castigar a los impíos, sino que ellos mismos, expulsados de la presencia del juez, serán arrojados al fuego eterno, aunque no dudamos que en ese mismo fuego haya azufre, como testifica Juan, quien describiendo ambos fuegos, el de la corrección repentina y el de la cremación eterna, dice: Y descendió fuego de Dios del cielo y los devoró, y el diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también la bestia y los falsos profetas serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Apoc. XX).

Según esto será el día en que el Hijo del Hombre se revele. Se revelará gloriosamente, porque quien ahora, sin ser visto, todo lo ve, entonces, siendo visible, todo lo juzgará. Aparecerá para juzgar en el momento en que vea que todos, olvidados de sus juicios, están entregados a este mundo. Porque aunque el fin del mundo vendrá en el tiempo ya determinado, al enfriarse la caridad de muchos hacia el final, la iniquidad del género humano crecerá tanto que mercedamente deberá ser destruido junto con el orbe que habita. Pues ahora vemos a innumerables personas tan entregadas a la glotonería y la embriaguez, a la compra y venta, y a otras cosas mundanas, que no es oculto que provocan la ira del juez severo, pero, sin embargo, lo que ningún sabio puede pensar sin gran tristeza, tememos que cosas peores están por venir. Porque lo que se dijo de una nación pecadora que debía ser destruida: "Aún no se han completado los pecados de los amorreos" (Gén. XV), sin duda debe entenderse de toda la masa de los malvados que será condenada.

En aquella hora, quien esté en el techo y sus bienes en la casa, no descienda a recogerlos. Hasta ahora se ha hablado de que el reino de Dios, es decir, Cristo, no vendrá con observación, sino inesperadamente; ahora se muestra por quiénes debe ser esperado ese mismo advenimiento. Está en el techo quien, superando lo carnal, vive espiritualmente como en un aire libre. Sus bienes en la casa son las concupiscencias carnales que amó demasiado, pero que, buscando lo celestial, dejó en este mundo, y que, con el juicio inminente, no debe de ninguna manera volver a buscar. Esa hora no es la en que el juez viene, sino en la que está por venir, no cuando el fuego descendió sobre Sodoma, sino cuando Lot es obligado a salir, o más bien, él mismo, disimulando, es sacado por los ángeles. Porque cuando el juez ya ha venido y se ha manifestado, nadie podrá querer descender a este mundo para tomar algo de él. Pero esta hora se vive hoy, cuando esperamos al juez que ha de venir con vigiliias solícitas, sin saber cuándo vendrá. De la cual Juan dice: "Hijitos, es la última hora" (1 Juan II).

Y quien esté en el campo, de igual manera no vuelva atrás. Quien trabaja en la Iglesia, y como Pablo y Apolo planta y riega, no mire hacia la esperanza secular a la que ha renunciado.

Acordaos de la mujer de Lot. La mujer de Lot representa a aquellos que en la tribulación miran hacia atrás y se apartan de la esperanza de la promesa divina. Y por eso se convirtió en estatua de sal, para advertir a los hombres que no hagan esto, como si sazónara su corazón para que no sean insensatos.

Cualquiera que busque salvar su vida, la perderá. Esta sentencia puede entenderse correctamente de dos maneras, pero ambos entendimientos se refieren a un mismo fin, a saber, que no temamos sufrir adversidades por Cristo, ni siquiera enfrentar la muerte. Porque quien, ante la amenaza de muerte del perseguidor, si no niega a Cristo, elige más bien salvar temporalmente su vida negándolo, sin duda la prepara para la perdición eterna. Asimismo, quien busca la salvación eterna de su alma, no duda en perderla temporalmente en manos de los perseguidores, es decir, entregarla a la muerte. A ambos sentidos se adapta lo que sigue:

Y cualquiera que la pierda, la vivificará. Es decir, quien aquí la pierda, allí la vivificará; quien por Cristo se entregue a la muerte, considerándola todo el día como oveja de matadero (Rom. VIII), al resucitar entonces y con la ayuda de Cristo, la encontrará libre por el nombre de Cristo.

Os digo, en aquella noche estarán dos en una cama. El Señor había dicho antes que quien esté en el campo no debe volver atrás, para que no pienses que esto se dijo solo de aquellos que

abiertamente van a volver del campo, es decir, que van a negar al Señor públicamente, prosigue mostrando que algunos, aunque parecen tener la mirada hacia adelante, en su mente y corazón miran hacia atrás. En aquella noche, dijo, en aquella tribulación tan oscura, que si fuera posible, incluso los elegidos serían inducidos al error (Mat. XXIV), habrá dos en una cama, es decir, aquellos que eligen el ocio y la tranquilidad, no ocupados ni en negocios seculares ni en asuntos eclesiásticos, cuyo descanso está simbolizado por el nombre de la cama.

Uno será tomado y el otro dejado. No se dice de dos personas, sino de dos tipos de afectos. Porque quien por Dios se ha dedicado a la continencia, para vivir sin preocupaciones pensando en las cosas de Dios (1 Cor. VII), será tomado por Dios; pero quien, por amor a la alabanza humana o por cualquier otra corrupción de vicios, haya dañado el estado de vida monástica en el que fue instruido, este será dejado, como insinúan las lamentaciones de Jeremías, que describiendo la caída de cualquier alma ociosa y pecadora bajo la apariencia de Judea, dice: "La vieron sus enemigos y se burlaron de sus sábados" (Lam. I).

Dos mujeres estarán moliendo juntas. Llama moliendo a aquellos que, establecidos entre el pueblo, son guiados por los doctores, haciendo las cosas de este mundo, a quienes también significó con el nombre de mujeres, porque les conviene ser guiados por los consejos de los expertos, como dije. Y dijo moliendo, por el ciclo y la repetición de los negocios temporales. Sin embargo, las llamó moliendo juntas en cuanto que de sus propios asuntos y negocios proveen para los usos de la Iglesia. Porque cada acción de este mundo es un molino, que mientras acumula muchas preocupaciones, gira las mentes humanas como en un círculo, y de sí misma arroja como harinas, porque al corazón inquieto siempre engendra pensamientos minuciosos.

Una será tomada y la otra dejada. Será tomada la parte que haya ejercido el matrimonio solo por amor al género humano, y haya distribuido su sustancia terrenal para adquirir las celestiales; pero será dejada la que haya servido a los matrimonios por las lujurias de la carne, y si ha ofrecido algo terrenal a la Iglesia o a los pobres, lo haya hecho para, como si redimiera al Señor, abundar más en estas cosas.

Dos estarán en el campo, uno será tomado y el otro dejado. Así como antes puso en una cama y moliendo juntas, así aquí creo que debe entenderse en un campo. Significa a aquellos que trabajan en el ministerio de la Iglesia, como en el campo de Dios, a quien su labrador decía: "Sois labranza de Dios" (1 Cor. III). Será tomado aquel que no adultere la palabra de Dios (2 Cor. II), sino que hable como de Dios, en presencia de Dios, en Cristo. Pero quien anuncie a Cristo no castamente, sino por ocasión, será dejado por él. Y no creo que haya otros tipos de personas que constituyan la Iglesia, que estos tres con sus dos diferencias para la asunción y el abandono, aunque en cada uno se puedan encontrar muchas diversidades de estudios y voluntades que concurren a la concordia y unidad. Por lo cual también el profeta Ezequiel vio a tres liberados, Noé, Daniel y Job, en los cuales, a saber, tres, están señalados los predicadores, los continentes y los casados. Porque Noé dirigió el arca en las aguas, y por eso mantuvo la figura de los rectores. Daniel, dedicado a la abstinencia en la corte real, señaló la vida de los continentes. Y Job, puesto en el matrimonio y ejerciendo el cuidado de su propia casa, agradó, por quien dignamente se figura el orden de los buenos cónyuges.

Respondiendo, le dicen: ¿Dónde, Señor? Y él les dijo: Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas. Preguntado el Salvador, dónde serán tomados los buenos y dónde serán dejados los malos, dijo una cosa, dejando otra para ser entendida. Afirmando que los santos estarán con él, insinúa que los reprobos, separados de su visión, no serán condenados en otro

lugar que con el diablo. Dondequiera que esté el Señor en cuerpo, allí se reunirán los elegidos, que imitando su pasión y humildad, se alimentan como de su carne, cuya juventud será renovada por la resurrección como la del águila (Sal. CII). También concuerda con los deseos de aquellos que anhelan contemplar con toda su mente la gloria de la majestad suprema, que el águila, superando a las demás aves en vuelo, se regocija en fijar sus ojos en el mismo rayo del sol. Y concuerda también que el águila, al venir, suele traer una piedra resistente a sus nidos para que la serpiente no se atreva a acercarse, ni tocar sus polluelos o huevos. Porque, en efecto, todo sabio, para poder defender sus actos y pensamientos de la irrupción de la antigua serpiente, debe siempre guardar en su pecho aquella piedra que, cortada del monte sin manos, destruyó el reino del diablo (Dan. II), es decir, la fe y el amor de Cristo.

CAPÍTULO XVIII.

Les decía también una parábola, que es necesario orar siempre y no desfallecer. Dice también el Apóstol: "Estad siempre gozosos, orad sin cesar". Pero, ¿quién puede orar siempre así, y sin desfallecer o insistir sin interrupción en las oraciones, de modo que no tenga tiempo ni para tomar alimento ni para dormir? O bien debe decirse que ora siempre y no desfallece quien, en las horas canónicas, según el rito de la tradición eclesiástica, no cesa de alabar y rogar al Señor con los salmos y oraciones acostumbradas, y esto es lo que decía el salmista: "Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca" (Sal. XXXIII). O ciertamente, todo lo que el justo hace y dice según Dios, debe considerarse como oración. Porque, en efecto, el justo, al hacer sin cesar lo que es justo, por esto ora sin cesar, y nunca cesará de orar, a menos que deje de ser justo.

Había un juez en una ciudad que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había también en aquella ciudad una viuda que venía a él, diciendo: "Hazme justicia contra mi adversario", y no quiso por mucho tiempo. Pero después dijo para sí: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo al final, me agote". El Señor pone parábolas ya sea según alguna similitud, como la del hombre que tenía dos hijos, el mayor acercándose a él en el campo, y el menor viviendo lujosamente en un lugar lejano, o prueba algo a partir de la misma disimilitud, como es aquello: "Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios la viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mat. VI). Así que aquel género anterior puede unirse a estas palabras: "Como aquello, así también esto". Pero este último, a estas palabras: "Si aquello, ¿cuánto más esto?" O, "si aquello, ¿cuánto menos esto?" Pero en algunos lugares se ponen estas cosas de manera oscura, en otros de manera clara. Aquí, pues, el juez injusto no se aduce por similitud, sino por disimilitud. De ninguna manera ese juez injusto sostiene alegóricamente la persona de Dios, pero, sin embargo, el Señor quiso que se dedujera cuánto Dios, que es bueno y justo, cuida a los que le suplican, por el hecho de que ni siquiera un hombre injusto puede despreciar a aquellos que lo asedian con oraciones constantes, aunque sea para evitar el tedio. Porque esto es lo que dice: "No sea que viniendo me agote". La misma viuda puede tener similitud con la Iglesia, que parece desolada hasta que venga el Señor, quien, sin embargo, en secreto ya cuida de ella.

Dijo el Señor: "Oíd lo que dice el juez de iniquidad. ¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a él día y noche? ¿Y tendrá paciencia con ellos? Os digo que pronto les hará justicia". Si a alguien le preocupa por qué los elegidos de Dios piden ser vengados, lo cual también se dice en el Apocalipsis de Juan sobre los mártires, cuando se nos exhorta claramente a orar por nuestros enemigos y perseguidores, debe entenderse que esa es la venganza de los justos, que todos los malos perezcan. Pero perecen de dos maneras, ya sea

convirtiéndose a la justicia, o perdiendo por el castigo el poder que ahora tienen temporalmente contra los buenos, mientras esto mismo conviene a los buenos. Este fin, cuando los justos desean que llegue, aunque oren por sus enemigos, no se dice absurdamente que desean venganza.

Sin embargo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? Aunque el Creador omnipotente siempre está dispuesto a vengar a sus elegidos que claman a él, en el día del juicio, lo cual debe recordarse con corazón tembloroso, cuando el mismo Creador aparezca en la forma del Hijo del Hombre, habrá tal escasez de elegidos que no tanto por el clamor de los fieles injustamente condenados, sino por la pereza de aquellos justamente condenados, la ruina de todo el mundo ya será acelerada. Pero lo que el Señor dice como dudando: "¿Crees que encontrará fe?" no duda, sino que reprende. Con la palabra de duda se increpa la infidelidad, no se opina la divinidad. Porque nosotros también a veces, sobre cosas que tenemos por ciertas, ponemos la palabra de duda de manera increpativa, aunque no dudemos en el corazón. Como si te indignaras con tu siervo y dijeras: "¿Me desprecias? Considera, tal vez, que soy tu señor". Y el Apóstol a algunos de sus despreciadores: "Pero creo que yo también tengo el Espíritu de Dios" (1 Cor. VII). Quien dice "creo", parece dudar. Pero él increpaba, no dudaba. Así, pues, el Señor, que sabe todas las cosas, por quien todas las cosas fueron hechas, y sin embargo, dudando increpa los corazones de los infieles.

Dijo también a algunos que confiaban en sí mismos como justos y despreciaban a los demás, esta parábola. Porque el Señor concluyó la parábola que enseñaba a orar siempre y no desfallecer, diciendo que cuando venga el juez, difícilmente se encontrará fe en la tierra, para que nadie se halague a sí mismo con una fe superflua, conocimiento o incluso confesión, inmediatamente añadió otra parábola mostrando más claramente que Dios no examina las palabras de la fe, sino las obras. Entre las cuales, sin duda, reina la humildad. Por eso también arriba, cuando comparaba la fe con el grano de mostaza, pequeño pero ardiente por la contrición, como explicando añadió: "Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos" (Luc. XVII). Contra lo cual, los soberbios, cuando no hacen todo, sino un poco de lo que se les manda, no solo presumen inmediatamente de su justicia, sino que desprecian a los débiles, y por eso, como vacíos de fe, cuando oran, no son escuchados.

Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo y el otro publicano. El publicano, orando humildemente, pertenece a aquellos miembros de la mencionada viuda, es decir, de la Iglesia, de quienes se dice arriba: "¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a él?" Pero el fariseo, jactándose de sus méritos, pertenece a aquellos sobre quienes se añade la terrible sentencia al final: "Sin embargo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra?"

El fariseo, de pie, oraba consigo mismo de esta manera: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano". Hay cuatro tipos de arrogancia que demuestran el orgullo de los arrogantes, cuando creen que tienen el bien de sí mismos, o si creen que les fue dado desde arriba, piensan que lo recibieron por sus méritos, o ciertamente cuando se jactan de tener lo que no tienen, o, despreciando a los demás, desean parecer tener singularmente lo que tienen. De estas plagas de jactancia, el fariseo se ve afectado, quien por eso descendió del templo sin justificación, porque atribuyendo singularmente a sí mismo los méritos de las buenas obras, se antepuso al publicano que oraba.

Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. El profeta Ezequiel escribe sobre los animales celestiales que se le mostraron. Y todo el cuerpo estaba lleno de ojos, alrededor de esos cuatro. Porque los cuerpos de los animales se describen llenos de ojos, porque la acción de los santos es circunspecta por todas partes, deseando prever lo bueno y evitar lo malo. Pero nosotros, a menudo, mientras atendemos a otras cosas, descuidamos otras. Y donde descuidamos, allí sin duda no tenemos ojo. Pues he aquí que el fariseo tenía ojo para mostrar abstinencia, para impartir misericordia, para dar gracias a Dios, pero no tenía ojo para guardar la humildad. Y ¿de qué sirve que casi toda la ciudad sea custodiada cautelosamente contra las insidias del enemigo, si se deja un solo agujero abierto por donde puedan entrar los enemigos?

Y el publicano, estando lejos, no quería ni siquiera levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador". Os digo que este descendió a su casa justificado más que aquel. Cuánta confianza de perdón ofrece dignamente a los penitentes el hecho de que el publicano, que reconoció perfectamente la culpa de su maldad, lloró, confesó, y si injusto vino al templo, justificado regresó del templo. Típicamente, el fariseo es el pueblo judío, que se exalta por los méritos de las justificaciones de la ley. El publicano es el gentil, que, puesto lejos de Dios, confiesa sus pecados. Uno, por su soberbia, se alejó humillado, el otro, lamentándose, mereció acercarse exaltado.

Porque todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado. Y de ambos pueblos mencionados, y de todo soberbio o humilde, puede entenderse correctamente, como también aquello que leemos en otro lugar: "Antes de la ruina se exalta el corazón, y antes de la gloria se humilla" (Prov. XVI). Por lo cual, también de las palabras del fariseo altivo, por las cuales mereció ser humillado, podemos asumir de manera opuesta la forma de humildad por la cual seremos exaltados, para que así como él, considerando tanto los vicios de los peores como sus virtudes, se exaltó para la ruina, así nosotros, no solo por nuestra propia pereza, sino también al considerar las virtudes de los mejores, nos humillemos para la gloria, de modo que cada uno de nosotros suplique y ruegue humildemente: Dios todopoderoso, ten misericordia de tu suplicante, porque no soy como innumerables de tus siervos, sublimes por el desprecio del mundo, gloriosos por el mérito de la justicia, angélicos por la alabanza de la castidad, ni como muchos de aquellos que, después de públicas faltas, merecieron ser devotos a ti por su penitencia. Y también, si hago algo bueno, por tu gracia concedida, ignoro con qué fin lo hago o con qué severidad será juzgado por ti.

Le traían también niños para que los tocara. Cuando lo vieron los discípulos, los reprendieron. Y esta lección, llena de la enseñanza de la humildad, brilla, mostrando que los inocentes y sencillos pueden alcanzar la gracia del Señor. Los discípulos reprendían a los que los traían, no porque no quisieran que los niños fueran bendecidos por la mano y la voz del Salvador, sino porque, al no tener aún una fe plena, pensaban que él, a semejanza de los hombres, se cansaría por la importunidad de los que los traían.

Jesús, llamándolos, dijo: Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis. Porque de los tales es el reino de Dios. Significativamente dijo de los tales, no de estos, para mostrar que no es la edad la que reina, sino las costumbres, y que a quienes tengan semejante inocencia y simplicidad se les promete la recompensa. El apóstol también concuerda con este sentimiento: Hermanos, no os hagáis niños en el entendimiento, sino que en la malicia sed como niños. Pero en el entendimiento, sed perfectos.

En verdad os digo, cualquiera que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Así como un niño no persiste en la ira, no recuerda las ofensas, no se deleita al ver a una mujer hermosa, no piensa una cosa y dice otra, así también vosotros, a menos que tengáis tal inocencia y pureza de corazón, no podréis entrar en el reino de los cielos. De otra manera: Se nos ordena recibir el reino de Dios, es decir, la doctrina del Evangelio, como un niño, porque el niño al aprender no contradice a los maestros, ni compone razones y palabras para resistirles, sino que recibe fielmente lo que se le enseña, y obedece y descansa con temor.

Y un cierto príncipe le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Creo que este príncipe había oído del Señor que solo aquellos que quisieran ser como niños entrarían en el reino de Dios, y por eso, ansioso por un trato más seguro, pide que se le explique abiertamente, no en parábolas, con qué méritos de obras conseguirá la vida eterna.

Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios. Porque lo había llamado maestro bueno, y no había confesado que era Dios o el Hijo de Dios, aprende que cualquier hombre santo, en comparación con Dios, no es bueno. De quien se dice: Alabad al Señor, porque es bueno (Salmo 106). Pero solo Dios es bueno, no solo el Padre debe ser entendido, sino también el Hijo, quien dice: Yo soy el buen Pastor. Y también el Espíritu Santo, porque el Padre dará el buen Espíritu a los que le pidan (Lucas 11). Es decir, la misma e indivisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el único y solo Dios bueno. Por lo tanto, el Señor no niega ser bueno, sino que significa ser Dios. No testifica que no es un buen maestro, sino que ningún maestro es bueno sin Dios.

Conoces los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre. Esta es la castidad de la inocencia infantil que se nos propone imitar si queremos entrar en el reino de Dios. Es digno de notar que la justicia de la ley, guardada en su tiempo, no solo confiere los bienes de la tierra, sino también la vida eterna.

Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. Al oír esto, Jesús le dijo: Aún te falta una cosa. No se debe pensar que este príncipe, al decir que había guardado los mandamientos de la ley, estaba mintiendo, sino que confesó simplemente cómo había vivido. Porque si fuera culpable de la culpa de la mentira, de ninguna manera el evangelista Marcos al escribir sobre él añadiría: Jesús, mirándolo, lo amó, y le dijo: Una cosa te falta: Ve, vende todo lo que tienes (Marcos 10), y lo demás. Porque el Señor ama a aquellos que guardan los mandamientos de la ley, aunque sean menores, pero no obstante muestra lo que en la ley era menos a aquellos que desean ser perfectos.

Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme. Cualquiera que quiera ser perfecto, debe vender como hicieron Ananías y Safira, pero vender todo; y cuando haya vendido, dar todo a los pobres, y así prepararse un tesoro en el reino de los cielos. Ni esto es suficiente para la perfección, a menos que después de despreciar las riquezas siga al Salvador, es decir, dejando el mal haga el bien. Porque es más fácil despreciar la bolsa que la voluntad. Muchos dejan las riquezas y no siguen al Señor. Pero sigue al Señor quien es su imitador, y camina por sus huellas. Porque quien dice que cree en Cristo, debe caminar como él caminó.

Al oír esto, se entristeció, porque era muy rico. Esta es la tristeza del mundo, que produce muerte. Estas riquezas engañosas, que como espinas ahogan la semilla del Señor.

Jesús, viéndolo triste, dijo: ¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Está claro que los que aquí se dedican a multiplicar riquezas, desprecian buscar las alegrías de otra vida, pero hay alguna diferencia entre tener riquezas y amar las riquezas. Muchos, de hecho, tienen y no aman. Muchos no tienen y aman. También hay otros que tienen y aman, y otros que ni tienen ni aman las riquezas del mundo, cuyo estado es más seguro, diciendo con el Apóstol: Para nosotros el mundo está crucificado, y nosotros al mundo (Gálatas 6). Por eso Salomón no dice, Quien tiene, sino quien ama las riquezas, no obtendrá fruto de ellas (Eclesiastés 5). Y el mismo Señor, según Marcos, cuando los discípulos se asombraron de las palabras de esta sentencia, añadió explicando: Hijitos, ¡qué difícil es para los que confían en las riquezas entrar en el reino de Dios! (Marcos 10). Y es de notar que no dice Imposible, sino Difícil, es decir, que es de gran trabajo para los que tienen riquezas, o confían en ellas, despojados de las ataduras de la avaricia, entrar en el palacio del reino celestial.

Porque es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios. Si es más fácil que un camello, con sus enormes miembros, pase por el estrecho ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios, entonces ningún rico entrará en el reino de Dios. ¿Y cómo es que en el Evangelio Mateo, Zaqueo y José, o en el Antiguo Testamento muchos ricos entraron en el reino de Dios? ¿A menos que tal vez aprendieron, inspirados por el Señor, a tener las riquezas por nada o a dejarlas por completo? ¿Acaso David confiaba en las riquezas de su reino, quien canta de sí mismo: Porque soy único y pobre (Salmo 24)? Y exhorta a otros: Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas (Salmo 61). Creo que no se atrevió a decir No las recibáis. ¿Es creíble que Abraham prefiriera la sustancia al Señor, por quien no dudó en sacrificar a su único heredero? En un sentido más alto, es más fácil para Cristo sufrir por los amantes del mundo, que para los amantes del mundo convertirse a Cristo. Con el nombre de camello quiso ser entendido a sí mismo, porque voluntariamente humillado, llevó las cargas de nuestra debilidad. ¿En quién se entiende más claramente que en él lo que está escrito: Cuanto más grande eres, humíllate en todo (Eclesiástico 3)? Por la aguja significa las punzadas, por las punzadas los dolores sufridos en la pasión. Por lo tanto, el ojo de la aguja dice las angustias, las pasiones. Al ser rasgado, se dignó remendar, es decir, recuperar, como si fueran las vestiduras de nuestra naturaleza, para que después de la caída, reformados mejor, nos regocijemos en el testimonio del Apóstol, diciendo: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gálatas 3).

Y dijeron los que oían: ¿Y quién puede salvarse? ¿A qué se refiere esta respuesta, cuando la multitud de los pobres es incomparablemente mayor, que, con los ricos perdidos, podría salvarse, a menos que entendieran que todos los que aman las riquezas, aunque no puedan obtenerlas, se cuentan entre los ricos?

Él les dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. No debe entenderse así, que los codiciosos y soberbios, que están significados por el nombre de aquel rico, entrarán en el reino de los cielos con sus codicias y soberbia, sino que es posible para Dios que por la palabra (como también vemos que ha sido hecho y se hace diariamente) se conviertan de la codicia de lo temporal al amor de lo eterno, y de la perniciosa soberbia a la humildad más saludable.

Pedro dijo: He aquí, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido. Gran confianza. Pedro era pescador, no era rico, buscaba el sustento con su mano y arte, y sin embargo habla con confianza: Hemos dejado todo. Y porque no basta solo dejar, añade lo que es perfecto: Y te hemos seguido. Hemos hecho lo que mandaste, ¿qué nos darás como recompensa?

Él les dijo: En verdad os digo, no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos, por el reino de Dios, que no reciba mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna. Algunos, por ocasión de esta sentencia, construyen la fábula judía de mil años después de la resurrección de los justos, cuando todo lo que hemos dejado por Dios nos será devuelto con creces, y además se nos dará la vida eterna. Y no ven los necios que aunque en lo demás la promesa sea digna, en las esposas, sin embargo, según otros evangelistas, aparece la deshonra centuplicada; especialmente cuando el Señor testifica que en la resurrección no se casará, y según el evangelista Marcos confirma que lo que se haya dejado en este tiempo se recibirá con persecuciones: las cuales, ciertamente, los milenaristas, como también las demás cosas contrarias, dogmatizan que estarán ausentes de sus mil años de incomodidades. Por lo tanto, este es el sentido. Quien por adquirir el reino de Dios haya despreciado todos los afectos, haya pisoteado todos los placeres y lujos del mundo, recibirá mucho más en el presente, porque de los hermanos y compañeros de su propósito, que se le unen con un vínculo espiritual, recibirá incluso en esta vida una caridad mucho más grata. Esta, que entre padres, hijos, hermanos, esposos o parientes, ya sea por la sociedad del matrimonio o por la necesidad de la consanguinidad, se une, se sabe que es bastante breve y frágil. De hecho, a veces incluso por una causa honesta se deshace. Solo los que retienen la unidad de la perpetua unión, y poseen indiscriminadamente todas las cosas, creen que todo lo suyo es de los hermanos, y todo lo de los hermanos es suyo. Lee los Hechos de los Apóstoles, porque la multitud de los creyentes era un corazón y un alma, y tenían todas las cosas en común, y no había entre ellos ningún necesitado que hubiera dejado lo suyo por el Señor. De los cuales también Pablo dice: Como si no tuvieran nada, y poseyendo todo (2 Corintios 6). Se recibirá ciertamente también de la continencia conyugal una dulzura mucho mayor que la que se les proporcionaba mutuamente por la mezcla de los sexos. Antes poseía a la esposa en la pasión lasciva del deseo, ahora la posee en el honor de la santificación y el verdadero amor de Cristo. Es una sola mujer, pero el mérito de la castidad ha crecido cien veces. Porque lo que se dice según Marcos: Recibirá cien veces más ahora en este tiempo, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras con persecuciones (Marcos 10), puede entenderse más profundamente. El número cien, trasladado de la izquierda a la derecha, aunque parece tener la misma figura en el giro de los dedos, sin embargo, crece enormemente en magnitud de cantidad, porque evidentemente todos los que por el reino de Dios desprecian lo temporal, incluso en esta vida llena de persecuciones, degustan con fe cierta las alegrías del mismo reino, y en la expectativa de la patria celestial, disfrutan de la sincerísima caridad de todos los elegidos.

Jesús tomó a los doce, y les dijo: He aquí, subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que están escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Porque será entregado a los gentiles, y será burlado, y azotado, y escupido. Y después de azotarlo, lo matarán, y al tercer día resucitará. Previendo el Salvador que por su pasión los ánimos de los discípulos serían perturbados, les predice mucho antes tanto el castigo de esa pasión como la gloria de su resurrección, para que al verlo morir, como había sido predicho, no dudaran también de que resucitaría. Previendo también que algunos herejes surgirían en la Iglesia, que dirían que Cristo enseñó cosas contrarias a la ley y a los profetas, y que se debía creer que el Dios del Antiguo Testamento era diferente del del Nuevo, muestra que las profecías de los profetas no se dirigieron más que al misterio de su dispensación, que temporalmente asumió por nosotros, de modo que la consumación de la profecía es la perfección celebrada de su pasión y posterior gloria. También refuta claramente la locura de los paganos que se burlan de su cruz, cuando muestra, como presciente de lo futuro, el tiempo de su próxima pasión, y se dirige intrépido al lugar de su muerte.

Y ellos no entendieron nada de esto. Y esta palabra estaba oculta para ellos, y no entendían lo que se decía. Leemos en el Evangelio según Juan, cuando el Señor dice: Si soy levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo, la multitud respondió y dijo: Hemos oído de la ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Y cómo dices tú, Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? (Juan 12). ¿Qué es entonces que los discípulos no pueden entender el misterio de la pasión del Señor, repetido tantas veces para ellos, y los judíos entienden de inmediato, a una sola palabra, y tan oscuramente puesta, que el evangelista considera digno de explicación: Esto decía, dice, significando con qué muerte iba a morir (Ibid.), a menos que los discípulos, cuyo deseo era ver su vida, no pudieran escuchar de su muerte? A quien no solo sabían hombre inocente, sino también verdadero Dios, no podían en absoluto pensar que pudiera morir. Y porque estaban acostumbrados a escucharlo hablar a menudo en parábolas, cada vez que decía algo de su pasión, no lo entendían como sonaba, sino que, dictado por el amor, creían que debía referirse alegóricamente a otra cosa. Los judíos, sin embargo, porque conspiraban para matarlo, entendían todo lo que decía de su pasión o cruz; porque hablaba de lo que ellos deseaban ardientemente que sucediera y se esforzaban por llevar a cabo. Así, de manera maravillosa e inusual, el mismo sacramento de la cruz que el amor oculta a los fieles, la envidia lo revela a los infieles.

Y sucedió que, al acercarse a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando. Y al oír que pasaba la multitud, preguntó qué era aquello. Le dijeron que Jesús de Nazaret pasaba. Este ciego, por alegoría, significa al género humano, que, expulsado del gozo del paraíso en el primer padre, ignorando la claridad de la luz celestial, sufre las tinieblas de su condenación; pero cuando se dice que Jesús se acerca a Jericó, el ciego es iluminado. Jericó, de hecho, se interpreta como luna. La luna, en el lenguaje sagrado, se pone por el defecto de la carne, porque al disminuir en sus momentos menstruales, designa el defecto de nuestra mortalidad. Por lo tanto, cuando nuestro Creador se acerca a Jericó, el ciego vuelve a la luz, porque cuando la Divinidad asume el defecto de nuestra carne, el género humano recupera la luz que había perdido. Este ciego, en efecto, se describe correctamente como sentado junto al camino y siendo mendigo. La misma Verdad dijo: Yo soy el camino (Juan 14). Por lo tanto, quien no conoce la claridad de la luz eterna es ciego; pero si ya cree en el Redentor, se sienta junto al camino. Si ya cree, pero no se esfuerza por pedir la luz eterna, y cesa de orar, el ciego, aunque se sienta junto al camino, no mendiga. Pero si ya cree y ora, el ciego se sienta junto al camino y mendiga.

Y clamó, diciendo: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante lo reprendían para que callara. Pero él clamaba mucho más: Hijo de David, ten misericordia de mí. ¿Qué significan estos que preceden a Jesús que viene, sino las turbas de deseos carnales y tumultos de vicios, que antes de que Jesús venga a nuestro corazón, disipan nuestra mente con sus tentaciones, y perturban las voces del corazón en la oración? A menudo, cuando queremos convertirnos a Dios después de haber cometido vicios, cuando intentamos orar contra esos mismos vicios que hemos cometido, se presentan a la mente las fantasías de los pecados que hemos hecho, reverberan la agudeza de nuestra mente, confunden, oprimen el ánimo y la voz de nuestra súplica. Pero quien es reprendido por la multitud para que calle, clama más y más, porque cuanto más somos oprimidos por el tumulto de las cogitaciones carnales, tanto más ardientemente debemos insistir en la oración.

Jesús, deteniéndose, mandó que lo trajeran a él. He aquí que se detiene quien antes pasaba, porque cuando aún sufrimos las turbas de fantasmas en la oración, sentimos a Jesús pasar de alguna manera. Pero cuando insistimos vehementemente en la oración, Jesús se detiene y devuelve la luz, porque Dios se fija en el corazón y la luz perdida se restaura.

Y cuando se acercó, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. ¿Acaso quien podía devolver la luz ignoraba lo que quería el ciego? Pero quiere que se pida lo que sabe que debemos pedir y él conceder. Nos exhorta a la oración importuna, y sin embargo dice: Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de que le pidáis (Mateo 6). Por lo tanto, requiere que se le pida; requiere que el corazón se excite a la oración. Por eso el ciego añade de inmediato: Señor, que vea. He aquí que el ciego no pide oro, sino luz, desprecia pedir algo fuera de la luz. Porque aunque el ciego pueda tener cualquier cosa, sin luz no puede ver lo que tiene. Imitemos, pues, a aquel a quien hemos oído y visto salvado, no pidamos al Señor falsas riquezas, ni dones terrenales, ni honores fugitivos, sino luz: aquella luz que podemos ver con los ángeles, que ni el principio inicia, ni el fin limita. A esa luz, ciertamente, la fe es el camino. Por eso, correctamente, al iluminar al ciego, se añade de inmediato:

Y Jesús le dijo: Mira, tu fe te ha salvado. Y al instante vio, y lo seguía, glorificando a Dios. Ve y sigue, quien obra el bien que entiende. Ve, pero no sigue, quien entiende el bien, pero desprecia obrar el bien. Porque sigue a Jesús quien lo imita. De ahí que dice: Si alguno me sirve, sígame (Juan 12). Consideremos, pues, por dónde camina, para que merezcamos seguirlo. Así, no solo nuestra vida progresa hacia Dios, sino que esta misma conversión nuestra enciende a otros para alabar a Dios, de donde se añade allí:

Y toda la multitud, al ver, dio alabanza a Dios. Pues la multitud dio alabanza a Dios, no solo por el don de la luz recibido, sino también por el mérito de la fe del que lo pidió. Dio alabanza a Dios porque vio a Jesús misericordiosamente y poderosamente devolver la luz al que lo pedía, y reconoció que el clamor de una fe obstinada, que justamente buscaba, podía ser seguido de inmediato. Por lo tanto, es de notar que el Señor, apareciendo en la carne, confirmó con ejemplos todo lo que enseñó con palabras. Porque quien nos mandó: "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V), y él mismo en todo lo que comenzó a hacer y enseñar (Hech. I) no buscaba su propia gloria de los hombres, sino la del Padre (Juan VIII).

CAPÍTULO XIX.

Y entrando, pasaba por Jericó; y he aquí un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y él mismo rico, y buscaba ver quién era Jesús, y no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura, y corriendo adelante, subió a un árbol sicómoro para verlo, porque iba a pasar por allí. Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Luc. XVIII). He aquí que el camello, dejando la carga de su joroba, pasa por el ojo de una aguja (Mat. XIX), es decir, el rico y publicano, dejando la carga de las riquezas, despreciando el sentido del fraude, asciende por la puerta estrecha y el camino angosto que lleva a la vida (Mat. VII). Quien, con admirable devoción de fe para ver al Salvador, suple con el ascenso al árbol lo que la naturaleza le había negado, y por eso justamente, aunque no se atreva a pedir, recibe la bendición de la acogida del Señor que deseaba. Místicamente, Zaqueo, que se interpreta como "justificado", significa al pueblo creyente de entre los gentiles. Cuanto más ocupado estaba en los cuidados del mundo, tanto más humillado estaba por los pecados que lo oprimían. Pero fue lavado, fue santificado, fue justificado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios, quien buscaba ver al Salvador entrando en Jericó, pero no podía a causa de la multitud. Porque deseaba participar de la gracia de la fe que el Salvador trajo al mundo, pero la costumbre arraigada de los vicios le impedía alcanzar su deseo. La misma multitud de la costumbre nociva, que reprendía al ciego que clamaba para que no pidiera la luz, también retrasa al publicano que mira hacia arriba para que no vea a

Jesús. Pero así como el ciego venció las voces de las multitudes clamando más y más, así el pequeño debe superar el obstáculo de la multitud nociva buscando lo más alto, dejando lo terrenal, subiendo al árbol de la cruz. El sicómoro, que es un árbol con hojas similares a la morera, pero de gran altura, y por eso los latinos lo llaman alto, se dice que es una higuera loca. Y la misma cruz del Señor, que alimenta a los creyentes como una higuera, es ridiculizada por los incrédulos como loca. Porque nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles locura. Pero para los llamados, tanto judíos como gentiles, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I). El pequeño de estatura Zaqueo sube a este árbol para poder ser exaltado, cuando cualquier humilde y consciente de su propia debilidad, confiando en el Señor, proclama: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gál. VI). Y subiendo al sicómoro, ve al Señor que pasa cerca, porque a través de esta locura laudable, aunque aún no sólidamente, ya sin embargo rápidamente, y casi en tránsito, dirige su atención a la luz de la sabiduría celestial.

Y cuando llegó al lugar, Jesús, mirando hacia arriba, lo vio. El Salvador, caminando por Jericó, llegó al lugar donde Zaqueo, corriendo adelante, había subido al sicómoro, porque, enviando por el mundo a los pregoneros de su palabra, en quienes él mismo ciertamente hablaba e iba, llegó al pueblo de las naciones, que, ya elevado por la fe en su pasión, ardía por ser bendecido al reconocer su divinidad. Mirando hacia arriba, lo vio, porque por la gracia de la fe, elevado de las codicias terrenales y sobresaliendo sobre las multitudes infieles, lo eligió. Ver de Dios es elegir o amar. De donde viene aquello: "Los ojos del Señor están sobre los justos" (Sal. XXXIII). Porque también nosotros amamos ver lo que amamos, y nos apresuramos a apartar la vista de lo que aborrecemos. Jesús, por tanto, vio al que lo veía, porque eligió al que lo elegía, y amó al que lo amaba. Este orden de progreso, es decir, llegar al conocimiento de la Divinidad a través de la fe en la encarnación del Señor, como si fuera un sicómoro para contemplar el rostro de Jesús, lo muestra el doctor egregio cuando dice: "Pues no me propuse saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado" (I Cor. II). Y también reprochando a otros: "Os habéis hecho tales que necesitáis leche, no alimento sólido" (Hebr. V). Llamando leche a la débil dispensación temporal, y alimento sólido a la ardua majestad eterna.

Y le dice: Zaqueo, baja pronto, porque hoy es necesario que me quede en tu casa. Y bajando rápidamente, lo recibió con gozo. El Señor alguna vez se quedaba en la casa del príncipe de los fariseos, es decir, enseñaba en la sinagoga de los judíos; pero como con lengua venenosa criticaban al que curaba en sábado sin estar bautizado antes del almuerzo, al que recibía a publicanos y pecadores, al que disputaba contra la avaricia, y a otros actos dignos de Dios, cansado de sus crímenes, se fue y huyó diciendo: "Vuestra casa os será dejada desierta" (Mat. XXIII). Pero hoy es necesario que se quede en la casa del pequeño Zaqueo, es decir, que la gracia de la nueva luz resplandezca en el humilde corazón de las naciones creyentes. Que Zaqueo baje del sicómoro y así prepare una morada para Cristo en su casa, es lo que dice el Apóstol: "Porque aunque conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así" (II Cor. V). Y aunque murió por debilidad, vive por el poder de Dios.

Y al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había ido a hospedarse con un hombre pecador. Es manifiesto que los judíos siempre odiaron la salvación de las naciones, pues está escrito: "El siguiente sábado se reunió casi toda la ciudad para oír la palabra del Señor. Pero al ver las multitudes, los judíos se llenaron de celos. Y contradecían lo que Pablo decía" (Hech. XIII). Y en otro lugar: "También los hermanos fieles discutían contra el príncipe de los apóstoles, diciendo: ¿Por qué entraste a casa de hombres incircuncisos y comiste con ellos?" (Hech. XI).

Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres. Y si en algo he defraudado a alguien, lo devuelvo cuadruplicado. Mientras otros calumniaban al hombre pecador, el mismo Zaqueo, de pie, es decir, permaneciendo en la verdad de la fe que había comenzado, no solo se muestra convertido de pecador, sino también entre los perfectos. Porque al decir el Señor: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres" (Mat. XIX), cualquiera que haya vivido inocentemente antes de la conversión, puede dar todo a los pobres al convertirse. Pero quien ha tomado algo con fraude, primero debe devolverlo según la ley, y luego dar lo que le quede a los pobres. Y así él mismo, porque no retiene nada para sí, dispersa todo lo suyo, lo da a los pobres, su justicia permanece para siempre (Sal. CXI). Y esta es la sabia locura que el publicano recogió del sicómoro, como fruto de vida, es decir, devolver lo robado, dejar lo propio, despreciar lo visible, desear incluso morir por lo invisible, negarse a sí mismo y anhelar seguir las huellas del Señor que aún no se ve.

Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham. Zaqueo es llamado hijo de Abraham, no porque haya nacido de su linaje, sino porque ha imitado su fe. Así como Abraham dejó su tierra, su parentela y la casa de su padre, por la esperanza de la herencia futura, obedeciendo al Señor, así también él, para adquirir un tesoro en los cielos, dejó sus bienes para repartirlos entre los pobres. Y dice bellamente "Y él también", para declarar que no solo aquellos que perseveran en la justicia, sino también aquellos que se arrepienten de la injusticia, pertenecen a los hijos de la promesa. De otra manera: La salvación, que antes llenaba la casa de los judíos, hoy ha brillado para el pueblo de las naciones, porque este pueblo también es hijo de Abraham, creyendo en él. De quien dice el Apóstol: "Y si vosotros sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham" (Gál. III). Y, como dice en otro lugar, Abraham es padre de la circuncisión, no solo para aquellos que son de la circuncisión, sino también para aquellos que siguen las huellas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham en la incircuncisión (Rom. IV).

Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Esto es lo que dice en otro lugar: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores" (Mat. IX). El piadoso Maestro, que no desdeña exponer sus misterios a las turbas murmuradoras, tanto que la penitencia de los pecadores no debe ser rechazada, que el mismo Hijo de Dios fue enviado principalmente a buscarla en la tierra. Quien, para inculcarnos la dispensación de su piedad, a menudo se llama a sí mismo hijo del hombre, recordándonos cuidadosamente lo que se hizo benignamente por nosotros.

Diciendo estas cosas, añadió una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén, y porque pensaban que el reino de Dios se manifestaría de inmediato. Es costumbre del Señor afirmar el discurso previo con parábolas añadidas. Por lo tanto, habiendo aceptado y recomendado la penitencia del publicano rico, añadiendo una parábola, enseña que la penitencia de los pecadores le agrada más que la justicia de los soberbios, y que reinará más ampliamente entre los gentiles humildes por la ignorancia de la ley, que entre los judíos altivos por la justicia que es de la ley. Y porque los discípulos, al escuchar sobre la pasión y resurrección del Señor que se cumplirían en Jerusalén, no entendían lo que se decía, pensando que el reino de Dios vendría de inmediato, iluminando esta ignorancia, muestra que primero dispersará la fe de su reino por todo el mundo, y así, al final del mundo, vendrá como juez de todos los siglos y rey.

Dijo, pues: Un hombre noble se fue a una región lejana para recibir un reino para sí y volver. El hombre noble es aquel a quien el ciego clamaba arriba: "Hijo de David, ten misericordia de mí" (Luc. XVIII). Y al que venía a Jerusalén le cantaban: "Hosanna al hijo de David,

bendito el que viene en el nombre del Señor, rey de Israel" (Mat. XXI). La región lejana es la Iglesia de los gentiles. De la cual a este mismo hombre noble, que dice: "Yo he sido constituido Rey por él" (Sal. II); se le dice por el Padre: "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y por posesión los confines de la tierra" (Ibid.). Esta herencia y posesión se llama región lejana por dos razones: o porque clama al Señor desde los confines de la tierra, o porque "lejos está de los pecadores la salvación" (Sal. CXVIII). Y aunque Dios está presente en todas partes, sin embargo, está lejos del sentido de aquellos que adoran ídolos, el verdadero Dios está ausente. Pero los que estaban lejos, han sido hechos cercanos en la sangre de Cristo (Efes. II).

Llamando a diez de sus siervos, les dio diez minas. El número diez se refiere a la ley, por el Decálogo. Por lo tanto, el padre de familia llama a diez siervos, porque elige discípulos instruidos por la letra de la ley. Les da diez minas, porque revela que las palabras de la ley deben ser entendidas espiritualmente. Pues después de su pasión y resurrección, les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras. La mina, que los griegos llaman innam, pesa cien dracmas. Y toda palabra de la Escritura, porque sugiere la perfección de la vida celestial, brilla como el peso del número cien.

Y les dijo: Negocien hasta que yo venga. Les dice: Ofrezcan a los pueblos las palabras de la ley y los profetas, discutidas con interpretación mística, y reciban de ellos la confesión de fe y la probidad de las costumbres. Según lo que el salmista ordena a sus oyentes, diciendo: "Tomad el salterio, y dad el pandero" (Sal. LXXX). Esto es, recibid la alabanza de la predicación en la intención del corazón, y devolved la devoción de la obra en la mortificación de la carne. Pues el pandero es piel extendida sobre madera. Y la piel extendida sobre madera es nuestra carne afligida a ejemplo de la cruz del Señor.

Pero sus ciudadanos lo odiaban. Y enviaron una embajada tras él, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros. Los ciudadanos son los judíos impíos. De quienes en otro lugar testifica: "Ahora han visto y odiado tanto a mí como a mi Padre" (Juan XV). Quienes no solo odiaban al presente hasta la muerte de cruz, sino que también después de su resurrección enviaron persecución a los apóstoles y despreciaron la predicación del reino celestial.

Y sucedió que al regresar, habiendo recibido el reino. Significa el tiempo cuando vendrá en la más manifiesta y eminente claridad, quien les apareció humilde, cuando decía: "Mi reino no es de este mundo" (Juan XVIII).

Y mandó llamar a los siervos a quienes había dado el dinero, para saber cuánto había negociado cada uno. Para saber, dice, no porque algo le esté oculto, a quien verdaderamente se le ha dicho: "Señor, tú lo sabes todo". Pero dice para saber, para hacer saber a todos. Entonces, las obras y pensamientos de todos se mostrarán abiertamente a todos. Como en Deuteronomio: "El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si lo amáis" (Deut. XIII), es decir, para hacer saber. Que nadie piense que solo aquellos a quienes se les ha dado la gracia de predicar, sino también aquellos a quienes se les ha predicado, serán llamados entonces al juicio. Ellos son la moneda que los buenos siervos han adquirido comerciando. Además, sepan que también aquellos a quienes nunca se les ha predicado estarán allí para ser condenados, de los cuales hablaremos más adelante.

Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. El primer siervo es el orden de los doctores enviados a la circuncisión, a quien el Señor, al ir a predicar, le dio una mina, es decir, le ordenó predicar un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios. Pero esta misma mina ganó diez minas, porque unió a sí mismo al pueblo bajo la ley, enseñando.

Y le dijo: Bien, buen siervo, porque en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. El siervo es fiel en lo poco, quien no adultera la palabra de Dios, sino que habla como de Dios, delante de Dios, en Cristo (II Cor. II). Porque todo lo que recibimos de dones en el presente, en comparación con lo futuro, es muy poco y pequeño, porque en parte conocemos y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará (I Cor. XIII). Las ciudades son las almas que vienen a la gracia del Evangelio a través de la palabra de la ley. A las cuales entonces, con justicia, se le encomienda gloriosamente aquel que les ha prestado dignamente la moneda de la palabra de Dios. De donde un negociante egregio, hablando a las ciudades que gobernaba, es decir, a las almas que había recibido para gobernar, dice: "¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No sois vosotros delante de nuestro Señor Jesús?" (I Tes. II).

Y vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha ganado cinco minas. Este siervo es el grupo de aquellos que fueron enviados a predicar a la incircuncisión, a quien el Señor, al ir a predicar, le había dado una mina, es decir, la misma fe que fue creída por la circuncisión, pero esta ganó cinco minas, porque convirtió a las gentes, antes sometidas a los sentidos del cuerpo, a la gracia de la fe evangélica.

Y le dijo: Y tú estarás sobre cinco ciudades. Esto es, de la fe y conversión de las almas que había instruido, brillarás grande y sublime. De las cuales mística dice Isaías: "En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto, hablando la lengua de Canaán" (Isa. XIX). Las cinco ciudades en la tierra de Egipto son los cinco sentidos del cuerpo que usamos en este mundo, a saber, vista, oído, gusto, olfato y tacto. Y "el que mira a una mujer para codiciarla" (Mat. V); "el que cierra sus oídos para no oír al pobre" (Prov. XXI); "el que se embriaga con vino, en el cual hay disolución" (Efes. V); "el que se deleita en coronarse con rosas antes de que se marchiten" (Sab. II); "cuyas manos están llenas de sangre, y su diestra está llena de sobornos" (Sal. XXV), sus cinco ciudades hablan la lengua de Egipto, es decir, todos los sentidos hacen obras de tinieblas. Egipto significa tinieblas. Pero el que cierra sus oídos para no oír sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal (Isa. XXXIII), el que gusta y ve cuán bueno es el Señor (Sal. XXXIII), el que castiga su cuerpo y lo somete a servidumbre (I Cor. IX), el que puede decir con el Apóstol, "somos buen olor de Cristo para Dios" (II Cor. II), sus ciudades hablan una lengua cambiada, que se interpreta como Canaán. Y quien las ha cambiado de las tinieblas enseñando, con razón se recuerda que está sobre cinco ciudades, porque no solo se honra por sus propios progresos, sino también por los de sus oyentes, a quienes llamó a la luz.

Y vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, que tuve guardada en un pañuelo. Porque tuve miedo de ti, porque eres un hombre severo, tomas lo que no pusiste y cosechas lo que no sembraste. El siervo que, habiendo sido ordenado negociar, guardó la moneda del Señor en un pañuelo, muestra a aquellos que, siendo aptos para predicar, se niegan a asumir el oficio de predicación ordenado por el Señor a través de la Iglesia, o al menos a recibirlo o llevarlo dignamente. Guardar la moneda en un pañuelo es esconder los dones recibidos bajo la ociosidad de una pereza lenta. Hay hombres que se complacen en esta perversidad, diciendo: Es suficiente que cada uno dé cuenta de sí mismo. ¿Qué necesidad hay de predicar a otros, para que también uno se vea obligado a dar cuenta de ellos, cuando ante el Señor incluso aquellos son inexcusables a quienes no se les ha dado la ley, ni han oído el Evangelio, porque a través de la creación podían conocer al Creador? Esto es como cosechar donde no sembró, es decir, también tener por impíos a aquellos a quienes no se les ha ministrado la palabra de la ley o del Evangelio. Evitando este peligro del juicio, descansan en la pereza del letargo, y esto es como guardar lo que han recibido en un pañuelo.

Le dice: Te juzgo por tus propias palabras, siervo malo. Se le llama siervo malo, porque es perezoso y negligente para ejercer el negocio, y atrevido y arrogante para acusar el juicio del Señor.

Sabías que soy un hombre austero, que recojo lo que no puse y cosecho lo que no sembré, ¿y por qué no diste mi dinero al banco? Lo que pensó que sería una excusa se convierte en su propia culpa. Si, dice, sabías que soy duro y cruel, y que busco lo ajeno y cosecho donde no sembré, ¿por qué no te infundió temor tal pensamiento, para que supieras que buscaría lo mío con más diligencia y dieras mi dinero o plata al banco? Porque el término griego ἀργυρίω significa ambas cosas. Las palabras del Señor, dice, son palabras puras, plata refinada en el fuego (Salmo XI). Por lo tanto, el dinero y la plata son la predicación del Evangelio y la palabra divina, que debía darse al banco, es decir, ser comunicada a los corazones dispuestos y preparados de los fieles. A este banco, es decir, a la mente de los oyentes, no debe llevarse otro dinero que el del Señor, para que toda palabra del que enseña siga el sentido de la Escritura. Pues el Señor aquí no dice que cualquier dinero, sino el suyo, debe ser prestado a los banqueros, como explica el Apóstol diciendo: Si alguno habla, hable como las palabras de Dios (I Pedro IV).

Y yo, al venir, ciertamente lo habría exigido con intereses. Quien recibe el dinero de la palabra de un maestro y lo compra creyendo, debe necesariamente pagarlo con intereses actuando, para que lo que aprendió al oírlo, lo ejecute en acción. En el interés, de hecho, se recibe dinero incluso no dado. O ciertamente paga intereses del capital de la palabra recibida, quien de lo que oye se esfuerza por entender también otras cosas que aún no ha aprendido de la boca del predicador.

Y a los que estaban presentes les dice: Quitadle la mina y dadla al que tiene diez minas. Y le dijeron: Señor, tiene diez minas. Justamente pierde la gracia otorgada, que al predicar no quiso compartir con otros, para que se aumente a quien trabajó con ella. Según lo que se dice al ángel de la Iglesia de Éfeso: Y moveré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes (Apoc. II). Y cuando el crisma real, que Saúl perdió por su soberbia, David lo mereció por su obediencia: El Espíritu del Señor se apartó de Saúl y fue dirigido a David desde ese día en adelante. Pero el hecho de que la mina quitada al siervo malo se ordenara dar al que tenía diez minas, indica mística, según creo, que al entrar la plenitud de los gentiles, todo Israel será salvo (Rom. XI), y entonces la abundancia de la gracia espiritual, que ahora ejercemos de repente, será conferida a los doctores de ese pueblo.

Os digo que a todo el que tiene se le dará. Pero al que no tiene, incluso lo que tiene se le quitará. Esta sentencia se refiere a lo anterior, enseñando que también puede perder el don de Dios quien teniendo no tiene, es decir, no lo usa, y se aumentará en aquel que teniendo tiene, es decir, lo usa bien. Este cambio de gracias, como suele ocurrir en esta vida, es de notar que el examen del Señor que regresa se celebra ahora en parte, pero entonces se cumplirá universalmente. Porque cada día, habiendo recibido el reino del Padre, regresa, ya que contempla el estado de la Iglesia peregrina en la tierra. Cada día, en tan gran número de siervos fieles, presta dinero a uno para negociar, en otro examina el modo de la obra consumada, a este que trabaja fiel y prudentemente le otorga el don de una gracia mayor, a aquel que sigue la pereza y el ocio marchito por el lujo, lo priva de lo que le había dado. Pero en el juicio universal manifestado, que es terrible incluso de decir, muchos que parecían idóneos para enseñar, por la culpa de su negligencia, serán contados entre los indoctos. Pero otros hermanos más simples e ignorantes de los elementos, por la devoción de su

conversación ejemplar, recibirán las mayores recompensas entre los doctores apostólicos. Porque quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta (Mat. X).

Sin embargo, a mis enemigos, aquellos que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí. Significa la impiedad de los judíos o de todos los réprobos que no quisieron convertirse a Cristo, que será castigada en el día del juicio, para que por los dos siervos fieles, los doctores de ambos pueblos, por las diez y cinco minas los mismos pueblos creyentes, por el siervo malo los malos católicos, por los enemigos que no quisieron que él reinara sobre ellos, la impiedad de aquellos que prefirieron nunca oír la palabra de fe o corromperla interpretándola mal, por la cosecha del campo no sembrado incluso aquellos a quienes no les fue dado oír la palabra de Dios, se señale la discusión. Con estas cinco personas se expresa todo el género humano que estará en el día del juicio.

Y dicho esto, iba delante, subiendo a Jerusalén. Terminada la parábola, sube a Jerusalén, para mostrar que la parábola se refería principalmente al destino de esa misma ciudad, que poco después lo mataría y, por odio a su reino, perecería en una calamidad hostil.

Y sucedió que, al acercarse a Betfagé y Betania, al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, diciendo: Id al pueblo que está enfrente de vosotros. Betfagé era una aldea de sacerdotes en el monte de los Olivos. Betania también era una pequeña villa o ciudad en la ladera del mismo monte, a unos quince estadios de Jerusalén, como manifiesta el evangelista Juan, donde Lázaro fue resucitado de entre los muertos. Cuyo sepulcro ahora se muestra allí construido como iglesia. Betfagé se llama casa de la boca, Betania casa de la obediencia. Que el Salvador, al ir a Jerusalén, elevó con la dignación de su presencia, porque antes de su pasión enseñó a muchos, llenándolos con los dones de la confesión piadosa y la obediencia espiritual. Estas hermosas ciudades situadas en el monte de los Olivos se refieren, es decir, al mismo Señor, que nos conforta con la unción de los carismas espirituales y la luz del conocimiento y la piedad. Por lo cual, cuando en otro lugar dice: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V), inmediatamente añade: Ni se enciende una lámpara y se pone debajo del celemín (Ibid.), porque el mismo monte de los Olivos, es decir, el supremo distribuidor de las gracias espirituales, que exalta a su ciudad para que resplandezca, también la inflama con el óleo de la alegría para que pueda brillar. Y porque no quiso que esa luz se pusiera bajo el celemín, envió a los discípulos al pueblo que estaba enfrente de ellos, es decir, se preocupó por enviar a los doctores que, evangelizando, penetraran las costas incultas y bárbaras de todo el mundo, como si fueran las murallas de un pueblo opuesto. Y correctamente se envían dos, ya sea por el conocimiento de la verdad y la pureza de la obra, o por el sacramento del amor doble, a saber, de Dios y del prójimo, que debe ser predicado en todo el mundo.

Al entrar, encontraréis un pollino atado, en el que ningún hombre ha montado jamás. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo desatáis, diréis así: Porque el Señor lo necesita. Al entrar en el mundo, los predicadores encontraron al pueblo de las naciones enredado en las cadenas de la infidelidad. Porque cada uno estaba atado con las cuerdas de sus pecados, no solo de las naciones, sino también de los judíos. Porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Rom. III). Por lo cual, bien en Mateo se encuentra también la asna atada con el pollino. La asna, que fue de carga y domesticada, había llevado el yugo de la ley, significa la sinagoga: el pollino de la asna, lascivo y libre, demuestra al pueblo de las naciones. En el que ningún hombre ha montado jamás, es decir, ningún doctor racional había puesto el freno de la corrección, con el que se le obligara a contener su lengua del mal o a ir por el camino estrecho de la vida, nadie le había conferido las vestiduras de la

salvación, útiles para calentarse espiritualmente, persuadiéndole. Porque se habría sentado sobre él un hombre, si alguien usando la razón lo corrigiera reprimiendo su necesidad. Por lo cual, no sin razón, pueden entenderse los dos discípulos destinados a presentar los animales al Señor, según el ejemplo de la parábola anterior, como dos órdenes de predicadores, uno dirigido a los gentiles, otro a la circuncisión. Y es de notar que los tres evangelistas que escribieron en lengua griega mencionan solo al pollino; Mateo, que escribió su Evangelio en lengua hebrea para los hebreos, refiere también que la asna fue desatada y llevada al Señor, para mostrar que incluso la salvación de esa misma nación hebrea, si se arrepiente, no debe desesperarse. Desatad, dice, y traed. Porque todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en los cielos (Mat. XVIII).

Fueron, pues, los que fueron enviados, y encontraron, como él les había dicho, al pollino de pie. Marcos escribe que encontraron al pollino atado fuera de la puerta, en un cruce. Pero la puerta es él mismo, quien dice: Yo soy la puerta de las ovejas; por mí si alguno entra, será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pastos (Juan X). De los cuales pastos de vida carecía este pollino, es decir, el pueblo de las naciones, cuando aún estaba atado fuera de esta puerta en un cruce. Y correctamente en un cruce, porque no seguía un camino cierto de vida y fe, sino que erróneamente seguía muchos caminos dudosos de sectas. De los cuales se añade apropiadamente:

Y mientras desataban al pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis al pollino? Porque tenía muchos dueños, que no estaba dedicado a un solo dogma y superstición, sino que, miserable, era arrastrado por el capricho de los espíritus inmundos a varios y diversos errores, caminando hacia ídolos mudos, según era conducido. De hecho, por una cierta costumbre vernácula de la Escritura, se dice común lo que es inmundo, como también la voz del cielo dice a Pedro: Lo que Dios ha limpiado, no lo llames común (Hechos XI). Porque quien es santo, es solo de Dios, y no es común con nadie. Pero quien es pecador e inmundo, es de muchos. Porque muchos demonios lo poseen, y por eso se le llama común.

Pero ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita. Y lo llevaron a Jesús. Los que se oponían a desatar al pollino, al oír el nombre del Señor, se aquietan, porque los maestros de los errores, que se oponían a los doctores que venían a la salvación de las naciones, defendían sus tinieblas hasta que, con los milagros atestiguando, brilló la virtud del verdadero poseedor y Señor. Pero después de que apareció el poder de la fe del Señor, cediendo por todas partes las quejas de los adversarios, se lleva al grupo libre de creyentes, que lleva a Dios en su corazón.

Y echando sus vestiduras sobre el pollino, pusieron a Jesús. Las vestiduras de los apóstoles pueden entenderse como la doctrina de las virtudes, la exposición de las Escrituras, o ciertamente las variedades de los dogmas eclesiásticos, con las cuales cubren los corazones de los hombres, antes desnudos y fríos, para que sean dignos de Cristo como jinete.

Y mientras él iba, tendían sus vestiduras en el camino. Llevando al Señor el asno, los discípulos tienden sus vestiduras en el camino, porque despojándose del vestido de su propio cuerpo, preparan el camino a los siervos de Dios más simples con su sangre, para que puedan caminar con paso seguro de mente hacia Jerusalén, donde Jesús conduce. Porque Jesús, montado en el asno, se dirige a Jerusalén, cuando o bien gobierna el alma de cada fiel, es decir, su jumento, llevándolo a la visión de la paz interior, o también cuando preside universalmente la santa Iglesia, y la enciende en el deseo de la paz suprema. Pero como según otros evangelistas, no solo los discípulos, sino también muchos de la multitud tendían sus vestiduras en el camino, pueden designarse por ellos también aquellos que, siguiendo los

ejemplos de los mártires, dominan sus cuerpos por la abstinencia, para preparar el camino al Señor hacia la mente, o para ofrecer buenos ejemplos a los que los siguen.

Y cuando se acercaba ya al descenso del monte de los Olivos, comenzaron todas las multitudes de los que descendían a alabar a Dios con gran voz, gozosos. Descendiendo el Señor del monte de los Olivos, las multitudes que alaban y se alegran también descienden, porque al humillarse voluntariamente el autor de la misericordia, es necesario que aquellos que necesitan mucho de la misericordia imiten, en cuanto pueden, las huellas de su humildad. Es necesario, digo, que nosotros, al ver cómo Jesús desciende del monte de los Olivos, es decir, cuando siendo en forma de Dios, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, nos humillemos también bajo su poderosa mano, para que merezcamos ser exaltados en el tiempo de la visitación.

Sobre todas las virtudes que habían visto, diciendo: Bendito el que viene, el Rey, en el nombre del Señor. Muchas virtudes del Señor habían visto, pero especialmente la resurrección de Lázaro, que había sido hecha recientemente, los asombraba, dando testimonio la multitud que estaba con él cuando lo llamó del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos. Porque el profeta salió a su encuentro y la multitud, porque oyeron que había hecho este signo. Es de notar que no ahora por primera vez viniendo de Galilea el Salvador, es decir, cinco días antes de la Pascua, llegó a Jerusalén, sino el año anterior, en el mes séptimo, había venido allí para la fiesta de los tabernáculos, como Juan recuerda, y desde entonces durante seis meses continuos, es decir, hasta el día de la Pascua, en que sufrió, a veces hizo señales y enseñó en Jerusalén, a veces subió al monte de los Olivos, a veces expulsado de Judea cruzó el Jordán, a veces permaneció en la ciudad del desierto llamada Efraín con los discípulos, nunca sin embargo en ese tiempo volvió a Galilea. Sobre todas las virtudes, pues, que lo habían visto hacer durante tanto tiempo, las multitudes alaban a Dios, diciendo:

Bendito el que viene, el Rey, en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas. Bendito el que viene, el Rey, en el nombre del Señor, debe entenderse más bien como en el nombre del Señor, en el nombre de Dios Padre, aunque también puede entenderse en su propio nombre, porque él mismo es Señor. Por lo cual en otro lugar está escrito: Llovió el Señor desde el Señor. Pero sus palabras dirigen mejor nuestro entendimiento, quien dice: Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; otro vendrá en su propio nombre, a este recibiréis (Juan V). Porque Cristo es maestro de humildad, quien se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte (Filip. II). No pierde, pues, la divinidad cuando nos enseña la humildad. Pero Cristo no es Rey de Israel para exigir tributo, o armar un ejército con hierro, y vencer visiblemente a los enemigos, sino Rey de Israel porque gobierna las mentes, porque cuida eternamente, porque lleva a los creyentes, esperanzados y amantes al reino de los cielos. Por lo tanto, el Hijo de Dios igual al Padre, la Palabra por la cual fueron hechas todas las cosas, que quiso ser Rey de Israel, es dignación, no promoción, es indicio de misericordia, no aumento de poder. Porque quien fue llamado en la tierra Rey de los judíos, en los cielos es Señor de los ángeles. Pero porque Cristo en la carne brilló como propiciación de todo el mundo, es decir, de los hombres y de los ángeles, bellamente se armonizan entre sí en su alabanza las cosas celestiales y terrenales. Porque al nacer él, los ejércitos de las virtudes celestiales, alabando a Dios, cantan: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres (Luc. II), y al triunfar sobre el príncipe del mundo, y pronto devolverse a los cielos, los mortales devuelven la alabanza: Paz en el cielo y gloria en las alturas.

Y algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Admirable es la demencia de los envidiosos, que no dudan en llamarlo Maestro, porque sabían que enseñaba la verdad, y sin embargo, piensan que sus discípulos deben ser

reprendidos, como si ellos estuvieran mejor instruidos, y le aconsejan corregir a los que él instruyó, a quien ven resplandecer como Dios con señales aprobatorias.

A los cuales él dice: Os digo que si estos callan, las piedras clamarán. Cuando el Señor fue crucificado, todos sus conocidos estaban de lejos, temían confesar a Dios, a quien veían clavado en el madero, pero, mientras estos callaban, las piedras y las rocas clamaban al Rey que venía en el nombre del Señor con gran voz. Porque él entregó su espíritu, y he aquí, la tierra se movió, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron: a quien los hombres, ya sea por temor o por perfidia, temen confesar, este incluso los elementos más duros proclaman abiertamente como Dios y Señor del mundo. Pero en un misterio más alto, las naciones gentiles incrédulas y de corazón duro se demuestran con el nombre de piedras, a quienes, quitado el corazón de piedra, les dio un corazón de carne (Ezequiel XI), es decir, sensible y humano, para que pudieran creer, alabar y ver a Dios su Creador. Si, pues, las multitudes de hombres callan, las piedras clamarán, porque la ceguera en parte ha acontecido en Israel, hasta que la plenitud de los gentiles entre, y así todo Israel será salvo (Rom. III).

Y al acercarse, viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: Porque si conocieras tú también. Que al llorar el Señor se describa esa subversión de Jerusalén que fue hecha por los príncipes romanos Vespasiano y Tito, nadie que haya leído la historia de su destrucción lo ignora. Pero primero debe preguntarse qué significa lo que se dice: Viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: Porque si conocieras tú también. Porque el piadoso Redentor lloró la ruina de la ciudad infiel, que la misma ciudad no conocía que vendría. A la cual el Señor llorando dice correctamente: Porque si conocieras tú también, se sobreentiende: habrías llorado lo que ahora, porque no sabes lo que se avecina, te regocijas. Por lo cual se añade:

Y en este tu día, lo que es para tu paz. Porque cuando se entregaba a los placeres de la carne, no preveía los males venideros, en su día, lo que podía ser para su paz, tenía. ¿Por qué, pues, tenía los bienes presentes para la paz? Se manifiesta cuando se añade:

Ahora, sin embargo, están ocultos a tus ojos. Porque si a los ojos de su corazón no estuvieran ocultos los males que se avecinaban, no se habría alegrado en los presentes bienes prósperos. De lo cual también se añade la pena que le amenazaba de los romanos, como predije, príncipes, cuando se dice:

Porque vendrán días sobre ti, y te rodearán tus enemigos con un vallado. Y te rodearán, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán a tierra, y a tus hijos que están en ti. Esto también que se añade: Y no dejarán en ti piedra sobre piedra. Incluso la misma emigración de esa ciudad lo atestigüa, porque ahora que está construida en el lugar donde el Señor fue crucificado fuera de la puerta, la anterior Jerusalén fue completamente destruida. A la cual, de la culpa de la cual le fue impuesta la pena de su destrucción, se añade:

Porque no conociste el tiempo de tu visitación. Porque el Creador de todos, por el misterio de la Encarnación, se dignó visitarla, pero ella no se acordó de su temor y amor. Por lo cual también por el profeta se deducen las aves del cielo como testimonio de la reprensión del corazón humano, cuando se dice: El milano en el cielo conoció su tiempo, la tórtola y la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su venida, pero mi pueblo no conoció el juicio del Señor (Jeremías VIII).

Y al entrar en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Está escrito que mi casa es casa de oración. Quien anunció los males venideros,

y de inmediato entró en el templo para echar fuera a los que vendían y compraban, ciertamente dejó claro que la ruina del pueblo fue principalmente por culpa de los sacerdotes. Describiendo la destrucción, pero golpeando a los vendedores y compradores en el templo, mostró en el mismo acto de su obra de dónde surgió la raíz de la perdición.

Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Los que residían en el templo para recibir dones, ciertamente no era dudoso que buscaran ofensas de aquellos que no daban. Así, la casa de oración se había convertido en cueva de ladrones, porque sabían estar en el templo para perseguir físicamente a los que no daban dones, o para matar espiritualmente a los que sí daban. Pero nuestro Redentor, que no retira las palabras de predicación ni a los indignos e ingratos, después de haber mantenido el vigor de la disciplina echando fuera a los perversos, mostró de inmediato el don de la gracia; pues se añade:

Y enseñaba diariamente en el templo. Hemos tratado brevemente esto según la historia, ahora repitamos lo mismo para discutirlo con entendimiento moral. Viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: Porque si también tú conocieras. Esto lo hizo una vez, cuando anunció que la ciudad perecería. Esto nuestro Redentor no cesa de hacerlo diariamente a través de sus elegidos, cuando considera que algunos han pasado de una buena vida a costumbres reprobables. Pues llora por aquellos que no saben por qué se les llora, porque según las palabras de Salomón se alegran cuando hacen el mal, y se regocijan en cosas perversas (Proverbios II). Si reconocieran su condenación, que les amenaza, se llorarían a sí mismos con lágrimas de sus delitos. Y ciertamente en este tu día, que es para tu paz. Aquí tiene su día el alma perversa, que se alegra en el tiempo transitorio. Para quien las cosas presentes son para la paz, porque mientras se alegra de las cosas temporales, mientras se exalta con honores, mientras se disuelve en la voluntad de la carne, mientras no se aterra con el temor de la pena futura, tiene paz en su día, que tendrá un grave escándalo de su condenación en el día ajeno. Pues allí será afligida donde los justos se alegrarán. Pero ahora están ocultas a tus ojos. El alma perversa, entregada a las cosas presentes, disuelta en los placeres terrenales, oculta para sí los males que siguen, porque rehúsa prever lo futuro, que perturbaría su alegría presente. Y mientras se abandona en el deleite de la vida presente, ¿qué otra cosa hace sino ir con los ojos cerrados al fuego? Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con un vallado. ¿Quiénes son mayores enemigos del alma humana que los espíritus malignos? que la asedian cuando sale del cuerpo, a la que, puesta en el amor de la carne, fomentan con deleites engañosos. La rodean con un vallado, porque, trayendo ante los ojos de su mente las iniquidades que ha cometido, la constriñen llevándola a la sociedad de su condenación.

Y te rodearán, y te estrecharán por todas partes. Los espíritus malignos estrechan al alma por todas partes, cuando no solo le replican las iniquidades de la obra, sino también de la palabra, e incluso del pensamiento, para que, habiéndose antes extendido en el crimen, al final se vea angustiada en la retribución. Y te derribarán a tierra a ti y a tus hijos que están en ti. Entonces el alma, por el reconocimiento de su culpa, es derribada a tierra, cuando la carne que creyó su vida es forzada a volver al polvo. Entonces en la muerte caen sus hijos, cuando los pensamientos ilícitos que ahora proceden de ella se disipan en la última venganza de la vida, como está escrito: En aquel día perecerán todos sus pensamientos. Estos pensamientos duros pueden entenderse también por la significación de las piedras. Pues sigue: Y no dejarán en ti piedra sobre piedra. Porque la mente perversa, cuando añade perversión a un pensamiento perverso, ¿qué otra cosa hace sino poner piedra sobre piedra? Pero en la ciudad destruida no queda piedra sobre piedra, porque cuando el alma es llevada a su venganza, toda la construcción de sus pensamientos se disipa. Porque no conociste el tiempo de tu visitación. El Dios omnipotente suele visitar de muchas maneras al alma perversa. Pues la visita continuamente con el precepto, a veces con el castigo, a veces con el milagro, para que oiga

las verdades que no conocía, y aún soberbia y despreciando, o vuelva compungida por el dolor, o vencida por los beneficios, se avergüence del mal que hizo. Pero porque no reconoce el tiempo de su visitación, es entregada en el extremo de la vida a aquellos enemigos con los que se une en la sociedad de su condenación en el juicio eterno. Y al entrar en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él. Así como el templo de Dios está en la ciudad, así en el pueblo fiel está la vida de los religiosos. Y a menudo algunos toman el hábito de la religión, pero mientras perciben el lugar de los órdenes sagrados, convierten el oficio de la santa religión en comercio de negociación terrena. Pues los que venden en el templo son aquellos que otorgan como premio lo que a algunos corresponde por derecho. Vender la justicia es guardarla por la aceptación de un premio. Y los que compran en el templo son aquellos que, mientras no quieren dar al prójimo lo que es justo, y mientras desprecian hacer lo que es debido por derecho, compran el pecado dando un premio a los patronos. A quienes bien se les dice: Mi casa es casa de oración. Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Porque cuando a veces hombres perversos ocupan el lugar de la religión, allí matan con las espadas de su malicia, donde debieron vivificar a los prójimos con la intercesión de su oración. También el templo y la casa de Dios es la misma mente y conciencia de los fieles, que si alguna vez en la ofensa al prójimo produce pensamientos perversos, es como si en una cueva residieran ladrones, y matan a los que caminan sencillamente, cuando clavan las espadas de la ofensa en aquellos que no son culpables de nada. Pues la mente de los fieles ya no es casa de oración, sino cueva de ladrones, cuando, dejando la inocencia y la simplicidad de la santidad, se ve obligada a hacer aquello con lo que puede dañar a los prójimos. Pero porque contra todas estas perversidades somos instruidos incesantemente con las palabras de nuestro Redentor a través de las sagradas escrituras, hasta ahora se hace lo que se dice que fue hecho, cuando se dice:

Y enseñaba diariamente en el templo. Pues cuando instruye sutilmente a la mente de los fieles para evitar los males, diariamente la Verdad enseña en el templo.

Pero los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los príncipes del pueblo buscaban perderlo, y no encontraban qué hacerle. Ya sea porque enseñaba diariamente en el templo, o porque había echado a los ladrones del templo, o porque viniendo allí como Rey y Señor recibió de tan gran multitud de creyentes la alabanza de un himno celestial, los príncipes envidiosos buscaban perderlo.

Pues todo el pueblo estaba pendiente escuchándolo. Puede entenderse de dos maneras, porque o temiendo el tumulto del pueblo no encontraban qué hacerle a Jesús a quien habían dispuesto perder; o por eso buscaban perder a Jesús, porque viendo que muchos acudían a él para escucharlo, descuidaban su magisterio. Mientras tanto, es agradable observar brevemente cuán bellamente la sombra legal de la Pascua, y nuestra verdadera Pascua en la que Cristo fue inmolado, concuerdan no solo en el misterio, sino también en la razón del tiempo. El décimo, dice, día del primer mes, tome cada uno un cordero por las familias de su casa. Según este rito tomaréis también un cabrito, y lo guardaréis hasta el decimocuarto día de ese mes (Éxodo XII). Pues el décimo día del primer mes, es decir, cinco días antes de la Pascua, como testifica el evangelista Juan, saliendo todo el pueblo al monte de los Olivos, tomó de allí al Señor. Que es cordero, porque vino para quitar los pecados, y no hay pecado en él, cabrito, porque fue acusado de pecado. Introdujeron al cordero en casa, quienes cantaban gozosos: Bendito el que viene como Rey en el nombre del Señor; al cabrito, quienes celosos decían: Maestro, reprende a tus discípulos; al cordero, todo el pueblo que estaba pendiente escuchándolo; al cabrito, los príncipes que deseaban perderlo. Pero cinco días antes de la Pascua, es decir, desde la décima luna hasta la decimocuarta, guardaban al cordero o al cabrito para inmolarlo. Porque aunque entonces también ansiaban su sangre, nadie sin

embargo puso mano sobre él, porque aún no había llegado su hora. Guardaban al cordero, quienes escuchaban gustosamente sus palabras; al cabrito, quienes insidiosos buscaban atrapar algo de su boca para acusarlo. Pero al completarse el decimocuarto día, es decir, al declinar hacia la tarde, después de haber entregado a sus discípulos los sacramentos de su cuerpo y sangre para celebrar, al venir los que lo apresarían y atarían, comenzó a cumplirse lo que sigue: Y lo inmolará toda la multitud de los hijos de Israel al atardecer (Éxodo XII). Pues estaban junto a la cruz de Jesús no solo los impíos que se burlaban de su muerte, sino también los santos que lloraban. Ha sido agradable mencionar brevemente esto, para advertir al lector que todo lo que sigue hasta la pasión del Señor, pertenece a la figura del cordero retenido en casa y preparado para la inmólación.

CAPÍTULO XX.

Y aconteció en uno de los días, mientras él enseñaba al pueblo en el templo y evangelizaba, que se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le dijeron: Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? De diversas maneras traman la misma calumnia que antes, cuando dijeron: En Beelzebú, príncipe de los demonios, expulsa demonios (Lucas XI). Pues cuando dicen: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? dudan de la autoridad de Dios, y quieren que se entienda que lo que hace es del diablo. Añadiendo también:

¿O quién es el que te dio esta autoridad? Niegan manifiestamente al Hijo de Dios, a quien piensan que no hace señales con sus propias fuerzas, sino con ajenas.

Respondiendo, les dijo: Yo también os haré una pregunta. Respondedme. El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? El Señor podía refutar la calumnia de los tentadores con una respuesta abierta, pero prudentemente pregunta para que sean condenados por su propio silencio o sentencia.

Pero ellos pensaban entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué entonces no le creísteis? A quien confesáis que tuvo profecía del cielo, me dio testimonio, y de él oísteis en qué autoridad hago estas cosas.

Pero si decimos: de los hombres: todo el pueblo nos apedreará. Pues están seguros de que Juan es profeta. Vieron, pues, que cualquiera de estas respuestas los haría caer en una trampa, temiendo la lapidación, pero temiendo más la confesión de la verdad.

Y respondieron que no sabían de dónde era. Y Jesús les dijo: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas. No os digo lo que sé, porque no queréis confesar lo que sabéis. Justamente rechazados, ciertamente se retiraron confundidos, y se cumplió lo que en el salmo dice Dios Padre por el Profeta: Preparé una lámpara para mi Cristo (Salmo CXXXI), es decir, el mismo Juan: A sus enemigos los vestiré de confusión (Ibíd.). Es de notar que por dos causas principalmente se debe ocultar el conocimiento de la verdad a los que preguntan, cuando quien pregunta es incapaz de entender lo que pregunta, o por odio o desprecio de la misma verdad es indigno de que se le revele lo que pregunta. Por una de estas razones el Señor dice: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis llevar ahora (Juan XVI). Por la otra razón manda a los discípulos: No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mateo VII).

Comenzó a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, y la arrendó a labradores, y se fue lejos por mucho tiempo. Mientras el Señor enseñaba al pueblo y evangelizaba, se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le

preguntaron tentándolo con qué autoridad hacía señales. A quienes, superados por su propia astucia, el Señor prosigue lo que había comenzado. Pues incluso oyéndolos a ellos, se dirige más al pueblo que escucha sus palabras con más gusto. Introduciendo una parábola con la que acusa su impiedad, y enseña que el reino de Dios será transferido a los gentiles. El hombre que plantó la viña es el mismo que, según otra parábola, contrató obreros para su viña (Mateo XX). Pues la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaías V). Los labradores son los mismos obreros que se dice fueron contratados para cultivar la viña a la primera, tercera, sexta y novena hora. Pero él se fue lejos, no por cambio de lugar. Pues ¿de dónde puede ausentarse Dios, quien dice: Yo lleno el cielo y la tierra (Jeremías XXIII)? y en otro lugar: ¿Soy yo un Dios de cerca, y no de lejos?, dice el Señor. Pero se dice que se aleja de la viña, para dejar a los viñadores libre albedrío para obrar. Lo cual es similar a lo que, habiendo arrendado la viña a labradores, dice por Isaías: Y esperé que diese uvas, y dio agradones (Isaías V).

Y en el tiempo envió a un siervo a los labradores para que le dieran del fruto de la viña. Pero ellos, golpeándolo, lo despidieron con las manos vacías. Bien puso tiempo de frutos, no de cosechas. Pues ningún fruto existió de los judíos, ninguna cosecha de esta viña, aunque se buscara con frecuencia y diligencia, fue encontrada. El siervo que fue enviado primero es entendido como el legislador Moisés, quien durante cuarenta años continuos buscó algún fruto de la ley que había dado a los labradores; pero golpeado, lo despidieron con las manos vacías. Pues irritaron a Moisés en el campamento, y a Aarón, el santo del Señor. Y Moisés fue afligido por ellos, porque exacerbaron su espíritu. Y el mismo siervo declara claramente qué piensa del fruto de la viña, diciendo en su cántico: Pues de la viña de los de Sodoma es su vid, y de la propagación de Gomorra. Su uva es uva de hiel, racimo de amargura para ellos. Furia de dragones es su vino, y furia de áspides incurable (Deuteronomio XXXII).

Y añadió enviar otro siervo. Pero ellos también a este, golpeándolo y afligiéndolo con injurias, lo despidieron con las manos vacías. El otro siervo significa al profeta y rey David. Quien fue enviado después de Moisés, para que con la modulación de los salmos y la dulzura de la cítara, excitara a los labradores de la viña al ejercicio de la buena obra. Pues también a este, afligido con injurias, lo despidieron con las manos vacías. Pues diciendo: ¿Qué parte tenemos en David, o qué herencia en el hijo de Isaí? (III Reyes XII), cambiaron el reino de David con linaje ignoble y la religión con impiedad. Sin embargo, él intercede para que esta viña, que trasladada de Egipto protegió con su sombra los montes de Palestina, no sea exterminada por completo. Señor Dios de los ejércitos, vuélvete ahora, mira desde el cielo, y ve, y visita esta viña, y dirige la que plantó tu diestra (Salmo LXXIX). Donde también expone quién es el hombre que plantó esta viña, el Señor Dios de los ejércitos.

Y añadió enviar un tercer siervo, y a este también, hiriéndolo, lo echaron fuera. El tercer siervo, entiende que es el coro de los profetas, quienes con continuas atestaciones convocaron al pueblo, y predijeron los males que amenazaban a esta viña. Pero ¿a cuál de los profetas no persiguieron? y mataron a los que anunciaban la venida del justo (Hechos VII). Y estos también dijeron muchas cosas sobre la esterilidad de esta viña, pero basta con poner el lamento de uno solo, Jeremías. Yo, dice, te planté como viña escogida, toda semilla verdadera. ¿Cómo te has convertido en una viña extraña y perversa? (Jeremías II). Por cuya protección de la viña, para que no naciera en ella o por ella una hortaliza de fragilidad e infirma y rápidamente precedera suavidad, leemos que Nabot el jezeelita no solo fue herido, sino también asesinado. De quien, aunque no recibimos ninguna palabra profética, sin embargo, su hecho profético, porque profetizó con su propia sangre que muchos mártires futuros por esta viña, es digno de mención. Estos tres grados de siervos pueden comprender la figura de todos los doctores bajo la ley, como el Señor manifiestamente declara en otro

lugar, diciendo: Porque es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos acerca de mí (Lucas XXIV).

Pero el Señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado. Quizás cuando lo vean, lo respetarán. Que el Señor de la viña hable de manera dubitativa y no deliberativa, no proviene de la ignorancia. Pues ¿qué ignora el Señor de la viña, quien en este lugar es entendido como Dios Padre? Pero siempre se dice que Dios duda, para que se reserve al hombre la libre voluntad. A quien cuando los labradores vieron, pensaron entre sí, diciendo: Este es el heredero, matémoslo para que la herencia sea nuestra. El Señor prueba manifiestamente que los príncipes de los judíos no crucificaron al Hijo de Dios por ignorancia, sino por envidia. Pues entendieron que este era a quien se le dijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia (Salmo II). Y por eso, como si consultaran entre sí, decían: He aquí, todo el mundo va tras él, y si lo dejamos así, todos creerán en él (Juan XII). La herencia del hijo es la Iglesia, dada a él de entre todas las naciones, que el Padre no le dejó al morir, sino que él mismo la adquirió maravillosamente con su muerte, porque resucitando la poseyó. Pero los malos labradores intentaron arrebatarle esta herencia al matarlo, cuando los judíos, crucificándolo, intentaron extinguir la fe que es por él, y preferir más su propia justicia que es por la ley, e intentaron inculcarla a las naciones.

Y echándolo fuera de la viña, lo mataron. Fuera de la viña el heredero de la viña es asesinado, porque Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, sufrió fuera de la puerta. O fue echado fuera de la viña y asesinado, porque primero fue rechazado del corazón de los incrédulos, y luego fue entregado a la cruz. En cuya figura Moisés colocó el altar del holocausto, donde se derramaba la sangre de las víctimas, no dentro del tabernáculo, sino en la puerta, enseñando mística que el altar de la cruz del Señor debía ser colocado fuera de la puerta de Jerusalén, y que Cristo, la verdadera víctima del Padre, no debía ser recibido en el corazón íntimo de la casa de los judíos que había venido a santificar, sino que debía ser teñido con su sangre afuera. Pero lo que según Marcos se dice en orden cambiado: Y tomándolo, lo mataron, y lo echaron fuera de la viña (Marcos XII), señala a aquellos de obstinación, que ni siquiera al Señor crucificado y resucitado de entre los muertos quisieron creer, sino que lo arrojaron como un cadáver vil. Porque, en cuanto dependía de ellos, excluyéndolo de sus propios límites, lo dieron a las naciones para que lo recibieran.

¿Qué hará entonces el dueño de la viña con ellos? Vendrá y destruirá a esos labradores y dará la viña a otros. Al oír esto, dijeron: ¡De ninguna manera! Contradecían la sentencia del Señor porque sabían que iba en contra de su perfidia. Entendían la parábola no por mérito de santidad para captar las palabras del misterio ya preparados, sino encendidos por las llamas de la malicia para llevar a cabo lo que se decía, y por eso estaban listos para reconocer lo que tenían en mente, aunque se dijera en parábolas, como si ya lo hubieran meditado desde hace tiempo. Negando, pues, los judíos que fuera justo que el conocimiento de la ley divina, que ellos despreciaban, se transfiriera a los gentiles, observa qué responde el Salvador.

Pero él, mirándolos, dijo: ¿Qué es, pues, lo que está escrito: La piedra que desecharon los constructores, esta ha llegado a ser la piedra angular? ¿Cómo, dice, se cumplirá esta profecía, que dice que la piedra desechada por los constructores será puesta como piedra angular, sino porque Cristo, rechazado y asesinado por vosotros, será predicado a los gentiles que creerán? Para que, como piedra angular, uniendo en sí mismo a dos pueblos, construya una sola ciudad de fieles, un solo templo. A los mismos maestros de la sinagoga, a quienes antes había llamado labradores, ahora los llama constructores, porque a quienes se les había encomendado cultivar al pueblo sometido a ellos para dar frutos de vida, se les ordenaba

construir y adornar esta casa digna de Dios como habitante. Por eso el Apóstol escribiendo a los fieles dice: Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios (I Cor. III). Pero los que negaban el fruto de la viña de Dios como malos labradores, los mismos como malos albañiles intentaban sustraer de la casa de Dios la piedra preciosa elegida, que debía ser puesta ya sea en los cimientos o en la esquina, es decir, intentaban arrebatar la fe de Cristo a sus oyentes. Pero aunque ellos no quisieran, la misma piedra consolidó la cabeza del ángulo, porque de ambos pueblos unió a cuantos él quiso con su fe.

Todo el que caiga sobre esa piedra será quebrantado. Y sobre quien ella caiga, lo triturará. Es diferente ofender a Cristo por malas obras que negarlo por impiedad. Quien es pecador y sin embargo cree en él, cae sobre la piedra y es quebrantado, pero no completamente triturado, pues es reservado por la sabiduría para la salvación. Pero sobre quien caiga, es decir, a quien la misma piedra ataque, y quien niegue completamente a Cristo, lo triturará, de modo que ni siquiera quede un fragmento en el que se pueda recoger un poco de agua. O bien se refiere a aquellos que caen sobre él, quienes ahora lo desprecian o lo injurian. Por eso aún no perecen completamente, pero sin embargo son quebrantados, para que no caminen rectamente. Pero sobre quienes cae, vendrá sobre ellos desde arriba en el juicio con la pena de perdición. Por eso dijo que los triturará, para que los impíos sean como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I).

Y buscaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas ponerle las manos encima en esa hora, pero temieron al pueblo. Porque comprendieron que había dicho esta parábola contra ellos. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, como si el Señor mintiera contra ellos, buscaban matarlo, pero al buscar esto mismo, enseñaban que lo que decía era verdad. Él es el heredero, cuya muerte injusta decía que debía ser vengada; ellos, los malos labradores, que al matar al Hijo de Dios, aunque por un tiempo fueron detenidos por el temor humano hasta que llegara su hora, nunca pudieron ser contenidos por el amor divino. En un sentido moral, a cada uno de los fieles, cuando se le confía el misterio del bautismo para que lo ejerza obrando, se le alquila como una viña para que la cultive. Se envía un siervo, otro y un tercero, para que reciban del fruto, cuando se lee la ley, la salmodia, la profecía, cuya advertencia debe seguirse obrando bien. Pero el siervo enviado es maltratado o golpeado y expulsado, cuando la palabra escuchada es despreciada o, lo que es peor, incluso blasfemada. Además, mata al heredero enviado en cuanto depende de él, quien ha pisoteado al Hijo de Dios y ha insultado al Espíritu de gracia por el cual fue santificado. Al perder al mal cultivador, la viña será dada a otro, cuando el don de la gracia que el orgulloso despreció, enriquezca a cualquier humilde. Pero también esto, que los príncipes de los sacerdotes y los escribas, buscando ponerle la mano a Jesús, son retenidos por el terror del pueblo, se lleva a cabo diariamente en la Iglesia, cuando cualquiera, solo por el nombre de hermano, se avergüenza o teme atacar la unidad de la fe y la paz eclesiástica que no ama, debido a la multitud de buenos hermanos que cohabitan. Sin embargo, como el Señor dice del avestruz más tonto de las aves, cuando llegue el momento, levantará sus alas en alto, porque al perseguir a la Iglesia, se alegrará de tener al Señor crucificado y exhibido.

Y observando, enviaron espías que se fingieran justos, para atraparlos en alguna palabra y entregarlos al poder y autoridad del gobernador. Buscando los príncipes de los sacerdotes y los escribas atrapar al Señor, temieron al pueblo, y por eso lo que no podían hacer por sí mismos, intentaban lograrlo por manos del gobernador, para que pareciera que ellos eran inmunes a su muerte. Pues recientemente, bajo el César Augusto, Judea había sido sometida a los romanos, cuando se celebró el censo en todo el mundo, y se había convertido en tributaria, y había una gran sedición en el pueblo, diciendo algunos que por seguridad y tranquilidad, ya que los romanos luchaban por todos, debían pagarse los tributos, mientras que los fariseos, que se

jactaban de su justicia, se oponían diciendo que el pueblo de Dios, que pagaba diezmos y ofrecía primicias y las demás cosas escritas en la ley, no debía estar sujeto a leyes humanas. Esta sedición creció tanto que, después de la pasión del Señor, al insistir los romanos, prefirieron perder su patria, su gente, su reino, aquel noble templo con su religión, e incluso la misma luz, antes que pagar tributos.

Y le preguntaron diciendo: Maestro, sabemos que hablas y enseñas rectamente, y no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios con verdad. ¿Nos es lícito dar tributo al César, o no? Una pregunta halagadora y fraudulenta provoca al que responde, para que tema más a Dios que al César, y diga que no deben pagarse tributos, para que inmediatamente los ministros del gobernador, que según otros evangelistas se dice que estaban presentes, lo arresten como líder de sedición contra los romanos.

Pero él, percibiendo su astucia, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Mostradme un denario, ¿de quién tiene imagen e inscripción? La sabiduría siempre actúa sabiamente, para que los tentadores sean refutados principalmente por sus propias palabras. Mostradme, dijo, un denario. Este es el tipo de moneda que se contaba por diez monedas y tenía la imagen del César. Pero quienes piensan que la pregunta del Salvador es ignorancia y no disposición, aprendan de este lugar presente que Jesús podía saber de quién era la imagen en la moneda. Pero pregunta para responder adecuadamente a su discurso.

Respondiendo, dijeron: Del César. Y él les dijo: Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. No pensemos que el César se refiere a Augusto, sino a Tiberio, su hijastro, que había sucedido en el lugar de su padrastro, bajo quien el Señor también sufrió. Todos los reyes romanos, desde el primer Cayo César que tomó el poder, fueron llamados Césares. Por lo que dijo: Dad al César lo que es del César, el dinero, el tributo y la moneda, y a Dios lo que es de Dios, los diezmos, las primicias, las ofrendas y los sacrificios. Así como él mismo paga tributos por sí mismo y por Pedro, y a Dios da lo que es de Dios, haciendo la voluntad del Padre. De otra manera: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios; así como el César exige de vosotros la impresión de su imagen, así también Dios, para que así como se le devuelve la moneda, así a Dios el alma iluminada y sellada con su rostro. Por eso el salmista dice: Sellada está en nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV). Esta luz es todo el bien del hombre, que no se ve con los ojos, sino con la mente. Y dijo sellada en nosotros, como el denario se sella con la imagen del rey. Pues el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, que corrompió pecando. Su bien, por tanto, es verdadero y eterno, si al renacer es sellado.

Y no pudieron reprender su palabra delante del pueblo, y maravillados de sus respuestas, callaron. Quienes debieron creer ante tanta sabiduría, se maravillaron de que su astucia para tenderle trampas no encontrara lugar.

Se acercaron algunos de los saduceos, que niegan que haya resurrección. Había dos herejías entre los judíos, una de los fariseos y otra de los saduceos. Los fariseos se jactaban de la justicia de las tradiciones y observancias, que ellos llaman deuterosis. Por eso eran llamados separados por el pueblo. Los saduceos, que se interpretan como justos, también reclamaban para sí lo que no eran. Los primeros creían en la resurrección del cuerpo y del alma, y confesaban ángeles y espíritus, mientras que los segundos, según los Hechos de los Apóstoles, lo negaban todo.

Y le preguntaron diciendo: Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muere teniendo esposa, y este muere sin hijos, que su hermano tome a la esposa y levante

descendencia a su hermano. Observa la diferencia entre la letra y el espíritu. Según la letra, se obliga a casarse en vida para levantar descendencia al hermano difunto, pero el espíritu es maestro de castidad.

Había, pues, siete hermanos, y el primero tomó esposa y murió sin hijos. Y el siguiente la tomó, y también murió sin hijo. Y el tercero la tomó. De igual manera los siete, y no dejaron descendencia, y murieron. Finalmente, murió también la mujer. Quienes no creían en la resurrección de los cuerpos, juzgando que el alma perecía con los cuerpos, correctamente inventan esta fábula, que acusa de delirio a quienes afirman la resurrección de los muertos. Pero puede ser que alguna vez esto haya sucedido realmente en su pueblo.

En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será esposa? ya que los siete la tuvieron por esposa. Oponen la torpeza de la fábula para negar la verdad de la resurrección. Pero mística y espiritualmente, estos siete hermanos que murieron sin hijos se asemejan a los reprobos, que durante toda la vida de este mundo, que se desarrolla en siete días, permanecen estériles de buenas obras. A quienes, arrebatados por una muerte miserable, al final también la misma vida mundana, que ellos vivieron sin obra vital, como una esposa infecunda, pasará.

Y Jesús les dijo: Los hijos de este siglo se casan y se dan en matrimonio. Cuando el Señor dice: No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mateo VII), lo que él mismo ha dicho aquí sobre la gloria de la resurrección, o en otro lugar sobre el misterio de su dispensación o incluso de su divinidad, que muchos de los que estaban presentes, ya sea resistiendo o despreciando, no lo aceptaron, no se debe pensar que dio lo santo a los perros, ni echó perlas delante de los cerdos. No se lo dio a quienes no podían recibirlo, a quienes no se debía descuidar por la inmundicia de otros. Porque cuando los tentadores preguntaban, y él les respondía de tal manera que no tenían qué contradecir, aunque se consumieran más bien con sus venenos que saciarse con su alimento, otros que podían recibir, escuchaban muchas cosas útiles por ocasión de aquellos.

Pero los que sean dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de los muertos, ni se casan ni se dan en matrimonio. No se debe entender como si solo los dignos fueran a resucitar o a estar sin matrimonio, y los indignos, es decir, los pecadores, no fueran a resucitar o fueran a resucitar para casarse; sino que se debe entender que todos resucitarán y permanecerán sin matrimonio en aquel siglo. Pero el Señor Salvador, para excitar los ánimos a buscar la gloria de la resurrección, quiso hablar solo de los elegidos. Si en la resurrección ni se casan ni se dan en matrimonio, entonces resucitan cuerpos que pueden casarse y darse en matrimonio, es decir, cuerpos de mujeres y hombres con miembros específicos diferenciados, pero no sujetos a ninguna necesidad o deseo de concupiscencia. Nadie dice de una piedra o un árbol, y de estas cosas que no tienen miembros genitales, que no se casan ni se dan en matrimonio, sino de aquellos que, aunque pueden casarse, no lo hacen por otra razón.

Porque tampoco pueden ya morir. Porque los matrimonios son para los hijos. Los hijos para la sucesión. La sucesión para la muerte. Donde, pues, no hay muerte, tampoco hay matrimonios.

Porque son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Son iguales a los ángeles y son hijos de Dios, quienes, renovados por la gloria de la resurrección, sin ningún temor a la muerte, sin ninguna mancha de corrupción, sin ningún acto del estado terrenal, disfrutaban de la visión perpetua de Dios, a la cual es necesario que quien desee ascender a la dignidad angélica, ahora descienda a los más pequeños hermanos.

Porque en cuanto a que los muertos resucitan, también Moisés lo mostró junto a la zarza, como dice: El Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Para confirmar la verdad de la resurrección, pudo haber usado otros ejemplos mucho más claros, de los cuales está aquel: Resucitarán los muertos, y resurgirán los que están en los sepulcros. Se pregunta, pues, qué quiso decir el Señor al presentar este testimonio, que parece ambiguo o no suficientemente relacionado con la verdad de la resurrección. Pero los saduceos solo aceptaban los cinco libros de Moisés, rechazando las profecías. Por tanto, era inútil presentar testimonios de lo que no seguían. Para probar la eternidad de las almas, pone el ejemplo de Moisés: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob (Éxodo III). E inmediatamente añade:

Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Para probar que las almas permanecen después de la muerte, lo cual ellos negaban entre otras cosas (pues no podía ser que él fuera Dios de quienes no existieran), consecuentemente se introduce también la resurrección de los cuerpos, que junto con las almas hicieron el bien o el mal.

Porque todos viven para él. Todos aquellos de quienes el Señor es Dios. Viven para él, con la vida verdadera, con la que los justos viven incluso cuando mueren en el cuerpo. De la cual en otro lugar el Señor dice: El que cree en mí, aunque muera, vivirá (Juan XI). Cree, pues, y aunque mueras vivirás. Pero si no crees, incluso cuando vives estás muerto. Porque la viuda que vive en placeres, viviendo está muerta (I Tim. V).

Respondiendo algunos de los escribas, dijeron: Maestro, bien has dicho. Y ya no se atrevían a preguntarle nada. Los príncipes de los sacerdotes, los saduceos y los escribas, buscando ocasión de calumnia y encontrar alguna palabra que se prestara a sus insidias, como fueron refutados en sus discursos, ya no preguntan, sino que abiertamente lo entregan a la potestad romana. De lo cual entendemos que los venenos de la envidia pueden ser superados, pero difícilmente apaciguados.

Pero él les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David, y David mismo dice en el libro de los Salmos: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? David, pues, lo llama Señor, ¿y cómo es su hijo? La pregunta de Jesús nos beneficia hasta hoy contra los judíos. Y estos que confiesan que el Cristo ha de venir, afirman que es un hombre simple y un hombre santo del linaje de David. Preguntemos, pues, a ellos, enseñados por el Señor, si es un hombre simple y solo hijo de David, ¿cómo David lo llama su Señor? No se les reprende porque digan que es hijo de David, sino porque no creen que es Hijo de Dios. Pues él es tanto Señor de David, siendo Dios antes de los tiempos, como hijo de David, apareciendo hombre al final de los tiempos al nacer. Pero que el Padre someta a los enemigos, no significa la debilidad del Hijo, sino la unidad de naturaleza por la cual uno actúa en el otro. Pues también el Hijo somete a los enemigos al Padre, porque glorifica al Padre sobre la tierra.

Oyendo todo el pueblo, dijo a sus discípulos: Guardaos de los escribas que quieren andar con vestiduras largas, y aman las saluciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en los banquetes. Andar con vestiduras largas significa salir al público vestidos con ropas más elegantes. En lo cual, entre otras cosas, se describe que pecó aquel rico que se banqueteaba espléndidamente cada día (Lucas XVI). Pero se debe notar que no prohíbe ser saludado en la plaza, ni sentarse o reclinarse en los primeros lugares a quienes esto les corresponde por orden de oficio, sino que enseña que aquellos que aman indebidamente estas cosas, ya sea que las tengan o no, deben ser evitados por todos los fieles como reprobos, reprendiéndolos con justa severidad, aunque también esto no carece de culpa,

si los mismos desean participar en litigios en la plaza, quienes desean ser llamados maestros en la cátedra de Moisés en la sinagoga. Por dos razones, ciertamente, se nos manda estar atentos a los que codician la vana gloria, para que no seamos seducidos por su simulación, pensando que son buenas las cosas que hacen, o inflamados por la emulación, alegrándonos en vano de ser alabados por los bienes que simulan.

Que devoran las casas de las viudas, simulando largas oraciones, estos recibirán mayor condenación. No solo dice recibirán condenación, sino que añade mayor, para insinuar que también aquellos que oran de pie en las esquinas para ser vistos por los hombres (Mateo VI), merecen condenación; pero aquellos que, haciendo estas cosas más extensamente, como si fueran más religiosos, no solo buscan alabanzas de los hombres, sino también dinero, serán castigados con una condenación más prolongada. Pues hay quienes, simulando ser justos y de gran mérito ante Dios, no dudan en recibir dinero de cualquier débil y turbado por la conciencia de sus pecados, como si fueran sus defensores en el juicio. Y cuando la mano extendida al pobre suele ayudar con oraciones, ellos, para quitarle al pobre una moneda, pasan la noche en oración. A quienes no injustamente les corresponde la maldición de Judas: Cuando sea juzgado, salga condenado, y su oración se convierta en pecado (Salmo CVIII). Pues sale condenado cuando es juzgado, y recibe su oración en pecado, quien ahora es tenido en gran estima entre los hombres, pero en el juicio divino se descubre que no solo no puede interceder por otros, sino que ni siquiera sus propios méritos le son suficientes, sino que paga las penas de sus oraciones, con las que engañó al juicio humano, entre los crímenes.

CAPÍTULO XXI.

Al mirar, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el Gazofilacio. En griego, φυλάσσειν significa guardar, y gaza en persa significa riquezas, por lo que el gazofilacio se llama al lugar donde se guardan las riquezas. Era un arca con un agujero en la parte superior, colocada junto al altar a la derecha de los que entraban en la casa del Señor, en la cual los sacerdotes que custodiaban las puertas depositaban todo el dinero que se llevaba al templo del Señor, y se guardaba para la restauración del mismo templo. Lee las Palabras de los días. Incluso ahora, quien ora en la casa del Señor observa también a los que llevan ofrendas, y al que considera digno lo alaba; al que considera reprobable, lo condena.

Vio también a una viuda pobre que echaba dos moneditas de cobre, y dijo: En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. Este pasaje nos indica moralmente cuán aceptable es para Dios cualquier cosa que ofrezcamos con buen ánimo, ya que Él considera el corazón y no la sustancia, ni mide cuánto hay en sus sacrificios, sino de cuánto se da. Según las leyes de la alegoría, los ricos que echaban ofrendas en el gazofilacio representan a los judíos enaltecidos por la justicia de la ley, mientras que la viuda pobre representa la simplicidad de la Iglesia. Se la llama correctamente pobre porque ha rechazado el espíritu de soberbia o los pecados como si fueran riquezas del mundo. Viuda, porque su esposo sufrió la muerte por ella, y ahora, oculto a sus ojos en los cielos, vive como en otra región. Ella echa en el gazofilacio dos moneditas de cobre, porque en la presencia de la Majestad divina, donde se guardan las ofrendas de nuestras obras como si estuvieran numeradas y registradas, lleva los dones de su amor a Dios y al prójimo, o de su fe y oración, que, aunque pequeñas por la consideración de su propia fragilidad, son aceptadas por el mérito de su devoción piadosa, superando todas las obras de los judíos soberbios.

Porque todos ellos echaron en las ofrendas de Dios de lo que les sobraba. Pero ella, de lo que le faltaba, echó todo su sustento. El judío echa en las ofrendas de Dios de lo que le sobra,

quien presumiendo de su justicia, ora así: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, etc. (Lucas XVIII). Pero la Iglesia echa todo su sustento en las ofrendas de Dios, entendiendo que todo lo que vive no es por su mérito, sino por el don de Dios, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Ibid.). Y en otro lugar: Mi fortaleza la guardaré para ti, porque tú eres mi Dios, mi protector, mi Dios, su misericordia me precederá (Salmo LVIII).

LIBRO SEXTO. LEE FELIZMENTE.

Cuando el más sabio de los reyes, Salomón, construía el templo del Señor en figura de Cristo y la Iglesia, advertía también entre otras cosas con ejemplos de figuras no indecentes, que al llegar y aparecer la verdad y la luz de aquellas cosas que entonces se señalaban de manera sombría, toda aquella composición sombría e imaginaria de tipos sería completamente eliminada. Después de haber hecho la casa de incomparable obra de piedra, madera y oro, envió y, en figura del pueblo que creería de entre las naciones, trajo a Hiram de Tiro, hijo de una mujer viuda (III Reyes VII); sin duda elogiado por haber echado más que todos al echar dos monedas en el gazofilacio. De la tribu, dice, de Neftalí, con padre tirio, artesano en bronce, lleno de sabiduría, inteligencia y doctrina (Ibid.). Todos los vasos que Hiram hizo para el rey Salomón en la casa del Señor eran de bronce. El rey los fundió en la región llana del Jordán, en tierra arcillosa. Porque quien hizo todos sus vasos no con obra de fundición, sino de molde, primero formaba el molde de arcilla a semejanza de cada vaso, necesario hasta que se completara la obra del vaso: pero después no solo no era útil, sino que para que apareciera la perfección del vaso, sin duda debía romperse. Así, como la forma de arcilla precede a las ceremonias legales, para que los dones de la verdad evangélica sucedan como vasos de bronce. La vasija compuesta por el tiempo se desgasta, para que se muestre el brillo del ornamento permanente que estaba oculto. Se quite la ceniza de la becerra que santificaba a los impuros, y se predique la cruz de Cristo que redime al mundo. Con el tiempo inminente, cuando el mar de bronce, cuya onda vivificadora bautiza a todos los que van a entrar en la Iglesia, cuando las columnas gemelas de la ley, que llevan lirios por cabeza, afirman la puerta de las ovejas devotas a Cristo, cuando los diez ladrillos de nuestras obras preparados para lavar las ofrendas, cuando finalmente innumerables miles de vasos de elección sean llevados al monte del templo, se disuelve la tierra arcillosa, que en la región llana ocultaba estas cosas por mucho tiempo. Esto es, con la inminente proclamación de la pasión del Señor, por la cual los sacramentos de la Iglesia, ocultos durante mucho tiempo bajo el velo de la letra, se revelarían, la sombra que ocultaba los secretos celestiales comienza a tambalearse y a ser destruida. Por lo tanto, correctamente después de la ofrenda de la viuda pobre, es decir, la fe de la Iglesia alabada por la boca del Señor, el Evangelista añadió:

Y algunos hablando del templo, que estaba adornado con buenas piedras y dones, dijo: Estas cosas que veis, vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida. Porque antes Jerusalén era aquella gran ciudad real, donde se había construido el templo más famoso para Dios. Pero después de que vino aquel que era el verdadero templo de Dios, y comenzó a revelar los misterios de la Jerusalén celestial, fue destruida aquella terrenal donde apareció la celestial, y en aquel templo no quedó piedra sobre piedra. Antes había un sumo sacerdote, purificando al pueblo con la sangre de toros y machos cabríos; pero desde que vino el verdadero Sumo Sacerdote, que purificó a los creyentes con su propia sangre (Hebreos XIII), aquel sumo sacerdote anterior ya no está, ni le queda lugar alguno. Antes había un altar, y se celebraban sacrificios; pero cuando vino el verdadero cordero que se ofreció a sí mismo como sacrificio a Dios (Hebreos IX), todas aquellas cosas, como puestas por un tiempo, cesaron. Por eso, la divina disposición procuró que tanto la ciudad misma, como el templo, y todas aquellas cosas fueran destruidas, para que no sucediera que algún niño o

lactante en la fe, al ver que aquellas cosas permanecían, mientras se asombraba del rito de los sacrificios, del orden de los ministerios, fuera llevado por la vista de aquellas diversas formas. Pero Dios, previendo nuestra debilidad, y queriendo multiplicar su Iglesia, hizo que todas aquellas cosas fueran destruidas y completamente eliminadas, para que sin ninguna duda, cesando aquellas, creyéramos que estas son las verdaderas, por las cuales en aquellas precedió el tipo.

Le preguntaron, pues, diciendo: Maestro, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando comiencen a suceder? Porque mientras algunos alababan las edificaciones del templo, el Señor había respondido abiertamente que todas estas cosas serían destruidas, los discípulos, en secreto, mientras él estaba sentado en el monte de los Olivos, como testifican Mateo y Marcos, preguntan el tiempo y las señales de la destrucción predicha.

Él dijo: Mirad que no seáis engañados. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy, y el tiempo se ha acercado. No vayáis tras ellos. Muchos, con la inminente destrucción de Jerusalén, surgieron como líderes, diciendo que eran cristos, y que el tiempo de la libertad estaba ya cercano. Muchos en la Iglesia, incluso en los tiempos de los apóstoles, surgieron como herejes, que, entre muchas otras cosas contrarias a la verdad, predicaban que el día del Señor estaba cerca. A quienes el Apóstol condena en la Epístola a los Tesalonicenses. Muchos en nombre de Cristo vinieron como anticristos, de los cuales el primero es Simón el Mago, a quien, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, todos los que estaban en Samaria escuchaban, desde el menor hasta el mayor, diciendo: Este es el poder de Dios, que se llama grande (Hechos VIII). Porque durante mucho tiempo los había engañado con sus artes mágicas.

Cuando oigáis de guerras y sediciones, no os aterricéis. Porque es necesario que estas cosas sucedan primero, pero no será inmediatamente el fin. Las guerras se refieren a los enemigos. Las sediciones, a los ciudadanos. Ambas cosas, desde el tiempo de la pasión del Señor, en el pueblo de los judíos, que eligió para sí un ladrón sedicioso en lugar del Salvador, se sabe que abundaron en gran medida. Pero con estas cosas precediendo, los apóstoles son advertidos de no temer, de no abandonar Jerusalén y Judea. Porque evidentemente no será inmediatamente el fin, que más bien debe diferirse al año cuarenta, es decir, la desolación de la patria, y el supremo exterminio de la ciudad y el templo.

Entonces les decía: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá grandes terremotos en diversos lugares, y pestilencias, y hambres. Se sabe que estas cosas, antes del fin de la desolación del templo, es decir, en el tiempo de la sedición judía, sucedieron literalmente. Pero también puede entenderse el reino contra reino, y la pestilencia de aquellos cuyo discurso se extiende como cáncer (II Tim. II), y el hambre de oír la palabra de Dios (Amós VIII), y la conmoción de toda la tierra, y la separación de la verdadera fe, también en los herejes, que, luchando entre sí, hacen la victoria de la Iglesia.

Y habrá terrores en el cielo, y grandes señales. Y quien haya leído la historia de Josefo encontrará que estas cosas se cumplieron en el mismo tiempo. Porque una estrella semejante a una espada, como se dice, colgó sobre Jerusalén durante todo un año, aterrizando a los ciudadanos temerosos con un presagio funesto. Y también se vieron carros y jinetes armados corriendo por el aire e imitando el modo de los guerreros durante cuarenta días. Pero también una becerra, al ser llevada a los sacrificios, dio a luz un cordero en manos de los que la inmolaban. Y por qué estas cosas sucedieron con mérito, se añade inmediatamente, cuando se dice:

Pero antes de todas estas cosas, os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Esta fue, sin duda, la única o la mayor causa de la ruina de la nación judía, porque después de la muerte del Señor Salvador, también persiguió con impía crueldad a los predicadores y confesores de su nombre.

Esto os sucederá para testimonio. Testimonio, evidentemente, ¿de quiénes, sino de aquellos que o bien persiguen causando muertes, o bien viendo no imitan? Porque la muerte de los justos es para ayuda de los buenos, y para testimonio de los malos, para que de donde los perversos perecen sin excusa, los elegidos tomen ejemplo para vivir. Pero, al oír tantos terrores, los corazones de los débiles podrían turbarse, y por eso se añade consuelo, cuando inmediatamente se dice:

Poned, pues, en vuestros corazones, no meditar de antemano cómo responderéis. Porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Como si claramente dijera a sus miembros debilitados: No os aterroricéis, no temáis. Vosotros vais al combate, pero yo lucho. Vosotros pronunciáis palabras, pero yo soy quien habla.

Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, y seréis odiados por todos por causa de mi nombre. Menor dolor causan los males que son infligidos por extraños; pero más nos atormentan aquellos que sufrimos de aquellos de cuyas mentes confiábamos, porque con el daño del cuerpo nos atormentan los males de la caridad perdida. Pero porque son duras las cosas que se predicen sobre la aflicción de la muerte, inmediatamente se añade consuelo sobre el gozo de la resurrección, cuando se dice:

Y ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Sabemos que la carne cortada duele, el cabello no duele al ser cortado. Dice, pues, a sus mártires: Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá, evidentemente diciendo claramente: ¿Por qué teméis que perezca lo que cortado duele, cuando aquello en vosotros que cortado no duele no puede perecer? De otra manera: Ni un cabello de la cabeza de los discípulos del Señor perecerá, porque no solo las obras o palabras fuertes de los santos, de las cuales se dice: El Señor guarda todos sus huesos (Salmo XXXIII), sino también la superficie volátil (por así decirlo) y tenuísima de los pensamientos de los fieles, que sale de la oculta raíz del corazón, como el cabello del cerebro, será conservada por el justo juez y recompensada con digna recompensa. Por eso correctamente el Profeta, para mostrar cuán aceptos son al Señor los méritos de los buenos pensamientos, dice: Y las reliquias de los pensamientos celebrarán fiesta para ti (Salmo LXXV). Por eso también los nazarenos en la ley, durante el tiempo de su consagración, son mandados a dejar crecer su cabello, y se dice que la navaja no subió sobre la cabeza de Samuel. Pero, por el contrario, la mujer cautiva para que pueda casarse con un hombre israelita, el que es purificado de la lepra para que merezca comunicarse con la Iglesia, son mandados a afeitarse todos los pelos de su cuerpo, porque evidentemente todo pensamiento de los sabios, que es bueno, agradable y perfecto, se salva para siempre, y ante el Señor está su recompensa. Pero el pensamiento de los necios y malvados, como raíz indigna de la vista de Dios, debe ser cortado por el arrepentimiento.

En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas. Por eso la posesión del alma se pone en la virtud de la paciencia, porque la paciencia es la raíz y guardiana de todas las virtudes. Por la paciencia poseemos nuestras almas, porque al aprender a dominarnos a nosotros mismos, comenzamos a poseer lo que somos. Porque hemos sido creados maravillosamente, para que la razón posea el alma, y el alma posea el cuerpo. Pero el derecho del alma a la posesión del

cuerpo es repelido, si primero el alma no es poseída por la razón. Por lo tanto, el Señor mostró que la paciencia es la guardiana de nuestra condición, quien nos enseñó a poseernos a nosotros mismos en ella. Pero la verdadera paciencia es soportar con ecuanimidad los males ajenos, sin ser movido por el dolor contra aquel que inflige los males. Porque quien así soporta los males del prójimo, pero sin embargo en silencio duele, y busca el tiempo de la retribución digna, no muestra paciencia, sino que la exhibe.

Cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, entonces sabed que su desolación está cerca. Hasta aquí las cosas que durante cuarenta años, aún sin que el fin haya llegado, iban a suceder; de aquí en adelante el mismo fin de la desolación, que fue hecha por el ejército romano, se expone en las palabras del Señor.

Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. La historia eclesiástica narra que todos los cristianos que estaban en Judea, con la inminente destrucción de Jerusalén, advertidos por el Señor, se retiraron del lugar, y habitaron en una ciudad llamada Pella, más allá del Jordán, hasta que se completó la desolación de Judea.

Y los que estén en medio de ella, salgan. Y los que estén en los campos, no entren en ella. Porque estos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. Parece pertenecer a una advertencia adecuada, que los que están fuera no entren en ella, pero ¿cómo saldrán los que están en medio de ella, ya rodeada la ciudad por el ejército? A menos que lo que se dijo antes, entonces, es decir, entonces los que estén en Judea huyan, no se refiera al mismo tiempo del asedio, sino al tiempo próximo antes del asedio, cuando el ejército romano comenzó a difundirse por los confines de Galilea o Samaria, para que entonces cada uno apresurara su huida, mientras aún había tiempo para huir. Porque estos son días de venganza, buscando la venganza de la sangre del Señor.

¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días! ¡Ay, con la cautividad presente, de las que estén encintas y de las que críen, o amamenten, como algunos interpretan. Cuyos vientres o manos, cargados con el peso de los hijos, no poco impiden la necesidad de huir. Lee también la historia de los Reyes, donde la esposa de Jonatán, al evitar el mal de la cautividad con una fuga apresurada, recibió a su hijo caído en su regazo, permanentemente cojo.

Porque habrá gran angustia sobre la tierra, e ira contra este pueblo. Esta angustia, y la ira contra aquel pueblo, hasta hoy disperso entre todas las naciones, le acompaña como compañera inseparable, aunque no se debe creer que le acompañará para siempre. Porque después de que el orden de esa angustia o ira, el Señor lo mostró, diciendo:

Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles. Inmediatamente, según la profecía que canta: En la ira, su misericordia se acordará de él, añadió y dijo:

Hasta que se cumplan los tiempos de las naciones. Porque los tiempos de las naciones son aquellos que el Apóstol menciona, diciendo: Porque la ceguera en parte ha sucedido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Romanos XI). Quien, cuando haya obtenido la salvación prometida, también regresará a su tierra natal, y se alegrará con la posesión y la habitación de su antigua metrópoli, quizás no sin razón se espera, porque no se dice que será oprimido para siempre, sino hasta que se cumplan los tiempos de las naciones. Pero lo que, cumplidos los tiempos de las naciones, y así todo Israel salvado, seguirá, el Señor lo manifiesta en orden. Porque también esto, según Mateo, los

discípulos preguntaban, no solo el tiempo de la destrucción del templo, sino también la señal de su venida, y del fin del mundo.

Y habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la tierra angustia de las naciones, por la confusión del sonido del mar y de las olas. Porque, como el Señor indica en lo que sigue, con la aparición del juicio universal, el cielo y la tierra pasarán, y como leemos en el Apocalipsis de Juan, el mar ya no existirá, con razón, con el juicio inminente, el sonido del mar y de las olas se confunde, el orbe de la tierra se ve afectado por los colonos que se presionan mutuamente, las grandes luminarias del cielo, golpeadas por un nuevo horror, velan su rostro turbado. Y como los árboles impulsados a caer suelen emitir indicios de su fragor y movimiento, así, con el fin acercándose, los elementos parecen temblar y tambalearse como si estuvieran asustados. Por lo tanto, lo que dice Mateo: El sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo (Mateo XXIV), significa la misma presencia del juicio, cuando, con la aparición de la verdadera gloria de la luz, todas las luces del mundo se comparan con las tinieblas y las sombras. Pero lo que dice Lucas: Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, indica los precursores de ese juicio cercano como mensajeros. De los cuales es también aquella profecía: El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día grande y manifiesto del Señor (Joel II). Asimismo, lo que dice Lucas: Y en la tierra angustia de las naciones, creo que es lo mismo que Mateo describe al hablar de los tiempos del Anticristo: Porque entonces habrá gran tribulación, cual no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá (Mateo XXIV). Pero lo que Lucas añade, por la confusión del sonido del mar y de las olas, es un anuncio de lo que Juan vio que el mar tendría entre las cosas mutables del siglo.

Arescentibus los hombres de miedo y expectación, por lo que sobrevendrá a todo el mundo. Pues las potencias de los cielos se moverán. Creo que la venida del juez mismo se designa con esta sentencia, cuando según la parábola de otro lugar, todas, es decir, tanto las vírgenes prudentes como las necias, despertadas por un clamor inusual, adornan sus lámparas, es decir, cuentan sus obras consigo, por las cuales, con gran temor, esperan el inminente resultado del juicio eterno. Pues hasta entonces, sin ningún temor del juez, casi todo el mundo actuará, como atestigua el Apóstol, quien dice: Cuando digan, Paz y seguridad, entonces les sobrevendrá repentina destrucción (I Tes. V). Entonces, con el temor y la expectación del juicio severo sobre todo el mundo, muchos que parecían florecer en este mundo, al verse sin fruto, se marchitarán. Entonces la fe que había florecido sin obras, se marchitará al probarse ante el justo Juez. No es de extrañar que los hombres, es decir, los terrenales por naturaleza o sentido, se turben ante su juicio, cuyo aspecto incluso las potencias celestiales, es decir, los poderes angélicos, pueden temer, como atestigua el bienaventurado Job, quien dice: Las columnas del cielo tiemblan y se estremecen a su mandato. ¿Qué harán entonces las tablas, cuando tiemblan las columnas? ¿Qué sufrirá la vara del desierto, cuando se sacude el cedro del paraíso?

Y entonces verán al Hijo del hombre viniendo en una nube con gran poder y majestad. En poder y majestad verán a quien en humildad no quisieron escuchar, para que entonces sientan su poder con mayor rigor, cuanto ahora no inclinan el cuello del corazón a su paciencia. Pero como esto se dice contra los réprobos, pronto las palabras se vuelven hacia la consolación de los elegidos, pues se añade:

Cuando estas cosas comiencen a suceder, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. Cuando, dice, las plagas del mundo se multiplican, cuando el terror del juicio se muestra con las potencias conmovidas, levantad vuestras cabezas, es decir, alegrad

vuestros corazones. Porque mientras el mundo, al que no sois amigos, se acaba, se acerca la redención que buscáis. En la Escritura sagrada, a menudo se pone la cabeza por la mente. Porque así como la cabeza gobierna los miembros, así las pensamientos se disponen en la mente. Levantar, por tanto, las cabezas es elevar nuestras mentes a las alegrías de la patria celestial. Pero que el mundo debe ser pisoteado y despreciado, el Señor lo manifiesta con una comparación providente. Pues sigue:

Y les dijo una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles, cuando ya producen fruto, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que estas cosas suceden, sabed que el reino de Dios está cerca. Enseña abiertamente que así como por el fruto de los árboles se reconoce el verano venidero, así por la ruina del mundo se reconoce que el reino de Dios está cerca. Con estas palabras se muestra que el fruto del mundo es la ruina. Pues crece para caer. Germina para que todo lo que ha germinado sea consumido por calamidades. Bien se compara el reino de Dios con el verano, porque entonces pasan las nubes de nuestro dolor, y los días de vida resplandecen con la claridad del sol eterno.

Amén, os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. El Señor ciertamente encomienda mucho lo que así pronuncia. De algún modo, si se permite decirlo, es su juramento: Amén, os digo. Amén se interpreta como verdad, y sin embargo no se ha interpretado, cuando podría haberse dicho Verdad os digo, ni el intérprete griego se atrevió a hacerlo, ni el latino. Así permaneció, no se interpretó, para que tuviera el honor del velo del secreto, no para que fuera negado, sino para que no se vulgarizara desnudo. Por tanto, Verdad os digo, dice la Verdad, que aunque no lo dijera, no podría mentir en absoluto. Sin embargo, lo encomienda, lo inculca, de algún modo despierta a los dormidos, los hace atentos, no quiere que se desprecie: Amén, dice, os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. La generación puede referirse a toda la raza humana, o especialmente a los judíos.

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Debemos entender que el cielo que pasará no es el etéreo o sideral, sino el aéreo, del cual se nombran las aves del cielo y las nubes del cielo. Como atestigua Pedro, quien dice que los cielos existían antes, y la tierra, formada del agua y por medio del agua, subsistía por la palabra de Dios, por los cuales el mundo de entonces pereció. Pero los cielos que ahora son y la tierra, están reservados por la misma palabra para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos (II Pedro III). Enseñando abiertamente que no son otros cielos los que perecerán por el fuego, que los que perecieron por el agua, es decir, estos espacios vacíos y nublados del aire ventoso. Pues no se debe creer que el agua del diluvio, que solo superó quince codos las cimas de los montes, haya llegado más allá de los confines del aire y el éter. Pero hasta donde pudo llegar, ciertamente según la mencionada sentencia del bienaventurado Pedro, también llegará el fuego del juicio. Si el cielo y la tierra pasarán, puede surgir la duda de cómo dice el Eclesiastés: Generación va, y generación viene, pero la tierra permanece para siempre (Ecles. I). Pero con razón evidente, el cielo y la tierra pasan por la imagen que ahora tienen, sin embargo, subsisten sin fin por su esencia. Pues pasa la figura de este mundo (I Cor. VII). Y al ángel de Juan: Habrá, dice, un cielo nuevo y una tierra nueva (Apoc. XXI). Que ciertamente no serán otros creados, sino que estos mismos se renovarán. Por tanto, el cielo y la tierra pasarán y serán, porque se purgarán por el fuego de la forma que ahora tienen, y sin embargo, siempre se conservarán en su naturaleza. Por eso se dice por el salmista: Los cambiarás, y serán cambiados (Sal. CI). Esta última transformación suya, nos la anuncian ahora las vicisitudes, por las cuales alterna incesantemente para nuestro uso. Pues la tierra, de su forma, decae en la sequedad invernal, reverdece con la humedad primaveral. El cielo diariamente se cubre con la oscuridad de la noche, y se renueva con la claridad diurna. De aquí, pues, de

aquí cada fiel debe concluir, que estas cosas perecen, y sin embargo se renuevan por la innovación, que ahora se constata que se reparan continuamente como si fuera por defecto.

Atended, pues, a vosotros mismos, no sea que se carguen vuestros corazones con glotonería y embriaguez, y con las preocupaciones de esta vida, y venga sobre vosotros de repente aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. ¡Oh, necia presunción del corazón humano, que no prevé el lamentable fin de la codicia, la embriaguez y la glotonería, ni siquiera con el juez mismo testificando, sino que desprecia el edicto del Rey eterno como un siervo malvado, después de haberlo aprendido! Y ciertamente, si un médico experto y sabio nos advirtiera: Atended, dice, a vosotros mismos, no sea que alguien (por ejemplo) tome con avidez el jugo de tal o cual hierba; porque si lo hace, le sobrevendrá repentina destrucción, ¿con cuánta diligencia cada uno guardaría los mandatos del médico que advierte, para no perecer al probar lo prohibido? Pero ahora el Salvador y Señor de las almas y los cuerpos nos ordena evitar la hierba de la embriaguez y la glotonería, y también las preocupaciones seculares, como si fueran jugos mortales, y ¿cuántos de nosotros no solo no tememos ser heridos por ellos, sino incluso consumidos? No creo que haya otra causa, sino que la fe que otorgan a las palabras del médico, desprecian otorgarla al Señor. Pues si hubieran creído, ciertamente temerían creyendo, y temiendo evitarían el peligro inminente. Pero ellos, por el contrario, al adormecerse, prueban cuán justamente se ha dicho: Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII).

Velad, pues, en todo tiempo, orando, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que han de venir, y de estar en pie delante del Hijo del hombre. Quien desea estar delante del Hijo del hombre, y servirle día y noche en su templo según el Apocalipsis de Juan, y no ser maldito y arrojado al fuego eterno lejos de su presencia, no solo debe abstenerse de las seducciones seculares, sino también orar, y velar, y esto no en ciertos días, sino en todo tiempo, según lo que dice el salmo: Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII). Así merecerá habitar en la casa del Señor, y alabarle por los siglos de los siglos.

Y durante el día enseñaba en el templo, pero por la noche salía y se quedaba en el monte llamado de los Olivos. Y todo el pueblo acudía a él en el templo para oírle. Lo que el Señor ordena con palabras, lo confirma con sus ejemplos. Pues quien nos exhorta a velar y orar antes de la repentina venida del juicio universal, antes de la incierta salida de cada uno de nosotros, dejando de lado los placeres y preocupaciones de esta vida, él mismo, en el tiempo inminente de su pasión, se dedica a las vigilias de la enseñanza y a las oraciones, insinuando con su ejemplo que es digno de Dios velar, ya sea mostrando a los demás el camino de la verdad con palabra o con hecho, y provocando a la fe a aquellos por quienes iba a sufrir, ya sea con la palabra o encomendándolos al Padre en oración. Y nosotros también, cuando vivimos sobriamente, justa y piadosamente entre las prosperidades, y nunca desesperamos de la altura de la misericordia divina entre las adversidades, ciertamente enseñamos en el templo todos los días, porque ofrecemos a los fieles el ejemplo de una buena obra. Pero por la noche nos quedamos en el monte de los Olivos, porque en las tinieblas de las angustias respiramos con el consuelo del gozo espiritual. Según aquel que dijo: Pero yo, como un olivo fructífero en la casa de Dios, he confiado en la misericordia de mi Dios (Sal. LI). Es decir, como aquel que ha ofrecido el fruto de la misericordia a quienes ha podido, no dudo que el Señor tenga misericordia de mí. Y también todo el pueblo acude a nosotros para escucharnos, cuando, ya sea desechando las obras de las tinieblas, o venciendo, por la gracia de Dios, las nubes de las presiones, como caminando honestamente en el día, no en comilonas y embriagueces, nos imitan como hijos de la luz (Rom. XIII).

CAPÍTULO XXII.

Se acercaba la fiesta de los Ázimos, que se llama Pascua. La Pascua, que en hebreo se dice phase, no se nombra por la pasión, como muchos piensan, sino por el paso, porque el exterminador, al ver la sangre en las puertas de los israelitas, pasó de largo y no los hirió, o el mismo Señor, brindando ayuda a su pueblo, caminó por encima. De cuyo sacramento del vocablo, el evangelista Juan, buscando más profundamente, dice: Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre (Juan XIII). Donde manifiestamente declara que por eso el día de esta festividad se llama mística y legalmente paso, porque el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, en él iba a pasar de este mundo, o nos iba a llevar en un paso saludable, como de la servidumbre egipcia. Esto ciertamente, según la letra del Antiguo Testamento, se distingue entre la Pascua y los ázimos, que la Pascua se llama el mismo día en que el cordero se sacrificaba al atardecer, es decir, el decimocuarto día de la luna del primer mes. El decimoquinto día de la luna, cuando salieron de Egipto, sucedía la festividad de los Ázimos. Cuyos siete días, es decir, hasta el vigésimo primer día del mismo mes, al atardecer, se establecía la solemnidad. Pero la Escritura del Evangelio suele poner indistintamente el día de los ázimos por la Pascua, y por los días de los ázimos la Pascua. Pues dice Lucas: El día de la fiesta de los Ázimos, que se llama Pascua. También Juan, cuando en el primer día de los Ázimos, es decir, el decimoquinto día de la luna, se realizaba la acción, dice: Y no entraron en el pretorio, para no contaminarse, sino para comer la Pascua (Juan XVIII). Porque ciertamente el día de la Pascua se ha mandado celebrar con panes ázimos, y nosotros, como haciendo una Pascua perpetua, siempre se nos manda pasar de este mundo. Pues en un solo día se inmolaba el cordero al atardecer, y siete días seguidos de ázimos. Porque Cristo Jesús, habiendo padecido una vez por nosotros en la plenitud de los tiempos en la carne, nos manda vivir durante todo el tiempo de este siglo, que se lleva a cabo en siete días, en los ázimos de sinceridad y verdad: y siempre con todo esfuerzo huir de los deseos del siglo, como de las ataduras de Egipto, y nos advierte a entrar en una soledad secreta de virtudes, como de la conversación mundana.

Y buscaban los principales sacerdotes y los escribas cómo matarlo. Pero temían al pueblo. Esto, antes de dos días de la Pascua, congregados los principales sacerdotes, y los ancianos del pueblo, y los escribas, en el atrio de Caifás, lo atestigua Mateo. Pero temían al pueblo, no temiendo una sedición, sino cuidando que con la ayuda del pueblo no se les quitara de sus manos.

Entró entonces Satanás en Judas, llamado Iscariote, uno de los doce. Escribe en su Evangelio Juan que cuando el Señor hubo mojado el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote, y después del bocado, entonces entró en él Satanás. Pero no es contrario a Lucas, quien recuerda que ya antes del bocado había sido invadido por Satanás, porque a quien ahora entró para engañar, después entró para poseer más plenamente a quien ya se le había entregado. Ahora entró para tentar a quien aún era ajeno, luego para arrastrar a quien ya era propio a cualquier cosa nociva que quisiera.

Y fue, y habló con los principales sacerdotes y los magistrados, sobre cómo entregarlo a ellos, y se alegraron. Lo que dijo: Fue y habló, muestra que no fue invitado por los principales, ni obligado por ninguna necesidad, sino que por su propia voluntad de mente perversa entró en el consejo.

Y acordaron darle dinero. Y prometió. Y buscaba oportunidad para entregarlo sin tumulto. Muchos hoy aborrecen el crimen de Judas, que vendió a su Señor y Maestro y Dios por dinero, como algo inmenso y nefando, pero no lo evitan. Pues cuando por sobornos dicen

falso testimonio contra cualquiera, ciertamente porque niegan la verdad por dinero, venden al Señor por dinero. Él mismo dijo: Yo soy la verdad (Juan XIV). Cuando manchan la sociedad de la fraternidad con alguna peste de discordia, traicionan al Señor, porque Dios es amor. Y aunque nadie les dé dinero, venden al Señor por monedas de plata, porque toman la imagen del príncipe del siglo, es decir, los ejemplos del enemigo antiguo, despreciando la imagen del Creador a la que fueron creados. Pues así como Juan el Bautista, que no por la confesión de Cristo, sino por la defensa de la verdad murió, sin embargo, por Cristo, porque sufrió el martirio por la verdad, así al contrario, quien desprecia las leyes del amor y la verdad, ciertamente traiciona a Cristo, que es verdad y amor. Especialmente cuando no peca por debilidad o ignorancia, sino que busca la oportunidad, como Judas, para cambiar la verdad por mentira, la virtud por crimen, sin testigos presentes.

Llegó el día de los Ázimos, en el cual era necesario sacrificar la Pascua. Y envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id y preparadnos la Pascua, para que comamos. Llama día de los ázimos de la Pascua al decimocuarto día del primer mes, cuando, desechada la levadura, se solía sacrificar la Pascua, es decir, el cordero, al atardecer, como ya se ha dicho antes. Lo que el Apóstol exponiendo dice: Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada (I Cor. V). Pues esta Pascua entonces era necesario sacrificar, es decir, sancionado por el consejo y la definición del Padre. Que aunque al día siguiente, es decir, el decimoquinto día de la luna, fue crucificado, sin embargo, en esta noche en que se inmolaba el cordero, entregó a sus discípulos los misterios de su carne y sangre para ser celebrados, y fue apresado y atado por los judíos, consagrando el comienzo de su inmolación, es decir, de su pasión.

Pero ellos dijeron: ¿Dónde quieres que preparemos? No tenemos domicilio, no tenemos tabernáculo. Oigan aquellos a quienes preocupa la construcción de casas, y se piensa en la instrucción de pórticos ambiciosos, a quienes deleita la pompa de mármoles preciosos y los techos adornados con oro, reconozcan a Cristo, Señor de todos, que no tenía lugar donde reclinar la cabeza. Y por eso le preguntan sus discípulos: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua?

Y les dijo: He aquí, al entrar en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa donde entre. Es indicio de la presciencia divina que, hablando con los discípulos, sabe lo que sucederá en otro lugar. Bien ocurre que a los discípulos que van a preparar la Pascua, les sale al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua, para mostrar que el misterio de esta Pascua se celebra para la perfecta ablución de todo el mundo. Pues el agua significa el lavacro de la gracia, el cántaro la medida perfecta. Preparan, pues, la Pascua, donde se lleva el cántaro de agua, porque ciertamente ha llegado el tiempo en que a los adoradores de la verdadera Pascua se les quite la sangre típica del umbral, y se consagre el bautismo de la fuente vivificante para quitar los pecados.

Y diréis al dueño de la casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde coma la Pascua con mis discípulos? Deliberadamente se omiten los nombres del portador de agua o del dueño de la casa, para que a todos los que desean celebrar la Pascua, es decir, ser imbuidos de los sacramentos de Cristo, se les dé la señal de recibir a Cristo en la hospitalidad de su mente.

Y él os mostrará un gran aposento alto, preparado; allí preparad. Y yendo, hallaron como les había dicho, y prepararon la Pascua. El gran aposento alto es la ley espiritual, que saliendo de las estrecheces de la letra, recibe al Salvador en un lugar elevado. Pues quien aún guarda la letra que mata, quien no entiende en el cordero más que un animal, ciertamente hace la Pascua en lo bajo, porque no dice aún comprender la majestad del espíritu. Pero quien ha

seguido al portador de agua, es decir, al pregonero de la gracia, a la casa de la Iglesia, este, trascendiendo el techo de la letra por el Espíritu vivificante, prepara una morada para Cristo en el aposento alto de la mente, porque entiende que todos los sacramentos de la Pascua, o los demás decretos de la ley, están escritos sobre él.

Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa, y los doce apóstoles con él. Designa la hora de comer la Pascua, que, como se ha inculcado repetidamente, el decimocuarto día del primer mes, llevada al atardecer, y apareciendo ya la luna decimoquinta en la tierra, según los edictos de la ley, estaba próxima.

Y les dijo: Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer. Desea primero comer la Pascua típica con los discípulos, y así declarar al mundo los misterios de su pasión, para que sea considerado el probador de la antigua y legal Pascua, y enseñando que esto pertenecía a la figura de su dispensación, prohíba que se exhiba carnalmente más allá, y, al pasar la sombra, demuestre que ya ha llegado la luz de la verdadera Pascua. Lo cual prefigura bellamente el tiempo y el orden de la consumación del maná en los tiempos de Josué, donde está escrito: E hicieron la Pascua el día catorce del mes al atardecer en las llanuras de Jericó, y comieron de los frutos de la tierra al día siguiente panes ázimos, y polenta de ese mismo año. Y cesó el maná después de que comieron de los frutos de la tierra, y los hijos de Israel no usaron más de ese alimento (Josué V). En efecto, Josué, habiendo recibido al pueblo tras la muerte de Moisés, los alimentó durante algún tiempo con el maná al otro lado del Jordán, con el cual él mismo, aunque ya había reconocido y probado los frutos de la tierra prometida, se alimenta. Luego cruza el Jordán, los circuncida con cuchillos de piedra, y durante tres meses y medio, hasta el día de la Pascua, no retira el maná acostumbrado. Porque, muerto Moisés, Josué es ordenado líder, ya que, corrompida la ley por las tradiciones de los fariseos, Cristo se encarna. Josué cruza el Jordán, alimenta y se alimenta con maná, porque el Señor hasta el tiempo de su bautismo guarda las ceremonias de la ley y desea que todos las guarden. Josué circuncida al pueblo que ha cruzado el Jordán con piedra, porque, celebrada la gracia del bautismo, el Salvador también precede las tentaciones de las que la ley no pudo, con la severidad de la fe. Y durante tres años y medio, como si se alimentaran con el maná acostumbrado, no cesa de observar los sacramentos de la ley, aunque poco a poco provocando a las promesas celestiales, hasta que, en el tiempo señalado, comiendo la deseada Pascua con los discípulos, al amanecer, ofrece a los fieles los purísimos misterios de su cuerpo y sangre consagrados en el altar de la cruz, como panes ázimos de la tierra prometida. Finalmente, lo que sigue:

Porque os digo que no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios. Cuánto concuerdan las palabras de Josué, quien dijo: Y los hijos de Israel no usaron más de ese alimento, sino que comieron de los frutos de la tierra de Canaán (Josué V).—No la comeré, dice, hasta que se cumpla en el reino de Dios, es decir, no celebraré más la Pascua mosaica, hasta que se cumpla espiritualmente en la Iglesia: Porque ella es el reino de Dios. De lo cual en otro lugar dijo a los discípulos: El reino de Dios está dentro de vosotros (Lucas XVII). En cuyo reino el Señor hoy también come la Pascua antigua cumplida, cuando lo que Moisés mandó observar carnalmente al pueblo rudo, lo ejercita espiritualmente en sus miembros, es decir, en la misma Iglesia.

Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo: Tomad y repartidlo entre vosotros. Y este cáliz pertenece a aquella antigua Pascua, a la que deseaba poner fin. Al tomarlo, dio gracias, evidentemente porque lo antiguo iba a pasar, y todo lo nuevo estaba por venir.

Porque os digo que no beberé del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios. Este versículo puede entenderse simplemente, que desde esta hora de la cena, hasta el tiempo de la resurrección, cuando iba a venir en el reino de Dios, no bebería vino. Pues después, el apóstol Pedro testifica que tomó alimento y bebida, quien dijo: Nosotros comimos y bebimos con él, después de que resucitó de los muertos (Hechos X). Pero es mucho más consecuente, que así como negó el consumo típico del cordero, así también niega que gustará más la bebida típica de la Pascua, hasta que, mostrada y manifestada la gloria de su resurrección, la fe del reino de Dios llegue al mundo. Para que, por los dos máximos edictos de la ley, es decir, el consumo y la bebida pascual, transformados espiritualmente, aprendas que todos los sacramentos de la ley, o mandatos que parecían sonar carnalmente, debían ser transferidos ahora a la observancia espiritual.

Y tomando el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado. Haced esto en memoria mía. Terminadas las solemnidades de la antigua Pascua, que se celebraban en memoria de la antigua liberación de Egipto, pasó a la nueva, que la Iglesia desea frecuentar en memoria de su redención. Para que, en lugar de la carne del cordero o de su sangre, sustituyendo el sacramento de su carne y sangre en la figura del pan y el vino, mostrara que él mismo es aquel a quien el Señor juró y no se arrepentirá, tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Salmo CIX). Él mismo parte el pan que ofrece, para mostrar que la fractura de su cuerpo no será sin su voluntad, sino, como dice en otro lugar, tiene el poder de poner su vida y de tomarla de nuevo. Y así como había tratado de terminar con lo antiguo, así también da gracias al Padre por el comienzo de lo nuevo, dándonos igualmente ejemplo de que en todo inicio o perfección de una buena obra, se debe glorificar al Padre que está en los cielos. Pero lo que dice: Haced esto en memoria mía, lo explica el apóstol Pablo. Quien, al poner sus palabras diciendo: Haced esto en memoria mía, esto es mi cuerpo que por vosotros es partido, y de nuevo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, haced esto cuantas veces lo bebáis, en memoria mía, añadió explicando, y dijo: Porque cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que él venga. (I Cor. XI).

De igual manera, el cáliz, después de cenar, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, que por vosotros será derramada. Lo que dice: De igual manera, el cáliz, se sobreentiende ἀπὸ κοινοῦ, se lo dio para que la sentencia sea completa: De igual manera, el cáliz, después de cenar, se lo dio. Porque el pan fortalece la carne, y el vino produce sangre en la carne, este se refiere mística al cuerpo de Cristo, aquel alude a la sangre. Pero como nosotros debemos permanecer en Cristo, y Cristo en nosotros, el vino del cáliz del Señor se mezcla con agua. Pues según Juan, las aguas son los pueblos (Apoc. XV). Y no es lícito ofrecer solo agua, ni solo vino, así como tampoco un grano de trigo sin la mezcla y confección de agua en pan, para que tal ofrenda no signifique que la cabeza debe ser separada de los miembros, y que Cristo pudo padecer sin amor por nuestra redención, o que nosotros podemos ser salvados y ofrecidos al Padre sin la pasión de Cristo; si a alguien le preocupa que el Salvador, habiendo cenado con los apóstoles, les haya entregado su cuerpo y sangre, por qué no somos enseñados por la costumbre universal de la Iglesia a recibir los mismos sacramentos en ayuno, escuche brevemente que los apóstoles comulgaron después de cenar porque era necesario que aquella Pascua típica se consumara antes, y así pasar a los sacramentos de la verdadera Pascua. Ahora, en honor de tan grande y terrible sacramento, ha complacido a los maestros de la Iglesia que primero seamos fortalecidos con la participación de la pasión del Señor, primero ser consagrados interior y exteriormente con banquetes espirituales, y luego el cuerpo sea restaurado con alimentos terrenales y vulgares. Pero lo que dice: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, mira a la distinción del antiguo

Testamento, que fue dedicado con la sangre de machos cabríos y becerros, diciendo el legislador al rociar: Este es el sangre del testamento que Dios os ha mandado (Hebr. IX). Porque es necesario que las figuras de las cosas celestiales sean purificadas con estas, pero las celestiales mismas con mejores sacrificios que estos, según lo que el Apóstol declara con la más hermosa exposición y plena razón a lo largo de la Epístola a los Hebreos, distinguiendo entre la ley y el Evangelio.

Sin embargo, he aquí la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. Y ciertamente el Hijo del Hombre va según lo que está determinado, pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! Quien había predicho sobre la pasión, también predice sobre el traidor, dando lugar al arrepentimiento, para que, al comprender que sus pensamientos y consejos ocultos son conocidos, se arrepienta de su hecho. Y sin embargo, no lo señala específicamente, para que, corregido abiertamente, no se vuelva más impudente. Lanza el crimen en el número, para que el consciente haga penitencia. Predice también el castigo para que, a quien no venció la vergüenza, lo corrijan los anunciados suplicios. Pero también hoy y para siempre, ¡ay de aquel hombre que se acerca maligno a la mesa del Señor, que, con insidias en su mente, que, con el corazón contaminado por algún crimen, no teme participar en los secretos de los misterios de Cristo! Porque aquel, a ejemplo de Judas, entrega al Hijo del Hombre, no a los judíos pecadores, sino a los pecadores, es decir, a sus miembros, a quienes presume violar ese inestimable e inviolable cuerpo del Señor. Aquel vende al Señor, quien, descuidando su amor y temor, es convencido de amar y cuidar más las cosas terrenales y caducas, incluso criminales. ¡Ay, digo, de aquel hombre, de quien Jesús, que no duda en estar presente en los altares sacrosantos durante la inmolación, como quien consagrará lo propuesto, con los ministros celestiales asistiendo, se ve obligado a preguntar: He aquí, dice, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa.

Y ellos comenzaron a preguntarse entre sí quién de ellos sería el que haría esto. Y ciertamente los once apóstoles sabían que no pensaban nada de eso contra el Señor, pero creen más al maestro que a sí mismos, y temiendo su fragilidad, tristes preguntan sobre el pecado, del cual no tenían conciencia. Pregunta también Judas, impudente, como recuerdan Mateo y Marcos, para que su audacia mintiera una buena conciencia.

Y surgió también una disputa entre ellos sobre quién de ellos parecía ser el mayor. Como es costumbre entre los buenos en las Escrituras siempre buscar ejemplos de los Padres anteriores, para que progresen hacia lo mejor, y al reconocerlos, se humillen por sus actos, así, por el contrario, los reprobos, si encuentran algo reprochable en los elegidos, como si quisieran ocultar sus propias iniquidades o defenderlas como justas, suelen abrazarlo con gusto. Por eso, leen con mucho más ardor que surgió una disputa entre los discípulos de Cristo sobre quién de ellos parecía ser el mayor, que lo que el corazón y el alma de la multitud de creyentes era uno (Hechos IV). Recuerdan mucho más tenazmente que surgió una disensión entre Bernabé y Pablo, de modo que se separaron el uno del otro, que lo que el mismo Pablo dice: Porque cuando hay entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales? ¿no sois hombres? como si se nos propusiera imitar la debilidad de los santos, y no más bien aquello, porque se fortalecieron de la debilidad, se hicieron fuertes en la batalla, especialmente en este lugar, donde incluso la causa misma de su disputa nos es desconocida. Porque no es increíble que, según lo que se ordena en otro lugar: Esforzaos por entrar por la puerta angosta (Lucas XIII), se hayan esforzado por honrarse mutuamente. Pero sea cual sea la causa por la que disputaron, veamos más bien no lo que hicieron los discípulos aún carnales, sino lo que ordenó el maestro espiritual.

Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados benefactores. Pero vosotros no así. Sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que es líder, como el que sirve. A los discípulos que disputan sobre el primado, el piadoso maestro no los reprende por la contienda iniciada, sino que describe con moderada razón la forma de humildad que deben seguir. En la cual forma, sin embargo, para obtenerla, los mayores y líderes, es decir, los doctores de la Iglesia, necesitan no poca discreción, para que no se enseñoreen de los súbditos al estilo de los reyes de las naciones, ni se alegren de ser exaltados por alabanzas superfluas, sino que presidan a ejemplo del rey, y se conviertan en ministros. Porque es necesario que, actuando así, sean compañeros por humildad, para que, por el celo de la justicia, estén erguidos contra los vicios de los delinquentes, de modo que no se prefieran en nada a los buenos, y cuando la culpa de los perversos lo exija, reconozcan de inmediato el poder de su primacía. Para que el ánimo del que preside no sea llevado a la exaltación por el deleite de su poder, correctamente se dice por un sabio: Te han constituido líder, no te exaltes, sino sé entre ellos como uno de ellos (Eclesiástico XXXII). De aquí también Pedro dice: No dominando sobre el clero, sino siendo ejemplos para el rebaño (I Pedro V). Y sin embargo, a veces se peca más gravemente si entre los perversos se guarda más la igualdad que la disciplina, porque al ser superado por una falsa piedad, Elí no quiso castigar a sus hijos delinquentes, y ante el juez severo, él mismo con sus hijos fue golpeado con cruel condena. Por lo tanto, es necesario que el rector muestre a los súbditos tanto la piedad de una madre como la disciplina de un padre. Y entre estas cosas, se debe prever con cuidadosa vigilancia, para que ni la disciplina sea rígida, ni la piedad sea laxa.

Porque, ¿quién es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve. A las palabras de exhortación añade ejemplos de sí mismo, que el evangelista Juan recuerda más plenamente, escribiendo entre otras cosas: Si yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros (Juan XIII). Aunque también en la palabra servir se pueden entender todas las cosas que Dios hizo en la carne. Pues incluso el sacramento de su sangre, que se derrama para ser administrado a nosotros, lo significa cuando dice: Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos (Mateo XX), mostrando también este género de servicio a los mayores de la Iglesia como algo principal a imitar, para que no solo ofrezcamos a los hermanos los servicios de misericordia, limosna, doctrina saludable, ejemplo espiritual, sino también, como él puso su vida por nosotros, así aprendamos a poner nuestras vidas por los demás.

Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones, y yo dispongo para vosotros, como mi Padre dispuso para mí, un reino. No se otorga la gloria del reino celestial al inicio de la paciencia, sino a la perseverancia. Porque la perseverancia, que también se llama constancia, es una especie de fortaleza y fuerza de la mente, y (por así decirlo) es la columna de todas las virtudes. Cuando está bien recta y firme, no hay nada más seguro, nada más seguro para las buenas costumbres. Pero si es derribada por algún torbellino, no cae sola; todos los bienes del alma caen con ella. Así como el Padre dispuso el reino para el Hijo, quien hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses II), así también el Hijo llevará al reino eterno a los que permanecen con él en las tentaciones. Porque si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección (Romanos VI). De cuya sublimidad de la promesa se excluye al infeliz Judas. Pues incluso antes de que el Señor dijera estas cosas, se cree que ya había salido. Quien no solo despreció permanecer con él en las tentaciones, sino que ayudó a los autores de sus tentaciones. Se

excluyen también aquellos que, al oír las incomprensibles palabras del sacramento, se fueron atrás, y ya no andaban con él. Porque los que se apartan del Señor, a menos que regresen arrepentidos, no pueden ser salvados.

Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino. Esta mesa propuesta a todos los santos para disfrutar, es la gloria celestial de la vida. Ese alimento y bebida de la que en otro lugar se dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mateo V), porque ellos serán saciados. Disfrutando, es decir, del gozo verdadero y firme del bien deseado y amado desde hace tiempo. Y os sentéis sobre tronos, juzgando a las doce tribus de Israel. Esta es la que el salmo canta como el cambio de la diestra del Altísimo (Salmo LXXVI), para que los que ahora se alegran de servir con humildad a sus compañeros, entonces sean alimentados con los manjares de la vida perpetua en la mesa del Señor; los que aquí permanecen con el Señor en las tentaciones, injustamente juzgados, allí vengan con él como jueces justos sobre sus tentadores, y cuanto más fueron despreciados en este mundo con gran humildad, tanto más entonces, al recibir asientos, crezcan en mayor altura de poder.

Pero el Señor dijo: Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte. Para que los once apóstoles no se gloriaran, ni atribuyeran a sus propias fuerzas el haber permanecido casi solos entre tantos miles de judíos en las tentaciones con el Señor, muestra que también ellos, si no hubieran sido protegidos por la ayuda del Señor que los asistía, podrían haber sido quebrantados por la misma tormenta junto con los demás. Pero cuando Satanás pide tentarlos, y como quien limpia el trigo, sacudirlos ventilando, enseña que la fe de nadie es tentada por el diablo sin el permiso de Dios. Porque pedir Satanás para zarandear a los buenos es anhelar con los ardores de la malicia su aflicción. Pues cuanto más desea su tentación por envidia, tanto más, como pidiendo su prueba, perece. Pero cuando el Salvador ruega por Pedro, no para que no sea tentado, sino para que su fe no falte, es decir, para que después de la caída de la negación se levante arrepentido a su estado anterior, insinúa que es útil para los santos ser examinados por las llamas de las tentaciones, para que, o bien aparezcan fuertes porque fueron tentados, o bien, al conocer su debilidad por las tentaciones, aprendan a ser más fuertes, y así, cuando hayan sido probados, reciban también ellos la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Santiago I).

Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos. Así como yo (dice) he protegido tu fe para que no falte al ser tentado por Satanás, así también tú, con el ejemplo de tu arrepentimiento, recuerda levantar y fortalecer a los hermanos más débiles, para que no desesperen de la venia. Lo cual también exhorta después de la resurrección, cuando a él, que profesa amarlo por tercera vez (pues convenía que el amor de la triple confesión borrara el temor de la triple negación), le encomienda por tercera vez apacentar sus ovejas.

Quien le dijo: Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte. Pero él le dijo: Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo, antes que niegues tres veces que me conoces. Porque el Señor había dicho que había rogado por la fe de Pedro, él, consciente de su presente afecto y fervor de fe, pero ignorante de su futura caída, no cree que de ninguna manera pueda fallar. Pero quien solo sabe lo que hay en el hombre, para que ninguno de los fieles confíe imprudentemente en su estado, ni desconfíe imprudentemente de su caída, y como Dios predice el modo, tiempo y número de su negación, y como misericordioso promete la ayuda de su defensa.

Cuando os envié sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿acaso os faltó algo? Ellos respondieron: Nada. Entonces les dijo: Pero ahora, el que tenga bolsa, tómelas, y también la alforja; y el que no tenga, venda su túnica y compre una espada. Qué justamente la discreción, madre y nodriza de todas las virtudes, es definida por la sentencia de los Padres, y se prueba con esta palabra del Señor, quien no instruye a sus discípulos con la misma regla de vida en tiempos de persecución que en tiempos de paz. Hay virtudes que siempre deben ser mantenidas con firmeza, y hay otras que, según el tiempo y el lugar, deben ser modificadas con prudente discreción. ¿Quién no sabe que las entrañas de misericordia, la bondad, la humildad, la paciencia, la modestia, la castidad, la fe, la esperanza, la caridad, y cosas semejantes, deben ser observadas por los fieles sin interrupción alguna? Pero el hambre, la sed, las vigilias, la desnudez, la lectura, la salmodia, la oración, el trabajo, la enseñanza, el silencio, y otras cosas de este tipo, si alguien pensara que deben ser siempre ejecutadas, no solo se privará del fruto de ellas, sino que también incurrirá en la nota de obstinación indiscreta, o más bien, de terca necesidad. Así, el Maestro y Señor de las virtudes, para insinuar la medida de la discreción, al enviar a los discípulos a predicar, les ordena que no lleven nada en el camino, es decir, ordenando que quienes anuncian el Evangelio vivan del Evangelio. Pero cuando el peligro de muerte se aproxima, y toda la gente persigue al pastor y al rebaño, decreta una regla adecuada al tiempo, permitiendo llevar dinero necesario para el sustento, hasta que, calmada la locura de los perseguidores, vuelva el tiempo de evangelizar. Aquí también nos da ejemplo de que, por justa causa, algunas cosas del rigor de nuestro propósito pueden ser interrumpidas sin culpa. Por ejemplo, cuando viajamos por regiones inhóspitas, es lícito llevar más provisiones de las que teníamos en casa. También ordena tomar o comprar una espada, para que los lectores sepan que a los discípulos no les falta la capacidad de resistir, sino que el maestro tiene más bien amor por sufrir. Y si no hubiera otra causa para desenvainar la espada, bastaría aquella para que, al ser cortada la oreja del siervo, fuera sanada por el toque del Señor, y la virtud del Salvador, incluso a sus agresores, les advirtiera que prefirieran recibir la fe del resucitado en lugar de soportar la ira del herido.

Porque os digo que aún debe cumplirse en mí lo que está escrito: «Y con los injustos fue contado.» Pues lo que se refiere a mí tiene su fin. He aquí por qué los discípulos son advertidos de llevar bolsa, alforja y espada, porque el Señor iba a ser contado entre los injustos, lo cual Isaías menciona al describir su pasión (Is. LIII), ya sea entre los ladrones con quienes iba a ser crucificado, o en el infierno al que iba a descender por la muerte. Y entonces fue contado entre los injustos, cuando descendió al infierno, y a los que encontró allí, los llevó a los cielos. Según lo que otro profeta canta: Tú también, por la sangre de tu pacto, has liberado a tus prisioneros del pozo en el que no hay agua (Zac. IX).

Ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: Basta. Dos espadas son suficientes para testimoniar la voluntad del Salvador de sufrir voluntariamente. Una que enseñe a los apóstoles el valor de luchar por el Señor, y al cortar la oreja con su golpe, enseñe al Señor, incluso al morir, la piedad y la virtud de sanar. Otra que, al no ser desenvainada, muestre que no se les permitió hacer todo lo que podían para su defensa.

Y saliendo, fue, según su costumbre, al monte de los Olivos. Y lo siguieron también sus discípulos. El Señor, traicionado por un discípulo, se dirige al lugar de retiro habitual donde fácilmente puede ser encontrado. ¿Dónde están, pues, aquellos que afirman que temió la muerte y que fue crucificado contra su voluntad? Y bellamente lleva a sus discípulos, imbuidos de los misterios de su cuerpo y sangre, al monte de los Olivos, para que todos los bautizados en su muerte sean confirmados con el más alto crisma del Espíritu Santo, quienes puedan decir con el salmista: La luz de tu rostro, Señor, ha sido sellada sobre nosotros, has

dado alegría a mi corazón (Sal. IV). Y de quienes antes se añade: Desde el tiempo del trigo, del vino y del aceite, se han multiplicado (Ibid.).

Y cuando llegó al lugar, les dijo: Orad para que no entréis en tentación. Es imposible que el alma humana no sea tentada. Por eso en la Oración Dominical decimos: No nos dejes caer en la tentación (Mat. VI): no rechazando completamente la tentación, sino pidiendo fuerzas para soportar en las tentaciones. Por tanto, en el presente, no dice Orad para que no seáis tentados, sino Para que no entréis en tentación, es decir, para que la tentación no os venza finalmente, y os retenga en sus redes; por ejemplo, el mártir que derrama su sangre por la confesión del Señor, ciertamente es tentado, pero no está atado por las redes de la tentación; pero el que niega, cae en las trampas de la tentación.

Y él se apartó de ellos, como a un tiro de piedra. Y puesto de rodillas, oraba diciendo. Dado el precepto de orar a los apóstoles, él mismo se aparta de ellos y ora solo por todos, significando que tanto su oración como su pasión difieren de la nuestra, y puesto de rodillas ora, para mostrar la humildad de su mente en el hábito de la carne. Se apartó de ellos como a un tiro de piedra, como si les advirtiera simbólicamente que dirigieran hacia él la piedra, es decir, que lo llevaran hasta él en la tentación de la ley, que estaba escrita en piedra. Pues hasta él puede llegar esa piedra, ya que Cristo es el fin de la ley para justicia a todo creyente.

Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz. Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya. Pide que se aparte de él el cáliz, no por temor a sufrir, sino por misericordia hacia el pueblo anterior, para que no beba de ese cáliz ofrecido por ellos. Por eso, significativamente no dijo Aparta de mí el cáliz, sino, este cáliz, es decir, del pueblo judío, que no puede tener excusa de ignorancia si me mata, teniendo la ley y los profetas que me profetizan diariamente. Y sin embargo, volviendo en sí mismo, lo que había sostenido temerosamente desde la persona del hombre, lo confirma con el poder del Hijo de Dios.

Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya. No (dice) se haga esto que hablo con afecto humano, sino por lo que descendí a la tierra por tu voluntad. Si, pues (dice), es posible que sin la destrucción de los judíos la multitud de los gentiles crea, rechazo la pasión. Pero si han de ser cegados para que todas las naciones vean, no se haga mi voluntad, Padre, sino la tuya. De otro modo: Acercándose a la pasión, el Salvador tomó la voz de los que están débiles en él, diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, y asumió su temor para apartarlo. Y nuevamente, mostrando la fortaleza de su mente a través de la obediencia, dijo: Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya. Para que cuando se avecine lo que no queremos que suceda, así pidamos por debilidad que no se haga, para que por fortaleza estemos preparados para que se haga la voluntad de nuestro Creador, incluso contra nuestra voluntad.

Y se le apareció un ángel del cielo, fortaleciéndolo. En otro lugar leemos que los ángeles se acercaron y le servían. Por tanto, en testimonio de ambas naturalezas, se describe que los ángeles le sirvieron y que un ángel lo fortaleció, ya que quien existió como Dios antes de los siglos, se hizo hombre al final de los siglos. Quien, antes de ser exaltado por la gloria de la resurrección, fue superior a los ángeles por su divinidad, pero sin embargo, como está escrito, fue hecho menor que los ángeles por su humanidad (Sal. VIII), de la cual también estuvo sujeto a la muerte. Pero después de que venció a la muerte resucitando, su humanidad fue colocada por encima de las majestades de los arcángeles. Ciertamente, si alguna herejía se halaga a sí misma con esto, afirmando que fue débil quien necesitó la ayuda de un ángel fortalecedor, recuerde que el Creador de los ángeles no necesitó el auxilio de su criatura. Pues si quisiera, podría traer doce mil legiones de ángeles del cielo. Luego, necesariamente fue

fortalecido de la misma manera en que fue triste. Porque si para nosotros está triste, es decir, está triste por nosotros, es necesario que también por nosotros sea fortalecido y para nosotros.

Y estando en agonía, oraba más intensamente. ¿Qué podría pedir para sí mismo en agonía, quien estando en la tierra otorgaba cosas celestiales con poder? Pero, al acercarse la muerte, expresó en sí mismo el combate de nuestra mente, que sufrimos una cierta violencia de terror y miedo cuando, a través de la disolución de la carne, nos acercamos al juicio eterno. Pues no sin razón se aterra entonces cualquier alma, cuando después de este breve tiempo encuentra lo que no podrá cambiar por la eternidad.

Y su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían a tierra. Nadie debe atribuir este sudor a la debilidad, porque es contrario a la naturaleza sudar sangre. Ni puede de ninguna manera pertenecer a la herejía de la debilidad lo que, al mentir contra la herejía del fantasma, avanza hacia la verdad del cuerpo a través del sudor de sangre. Más bien, debe entenderse que al regar y consagrar la tierra con su sangre, no para sí mismo, que ya lo sabía, sino para nosotros, se declara abiertamente que ya había obtenido el efecto de su oración, para que la fe de los discípulos, que aún era acusada por la fragilidad terrenal, fuera purificada con su sangre; y todo lo que esa fe había soportado de escándalo por su muerte, él mismo lo borrara muriendo, o más bien, resucitara a la vida celestial a todo el vasto orbe de la tierra muerto por los pecados con su muerte inocente.

Y cuando se levantó de la oración y vino a sus discípulos, los encontró durmiendo de tristeza. Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación. Es decir, para que no os sobrevenga el cáliz de mi pasión. Donde claramente demuestra que también oró por ellos, a quienes también exhorta diligentemente a ser partícipes de sus oraciones vigilando y orando.

Mientras aún hablaba, he aquí una multitud, y el que se llamaba Judas, uno de los doce, iba delante de ellos, y se acercó a Jesús para besarle. ¿Por qué lo besa? Otros evangelistas lo manifiestan, es decir, para que con este indicio puedan reconocer que él es a quien iba a entregar. El Señor acepta el beso del traidor, no para enseñarnos a simular, sino para no parecer que huye de la traición, y al mismo tiempo cumpliendo aquello de David: Con los que odian la paz, yo era pacífico (Sal. CXIX).

Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre? Entregas, dice, al Hijo del Hombre, porque la carne, no la divinidad, es aprehendida. Sin embargo, lo que más confunde al ingrato es que entregó a quien, siendo Hijo de Dios, quiso ser Hijo del Hombre por nosotros. Y como si dijera: Por ti asumí, ingrato, lo que entregas. Creo que debe pronunciarse interrogativamente, como si con afecto amoroso reprendiera al traidor. Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre? es decir, ¿con el símbolo del amor infliges una herida, y con el oficio de la caridad derramas sangre, y con el instrumento de la paz infliges muerte, siervo al Señor, discípulo traicionas al maestro, elegido al autor?

Viendo los que estaban alrededor de él lo que iba a suceder, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? Y uno de ellos hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Pedro hizo esto, como lo enseña el evangelista Juan, con el mismo ardor de mente con que había hecho otras cosas. Pues sabía cómo Finees, castigando a los sacrílegos, recibió la recompensa de la justicia y el sacerdocio perpetuo. Lo que sigue:

Pero Jesús, respondiendo, dijo: Dejad hasta aquí. No debe entenderse como si le hubiera complacido lo hecho hasta aquí, sino que no quiso que se hiciera más, en las palabras que

Mateo pone que el Señor dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán (Mat. XXVI); se entendía más bien que todo lo hecho, en lo que Pedro usó la espada, no agradó al Señor. Pues es más cierto que cuando le preguntaron diciendo: Señor, ¿herimos con la espada? entonces respondió: Dejad hasta aquí, es decir, no os preocupe lo que va a suceder, deben ser permitidos avanzar hasta aquí, es decir, para que me aprehendan, y se cumplan las cosas que están escritas sobre mí. Pero entre las demoras de las palabras de los que preguntaban al Señor y de aquel que respondía, Pedro, con avidez de defensa, con mayor conmoción por el Señor, hirió. Pero no pudieron decirse al mismo tiempo las cosas que pudieron hacerse al mismo tiempo. Pues no diría: Pero Jesús, respondiendo, dijo, si no respondiera a la pregunta de ellos. Pues sobre el hecho de Pedro, lo que juzgó, solo Mateo lo dice. Donde tampoco dijo Mateo: Respondió Jesús a Pedro: Vuelve tu espada, sino que dijo: Entonces Jesús le dijo: vuelve tu espada, lo que parece que el Señor dijo después del hecho.

Y cuando tocó su oreja, lo sanó. El Señor nunca olvida su piedad, quien no permite que incluso sus enemigos sean heridos. Ellos infligen muerte al justo, él sana las heridas de los perseguidores: enseñando mística y alegóricamente que también ellos pueden ser sanados si se convierten, quienes están heridos en el consentimiento de su muerte. Según la alegoría, este siervo es el pueblo de los judíos, indebidamente sometido al servicio de los príncipes de los sacerdotes, tanto que por su consejo pidieron que se liberara a Barrabás y que Jesús, a quien poco antes aclamaban con hosannas como hijo de David y rey, fuera crucificado. Quien en la pasión del Señor perdió la oreja derecha, es decir, la comprensión espiritual de la ley, contentándose solo con la utilidad de la letra. La cual oreja es cortada por la espada de Pedro, no porque él quite el sentido de comprensión a los oyentes, sino que revela lo que ha sido quitado por el juicio divino a los negligentes. Pero la misma oreja derecha en aquellos que del mismo pueblo prefirieron creer, por la divina dignación de la piedad, fue restaurada a su función original. De otro modo: la oreja cortada por el Señor y sanada por el Señor, significa el oído renovado, quitada la antigüedad, para que esté en la novedad del espíritu, y no en la antigüedad de la letra. A quien esto le sea concedido por Cristo, también le será concedido reinar con Cristo. Por lo cual, bien se llama Malco, nombre del siervo, que significa rey o reinante. Que fue encontrado siervo, también pertenece a aquella antigüedad que engendra para servidumbre, que es Agar. Pero cuando llegó la sanidad, también se figuró la libertad.

Jesús dijo a los que habían venido a él, los príncipes de los sacerdotes, los magistrados del templo y los ancianos. Se pregunta cómo se dice que Jesús habló a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados del templo y a los ancianos que vinieron a él, cuando en otros evangelistas no se dice que ellos mismos vinieran, sino que esperaban en el atrio de Caifás y enviaron ministros. Pero porque los pontífices, fariseos y ancianos actuaban de tal manera sobre la muerte del Señor, que parecían inocentes de su sangre: No se entregue por nosotros, sino por su discípulo, no sea aprehendido por nosotros, sino por el tribuno y las turbas; no sea elegido Barrabás por nosotros, sino por el pueblo; finalmente, no sea condenado por nosotros, sino por el procurador, ni sea crucificado por nuestra mano, sino por la milicia romana: queriendo el evangelista mostrar que ellos, en cuyo consejo se llevaban a cabo todas las cosas, eran culpables de su sangre, dice que los príncipes de los sacerdotes, los magistrados del templo y los ancianos vinieron a aprehender al Salvador, para que de aquí se pudiera inferir que así como ellos no por sí mismos, sino por aquellos que enviaron, vinieron a aprehender a Cristo, ¿qué otra cosa sino que ellos mismos vinieron en el poder de su mandato? así todos los que clamaron impíamente para que fuera crucificado, no lo mataron por sí mismos, pero sin embargo, por aquel que fue impulsado a este crimen por su clamor, lo mataron.

¿Como a un ladrón habéis salido con espadas y palos? Cuando cada día estaba con vosotros en el templo, no extendisteis las manos contra mí. Pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Es necio (dice) buscar con espadas y palos a quien se entrega voluntariamente a vuestras manos; y en la noche, como si estuviera oculto y declinando vuestros ojos, investigarlo por un traidor, quien enseña diariamente en el templo. Pero por eso os reunís contra mí en las tinieblas, porque vuestro poder con el que os armáis contra la luz del mundo, está en las tinieblas.

Y habiéndolo aprehendido, lo llevaron a la casa del príncipe de los sacerdotes. El príncipe de los sacerdotes significa a Caifás, quien era el sumo sacerdote de aquel año, como lo testifica el evangelista Juan.

Pero Pedro lo seguía de lejos. Con razón lo seguía de lejos, quien ya estaba próximo a negar. Pues no podría negar si hubiera permanecido cerca de Cristo. Sin embargo, en esto es digno de nuestra mayor admiración, que no abandonó al Señor, incluso cuando tenía miedo. Pues lo que teme, es de la naturaleza; lo que sigue, es de devoción; lo que niega, es de obrepción; lo que se arrepiente, es de fe. De otro modo: que Pedro siga de lejos al Señor que va a la pasión, significaba que la Iglesia seguiría, es decir, imitaría las pasiones del Señor, pero de manera muy diferente. Pues la Iglesia sufre por sí misma, pero él por la Iglesia.

Encendido un fuego en medio del atrio y sentados alrededor de él, Pedro estaba en medio de ellos. Hay un fuego de amor, y hay un fuego de codicia. De este se dice: Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda? (Luc. XII). De aquel: He aquí todos vosotros que encendéis fuego, ceñidos de llamas, caminad en la luz de vuestro fuego y en las llamas que habéis encendido (Is. L). Este, descendiendo del cielo sobre los creyentes en el cenáculo de Sion, enseñó a alabar a Dios en diversas lenguas. Aquel, alimentado por la materia terrenal en el atrio de Caifás, encendió a las turbas en las llamas de negar al Señor. Con este fuego Moisés consumió la cabeza del ídolo de oro, con aquel Sedequías consumió los escritos de Jeremías profetizando. Cualquiera que extinga en sí mismo el fuego vicioso y dañino, puede cantar al Señor: Porque he sido como un odre en el hielo, no he olvidado tus justificaciones (Sal. CXVIII). Pero quien ha perdido la llama de las virtudes, escucha del Señor: Porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mat. XXIV). Con este frío, el apóstol Pedro, entumecido por un momento, deseaba calentarse en las brasas de los perseguidores, porque buscaba el consuelo temporal en la sociedad de los infieles. Pero no tardó, al ser mirado por el Señor, dejó tanto el fuego de ellos en el cuerpo como la infidelidad en el corazón.

Cuando una criada lo vio sentado a la luz, y lo miró fijamente, dijo: También este estaba con él. ¿Qué significa que primero lo delata una criada, cuando los hombres ciertamente podrían haberlo reconocido mejor, sino para que también este sexo pareciera haber pecado en la muerte del Señor, y este sexo fuera redimido por la pasión del Señor? Y por eso la mujer recibió primero el misterio de la resurrección y guardó los mandatos, para borrar el antiguo error de la transgresión.

Pero él lo negó diciendo: Mujer, no lo conozco. Algunos, por afecto hacia el apóstol Pedro, interpretan este pasaje como si hubiera dicho bien al afirmar que no conocía a aquel a quien la mente humana no puede comprender, porque nadie conoce al Hijo sino el Padre (Mateo XI). Nuevamente, al ser interrogado, dijo: Hombre, no soy, prefiriendo negarse a sí mismo antes que a Cristo. Y también, al ser interrogado por tercera vez, cuando dijo: Hombre, no sé de qué hablas, significó que no conocía sus sacrilegios, es decir, rechazándolos y

condenándolos. Pero cuán frívola es esta interpretación, lo demuestra el Señor, quien con veraz testimonio predijo que Pedro lo negaría tres veces, y el mismo Pedro lo insinúa, manifestando con lágrimas posteriores que no lo dijo intencionadamente, sino por sorpresa.

Y después de un poco, otro al verlo dijo: También tú eres de ellos. Pero Pedro dijo: Hombre, no soy. En esta negación del bienaventurado Pedro, aprendemos que no solo niega a Cristo quien dice que no es Cristo, sino también aquel que, siendo cristiano, niega serlo; el Señor, sin embargo, no le dijo a Pedro: Negarás ser mi discípulo, sino me negarás. Por lo tanto, lo negó a él mismo, al negarse a ser su discípulo.

Y pasado como una hora, otro afirmaba diciendo: Verdaderamente este también estaba con él, pues es galileo. No porque los galileos hablaran una lengua diferente a la de los habitantes de Jerusalén, que ambos eran hebreos, sino porque cada provincia y región, teniendo sus propias características, no puede evitar el acento vernáculo. Por eso, en los Hechos de los Apóstoles, cuando aquellos en quienes el Espíritu Santo había descendido hablaban en las lenguas de todas las naciones, entre otros que habían venido de diferentes partes del mundo, se dice que los que habitaban en Judea, maravillados, dijeron: ¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Y cómo los oímos cada uno en nuestra lengua en la que nacimos?

Y Pedro dijo: Hombre, no sé de qué hablas. Y al instante, mientras aún hablaba, cantó el gallo. La Sagrada Escritura suele designar el mérito de las causas por el estado de los tiempos. Por eso Pedro, que negó en medio de la noche, se arrepintió al canto del gallo. Quien también, después de la resurrección, bajo la luz del día, profesó tres veces amar al Señor a quien había negado tres veces, porque ciertamente lo que erró en las tinieblas del olvido, lo corrigió con el recuerdo de la luz esperada, y con la presencia obtenida de esa misma verdadera luz, levantó plenamente todo lo que había cambiado. Creo que este gallo debe entenderse como algún doctor que, despertándonos a los que yacemos y reprendiendo a los somnolientos, dice: Despertad, justos, y no pequéis (I Cor. XV).

Y el Señor, volviéndose, miró a Pedro. Y Pedro recordó la palabra del Señor como había dicho: Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, Pedro lloró amargamente. Al mirar el Señor, Pedro volvió en sí y limpió la mancha de la negación con lágrimas de arrepentimiento, porque no solo cuando se hace penitencia, sino para que se haga, es necesaria la misericordia de Dios. Mirar, en efecto, es tener misericordia. Por eso el salmista dice: ¿Hasta cuándo se exaltará mi enemigo sobre mí? Mírame y escúchame, Señor mi Dios (Salmo XII), es decir, ten misericordia y ayúdame. ¡Cuán nocivas son las palabras de los pérfidos! Pedro, entre los judíos, negó conocer al hombre a quien entre sus condiscípulos había confesado como Hijo de Dios. ¿Pero podía hacer penitencia retenido en el atrio de Caifás? Sale fuera, para, apartado del consejo de los impíos, lavar con lágrimas libres las manchas de la negación temerosa.

Y los hombres que lo tenían, se burlaban de él creyendo, y lo cubrieron, y le golpeaban el rostro. Se cumplió aquí la profecía que dice: Con una vara golpearán la mejilla del juez de Israel (Miqueas V). Pero aquel que entonces fue golpeado por los puños de los judíos, es golpeado también ahora por las blasfemias de los falsos cristianos. Lo cubrieron, no para que no viera sus crímenes, sino para ocultar su rostro de sí mismo, como hicieron antaño con Moisés. Porque si creyeran a Moisés, quizás también creerían al Señor. Ese velo permanece hasta hoy sobre su corazón no revelado, pero para nosotros que creemos en Cristo ha sido quitado. Pues no en vano, al morir él, el velo del templo se rasgó por la mitad.

Y le preguntaron diciendo: Profetiza, ¿quién es el que te golpeó? Y muchas otras cosas blasfemando, decían contra él. Hacían esto como en burla de aquel que quiso ser tenido por profeta entre los pueblos: pero por su disposición, quien sufre, todo se hace por nosotros, para que, como Pedro exhorta, armémonos con el mismo pensamiento de Cristo en la carne padecido. Y los herejes, o los judíos hasta hoy que niegan a Jesús como Dios, y los malos católicos, que, exacerbándolo con actos reprobables, no creen que sus pensamientos y obras de tinieblas sean vistos por él, como burlándose de él dicen: Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?

Y cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y lo llevaron a su concilio diciendo: Si tú eres el Cristo, dínoslo. No deseaban la verdad, sino que preparaban una calumnia. Pues esperando que el Cristo viniera solo como hombre de la estirpe de David, como le respondieron en otra ocasión, esto le preguntaban con gran interés, para que si decía, Yo soy el Cristo (según lo que ellos solo entendían) de la semilla de David, lo calumniaran por arrogarse el poder real.

Y él les dijo: Si os lo digo, no me creeréis. Y si os pregunto, no me responderéis, ni me dejaréis. Muchas veces les había dicho que él era el Cristo, evidentemente, cuando decía: Yo y el Padre somos uno (Juan X); Y de nuevo: Las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí, pero vosotros no creéis (Ibid.), y otras cosas semejantes. También les había preguntado cómo decían que el Cristo era hijo de David, cuando el mismo David en espíritu lo llamaba su Señor, para que, provocados por tal pregunta, aprendieran que él no solo era verdadero hombre, porque era hijo de David, sino también verdadero Dios, porque era Señor de David. Pero ellos ni querían creerle siguiéndolo, ni responderle preguntando, ni dejar libre a aquel que, aprobado como inocente, querían condenar. Pero aquellos que buscaban calumniar la semilla de David, escuchan algo más.

Desde ahora el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Si, pues, en Cristo, oh judío, pagano, y hereje, el desprecio, la debilidad, y la cruz son afrenta, mira que por estas cosas el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra de Dios Padre, y nacido como hombre del parto de una virgen, vendrá en su majestad con las nubes del cielo. Por eso también el Apóstol, después de describir la humillación de la cruz, añadió, diciendo: Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es en la gloria de Dios (Filipenses II).

Y dijeron todos: ¿Tú eres entonces el Hijo de Dios? Vosotros decís que yo soy. Así modera su respuesta, para que diga la verdad, y su discurso no sea objeto de calumnia. Prefirió probar que él era el Cristo, el Hijo de Dios, antes que decirlo, para que no fuera condenado por aquellos que lo que objetan, eso mismo confiesan.

Pero ellos dijeron: ¿Qué necesidad tenemos aún de testimonio? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca. Tomaron como testimonio del Señor, que él mismo dijo ser el Cristo y el Hijo de Dios, en lo que dijo: El Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Y al preguntarle: ¿Tú eres entonces el Hijo de Dios? Respondió: Vosotros decís que yo soy. Por lo tanto, se condenan con su propia sentencia, quienes lo entregan a la muerte, a quien reconocen como Dios por el testimonio de su boca y de sus obras. Condenan también a los arrianos, que no quieren entender las palabras que anuncian la majestad divina, ya glorificado el Señor después de la muerte, las cuales, aun estando él atado, azotado, y burlado, entendieron los mismos verdugos que lo iban a crucificar.

CAPÍTULO XXIII.

Y levantándose toda la multitud de ellos, lo llevaron a Pilato. Para que se cumpliera la palabra de Jesús, que predijo sobre su muerte: Será entregado a los gentiles, y será burlado, y azotado, y escupido. Y después de azotarlo, lo matarán (Lucas XVIII). Gentiles, en efecto, significa a los romanos. Pues Pilato era romano, y los romanos lo habían enviado como procurador a Judea, a quien los judíos entregan al Señor para ser crucificado, queriendo de este modo hacerse como ajenos a su muerte, no mostrando su inocencia, sino su demencia.

Comenzaron a acusarlo diciendo: Hemos hallado a este hombre subvirtiendo a nuestra nación y prohibiendo dar tributo al César, y diciendo que él es Cristo, un rey. Los judíos son acusados de impiedad, porque acusando al Salvador, ni siquiera encuentran algo verosímil que puedan objetarle falsamente. Y por eso, como dice Marcos: sus testimonios no concordaban (Marcos XIV). Pero él, para darnos ejemplo de paciencia, así como antes fue azotado, ahora acusado, calla y guarda silencio.

Pilato entonces lo interrogó diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Y él respondiendo dijo: Tú lo dices. Con la misma palabra responde al procurador, con la que también respondió a los príncipes de los sacerdotes, para que sean condenados por su propia sentencia. Y es de notar que, de las dos cosas que se le imputan al Señor, a saber, que prohibía dar tributo al César, y que se decía Cristo rey, Pilato consideró digno de preguntar solo sobre la palabra del reino. Pues pudo haber sucedido que aquel juicio del Señor, que dijo: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mateo XXII), también Pilato lo hubiera oído, y por eso, considerando esta causa como una abierta mentira de los envidiosos, solo consideró digno de investigación lo que no sabía.

Pilato entonces dijo a los príncipes de los sacerdotes y a las multitudes: No hallo causa en este hombre. Esto es lo que él mismo dijo el día antes de padecer entre otras cosas a sus discípulos: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV). Pero porque el príncipe del mundo, es decir, Pilato, lo absolvió, en quien no halló causa alguna que condenar, mira lo que hacen los judíos, que no por amor a la equidad buscan la verdad, sino que, por el aguijón de la envidia, se esfuerzan por condenar al justo.

Pero ellos insistían diciendo: Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí. Este discurso de los acusadores más bien enseña que aquel que es acusado es inocente, y que aquellos que acusan son perversos. Pues haber enseñado al pueblo, y haberlo movido de la ignorancia anterior enseñando, y haber pasado con tal acto desde Galilea hasta Judea, es decir, toda la tierra de la promesa de un extremo al otro, no es indicio de crimen, sino de virtud. Pues alguien amante del Señor pudo, como también lo hizo, poner la misma sentencia en lugar de alabanza, diciendo a los buenos oyentes: Vosotros sabéis lo que fue la palabra por toda Judea. Comenzando desde Galilea después del bautismo que predicó Juan, a Jesús de Nazaret, cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo y con poder, quien pasó haciendo el bien, y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque el Señor estaba con él. Por lo tanto, Pilato, ni siquiera considerando necesario interrogar al Salvador sobre esto, más bien, habiendo encontrado la ocasión, desea liberarlo juzgándolo. Pues sigue:

Pilato, al oír Galilea, preguntó si el hombre era galileo. Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, lo envió a Herodes, que también estaba en Jerusalén en aquellos días. Pilato, en efecto, para no verse obligado a dar sentencia contra aquel a quien conocía como inocente y entregado por envidia, lo envió a Herodes para ser oído, para que él, que era tetrarca de su patria, lo absolviera o lo castigara: pero la divina Providencia, para que no quedara excusa a

los judíos, como si no ellos, sino los romanos hubieran crucificado a Cristo, permitió que también Herodes, que era judío de nacimiento y religión, mostrara con su ejército lo que pensaba de él. Al mismo tiempo, se muestra la impiedad de ambas provincias, Judea, en la que nació, y Galilea, en la que fue criado y vivió, conspirando en su muerte.

Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho. Pues deseaba verlo desde hacía mucho tiempo, porque oía muchas cosas de él, y esperaba ver alguna señal hecha por él. Lo interrogaba con muchas palabras, pero él no le respondía nada. Calló, y no hizo nada, porque ni la crueldad de aquel merecía ver cosas divinas, y el Señor evitaba la jactancia. Y tal vez en Herodes se significan todos los impíos, que si no creen en la ley y los profetas, tampoco pueden ver las obras maravillosas de Cristo en el Evangelio.

También estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándolo con firmeza. Acusándolo los príncipes de los sacerdotes y los escribas, el Señor ante Pilato respondió poco, ante Herodes nada, para que, al no diluir la acusación, no fuera liberado por el procurador, y se difiriera la utilidad de la cruz. Pues también era justo que a Pilato, que de mala gana llevaba la sentencia, le respondiera en parte: pero a Herodes y a los demás notables de los judíos, porque contra los decretos de su ley condenaban al inocente, los considerara indignos de su palabra en todo. Por eso, aunque no quiso responder, se dio la similitud del Cordero, para que en su silencio no fuera tenido por culpable, sino por inocente. Donde callaba, como cordero a ser inmolado por todo el rebaño, mostraba paciencia; donde respondía, como buen pastor, luchaba por las ovejas confiadas a él contra las insidias de los lobos y ladrones.

Pero Herodes, con su ejército, lo despreció y se burló de él, vistiéndolo con una vestidura blanca, y lo envió de nuevo a Pilato. Que se le vista de blanco, da indicios de la inmaculada pasión, porque el Cordero de Dios inmaculado va a quitar los pecados de todo el mundo. Pues aquel que, vestido de blanco, fue despreciado y burlado, él mismo en carne casta sufrió y fue sepultado. De otro modo: que aquí se le vista de blanco, y según otros evangelistas con vestidura púrpura o escarlata, se expresa el doble género de martirio, con el que se adorna la santa Iglesia a través de las pasiones de su mismo Señor y esposo. Que, admirando la muerte inmaculada de su mismo Señor y esposo, dice: Mi amado es blanco y rubicundo (Cantar de los Cantares V). Blanco, ciertamente en acción, rubicundo en sangre. Y él mismo floreciendo con los diversos florecillas de sus miembros, en paz engendra lirios, en guerra rosas.

Y se hicieron amigos Herodes y Pilato en ese mismo día. Pues antes eran enemigos entre sí. Este pacto nefandísimo de Herodes y Pilato, que hicieron en la muerte de Cristo, hasta ahora sus sucesores lo guardan como si fuera por derecho hereditario, cuando gentiles y judíos, así como en género y religión, también en mente disidentes, consienten en perseguir a los cristianos y en destruir la fe de Cristo en ellos.

Pilato, convocando a los príncipes de los sacerdotes, y a los magistrados, y al pueblo, les dijo. Cuánto interés tiene Pilato en liberar a Jesús, observa. Primero, a los príncipes de los sacerdotes que acusan, dice que no encuentra causa en él. Luego, al persistir ellos en su empeño, lo envía a Herodes, para que si él puede encontrar algún crimen en él, o tal vez decida que debe ser liberado, lo explore. Finalmente, habiendo conocido también su voluntad, y no habiendo encontrado crimen en Jesús, busca la sentencia del pueblo, al que solía liberar uno por la Pascua. También, queriendo liberarlo por segunda y tercera vez, pregunta. Pero cuanto más cuidadosamente busca un ayudante para liberar a Jesús, a quien no encontró culpable, más criminales encuentra a aquellos que unánimemente desean su muerte:

Me habéis presentado a este hombre, como si apartara al pueblo, y he aquí que yo, interrogándolo delante de vosotros, no hallo causa en este hombre de las cosas de que lo acusáis. Al decir esto Pilato, absuelve a Jesús, a quien probó inocente, pero para que se cumplieran las Escrituras, a quien absolvió en juicio, crucificó en misterio.

Pero tampoco Herodes. Pues os lo envié, y he aquí que nada digno de muerte ha sido hecho por él. Escucha, ciego judío, escucha cruel pagano. Pilato mismo confiesa que ni él ni Herodes encontraron nada digno de muerte en Cristo, sino que solo en matar o burlarse del inocente obedecieron a los clamores de la ajena crueldad. Percen, pues, los escritos que, tanto tiempo después, compuestos contra Cristo, no muestran que él fue acusado de magia ante Pilato, sino que vosotros seréis acusados ante el Señor de perfidia y falsedad.

Por tanto, lo castigaré y lo soltaré. Lo azotaré y lo someteré a burlas tanto como vosotros ordenéis, con tal de que no deseéis la sangre inocente.

Era necesario que les soltara uno en el día de la fiesta. Era necesario, no por sanción de la ley imperial, sino por la costumbre anual de la gente, a la que se complacía con tales cosas, atado por la costumbre.

Pero toda la multitud gritó a una, diciendo: Quita a este, y suéltanos a Barrabás, quien había sido encarcelado por una sedición hecha en la ciudad y por homicidio. A los judíos les queda hasta hoy su petición, que con tanto esfuerzo obtuvieron. Porque, habiéndoseles dado la opción, eligieron a un ladrón en lugar de Jesús, a un asesino en lugar del salvador, a un quitador en lugar del dador de vida, con razón perdieron la salvación y la vida, y se sumergieron tanto en latrocinios y sediciones, que perdieron su patria y reino, que amaron más que a Cristo, y hasta ahora no han merecido recibir la libertad del alma o del cuerpo que vendieron.

Una vez más Pilato les habló, queriendo liberar a Jesús. Pero ellos gritaban diciendo: ¡Crucifícalo, crucifícalo! ¡Cuánta crueldad de los pérfidos, que no solo desean matar a un inocente, sino matarlo de la peor manera, es decir, crucificarlo! Los que colgaban en el madero crucificados, clavados al madero con clavos en los pies y manos, eran muertos con una muerte prolongada, y vivían mucho tiempo en la cruz, no porque se eligiera una vida más larga, sino porque la misma muerte se prolongaba, para que el dolor no terminara rápidamente. Sin embargo, él mismo con la peor muerte mató a toda muerte. Era la peor, no para los judíos que no entendían. Pues había sido elegida por el Señor. Él mismo tendría la cruz como su signo, y la misma cruz, después de vencer al diablo, la pondría como trofeo en las frentes de los fieles, para que el Apóstol dijera: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gálatas V).

Pero él les dijo por tercera vez: ¿Qué mal ha hecho este? No encuentro en él causa de muerte. Lo corregiré, pues, y lo soltaré. Esta corrección con la que buscaba satisfacer al pueblo, para que no se ensañaran hasta crucificar al Salvador, no solo la ofreció rogando, sino también exhibiéndolo a los deseos nefandos con burlas y azotes, y las palabras del evangelista Juan, y la misma columna a la que está atado, lo testifican. Aquel que suele liberar a los encadenados, sometió sus miembros llenos de Dios a los azotes. La columna, que está colocada en la Iglesia del monte Sion, hasta hoy muestra a los que la ven las huellas ciertas del Señor. Pero aunque Pilato haga esto, observa qué desea el insaciable furor de los sacrílegos.

Pero ellos insistían con grandes voces, pidiendo que fuera crucificado, y prevalecían sus voces. Porque veían que toda la acusación que habían presentado contra el Señor había sido anulada por el frecuente y diligente interrogatorio de Pilato, finalmente, impúdicos, se vuelven solo a las súplicas, para que lo que no pudieron lograr acusando y razonando, lo logren pidiendo y vociferando. Este mismo orden de ensañamiento, también los perseguidores de los bienaventurados mártires lo han mantenido, como demuestra suficientemente la historia eclesiástica.

Y Pilato decidió que se hiciera su petición. Les soltó, pues, a aquel que había sido encarcelado por homicidio y sedición, a quien pedían. A Jesús, sin embargo, lo entregó a su voluntad. El ladrón sedicioso y autor de homicidios fue liberado al pueblo de los judíos, es decir, el diablo, que ya hace tiempo había sido expulsado de la patria de la luz por culpa de la soberbia, y había sido enviado a la cárcel de las tinieblas, y por eso los judíos no pueden tener paz, porque prefirieron elegir al príncipe de las sediciones antes que al Señor. Porque Barabbas, que se interpreta como hijo del padre o hijo del maestro, puede llevar el tipo del Anticristo, a quien aquellos a quienes se dice: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII), preferirán al verdadero Hijo de Dios. Pero el hijo del diablo, el Anticristo, no se llama así por nacer de él, sino como los demás pecadores, por imitarlo.

Y cuando lo llevaban, tomaron a un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le impusieron la cruz para que la llevara detrás de Jesús. El evangelista Juan narra que el mismo Señor llevó su cruz. De donde se entiende que primero fue llevada por el Señor, y luego impuesta a Simón, a quien probablemente encontraron al salir, en un orden bastante adecuado de misterio. Porque él sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas (I Pedro II). Quien bien se describe llevando la cruz detrás de Jesús, según lo que él mismo ordena: Y tome su cruz, y sígame (Mateo XVI). Y porque se dice que este Simón no era de Jerusalén, sino de Cirene, que es una ciudad de Libia, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, correctamente por él se designan los pueblos gentiles. Que antes eran peregrinos y extraños a los pactos, ahora, obedeciendo a la fe, son ciudadanos y domésticos de Dios. Y, como se dice en otro lugar: Herederos de Dios, coherederos con Cristo (Romanos VIII). De donde bellamente Simón, obediente, se interpreta como heredero de Cirene. No debe pasarse por alto que se dice que Simón venía del campo. Pues el campo en griego se llama *πάγος*, de donde los paganos toman su nombre, porque están alejados de la ciudad de Dios y son como ignorantes de la conversación urbana. Pero Simón, saliendo del campo, lleva la cruz detrás de Jesús, cuando el pueblo de las naciones, abandonando los ritos paganos, abraza obedientemente las huellas de la pasión del Señor.

Lo seguía una gran multitud de pueblo, y de mujeres, que lloraban y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose hacia ellas, dijo. Una gran multitud seguía la cruz del Señor, pero no con una misma mente. Pues el pueblo, para que, habiendo pedido su muerte, lo viera morir con alegría; las mujeres, para que, deseando que viviera, lloraran por él muriendo, muerto y muerto. Pero no solo el llanto de las mujeres lo seguía, porque también innumerables grupos de hombres creyentes estaban muy tristes por su pasión, sino porque el sexo femenino, como más despreciable, podía más libremente, en presencia de los príncipes de los sacerdotes y magistrados, mostrar lo que sentía contra ellos. Pero porque el Señor conoce a los suyos, dejando ya a la multitud furiosa del pueblo, volvió sus ojos y su boca a las mujeres que lo amaban y lloraban, diciendo:

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. No me lamentéis (dice) a mí que voy a morir, cuya pronta resurrección puede disolver la muerte,

cuya muerte destruirá toda muerte y al mismo autor de la muerte. Más bien llorad por vosotras mismas y por vuestra descendencia, para que no seáis condenadas con los pérfidos a muerte eterna en venganza de mi cruz, con fuentes dignas de lágrimas. Y es de notar que cuando llama hijas de Jerusalén, no solo se refiere a las que habían venido con él desde Galilea, sino también a las mujeres ciudadanas de la misma ciudad que se le unieron. Y ahora también, como si Jesús fuera a ser inmolado, lo sigue una doble multitud, cuando la historia de su pasión, unos la leen, escuchan y recuerdan como fábulas dignas de risa, otros con ojos llorosos como corresponde: los misterios de su carne y sangre, estos como alimentos viles y comunes, aquellos con un pecho digno de tan gran cosa los reciben. Pero el Señor, donde ve un corazón contrito y humillado, inmediatamente añade la gracia de la compunción saludable, de donde más gratamente, dulcemente y con ternura consuela.

Porque he aquí que vendrán días en los que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a las colinas: Cubridnos. Significa los días de la futura invasión y cautiverio por los romanos. De los cuales anteriormente entre otras cosas dijo a los discípulos: Entonces los que estén en Judea huyan a los montes. Y poco después: Ay de las que estén embarazadas y de las que crien en aquellos días (Mateo XXIV). Porque es natural que, ante la inminente cautividad y el desastre hostil que arde por los campos y ciudades, todos los que puedan escapar busquen refugios altos o escondidos donde puedan ocultarse. Y especialmente refiere Josefo que, con los romanos asediándolos, los judíos buscaron ansiosamente cuevas en las montañas y colinas. Tanto que él mismo testimonia que, en la fortaleza de una ciudad destruida llamada Lotapata, fue descubierto en una cueva con cuarenta compañeros, encontrado y capturado por los enemigos. Pero también puede entenderse de manera adicional, que cuando dice que serán bienaventurados los estériles y los que no engendran, se refiere a aquellos que se han castrado a sí mismos por el reino de los cielos. Decir a los montes y colinas: Caed sobre nosotros, y cubridnos, cuando cualquiera, recordando su fragilidad, en el momento de la tentación busca ser defendido por los ejemplos, consejos y oraciones de aquellos que son sublimes, ya sea por su virginidad, martirio o cualquier otra virtud.

Porque si en el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? El árbol verde se refiere a sí mismo y a sus elegidos, y el seco a los impíos y pecadores. Si, pues, dice, yo que no he cometido pecado, que con razón soy llamado árbol de vida, que llevo frutos de gracia de doce en doce cada mes, no salgo del mundo sin el fuego de la pasión, ¿qué tormento crees que espera a aquellos que, vacíos de frutos, no temen además entregar a las llamas el mismo árbol de vida? Si ahora es el tiempo para que comience el juicio por la casa de Dios, y todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufren persecución, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios?

Y llevaban también a otros dos malhechores con él, para ser ejecutados. Para que se cumpliera lo que dice: Y fue contado con los inicuos. Pero él fue contado con los inicuos en la muerte, para justificar a los inicuos en la resurrección, quien siendo en forma de Dios, por los hombres se hizo hombre, para dar a los hombres el poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I).

Y después que llegaron al lugar llamado Calvario, allí lo crucificaron. Fuera de la ciudad de Jerusalén y fuera de la puerta había lugares donde se decapitaba a los condenados, y tomaron el nombre de Calvario, es decir, de los decapitados. Por eso el Señor fue crucificado allí, para que donde antes era el área de los condenados, se levantaran los estandartes del martirio. Y así como por nosotros se hizo maldición de la cruz, y fue azotado y crucificado, así por la

salvación de todos fue crucificado como culpable entre los culpables, para que donde abundó el pecado, sobreabundara la gracia. Cómo el Señor fue puesto en la cruz, y qué tipo real contiene en sí la posición del sacratísimo cuerpo, Sedulio lo dijo bellamente en versos en el poema pascual: Para que nadie ignore que la forma de la cruz debe ser venerada, que llevó al Señor con razón poderosa, de allí recoge las cuatro regiones del orbe cuadrado. El espléndido oriente brilla desde la cabeza del autor, los pies sagrados son bañados por el occidente estrellado. La derecha sostiene el ártico, la izquierda levanta el eje medio, y toda la naturaleza del creador vive de sus miembros, y Cristo gobierna el mundo desde la cruz por todas partes. También describe la figura moral de la sacrosanta cruz el Apóstol, donde dice: Enraizados y cimentados en el amor, para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, conocer también el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento (Efesios III). En la anchura, en efecto, significa las buenas obras de caridad, en la longitud la perseverancia en la santa conversación hasta el fin, en la altura la esperanza de las recompensas celestiales, en la profundidad los juicios inescrutables de Dios, de donde viene esta gracia a los hombres. Y estas cosas se adaptan al sacramento de la cruz, de modo que en la anchura se toma el madero transversal donde se extienden las manos, por la significación de las obras. En la longitud, desde el mismo hasta la tierra, donde todo el cuerpo crucificado parece estar de pie, lo que significa perseverar, es decir, permanecer con longanimidad. En la anchura, desde el mismo madero transversal hacia arriba, que sobresale hacia la cabeza, por la expectativa de las cosas superiores, para que no se crean que esas buenas obras y la perseverancia en ellas se hacen por los beneficios de Dios terrenales y temporales, sino más bien por aquello que la fe espera desde arriba, que obra por el amor. En la profundidad, la parte de ese madero que está oculta y fijada en la tierra, pero de donde surge todo lo que sobresale, así como de la oculta voluntad de Dios se llama al hombre a la participación de tan gran gracia, pero el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, es ciertamente donde está esa paz que sobrepasa todo entendimiento.

Y los ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los ladrones que están crucificados con el Señor a ambos lados significan a aquellos que bajo la fe y confesión de Cristo, ya sea que soporten el combate del martirio, o los institutos de una más estricta continencia. Pero todos los que hacen esto solo por la gloria eterna y celestial, estos ciertamente son designados por el mérito y la fe del ladrón derecho. Pero los que renuncian al mundo por la mirada de la alabanza humana, o por cualquier otra intención menos digna, no sin razón imitan la mente y los actos del blasfemo y ladrón izquierdo. De los cuales dice el Apóstol: Si entrego mi cuerpo para ser quemado, si doy todas mis posesiones para alimentar a los pobres, si hago muchas otras cosas, pero no tengo amor, de nada me sirve (I Corintios XIII). Pero, bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V).

Pero Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Porque Lucas, a través del tipo del becerro, dispuso escribir el sacerdocio de Cristo, correctamente en él el Señor intercede por sus perseguidores con el derecho del sacerdote, y con el mismo oficio abre la puerta del paraíso al ladrón que confiesa. No se debe pensar que él oró esto al Padre en vano, sino que ciertamente en aquellos que después de su pasión creyeron, obtuvo lo que oraba. Es de notar que no oró por aquellos que, incitados por los estímulos de la envidia y la soberbia, prefirieron crucificar al que entendieron como Hijo de Dios antes que confesarlo, sino ciertamente por aquellos que, teniendo celo de Dios, pero no según conocimiento (Romanos X), no sabían lo que hacían (Lucas XXIII), ofreció oraciones al Padre. Pero también dice el apóstol Juan: Hay pecado de muerte, no digo que se ore por él (I Juan V). Imita, pues, a tu Señor, intercede por tus enemigos, y si aún no puedes, al menos cuida de no atreverte a orar

contra ellos. Pues así, aumentado por los progresos cotidianos, llegarás algún día, con la ayuda del Señor, a poder interceder incluso por ellos.

Dividiendo sus vestiduras, echaron suertes. Y el pueblo estaba mirando. Esto lo expone más plenamente el evangelista Juan, que los soldados, dividiendo las demás en cuatro partes según su número, echaron suertes sobre la túnica que era sin costura, tejida de arriba a abajo. La vestidura cuatripartita del Señor figuró su Iglesia cuatripartita, es decir, difundida por todo el orbe de la tierra que consta de cuatro partes, y distribuida igualmente, es decir, concordemente, en todas esas partes. La túnica sorteada, sin embargo, significa la unidad de todas las partes, que se mantiene con el vínculo de la caridad. Pues si la caridad, según el Apóstol, tiene un camino más excelente, y sobrepasa el conocimiento, y es sobre todo mandamiento (Efesios III), con razón se dice que la vestidura que la significa está tejida de arriba. En la suerte, sin embargo, ¿qué se recomienda sino la gracia de Dios? Así, en uno llega a todos, cuando la suerte agradó a todos, porque también la gracia de Dios en la unidad llega a todos, y cuando se echa la suerte, no se cede a la persona o méritos de alguien, sino al oculto juicio de Dios.

Y se burlaban de él los príncipes, con ellos diciendo: A otros salvó, sálvese a sí mismo, si este es el Cristo, el elegido de Dios. Incluso sin querer, los príncipes y el pueblo de los judíos confiesan que salvó a otros. Así que vuestra sentencia os condena. Porque el que salvó a otros, ciertamente si quisiera podría salvarse a sí mismo. Sálvese a sí mismo (dicen) si este es el Cristo, el elegido de Dios. Más bien, por eso no quiso salvarse a sí mismo descendiendo de la cruz, porque él es el Cristo, el elegido de Dios. Pues quien vino para ser crucificado por nosotros, por eso descuidó salvarse a sí mismo descendiendo de la cruz, porque con los demás pecadores también cuidó de salvar a aquellos que lo crucificaron muriendo.

También se burlaban de él los soldados acercándose, y ofreciéndole vinagre, diciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo. El vinagre eran ellos mismos, los judíos, degenerando del vino de los patriarcas y profetas. Con el cual, en verdad, los soldados dieron de beber al Señor, a quien entregaron a la muerte por su sugerencia. Y es de notar que los judíos blasfeman e insultan el nombre de Cristo y del Hijo de Dios, que les fue confiado por la autoridad de la Escritura. Los soldados, sin embargo, como ignorantes de las Escrituras, no insultan al Cristo, el elegido de Dios, sino al rey de los judíos.

Había también una inscripción escrita sobre él en letras griegas, latinas y hebreas: Este es el rey de los judíos. Bellamente el título que testifica que Cristo es rey no se coloca debajo, sino sobre la cruz, porque aunque en la cruz sufría por nosotros con la debilidad del hombre, sobre la cruz brillaba con la majestad del rey. Quien también, porque es rey y sacerdote a la vez, cuando ofrecía al Padre la excelsa ofrenda de su carne en el altar de la cruz, también mostraba la dignidad del título de rey con el que estaba dotado, para que todos los que quisieran leer, es decir, escuchar y creer, supieran que no perdió su imperio por la cruz, sino que más bien lo confirmó y fortaleció. Por eso también el Apóstol, después de describir la ignominia de la cruz, añadió: Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, etc. (Filipenses II). Pues que este nombre estaba escrito en hebreo, griego y latín, es lo que el mismo Apóstol añade: Y toda lengua confiese que Jesucristo es en la gloria de Dios Padre (Ibid.). En cuanto a la letra, estas tres lenguas sobresalían allí sobre las demás. La hebrea por los judíos que se gloriaban en la ley, la griega por los sabios de las naciones, la latina por los romanos que ya entonces gobernaban muchas y casi todas las naciones. Quieran o no los judíos, todo el reino del mundo, toda la sabiduría mundana, todos los sacramentos de la ley divina testifican que Jesús es el rey de los judíos, es decir, el emperador de los creyentes y confesores de Dios.

Uno de los ladrones que colgaban lo blasfemaba diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Quizás a algunos les sorprenda cómo otros evangelistas dicen que los ladrones que fueron crucificados con él lo insultaron. Uno de ellos, en efecto, cuando lo insultó, según el testimonio de Lucas, el otro lo miró y creyó en Dios. Pero entendamos que al tratar brevemente este lugar, usaron el número plural por el singular. Como leemos en la Epístola a los Hebreos que se dice en plural: Cerraron bocas de leones (Hebreos XI), cuando se entiende que se refiere solo a Daniel. Y se dice en plural: Fueron aserrados (Ibid.), cuando se dice que solo Isaías fue aserrado. También en el salmo que dice: Se levantaron los reyes de la tierra y los príncipes se reunieron en uno (Salmo II), se encuentra que el número plural se usa por el singular en los Hechos de los Apóstoles. Pues entendieron reyes por Herodes, príncipes por Pilato, quienes aplicaron el testimonio de ese mismo salmo. ¿Y qué más común (por ejemplo) que alguien diga, Y los campesinos me insultan, incluso si solo uno insulta?

Respondió el otro increpándole: ¿Ni tú temes a Dios, estando en la misma condenación? Y nosotros, en verdad, justamente, pues recibimos lo que merecen nuestros hechos. Este, en cambio, no ha hecho nada malo. Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. ¿Quién no admirará el ánimo de este ladrón? Más bien, ¿quién admirará dignamente al que, ayudado por la gracia del Señor, merece ser venerado con acción de gracias? En la cruz, los clavos habían atado sus manos y pies, no quedándole libre de los tormentos más que el corazón y la lengua, y, inspirado por Dios, le ofreció todo lo que encontró libre en sí mismo, para que, según está escrito: Creyera con el corazón para justicia, y confesara con la boca para salvación (Rom. X). En el corazón de los fieles, el Apóstol testimonia que permanecen principalmente tres virtudes, diciendo: Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad (I Cor. XIII). Lleno de gracia repentina, el ladrón las recibió y las conservó en la cruz. Tuvo fe, pues creyó que el Señor reinaría, a quien veía morir junto a él. Tuvo esperanza, pues pidió la entrada a su reino. Y también mantuvo vivamente la caridad en su muerte, pues reprendió a su hermano y compañero de crimen que moría por un delito similar, y le predicó la vida que había conocido. Aquel que llegó a la cruz por culpa, he aquí cómo se aleja de la cruz por gracia. Confesaba al Señor, a quien veía morir con él en la debilidad humana, cuando los apóstoles lo negaban, a quien habían visto hacer milagros con poder divino.

Y Jesús le dijo: En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso. Un bellissimo ejemplo de conversión deseada, que tan pronto se concede el perdón al ladrón, y la gracia es más abundante que la súplica. Siempre el Señor concede más de lo que se le pide. Él rogaba que el Señor se acordara de él cuando viniera en su reino. Pero el Señor dijo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. Porque vivir es estar con Cristo, ya que donde está Cristo, allí está el reino. Algunos comparan a los dos ladrones crucificados con el Señor con dos tipos de bautizados. Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte (Rom. VI). Ambos fueron crucificados de manera similar, pero uno en la cruz se hizo peor por las blasfemias, el otro se convirtió en mártir por la confesión. Porque por el bautismo, en el que siendo pecadores somos lavados, algunos alaban a Dios en la carne sufriente con fe, esperanza y caridad, y son coronados; otros, al rechazar tener la fe o las obras del bautismo, son privados del don que recibieron.

Era casi la hora sexta, y se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena, y el sol se oscureció. La luz más clara del mundo retiró sus rayos, para que ni viera al Señor colgando, ni los impíos blasfemantes disfrutaran de su luz. Y es de notar que el Señor fue crucificado a la hora sexta, es decir, cuando el sol se alejaba del centro del mundo; y al amanecer, es decir, cuando el sol ya salía, celebró los misterios de su resurrección. Señaló

con el tiempo lo que mostró con la obra. Porque murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación (Rom. IV). Pues también cuando Adán pecó, está escrito que oyó la voz del Señor Dios paseándose en el paraíso al aire de la tarde (Gen. III). Por la tarde, con la luz de la fe inclinada. Al aire, con el fervor de la caridad enfriándose: Se le oía pasear, porque se había alejado del hombre pecador. Por tanto, el orden de la razón exigía que en el mismo momento en que entonces había cerrado a Adán pecador, ahora el Señor abriera la puerta del paraíso al ladrón penitente.

Y el velo del templo se rasgó por la mitad. Esto ocurrió al expirar el Señor, como atestiguan Mateo y Marcos, pero Lucas lo narró anticipadamente. Pues queriendo unir milagro con milagro, cuando dijo: El sol se oscureció, pensó que debía añadir inmediatamente: Y el velo del templo se rasgó por la mitad. Se rasga el velo del templo para que los secretos del testamento y todos los sacramentos de la ley, que antes estaban cubiertos, aparezcan y pasen al pueblo de las naciones. Pues antes se había dicho: Dios es conocido en Judá, en Israel es grande su nombre (Sal. LXXV). Pero ahora: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra sea tu gloria (Sal. LVI). Y en el Evangelio primero dijo: No vayáis por el camino de los gentiles (Mat. X). Pero después de la pasión: Id y enseñad a todas las naciones (Mat. XXVIII).

Y clamando a gran voz, Jesús dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo esto, expiró. Invocando al Padre, declara ser el Hijo de Dios. Encomendando su espíritu, no insinúa un defecto de su poder, sino la confianza en el mismo poder con el Padre. Pues ama dar gloria al Padre, para edificarnos a dar gloria al Creador. Encomienda, pues, su espíritu al Padre, según lo que con corazón deleitado y labios exultantes en la esperanza de resucitar, dice en otro salmo: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción (Sal. XV).

Viendo el centurión lo que había sucedido, glorificó a Dios diciendo: Verdaderamente este hombre era justo. No solo el centurión glorificó a Dios, sino también los soldados que estaban con él custodiando a Jesús (como escribe Mateo), al ver el terremoto y lo que sucedía, temieron mucho diciendo: Verdaderamente este era el Hijo de Dios (Mat. XXVII). ¡Cuánta ceguera, pues, la de los judíos, que, habiendo hecho el Señor tantos milagros, y apareciendo tantas señales en su muerte, se negaron a creer, y más insensibles que los gentiles, despreciaron glorificar o temer a Dios! Por lo cual, con razón, por el centurión se designa la fe de la Iglesia, que, al rasgarse el velo de los misterios celestiales por la muerte del Señor, inmediatamente confirma a Jesús como verdadero hombre justo y verdadero Hijo de Dios, mientras la sinagoga calla. Pues también el número cien, que en el movimiento de los dedos, como se ha mencionado antes, pasa de la izquierda a la derecha, se adapta perfectamente a los sacramentos de la Iglesia y a la fe, a la que en lugar de la ley se le ha confiado el Evangelio, y en lugar de las riquezas terrenales, se le ha prometido el reino celestial.

Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que sucedía, se volvían golpeándose el pecho. Que se golpeaban el pecho, porque es indicio de penitencia y luto, puede entenderse de dos maneras. O bien lamentaban que aquel cuya vida amaban había sido injustamente asesinado, o bien temían que aquel cuya muerte habían pedido, ahora en su muerte fuera más glorificado. Pero ya sea esta, aquella, o ambas causas las que llevaron a diversas y disidentes personas en la multitud a golpearse el pecho, se debe notar la diferencia entre una nación y otra. Pues los gentiles, al morir Cristo, temiendo a Dios, lo glorifican con voz de confesión abierta, mientras que los judíos, golpeándose solo el pecho, regresan a casa en silencio.

Pero todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, viendo estas cosas. Esto es lo que el mismo Señor en el salmo, después de relatar su pasión, se queja al Padre, diciendo: Has alejado de mí a mi amigo y a mi prójimo, y a mis conocidos de mi miseria (Sal. LXXXVII).

Y he aquí un hombre llamado José, que era miembro del consejo, un hombre bueno y justo. Este no había consentido en el consejo y en los actos de ellos. Se le llama miembro del consejo porque es del orden del consejo, y administra el oficio del consejo, quien también suele ser llamado curial por encargarse de los deberes civiles.

De Arimatea, ciudad de Judea, que también esperaba el reino de Dios. De Arimatea, que es Ramataim, ciudad de Elcana y Samuel en la región de Tannit, cerca de Diospolis.

Este se acercó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Este José, de gran dignidad en el mundo, es alabado por ser de mayor mérito ante Dios, para que por la justicia de sus méritos fuera digno de sepultar el cuerpo del Señor, y por la nobleza de su poder secular pudiera recibir ese cuerpo. Pues no cualquiera desconocido podía acercarse al gobernador y obtener el cuerpo del crucificado.

Y bajándolo, lo envolvió en una sábana, y lo puso en un sepulcro excavado, en el que aún no había sido puesto nadie. Y de la sencilla sepultura del Señor, se condena la ambición de los ricos, que ni siquiera en las tumbas pueden prescindir de las riquezas. Pero podemos también, según la inteligencia espiritual, entender que aquel que envuelve a Jesús en una sábana limpia, es quien lo recibe con mente pura. Y es puesto en un sepulcro nuevo, para que después de la resurrección, al no quedar otros cuerpos, no se fingiera que otro había resucitado. Bien se recuerda que el sepulcro fue excavado en la roca, para que si hubiera sido construido con muchas piedras, no se dijera que fue robado al socavar los cimientos del sepulcro. De otro modo: el Señor es encerrado solo en el sepulcro, para que su sepultura especial, es decir, diferente de la nuestra, así como los demás misterios de su dispensación difirieron de la fragilidad de nuestra naturaleza, se designe también su resurrección especial. Pues apareció como hombre viejo, pero concebido y nacido de madre virgen. Y fue tentado en todo, pero por semejanza sin pecado. Y murió, pero como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de

nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para ungir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de

mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad verdadera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para unguir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente,

gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento

adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para ungir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está

consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad verdadera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para unguir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera

sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para ungir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión

del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las

mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para unguir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue

completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para ungir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el

que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para unguir su

cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para unguir su cuerpo por la mañana, como testimonia el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el

sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó esa pasión.

Y regresando, prepararon especias y ungüentos. Y el sábado guardaron silencio según el mandamiento. El mandamiento era que el silencio del sábado se guardara desde la tarde hasta la tarde, y por eso las mujeres religiosas, después de sepultar al Señor, mientras era lícito trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas en preparar los ungüentos. Lo cual no solo hicieron el día de la Preparación, sino que, pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, tan pronto como regresaba la licencia de trabajar, compraron especias para ungir su cuerpo por la mañana, como testifica el evangelista Marcos. Pues no quisieron ir al sepulcro al anochecer del sábado, ya anticipando la noche. Pero habiendo visto la sepultura del Señor, regresando preparan especias y ungüentos, quienes, habiendo leído, oído, recordado la pasión del Señor, inmediatamente se convierten a realizar obras de virtudes con las que Cristo se deleite, y el sábado, con las especias preparadas, guardan silencio esperando venir después del sábado con ofrendas al Señor, cuando, terminada la preparación de esta vida presente, gozando en el descanso bendito, esperan cuando aparezca el tiempo de la resurrección, para encontrarse con Cristo con las acciones espirituales fragantes, como con especias.

CAPÍTULO XXIV.

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, llevando las especias que habían preparado. El primer día de la semana, o primer día después del sábado, es el primer día desde el sábado, que el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, según la historia, muestra el gran fervor

de caridad por buscar y encontrar al Señor, según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de acercarnos al sagrado cuerpo del Señor con rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios. Pues aquel sepulcro venerable tenía la figura del altar del Señor, en el que se suelen celebrar los misterios de su carne y sangre. Por lo cual, la Iglesia sostiene que los mismos misterios deben consagrarse no en seda, no en tela teñida, sino a semejanza de la sábana en la que José lo envolvió, en lino puro. Para que así como él ofreció la verdadera sustancia de la naturaleza terrena y mortal por nosotros a la muerte, así también nosotros, en conmemoración de ese mismo tremendo y venerable sacramento, ofrezcamos al altar lino puro del germen de la tierra, blanco, y castigado de múltiples maneras como por un género de mortificación, como él quiso. Y fue sepultado, pero por el tiempo que quiso. Y resucitó, pero cuando quiso. Esto es, pues, lo que dice: Singularmente soy yo hasta que pase (Sal. CXL). Y en otro lugar sobre su sepultura singular: En paz me acostaré y dormiré, porque tú, Señor, me has establecido en esperanza singular (Sal. IV), es decir, reservada la resurrección de los demás mortales para el final, me prometiste resucitar al tercer día con un don singular.

Y era el día de la Preparación, y el sábado amanecía. Preparación se interpreta como preparación, nombre con el que los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, que ahora llamamos viernes, porque en ese día preparaban lo necesario para el sábado. Según lo que se había mandado sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. (Éxodo XVI). Los judíos que viven entre los romanos, más comúnmente lo llaman en latín cena pura. Porque el sexto día fue creado el hombre, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el Creador descansó de su obra, por lo cual mandó que se llamara sábado, es decir, descanso, el Señor crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la reparación humana. Por lo cual, cuando recibió el vinagre, dijo: Está consumado (Juan XIX), es decir, la obra del sexto día, que asumí por la resurrección del mundo, está completamente terminada. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde también se ilumina el ejemplo de nuestra devoción, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como crucificados al mundo; en la séptima edad, es decir, cuando alguien paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas en secreto en paz con el Señor deben permanecer, y después de las buenas obras descansar, hasta que finalmente en la octava edad venidera, también los cuerpos mismos purificados por la resurrección, reciban con las almas la incorrupción de la herencia eterna. Por lo cual, bellamente, no se lee que el séptimo día en el Génesis tuviera tarde, porque el descanso de las almas que ahora es en ese siglo, no será consumido por ninguna tristeza, sino que será aumentado por el gozo más pleno de la futura resurrección.

Pero las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo. Arriba leímos que todos sus conocidos estaban a lo lejos, y las mujeres que lo habían seguido. Por lo tanto, después de que sus conocidos regresaron a sus casas tras el depósito de su cadáver, solo las mujeres que lo amaban más estrechamente, siguieron el funeral deseando ver cómo era puesto, para poder ofrecerle en el momento adecuado el don de su devoción. Pero hasta ahora las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Preparación, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más fervientes en el amor al Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitarlo, consideran con curiosidad diligente en qué orden se completó

Y recordaron sus palabras. Las mujeres que estaban en el sepulcro del Señor recordaron las palabras que Él había dicho sobre su misión, ofreciéndonos un ejemplo para que, al celebrar

los misterios de la pasión del Señor, recordemos siempre con digna veneración no solo su bendita pasión, sino también su resurrección de entre los muertos y su ascensión gloriosa a los cielos. Y saliendo del sepulcro, anunciaron todo esto a los once y a todos los demás. Así como al principio la mujer fue la autora de la culpa para el hombre, y el hombre el ejecutor del error, ahora, la que primero probó la muerte, fue la primera en ver la resurrección, y para que no soportara la vergüenza perpetua entre los hombres, transfirió al hombre la gracia, así como antes le había transferido la culpa.

Eran María Magdalena, Juana, María de Santiago y las demás que estaban con ellas, quienes dijeron esto a los apóstoles. María Magdalena es la hermana de Lázaro, quien ungió al Señor con unguento. Juana es la esposa de Cusa, el administrador de Herodes, de quienes se ha leído anteriormente. María de Santiago es la madre de Santiago el Menor y de José, como dice el evangelista Marcos, hermana de la madre del Señor, por lo que Santiago mereció ser llamado hermano del Señor.

Y estas palabras les parecieron a ellos como un delirio, y no les creyeron. Que los discípulos tardaran en creer en la resurrección del Señor no fue tanto una debilidad de ellos como una futura fortaleza nuestra (por así decirlo). Pues la misma resurrección les fue mostrada con muchos argumentos mientras dudaban. Y al leer nosotros esto, ¿qué otra cosa hacemos sino fortalecernos con sus dudas?

Pero Pedro, levantándose, corrió al sepulcro, y al inclinarse, vio solo los lienzos, y se fue, maravillándose de lo que había sucedido. Lucas menciona brevemente la carrera de Pedro; pero Juan lo detalla más, diciendo que también aquel discípulo a quien Jesús amaba corrió con Pedro, insinuándose a sí mismo. Por lo tanto, se pregunta cómo Lucas dice de Pedro: "Y al inclinarse, vio solo los lienzos" (Lucas 24), cuando Juan indica que fue él quien lo hizo, y que Pedro, al entrar en el sepulcro, vio no solo los lienzos, sino también el sudario que había estado sobre su cabeza. Pero se debe entender que Pedro, al inclinarse primero, vio lo que Lucas menciona y Juan omite; después, al entrar para examinar más cuidadosamente el interior, lo hizo antes de que Juan entrara.

Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea que estaba a sesenta estadios de Jerusalén, llamada Emaús, y hablaban entre sí de todas estas cosas que habían acontecido. El estadio, que los griegos, según dicen, midieron por Hércules, es la octava parte de una milla, y por lo tanto sesenta estadios significan siete mil quinientos pasos. Esta distancia de viaje es adecuada para aquellos que, seguros de la muerte y sepultura del Salvador, dudaban de la resurrección. Pues, ¿quién puede dudar que la resurrección, que ocurrió después del séptimo día del sábado, concuerda con el número ocho? Los discípulos, pues, que hablaban del Señor mientras caminaban, completaron el sexto millar del viaje, porque lamentaban que Él, viviendo sin culpa, hubiera llegado hasta la muerte, que sufrió el sexto día del sábado, y completaron el séptimo, porque no dudaban que había descansado en el sepulcro. Sin embargo, del octavo solo recorrieron la mitad, porque aún no creían completamente en la gloria de la resurrección ya celebrada. Emaús es la misma ciudad de Nicópolis, una ciudad notable de Palestina, que después de la purificación de Judea bajo el emperador Marco Aurelio Antonino, fue restaurada, cambiando su estado y su nombre.

Y sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y caminó con ellos. El Señor, acercándose, los acompañaba mientras hablaban de Él, para encender en sus mentes la fe en su resurrección y para mostrar que siempre cumpliría lo que había prometido con la presencia oculta de su majestad. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí (dice) estoy en medio de ellos.

Pero sus ojos estaban velados para que no lo reconocieran. Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y estáis tristes? El Señor apareció, pero no les mostró una apariencia que pudieran reconocer. Así que el Señor hizo externamente en los ojos del cuerpo lo que se estaba haciendo dentro de ellos en los ojos del corazón. Pues ellos, dentro de sí mismos, amaban y dudaban; y el Señor, externamente, estaba presente, pero no mostraba quién era. Así que, mientras hablaban de Él, les mostró su presencia, pero a los que dudaban de Él, ocultó la apariencia de su conocimiento.

Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe las cosas que han acontecido en estos días? Lo consideraban un forastero, cuyo rostro no reconocían. Pero en verdad era un forastero para ellos, de cuya fragilidad natural la gloria de la resurrección ya percibida estaba muy distante. Era un forastero para ellos, de cuya fe, aún ignorante de su resurrección, permanecía ajeno.

Y Él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Confiesan que fue un profeta y grande, pero callan que es el Hijo de Dios, ya sea porque aún no creen completamente, o porque temen caer en manos de los judíos perseguidores, porque no sabían quién era con quien hablaban, ocultando lo que verdaderamente creían.

Y cómo los principales sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para ser condenado a muerte, y lo crucificaron. Pero nosotros esperábamos que Él fuera el que redimiría a Israel. Con razón caminaban tristes, porque de alguna manera se reprochaban a sí mismos por haber esperado la redención en aquel a quien ya habían visto muerto, y no creían que resucitaría. Y especialmente lamentaban que hubiera sido asesinado sin culpa, porque sabían que era inocente.

Y además de todo esto, hoy es el tercer día desde que estas cosas sucedieron. Pero también algunas mujeres de entre nosotros nos asustaron, que fueron al sepulcro antes del amanecer, y al no encontrar su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto una visión de ángeles, que dicen que Él vive. Se dice que los asustaron justamente, porque en sus mentes, más que añadirles tristeza por no encontrar el cuerpo del Señor, no pudieron ver el gozo que les traería el anuncio de su resurrección por los ángeles.

Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a Él no lo vieron. Aunque Lucas había dicho antes que Pedro corrió al sepulcro, y ahora Cleofás dice que algunos de ellos corrieron al sepulcro, se entiende que atestigua que dos fueron al sepulcro. Pero primero mencionó solo a Pedro, porque María le había anunciado primero a él.

Y Él les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que de Él decían. En este lugar no se nos impone la necesidad de interpretar las Escrituras, sino de humillarnos a nosotros mismos doblemente, porque ni estamos tan instruidos en las Escrituras como deberíamos, ni tan atentos a cumplir lo que quizás hemos podido aprender. Pues si Moisés y todos los profetas hablaron de Cristo, y que Él entraría en su gloria a través de la angustia de la pasión, ¿cómo se glorían de ser cristianos aquellos que, según la medida de sus fuerzas, ni investigan cómo las Escrituras se refieren a Cristo, ni desean alcanzar la gloria que desean tener con Cristo a través de las pasiones de las tribulaciones?

Y se acercaron a la aldea a donde iban, y Él hizo como que iba más lejos, y le insistieron diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Y entró para quedarse con ellos. La verdad simple no hizo nada con duplicidad, pero lo que se dice: "Hizo como que iba más lejos", se mostró a los discípulos en el cuerpo tal como era en su mente. Pero debían ser probados si aquellos que aún no lo amaban como a Dios, al menos podían amarlo como a un forastero. Pero como no podían ser extraños a la caridad aquellos con quienes la verdad caminaba, lo invitan a hospedarse como a un forastero. ¿Por qué decimos que lo invitan, cuando está escrito: "Y le insistieron"? De este ejemplo se deduce que los forasteros no solo deben ser invitados a hospedarse, sino también persuadidos.

Y sucedió que, mientras estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los dio, y se les abrieron los ojos y lo reconocieron. A quien no reconocieron en la exposición de la Sagrada Escritura, lo reconocen en la fracción del pan. No fueron iluminados al escuchar los mandamientos de Dios, sino al hacerlos. Porque está escrito: "No son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados" (Rom. II). Por lo tanto, quien quiera entender lo que ha oído, apresúrese a cumplir con obras lo que ya ha podido entender.

Y Él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras? "Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda?" (Luc. XII). El Señor envió fuego a la tierra cuando, con el soplo del Espíritu Santo, encendió el corazón de los carnales. Y la tierra arde cuando el corazón de los carnales, antes frío en sus placeres, abandona las concupiscencias del siglo presente y se enciende en el amor de Dios. ¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras? Al escuchar la palabra, el alma se enciende, el frío del cuerpo se retira, la mente se angustia con el deseo celestial, se aleja de las concupiscencias terrenales. El verdadero amor que la llena, la atormenta en lágrimas. Pero mientras se atormenta con tal ardor, se alimenta de sus propios tormentos, le gusta escuchar los mandamientos celestiales, y cuantas más instrucciones recibe, como si tantas antorchas la inflamasen.

Y levantándose en esa misma hora, regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, diciendo que el Señor ha resucitado verdaderamente y ha aparecido a Simón. Ya había un rumor de que Jesús había resucitado, hecho por aquellas mujeres, y por Simón Pedro a quien ya había aparecido. Esto es lo que encontraron hablando aquellos dos a quienes llegaron en Jerusalén. Por lo tanto, puede ser que por temor en el camino no quisieran decir que lo habían oído resucitar, cuando solo dijeron que los ángeles habían sido vistos por las mujeres. Pues ignorando con quién hablaban, con razón podrían estar preocupados de que, al hablar de la resurrección de Cristo, cayeran en manos de los judíos. Por lo tanto, se entiende que el Señor apareció primero a Pedro de entre todos los hombres, de todos aquellos que los cuatro evangelistas y el apóstol Pablo mencionan. Pues Pablo habla a los corintios del Señor, que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que apareció a Cefas, y después a los once.

Y ellos contaron lo que había sucedido en el camino, y cómo lo reconocieron en la fracción del pan. Además de esto, por el mérito de su mente aún ignorante de que era necesario que Cristo muriera y resucitara, sus ojos sufrieron algo similar, no por la verdad engañando, sino porque no podían percibir la verdad, y opinaban algo diferente de lo que era, por una cierta causa misteriosa, para que se les mostrara otra figura en Él, y así no lo reconocieran sino en la fracción del pan, para que nadie piense que ha reconocido a Cristo si no es partícipe de su

cuerpo, es decir, de la Iglesia, cuya unidad en el sacramento del pan el Apóstol recomienda diciendo: "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (Rom. XII), para que cuando les diera el pan bendecido, se les abrieran los ojos y lo reconocieran. Se abrirían, por supuesto, a su conocimiento, removiendo el impedimento que los mantenía de reconocerlo. No obstante, no es incongruente aceptar que este impedimento en sus ojos fue de Satanás, para que Jesús no fuera reconocido, pero sin embargo, fue permitido por Cristo hasta el sacramento del pan, para que al participar de la unidad de su cuerpo, se entienda que el impedimento del enemigo es removido, para que Cristo pueda ser reconocido.

Mientras hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros. Soy yo, no temáis. Esta aparición del Señor después de la resurrección se entiende que también la menciona Juan, diciendo: "Cuando llegó la tarde de aquel día, el primero de la semana, y las puertas estaban cerradas donde los discípulos estaban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros", etc. Pero lo que dice Juan, que el apóstol Tomás no estaba con ellos entonces, cuando según Lucas aquellos dos, de los cuales uno era Cleofás, regresaron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, sin duda se entiende que Tomás había salido antes de que el Señor apareciera mientras hablaban.

Pero ellos, aterrados y asustados, pensaban que veían un espíritu. Lo que los herejes maniqueos sospechan y creen de Cristo, que no era carne verdadera, sino espíritu, este primer pensamiento surgió en los corazones de los apóstoles. Y aquellos maniqueos nunca creen que Jesús fue hombre. Pero los discípulos conocían al hombre con quien habían estado tanto tiempo conversando. Pero después de que murió, lo que conocían, ¿cuándo creerían que eso podría resucitar lo que pudo morir? Por lo tanto, apareció a sus ojos tal como lo conocían. Y no creyendo que la verdadera carne pudiera resucitar del sepulcro al tercer día, pensaron que veían un espíritu. Este error de los apóstoles es la secta de los maniqueos. Suelen, cuando se les objeta esto, responder así: ¿Qué mal creemos? Porque creemos que Cristo es Dios, creemos que es espíritu, no creemos que sea carne. El espíritu es mejor que la carne. Creemos lo que es mejor, no queremos creer lo que es peor. Si no hay mal en este discurso, que Jesús deje a sus discípulos en este error. ¿Qué mal creyeron también los discípulos? Creyeron que Cristo era espíritu. Pues no pensaron que no era nada, sino espíritu. Te crees en peligro por una pequeña enfermedad, escucha la sentencia del médico.

Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestros corazones? ¿Qué pensamientos, sino falsos, mórbidos, perniciosos? Pues Cristo habría perdido el fruto de su pasión, si no hubiera sido verdad la resurrección. ¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestros corazones? Como un buen agricultor diría: Lo que planté allí, allí lo encontraré, no espinas, que no planté. Que descienda a vuestro corazón, porque es de arriba. Pero estos pensamientos no descendieron de arriba, sino que en el mismo corazón, como mala hierba, subieron.

Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo. Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. Se dignó persuadir de su resurrección cierta y verdadera con muchos y variados documentos, para edificar la fe y desterrar la incredulidad del corazón, y eliminar toda duda sobre su resurrección. No fue suficiente ofrecerse a la vista, si no se ofrecía también al tacto. Pues al mostrar a los discípulos los huesos y la carne para palpar, claramente significa el estado de la verdadera resurrección que se hizo en Él y que será en nosotros. Porque no como escribió Eutiquio, obispo de Constantinopla, nuestro cuerpo en aquella gloria de la resurrección será impalpable, más sutil que los vientos y el aire. Pues en aquella gloria de la resurrección nuestro cuerpo será ciertamente sutil por el efecto

del poder espiritual, pero palpable por la verdad de la naturaleza. Y no se piense que el discurso del Apóstol se opone a esta afirmación: "Porque la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios" (1 Cor. XV). En este lugar, el Apóstol, con el nombre de carne y sangre, no significa la sustancia del verdadero cuerpo, sino la corrupción de la mortalidad. Como él mismo expuso consecuentemente diciendo: "Ni la corrupción heredará la incorrupción" (Ibid.). Pues la carne en la Sagrada Escritura se llama de una manera según la naturaleza, de otra según la culpa, y de otra según la corrupción de la mortalidad que ocurrió por la culpa. Según la naturaleza, cuando se dice: "Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne" (Gén. II). Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I). Según la culpa, cuando se dice: "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne" (Gál. V). Según la corruptibilidad, cuando está escrito: "Y se acordó de que eran carne" (Sal. LXXVII), es decir, frágiles y mortales, pues el mismo salmista manifiesta que se designó a sí mismo con el nombre de carne, quien inmediatamente añade: "Espíritu que va y no vuelve" (Ibid.). Por lo tanto, la carne no heredará el reino de Dios, es decir, la carne según la culpa o la mortalidad. Y sin embargo, la carne heredará el reino de Dios, es decir, la carne según la naturaleza. Que el Señor, después de la resurrección, mostró a los discípulos para ver y palpar. Y de la cual el bienaventurado Job, al describir la gloria de la resurrección, dice: "Y de nuevo seré rodeado de mi piel, y en mi carne veré a Dios" (Job XIX). Lee la carta de San Agustín a Consentio sobre el cuerpo del Señor después de la resurrección.

Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y los pies. No solo las manos y los pies en los que brillaban las huellas de los clavos, sino que, según atestigua Juan, también mostró el costado que había sido perforado por la lanza. Para que, al mostrar la cicatriz de sus heridas, sanara la herida de su duda e incredulidad. Así como después de la resurrección se dignó mostrar los lugares de los clavos y la lanza para fortalecer la fe y la esperanza de sus discípulos, de igual manera en el día del juicio vendrá mostrando las mismas señales de su pasión y la misma cruz para confundir la impiedad y la incredulidad de los soberbios. Para que, evidentemente, muestre a todos los ángeles y hombres que él es el mismo que murió por los impíos y a manos de los impíos, y vean (como está escrito) a quien traspasaron, y se lamenten sobre él todas las tribus de la tierra (Apoc. I). Es de notar que los gentiles suelen en este lugar construir una calumnia y ridiculizar con vana charlatanería la fe en la resurrección que esperamos. Pues dicen: Si vuestro Dios no pudo curar las heridas infligidas por los judíos, sino que llevó consigo al cielo las huellas de las cicatrices (como decís), ¿con qué temeridad pensáis que él restaurará vuestros miembros del polvo en su totalidad? A lo cual se debe responder que nuestro Dios, que pudo resucitar su carne del sepulcro, ya glorificada con inmortalidad perpetua, cuando quiso y como quiso, también la resucitó como quiso. Pues no es consecuente que quien se ha demostrado capaz de hacer cosas mayores no pueda hacer las menores. Pero ciertamente, por razón de la dispensación, quien hizo lo mayor, se abstuvo de hacer lo menor, es decir, quien destruyó los reinos de la muerte, no quiso borrar las señales de la muerte. Primero, para que por ellas confirmara a los discípulos en la fe de su resurrección. Luego, para que, intercediendo por nosotros ante el Padre, siempre mostrara qué tipo de muerte sufrió por la vida de los mortales. Tercero, para que a los redimidos por su muerte, renovara siempre con las señales de esa misma muerte cuán misericordiosamente han sido ayudados, y por eso no cesen de cantar las misericordias del Señor por siempre, sino que digan los redimidos por el Señor, porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Finalmente, para que también a los infieles en el juicio, al mostrar entre otros crímenes la cicatriz de las heridas que recibió de ellos, se les declare cuán justamente son condenados. Como si algún valiente, por orden de su Rey, luchando en un combate singular por la salvación de toda la gente, aunque recibiendo muchas heridas, matara al enemigo, despojara

sus bienes, y trajera la victoria a su pueblo; y al ser preguntado por el médico, a quien se le encomienda su curación, si quiere ser curado de tal manera que no quede rastro alguno de las heridas, o más bien de tal manera que las cicatrices permanezcan, pero toda deformidad y fealdad desaparezcan, responda que prefiere ser sanado de tal manera que, recuperado todo el estado de salud y decoro anterior, lleve consigo perpetuamente las señales de tan gran triunfo. Así, en efecto, el Señor, como señal perpetua de victoria, prefirió llevar al cielo las cicatrices de las heridas de la pasión sufridas por nosotros, en lugar de borrarlas. Sin embargo, nada de esto perjudica a nuestra fe en la resurrección, de la cual se predice con verdadera promesa: Y ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (Luc. XXI).

Pero aún no creyendo ellos y maravillándose de gozo, dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Para insinuar la verdad de su resurrección, no solo se dignó ser tocado por los discípulos, sino también comer con ellos. No porque después de la resurrección necesitara alimento, ni porque nos indicara que en la resurrección que esperamos necesitaremos alimentos, sino para demostrar de esa manera la naturaleza del cuerpo resucitado, para que no pensarán que era un espíritu y que no se les aparecía sólidamente, sino imaginariamente. Comió por poder, no por necesidad. De manera diferente absorbe el agua la tierra sedienta, y el rayo del sol ardiente. Aquella por necesidad, este por poder.

Y ellos le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel. Y cuando hubo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dio. ¿Qué creemos que significa el pez asado, sino al mismo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre que sufrió? Pues él, dignándose ocultarse en las aguas del género humano, quiso ser capturado en el lazo de nuestra muerte, y como asado en la tribulación en el tiempo de su pasión. Pero quien se dignó ser hecho pez asado en la pasión, se nos convirtió en panal de miel en la resurrección. O quien quiso ser figurado en el pez asado por las tribulaciones de su pasión, quiso expresar en el panal de miel la doble naturaleza de su persona. Pues el panal es miel en cera. La miel en la cera es la divinidad en la humanidad. Así, el Redentor indica lo suyo, para allanar el camino de la imitación a los que le siguen. Pues en su comida quiso unir el pez asado con el panal, porque ciertamente recibe en su cuerpo a la eterna quietud a aquellos que, aunque aquí sienten tribulaciones por Dios, no se apartan del amor de la dulzura interna. Se toma el panal con el pez asado, porque quienes aquí sufren aflicción por la verdad, allí son saciados con la verdadera dulzura.

Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros. Es decir, cuando aún estaba en la carne mortal en la que estáis vosotros. Pues entonces había resucitado en la misma carne, pero no estaba con ellos en la misma mortalidad. Y aunque estuvo con ellos después de resucitar durante cuarenta días (como se lee) en la exhibición de la presencia corporal, no estuvo con ellos en la compañía de la debilidad humana.

Porque es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Mira cómo eliminó todas las ambigüedades. Fue visto, fue tocado, comió, ciertamente era él. Sin embargo, para que no pareciera haber engañado de alguna manera los sentidos humanos, remitió a las Escrituras. Que digan los paganos lo que quieran, fue un mago, pudo mostrarse así. ¿Acaso un mago pudo profetizar sobre sí mismo antes de nacer? Da las Escrituras, porque lo que veis fue previsto antes, lo que contempláis fue predicho antes. Escucha, hija, ve (Sal. XLIV); escucha lo predicho, ve lo cumplido.

Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día. Se ofrece a ser visto por los ojos, se ofrece a ser tocado por las manos. Es poco,

lee, recuerda las Escrituras. Y esto es poco, abre el entendimiento, para que entiendas lo que lees. Luego, después de encomendar la verdad de su cuerpo, encomienda la unidad de la Iglesia.

Y que se predique en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. No se oculta la rabia de los herejes desde un rincón, la Iglesia está difundida por todo el orbe de la tierra, todas las naciones tienen la Iglesia, nadie nos engañe, esta es la verdadera, esta es la católica, comenzó en Jerusalén, llegó hasta nosotros, y está allí y aquí. Pues no para venir aquí, se fue de allí. Creció, no emigró. Y con razón así está escrito entre los demás sacramentos de la piedad del Señor, y así era necesario que los ministros de la palabra, que en el nombre de Cristo crucificado y resucitado de entre los muertos iban a predicar el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzaran desde Jerusalén, no solo porque a ellos se les confiaron las palabras de Dios, porque de ellos es la adopción de hijos, y la gloria, y los pactos, y la legislación, y el culto, y las promesas, porque de ellos son los padres, y de ellos es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Rom. IX), sino también para que las naciones que estaban implicadas en varios errores y crímenes, fueran provocadas a la esperanza de obtener el perdón por esta señal de la piedad divina, al ver que también a aquellos que crucificaron al Hijo de Dios, no solo se les concedió el perdón de la culpa por el Padre, sino también el gozo de la vida eterna.

Vosotros sois testigos de estas cosas, y yo envió la promesa de mi Padre sobre vosotros. La promesa del Padre se dice que es la gracia del Espíritu Santo, y en el Evangelio de Juan se indica más plenamente y aquí también brevemente cuando sigue:

Pero permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto. De este poder, es decir, del Espíritu Santo, el ángel dice a María: Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I). Y el mismo Señor en otro lugar: Porque yo también he conocido que ha salido poder de mí (Luc. VIII). Pero también Lucas mismo menciona más claramente en los Hechos de los Apóstoles el poder prometido desde lo alto y la orden de permanecer en la ciudad. Mandó (dice) que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, que oísteis de mi boca. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo no muchos días después (Hech. I). Y poco después: Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos (Ibid.). Es de notar que hay quienes son impedidos del oficio de la predicación por su imperfección o edad, y sin embargo la precipitación los impulsa, quienes deben ser advertidos para que consideren que la misma Verdad, que de repente pudo haber fortalecido a quienes quiso, para dar ejemplo a los que siguen, después de haber instruido plenamente a los discípulos sobre el poder de la predicación, inmediatamente añadió: Pero permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto. En la ciudad, ciertamente, permanecemos si nos encerramos dentro de los muros de nuestras mentes, para no vagar exteriormente hablando, para que cuando seamos perfectamente revestidos con el poder divino, entonces salgamos como si fuera de nosotros mismos, instruyendo también a otros.

Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que mientras los bendecía, se apartó de ellos y fue llevado al cielo. Omitiendo todo lo que pudo haber hecho con ellos durante los cuarenta días, une tácitamente el primer día de su resurrección con el último día en que ascendió al cielo. Hermosamente, al estar a punto de ascender al cielo, saca a los discípulos fuera hasta Betania para bendecirlos. Primero, por el nombre de la ciudad, que se llama casa de obediencia. Porque quien descendió por la desobediencia de los perversos, ascendió por la obediencia de los convertidos: Porque murió, como dice el

Apóstol, por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación (Rom. IV). Luego, también por la ubicación de esa villa o pequeña ciudad, que se dice estar situada en el lado del monte de los Olivos. Porque ciertamente la casa de la Iglesia obediente, digna de la hospitalidad apostólica, no colocó sus fundamentos de fe, esperanza y amor en otro lugar que no fuera en el lado de ese monte supremo, es decir, en Cristo. De cuyo lado, abierto por la lanza, se alegra de que hayan emanado para sí los sacramentos de la sangre y el agua, por los cuales nace y se nutre. De cuya cima ubérrima, es decir, del ápice de la divinidad, desea los dones de la unción espiritual, y espera ansiosamente las promesas de luz y paz perpetuas. Tercero, porque como escribe Juan, Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios (Juan XI). Este número, compuesto por siete y ocho, es adecuado para los misterios de las Escrituras, o la vida presente y futura, o el Antiguo y Nuevo Testamento, o el descanso de las almas en el futuro y la resurrección de la carne, o ciertamente algo más de celestial y siempre espiritual arcano. Y por eso, correctamente, a quienes les abrió el conocimiento de ambos Testamentos, a quienes enseñó toda la regla de vida y esperanza, los sacó quince estadios al lugar donde los bendeciría y les entregaría los preceptos de enseñanza. Correctamente separó el lugar de la gloriosa ascensión por quince estadios del lugar de la pasión más victoriosa, para que todos los que desean vivir o morir por él, y primero con el deseo y amor de descansar después de la muerte, y al final ser resucitados de entre los muertos, sean fortalecidos.

Y ellos, adorándole, regresaron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios. Al ascender al cielo el Señor, los discípulos, adorándole en el lugar donde estuvieron por última vez sus pies, regresan inmediatamente a Jerusalén, porque allí se les ordenó esperar la promesa del Padre que oyeron de la boca del Señor. Llevan grandes alegrías, porque se alegran de que su Dios y Señor, después del triunfo de la resurrección, también haya penetrado los cielos. Permanecen siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios para que en el lugar de oración y entre las devociones de alabanzas esperen con corazones en todo preparados la venida prometida del Espíritu Santo. Y nosotros, siguiendo el ejemplo de los discípulos, después de celebrar en Jerusalén, y esto en la visión de paz, las solemnidades de la pasión y resurrección del Señor, busquemos pronto los campos de Betania con Cristo como guía, para que con mente tranquila, y ya pacificada de todo torbellino de discordias, seamos imbuidos de los sacramentos de su carne y sangre: cuidemos de ser la casa de obediencia, siguiendo sus huellas, quien para darnos forma de vida, se hizo obediente hasta la muerte (Filip. II). Así, en efecto, merecemos ser elevados por su bendición diaria, si, recordando diariamente su ascensión triunfal al cielo, alabando y bendiciendo a Dios, descansamos en Jerusalén, es decir, en la visión ya esperada y deseada de la paz suprema, semejantes a hombres que esperan a su señor cuando regrese de las bodas (Luc. XII). Porque el bienaventurado evangelista Lucas, entre los cuatro animales del cielo, es tomado como designado por el becerro, cuya victimación se ordenó para iniciar a los elegidos en el sacerdocio, ya que él asumió exponer el sacerdocio de Cristo más que los demás, hermosamente comenzó su evangelio con el ministerio del templo por el sacerdocio de Zacarías, y lo completó en la devoción del templo, concluyendo a los apóstoles allí, ministros del nuevo sacerdocio que serían, no en la sangre de las víctimas, sino en la alabanza de Dios y bendición. Amén.